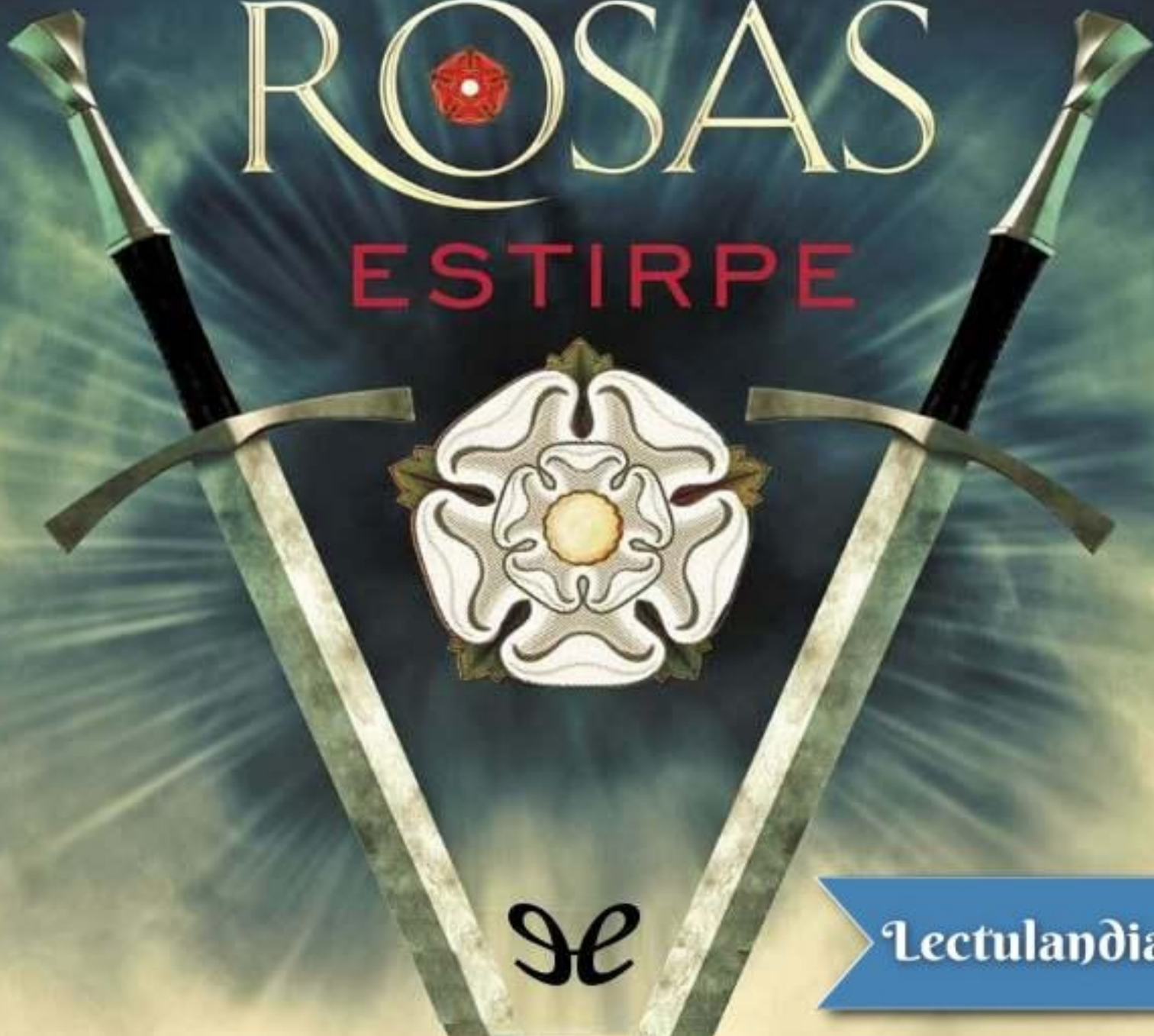


CONN IGGULDEN

LA
GUERRA
DE LAS DOS
ROSAS

ESTIRPE



de

Lectulandia

Ricardo, duque de York, ha sido asesinado: sus ambiciones de reinar han desaparecido como nubes tras un temporal, y su cabeza, decapitada, se exhibe sobre las puertas de la muralla de York, macabro recordatorio para todos aquellos que piensan enfrentarse a los Lancaster. Mientras tanto, el rey Enrique IV está todavía preso y la reina de los Lancaster, Margarita de Anjou, se dirige al sur con su séquito de guerreros, un ejército que hasta la fecha parece implacable. Pero la muerte del padre ha desencadenado la ira de los hijos. Así, Eduardo de March, ahora duque de York, se autoproclama rey legítimo de Inglaterra. Nuevos bandos se forman y se deshacen como copos de nieve; mucha sangre va a derramarse y multitud de venganzas se forjan hasta el momento en el que un rey se enfrente al otro. Porque dos hombres pueden competir por una corona, pero solo uno podrá tenerla.

Lectulandia

Conn Iggulden

Estirpe

La guerra de las dos rosas - 3

ePub r1.0

Titivillus 05.11.2017

Título original: *War of the Roses. Bloodline*
Conn Iggulden, 2017
Traducción: Gemma Deza & Miguel Alpuente Civera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

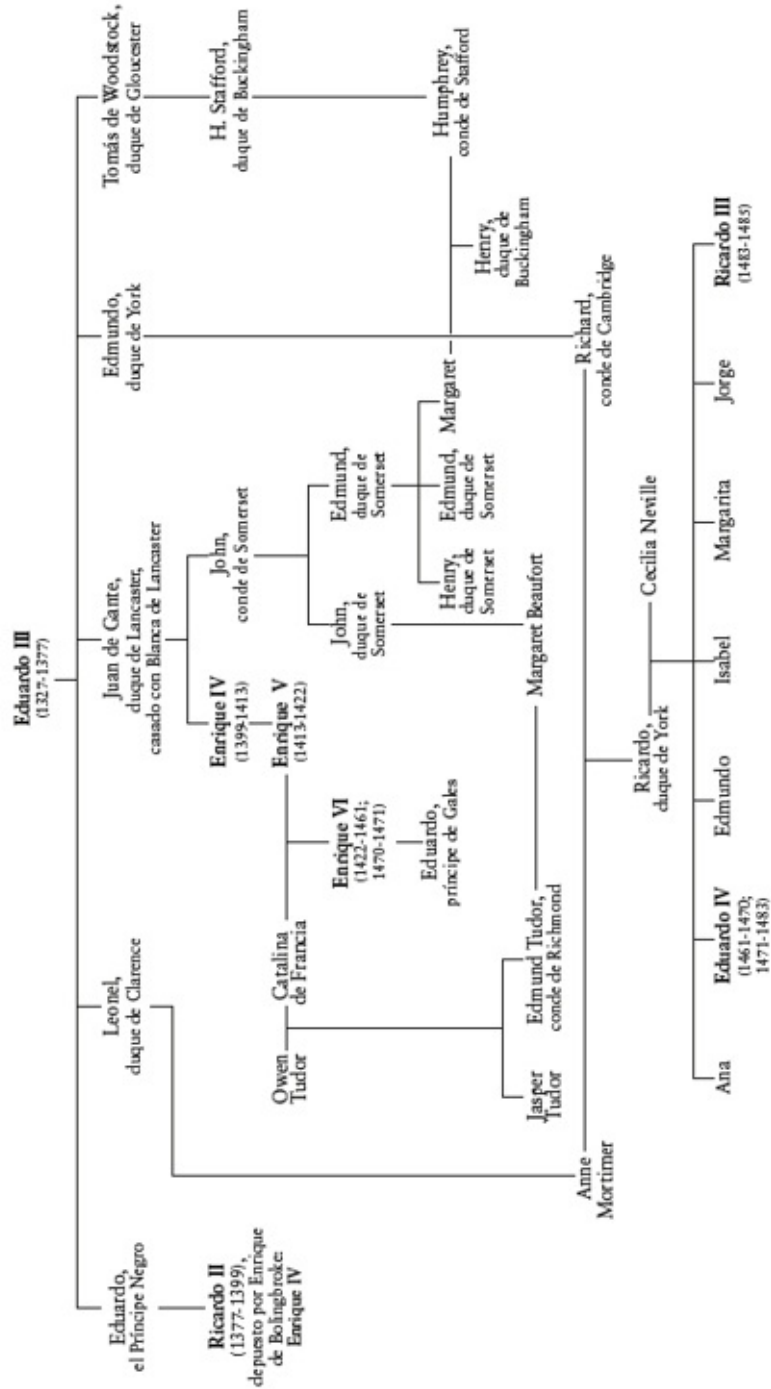
más libros en lectulandia.com

A mi padre, por su paciencia y humor.

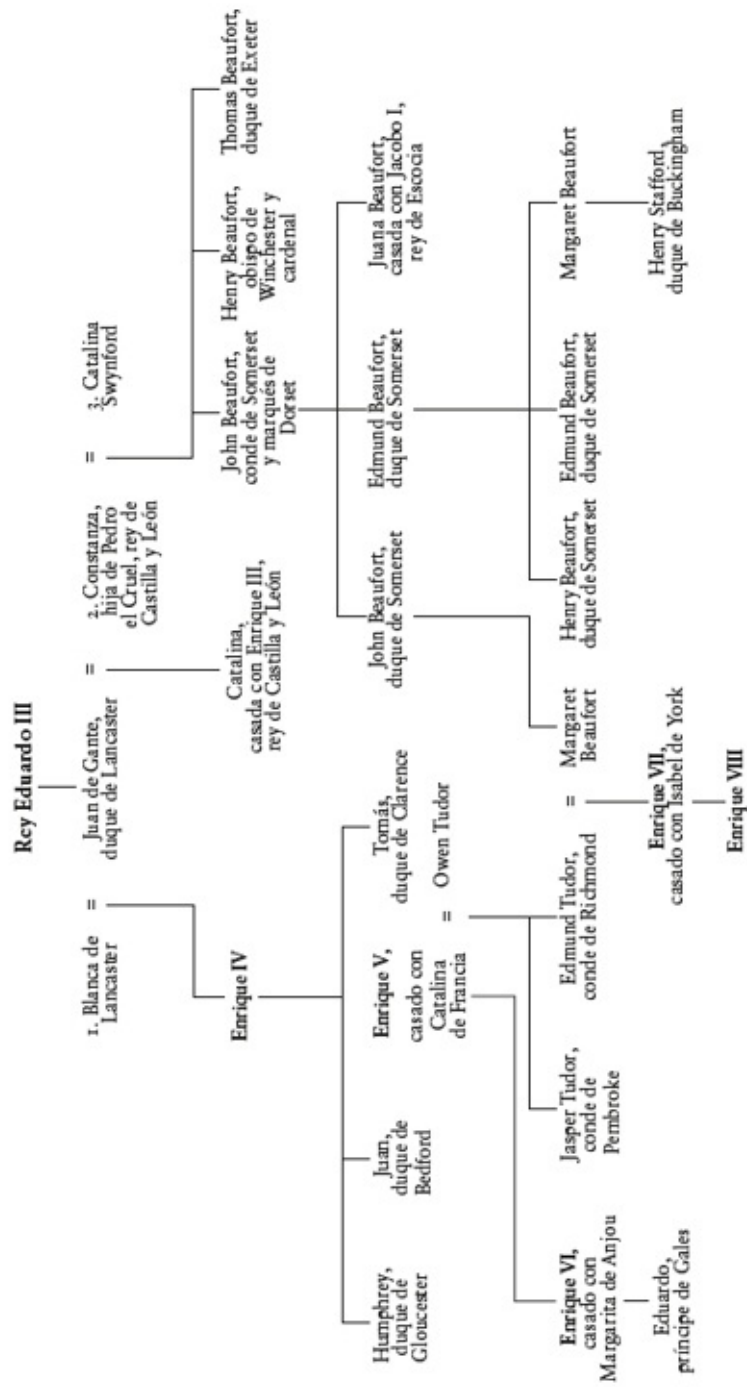
INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS



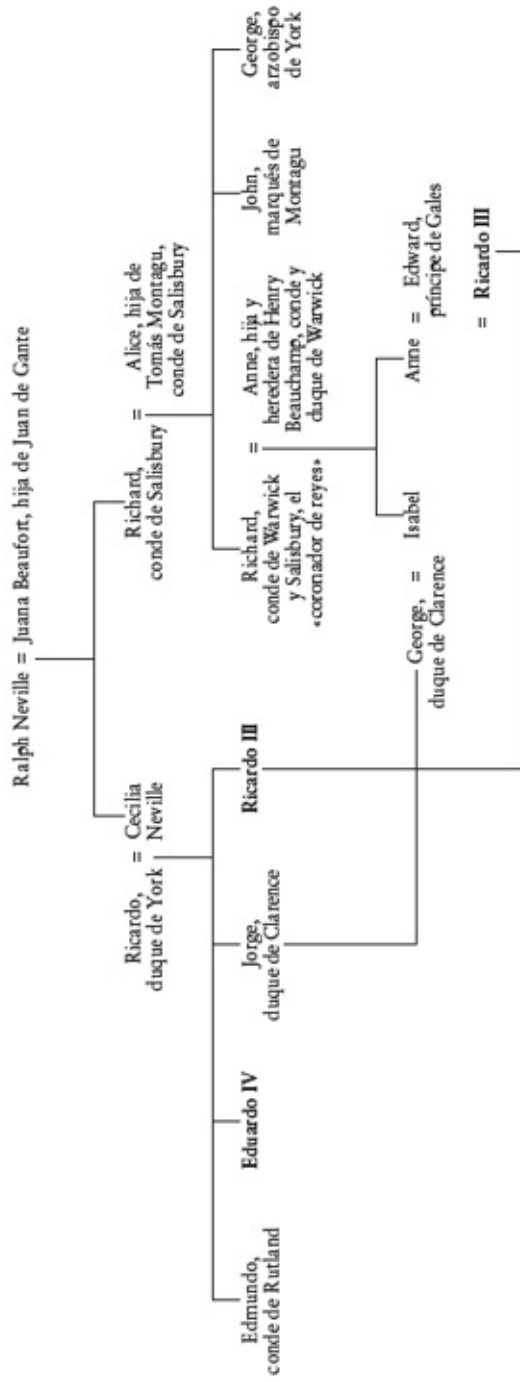
Líneas reales de Inglaterra



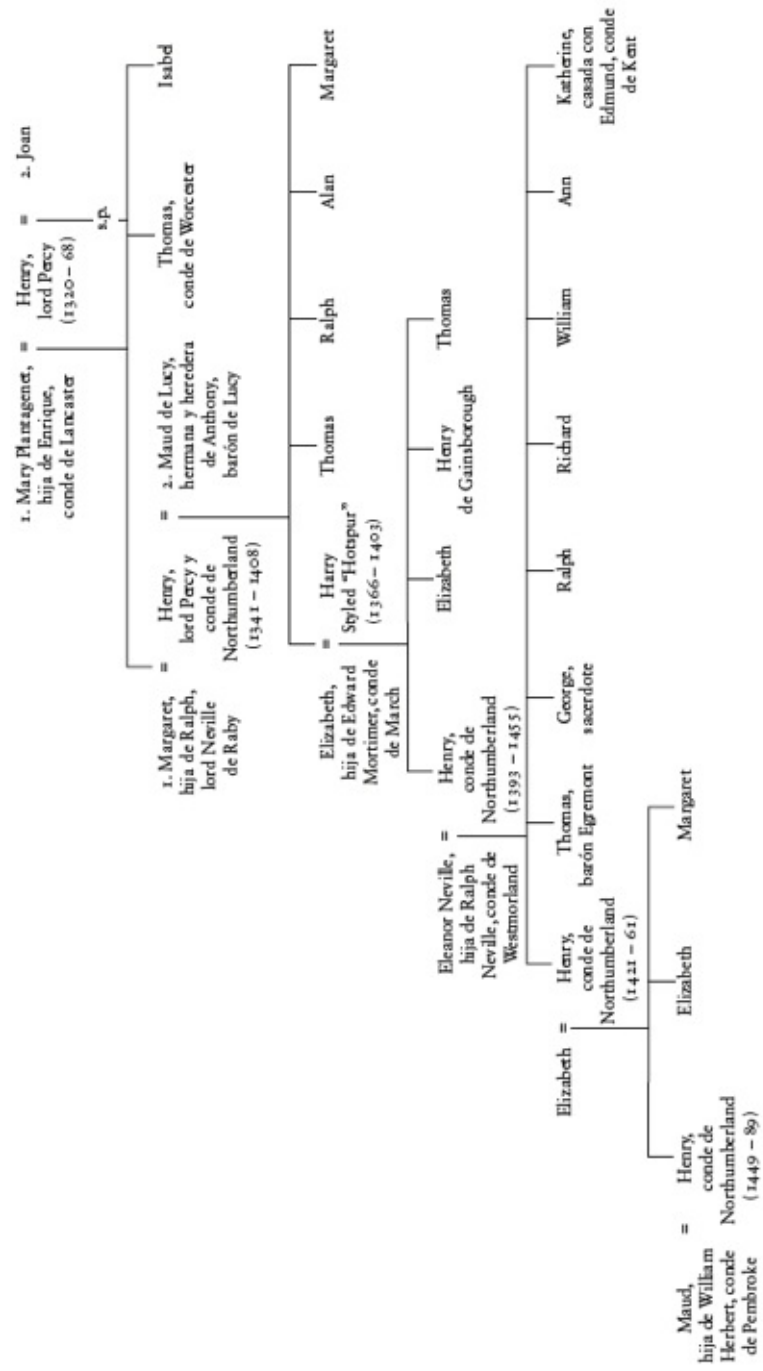
Casa de Lancaster

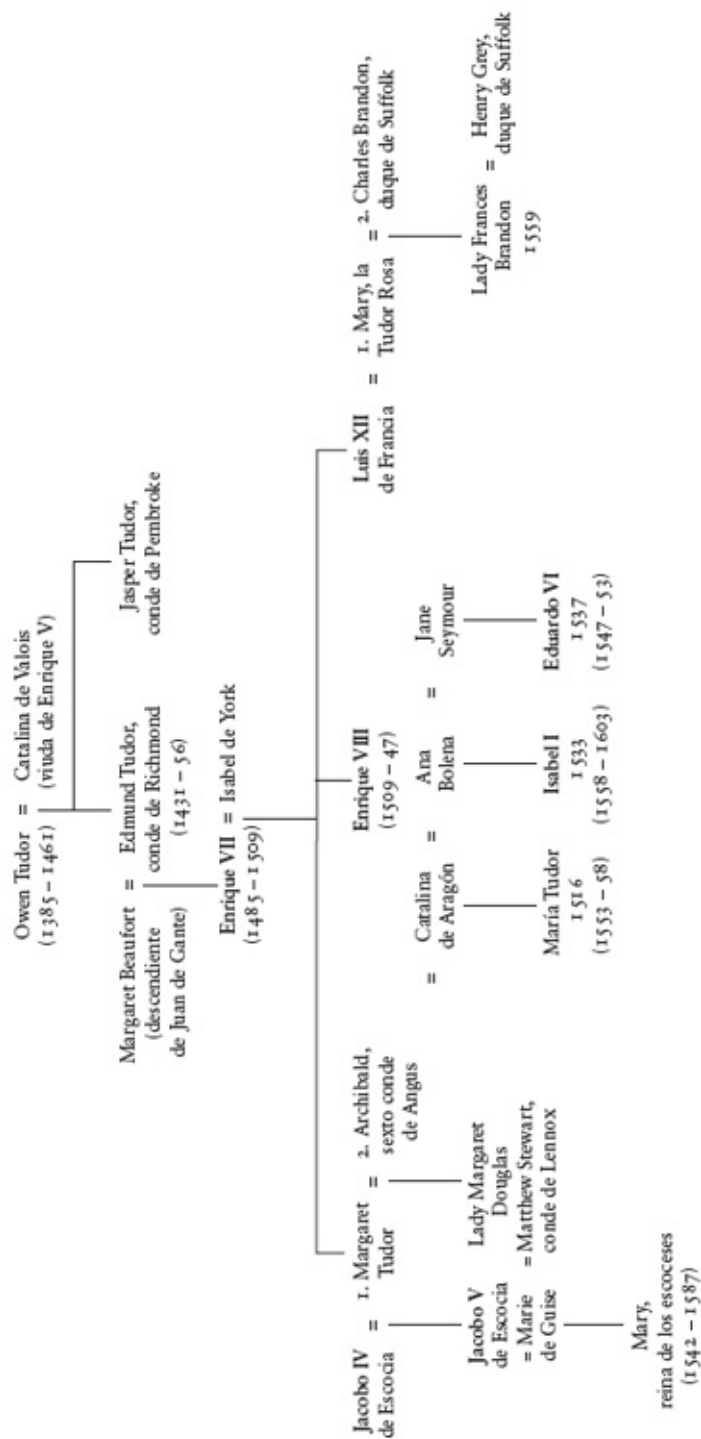


Casa de Neville



Casa de Percy





Lista de personajes

Reina Margarita/Margarita de Anjou	Esposa de Enrique VI e hija de Renato de Anjou
Derihew (Derry) Brewer	Jefe de los espías de Enrique VI y de la reina Margarita
Jorge, duque de Clarence	Hermano de Eduardo IV y Ricardo, duque de Gloucester
John Clifford, barón Clifford	Partidario de Enrique VI y asesino de Edmundo, hijo del duque de York
Andrew Douglas	Terrateniente escocés y partidario de Enrique VI
Eduardo IV	Rey de Inglaterra, hijo de Ricardo Plantagenet, duque de York
William Neville, lord Fauconberg	Tío del conde de Warwick
Ricardo de Gloucester	Hijo de Ricardo de York, hermano de Eduardo IV y de Jorge, duque de Clarence
Sir John Grey	Partidario de Enrique VI, primer esposo de Isabel Woodville
María de Güeldres	Viuda del rey Jacobo II de Escocia
Enrique VI	Rey de Inglaterra, hijo de Enrique V
Sir Thomas Kyriell	Guardaespalda del rey Enrique VI durante su cautiverio
Albert Lalonde	Canciller del rey Luis
Rey Luis XI	Rey de Francia, primo de la reina Margarita
John Neville, barón de Montagu	Hermano del conde de Warwick
Anne Neville	Hija del conde de Warwick
George Neville	Arzobispo de York, hermano del conde de Warwick
Isabel Neville	Hija del conde de Warwick
John de Mowbray, duque de Norfolk	Partidario de Eduardo IV
Henry Percy, conde de Northumberland	Cabeza de la familia Percy, partidario de Enrique VI

Henry Percy	Herederero desheredado del conde de Northumberland
Hugh Poucher	Mayordomo de Ricardo de York, factótum de Eduardo IV
Ricardo Woodville, barón de Rivers	Padre de Isabel Woodville
Edmundo, conde de Rutland	Hijo de Ricardo, duque de York, asesinado en la batalla del castillo de Sandal
Alice Montacute, condesa de Salisbury	Esposa del conde de Salisbury, madre del conde de Warwick
Richard Neville, conde de Salisbury	Nieto de Juan de Gante, padre del conde de Warwick, asesinado en la batalla del castillo de Sandal
Henry Beaufort, duque de Somerset	Partidario de la reina Margarita, título heredado después de la muerte de su padre en la primera batalla de San Albano
Owen Tudor	Segundo esposo de Catalina de Valois (viuda de Enrique V), asesinado en la batalla de Mortimer's Cross
Anne Beauchamp, condesa de Warwick	Esposa del conde de Warwick
Richard Neville, conde Warwick	Cabeza de la familia Neville tras la muerte del conde de Salisbury, más tarde conocido como «el coronador de reyes»
Eduardo de Westminster	Príncipe de Gales, hijo de Enrique VI y la reina Margarita
Abad Whethamstede	Abad de San Albano
Anthony Woodville	Hermano de Isabel Woodville
Isabel Woodville/Grey	Esposa de Eduardo IV
John Woodville	Hermano de Isabel Woodville
Cecilia Neville, duquesa de York	Esposa de Ricardo, duque de York, nieta de Juan de Gante, madre de Eduardo IV
Cecilia de York	Hija de Eduardo IV e Isabel Woodville
Isabel de York	Hija de Eduardo IV e Isabel Woodville
Ricardo Plantagenet, duque de York	Bisnieto de Eduardo III, asesinado en la batalla del castillo de Sandal

PRÓLOGO



El viento los hostigaba, como un ente vivo y lleno de malas intenciones. Les inundaba el pecho en repentinas ráfagas que les dejaban la boca dolorida de frío. Los dos hombres se estremecían ante la embestida, pero continuaban su ascenso, aferrándose a los peldaños de hierro que les mordían las manos. No miraban abajo, pero podían sentir que la multitud los observaba.

Ambos se habían criado en el lejano sur, en el mismo pueblo del condado de Middlesex. Se hallaban ahora muy muy lejos de casa, pero eso no importaba, porque su señor y ellos mismos cumplían un encargo de la propia reina Margarita. Eso era lo único que importaba. Habían cabalgado al norte desde el castillo de Sandal, habían dejado atrás la tierra ensangrentada, con los cuerpos despojados y pálidos de los que en ella yacían. Y habían conseguido traer aquellos sacos de arpillera a la ciudad de York, por más que se hubieran levantado vendavales a su alrededor.

Sir Stephen Reddes los seguía desde abajo, la mano levantada para protegerse de las partículas de hielo que arrastraba el viento. La elección de Micklegate Bar no era casual. Los reyes ingleses siempre habían usado aquella torre para entrar a York desde el sur. No importaba que el granizo agujoneara a sus hombres, ni que los envolviera la oscuridad más impenetrable. Ellos portaban su carga, tenían unas órdenes que cumplir y los tres eran hombres leales.

Godwin Halywell y Ted Kerch alcanzaron una estrecha cornisa de madera, a cierta altura por encima del gentío. Se encaramaron al saliente y avanzaron con cuidado, pegándose al muro cada vez que una furiosa ráfaga les hacía temer una caída. Abajo, la multitud aumentaba, las cabezas ligeramente brillantes por la blancura del granizo sobre la oscuridad del cabello. De las casas y las tabernas seguían surgiendo figuras que se acercaban arrastrando los pies. Algunos preguntaban a los lugareños congregados junto a los muros, para averiguar qué sucedía. Eran preguntas sin respuesta. Los guardias nada sabían.

Se habían dispuesto unas cortas estacas de hierro a unos cuatro metros del suelo, demasiada altura para que los amigos de los ejecutados pudieran alcanzarlas. Eran seis las estacas que, profundamente hundidas en buen hormigón romano, se asomaban sobre la ciudad. Clavadas en cuatro de ellas, sendas cabezas putrefactas miraban boquiabiertas a la noche.

—¿Qué hacemos con estas? —gritó Halywell.

Abarcó con un gesto de impotencia la fila de cabezas que se extendía entre ellos. Nada se les había ordenado con respecto a los restos de aquellos malhechores. Halywell maldijo por lo bajo. Se le acababa la paciencia, y ahora el granizo incluso parecía golpear con más fuerza, hasta el punto de que se sentía en la piel como un latigazo.

Ahogando en ira su repulsión, extendió los brazos y agarró la primera cabeza. La boca aparecía llena de blancas perlas de hielo que se movían. Aunque sabía que era

una estupidez, no se decidía a poner la mano entre las mandíbulas, por miedo a que la cabeza le mordiera. Así pues, hizo presa por debajo, tiró para arrancarla de la estaca y aquella cosa salió disparada hacia la oscuridad. Del propio impulso, Godwin Halywell a punto estuvo de salir despedido tras la cabeza. Jadeando, se aferró a las piedras con dedos pálidos. Debajo se oyeron gritos y un movimiento de marea se produjo entre la multitud, horrorizada de pronto ante la perspectiva de que objetos pesados y peligrosos pudieran venir volando desde la torre para caerles encima.

Halywell se volvió hacia Kerch, frente a él en el muro, y ambos intercambiaron una mirada de lúgubre resignación; eran dos hombres que cumplían con una ingrata tarea mientras otros los observaban y juzgaban desde una posición de relativa seguridad. Les llevó algo de tiempo desclavar y arrojar las cabezas restantes. Una de ellas quedó desparramada tras chocar contra las piedras de abajo, con ruido similar al que hace la loza al romperse.

Halywell sabía que no estaban obligados a despejar todas las estacas. En los sacos que transportaban solo había tres cabezas, pero en cierto modo no parecía correcto colocar aquella carga al lado de criminales comunes. Le asaltó de pronto la idea de Cristo flanqueado por los ladrones en el Gólgota, el «monte de la calavera», pero sacudió la cabeza y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

Mientras el viento rugía, Halywell se acercó el saco al hombro derecho y rebuscó en el fondo, tratando de apresar algunos rizos entre los dedos. La sangre había pegado las cabezas a la tela, de modo que se vio obligado a forcejear y volver el saco medio del revés, lo que casi le hizo caer de nuevo. Entre jadeos de miedo y fatiga, Halywell consiguió agarrarlo con firmeza suficiente como para extraer del saco la cabeza de Richard Neville, conde de Salisbury.

El pelo que se le enroscaba en los dedos era de un gris metálico, y los ojos no estaban en blanco, por lo que aquel rostro flojo parecía mirarle a la luz de la antorcha. Halywell murmuró una oración casi olvidada y sintió deseos de santiguarse, o al menos de cerrar los ojos. Creía estar acostumbrado a cualquier horror, pero que un muerto le mirara era algo nuevo para él.

No resultaba nada fácil clavar la cabeza en una estaca. Halywell no había recibido instrucciones al respecto, como si cualquiera con un poco de sentido común hubiera de saber al instante cómo hacerlo. Y lo cierto es que, en su infancia, él había pasado un verano sacrificando cerdos y ovejas junto con una docena de muchachos, para así ganarse algún plateado cuarto de penique o llevarse a casa un lustroso pedazo de hígado. Le rondaba la vaga idea de que en la base del cráneo había un sitio adecuado, pero no era capaz de encontrarlo en la oscuridad. Casi sollozando, recorría la cabeza adelante y atrás con dedos resbalosos y castañeteo de dientes. Y, todo el tiempo, la multitud observaba y murmuraba diferentes nombres.

La vara de hierro se hundió de golpe, atravesó el cerebro y siguió hasta el interior del cráneo. Halywell suspiró aliviado. Bajo sus pies, hubo muchos entre la multitud que se persignaron, como si batieran las alas.

Extrajo la segunda cabeza agarrándola por el cabello fuerte y oscuro, más espeso que los rizos grises de la primera. Ricardo, duque de York, estaba perfectamente afeitado en el momento de su muerte, aunque Halywell había oído que, después, la barba seguía creciendo durante cierto tiempo. Y, en efecto, sentía una aspereza desagradable en la mandíbula. Trató de no mirar aquella cara; cerró con fuerza los ojos y ensartó la cabeza en la punta de hierro.

Con manos rezumantes de suciedad, Halywell hizo la señal de la cruz. Por el otro lado de la línea de estacas, Kerch había clavado la tercera cabeza al lado de la de York. Esa sí que había sido una acción llena de maldad, según decían todos. Corría el rumor de que el hijo de York, Edmundo, se disponía a huir de la batalla cuando el barón Clifford lo había descubierto y matado, solo para hacer daño a su padre.

Todas las cabezas estaban aún frescas, con las mandíbulas abiertas y colgantes. Halywell había oído que algunos enterradores cosían la mandíbula inferior a la mejilla, o que llenaban de pez la boca para pegarla y que quedara cerrada. A él no le parecía que tuviera importancia. Los muertos estaban muertos.

Vio que Kerch, dando el trabajo por terminado, se dirigía de nuevo hacia los peldaños metálicos del muro. Halywell se disponía a hacer otro tanto cuando oyó que sir Stephen le gritaba algo. El ruido del viento apenas le permitía distinguir las palabras, pero de pronto recordó y maldijo en voz alta.

Medio oculta en el fondo del saco había una corona de papel, rígida y ennegrecida por la sangre seca. Halywell la abrió y, ladeando la cabeza, miró a York. En una faltriquera atada a la cintura llevaba un puñado de finas pinzas hechas de junco seco. Farfullando alguna cosa sobre la estupidez humana, se inclinó hacia la cabeza de York y, mechón a mechón, fue fijando el objeto al oscuro cabello. Pensó que quizá se mantendría sujeto por un tiempo, allí al abrigo de la torre, o que tal vez saldría volando por la ciudad apenas él hubiera puesto un pie en el suelo. No le preocupaba demasiado. Los muertos estaban muertos, y lo demás no tenía importancia. A todas las huestes celestiales les traería sin cuidado que alguien hubiera llevado oro o papel en la cabeza, al menos en un momento así. Cualquiera que fuera la intención de aquel insulto, Halywell no alcanzaba a entenderla.

Con cuidado, se movió hacia la escalera y descendió los primeros dos peldaños. Cuando tuvo los ojos al nivel de las cabezas ensartadas, se detuvo y las miró. York había sido un buen hombre, un hombre valiente, o eso había oído. También lo había sido Salisbury. Entre los dos, habían intentado conseguir el trono y lo habían perdido todo en el empeño. Halywell se vio contándoles a sus nietos que había sido él quien había clavado la cabeza de York en los muros de la ciudad.

Por un instante, sintió como una presencia, un aliento en la nuca. El viento pareció aquietarse de pronto, mientras él seguía mirando en el silencio a tres hombres humillados.

—Que Dios os acompañe a todos —susurró—. Que vuestros pecados os sean perdonados, si no tuvisteis tiempo de pedirlo cuando os llegó la hora. Que Él os

acoja, muchachos. Y que os bendiga a todos. Amén.

Halywell descendió entonces, lejos ya de aquel momento de terrorífica quietud, de regreso entre la agitada muchedumbre, de vuelta al ruido de los hombres y al frío del invierno.

PRIMERA PARTE



1461

El que sonríe con el cuchillo escondido bajo la capa.

GEOFFREY CHAUCER
«El cuento del caballero»

E e dais demasiada importancia, Brewer! —dijo Somerset con brusquedad, levantando la cara contra el viento mientras cabalgaba—. «Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube», ¿no es eso? «*Columna nubis*», si conocéis bien el Éxodo. ¡Negras columnas de humo, Brewer! Eso pondrá el corazón en un puño a quienes aún podrían levantarse contra nosotros. Y no hay nada malo en ello. —El joven duque se volvió para mirar por encima del hombro las grasientas humaredas que seguían elevándose tras ellos—. Los hombres deben alimentarse. Todo se reduce a eso. ¿Qué importancia tienen ahora dos aldeas de campesinos, después de todo lo que hemos conseguido? Yo dejaría achicharrado el mismo cielo si eso sirviera para dar de comer a los muchachos. ¿No opináis igual? De todos modos, con este frío, a lo mejor incluso agradecen una buena hoguera.

—Puede ser, pero las noticias nos precederán, milord —contestó Derry Brewer sin hacer caso del áspero humor del otro.

Se esforzaba por ser educado, aunque sentía como si tuviera el estómago pegado a la columna vertebral y le corroía el hambre. En momentos como aquel, echaba de menos al padre de Somerset, por la sutileza y el entendimiento del viejo. El hijo era rápido y bastante listo, pero sin hondura ninguna.

A sus veinticinco años, Henry Beaufort mostraba esa seguridad militar capaz de arrastrar a los hombres. Habría sido un excelente capitán. Desafortunadamente, el mando absoluto del ejército de la reina recaía únicamente en él. Con ello *in mente*, Derry trató de exponer otra vez su punto de vista.

—Milord, ya es bastante malo que los mensajeros lleven al sur la noticia de la muerte de York mientras nosotros nos detenemos para abastecernos en cada ciudad. Los soldados de avanzadilla saquean y asesinan, y luego los hombres se pasan el día haciendo otro tanto... mientras los lugareños corren al siguiente pueblo para alertar de nuestra llegada. Cada vez resulta más difícil encontrar comida, milord, porque quienes prefieren guardarse sus víveres para ellos han tenido tiempo de esconderlos. Y estoy seguro de que sabéis por qué los hombres encienden hogueras. Si encubren así sus crímenes en cada pueblo que cruzamos, pronto tendremos a todo el país levantado en armas, antes incluso de que avistemos Londres. Y no creo que sea esa vuestra intención, milord.

—No dudo de que convenceríais a un hombre para que os vendiera a sus propios hijos. No me cabe duda, Brewer —replicó Somerset—. Siempre parecéis tener preparado el argumento justo. Pero lleváis demasiado tiempo... al servicio de la reina. —Somerset se mostraba tan confiado de su rango y poder que no dudó en añadir cierto énfasis insultante a sus palabras—. Sí, ese es el problema, diría yo. Habrá tiempo para vuestros planes a largo plazo, con toda seguridad, para vuestras... intrigas en francés, Brewer. Tal vez cuando lleguemos a Londres. No dudo de que os gustaría vernos esperando pacientemente en cada mercado de pueblo, regateando o

mendigando un cuenco de estofado o uno o dos buenos capones. Y tampoco dudo de que os gustaría vernos morir de hambre. —Subió el volumen de la voz para hacerse oír entre los soldados que marchaban más cerca de ellos—. El día de hoy pertenece a estos hombres, ¿habéis entendido? Mirad cómo nuestros muchachos dejan su estela descendiendo por el país: un frente de miles de arqueros y hombres de armas, aún con el sabor de la reciente victoria. ¡Con las armas prestas a la lucha! Con solo mirarlos podéis adivinar que han combatido bravamente. ¡Mirad su orgullo!

El *crescendo* de su voz demandaba una respuesta, así que los hombres que tenían alrededor jalearon sus palabras. Somerset mostraba una expresión ufana cuando de nuevo miró a Derry Brewer.

—Han vertido su sangre, Brewer. Han hecho morder el polvo al enemigo. Ahora los alimentaremos con roja carne de vaca y carnero, y los dejaremos libres en Londres. ¿Entendéis? Haremos que el conde de Warwick traiga al rey Enrique y que este nos pida humildemente perdón por todos los problemas que ha causado.

La idea hizo reír a Somerset, que se dejaba llevar por la imaginación.

—Os aseguro que volveremos a poner el mundo en su sitio. ¿Comprendéis lo que digo, Brewer? Si los hombres se desbocaron un poco en Grantham y Stamford, o en Peterborough o Luton, ¡¿qué importa eso?! Si encuentran unos jamones para el invierno y deciden llevárselos, bueno, quizá sus dueños deberían haber estado con nosotros, ¡ocupándose de York!

Tuvo la sensatez de bajar la voz y seguir en un murmullo.

—Si cortan algún cuello o le roban la virtud a unas cuantas campesinas, pues aún más fuego tendrán en la sangre, supongo yo. Somos los vencedores, Brewer, y vos no lo sois menos que el resto. Dejad por una vez que también a vos os hierva la sangre, sin aguar la fiesta con temores y conspiraciones.

Derry le devolvió la mirada al joven duque con mal disimulada ira. Henry Beaufort era apuesto y seductor, y con labia suficiente como para doblegar la voluntad de cualquiera. ¡Pero era joven! Somerset había descansado y comido bien mientras ciudades que habían pertenecido al duque de York quedaban reducidas a cenizas. Grantham y Stamford habían sido destruidas, y en sus calles Derry había presenciado horrores de crueldad semejante a la que viera en Francia. Se le revolvía la bilis cuando oía decir a aquel joven y arrogante noble que los hombres merecían su recompensa.

Derry echó una ojeada al frente, donde la reina Margarita montaba vestida en su capote azul oscuro, la cabeza inclinada mientras conversaba con el conde Percy. Su hijo de siete años, Eduardo, trotaba junto a ella en un poni, sus pálidos rizos balanceándose por las cabezadas de cansancio.

Somerset se fijó en la mirada del jefe de espías y esbozó una sonrisa lobuna, seguro de sí en su juventud, comparado con el otro, más viejo.

—La reina Margarita desea el regreso de su esposo, maese Brewer, y no oír vuestras mujeriles preocupaciones sobre la conducta de los hombres. Tal vez

deberíais dejarla ser reina por una vez, ¿no os parece?

Somerset inspiró profundamente y, echando la cabeza atrás, rio a carcajadas su propia broma. Aprovechando el momento, Derry extendió el brazo hacia la bota del otro, agarró con la mano enguantada la espiga de la espuela y dio un tirón hacia arriba. El duque, con un rugido, desapareció por el otro lado del caballo, y el animal empezó a saltar adelante y atrás al sentir los tirones de las riendas. Una pierna ducal quedó apuntando casi verticalmente al cielo, mientras su dueño trataba furiosamente de volver sobre la silla. Durante unos instantes llenos de desconcierto, la cabeza del duque dio sacudidas en una posición que le ofrecía una inmejorable perspectiva de los coriáceos genitales del caballo, bamboleantes en la panza del animal.

—Tened cuidado, milord —gritó Derry al tiempo que aguijaba su propio penco para poner algo de distancia entre ellos—. El camino está algo desigual.

La ira de Derry era sobre todo consigo mismo, por haber perdido los estribos, pero también estaba enfurecido con el duque. La fuerza de Margarita y gran parte de su autoridad emanaban del mero hecho de tener la razón de su lado. El país entero sabía que el rey Enrique era un cautivo de la facción yorkista, compuesta por un hatajo de traidores, del primero al último. Existía una corriente de simpatía por la reina y su joven hijo, forzados a vagar por el país para recabar apoyos a su causa. Tal vez se tratara de una visión romántica, pero había bastado para convencer a hombres buenos como Owen Tudor y llevar a la batalla a ejércitos que, de otro modo, quizá se hubieran quedado en casa. Y, al final, gracias a esa misma visión, había obtenido la victoria y conseguido que la casa de Lancaster se alzara de nuevo, después de tanto tiempo con la cabeza hundida en la tierra.

Permitir ahora que un ejército de escoceses y norteños asesinara, violara y saqueara en su camino a Londres no ayudaría a la causa de Margarita, ni le ganaría un solo partidario más. La victoria era aún demasiado reciente, todavía estaban medio borrachos de triunfo. Todos habían visto cómo obligaban a Ricardo Plantagenet, duque de York, a arrodillarse antes de ser ejecutado. Habían visto cómo se llevaban las cabezas de sus más poderosos enemigos para clavarlas en los muros de la ciudad de York. Para quince mil hombres, una vez disipados el furor y el pánico irracional de la batalla, la victoria seguía siendo como una bolsa de monedas. Diez años de luchas habían llegado a su fin; York había muerto en la pelea y sus ambiciones quedaban rotas. La victoria lo era todo, una victoria duramente ganada. Los hombres que habían dejado al descubierto la cabeza de York para que sobre ella cayera la hoja esperaban ahora su recompensa: comida, vino y cálices de oro, o cualquier otra cosa que encontraran en su camino.

Detrás de Brewer, la columna se perdía en una niebla, más allá de lo que el ojo alcanzaba a distinguir en aquel clima invernal. Los escoceses, con las piernas desnudas, avanzaban altivos junto a los pequeños arqueros galeses y los altos espadachines ingleses, todos ellos enflaquecidos, con las capas andrajosas, pero todavía capaces de caminar, todavía orgullosos.

Unos cuarenta metros más atrás, el joven duque de Somerset, con la cara enrojecida, había conseguido subir de nuevo a su montura con la ayuda de uno de sus hombres. Los dos hombres fulminaron con la mirada a Derry Brewer cuando este se llevó la mano a la frente, en una fingida muestra de respeto. Los caballeros con armadura siempre se habían levantado la visera cuando ante ellos pasaban sus señores, para mostrar el rostro. El gesto se había convertido en una especie de saludo. Sin embargo, Derry constató que en este caso no había apaciguado la cólera del arrogante joven al que había descabalgado. Una vez más, Derry maldijo su temperamento, aquella sangre caliente capaz de cegarlo de forma tan absoluta y repentina que le hacía arremeter contra quien fuera sin un momento de reflexión. Siempre había sido uno de sus puntos débiles; aunque, desde luego, prescindir de toda precaución también podía resultar de lo más gratificante. Con todo, era ya demasiado viejo para aquello, pensó. Si no se andaba con más cuidado, algún joven gallito lo iba a matar algún día.

Derry casi esperaba que Somerset se lanzara hacia él para exigir reparación, pero vio que el compañero del duque le hablaba con urgencia al oído. No había dignidad en las peticiones insignificantes, no para alguien de la posición de Somerset. Derry suspiró para sí, sabedor de que durante unas cuantas noches le convendría elegir con cuidado dónde iba a dormir, además de no ir solo a ningún lugar. Había lidiado con la arrogancia de los lores durante toda su vida y sabía demasiado bien que consideraban un derecho, casi una prioridad absoluta, exigir reparación ante un agravio, ya fuera abiertamente o en secreto. En cierto modo, se suponía que aquellos a quienes ofendían debían seguirles el juego, fintar y esquivar los golpes lo mejor que podían hasta que el orden natural quedaba restaurado y los encontraban molidos a palos e inconscientes, o quizá con algún trozo de menos en los dedos o las orejas.

Por alguna razón, al hacerse viejo, Derry había perdido la paciencia con aquella clase de juego. Sabía que si Somerset le enviaba un par de matones para que le sacudieran un poco, su respuesta sería cortarle el cuello al duque alguna noche. Si algo había aprendido Derry Brewer durante los años de guerra era que los duques y condes morían con la misma facilidad que los plebeyos.

Al pensar en ello vio de nuevo al padre de Somerset, desplomado en una calle de San Albano. El viejo duque había sido un león. Habían tenido que destrozarlo, porque él no se rendía jamás.

—Dios os guarde, viejo —murmuró Derry—. Maldita sea. Muy bien: por vos, ningún daño he de causarle. Solo habéis de mantener a ese mocoso presumido fuera de mi camino, ¿de acuerdo? —Levantó la vista al cielo y respiró profundamente, con la esperanza de que su viejo amigo pudiera oírle.

Derry percibía en el aire el olor carbonizado y a ceniza, como si un dedo embadurnado de cera le tocara el fondo de la garganta. Los jinetes de avanzadilla hacían que nuevos rastros de humo y dolor se elevaran frente a ellos, sacaban piezas de carne y cabezas en salazón de los graneros, o azuzaban a los bueyes vivos para

sacarlos al camino y sacrificarlos. Al final de cada día, la columna de la reina habría alcanzado los puntos más apartados del terreno que se extendía ante ellos. Las tropas habrían cubierto unos treinta kilómetros o incluso más, y la perspectiva de un capón aleteando antes de ser asado y roído hasta los quebrados huesos los empujaría a quemar ciegamente otras casas de labranza, o más pueblos, para luego ocultar todos sus pecados con llamas y hollín. Quince mil hombres debían comer, Derry lo sabía, o el ejército de la reina se iría reduciendo por el camino, los hombres desertarían y morirían en los herbosos márgenes. Aun así, le costaba mucho tolerar aquellas acciones.

Cabalgando con mirada amenazadora, el jefe de espías extendió el brazo para palmear el cuello de Retribución, el primer y único caballo que había tenido. El viejo animal volvió la cabeza para mirarlo, esperando una zanahoria. Derry le mostró las manos vacías y Retribución perdió el interés. Delante, la reina y su hijo montaban en compañía de una docena de lores, todavía rígidos de orgullo, aunque ya hubieran pasado varias semanas desde la caída de York en Wakefield. La marcha hacia el sur no era una gran estampida en busca de venganza, sino un comedido desplazamiento de tropas en el que, cada mañana, se enviaban cartas a partidarios y enemigos. Londres los aguardaba, y Margarita no quería que su marido fuera silenciosamente asesinado mientras ellos se aproximaban.

Devolver el rey a la vida no sería tarea fácil, de eso Derry estaba seguro. El conde de Warwick había perdido a su padre en el castillo de Sandal. Mientras la tierra siguiera helada y las noches fueran largas, Warwick continuaría albergando una ira tan salvaje como la del propio hijo de York, Eduardo. Dos jóvenes airados habían perdido a sus padres en la misma batalla, y el destino del rey Enrique estaba en sus manos.

Derry se estremeció al recordar el grito de York en el momento de ser ejecutado: no hacían más que desencadenar contra ellos la furia de sus hijos, había dicho. Derry negó con la cabeza y se limpió la mucosidad fría que, tras gotear desde la nariz, se le había solidificado sobre el labio superior. Los miembros de la vieja guardia iban abandonando este mundo, uno a uno. Los que quedaban para ocupar sus puestos no eran de una raza tan excepcional, por lo que Derry Brewer podía constatar. Los mejores hombres yacían todos bajo tierra.

Un fuerte viento racheado azotaba los laterales de la tienda cuando Warwick alzó la copa hacia sus dos hermanos.

—Por nuestro padre —dijo.

John Neville y el obispo George Neville repitieron sus palabras y bebieron, aunque el vino estaba frío y el día lo estaba aún más. Warwick cerró los ojos para pronunciar una breve oración por el alma de su padre. Alrededor de los tres hombres, el viento golpeaba y agitaba la lona, como si los acometiera desde todos los ángulos y

se hallaran en el mismo centro del vendaval.

—¿Qué hombre estaría tan loco como para ir a la guerra en invierno, eh? —preguntó Warwick—. Este vino es bastante malo, pero el resto ya se ha bebido. Al menos estoy contento de estar con dos patanes como vosotros, sin necesidad de fingir. La verdad es que echo de menos al viejo.

Iba a continuar, pero una súbita oleada de pena le atenazó la garganta y la voz se le quebró. Pese a los esfuerzos por respirar, el aire salía entre resuellos de los pulmones, hasta que estos quedaron vacíos y los ojos se le velaron repentinamente. Con enorme esfuerzo, Warwick inspiró una larga y lenta bocanada entre los dientes, y después otra más, a la vez que notaba que ya era capaz de hablar de nuevo. Durante todo ese tiempo, sus dos hermanos no habían dicho una palabra.

—Echo de menos sus consejos y su afecto —prosiguió Warwick—. Echo de menos su orgullo, incluso la decepción que yo le causaba, porque al menos estaba allí para sentirla. —Los otros dos rieron al oír aquello, pues era algo que ambos habían vivido—. Ahora lo hecho hecho está, nada puede cambiarse. No puedo retirar una sola palabra, ni hacerle saber nada nuevo que yo haya ejecutado en su nombre.

—Dios escuchará vuestras palabras, Richard —dijo su hermano George—. Más allá de eso, todo es misterio sagrado. Sería pecado de orgullo creer que podéis descubrir los planes que Dios nos tiene reservados... a nosotros o a nuestra familia. Eso nunca podréis hacerlo, hermano, y no debéis apenaros por aquellos que solo sienten alegría.

Richard extendió el brazo y, con afecto, agarró al obispo por la nuca. Para su sorpresa, aquellas palabras le habían proporcionado un poco de consuelo, y se sentía orgulloso de su hermano menor.

—¿Tenéis noticias de York? —continuó George Neville con voz serena.

De los tres hijos de Neville, parecía haber sido el obispo quien se había tomado la muerte del padre de forma menos turbulenta, sin atisbo de la rabia que carcomía a John, o del lúgubre rencor que despertaba a Warwick cada mañana. Con independencia de lo que el futuro les deparase, había una deuda que cobrar, por todas las penalidades y por todo el dolor que habían soportado.

—Eduardo no escribe —dijo Warwick con visible irritación—. Ni siquiera sabría que había derrotado a los Tudor de no ser por los harapientos refugiados a quienes mis hombres abordaron e interrogaron. Lo último que oí fue que Eduardo de York estaba sentado sobre un montón de arqueros galeses muertos, tratando de ahogar en alcohol la pérdida de su padre y su hermano. Ha ignorado los mensajes que le he enviado diciéndole lo mucho que se le necesita aquí. Sé que solo tiene dieciocho años, pero a su edad... —Warwick suspiró—. A veces pienso que toda esa enorme corpulencia no deja ver que todavía es un muchacho. ¡No puedo entender cómo es capaz de permanecer en Gales revolcándose en su dolor, mientras la reina Margarita viene a por mí! Solo se preocupa de sí mismo, de su noble pena y su furia. Tengo la sensación de que no le importamos en absoluto, ni tampoco nuestro padre.

Entendedme, muchachos: os digo esto a vosotros, a nadie más.

John Neville se había convertido en barón de Montagu a la muerte de su padre. Este ascenso de rango se revelaba en la riqueza de su nueva capa, el espesor de las calzas y la calidad de las botas, todo ello comprado a crédito a sastres y zapateros dispuestos a prestar a un lord lo que nunca prestarían a un caballero. A pesar de las capas de cálido tejido, Montagu miraba las hinchadas paredes de lona y tiritaba. Resultaba difícil imaginar a un espía capaz de escuchar por encima del golpeteo y el ulular del viento, pero tampoco costaba nada tomar precauciones.

—Si este vendaval sigue arreciando, la tienda saldrá volando por encima de las tropas, como un halcón —dijo Montagu—. Hermano, necesitamos al muchacho de York, a pesar de su juventud. Acompañé al rey Enrique esta mañana mientras entonaba himnos y canto llano bajo el roble. ¿Sabíais que un herrero le ha amarrado una soga a la pierna? —Warwick salió de su ensimismamiento y John Neville levantó la palma de las manos para disipar su preocupación—. No un grillete, hermano. Solo una soga anudada, una traba para impedir que nuestro cándido soberano se aleje demasiado. Habéis mencionado al niño que hay en Eduardo, pero al menos es un joven fuerte y sano, ¡presto a mostrar su brío y actuar con firmeza! Este Enrique es un niño llorón. No podría seguirle como rey.

—Basta, John —dijo Warwick—. Enrique es el rey legítimamente ungido, sea ciego o sordo o tullido o... simple. No hay maldad en él. Es como Adán antes de desobedecer a Dios; no, como Abel antes de que Caín lo asesinara por resentimiento y celos. El hecho de que lo hayan amarrado nos cubre a todos de vergüenza. Ordenaré que lo desaten.

Warwick caminó hacia los cordones de la tienda y tiró de ellos hasta que un trozo de lona se abrió y dejó entrar el viento. En una esquina, algunos papeles escaparon de los pesos de plomo que los sujetaban y volaron por el aire como pájaros.

Cuando la entrada se abrió, los hermanos quedaron ante una escena nocturna que bien podría haber sido una pintura del mismo infierno. San Albano se hallaba justo al sur de su posición. Delante de la ciudad, en la oscuridad salpicada de antorchas, diez mil hombres se afanaban por todo el lugar, construyendo defensas divididos en tres grandes batallones de soldados con armadura. Los fuegos y fraguas se extendían en todas direcciones, como estrellas en el cielo, aunque en este caso brillaban con luz amenazadora. La lluvia caía sobre aquella multitud en ráfagas y súbitas bofetadas de humedad, regodeándose en el sufrimiento de las tropas. Por encima del ruido del aguacero, se oían los gritos de los hombres, encorvados bajo el peso de vigas u otras cargas, o conduciendo por los caminos a los bueyes que mugían al tirar de los carros.

Warwick percibió cómo sus hermanos llegaban a su lado y contemplaban la escena con él. Unas doscientas tiendas redondas formaban el núcleo del campamento, todas encaradas al norte, por donde sabían que llegaría el ejército de la reina Margarita.

Warwick había regresado de Kent, donde se había enterado de la muerte de su

padre en Sandal. Desde ese día aciago, había dispuesto de mes y medio para prepararse antes de la llegada del ejército de la reina. Margarita quería recuperar a su marido, de eso Warwick estaba seguro. Enrique, pese a su mirada perdida y su fragilidad, seguía siendo el rey. No había más que una corona y solo un hombre podía gobernar, por más que no supiera cómo hacerlo.

—Con cada amanecer veo nuevas franjas de clavos y zanjas y...

El obispo George Neville hizo un gesto con la mano al quedarse sin palabras para describir las herramientas y máquinas mortíferas que su hermano había reunido. Las filas de cañones no eran más que una parte entre ellas. Warwick había acudido a los armeros de Londres en busca de cualquier ingenio sanguinario que, desde los tiempos de los siete reinos de Britania y las invasiones romanas, hubiera demostrado su efectividad en la batalla. La mirada de los hermanos recorría aquella extensión llena de redes con clavos, abrojos, zanjas trampa y torres. Era un terreno de muerte, preparado para la defensa contra una gran hueste.

Margarita observó desde la puerta de la tienda cómo su hijo peleaba contra un muchacho del lugar. Nadie tenía ni idea de dónde había salido aquel pilluelo de ojos negros, pero se había agarrado al costado de Eduardo y ahora ambos rodaban por el suelo con sus palos de madera a modo de espadas, tableteando y resoplando sobre la tierra húmeda. En su lucha, los dos contendientes toparon contra un armero donde armas y escudos refulgían a la luz del crepúsculo, bajo los estandartes de una docena de lores, ondeantes en la brisa.

Margarita vio que se acercaba Derry Brewer, su jefe de espías. Cruzaba la alta hierba al trote y parecía en buena forma. Para el campamento de aquel día habían elegido un prado, muy cerca de un río y con pocas colinas a la vista. Quince mil hombres constituían casi una ciudad en movimiento, y todos los caballos, carros y pertrechos ocupaban una vasta extensión. A finales del verano, habrían podido saquear huertos y jardines cercados, pero a comienzos de febrero había bien poco que robar. Los campos se veían oscuros, con la vida todavía oculta en sus profundidades. Los hombres iban pareciendo mendigos a medida que sus ropas se convertían en andrajos y los estómagos y músculos se consumían. Nadie luchaba durante el invierno, a menos que hubiera que rescatar a un rey. Y la razón de ello la tenía Margarita a su alrededor, en aquella tierra helada.

Derry Brewer llegó ante la tienda de la reina e hizo una reverencia. Margarita levantó la mano para indicarle que esperara y él se volvió a mirar al príncipe de Gales, quien en ese momento vencía a su más débil oponente con una serie de golpes en la espalda. El joven chillaba como un gato al que estuvieran estrangulando.

Ni Derry ni la reina dijeron nada para interrumpir, con lo que el príncipe Eduardo cambió la forma de empuñar el palo y, atravesando la defensa del muchacho, le asestó con la punta un fuerte golpe en el pecho. El joven se hizo un ovillo y perdió todo interés en continuar la pelea. El príncipe, por su parte, levantó el palo como si fuera una lanza, ahuecó la palma de una mano e imitó el aullido de un lobo. Derry le sonrió, divertido y sorprendido a un tiempo. Su padre, el rey, no había mostrado ni un ápice de fervor marcial en toda su vida; y, sin embargo, ahí estaba el hijo, arrebatado por esa euforia que solo se siente al tener a un hombre derrotado a los pies. Derry recordaba bien ese sentimiento. Vio cómo Eduardo ayudaba al otro muchacho a levantarse y le habló al instante.

—Príncipe Eduardo, quizá deberíais dejar que se levante él solo. —Derry, que había estado pensando en los luchadores de Londres, había dicho la frase sin meditar.

—¿Maese Brewer? —intervino Margarita con los ojos resplandecientes de orgullo.

—Ah, milady, los hombres sostienen en esto opiniones diferentes. Algunos llaman honor a mostrar generosidad con el vencido, pero yo pienso que no es más que otra forma de orgullo.

—Entiendo, ¿así que a algunos sí les gustaría que mi hijo ayudara a este muchacho a levantarse? Tú, quédate donde estás.

Esto último iba dirigido, acompañado de un dedo acusador, al mocoso en cuestión, que trataba de levantarse con la cara encendida por la atención que le deparaban. El muchacho, espantado al ver que una dama de tal nobleza le hablaba, volvió a desplomarse sobre el barro.

Derry sonrió a la reina.

—Así es, milady. Entrelazarían el brazo con el de su enemigo y mostrarían su grandeza perdonando los agravios recibidos. El padre de vuestro esposo solía actuar de ese modo, milady. Y cierto es que sus hombres lo amaban por ello. Hay grandeza en un acto así, algo que está por encima de la mayoría de nosotros.

—¿Y qué me decís de vos, Derry? ¿Qué haríais vos? —preguntó Margarita con suavidad.

—No poseo esa grandeza, milady. Yo rompería algún hueso, tal vez, o le haría cosquillas con el cuchillo... en ciertas partes en las que no se mataría a un hombre, aunque sí le dejarían bastante estropeado para el futuro. —Su propio ingenio le hizo sonreír y luego la expresión se fue desdibujando ante la mirada de la reina. Se encogió de hombros—. Si he vencido a un enemigo, milady, no deseo que se levante quizá incluso más irritado que antes. Según mi experiencia, lo mejor es asegurarse de que sigan en tierra.

Margarita inclinó la cabeza, complacida por la sinceridad de Derry.

—Creo que por eso confío en vos, maese Brewer. Vos entendéis estos asuntos. Si el honor es el precio exigido, nunca elegiré perder ante mis enemigos y quedarme con mi honor. Preferiría obtener la victoria, y pagar el precio debido.

Derry cerró por un momento los ojos, la cabeza hundida al comprender el sentido de aquellas palabras. Había conocido a Margarita cuando era una muchacha, pero aquella joven se había templado en conspiraciones, batallas y negociaciones hasta convertirse en una mujer perspicaz y vengativa.

—Debo entender que habéis hablado con lord Somerset, milady.

—¡En efecto, Derry! Le he elegido para comandar mi ejército, y no estoy eligiendo a ningún estúpido. Sí, ya sé que no le gusta pedirme consejo, pero lo hará si le empujáis a ello. El joven Somerset es un ave de presa, así lo creo, de músculos y corazón vigorosos. Los hombres le adoran por esa voz de trueno. ¿Habría criado su padre a un estúpido? No. Él cree que si por vos fuera nos demoraríamos en el norte, para aprovisionarnos de comida en lugar de tomarla directamente, o alguna otra cosa similar. Milord Somerset solo piensa en llegar a Londres cuanto antes y mantener fuertes a los hombres. Nada malo hay en cuidar así de mi ejército, Derry.

Mientras la reina hablaba, Derry hubo de ocultar su sorpresa. No había esperado que Somerset se tragara ese orgullo propio de la juventud y le pidiera a Margarita que dirimiera aquel asunto. Esa actitud sugería una lealtad y madurez que, extrañamente, dio esperanzas a Derry.

—Milady, Warwick tiene una posición muy fuerte en el sur. Los que le siguen son en su mayoría hombres de Kent y de Sussex, unos condados rebeldes y dejados de la mano de Dios. Debemos derrotarlos y rescatar a vuestro esposo o...

Desvió la mirada hacia los dos muchachos, que de nuevo volvían a entrechocar sus palos. Si el rey Enrique no sobrevivía, casi lo único que quedaría de la casa de Lancaster sería aquel príncipe de siete años con un chichón encima del ojo, un muchacho que en ese momento trataba con todas sus fuerzas de estrangular a su oponente hasta matarlo.

La mirada de Margarita siguió a la suya y luego volvió a Derry, con las cejas arqueadas en expresión interrogante.

—Cualquiera que sea el resultado —dijo Derry—, el rey deberá gobernar una Inglaterra en paz a partir de ese día, milady. Con la historia adecuada en los oídos adecuados, el rey Enrique podría ser... Arturo de vuelta de Avalón, o Ricardo retornado de las cruzadas. Podría ser el legítimo rey restaurado en el trono, o convertirse en otro Juan sin Tierra, milady, con una estela de negras leyendas persiguiéndole como sombras. Hemos dejado un rastro de destrucción por media Inglaterra. Cientos de miles de muertos y expoliados, y los mismos que ya nos han maldecido estarán ahora muriéndose de hambre. Niños como estos muchachos perecerán porque nuestros hombres les robaron los animales, se comieron el grano de sus cosechas y les dejaron sin nada que plantar en la primavera.

Indignado, Derry se interrumpió al notar que la mano de la reina le presionaba en el antebrazo. Había hablado con la vista puesta en los muchachos que rodaban por el barro, en lugar de dirigir su alegato directamente a Margarita. Ahora se volvió hacia ella y vio certidumbre en sus ojos, pero también resignación.

—No... puedo pagar a los hombres, Derry. Esa es la verdad, no podré hacerlo hasta que llegemos a Londres, y quizá ni siquiera entonces. Sin duda, tendrán que luchar de nuevo antes de que reúna suficientes monedas para llenarles la bolsa, ¿y quién sabe cuál será el resultado? Mientras no se les pague, sabéis que lo que esperan es que se les dé rienda suelta, como a perros de caza. Esperan poder saquear lo que encuentren en su camino, para con ello sustituir la paga.

—¿Es eso lo que dijo Somerset? —replicó Derry con frialdad—. Si tan buen comandante es, que agarre a esos perros por el pescuezo...

—No, Derry. Vos sois mi consejero de mayor confianza, lo sabéis. Pero esta vez me pedís demasiado. Solo puedo mirar en una dirección, Derry. Solo veo Londres en el horizonte y nada más.

—¿Acaso no notáis el olor a humo en el aire, no oís los gritos de las mujeres? —preguntó Derry.

Era imprudente desafiarla de aquella forma, pese a la larga colaboración entre ambos. Derry vio aparecer manchas rosadas en las mejillas de la reina, un rubor que se fue extendiendo hasta alcanzar el cuello. En todo ese tiempo, ella no había dejado de mirarle a los ojos, como si él poseyera todos los secretos de este mundo.

—Este es un duro invierno, maese Brewer; y aún ha de continuar. Si he de mirar a otro lado mientras ocurren maldades para recuperar a mi esposo y el trono que le corresponde, entonces estaré ciega y sorda. Y vos permaneceréis mudo.

Derry inspiró largamente.

—Milady, me estoy haciendo viejo. A veces pienso que mi trabajo sería más apropiado para un hombre más joven.

—Por favor, Derry. No era mi intención ofenderos.

El jefe de espías levantó la mano.

—Y no me he ofendido; ni os dejaría sin esta red que tanto me ha costado tejer. Milady, en ocasiones mi trabajo entraña grandes peligros. No lo digo por jactancia, sino como constatación de una verdad. Me encuentro con hombres duros en oscuros lugares, y lo hago constantemente. Si algún día no regreso, debéis conocer cómo he dispuesto las cosas para que la tarea continúe.

Margarita lo observó con los oscuros ojos muy abiertos, magnetizada por la incomodidad de Brewer. Este permanecía ante ella como un muchacho nervioso, retorciéndose ambas manos a la altura de la cintura.

—Hay posibilidad de que también vos estéis en peligro, milady, si me atrapan. Entonces alguien acudirá a vos y os dirá unas palabras que reconoceréis.

—¿Y qué aspecto tendrá ese hombre vuestro? —susurró Margarita.

—No sabría deciros, milady. Son tres en total. Jóvenes, listos y completamente leales. Uno de ellos sobrevivirá a los otros dos y tomará las riendas, si yo ya no puedo llevarlas.

—¿Haríais que se mataran entre ellos por permanecer a mi lado? —preguntó Margarita.

—Desde luego, milady. Nada tiene valor si no cuesta esfuerzo conseguirlo.

—Muy bien. ¿Y cómo sabré que puedo confiar en vuestro hombre?

Derry sonrió ante la rapidez mental de la reina.

—Unas pocas palabras, milady, que significan algo para mí.

Hizo una pausa. Aunque tenía los ojos puestos en Margarita, miraba en realidad al pasado, pero también se imaginaba el futuro y su propia muerte. Sacudió la cabeza, alterado.

—La esposa de William de la Pole, Alice, todavía vive, milady. Su abuelo fue tal vez el primer hombre de letras de toda Inglaterra, aunque nunca tuve ocasión de conocer al viejo Chaucer. Una vez, Alice usó una frase de su abuelo para referirse a mí. Cuando le pregunté qué había querido decir, respondió que era una idea sin importancia y que no debía ofenderme. Sin embargo, la frase se me quedó grabada. Dijo que yo era «el que sonrío con el cuchillo escondido bajo la capa». Me parece una descripción muy precisa de mi trabajo, milady.

Margarita se estremeció y se frotó un brazo con el otro.

—Vuestra frase me pone los pelos de punta, Derry, pero será como decís. Si alguien viene a mí y me dice esas palabras, le escucharé. —Sus ojos centellearon y se

le endureció el rostro—. Os comprometéis a ello por vuestro honor, Derry Brewer. Os habéis ganado mi confianza, y no es algo que yo entregue a cualquier precio.

Derry inclinó la cabeza, recordando a la joven muchacha francesa que había cruzado el canal de la Mancha para casarse con el rey Enrique. A los treinta años, Margarita era aún una mujer delgada y de piel límpida, con un largo cabello castaño recogido en una sola trenza con un lazo rojo. Gracias a su único embarazo, algo poco frecuente, no se había convertido en una vieja yegua de tiro con la espalda quebrantada, como muchas mujeres de su edad. Ni había perdido esa firme esbeltez del talle que la dotaba de gracilidad. A pesar de haber sufrido y perdido tanto, cualquiera que la mirara habría de admitir que Margarita envejecía bien. No obstante, Derry la observaba con la experiencia de los dieciséis años pasados a su lado. Había dureza en ella, un rasgo que no sabía muy bien si lamentar o celebrar. La pérdida de la inocencia era un hecho trascendental, especialmente en una mujer. Con todo, lo que llegaba después era siempre un mejor paño con que cubrir cada mancha rojiza. Derry sabía que las mujeres ocultaban tales cosas cada mes. Quizá ese era el fondo del que nacían los secretos de las mujeres y su vida interior. Debían ocultar la sangre... y la comprendían.

Derry Brewer sintió cómo el vino especiado le calentaba el estómago y el pecho, lo que aliviaba algunos de sus achaques. El caballero que tenía frente a él asintió con lentitud y se echó atrás en su banqueta, plenamente consciente de la importancia de las noticias que traía. Estaban sentados en un rincón de una atestada taberna, rodeados de soldados que los estrujaban por todas partes. En el establecimiento solo quedaba ya una cerveza repugnante y los posos, pero algunos optimistas todavía se asomaban al interior desde el camino.

Para el encuentro, Derry había escogido la taberna pública del campamento, sabedor de que sus nobles señores entendían bien poco de su trabajo. No parecía haberseles ocurrido que un hombre pudiera cabalgar de un ejército al otro y transmitir una información de la más vital importancia. Derry Brewer se recostó contra el rincón de tablas de roble, la vista puesta en sir Arthur Lovelace, sin duda su informante más altanero. Ante el escrutinio de Derry, aquel hombre pequeño se atusó un complicado bigote que le caía sobre los labios y que sin duda añadiría cierta cantidad de pelo a cada bocado que comía. Se habían conocido tras la batalla de Sandal, pues Lovelace estaba entre el centenar de abatidos caballeros que Derry se había llevado aparte. Les había ofrecido algunas monedas a aquellos que no tenían ninguna y unos cuantos consejos a quienes estuvieron dispuestos a escucharle. A su tarea de persuasión contribuía el hecho de que el jefe de espías estuviera al servicio del rey Enrique. Nadie podía dudar de la lealtad de Brewer, ni cuestionar la justicia de su causa, al menos después de aquella victoria.

Alentados por las palabras de Derry, más de unos cuantos soldados de York se habían quedado merodeando por Sheffield para esperar al ejército de la reina, y al llegar este se habían unido a los mismos hombres contra los que antes habían luchado. Tal vez había parecido entonces una locura, pero los hombres necesitaban comer y recibir una paga. Cuando después se vio que no habría paga, quizá el asunto sí que acabó siendo de verdad una locura. Cientos de hombres de aquel ejército habían participado en los saqueos de las ciudades yorkistas, a fin de llenar tanto el estómago como la bolsa.

Al atravesar el campamento, Lovelace no vestía colores, ni sobreveste o pintada armadura que pudiera identificarle y hacer que alguien informara de su presencia. Se le había dado una contraseña y sabía que debía preguntar por Derry Brewer. Eso habría bastado para que le dejaran pasar los guardias que ocasionalmente pudieran interrogarle, pero lo cierto es que había logrado llegar al mismo centro del ejército de la reina Margarita sin tener que detenerse ni una sola vez. Cualquiera otro día, el hecho habría sulfurado a Derry Brewer, quien habría llamado a los capitanes del ejército para explicarles, una vez más, la importancia de impedir que espías y asesinos se introdujeran allí donde podrían causar un daño incalculable.

Lovelace se inclinó hacia delante y habló en un murmullo nervioso. Derry podía

oler el sudor del hombre en las calientes vaharadas que, casi como en una flameante reverberación, emanaban de él. El caballero había montado a todo galope para llegar hasta el jefe de espías y contarle lo que sabía.

—Lo que os he dicho es de vital importancia, maese Brewer. ¿Comprendéis? Os he entregado a Warwick, desplumado, untado con grasa y bien atado: listo para asar en el espetón.

—El Marinero —dijo Derry distraídamente mientras pensaba. Warwick había sido capitán de Calais de forma continuada durante varios años y se decía que amaba el mar y los barcos que lo surcaban. Lovelace había convenido en no usar los nombres de los hombres importantes, pero por supuesto se olvidaba constantemente de ello. En ocasiones como aquella, Derry prefería actuar como si su peor enemigo se hallara junto a su hombro, dispuesto a informar de cualquier cosa que pudiera averiguar.

La taberna iba volviéndose cada vez menos acogedora a medida que los soldados la dejaban seca. En medio de empujones y apreturas, un desconocido pelirrojo cayó de pronto sobre su pequeña mesa, dio un bandazo hacia Derry y extendió ambos brazos para protegerse de la caída. El hombre soltó una risotada y, cuando iba a darse la vuelta para quejarse a quien le hubiera empujado, sintió la longitud del frío metal que Derry le presionaba contra el cuello y su voz se ahogó.

—Tened más cuidado, muchacho —le murmuró Derry al oído—. Ahora moveos.

Empujó al soldado y lo observó detenidamente mientras, con ojos espantados, se perdía entre la multitud. Había sido solo un accidente. No uno de esos «accidentes» muy trágicos, sino de aquellos que, en última instancia, eran voluntad de Dios, pues fue mala suerte que cayera sobre la hoja y que ahora Brewer yaciera en la fría, fría tierra; mientras, nosotros debemos seguir con nuestras vidas felices...

—¿Brewer? —dijo Lovelace, chasqueando los dedos en el aire.

Derry parpadeó, irritado con él.

—¿Qué sucede? Ya habéis transmitido las novedades, y si decís la verdad la información me será útil.

Lovelace se inclinó aún más hacia él, tan cerca que Derry percibió un aliento a cebolla.

—No he traicionado al «Marinero» a cambio de nada, maese Brewer. Cuando vos y yo nos encontramos en aquella taberna de Sheffield, os mostrasteis muy liberal con las monedas de plata y las promesas. —Lovelace inspiró largamente, la voz temblorosa ante las expectativas que albergaba—. Os recuerdo que mencionasteis el título de conde de Kent, todavía vacante, sin alguien leal que lo ocupe y recaude los impuestos y diezmos debidos al rey. Entonces me dijisteis que la recompensa para quien entregara a Warwick podría llegar a ser un bocado tan sabroso y refinado como ese.

—Ya veo —replicó Derry. Esperó tan solo por maldad, como si no hubiera entendido. En parte lo hacía porque aquel caballero imbécil había vuelto a mencionar

el nombre de Warwick, a pesar de que la habitación estaba tan atestada que no solo tenían hombres hasta encima de la cabeza, sino que uno de ellos casi había acabado en el regazo de Derry.

—¡Pues eso es lo que yo he hecho! —exclamó Lovelace al tiempo que enrojecía y el cuello y la cara se le hinchaban ligeramente—. ¿O es que vuestras promesas son mera palabrería?

—Os advertí que debíais venir a este campamento sin estandarte, sin sobreveste ni escudo pintado que alguien pudiera recordar. Habéis cruzado entre diez mil hombres para llegar a esta taberna. ¿Acaso alguno de ellos os ha agarrado del brazo y os ha preguntado quién erais?

Lovelace negó con la cabeza, nervioso por la vehemencia con la que hablaba el jefe de espías.

—Y decidme, buen caballero, ¿no se os pasó por la cabeza que, igual que vos podíais llegar hasta mí, también yo podría tener hombres merodeando por el campamento que dejasteis atrás? ¿Que podría tener algunos muchachos en el sur, llevando agua o puliendo armaduras, sin dejar de observar y contar y recordar lo que vieran? ¿Es que pensabais que yo estaba ciego sin vuestros ojos?

Derry observó cómo las expectativas del caballero se desinflaban ante sus ojos y Lovelace se hundía en su asiento. Ser nombrado conde, un compañero del rey, bueno, eso hubiera sido una fantasía imposible para un soldado común, o incluso para un caballero con una casa solariega y un puñado de granjas arrendadas. Aun así, cosas más extrañas se habían visto en tiempos de guerra. Derry imaginó que Lovelace tenía esposa e hijos en alguna parte, y que todos dependían de su paga, su ingenio y quién sabe si también de un poco de suerte.

La pobreza era un amo cruel. Derry miró al alicaído caballero con mayor detenimiento y advirtió el ajado capote. Se preguntó si la razón de aquella barba desaliñada no sería la falta de monedas para hacérsela arreglar. El jefe de espías suspiró para sí. En otros tiempos, se habría levantado y, después de darle a Lovelace unas palmaditas en la espalda, lo hubiera dejado allí para que lo golpearan y robaran al salir del campamento, o lo que fuera que pudiera ocurrirle.

En cambio, aunque le exasperaba, Derry sabía que la edad había suavizado sus aristas más afiladas, de tal modo que había comenzado a ver y oír el dolor de los demás, y rara vez se reía ya de él. Quizá era el momento de retirarse. Sus tres pupilos, más jóvenes, estaban preparados para la pelea si alguna noche él no regresaba a casa. En teoría, ninguno de ellos sabía el nombre de los otros, pero Derry habría apostado hasta la última moneda de su bolsa a que los habían averiguado. Una buena forma de evitar una estocada es matar a quien empuña la hoja. Quienes se dedicaban al oficio de Derry sabían que lo mejor era matar al otro antes incluso de que este supiese que era tu enemigo.

Ninguno de estos pensamientos se reveló en su expresión mientras miraba a Lovelace, quien todavía estaba encajando el hecho de haber vendido a Warwick por

tan solo una pinta de oscura cerveza. El jefe de espías no se atrevió a dejar monedas de oro o plata en la mesa, con tantos soldados alrededor. Sabía que, antes de hacer algo así, mejor sería que él mismo noqueara a Lovelace y de paso se ahorrara esas monedas. Así pues, extendió el brazo para estrechar la mano de Lovelace y presionó contra ella medio noble de oro. Vio que los ojos del desgraciado caballero se tensaban de turbación y alivio al mirarse la mano. Era una moneda pequeña, pero pagaría una docena de comidas, o quizá una capa nueva.

—Id con Dios, muchacho —dijo Derry al tiempo que se levantaba para marcharse—. Confiad en el rey y no os equivocaréis.

Había luna nueva, pero Eduardo de York podía verse las manos a la luz de las estrellas. Giró la mano izquierda delante de la cara, observando los dedos que se movían como un ala blanca. York estaba sentado sobre un risco, en Gales, y no se había molestado en preguntar el nombre de aquel peñasco. Los pies le colgaban en el vacío, y, cuando arrancaba alguna piedra de su sitio, esta caía interminablemente y parecía no golpear nunca el fondo. Un profundo abismo se abría bajo sus pies, pero la oscuridad era tan densa que tenía la sensación de poder caminar sobre ella.

Esbozó una sonrisa ebria al pensarlo y, adelantando un pie, tanteó aquí y allá como si fuera a encontrar un puente de sombras que le permitiera cruzar el valle. El movimiento hizo que Eduardo desplazara su peso sobre el resalte de la roca y que, de pronto, empezara a recular pateando convulsivamente, durante un momento de pánico que desapareció con la misma rapidez con la que había surgido. No, no iba a caerse, estaba seguro. Quizá todo lo que había bebido habría podido matar a un hombre más pequeño que él, pero Dios no iba a permitir que cayera desde un peñasco galés. No, su final no estaba allí: aún le quedaba mucho por hacer. Eduardo asintió para sí mismo, con tanta pesadez en la cabeza que esta siguió bailando arriba y abajo mucho más tiempo del que pretendía.

Oyó los pasos y los murmullos de dos de sus hombres, quienes habían comenzado a conversar apenas a una docena de pasos detrás de él. Lentamente, Eduardo levantó la cabeza y se dio cuenta de que allí, pegado a tierra y en la oscuridad, no podían verle. Aquella luz daba a sus miembros un color óseo, así que se le ocurrió que debía parecer un fantasma. Si su estado de ánimo hubiera sido otro, quizá se habría levantado tambaleándose y habría lanzado un gran aullido, solo para oírlos gritar, pero su humor era demasiado sombrío para eso. La noche que le rodeaba penetraba en él al tocarle en los brazos. Sin duda, esa era la razón de que se viera la piel blanca, porque esta había absorbido la oscuridad, y todavía seguía haciéndolo, llenándolo por dentro hasta hacer crujir las costuras de su cuerpo. Era una idea hermosa y Eduardo se sentó para considerar tan maravillosa ocurrencia, mientras los hombres seguían hablando a su espalda.

—No me gusta este sitio, Bron. No me gustan las colinas, ni la lluvia ni los

malditos galeses. Esa mala cara con que nos miran desde sus pequeñas chozas. Y ladrones que son, además, porque aquí lo más seguro es que te roben todo lo que no esté bien amarrado. El viejo Desnarigado perdió una silla hace un par de días, y te aseguro que no se fue andando ella sola. Este no es lugar para quedarse; pero, en fin, aquí seguimos.

—Bueno, compañero, si fueras duque, a lo mejor podrías llevarnos a Inglaterra. Mientras tanto, esperaremos a que nuestro señor de York nos ordene movernos. Yo estoy bien así, diría. No, compañero, más que bien. Prefiero estar aquí sentado a tener que marchar o luchar en Inglaterra. Deja que ese grandote ahogue la pena por su padre y su hermano. El viejo duque era un hombre notable. Si hubiera sido mi padre, yo también me pasaría todo el día borracho. Al final volverá en sí o acabará explotándole el corazón. De nada sirve preocuparse ahora de si ocurre una cosa o la otra.

Eduardo de York entornó los ojos, tratando de discernir a la pareja. Uno estaba recostado contra una roca, fundido en ella como si fuera una gran sombra. El otro permanecía de pie, mirando al frente y al cielo, al campo de estrellas que refulgía hacia el norte a medida que avanzaba la noche. York sentía cólera por el hecho de que su pena, su íntimo dolor, fuera objeto de discusión entre simples caballeros y piqueros, como si estuvieran hablando del tiempo o del precio de una hogaza de pan. Comenzó a arrastrarse hacia ellos y, al ponerse de pie y quedar en precario equilibrio, a punto estuvo de caer por el precipicio. Con una estatura de un metro y noventa y tres centímetros, York era una figura colosal, con diferencia el hombre más grande de todo su ejército. Ahora bloqueaba una amplia franja de cielo con el cuerpo, y los dos conversadores se quedaron helados al percibir la silenciosa aparición que se levantaba ante ellos, una oscura amenaza recortada contra la oscuridad y delineada por las estrellas.

—¿Quiénes sois para decirme qué debo hacer, eh? ¿Vais a decirme cómo debo mostrar mi pena? —farfulló Eduardo.

Los hombres reaccionaron con absoluto pánico; ambos se dieron la vuelta al mismo tiempo, se alejaron trepando por la cresta de la colina y descendieron por la otra vertiente, menos abrupta. Tras ellos, Eduardo rugió algo incoherente, dio unos pasos vacilantes y luego cayó al suelo, al pisar inadvertidamente una piedra y torcerse el pie. Empezó entonces a vomitar vino rancio y un licor claro, en una mezcla de acidez tan punzante que le escocían los cortes de la piel.

—¡Os encontraré! Sí, daré con vosotros, hijos de puta insolentes...

Rodando hasta quedar de espaldas, empezó a dormirse, consciente a medias de que no sería capaz de reconocerlos si los volvía a ver. York roncaba ruidosamente, la montaña galesa bajo su cuerpo, anclándole a la tierra mientras el cielo giraba en lo alto.

Llovía cuando los lores de Margarita comenzaron a congregarse en la tienda. El aguacero repiqueteaba en la lona y hacía que los postes crujieran bajo el peso de la tela empapada. Derry Brewer se cruzó de brazos y observó las caras de los más antiguos comandantes de la reina. Henry Percy había perdido más que ningún otro de los presentes en aquel gran pabellón. El conde de Northumberland llevaba el sello de su linaje en el rostro: la gran hoja curva de la nariz de los Percy le distinguía en cualquier grupo. El precio pagado por la familia Percy otorgaba al joven conde cierta gravedad entre los demás. En opinión de Derry, la pérdida de su padre y su hermano lo habían hecho madurar, de modo que ahora rara vez hablaba sin reflexionar y portaba su dignidad como una capa arrollada a los hombros. El conde Percy podría perfectamente haberlos comandado contra Warwick, pero era el aún menos experimentado Somerset quien había sido designado para tal cometido. Derry se permitió una rápida mirada a la reina, quien, sentada muy recatadamente en el rincón, todavía mostraba unas mejillas sonrosadas y una figura delgada. Si era cierto que se había acercado a Somerset durante los meses de ausencia de su esposo, lo había hecho de manera extraordinariamente discreta. A sus veinticinco años, Somerset seguía soltero, algo bastante extraño y que podía generar algunas suspicacias. Derry sabía que debía aconsejarle al duque que desposara a alguna joven bien dispuesta y engendrara hermosos y rollizos bebés, antes de que las habladurías se dispararan.

Había también media docena de barones menores, que habían acudido convocados por la reina. A Derry le complacía que hubieran ubicado a lord Clifford entre ellos en los bancos, donde los barones se sentaban como inquietos escolares que hubieran de recibir sus lecciones. Clifford había matado al hijo de York en Wakefield y después había mostrado la daga sangrienta al padre, en perversa actitud de triunfo. Habría resultado difícil sentir agrado por aquel hombre después de una acción semejante, aunque hubiera sido un verdadero dechado de virtud. En realidad, Derry opinaba que Clifford era pomposo y débil: un memo sin verdadera valía.

Y bien curioso era que la historia del asesinato del joven York hubiera corrido tan rápidamente y hasta lugares tan lejanos, casi como si tuviera alas propias, hasta el punto de que los informantes de Derry le habían dicho que mucha gente se la había contado desde entonces. Además, circulaba la noticia de que Margarita se dirigía hacia el sur con un ejército de exaltados y amenazadores norteños, a los que acompañaban los pintarrajeados salvajes de las montañas escocesas. Según decían, la reina había cortado cabezas, había pintado a sus hombres con la sangre de York y se había recreado con la destrucción de muchachos inocentes. Eran historias que habían arraigado con fuerza, y Derry se preguntaba si había un cerebro tras ellas o se debían simplemente a la insensible crueldad de los rumores y las habladurías.

El asistente de Derry había acabado de leer la larga descripción de las fuerzas de Warwick, una descripción redactada a partir de los datos aportados por una docena de

hombres como Lovelace y la cual, en opinión de Derry, ofrecía una imagen bastante fidedigna. Las posiciones cambiarían, y desde luego el movimiento de los ejércitos podía alterar completamente una batalla antes de que esta comenzara; pero, por una vez, Derry se sentía confiado. Warwick se había atrincherado. Ya no le sería posible moverse. El jefe de espías dio las gracias a su hombre con un asentimiento de cabeza y permaneció a la espera, dispuesto a debatir o defender sus conclusiones.

Fue el barón Clifford quien primero replicó, su voz como un estruendoso rebuzno que obligó a Derry a apretar los dientes.

—¿Queréis hacernos mover las tropas como si fueran las piezas de un tablero, Brewer? ¿Es así como pensáis que debería hacerse la guerra?

Derry se dio perfecta cuenta de que había utilizado la primera persona del plural. Durante seis años, Clifford había tratado de incluirse entre los nobles que habían perdido a sus padres, junto con el conde Percy de Northumberland y Somerset. Estos últimos no parecían mirar con malevolencia a Clifford, pero tampoco se mostraban especialmente cálidos con él, por lo que Derry podía observar. Brewer no había contestado a las primeras preguntas de Clifford, suponiendo que eran retóricas. Ahora decidió esperar a que las palabras del barón se extinguieran por sí mismas.

—¿Y bien? ¿Es que deben ser los espías y los rateros furtivos quienes decidan cómo ha de plantear la batalla el ejército del rey? —preguntó Clifford—. ¡No creo que jamás haya oído nada semejante! Por lo que decís, parece que Warwick sí que sabe lo que es el honor, aunque vos no lo sepáis. Decís que se ha situado en el camino a Londres para desafiarnos. ¡Exacto! Así es cómo los hombres de honor hacen la guerra, Brewer: sin subterfugios ni secreteos, sin mentiras ni traiciones. Estoy indignado por lo que he oído hoy aquí, francamente indignado.

Para enfado de Derry, Margarita permaneció callada. En el lejano norte, la reina había experimentado el placer y el dolor que reporta ejercer directamente el mando, y no había sido precisamente de su agrado. Derry incluso pensó que, en privado, Somerset la había persuadido para que delegara en él su autoridad. Somerset era, pues, el hombre al que él debía convencer, no Clifford, ni siquiera el conde Percy, aunque todo sería más fácil si alguno de ellos respaldaba sus planes.

—Milord Clifford —empezó Derry. Si bien no podía afirmar que el barón, además de pomposo, fuera un mentecato, ralentizó su discurso para hacerse entender—. Un hombre de vuestra preparación y experiencia sabe que ya se han librado batallas en las que un bando ha maniobrado antes del choque de las armas. Ya se han tomado antes fortalezas atacándolas por el flanco, milord. Eso es simplemente lo que yo he propuesto. Mi tarea, mi misión, consiste en proporcionar a mis señores toda la información que puedan necesitar.

Clifford abrió la boca para hablar, pero Derry prosiguió, esforzándose por transmitir una calma si cabe más gélida.

—Milord, Warwick ha convertido el camino a Londres en una fortaleza, con cañones y redes con clavos y zanjás y terraplenes y otras defensas que los hombres

deben superar para cruzar al otro lado. Todos mis informes... —Se detuvo al oír el bufido de Clifford—. Todos mis informes indican que espera encarado al norte, milores; que ha emplazado sus lanzas y cañones para destruir a un enemigo que se acerque desde el norte. Sería, si se me permite la sugerencia, de mero sentido común superar su posición rodeándola para evitar el núcleo más peligroso de sus defensas.

—¡Con lo cual demostraríamos miedo ante una fuerza más pequeña! —dijo Clifford presa de la exasperación—. Y demostraríamos a nuestros muchachos que esos perros de los Neville nos preocupan de verdad, que respetamos a los traidores y los tratamos como a iguales, en lugar de como a avispas muertas que deben ser barridas y quemadas. ¡Según esos mismos informes, maese Brewer, nosotros disponemos de cinco mil hombres más! ¿Podéis negarlo? ¡Los nuestros son los mismos que vencieron ante York! Sobreparamos en número a Warwick, a sus granjeros de Kent y mendigos de Londres. ¿Y vos queréis que los evitemos dando un rodeo como un niño que roba manzanas? Y ahora yo os pregunto a todos: ¿qué honor hay en ello?

—Sabéis expresaros de manera muy elegante, lord Clifford —replicó Derry con voz y sonrisa cada vez más tensas—, pero tenemos la oportunidad de salvar las vidas de esos hombres que comandáis, de hacerle daño a Warwick o incluso aniquilarlo, sin que vuestras tropas se destruyan atacando las defensas que tiene preparadas. Milord, poco honor veo yo en...

—Creo que por ahora es suficiente, maese Brewer —murmuró Somerset levantando la mano—. Vuestro argumento no tendrá mayor fuerza porque lo repetáis más veces. Estoy seguro de que hemos entendido la idea principal.

—Sí, milord —contestó Derry—. Gracias.

Se sentó en una silla inestable, con una mueca de dolor al sentir que la rodilla derecha le pinchaba y amenazaba con acalabrarse. Tenía frío y estaba dolorido y harto de discutir con hombres estúpidos y más jóvenes que le superaban en rango. Hacía tanto que estaba lejos del rey Enrique que la fuente de su autoridad se había agotado. En otro tiempo, todos habían temido a Derry Brewer por sus contactos con personajes poderosos, y hasta con el mismo manantial de donde procedía todo ese poder. Ahora debía discutir sus argumentos con asnos como Clifford, hombres a quienes habría que agarrar por la nariz para hacerles humillar la cabeza y quitarles esos aires que se daban.

—Yo no temo al ejército de Warwick —dijo Somerset.

—¡Por supuesto que no! —murmuró Clifford, silenciado al instante por una mirada admonitoria.

—Es cierto que han tenido alrededor de un mes para preparar sus defensas, mientras que nosotros marchamos hacia el sur tan lentamente como un grupo de lavanderas. —Somerset levantó la mano para atajar los gruñidos de protesta—. Calma, caballeros. Sé que los hombres necesitan comer, pero como consecuencia de ello le hemos dado tiempo a Warwick, y estoy seguro de que un hombre con tantas

riquezas habrá sabido aprovechar los recursos de Londres. Es más, tiene al rey Enrique y eso le proporciona una especie de... influencia. Aunque el rey sea un prisionero, creo que todos sabemos que no debe estar gritando ni tratando de escapar. A pesar de todo, las tropas que han reunido con los hombres de Kent y de Londres, junto con algunos otros de Sussex y Essex, siguen siendo demasiado pequeñas. Yo no temo a ese ejército, pero ya sabemos que, por supuesto, aún hay otro.

Somerset paseó la mirada por los hombres allí reunidos y sus ojos se detuvieron un instante en Margarita, aunque esta no levantó la vista del regazo donde reposaba las manos.

—El hijo de York, Eduardo, ¿debo llamarle York ahora? Aquel que antes fuera conde de March, el mismo que en Gales, con unos pocos miles de hombres, se las arregló para derrotar a las tropas de tres Tudores, matar al padre y poner en fuga a los hijos. Quizá después de aquella victoria no haya reclutado más soldados para defender su enseña, pero ahora hay hombres enfurecidos por todo el país que acudirían a él si los llamara. La de York es una casa real y podría ser una amenaza para nosotros. Si York se une a Warwick, casi igualarán nuestro número; sin duda, las fuerzas estarán demasiado parejas para que estemos tranquilos. —Negó con la cabeza—. Al igual que Warwick, yo tal vez desearía vérmelas cara a cara con un enemigo dispuesto a luchar y morir, pero no cabe duda de que, a su debido tiempo, el hijo de York vendrá también contra nosotros, y podría atacarnos por un flanco.

Somerset se detuvo para recobrar el aliento, mientras recorría con la mirada a todos los presentes.

—Milores, milady, maese Brewer, no podemos bailar con Warwick y quedar atrapados entre los dos. No podemos dejar que sean ellos quienes marquen el compás. Si los informantes de maese Brewer dicen que hay una fortaleza con un flanco débil, mis órdenes serán aprovechar cualquier ventaja que se nos brinde. No creo que constituya un honor especial enviar a miles de hombres a la muerte atacando una posición bien fortificada, lord Clifford. César maniobró en el campo de batalla, según creo. ¡Tal vez en estos mismos campos, John!

Derry vio que Clifford sonreía y agachaba la cabeza. Por alguna razón, de pronto ya no podía soportar que aquel hombre se mostrara distendido en semejante compañía. Tal vez fuera otra particularidad de hacerse viejo, pero no podía dejar pasar aquel momento.

—Quizá yo pueda explicar al barón Clifford, milord, que hay una diferencia entre matar a un muchacho herido que trata de huir y atacar una defensa sólida que...

—¡Brewer! ¡Refrenad esa lengua! —gritó Somerset en tono cortante antes de que Clifford pudiera hacer poco más que mirarle escandalizado—. ¡Salid de aquí! ¿Cómo os atrevéis a hablar así delante de mí? Ya consideraré qué castigo merecéis por esto. ¡Fuera!

Derry hizo una profunda reverencia ante Margarita, más furioso consigo mismo que con ningún otro de los presentes en aquella tienda. Sentía una lúgubre

satisfacción por haber mencionado públicamente el crimen de Clifford. El hijo de York tenía diecisiete años, y en Sandal, mientras intentaba escapar de la batalla, no había supuesto ninguna amenaza para nadie. Derry no sabía si el muchacho estaba entonces herido, pero había añadido el detalle para exagerar y pintar a Clifford como el matón despreciable que efectivamente era. Y esa, justamente, era la forma de hacer crecer una historia.

Derry mantuvo rígida la espalda al salir de la tienda, sabedor de que había ido demasiado lejos. En el aire frío, mientras se disipaba su ira, se sintió viejo y cansado. Clifford podía desafiarle, si bien Derry sospechaba que no se rebajaría a ello ni correría el riesgo de batirse en duelo delante de testigos. El jefe de espías había dejado atrás sus mejores años, de eso no cabía duda, pero todavía podría moler a porrazos a Clifford hasta desparramarle los sesos, si se presentaba la ocasión, y el barón lo sabía. No, sería un cuchillo en la oscuridad, o un picadillo de bigotes de gato en la comida para hacerle vomitar sangre.

Derry miró abatido el chapitel de la capilla del pueblo, construida en las tierras de la familia Stokker, de Wyboston. No era lo suficientemente alto para servirle de protección contra los hombres violentos que pudieran buscarlo por la noche. Tendría que permanecer despierto y acompañado. No se maldijo a sí mismo por haber irritado a Clifford, ni siquiera a Somerset. Desde la muerte de York, había un vacío de poder en torno a Margarita. Muerto su principal enemigo y con su marido aún en cautividad, la reina había perdido parte de esa fiereza que la había impulsado durante años, casi como si no supiera exactamente cómo continuar. Y en ese vacío se habían introducido hombres como Somerset, jóvenes brillantes y ambiciosos que miraban hacia el futuro. Los cretinos más débiles, como Clifford, lo único que hacían era elegir un campeón a quien adular.

Y es que resultaba difícil no albergar esperanzas, Derry era consciente de ello. York estaba muerto, y Salisbury también, después de tantos años aferrados al trono, como si tuvieran derecho a él. La desaparición del rey Enrique era el último detalle que quedaba por solucionar: un pobre inocente retenido por hombres con innumerables razones para odiarle. Lo cierto era que, si Enrique hubiera sido asesinado, el luto de la reina no habría durado mucho. Derry veía cómo a Margarita le brillaban los ojos al posarlos en Somerset. Si uno observaba con intención, era difícil no darse cuenta.

La caída de la noche trajo un viento helado, incluso más frío que durante el día. Encorvados en medio de las gélidas ráfagas, los soldados de la reina se desviaban del camino de Londres. Obedeciendo órdenes de Somerset, dejaban las piedras anchas y planas para marchar hacia el oeste, haciendo crujir la tierra helada con sus botas. Exploradores a caballo los esperaban y ondeaban antorchas para guiarlos por el camino correcto, cerca de la ciudad de Dunstable. Había sido sugerencia de Derry, hacer que quince mil hombres desaparecieran de la noche a la mañana, mientras los exploradores de Warwick esperaban en vano avistarlos en dirección sur.

En los días transcurridos desde que Derry dejara a lord Clifford con la cara encendida de frustración, nadie se había acercado furtivamente al jefe de espías, ni siquiera le habían amenazado. Pero Derry no bajaba la guardia, pues conocía de sobra a los hombres como Clifford y el alcance de su rencor. Tampoco Somerset se había dirigido a él, como si el joven duque prefiriera simplemente ignorar y olvidar cualquier insulto que hubiera presenciado. Con todo, Derry sabía que si Somerset cambiaba de opinión podría sobrevenirle algo así como una flagelación en público, llevada a cabo sin pudor ninguno, a la vista de todos. En cambio, Clifford no tenía ni la autoridad ni la hombría para disponer algo semejante. De él, Derry esperaba un ataque cuando estuviera desprevenido. Por esa razón, sin ser aún un propósito sólidamente definido, Derry había empezado a planear la silenciosa desaparición del barón. Sin embargo, ni siquiera a un jefe de espías le resultaba fácil borrar a un barón del rey de la faz de la Tierra.

La columna de hombres despertó a los aterrorizados habitantes de Dunstable con un desfile de antorchas y la ya cansina exigencia de «sacar las vituallas y el ganado». Tampoco es que los lugareños tuvieran mucho que ofrecer al final del invierno. El grueso de sus provisiones se había consumido durante los meses más duros.

Por una vez, la reina Margarita y su hijo estaban allí, a caballo, para supervisar el paso del ejército por la ciudad. En su presencia no habría destrucción, al menos a la luz de las antorchas. Derry estaba seguro de que, como consecuencia de ello, la cosecha obtenida sería mucho más escasa. Oyó entonces que alguien gritaba en una calle trasera. Se disponía a enviar a algunos muchachos provistos de porras, pero Somerset fue más rápido y dio la orden antes que él. Una docena de hombres fueron devueltos al camino principal, aullando por los golpes y los latigazos que les propinaban. Algunos alzaron la voz para protestar, hasta que uno de los capitanes les gritó furibundo que, si él quería, podía tratarlos a todos como a desertores. Aquello les cerró la boca como una mordaza de hierro. Las penas por desertión pretendían disuadir a cualquiera que pensara siquiera en llevarla a cabo, por ejemplo en invierno, durante las horas frías y oscuras de una guardia. El hierro y el fuego se mencionaban con profusión en aquellas ordenanzas que aprendían de memoria y recitaban hombres

que no sabían ni leer ni escribir.

Las noches de febrero eran lo bastante largas como para ocultar la mayoría de los pecados. Cuando el ejército hubo barrido Dunstable, todas las tiendas y casas de la calle principal habían sido despojadas de sus víveres. El aire se llenó de lamentos, mientras los últimos soldados salían trabajosamente de la ciudad, la cabeza agachada contra el viento y las manos entumecidas agarrando con fuerza las armas.

Fuera de la ciudad, la oscuridad adquirió un tinte más pálido; un viejo bosque de robles, acebos y abedules se extendía ante ellos, una espesura capaz de engullir incluso a una hueste tan numerosa. En aquella negrura, al amparo de las ramas, se permitió que los hombres descansaran y comieran, conscientes de que únicamente hacían acopio de energía para luchar. Se afilaron las hojas y se engrasó el cuero. Los herreros, con sus pinzas de hierro negro, arrancaron los dientes podridos. Los sargentos y asistentes de campo cocieron en los calderos cebollas y rígidas tiras de carne de venado. Para la mayoría, la ración consistió en poco más que un líquido aguado y grasiento. Aun así, se llenaban las jarras con celoso cuidado, vigilando hasta la última gota y chasqueando los labios.

Los que podían cazar se alejaron a buen paso en busca de urogallos, conejos, zorros o erizos todavía hibernando; cualquier cosa valía. Al principio, a los cazadores se les habían pagado sus capturas. Cuando se acabaron las monedas, continuaron su trabajo pero reservándose una parte mayor para ellos mismos. Hubo uno que convirtió en una cuestión de principios quedarse con todo lo que atrapaba, ya que no había monedas con que pagarle. Se había pasado una noche comiéndose una hermosa liebre junto a una pequeña hoguera, mientras muchos otros lo miraban. A la mañana siguiente, se había encontrado su cuerpo, ahorcado, y nadie había oído ni un solo grito. Los hombres morían durante una marcha larga; era tan simple como eso. Caían a tierra o se extraviaban con la mirada perdida a causa del hambre o el agotamiento. Algunos volvían a la fila a base de latigazos. Otros quedaban donde habían caído, para exhalar su último aliento, mientras el resto pasaba a su lado y miraba sin pudor ninguno la interesante vista que el camino les ofrecía.

Cuando los hombres de la reina tuvieron algo de sopa en el estómago, emprendieron la marcha en la grisura del alba, en dirección al horizonte por donde el sol empezaba a asomar. Todavía eran lo bastante fuertes, lo bastante duros. Durante la noche, habían girado a la derecha y rodeado San Albano, de modo que ahora llegarían por el suroeste. Algunos marchaban con una sonrisa en la boca, imaginando la sorpresa y el miedo de las tropas de Warwick cuando vieran que todo un ejército de hombres andrajosos se les acercaba por detrás.

Sentado y bien erguido sobre un hermoso castrado negro, Warwick observó el camino que se extendía hacia el norte. El sol se elevaba en el cielo despejado, si bien soplaban un viento frío que le atravesaba el cuerpo. La colina y la ciudad de San Albano

quedaban a su espalda, coronadas por la abadía. Aquel pensamiento le provocó una punzada de ira, pues le vino a la mente el abad Whethamstede, vestido con elegantes ropajes y dando sus sabios consejos con la autoridad de quien, seis años antes, había presenciado la batalla desde la colina. Warwick, que había tenido un papel crucial en la victoria de York, no alcanzaba a entender cómo el anciano juzgaba razonable aleccionarle de nuevo sobre los detalles. El abad había dedicado gran parte de la noche anterior a darle espeluznantes descripciones, cuyo relato parecía proporcionarle gran deleite.

Warwick sacudió la cabeza para desechar aquellos pensamientos. Su única preocupación era la reina y el ejército que marchaba hacia el sur para enfrentarse a él. Lo sorprendente era que no hubiesen llegado aún. Por algún motivo que se le escapaba, Margarita le había dado tiempo, y él lo había invertido bien, convirtiendo su rabia y pesar en zanjas y terraplenes. El camino a Londres ya no existía. Su ejército había excavado la tierra y abierto grandes grietas para desbaratar cualquier posible carga de la caballería enemiga. Redes de sogas tachonadas de puntas metálicas habían llegado desde las fundiciones de Londres, y cada uno de aquellos filos verticales se había enroscado a mano en los nudos. No es que resultara imposible atravesar aquellas defensas, pero quien lo hiciera quedaría con el cuerpo completamente desgarrado. El plan de Warwick consistía en mermar la hueste de la reina, más numerosa que la suya, en mutilarla fila a fila, hasta conseguir que únicamente quedaran en pie soldados exhaustos y ensangrentados. Solo entonces enviaría a sus tres batallones, mil hombres que quebrarían la voluntad y las últimas esperanzas de los de Lancaster. Arrugó el ceño al pensar en ello y considerar la escasa voluntad que le restaba al propio rey Enrique.

Enrique descansaba no lejos de donde Warwick supervisaba el gran despliegue del campo de batalla. El rey estaba sentado a la sombra de un roble sin hojas, mirando a través del enrejado de ramas que tenía encima de la cabeza. Parecía en trance. Ya no estaba atado, pero lo cierto es que tampoco era necesario.

Cuando se encontró por primera vez con la sencilla inocencia del rey, Warwick estuvo un tiempo preguntándose si no le estaría engañando, pues la interpretación que Enrique hacía de su papel era más que perfecta. Cinco años antes, había circulado la historia de que el joven rey había despertado de su somnolencia y demostrado el vigor de un hombre. Al pensar en ello, Warwick se encogió de hombros. Si era cierto que entonces había ocurrido, ahora ya no era así. Mientras observaba, un ruido captó la atención del rey. Enrique aferró la tierra entre las manos y miró fascinado el bullicio que le rodeaba. Warwick sabía que, si se acercaba, Enrique haría preguntas y parecería entender las respuestas, pero al rey no le quedaba ni una chispa de voluntad que le hiciera levantarse de un lugar una vez que se había aposentado en él. Era un ser roto. Warwick podría haber sentido incluso lástima por él, si aquel niño tan afable no hubiera provocado la muerte de su padre. En aquel momento, solo le inspiraba un frío desprecio. La casa de Lancaster no merecía el trono, al menos si era Enrique lo

único que tenía que ofrecer.

Warwick dio la vuelta a su caballo con un suave chasquido y un tirón de las riendas. Había divisado tres figuras que cabalgaban por el límite del campo y trotó hacia ellos para interceptarlos. Dos de los jinetes eran su hermano John y su tío Fauconberg, hombres de los Neville y vinculados a la causa. El compromiso del tercero no era tan sólido como a Warwick le hubiera gustado, pero De Mowbray, duque de Norfolk, tampoco había hecho nada que levantara sus sospechas. En cualquier caso, el hombre le superaba en rango y tenía diez años más que él. Cierto era que Norfolk tenía una madre Neville, pero otro tanto había ocurrido con los hermanos Percy, y ellos habían decidido apoyar al rey Enrique. Warwick suspiró para sí. La guerra forjaba extrañas alianzas. Por su rango y experiencia, Warwick le había asignado a Norfolk la prestigiosa ala derecha, en posición ligeramente adelantada con respecto al resto del ejército, formado en una gran línea de cuadros escalonados. Desde luego, no era una casualidad que, en la vanguardia, fuera Norfolk el primero en recibir al enemigo. Si el duque planeaba algún tipo de traición, allí sería donde menos daño iba a causar, y Warwick aún podría plantear una defensa a la desesperada llegando desde atrás.

Warwick hizo un gesto mínimo con la cabeza mientras los otros tres frenaban sus monturas. La muerte de su padre le había robado parte del deleite en las cosas de la vida, había manchado aspectos que antes se daban por hechos y resultaban incuestionables. La ausencia del viejo había abierto un gran vacío en su vida, era una pérdida tan grande que Warwick había hecho poco más que asomarse a ella desde los bordes. Miraba a sus amigos y aliados, miraba incluso a sus hermanos y tíos, y lo único que veía era el modo en que podrían traicionarle.

Inclinó cortésmente la cabeza hacia William, lord Fauconberg, pero el hombre acercó su caballo y extendió el brazo, con lo que a Warwick no le quedó otro remedio que tomarlo y luego tirar de él para fundirse en un rígido abrazo con su tío. No le produjo placer reconocer algunos rasgos de su padre en el rostro de Fauconberg. Se le hacía difícil mirarlo, y siempre sentía un rescaldo de resentimiento cuando el tío hablaba íntimamente de su hermano mayor, como si tomara posesión del viejo por el hecho de haberlo conocido durante mucho más tiempo. En sus esfuerzos por consolar a los hijos, Fauconberg les había contado muchas anécdotas de la infancia de su padre, pero ellos no confiaban en la veracidad de tales historias ahora que su padre no estaba allí para confirmarlas o negarlas. A los ojos de Warwick, su tío era el hermano de menor talla. Los tres hijos lo honraban en público, pero Fauconberg presumía un amor mucho mayor por parte de sus sobrinos que el que estos verdaderamente sentían.

En ese momento, Warwick podía sentir los ojos oscuros de aquel hombre clavados en él, como una mano que le tocara el rostro. Antes, Fauconberg no le había preocupado especialmente, pero desde la muerte de su padre, el tío William, con su mirada acuosa, esa piedad sensiblera y su maldita búsqueda del contacto físico, podía

provocarle una ira furibunda.

Observando que el ánimo de Warwick amenazaba tormenta, John Neville se acercó y palmeó reciamente a Fauconberg en el hombro. Los hermanos habían convenido que aquel gesto sería una señal de íntima cólera, y que harían uso de él cuando uno u otro no pudiera soportar más el pálido reflejo que el tío les ofrecía de su padre. Fauconberg, por supuesto, lo interpretó de modo favorable, asumiendo que se le incluía en algún guiño varonil de apoyo entre familiares. Con ese tipo de gestos entre ellos, más de una vez habían estado a punto de hacerle caer del caballo.

Warwick sonrió a John, aunque sus ojos permanecieron fríos. Al menos, al convertirse en Montagu, John Neville había obtenido el título tan largamente ansiado, un título que había recaído en él a la muerte del padre. El condado de Salisbury había sido la herencia de Warwick, varias docenas de heredades, castillos y grandes casas, incluidos los terrenos de su infancia, situados en Middleham, donde su madre todavía vivía y guardaba luto. A Warwick nada le importaba aquello, si bien sabía que John le envidiaba aquellas tierras que lo convertían en el hombre más rico de Inglaterra. Ni siquiera la casa de York podía igualársele en ese momento. Sin embargo, todo aquello no valía nada mientras los asesinos de su padre siguieran vivos y todavía pudieran beber y frecuentar prostitutas y sonreír. Resultaba inadmisibles que la cabeza cercenada de Salisbury lanzara su mirada fija desde los muros de la ciudad de York, mientras sus enemigos prosperaban. Warwick no se atrevía siquiera a hablar de ello, aunque lo sentía como una herida abierta. Cualquier intento de recuperar la cabeza de su padre les costaría a todos la vida. Debía quedarse allí, expuesto al viento y a la lluvia, mientras sus hijos continuaban peleando.

La mirada de Warwick volvió de nuevo a la distante figura del rey Enrique, sentado y consumiendo el corto día de invierno perdido en sus ensoñaciones. John había exigido su muerte, por supuesto, pues el hermano menor no veía más allá del ojo por ojo, o de un padre por otro padre. Con todo, en el caso de Enrique, Warwick sospechaba que el rey no era demasiado querido ni siquiera entre los suyos. Mientras siguiera vivo, Enrique constituía un punto débil para la reina y sus lores reales. Era el trozo de carne en la trampa del lobo, y sus seguidores no podían obviar tan sabroso cebo real. Warwick sabía que la muerte del rey simplemente dejaría a la reina Margarita libre para elevar al hijo de Enrique e intentar de nuevo colmar sus aspiraciones.

Las ráfagas de viento golpeaban a Warwick como una lengua que le entrara en la boca y le hiciera jadear. Levantó la vista hacia el pálido rostro del duque de Norfolk y se dio cuenta de que este le había estado mirando, sopesándole sin decir una sola palabra. Se habían aliado cuando Warwick ya había sufrido su pérdida y el dolor lo desgarraba, y nadie podría asegurar que fueran amigos. Pese a ello, Norfolk no había hecho nada en su contra, y eso importaba mucho después de la traición de tantos otros.

El duque era fornido, de cabeza más cuadrada que redonda, y rapado de modo

que una fina capa de pelo le bajaba desde la coronilla hasta la punta de la mandíbula. A sus cuarenta y cinco años, mostraba en la cara las marcas y cicatrices de pasadas batallas, y ningún asomo de debilidad, solo una fría expresión calculadora. Warwick sabía que tenía relación consanguínea tanto con York como con Lancaster. Había demasiados primos en bandos opuestos, pensó. Al observar la poderosa constitución del duque, allí sentado confortablemente en su caballo, Warwick dio gracias de que en él se hubiera impuesto su parte de sangre Neville.

—Bien hallado seáis, milord —le dijo Warwick a Norfolk.

El más viejo inclinó la cabeza y sonrió por toda respuesta.

—Se me ocurrió que no sería mala cosa cabalgar hasta aquí, Richard —dijo Norfolk—. Vuestro tío se preocupa por vos.

Hubo una chispa de luz en los ojos de Norfolk mientras Fauconberg asentía solemnemente. Warwick soltó un resoplido por la nariz. No había maldad en Fauconberg, de eso estaba seguro. Resultaba indigno de Warwick considerar empalagosa la verdadera compasión, pero de algún modo era eso mismo lo que se había convertido en el núcleo de su ira. Quizá Norfolk no fuera tan tarugo después de todo, si había percibido lo que a Fauconberg se le había escapado.

—¿Alguna noticia de los exploradores? —preguntó Warwick, ladeando la boca al exhalar el aire.

Norfolk negó con la cabeza, poniéndose serio de inmediato al tratar asuntos militares.

—Ninguna. Ni una palabra, más allá del flujo de desposeídos que se dirigen al sur, cargados de quejas. —Vio que Warwick abría la boca para hablar y prosiguió—: Sí, tal como ordenasteis, Richard. Se les ha proporcionado alimento, abrigo y unas monedas, antes de enviarlos hacia el sur, a Londres. A los más fuertes se les ha hecho quedarse para unirse a nuestras filas, claro está, pero todavía hay viejos y niños de sobra, todos camino de Londres con sus terroríficas historias. La reina no será bienvenida en el sur cuando las noticias se extiendan.

—No es poca cosa —añadió John, el hermano de Warwick— conseguir que se la vea como realmente es. Desearía que todo el país la conociera tan bien como nosotros, que supieran que es una furcia desleal y sin honor.

Warwick hizo una leve mueca de incomodidad. No es que no estuviera de acuerdo con aquellas palabras, pero su hermano menor, a su modo, era tan insolente y deslenguado como Eduardo de York. En ocasiones, ninguno de los dos parecía saber lo que era la sutileza, como si una voz estentórea y un brazo derecho vigoroso fueran todo lo que un hombre necesitara. Warwick se acordó entonces de Derry Brewer y se preguntó si seguiría vivo.

—John —dijo Warwick, antes de añadir el título por cuestiones de forma—; lord Montagu, tal vez deberíais supervisar el adiestramiento de vuestros hombres con los cañones de mano. Ha llegado un nuevo lote de ochenta y aún no dispongo de expertos que enseñen a los demás. Siguen tardando demasiado en recargar tras el

disparo.

Vio que las cejas de John se arqueaban con interés, el hermano menor intrigado por aquellas armas extraordinarias que llegaban de la ciudad. Warwick había gastado la plata a manos llenas, y la mitad de las fraguas y fundiciones de Londres trabajaban sin descanso para proveer a sus hombres. Los resultados seguían causando asombro cada mañana, a medida que las docenas de carros iban llegando, muy frecuentemente con algún nuevo ingenio, ya fuera de cuchilla o de negra pólvora. Cada día, antes del alba, las filas de los nuevos «artilleros» marchaban con largas armas de hierro o madera sobre el hombro. Formados en filas, introducían la pólvora de grano grueso en los tubos, presionaban con la baqueta una bola o perdigones de plomo y, luego, bloqueaban la boca con un tapón de lana para impedir que la carga se saliera. Aprendían sobre la marcha, y Dios sabía que aquellas armas no tenían ni de lejos el alcance de un arco largo. Los capas rojas, los arqueros de Warwick, habían sido de los primeros en ofrecerse a probar los nuevos ingenios, pero al término del primer día los habían devuelto para regresar a sus viejas armas. Lo que les preocupaba era el tiempo entre los disparos, en nada comparable a la posibilidad de arrojar flechas al ritmo de cada respiración. Sin embargo, Warwick tenía depositadas esperanzas en aquellas armas de mano como herramienta defensiva, para frenar un ataque en masa, por ejemplo, o derribar de sus cabalgaduras a un grupo de oficiales. Les veía potencial, siempre que se usaran en el momento exacto. El estruendo que producían a corta distancia resultaba pasmoso. Los primeros disparos de prueba habían acabado con los soldados arrojando las armas al suelo para salir a la carrera y protegerse del estallido y la humareda. Solo por eso, ya le parecía que podrían tener cabida en el campo de batalla.

John, lord Montagu, se llevó la mano a la frente en señal de respeto. Warwick inclinó la cabeza como respuesta, mientras pensaba que ojalá él pudiera sentir la misma excitación que su hermano. Su vínculo con John era más fuerte desde que el padre había muerto, eso resultaba innegable. Del mismo modo que el afecto por su tío se iba disipando, la amistad entre Richard, John y el obispo George Neville arraigaba cada vez con mayor firmeza. Después de todo, tenían una causa común.

Warwick y Norfolk se volvieron casi a un tiempo al oír que un cuerno sonaba tras ellos, en lo alto de la colina de San Albano. Norfolk ladeó la cabeza para dar una mejor posición a su oído más agudo, y luego se puso rígido cuando la campana de la iglesia de San Pedro desplegó su sonido sobre la ciudad.

—¿Qué significa? —preguntó John Neville a su tío, pues no poseía la experiencia suficiente para entender la conmoción de los otros. Fauconberg negó con la cabeza, incapaz de hablar. Fue Warwick quien respondió, doblegando su propio pánico para hablar con serenidad.

—Es un ataque. La campana no sonaría por otro motivo. John, vuestros hombres están más cerca. Enviad a una docena de caballeros y a un centenar de vuestros muchachos a supervisar la ciudad. Solo tengo a unos cuantos arqueros allá arriba,

junto a la abadía, hombres heridos que se están recuperando de torceduras o algún hueso roto. ¡Rápido, John! La campana no ha sonado por capricho. Se acercan. Hasta que no sepamos su número y disposición, será como estar a ciegas aquí abajo.

Por un instante, mientras John se marchaba apresuradamente, Warwick mostró un semblante desolado. Había costado un mes desplegar una gran barrera de estacas y armas de fuego y hombres a lo largo del camino del norte, y ahora los malnacidos llegaban por detrás. Sintió que la cara le ardía mientras Norfolk y su tío esperaban sus órdenes.

—Caballeros, volved a vuestras posiciones —dijo Warwick—. Os enviaré instrucciones en cuanto tenga noticias.

Irritado, hubo de sufrir que su tío acercara su montura para palmearle en el hombro. En los ojos del hombre había un brillo de lágrimas.

—Por vuestro padre, Richard —dijo Fauconberg—. No fallaremos.

Las apretadas filas del ejército de la reina se apresuraban colina arriba, hacia la gran abadía. Derry vio que Somerset o Percy no vacilaban en utilizar la ventaja que sus informes y espías les habían proporcionado. Los hombres se agitaban excitados, se sacudían el cansancio ante la posibilidad de cargar contra un ejército enemigo por la retaguardia, de caer sobre él como un halcón que se lanza en picado para aplastar a algún pequeño animal contra la tierra. En algún momento de su vida, muchos de esos hombres le habían propinado un puñetazo a alguien sin previo aviso, quizá a algún granuja o un mercader que no esperaban en absoluto ser golpeados. Tal vez no fuera la manera más honrosa de proceder, pero la sorpresa era uno de los factores de mayor importancia en la guerra y contaba casi tanto como la fuerza de las armas. Derry también sintió que su corazón latía con violencia mientras recorría una calle a lomos de Retribución. Observó el sol naciente y vio abajo el gran campamento de Warwick, repartido en tres enormes cuadros que cortaban el camino del norte.

Los hombres que lo rodeaban no se detuvieron a admirar la vista. Su tarea consistía en desgarrarle los talones al batallón de retaguardia, congregado bajo los estandartes de lord Montagu. Los soldados que lo componían serían los más débiles, los peor equipados y adiestrados; todos lo sabían. El batallón izquierdo solía ser el último que entraba en acción, si es que llegaba a luchar. Para el tropel de hombres que ahora descendían hacia ellos por las sobrecogidas y desiertas calles de San Albano, aquel cuerpo de soldados era como el ciervo cojo que deja atrás la manada.

Derry no sentía especiales deseos de ir tras ellos. Para él, el trabajo terminaba cuando comenzaba la lucha. Había traído a Somerset y al conde Percy al lugar adecuado. Ahora les correspondía a ellos hundir el cuchillo en la carne. Pensó en hacer un boceto de los grandes cuadros de tropas enemigas que se extendían delante de San Albano, al menos de las zanjas y los grupos principales, pero cambió de opinión al oír no muy lejos unos gritos de terror cuyo eco le devolvían los muros de la abadía.

—¡Vigila por allí, necio inútil! ¡Por allí! —oyó Derry al tiempo que, con un tirón de riendas, giraba su montura para escuchar mejor y localizar el origen de los gritos. La voz le resultaba desconocida.

—¡Arqueros! ¡Cuidado con los arqueros! —aulló otro, aún más fuerte y con mayor espanto.

Derry tragó saliva, nervioso al sentirse de pronto un blanco perfecto para cualquier arquero que pudiera salirle al paso. Se encorvó en la silla, preparado para picar espuelas y arriesgarse a salir al galope.

Una puerta lateral se abrió en la abadía y dejó ver una espesa pelambre negra y una piel de palidez cadavérica. Su dueño salió apresuradamente y miró a uno y otro lado. La presencia de Derry Brewer observándole no pareció preocupar demasiado al

hombre, que emitió un débil silbido. Ante Derry surgieron una docena más de hombres, algunos renqueantes y cojos, pero empuñando cuchillos desenvainados y encordados arcos de madera de tejo. Todos mostraban alguna parte del cuerpo cosida o vendada con paños sanguinolentos. Tenían un aspecto febril: las caras rojas y los ojos brillantes más allá de lo que una fortísima emoción hubiera podido causar. Cuando miraron a Derry Brewer, este se estremeció. Se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para correr. Un hombre que huyera de los arqueros necesitaba arrancar con al menos una ventaja de ochocientos metros, y no de unos veinte.

Derry comprendió que el abad Whethamstede había permitido que los heridos entraran en la abadía para recibir los cuidados de los monjes. Siempre había accidentes cuando se mezclaban hombres, fuego y filos de hierro. Con la cabeza dándole vueltas, Derry recordó que su viejo amigo William de la Pole solía decir que la Estupidez era el quinto jinete del Apocalipsis, según el libro de san Juan de Patmos. Por no saber latín ni griego, Derry no había podido leer aquel pasaje para comprobar si era cierto. Bajo la mirada de los soldados enemigos, tenía la impresión de que ahora podría encontrarse con ese quinto jinete, con su risa de asno. Sintió un escalofrío.

El grupo de heridos había salido ya al completo; eran trece, ocho de ellos arqueros, aunque uno había perdido un ojo y con él, seguramente, gran parte de su puntería. La mente de Derry solía fijarse en los pequeños detalles cuando tenía miedo. La pura realidad era que estos hombres lo matarían en un abrir y cerrar de ojos si averiguaban en qué bando estaba.

—Vosotros, muchachos, no tenéis que luchar —dijo de pronto—. Os han dicho que descanséis y os recuperéis. ¿De qué vais a servir heridos?

—Serviremos de más que si nos matan en la cama —soltó uno de ellos, suspicaz—. ¿Quién sois vos?

—Maese Peter Ambrose. Soy mayordomo de milord Norfolk —dijo Derry en tono indignado—. Tengo algún conocimiento médico y me han enviado a observar a los hermanos en su trabajo. Quizá pueda aprender la fórmula de algún bálsamo o unguento.

Se detuvo, sabedor de que los mentirosos divagan demasiado. Se le encogió entonces el corazón, pues se dio cuenta de que sus palabras le hacían útil para aquellos hombres. Aunque, por otra parte, ahora tampoco les interesaría matarlo, ya que podría ayudarlos con sus heridas y vendajes.

—Entonces vendréis con nosotros, colina abajo —dijo el mismo hombre, mirándole amenazadoramente.

En la mano derecha sujetaba negligentemente un arco de tejo, balanceándolo por el punto de equilibrio. El pulgar frotaba la madera adelante y atrás, y Derry alcanzaba a ver que esa parte estaba más blanca, debido seguramente a la repetición del mismo gesto durante años. El arquero estaba preparado por si él salía corriendo, de repente tuvo esa certeza. Huir equivalía a una flecha en la espalda. Ambos se miraron con

frialdad.

—¡Abajo, Brewer! —dijo una voz a su derecha.

Derry bajó de la silla, jugándose el cuello al realizar el movimiento con el cuerpo flojo y resbalar desde el caballo como un hombre muerto. Oyó que Retribución resoplaba y utilizó el corpachón del animal como pantalla mientras él se alejaba arrastrándose rápidamente sobre los codos, rígido ante la expectativa de recibir una flecha que lo dejara clavado a la tierra. Tras él, los golpetazos y gritos se apagaron de pronto, truncados por una carnicería. Derry siguió adelante, con la cabeza agachada, hasta que oyó pisadas de alguien que corría detrás, alguien que se acercaba a grandes zancadas con la facilidad y el equilibrio propios de un hombre joven.

Disimuladamente, Derry sacó una daga del jubón, encogió las piernas y se dio la vuelta, listo para lanzar el cuerpo hacia delante. Era lento, se daba cuenta. Movimientos que en su juventud habrían sido de rapidez felina se habían hecho torpes, plúmbeos o, sencillamente, lentos. Para alguien que en otro tiempo se complacía en su propia fuerza y agilidad, constatar esa pérdida resultaba en extremo deprimente.

El soldado que se elevaba sobre él levantó ambas manos, una de ellas con un hacha ensangrentada. Era repugnantemente joven y parecía a todas luces divertido por la ira del jadeante y polvoriento Derry.

—¡Tened cuidado, maese Brewer! Haya paz, o lo que sea que digáis en estas situaciones. Estamos en el mismo bando.

Derry miró más allá del soldado, hacia un grupo de cuerpos amontonados de los que sobresalían los astiles de unas flechas nuevas, con un excelente emplumado blanco. Uno o dos aún se movían, deslizando las piernas sobre las losas de piedra como si trataran de levantarse. Los arqueros de Somerset, que ya habían llegado allí, se afanaban entre los cuerpos, extrayendo las flechas con despiadada eficiencia. Cada dardo era obra de una mano experta y eran demasiado valiosos como para no recuperarlos. Derry sintió una punzada de arrepentimiento por aquellos hombres heridos. En ocasiones, que un hombre viviera o muriera dependía de la suerte. No sabía si aquella constatación le hacía valorar más su propia vida o lo contrario. Si la muerte podía sobrevenir porque habías elegido la puerta equivocada para salir a la luz del día, quizá nada tenía el más mínimo sentido; todo se reducía al quinto jinete. Se encogió de hombros y apartó de sí esos pensamientos. Había un aspecto de su vida que sí le hacía disfrutar: siempre había alguien que deseaba que muriera antes que él. No importaba qué otra cosa pudiera suceder; Derry Brewer quería morir el último, a toda costa. Ahí sí encontraba un camino a la felicidad, en el hecho de sobrevivir a todos y cada uno de aquellos hijos de perra.

Su caballo, Retribución, había perdido un trozo de pellejo. Una flecha le había arrancado un jirón en los cuartos traseros y ahora todavía pendía de una tira de piel, bien incrustada y goteando una sangre lustrosa. Con una mueca de dolor, Derry arrancó la flecha y volvió a colocar la piel desgarrada en su lugar, al tiempo que

trataba de tranquilizar al animal con su voz. En invierno, al menos, no había moscas que acudieran a posarse en las heridas.

Nuevas filas de arqueros y espadachines cruzaron por delante de él para unirse al torrente que ya descendía por la colina, hacia las formaciones en cuadro situadas más abajo. A sus oídos llegaba el entrecocar de las armas y las órdenes gritadas a pleno pulmón al pie de la colina, el mismo lugar donde una vez viera el ejército mucho menor de Ricardo de York. Derry podía oír cómo los tambores de Warwick tocaban a muerte frente a los hombres de la reina, en aquel momento y seis años antes, los recuerdos confundidos en su mente mientras el viento parecía querer congelarle los ojos abiertos.

Esta vez, los tambores no pudieron contener el ataque. Derry observó cómo se abría un gran bocado en el cuadro izquierdo al recibir la carga enemiga y verse obligado a comprimirse. Un ejército bien adiestrado quizá se hubiera dado la vuelta para hacer frente a las tropas de la reina; y quizá algunos así lo hicieron. Pero la mitad de los hombres de Warwick estaban en trincheras y zanjas que miraban al norte, y ahora eran incapaces de desplegar en una nueva dirección.

El duque de Somerset, el conde Percy de Northumberland e incluso lord Clifford y el resto de los barones hacían avanzar a sus hombres a un ritmo implacable, conscientes de la oportunidad que se les presentaba. Los cuadros de Warwick acabarían por darse la vuelta; sus arqueros habrían de abrirse paso hacia atrás para tratar de frenar al ejército de la reina en su avance. El desenlace de la batalla dependía del daño y la destrucción que pudieran infligirse a aquel escuadrón de retaguardia antes de que las tropas de Warwick recompusieran la formación y se enfrentaran a quienes en ese momento los martirizaban.

Derry descansó la mejilla en el hocico suave y velludo de Retribución y observó los kilómetros de tierras de cultivo que se extendían ante él, contento de no hallarse en la refriega. Aquel podría haber sido un momento de serenidad y belleza, si dos ejércitos no hubiesen estado peleando en los campos abiertos. La distancia apenas le permitía a Derry distinguir los estandartes. Y, desde luego, las tropas estaban demasiado lejos como para reconocer individualmente a los hombres. Todo lo más, se discernían las oleadas y cargas más numerosas, como manadas de animales que se desplazaran por el terreno.

Él mismo, de joven, se había encontrado en similares filas de combate. Derry negó con la cabeza, al tiempo que un escalofrío le sacudía el espinazo, como si la piel quisiera despegarse bruscamente del cuerpo. Era consciente de la carnicería atroz que tenía lugar allí abajo, conocía los jadeos de esos últimos momentos, justo antes de que dos hombres se acometieran con una maza o una espada, decididos a resistir hasta que uno de ellos cayera. Y después otra vez lo mismo, y otra vez más, hasta que un hombre apenas si era ya capaz de levantar la espada cuando ya otro joven aparecía ante él, fresco y sonriente, invitándole con el gesto a la lucha.

Warwick, sentado en su montura, sujetaba con manos entumecidas las riendas, aferrando el cuero con dedos medio congelados. Su aliento resultaba visible, pero llevaba un jubón de espesa lana bajo la armadura y sentía el cuerpo bastante caliente, un calor que, por otra parte, también alimentaban la ira y la vergüenza. Oía cómo sus capitanes se desgañitaban ordenando a las tropas darse la vuelta para encarar al enemigo; pero sobre ellos, de forma claramente manifiesta para todos, las calles de San Albano se habían convertido en un tumultuoso torrente de soldados que desembocaban en el llano y, como un ácido corrosivo, descomponían las filas de Montagu. Warwick negó con la cabeza, tan furioso consigo mismo y con sus tropas que apenas era capaz de serenarse y dar órdenes. Algo que, pese a todo, consiguió hacer. Su caballo y su guardia personal se convirtieron en el centro de operaciones: los mensajeros acudían al galope para escuchar las órdenes y luego partían raudos, apartando a gritos a quienes se interpusieran en su camino. Los capitanes conocían bien su oficio, pero los soldados de Kent y de Londres eran novatos y no estaban acostumbrados a maniobrar con rapidez en el campo de batalla. Esa era una de las razones por las que Warwick había dependido tanto de establecer una posición fortificada antes de enfrentarse al ejército de la reina, más experimentado que el suyo. Sabía que sus hombres tenían valor, pero había que decirles cuándo mantener la posición o retirarse, cuándo flanquear y reforzar una línea o cuándo atacar. Los grandes movimientos eran tarea de los oficiales más antiguos, mientras que membrudos labriegos y soldados ocasionales se ocupaban de los detalles con el hierro afilado de las armas.

Warwick envió a sus arqueros atrás, en dos grupos que se dirigieron al trote hacia los flancos. Apretó el puño cuando las primeras andanadas de flechas volaron describiendo un arco para caer sobre los hombres que seguían bajando en tropel por la colina. A tanta distancia, ni siquiera una de cada veinte flechas haría blanco, pero las fuerzas de la reina se acercarían con más cautela bajo aquella lluvia sibilante.

Warwick ordenó a un muchacho que se presentara ante Norfolk. A pesar de no ser culpa suya, la vanguardia a cargo del duque no podía hallarse más alejada de la lucha. Norfolk no se había movido ni un ápice desde que había regresado junto a sus hombres. Warwick no tenía ni idea de si su colega se había quedado helado de pavor o si simplemente esperaba para determinar la mejor manera de utilizar sus tropas. El mensajero que corría hacia Norfolk no portaba órdenes, sino que únicamente debía esperar algún tipo de mensaje por parte del duque y comunicarlo a su vuelta.

Una vez hecho aquello, Warwick se sacudió el último resto de letargia que le ofuscaba la mente. Su propio cuadro de tres mil hombres, en su intento por darse la vuelta de la mejor manera posible, se había visto obligado a salir a rastras de trincheras y terraplenes. Se le había caído el alma a los pies al verlo, pero lo cierto era que la mitad de los obstáculos colocados para el enemigo se habían convertido en un estorbo para sus propios hombres, forzados ahora a superarlos. Los abrojos sembrados por el terreno se habían hundido parcialmente y resultaban invisibles en el

barro. Los caballos debían rodear por completo cualquiera de estas zonas, pero para evitar que el animal quedara destrozado por algo tan simple como un par de clavos de hierro unidos y arrojados al suelo. Todo se hacía con demasiada lentitud, y Warwick no dejaba de dar órdenes y arengar a sus oficiales. Su hermano John se encontraba en lo más duro de la batalla, donde sus estandartes parecían contener una marea que amenazaba con desbordarse a su alrededor.

Warwick pensó entonces en el rey Enrique. Seguía viendo el árbol bajo el cual se sentaba el rey, sin grilletes que lo aprisionaran. Enrique se hallaba tan cerca que podría haber llegado paseando hasta las tropas de su esposa, en el caso de que hubiera tenido el sentido común o la voluntad para ello. Warwick se llevó un guantelete a la frente desnuda y presionó con fuerza suficiente como para dejar en ella la marca de las escamas. Los soldados que portaban la nueva artillería de mano estaban formando torpemente en filas. Sus arqueros habían ralentizado el avance enemigo. Sus hombres de armas estaban preparados para marchar.

Entonces, Warwick envió una orden muy simple a Norfolk: que entrara en la lucha. No sabía si podría salvar a su hermano John, o incluso a toda el ala izquierda, pero todavía podía cambiar el signo de la batalla y evitar una derrota aplastante. Murmuró esas palabras para sí con creciente desesperación.



El rey Enrique se puso en pie mientras una multitud de soldados pasaba a toda prisa por delante de él. Le dolían las rodillas, pero deseaba confesarse con el abad Whethamstede. El viejo escuchaba sus pecados cada mañana, una ceremonia que se desarrollaba con gran pompa y esplendor, y en la que el abad se mantenía silencioso mientras Enrique le susurraba sus faltas y culpas. Enrique sabía que había perdido buenos hombres a causa de su debilidad y escasa salud, hombres como William de la Pole, duque de Suffolk; hombres como Ricardo, duque de York; o como el conde de Salisbury. Sentía cada muerte como otra moneda que, al caer en la balanza de sus hombros, le quebrantara los huesos y lo hundiera cada vez más. Le había gustado Ricardo de York, mucho. Había disfrutado de sus conversaciones con él. Aquel hombre bueno no había entendido el peligro que entrañaba alzarse contra el rey. Los cielos condenaban tamaña blasfemia, y Enrique sabía que York había sido castigado por su orgullo; con todo, también era en parte pecado del rey, en la medida en que no había obligado a York a que razonase. Tal vez, si Enrique hubiera conseguido que la verdad resonase en los oídos de York, el duque estaría aún vivo.

El rey había oído lo que se decía en el campamento, se había enterado de la suerte de York y Salisbury, y también de la del hijo de York, Edmundo. Había presenciado el dolor y el odio provocados por aquellas muertes, el ansia desaforada de venganza que los había conducido a todos a regiones más oscuras, a una espiral en la que giraban más y más rápidamente, como hojas en medio de un huracán. Bajo el peso de aquella culpa, Enrique era poco más que una mota que brilla en el vacío, débil y temblorosa.

Alrededor de su roble, miles de hombres de la reina pasaban levantando un estrépito metálico, corriendo o montados a caballo, una avalancha que salía de la ciudad con los rostros aún encendidos por el esfuerzo de bajar la colina. Dos caballeros permanecían junto al rey, una diminuta isla de quietud que quedaba atrás, a medida que las líneas de Neville se retiraban. El de mayor edad, sir Thomas Kyriell, era un hombre grande con aspecto de oso, un veterano de cabellos grises con más de veinte años de guerra a sus espaldas. Lucía unos bigotes y una barba aceitosos, y tan espesos como desesperada era su expresión.

Enrique se preguntó si debería llamar a alguno de aquellos hombres de armas y decirle que le gustaría ser conducido a la abadía. Aspiró el aire frío a grandes bocanadas, sabedor de que ello le avivaba el entendimiento. Mientras observaba a los hombres, muchos giraban la cabeza hacia aquella figura solitaria que, de pie y con el brazo apoyado en un viejo árbol, sonreía a quienes marchaban a una carnicería. Uno o dos le dedicaron gestos agresivos, irritados por la paz y el buen humor que veían en su expresión, tan fuera de lugar en aquel campo. Se pasaron los pulgares por la garganta, levantaron los puños, se tocaron desafiantes los dientes o apuntaron con dos dedos en dirección al pequeño grupo de tres hombres. Los gestos le recordaron a

Enrique a su preceptor de música en Windsor, quien solía cortar el aire con las manos para pedir silencio antes de cada melodía. Aquel recuerdo feliz le impulsó primero a tararear y luego a cantar una sencilla canción popular, casi al compás que marcaban las filas de soldados al marchar.

Sir Kyriell se aclaró la garganta, al tiempo que su tez adquiría un tono cada vez más rojo.

—Vuestra gracia, aunque la melodía tiene fuerza y es hermosa, quizá no resulte muy apropiada hoy. Es demasiado dulce para los oídos de los soldados, diría yo. Al menos, lo es para los míos.

El caballero empezó a sudar al oír que el rey reía y continuaba cantando. El estribillo se acercaba y a ninguna canción debía negársele el estribillo; el viejo Kyriell vería el porqué cuando lo oyera.

—Y cuando el verde aparezca de nuevo, y las alondras pongan música a la primavera...

Entre los hombres con armadura que por allí pasaban, hubo uno que volvió la cabeza al oír una voz tan alegre en semejante lugar. La lucha se desarrollaba un poco más adelante, con gritos y flechas vertiginosas y el clamor del metal contra el metal mezclándose con los rugidos de los hombres. Todos conocían bien esa música, hasta el último de ellos. Aquel atiplado tenor que evocaba una canción primaveral fue suficiente reclamo para que el caballero detuviera su montura y se levantara la visera.

Sir Edwin de Lise sintió que el corazón se le desbocaba bajo el peto metálico cuando miró hacia el pelado ramaje del roble. El gran árbol parecía muerto, pero sus retorcidas ramas se extendían más allá de cuatro metros y en todas direcciones, a la espera de que el verde regresara a ellas. Al pie del enorme tronco, dos caballeros flanqueaban a un hombre, con las espadas desenvainadas y apoyadas en la tierra, ante ellos. Parecían efigies de piedra, tan inmóviles y con tan digno porte.

Sir Edwin había visto antes al rey Enrique, en Kenilworth, aunque a cierta distancia. Con cuidado, desmontó y pasó las riendas sobre la cabeza de su caballo para conducir al animal. Al agacharse bajo las ramas más exteriores, el caballero se quitó el casco y reveló un rostro joven, ruborizado de pura sorpresa. Sir Edwin era rubio y llevaba un bigote y una barba descuidados, pues a causa de la marcha y la campaña hacía mucho que no se los había recortado. Se encajó el casco bajo el brazo y se acercó al trío, consciente de la tensión en la pareja que custodiaba al hombre sin armadura. Sir Edwin percibió la suciedad que deslucía aquellos ropajes de gran calidad.

—¿Rey Enrique...? —murmuró perplejo—. ¿Su majestad?

Enrique dejó de cantar al oír esas palabras. Levantó la vista, su mirada tan cándida como la de un niño.

—¿Sí? ¿Venís a llevarme a confesión?

—Vuestra gracia, si permitís, os llevaré con vuestra esposa, la reina Margarita... y con vuestro hijo.

Si el caballero esperaba una efusión de gratitud, su expectativa quedó defraudada. Enrique ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Y el abad Whethamstede? He de confesarme.

—Desde luego, Vuestra gracia, como deseáis —respondió sir Edwin. Levantó la vista al percibir un cambio sutil en la actitud del caballero más viejo.

Sir Kyriell negó lentamente con la cabeza.

—No puedo dejar que os lo llevéis.

Sir Edwin tenía veintidós años y absoluta seguridad en su fuerza y en el derecho que le asistía.

—No actuéis como un insensato, señor. Mirad a vuestro alrededor —dijo—. Soy sir Edwin de Lise de Bristol. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Sir Thomas Kyriell. Mi compañero es sir William Bonville.

—¿Sois hombres de honor?

La pregunta encendió una chispa de cólera en los ojos de sir Kyriell, a pesar de lo cual sonrió.

—Eso han dicho de mí, muchacho. Así es.

—Comprendo. Aun así retenéis al legítimo rey de Inglaterra como prisionero. Poned a su gracia a mi cuidado y me ocuparé de que vuelva junto a su familia y sus lores reales. De otro modo, habré de mataros.

Sir Kyriell suspiró. La fe sencilla de aquel joven le hacía sentir el peso de la edad.

—Di mi palabra de que no lo entregaría. No puedo hacer lo que me pedís.

Sabía que iba a llegar el golpe antes de que este se insinuara siquiera. Un guerrero más experimentado que el joven caballero habría pedido ayuda a las filas de soldados, quizá hasta algunos arqueros para asegurarse una fuerza incuestionablemente superior. Pero en su juventud y vigor, sir Edwin de Lise no había imaginado ninguna situación futura en la que él pudiera fallar.

Mientras sir Edwin empezaba a desenvainar la espada, Kyriell se adelantó velozmente y le hundió un fino cuchillo en la garganta; luego, se retiró con la tristeza profundamente marcada en los surcos del rostro. La espada del joven caballero se deslizó con un ruido metálico de nuevo en la vaina. Ambos cruzaron la mirada, los ojos de sir Edwin abiertos de espanto al sentir el flujo de cálida sangre y las pequeñas salpicaduras que brotaban de su garganta con cada respiración.

—De verdad lo siento, sir Edwin de Lise de Bristol —dijo Kyriell con voz serena—. Id con Dios. Rezaré por vuestra alma.

La acción no había pasado desapercibida. Cuando sir Edwin cayó al suelo con estrépito, se oyeron gritos de ira y alarma. Los que por allí pasaban estaban listos para la lucha; el pulso les latía aceleradamente y les ardía el rostro. Eran como perros salvajes que huelen la sangre en el aire, y, sin embargo, no se abalanzaron contra la figura de cabello cano y armadura plateada que los desafiaba con la mirada. Bastantes de aquellos hombres optaron por mirar a otro lado y dejar que fueran otros los que se ocuparan. Pero esos otros eran más que suficientes. Algunos hombres armados con

podones salieron de las filas, se acercaron al árbol y acometieron al caballero que había matado a uno de los suyos. Desde el cielo, la lluvia empezó a caer sobre todos ellos, una cortina de agua que barría el campo y que, en un instante, dejó a los hombres helados y chorreando.

Sir Thomas Kyriell no volvió a levantar la espada. Invasado por la aflicción y un sentimiento de deshonor, tan solo giró mínimamente la cabeza para ofrecer el cuello, de modo que el primer tajo acabó con su vida. Su compañero peleó y vociferó hasta que fue derribado; entonces un golpe con un hacha de mano le hundi6 el gorjal en la garganta, y sir William Bonville murió ahogado dentro de su armadura.

Apoyando un hombro contra el roble, el rey Enrique se estremeci6 levemente, aunque eran el frío y la lluvia los que le provocaban aquella piel erizada como la de un ganso de Navidad. Enrique asisti6 a la muerte de sus carceleros con no más espanto o interés de los que habría mostrado al ver cómo desplumaban a esa misma ave antes de cocinarla. Cuando la violencia llegó a su fin y los presentes se volvieron hacia él, una vez más el rey les pidi6 con serenidad que lo condujeran a la abadía para la confesión. Hombres de mayor edad acudieron para llevárselo, incrédulos ante su buena fortuna. Habían ido a rescatar al rey y este les había caído en las manos en los primeros momentos de la lucha. Si alguna vez había habido una seña de que Dios estaba de parte de los Lancaster, seguramente era en ese mismo instante.

John Neville, lord Montagu, se tambaleaba, jadeando con tanta violencia que sentía cómo los pulmones se le arrugaban como riñones asándose en el espetón. Por su armadura, la sangre fluía en regueros que resbalaban y cambiaban de dirección al contacto con el aceite. Miró confuso aquellas líneas rojas y, lentamente, acudi6 a su memoria el fuerte golpe que le había dejado anonadado. Su visión aparecía orlada de chispas blancas que se fueron desvaneciendo, al tiempo que el ruido de la lucha retornaba a él. Un miembro de su guardia personal le miraba y señaaba a su ojo con el dedo.

—¿Podéis ver, milord? —le preguntaba el hombre con voz extrañamente amortiguada.

John asintió irritado. ¡Claro que podía ver! Se sacudi6 de nuevo y vio que el escudo se le había caído a tierra. La lluvia lo estaba convirtiendo todo en barro, pero la lucha continuaba. Montagu parpade6 y la neblina desapareci6 de sus ojos, reemplazada ahora por el sonido de los gritos y golpes. Comprendió que había recibido un golpe en el casco, que ahora veía a sus pies, con una gran melladura en la cimera y la calva. Montagu levantó la vista en el momento en que un muchacho frenaba justo delante de él. Se había abierto camino a través de las filas de hombres como un conejo entre los tojos, sujetando en alto un casco de repuesto para su lord y señaor.

El muchacho, jadeando visiblemente, inclinó la cabeza al ofrecer el pulido casco.

—Gracias —consiguió decir Montagu.

Se lo encajó en la cabeza y, al hacerlo, sintió que se le despegaba sangre de la mejilla y que un dolor renovado le reavivaba los sentidos. Desenvainó la espada y miró la hoja, en pie y completamente inmóvil, mientras a su alrededor las tropas de la reina los hacían retroceder cada vez más.

—Milord, por favor, venid ahora conmigo. Debemos quedarnos un momento atrás.

El caballero le había tomado del codo y tiraba de él. Montagu se desprendió de aquella mano, un gesto que le reveló lo débil que estaba, pero que también reavivó su ira. Hubo entonces de tragarse un vómito, tan repentino que casi le ahoga al subir sin previo aviso a la garganta y quemarle las cavidades nasales. Las heridas en la cabeza eran extrañas. Había conocido a un hombre que había perdido el sentido del olfato tras un golpe así, y a otro en quien había desaparecido cualquier traza de bondad, incluso con su propia familia.

Como joven caballero de físico notable, John Neville sabía desde hacía años que la furia puede hacer que un hombre realice las más extraordinarias hazañas. A él no le amedrentaba en absoluto hacer frente a las tropas enemigas. Así lo había hecho en San Albano, donde lord Somerset y lord Percy habían caído. Sus hijos eran de menor valía, así que no iba a asustarse ante ellos. Por más que la súbita aparición de las tropas de la reina le hubiese cogido por sorpresa, el mes transcurrido esperando y construyendo las defensas de su hermano había supuesto un gran desgaste. Casi había sido un alivio oír las campanas de la iglesia, pese a la conmoción experimentada al saber que el ataque llegaba desde el sur. John Neville asió la banda de cuero enrollada en la empuñadura de su espada y sintió que tenía la fuerza necesaria. Aún podía levantar una espada y clavarla en la cara de un enemigo, tal vez en la del mismo hombre que había asesinado a su padre. Aturdido y quebrantado, recordó que había dado órdenes y enviado mensajeros a la retaguardia para pedir refuerzos. Notaba el sabor de la sangre, sentía cómo le pegaba los labios. Para entonces, el enemigo ya había roto sus exhaustas primeras líneas, después de haberlas acometido en rugiente avalancha.

Miles de hombres se habían lanzado colina abajo hacia su posición, un río de soldados de la reina armados con hachas, espadas y arcos. Su odio había dado paso a un sentimiento de horror en cuanto había visto que las nutridas filas enemigas abrían brecha en el flanco. Recordó a un caballero moribundo que lo había agarrado y arrastrado al suelo, y el grito y el esfuerzo que había precisado para desembarazarse de él. Entonces, otro había aparecido a todo correr, confiado en que la velocidad y el peso de la armadura abrirían la barrera de escudos que pretendía frenarlo. Los caballeros de John Neville se habían tambaleado ante el impacto, pero a golpes habían conseguido derribar a su atacante. Luego, habían surgido dos muchachos más que, armados con pesados podones, se habían lanzado contra ellos a toda velocidad, y en ese mismo momento había comenzado a llover.

Montagu recordaba aquel instante con la misma claridad que todo lo demás, cuando el cielo se había llenado repentinamente de pálidas gotas hasta donde la vista alcanzaba, de tal modo que la colina de San Albano aparecía difuminada. En medio del agua y del barro, los hombres resbalaban y caían con los miembros retorcidos en direcciones inadecuadas, y entonces sus alaridos resultaban más lastimosos que un grito de muerte.

Una vez más, John Neville sacudió la cabeza, consciente de que llevaba mucho rato inmóvil, como una estatua sanguinolenta. Podía sentir las punzadas en el cuero cabelludo, pero sus agitados pensamientos se iban serenando, se hacían más claros. Él era John Neville. Era lord Montagu. Podía moverse. A su espalda los cuernos sonaban, y sabía que lo hacían porque Warwick estaba dando la vuelta al ejército y haciendo que el cuadro central, el más fuerte, saliera fuera de los terraplenes y las trincheras. Norfolk, tras cruzar cuidadosamente el terreno sembrado de púas y trampas, debía de estar desplegándose en los flancos abiertos para alcanzar lo que había sido el campamento y el depósito con la impedimenta, el lugar más seguro de todo el campo.

John Neville parpadeó para expulsar la lluvia y la sangre de los ojos. Su guardia personal parecía haberse evaporado; se hallaba solo. Se volvió a mirar al enemigo y en ese preciso instante fue derribado de espaldas contra el barro; tenía un hacha medio hundida en el peto de hierro y un hombre le pisaba con fuerza la cabeza.

—¡Me rindo! ¡Soy Montagu! —gritó sobreponiéndose al dolor y escupiendo barro y porquería—. John Neville. Me rindo.

No estaba seguro de si había gritado de verdad aquella fórmula de clemencia y rescate o de si esta solo había resonado dentro de su bóveda craneal. Los ojos le quedaron en blanco y ya no sintió cómo su cuerpo se elevaba al tirar alguien del hacha, ni cómo volvía a caer pesadamente en el lodo blando al liberarse de la coraza la hoja del metal.

De pie sobre los estribos, Warwick observaba horrorizado cómo el enemigo engullía la posición de su hermano. El ala más avanzada había sido rebasada, pero Warwick podía ver que John permanecía allí, solo. El momento debió de durar apenas unos segundos, aunque parecían una eternidad, mientras la enloquecida batalla continuaba alrededor de aquel único lugar de calma.

Todos los guardias de su hermano habían huido o los habían matado; los estandartes de Montagu yacían en tierra, pisoteados. Warwick se encontró respirando entrecortadamente, incapaz de apartar la mirada y aferrado a las riendas, esperando tan solo la muerte de su hermano. Se hizo un instante de silencio en el que Warwick dejó sin respuesta el clamor de sus mensajeros y capitanes. Aspiró entonces una súbita bocanada de aire gélido, casi sollozando al ver cómo una línea de vociferantes hacheros derribaba a John. Separados por una distancia de medio kilómetro, entre ambos se interponían miles de soldados, además de trincheras, carros y cañones. No pudo ver nada más.

Warwick cerró con fuerza los ojos. Cuando los volvió a abrir los tenía inyectados en sangre, y apretaba tanto los labios que resultaban invisibles. Empezó a llover con más fuerza. El agua esculpía su capa en pliegues empapados y hacía resoplar al caballo, que escupía las gotas al aire.

Se volvió hacia sus capitanes y vio que su tío Fauconberg se le había acercado, con una expresión de verdadera ira en el rostro rubicundo. Warwick comenzó a dar una avalancha de órdenes. Tenía el dibujo de la batalla en la cabeza y daba instrucciones a cada unidad para que resistiera en su posición. La mitad de las fuerzas de la reina seguía descendiendo por la colina. Si conseguía dar apoyo a las quebradas filas de John, todavía podría recomponer las líneas. Los salvajes nortehijos de Margarita serían entonces como ovejas que corrieran hacia una línea de matarifes. Ya no importaría a cuántos había conseguido congregarse para la batalla. Él los destrozaría fila a fila: tenía las armas adecuadas para hacerlo.

—Tío, esto es tarea vuestra. Traed el cañón —ordenó a Fauconberg—. Disponed de mis arqueros y artilleros como apoyo. Elegid una línea y tenedla a punto. ¿Habéis comprendido? Braseros y demás pertrechos. Cañones de órgano, bombardas, culebrinas. Cuando dé la orden, no quiero que la cadencia de las andanadas disminuya hasta que los hayamos hecho retroceder convertidos en piltrafas.

—Los detendremos, Richard —dijo su tío—. Os lo juro.

Warwick le devolvió una fría mirada a su tío hasta que este hizo girar su caballo con gesto teatral y se alejó al galope, reuniendo a su paso una estela de sargentos y hombres de armas que habrían de cumplir las órdenes recibidas.

La lucha continuaba por el costado izquierdo de Warwick, allí los tambaleantes soldados de John hubieron de pasar por donde yacían sus propios muertos. No resultaba edificante. Aquellos hombres sabían que constituían lo peor del ejército de

York: los viejos, los niños, los tuertos, los criminales. Cierto que no eran cobardes, pero ningún comandante se arriesgaría a plantear una defensa que dependiera enteramente de la resistencia de aquellos hombres. No tenían mucho orgullo, y el orgullo era esencial.

Warwick levantó la vista al oír el golpeteo de los arcos largos y suspiró aliviado al ver que sus arqueros, los capas rojas, presentaban todavía unas nutridas filas. Sabía que, probablemente, estarían maldiciendo la lluvia, pues odiaban la humedad que deformaba los arcos y alongaba las cuerdas de lino. Aquellos hombres sí que tenían orgullo de sobra. Resistirían hasta el fin del mundo, arrojarían su justa furia contra los hombres que los obligaban a pelear. Asintió para sí mismo, alentado por el constante golpeteo de las flechas.

El asalto se ralentizaba, se atascaba, y eso daba a sus capitanes el tiempo necesario para formar la línea de cañones. Fueran de hierro o bronce, las enormes armas tenían un peso atroz. Algunos cañones se habían montado sobre ruedas, en cureñas, mientras que otros debían ser arrastrados en trineos de madera con quilla similares a barcas, y hacer que bueyes uncidos tiraran quejosamente de ellos. Un enorme número de combatientes, a veces hasta veinte, se hacían necesarios para desplazar, cargar y disparar tan solo una de estas armas; y eran hombres que, de otro modo, hubieran podido sumarse a las líneas, con los demás. Pese a todo, los cañones eran para él una bendición, un orgullo.

Warwick se limpió el sudor y la lluvia de la frente. A pesar de su aparente confianza, lo que seguía presenciando era un desastre. No se permitía pensar en que John había caído. Con la muerte de su padre aún tan cercana, era más de lo que podía encajar.

El arrastre de sus cañones por el campo de batalla ofrecía un espectáculo capaz de hacer llorar a un hombre, pensó Warwick. Habían permanecido resguardados en estructuras de turba y ladrillo, habían sido apuntalados, nivelados y cubiertos con toldos protectores para salvaguardar su preciosa reserva de pólvora y proyectiles. Ahora, los había arrancado de su refugio y todo aquel orden se había desbaratado. Los tubos negros o bronceados brillaban bajo la lluvia, medio tapados por lonas cuya probabilidad de cumplir con su cometido, proteger el oído de la culata, era la misma que la de quedar enganchadas bajo una rueda y dejar el arma al descubierto. Aun así, una docena de las bombardas más largas constituían una pavorosa vista cuando se disponían en línea, emplazadas mirando a su objetivo, con las culebrinas —de menor tamaño— entre ellas. Grupos de cuatro hombres llevaban los braseros, cargados sobre vigas como remos y con el enrejado de hierro lleno de trozos de carbón, bien apretados entre sí. Warwick podía oír el fuego silbando y crepitando mientras la lluvia arreciaba. Con las prisas, algunos braseros se volcaron, lo que provocó que se elevaran grandes oleadas de humo sobre la tierra húmeda.

Detrás de los artilleros llegaron cientos de los cañoneros de mano, trotando con caras de esfuerzo y las armas al hombro, envueltas en paño. Algunos de ellos ya

tenían cargadas las largas armas, ya habían vertido en su interior los negros granos y encendido la mecha lenta, que coleaba como una serpiente, lista para ser introducida en la cazoleta. Aquellos ingenios resultaban mucho más baratos que las ballestas, y los hombres solo precisaban un día para aprender su funcionamiento. Warwick negó con la cabeza, consternado al ver que la lluvia se hacía más intensa y las nubes se espesaban mientras su carga inundaba el cielo. Las nuevas armas de fuego serían un espectáculo digno de verse, siempre que el tiempo permitiera dispararlas.

Fila tras maltrecha fila, el ejército de Warwick se volvió hacia el sonido del hierro. Los arqueros de capa roja les proporcionaban tiempo desde las alas, mientras el ala izquierda de Montagu retrocedía sin comandante hasta conseguir cruzar la línea de cañones, donde los soldados podían por fin detenerse y jadear, maldecir y sangrar.

Los cañoneros de mano se adelantaron entonces a recibir al enemigo, con las cabezas inclinadas bajo la lluvia. El terreno estaba resbaladizo y los hombres patinaban y maldecían mientras se llevaban las armas al hombro y bizqueaban sobre los tubos de hierro.

—Fuego —susurró Warwick.

Sus sargentos bramaron la orden y nubes de humo invadieron la línea cuando los hombres aplicaron la mecha a la pólvora húmeda. Las filas de la reina no se inmutaron y continuaron su ordenado avance. No veían amenaza alguna en las filas que tenían frente a ellos.

La salva de disparos tuvo más de silbido que de trueno. Un humo acre se extendió con rapidez y provocó que algunos hombres de la reina se detuvieran. En las líneas se abrían huecos a medida que los soldados alcanzados caían y morían. Antes de que el resto pudiera reaccionar, los nuevos artilleros de Warwick daban media vuelta y corrían detrás de la línea de cañones para recargar. Un gran rugido de desconcierto y cólera recorrió las fuerzas de la reina, contestado de inmediato por la batería de cañones. A tan corta distancia, incluso un disparo defectuoso rompía sus líneas y provocaba un auténtico maremágnum de huesos y miembros destrozados. Con el enemigo prácticamente encima, los artilleros de Warwick aplicaban un hierro candente o un cabo de vela a la pólvora a través del fogón y luego corrían, mientras el mundo retemblaba.

Warwick sintió que el corazón le latía enloquecidamente cuando, entre los soldados de la reina, percibió un destello dorado a través del humo y la tierra levantada, un fogonazo que desapareció instantáneamente tras las nubes grises. Los hombres se arrojaron al suelo, presas del pánico, y se taparon las orejas para protegerse contra aquel trueno ensordecedor que se sentía como una presión contra la piel. Algunos de los que habían estado cerca de los cañones y, aun así, habían escapado se lanzaron a la carrera como atacados de una locura repentina, aullando con las armas en alto y la muerte reflejada en los ojos.

Después de que aquel cañón abriera fuego, la línea se vio sobrepasada. Un último disparo sonó tras las filas de la reina, quizá retardado a causa de una mecha más larga

o de la humedad de la pólvora. El proyectil destrozó a los hombres que corrían. El resto había quedado en absoluto silencio. Warwick apretó los puños al ver que sus artilleros de mano eran masacrados, sus armas eran tan inútiles en ese momento como simples palos. Una treintena trató de organizar la retirada, y Warwick observó con desesperación cómo permanecían en línea y levantaban las armas para apuntar. El ánimo de aquellos hombres se desmoronó cuando, con la mirada siguiendo la longitud del cañón, aplicaron las mechas curvas y vieron que lo único que salía era una húmeda nube de humo o nada en absoluto.

La lluvia había echado a perder su oportunidad, y ahora las fuerzas de la reina tenían claro su objetivo: había que lanzarse contra los arqueros o los ballesteros. Se trataba del viejo equilibrio entre el poder de una lanza, una flecha o un virote y el conocimiento ancestral de que, si podías acercarte lo suficiente, no había mejor recurso que un podón bien afilado.

Las filas de la reina lanzaron un aullido que llenó de espanto a todos los que aún se debatían con la pólvora húmeda, rascándola con los dedos desnudos para extraerla y, a continuación, buscar un puñado seco en una bolsa o un cuerno. Quienes los embestían portaban hachas y largos cuchillos que no iban a fallar por la lluvia. Todavía sonaron algunos disparos de las armas de mano y varios soldados se tambalearon con el impacto, pero el resto de los nuevos artilleros fueron destrozados a tajos y cuchilladas.

Todo el batallón de Montagu había sido arrollado, y los maltrechos jirones restantes, al correr hacia atrás, obstaculizaban a su bloque más poderoso, el del centro. Allí se hallaban los caballeros de Warwick con mejores armaduras, sus capitanes y los veteranos de Kent.

Warwick tenía a su alrededor a varios portaestandartes y a una docena de guardias cuyo único cometido consistía en protegerlo. Desvió la mirada al oír voces airadas a su derecha, y gritó a sus hombres que dejaran pasar al duque de Norfolk.

A Norfolk le rodeaba su propio grupo de jinetes, todos con sus mismos colores. Una vez más, su señor no llevaba el casco puesto. Norfolk observó a Warwick por debajo de unas cejas espesas, su cabeza como un bloque encajado sobre el ancho cuello.

Con un gesto, Warwick le ordenó que se acercara. A sus algo más de cuarenta años Norfolk todavía estaba en el apogeo de su vigor, si bien tenía un aspecto extrañamente pálido. Warwick deseó de nuevo poder confiar en el duque tanto como realmente necesitaba hacerlo. Ya había habido traiciones antes entre las casas de York y de Lancaster. Ahora, con las estrellas alineadas en favor de la reina Margarita, Warwick no podía permitirse otro error de juicio.

—Milord Norfolk —dijo Warwick mientras el otro se acercaba, reconociendo él mismo su menor rango al ser el primero en hablar—. A pesar de este mal comienzo, creo que podemos contenerlos.

Para su irritación, Norfolk no respondió inmediatamente, sino que parecía estar

evaluando por sí mismo la situación. Su mirada recorría la deshecha retaguardia, los cañones abandonados y las nutridas filas que seguían afluyendo desde la ciudad. Norfolk negó con la cabeza y miró hacia arriba, hacia la lluvia que ahora le golpeaba con fuerza la coronilla y el rostro descubiertos.

—Estaría de acuerdo con vos si la lluvia no hubiera inutilizado la artillería. Milord, ¿se ha capturado de nuevo al rey?

Ahora le tocó a Warwick mirar a su espalda por encima del hombro, hacia donde se hallaba el roble solitario, muy atrás, entre las líneas de soldados de la reina.

—La fortuna del mismísimo diablo ha colocado a Enrique justo en el camino de las tropas —dijo—. Pensaba que estaría seguro en la retaguardia, donde nadie podría llegar a él.

Norfolk se encogió de hombros y tosió en la mano.

—Entonces ya tienen lo que deseaban. La batalla ha terminado. Lo mejor que podemos hacer ahora es retirarnos. Solo hemos perdido a unos pocos, menos de seiscientos, sin duda.

—Entre ellos mi hermano John —repuso Warwick.

Su propio cálculo de bajas era mucho más alto, pero Norfolk trataba de atenuar el relato del desastre. Warwick ni siquiera se permitía sentir la justa indignación que hubiera sentido ante un consejo semejante. La lluvia caía con fuerza y todos estaban mojados, tenían frío y temblaban sobre sus monturas mientras se miraban unos a otros. Norfolk había dicho la verdad: la captura del rey Enrique en los primeros instantes de lucha significaba que la batalla se había perdido casi antes de que hubiera realmente comenzado. Warwick maldijo en voz alta a la lluvia, lo que hizo sonreír a Norfolk.

—Si optáis por la retirada, milord Warwick, lo haréis con las tropas en gran medida intactas y con escaso menoscabo de vuestro honor. Eduardo de York se nos unirá pronto y entonces... Bueno, entonces veremos.

Norfolk era un hombre persuasivo, pero Warwick sintió que una nueva oleada de cólera irrumpía en su compungido estado de ánimo. Eduardo de York llevaría violencia, tenacidad y caos a cualquier campaña, de eso estaba seguro. Pero al igual que ocurriera con su padre, por sus venas corría sangre de reyes, algo que podía reivindicar con más derecho que nadie, exceptuando al propio rey Enrique. La estirpe otorgaba poder, esa era la sencilla verdad. Warwick ocultó su incomodidad. Si Lancaster caía, solo York podría acceder al trono, lo mereciera o no.

En aquel momento, Warwick tenía cuestiones más urgentes que afrontar. Miró largamente hacia el campo de batalla, crispado ante la idea de una retirada hacia el norte que les obligaría a salvar cada metro de las inútiles defensas que había preparado.

Su vista se posó en el lugar donde su hermano había caído. Si John aún vivía, se pediría un rescate por él. Todavía le quedaba esa esperanza. Warwick se llenó los pulmones de aire gélido, sabedor de que tomaba la decisión correcta, pues así se lo

indicaba la repentina corriente de alivio que sentía.

—¡Retiraos con orden! —aulló, tras lo cual esperó a que sus capitanes asimilaran su grito. Gruñó en voz alta al pensar que debería abandonar sus maravillosos cañones, pero esa parte del campo ya había sido tomada. No había posible vuelta atrás, ni siquiera para martillar con instrumentos punzantes los tubos a fin de dejarlos inutilizados. Warwick sabía que tendría que fabricar otros nuevos en las fundiciones del norte, cañones de mayor tamaño, con cubiertas impermeables para proteger los oídos.

Su orden fue repetida un centenar de veces por todo el campo. Cualquiera otro día, quizá las fuerzas enemigas los habrían hostigado en su retirada, jactándose en el aroma de la victoria. Bajo aquel aguacero y con el terreno impracticable por el barro, se detuvieron tan pronto se abrió un espacio entre las tropas, se enjugaron la lluvia de los ojos y el pelo y observaron cómo el ejército de Warwick les daba la espalda y se alejaba.

Margarita estaba sentada en la agradable sala de una taberna, al calor de un fuego de leña muy seca. El dueño había puesto a cocer una cabeza de cerdo entera para la reina, y ahora se la veía bambolearse en un caldero, sobre un oscuro fluido y junto con algunas verduras y alubias. Mientras Margarita observaba, parte del pálido morro o de la cara salía a la superficie y la miraba, antes de hundirse de nuevo y desaparecer. Resultaba extrañamente fascinante y Margarita no dejaba de contemplar el caldero, entretanto la posada hervía con el bullicio de sus acompañantes. Su hijo Eduardo permanecía sentado en silencio, enfadado por habersele prohibido pinchar la cara del cerdo con un palo.

A los parroquianos habituales se los había desalojado para que entraran sus guardias y su hijo. Margarita había oído un altercado en la calle, a causa de las objeciones de algunos de aquellos lugareños. Su guardia personal de escoceses e ingleses los habían echado con mucho gusto de allí, haciendo uso de las botas para ayudar a los más remisos. Alrededor de la taberna, la ciudad había caído en el silencio y lo único que la reina oía era el repiqueteo de la lluvia en el tejado, el murmullo de las voces y el silbido y el temblor constantes de las llamas. No dejaba de restregarse las manos, usando las uñas de una para limpiarse la otra.

Margarita ya había visto antes una batalla, lo suficiente como para no querer ver más. Se estremeció al recordar los gritos de los hombres, tan fuertes como los alaridos de las mujeres o de los animales sacrificados. En cualquier otro ámbito de la vida, un sonido tan agónico iría seguido de un esfuerzo por ponerle fin. Una esposa correría hacia su marido si este se cortaba con un hacha. Los padres asistirían prestos al hijo que gime por la fiebre o porque se ha roto un hueso. Sin embargo, en el campo de batalla, los sollozos y aullidos más desgarradores no obtenían respuesta, o peor aún, revelaban la debilidad de los heridos, lo que atraía a los predadores. Margarita

contempló la cabeza bamboleante del cerdo cuando esta emergió frente a ella y desvió la vista, con la piel de los brazos erizada.

Afuera, oyó caballos que se detenían y voces masculinas que daban la contraseña del día a sus guardias. Derry Brewer había insistido en tales cosas, con el argumento de que él parecería un completo estúpido si, por prescindir de contraseñas u otras formalidades pueriles, permitía que la reina fuese capturada. Margarita frunció el ceño al oír la voz de quien respondía precisamente a ese nombre, y se preguntó por qué su jefe de espías habría regresado de San Albano. ¿Sería posible que la batalla se hubiera ganado tan rápidamente?

Su hijo se levantó y corrió a la puerta abierta, saludando con la mano y dando gritos de bienvenida. Margarita levantó de golpe la vista en el momento en que Eduardo callaba repentinamente y abría unos ojos como platos. La reina estaba ya levantada a medias cuando oyó el estrépito metálico de unos hombres con armadura, quienes en ese instante se arrodillaban en las piedras de la calle. Sonó entonces la voz de Derry Brewer, más fuerte.

—Caballeros, os entrego a su gracia, el rey Enrique de Inglaterra, lord de Irlanda, rey de Francia y duque de Lancaster —dijo.

Margarita percibía el tono de satisfacción en su voz. Se acercó a la puerta y apartó a su hijo, que seguía allí con la boca abierta y colgante, como si fuera un pueblerino bobalicón. Cuando el vestido de la reina rozó al muchacho, Eduardo pareció despertar y corrió afuera con ella, en medio de la lluvia y el viento.

Hacía ocho meses que Margarita no veía a su esposo, desde que decidiera salvar a su hijo y salvarse ella misma y dejar a Enrique solo en su tienda, en Northampton. Sintió que se sonrojaba ante la perspectiva de un rechazo, a pesar de lo cual irguió aún más la cabeza. Warwick y York habían vencido entonces, habían derribado todos los obstáculos hasta apresar al rey Lancaster. A partir de ese momento tan bajo, Margarita había vuelto las tornas por completo. York y Salisbury estaban muertos y a Warwick se le mantenía a raya. Y su esposo había sobrevivido a su terrible experiencia. Eso era lo único que importaba.

Enrique desmontó, se dio la vuelta y se tambaleó ante el impetuoso abrazo de su hijo.

—Eduardo —dijo—. ¡Muchacho! Cómo has crecido. ¿Está aquí tu madre? Ah, Margarita, ahora os veo. ¿No hay un abrazo para mí? Ha pasado mucho tiempo.

Margarita se adelantó. Sentía el viento como una bofetada. Inclino la cabeza y Enrique extendió la mano casi con sorpresa para tocar la húmeda mejilla. Estaba muy delgado, según pudo apreciar la reina, con la piel tan pálida como la cara del cerdo que, a su espalda, seguía cocinándose en el caldero. La reina sabía que Enrique rara vez comía a menos que se le obligara, y que eso a sus captores no les habría preocupado en exceso. El rey no parecía estar fuerte, y tenía la mirada tan vacía y cándida como siempre.

—Sois una auténtica Virgen, Margarita —dijo con voz tenue—. Una madre

desbordante de belleza.

Margarita se sintió enrojecer mientras inspiraba profundamente. Tenía treinta años; había matronas de su edad con una docena ya de mocosos y las caderas lo bastante anchas como para haberlos alumbrado por camadas. Sabía que no estaba exenta de vanidad, pero ese era un pecado insignificante en comparación con otros.

—Mi corazón se colma de alegría al veros, Enrique —dijo—. Ahora que estáis a salvo, podemos perseguir a los traidores hasta destruirlos.

Había aprendido a no esperar alabanzas, pero, aun así, en aquel momento sentía la desesperada necesidad de recibirlas.

—He llevado un ejército al sur, Enrique —prosiguió, incapaz de contenerse—. Parte de él, desde Escocia.

Su marido ladeó la cabeza y en su cara apareció una mirada vagamente interrogativa, como la de un perro que tratara de averiguar los deseos de su ama. ¿Era demasiado pedir que su esposo le dedicara unas palabras de amor y elogio, tras haber conseguido ganar una batalla y rescatarle? Creyó que el alma se le partía cuando su esposo le devolvió la mirada: sus ojos revelaban la perplejidad de quien no entiende qué le están preguntando. Margarita sintió el escozor de las lágrimas en los ojos y levantó aún más la cabeza para evitar que se derramaran.

—Venid, esposo mío —dijo al tiempo que lo cogía suavemente del brazo—. Debéis de estar hambriento y tener frío. Dentro hay un fuego encendido y un poco de caldo. Ambas cosas os van a gustar, Enrique.

—Gracias. Si vos lo decís, Margarita. Me gustaría ver al abad Whethamstede, para confesarme. ¿Está cerca?

Margarita emitió un sonido leve y ahogado, casi una risa, mientras entraban en la calidez de la posada.

—Vamos, Enrique. Pero ¿qué pecados podéis haber cometido estando cautivo?

Para su sorpresa, notó cómo el brazo del rey se ponía rígido. Se volvió hacia ella con el ceño fruncido en el pálido rostro.

—Somos criaturas pecadoras, Margarita, capaces de mentir y de incurrir en debilidades infames, incluso en nuestros más recónditos pensamientos. Y somos de voluntad débil, de manera que el pecado entra subrepticamente en nosotros. Y somos de cuerpo frágil, de modo que en un instante podemos ser barridos de este mundo. Podemos ahogarnos, por ejemplo, y de golpe ya no estamos. ¡Y si no hemos confesado los pecados, nuestra alma se condena para siempre! ¿Queríais que me sentara sin haber sido absuelto mientras la eternidad se cierne sobre mí? ¿Y por qué? ¿Por una habitación caliente? ¿Por un cuenco de sopa?

En su apasionamiento, su marido había enrojecido. Margarita lo atrajo hacia su hombro y lo consoló y lo hizo callar suavemente, como habría hecho con su hijo, hasta que su respiración se estabilizó.

—Haré que traigan al abad, Enrique. Si por la batalla no puede venir, haré que un sacerdote acuda a vuestro lado. ¿Me comprendéis?

El rey asintió, visiblemente aliviado.

—Hasta entonces, Enrique, me complacería que comierais y descansarais.

—Haré lo que decís —respondió Enrique.

Margarita pudo observar que Derry Brewer se balanceaba descansando su peso alternativamente en cada pie, a la espera de poder hablar. Cedió el cuidado de su esposo a su mayordomo y a uno de los guardias ingleses, habiéndose previamente asegurado de que ambos tenían idea de cómo tratar y hablar al rey. Tan pronto Enrique estuvo sentado con una manta sobre las rodillas, ella se apresuró a acudir junto a su jefe de espías.

—Gracias por mi esposo, Derry. ¿Qué noticias traéis de la batalla?

—Todavía no está ganada, milady, aunque hemos tenido un buen comienzo. Fue una afortunada coincidencia que tuvieran al rey en la retaguardia. La mitad de nuestros muchachos pasaron a su lado. Desde luego, mi experiencia es que la buena suerte llega como consecuencia del duro trabajo, y no exactamente como un regalo inexplicable, como dirían algunos.

—Sí, y mi experiencia es que mis oraciones obtienen respuesta más a menudo si las empujo un poco con monedas y planes y los hombres adecuados. «Inténtalo primero tú mismo, antes de recurrir a Dios», Derry. A Él no le gustan los hombres perezosos.

Margarita presionó el nudillo de uno de sus pulgares en la cuenca del ojo y lo mantuvo allí, con los ojos cerrados. Derry esperó pacientemente, prefiriendo la calidez y el aroma del caldo a cualquier otra cosa que pudiera encontrar afuera.

—La cabeza me da vueltas, Derry, por lo repentinamente que ha sucedido todo. Mi marido, a salvo, sin haber sufrido ningún daño, o no más del que ya padecía. Mi hijo, conmigo; milord Somerset y milord Percy haciendo pagar el justo precio a aquellos que todavía osan levantarse contra nosotros. ¡Hemos recobrado nuestro lugar, maese Brewer! El rey se halla... ¿a cuánto? ¿A unos veinte kilómetros de Londres? Estaremos allí mañana, y todo el país sabrá que Lancaster ha sobrevivido. Verán a mi hijo y se darán cuenta de que es un buen heredero. ¡Me cuesta asimilarlo todo, Derry! Hemos llegado muy lejos.

—Milady, tendré más noticias esta noche. Hasta entonces, podéis mantener a vuestro marido a salvo, caliente y cómodo. Él siempre ha sido la llave del cerrojo, milady. Y todavía lo es. Creo que...

El ruido de cabalgaduras resultó audible mucho antes de que hubieran llegado a la taberna, al menos sesenta monturas con herraduras de hierro que resonaban en las losas del camino. Derry frunció el ceño mientras el sonido se hacía más fuerte cada vez. Dunstable estaba a poco más de quince kilómetros del campo de batalla y él había cabalgado lentamente para llevar al rey Enrique a lugar seguro. No podía descartarse que algún enemigo le hubiese visto marchar y enviara un escuadrón de violentos caballeros u hombres de armas para recuperar al rey y llevárselo.

—Milady, estad preparada para trasladar al rey si no son hombres nuestros —dijo.

Derry se apresuró entonces hacia la puerta, que quedó bailando tras de sí. Entre la lluvia y la niebla, no era capaz de distinguir los escudos de los jinetes que se acercaban. Llegaban cubiertos de gruesos costrones de barro, a causa de las salpicaduras levantadas por las pezuñas de sus monturas. Alrededor de Derry, treinta caballeros con armadura estaban listos para defender a la familia real hasta la muerte.

—¡Haya paz! ¡Conteneos! ¡Somerset! —pudo oírse de boca del jinete de cabeza.

Tenía tantas costras de barro como el resto, pero se limpió el peto con una mano y se levantó la visera, antes de detenerse a pocos pasos de quienes en el camino levantaban las espadas y hachas contra él.

—¡He dicho Somerset! Mi nombre es mi propia contraseña y le arrancaré la cabeza a cualquiera que desenvaine una espada contra mí. ¿Está claro? ¿Dónde está la reina?

—Es él, muchachos —gritó Derry—. Dejad pasar a milord Somerset.

—¿Brewer? Echadme una mano, si sois tan amable.

A Derry no le quedó otro remedio que obedecer. Se acercó al duque y, agarrando la bota con espuela, la presionó contra su mano. El duque pasó la pierna por encima de su montura y descendió muy rápidamente, lo que hizo que Derry se tambaleara y casi se cayera. Cuando tuvo al joven duque delante, Derry se dio cuenta de que Somerset se acordaba del empujón sufrido sobre ese mismo caballo. El duque lo miró con frialdad, consciente de su poder en aquel momento.

—Llevadme ante la reina Margarita, Brewer —dijo.

—Y ante su esposo, el rey Enrique —replicó Derry.

Somerset detuvo el paso en seco mientras le pasaba las riendas a un sirviente y dudó durante un brevísimo instante. Tener allí al rey los obligaría a todos a adaptarse, pensó Derry.

Eduardo de York desmontó tan silenciosamente como pudo y ató las riendas a una rama baja. No le fue posible evitar el crujido de la armadura, ni el golpetazo y revoloteo de la gran capa de piel de lobo que había comenzado a llevar hacía poco. Algunos de estos ruidos quedarían ahogados en el viento o serían engullidos por el bosque y los peñascos que lo rodeaban. No pensó mucho en ello, pero sabía que la manada de lobos no se dejaría engañar. Como buenos depredadores, incluso hallándose concentrados en su propia caza, sabrían que él estaba allí.

Eduardo podía oír sus gruñidos mientras se acercaba con sigilo entre los riscos de granito. El terreno allí, en los alrededores de Northampton, era muy abrupto, con rocas tan viejas como el mundo y cubiertas por un musgo verde oscuro. En su caza, hacía dos días que no había visto un alma, pero no tenía miedo de caer en una emboscada, por más que el sendero se estrechara tanto que el único cielo visible era apenas una cinta grisácea sobre su cabeza. En aquel espacio angosto, iba rozando las paredes de roca con los hombros, mientras por delante los gruñidos y ladridos se intensificaban en esa primigenia combinación de rabia y miedo que constituye el sello de la manada. Se le ocurrió que no era demasiado sensato aparecer sin previo aviso ante tal cantidad de lobos salvajes, al menos hasta que supiera si había una vía de escape. Si les bloqueaba la huida, probablemente le atacarían tan despiadadamente como a cualquier otra presa.

Sonrió al pensarlo, seguro de su propia fuerza y rapidez. El riesgo era algo limpio, según había descubierto, un aspecto del mundo que todavía le hacía disfrutar, en tanto que todo lo demás no era más que enfermedad y dolor. Ante el peligro, su cuerpo no era más que los blancos huesos, sin el peso de la carne. Y eso le gustaba.

Reinaba la oscuridad entre las paredes rocosas, por lo que la luz que tenía ante él resultaba casi dolorosamente brillante. Eduardo avanzó tan rápido como pudo, hasta que los sonidos de pelea y los gañidos se oyeron tan claramente como una batalla. Arrancó a correr por el sendero, cada vez más ancho, pero hubo de detenerse en seco cuando el camino se abrió en una depresión que no llegaría a los cuarenta metros de longitud. Echó un vistazo hacia arriba y no divisó lugar alguno por el que pudiera trepar para salir de aquella hondonada. A pocos pasos de él, había una muy numerosa y alborotada manada de lobos, aullando y lanzando dentelladas a un sabueso al que tenían rodeado. El perro les ladraba, pero el sonido quedaba ahogado en la barahúnda de la manada. Los lobos habían acorralado al animal contra la pared del fondo, sin dejar un resquicio por donde el perro pudiera escapar.

Sabían que tras ellos había un hombre. Eduardo lo percibía en las miradas que le lanzaban. Los miembros de menor rango agachaban la cabeza, temerosos ante el olor del sudor humano. Tres machos jóvenes se encararon con él, ladrando y dando sacudidas frenéticas mientras arrancaban en su dirección y volvían atrás, con las piernas rígidas y los ojos desorbitados.

Eduardo sintió las gotas de sudor fresco que le resbalaban por la cara. Esperaba encontrar una manada pequeña, seis o quizá una docena. Pero allí había más de treinta lobos, matadores de enflaquecida cintura y dientes amarillos. Eduardo apenas llevaba unos segundos ante ellos, inmóvil en la fría intemperie, y los animales todavía estaban calibrando cómo reaccionar.

El perro al que acosaban era un gran animal blanco y negro, según podía apreciar Eduardo; algún tipo de mastín de caza cuyo acertado instinto le dictaba permanecer cerca de la pared. Estaba atrapado en aquel lugar y la manada probablemente lo habría matado si él no hubiese aparecido. Y Eduardo sabía que aún podían hacerlo.

Levantó la vista al notar que algo se agitaba sobre él, en el borde de las paredes del cañón. La depresión del terreno no tendría más de cinco o seis metros de profundidad, según calculó rápidamente. Presentaba una forma regular que le hizo pensar en las construcciones humanas, más que en la labor de un antiguo curso fluvial. Todavía quedaban losas y ruedas romanos que uno podía descubrir en los bosques; él los había visto. La hondonada presentaba cierta similitud con ellos.

Eduardo pensó que quizá aparecería un joven pastor, aunque temía que se tratara de un soldado. Lo que no esperaba era ver a la joven que surgió entre los helechos y las hiedras. Se quedó con la boca abierta, mientras ella se agarraba a la raíz de un raquíptico serbal y miraba hacia la hondonada. La mujer levantó el brazo derecho y Eduardo vio que sujetaba una piedra tan grande como una manzana. Ella pareció notar que la observaban, miró en su dirección y se quedó atónita al ver allí a un barbado guerrero vestido con pieles de lobo y armadura.

—¡Fuera! —gritó arrojando con fuerza la piedra en medio de la manada. Golpeó a uno de los lobos más pequeños, tras lo cual gesticuló con brusquedad y lanzó un chillido, ofuscada y enfadada consigo misma.

A Eduardo se le partió el alma cuando vio que la mujer levantaba de nuevo el brazo. Estaba claro que trataba por todos los medios de salvar a su perro, pero el resultado... Sintió que le invadía una ira corrosiva. Llevaba la armadura y la capa y la espada que su padre le había dado. Desenvainó la larga hoja mientras más piedras golpeaban y rebotaban entre los lobos. Los animales aullaban y salían disparados bajo aquel tormento que, momentáneamente, les hacía olvidar a su presa. En ese instante, lo único que deseaban era escapar.

Un hombre se interponía en su camino. Eduardo sintió mudar su ánimo cuando los ejemplares más grandes se volvieron y le miraron amenazantes. Un gran macho trotó hacia él para desafiarle, un animal de espeso pelaje y gran amplitud en la parte de los hombros. Eduardo tragó saliva, pero tenía dieciocho años y los sentidos le ardían de furia. Su espada estaba fabricada especialmente para él, con una afilada espina dorsal de acero que recorría los noventa centímetros de la hoja. Pesaba demasiado para que la mayoría de los hombres pudieran usarla bien, pero era capaz de resistir la fuerza con la que Eduardo descargaba sus espadazos. Él la manejaba como si no pesara nada.

—Vamos, muchacho —dijo con voz fuerte, con rabia en sus palabras—. Mira lo que tengo para ti.

Eduardo había cazado lobos muchas veces, pero nunca había visto cómo actuaba una manada cuando la situación planteaba una clara disyuntiva. Sin la más mínima vacilación, todos y cada uno de los animales se abalanzaron sobre él, echando espumarajos de rabia por las fauces. A pesar de su tamaño, Eduardo se vio empujado hasta la pared de la grieta y el mismo peso de los animales casi le hizo caer de rodillas. Fue su armadura la que le salvó, pues el maltratado metal era inmune a las garras y los colmillos. Los lobos se cebaron encarnizadamente con su capa, la cual llenaron de rotos mordiendo y sacudiendo la cabeza atrás y adelante, de manera que tiraban de Eduardo hacia un lado y otro y le hacían perder el equilibrio. Él, por su parte, puso en práctica su propio grito de guerra. Manejó la espada en golpes giratorios, cortando como si se tratara de una guadaña, y con sus guanteletes causó un destrozo de magnitud similar.

Todo acabó en un suspiro, tan pronto como los líderes de la manada hubieron arrastrado a Eduardo hasta apartarlo de su única vía hacia la libertad. Eduardo resoplaba con las manos sobre las rodillas. Junto a él yacían cuatro lobos, dos todavía vivos y otros dos claramente muertos.

Hacía un buen rato que el resto de la manada había desaparecido, y no quedaba ni rastro de la mujer que los había enfurecido. Lentamente, entre muecas de dolor por las magulladuras y los arañazos sufridos, Eduardo se acuclilló para tocar a uno de los animales heridos. Pudo ver que tenía la espalda rota y que arrastraba los cuartos traseros al tratar de levantarse. La loba arrugó el morro y agrandó los ojos a medida que la mano se le acercaba, hasta que Eduardo la golpeó fuertemente en el hocico. El animal ladró una vez y luego se alejó de él a rastras, sin dejar de gemir.

Eduardo se puso en pie con cuidado mientras el enorme mastín se acercaba con pasos amortiguados, lanzando un gruñido gutural cada vez que cualquiera de los lobos se movía. No representaban ya ninguna amenaza y el perrazo blanquinegro no les tenía miedo. Lleno de arañazos y de suciedad, se acercó a Eduardo cojeando de una pata por la que chorreaba la sangre. Cuando Eduardo miró hacia abajo, el perro le empujó con la cabeza y restregó el hocico en los pliegues de la capa. No creía haber visto jamás un perro de caza tan grande.

—Vaya, eres enorme, ¿eh, muchacho? —dijo Eduardo—. Como yo. ¿La de arriba era tu ama? ¿La que azuzó a toda la manada contra mí? Sí, claro que sí. ¿Era tu ama, muchacho?

El perro movió la cola como si fuera un látigo de cuero. Para diversión de Eduardo, aquel animal de enorme cabeza sonreía ostensiblemente mientras él lo acariciaba entre los hombros. Pese a todos los rasguños y cortes recibidos, el perro parecía más que complacido de que alguien amistoso le diera palmaditas.

Eduardo levantó la vista ante la lluvia de pequeñas piedras y hojas que caían a su alrededor. La misma mujer de antes descendía entre las rocas y los matorrales,

agarrándose a raíces y piedras mientras el vestido se le desgarraba y sus piernas quedaban desnudas hasta el muslo. Eduardo estaba magullado y enfadado y tenía calor, por lo que hincó una rodilla y acarició con más ímpetu al perro, hasta que este rodó por el suelo y presentó una panza casi lampiña, sonriendo estúpidamente y con la lengua colgando.

Eduardo oía la respiración de la mujer, más audible en aquella hondonada de lo que lo hubiese sido arriba. La esperó, contento de poder palmear al perro y jugar con él mientras su propia respiración se estabilizaba. Los lobos heridos gimoteaban y pensó en poner fin a su sufrimiento con un cuchillo, pero luego cambió de opinión. Le habían atacado y la experiencia había sido aterradora, aunque eso no lo hubiera admitido ante nadie. A pesar de su cota y coraza, los lobos adultos pesaban mucho y eran rápidos como el rayo. Sabía que, de haber caído de espaldas, le habrían desgarrado la garganta. Todavía tenía en la cabeza aquellos dientes amarillos, chasqueando tan cerca de sus ojos que ya solo había esperado sentir un dolor lacerante de un momento a otro.

Esperó durante lo que le pareció una eternidad, consciente de la presencia de la mujer algo más arriba, pero sin reaccionar a ella. Aunque había descendido medio camino, se había detenido en una musgosa y empinada roca de granito, a algo más de tres metros del suelo. Todavía estaba demasiado alto para saltar, y Eduardo podía oír cómo la mujer se deslizaba atrás y adelante, frustrada y buscando en vano nuevos apoyos para el pie o la mano.

La oyó resbalar y miró hacia arriba, al tiempo que ella maldecía. Aquello a lo que se agarraba con ambas manos se había arrancado bruscamente de la tierra. Agitó los brazos descontroladamente y, en el último momento, saltó de la roca, de manera que ahora le caía a Eduardo encima, una oscura forma recortada contra la palidez del cielo. Solo con levantarse y dar un paso, le bastaba para recoger a la mujer en su caída.

Eduardo observó, sin dejar de rascar distraídamente las costillas del perro, cómo la mujer se golpeaba contra el suelo, junto a él, y quedaba jadeando boca arriba. No tenía idea de si estaría malherida. El perro rodó para ponerse en pie y corrió hacia la mujer, moviendo tan velozmente el rabo que este no era más que un borrón, gimiendo y aullando mientras le lamía la cara y apretaba el hocico contra sus manos abiertas. Eduardo desenrolló un trozo de bramante de un lazo que llevaba en la cintura y comenzó a anudarlo en forma de collar para el perro.

—Vas a necesitar un nombre, viejo —dijo Eduardo. Un pensamiento acudió a su mente y miró a la mujer. Todavía jadeaba tumbada en el mismo lugar en el que había caído, pese a todo el babeo y hociqueo del perro—. ¿Cómo lo llamáis?

La mujer gruñó de pronto mientras se sentaba, con la cara y las manos llenas de arañazos y manchadas de verde y marrón. Tenía hojas en el largo cabello, según notó Eduardo. Cualquiera otro día, tal vez un día en el que no se hubiera magullado por caer en el fondo de una hondonada, podría haberse considerado hermosa. Incluso en

ese estado, mientras lo fulminaba con la mirada, sus ojos resultaban fascinantes, enormes y chispeantes de cólera.

—Es mío, quienquiera que seáis —dijo—. Y mis hermanos se acercan por ese camino, si estáis pensando en hacerme daño.

Eduardo ondeó el brazo con despreocupación en dirección al camino.

—Yo tengo un ejército por ahí atrás, en algún lugar; y una partida de caza formada por cuarenta hombres. No me preocupan vuestros hermanos, ni vuestro padre. Ni vos. Pero el perro es mío. Así que decidme, ¿cómo lo llamáis?

—¿Lo estáis robando? —preguntó ella, sacudiendo incrédula la cabeza—. ¿No me habéis recogido al caer y ahora me robáis el perro? ¿Por qué no me cogisteis?

Eduardo la miró. Su cabello era de un rubio rojizo, estirado hacia atrás y sujeto en un rodete. La mitad se le había soltado y sobresalía como un cepillo. Había algo en aquellos ojos de gruesos párpados que le hacía desear haber parado la caída, pero no podía echarse atrás de la posición que había adoptado. Se encogió de hombros.

—Por vuestra culpa me he hecho daño, por culpa de vuestros lobos.

—¡No eran mis lobos! Solo trataba de salvar a Beda.

El mastín erizó las orejas al oír su nombre. Seguía al lado de la mujer, y ahora se inclinó contra ella hasta conseguir que le rascara el lomo. El perro gruñó y resopló de placer. Eduardo sintió la punzada de una pérdida.

—¿Beda? ¿El sabio? Es un mal nombre para un perro. Yo tal vez le llame Brutus.

—Vaya hombre sois vos, a pesar de vuestro tamaño. Me dejasteis caer y le dais a un perro el nombre que le daría un niño. ¡Brutus!

Eduardo se ruborizó, las mejillas cada vez más encarnadas y la boca tirante.

—O Moisés, quizá. O Tigre, por la mezcla de colores. ¿Es ese tu nombre, muchacho? ¿Tigre? Me parece que podría serlo, ¿eh?

Una sensación de creciente frialdad le había invadido mientras le hablaba al perro. Los ojos de Eduardo parecieron oscurecerse y el joven se encorvó ligeramente; si antes había parecido amable ahora irradiaba un aire de amenaza. La mujer cerró la boca y cesó en sus protestas. El gran tamaño de Eduardo la había confundido. A través de la espesa barba negra que le tapaba la mayor parte de la cara, se dio cuenta de que era varios años más joven de lo que ella había supuesto. Los lobos le habían desgarrado la capa hasta convertirla en andrajos, pero la prenda todavía giraba en torno a su cuerpo, lo que le hacía parecer incluso más voluminoso en aquel pequeño espacio. La mujer se levantó. Todavía no estaba segura de si Eduardo constituía un peligro. Lo que sí parecía claro era que en tal caso el perro no le serviría de nada. Frunció el ceño mientras en su cuerpo empezaban a despertarse unos dolores punzantes.

—No deberíais robar un perro, especialmente un perro. Si os gusta, deberíais comprármelo, y pagarme un precio justo por él.

Eduardo se levantó también y, al hacerlo, pareció borrar un trozo de cielo. No se trataba solo de su estatura, sino de la amplitud del cuerpo, con hombros y brazos

esculpidos por años de adiestramiento con la espada y el escudo. Llevaba una barba desaliñada y el pelo largo apelmazado por la suciedad, pero su mirada era firme. La mujer sintió mariposas en el estómago y en las entrañas mientras él negaba con la cabeza.

—Imagino que sois persuasiva, mujer. Pero no morderé el anzuelo. Aquí, Tigre. Ven.

El enorme mastín se puso en pie y se quedó quieto, jadeando, con la cabeza casi partida en dos por la mueca sonriente de la boca. Eduardo le pasó el bramante alrededor del cuello, a modo de trailla cuyo extremo se arrolló en la mano izquierda.

—Deberíais trepar y salir de aquí, si podéis —dijo por encima del hombro—. Mis hombres deben de estar buscándome y no os conviene que os encuentren. El perro será el pago por mis heridas, milady. Que paséis un buen día.

Isabel Grey lo observó mientras se alejaba. Percibía la vidriosa oscuridad de aquel joven gigante, además de su poderío físico. La combinación de ambas cosas le hizo sentir una extraña debilidad una vez que Eduardo se hubo marchado. Se recordó a sí misma que era una mujer casada, con dos hijos fuertes y un esposo que servía en las tropas de lord Somerset. Decidió no mencionar aquel extraño encuentro a sir John Grey. Su marido podía ser muy suspicaz. Lanzó un suspiro. Ahora tendría que decirle que el perro había muerto.

San Albano se hallaba a poco más de treinta kilómetros de Londres, ni siquiera a un día de viaje. Cada hombre que marchaba en las filas del rey y la reina sabía que podían partir con el sol todavía elevándose y ver el Támesis antes de oscurecer. La perspectiva les levantaba el ánimo a todos. Londres significaba tabernas y cerveza. Significaba recibir la paga y todo lo bueno que vendría después. Como preparación para la última marcha, el ejército de Margarita recompuso su apariencia lo mejor posible, y se oían risas y bromas mientras empaquetaban los pertrechos y cargaban los carros.

Tan pronto Warwick y Norfolk se hubieron retirado al norte, había corrido la noticia del rescate del rey. La importancia del hecho no se le escapaba a quienes habían combatido. Se hallaban jubilosos y estallaban de puro alivio. Los vítores habían resonado por la abierta llanura y habían llegado a la misma ciudad en oleadas de fuerza creciente, hasta que los hombres se habían quedado roncos; y luego, por la noche, el clamor había regresado al llegar la familia real para unirse a ellos.

Algunos de aquellos hombres habían marchado o luchado durante todo el trayecto, desde Escocia hasta el sur. Unos pocos habían caminado fatigosamente por bosques y valles para pelear un par de veces por el rey y contra sus más poderosos enemigos, y habían vencido, tanto en Sandal como en San Albano. Ahora el sol salía de nuevo. Londres los esperaba y, en aquella ciudad capitalina, toda la parafernalia del poder y la abundancia, desde los tribunales y los *sheriffs* hasta el palacio de

Westminster y la torre de Londres. Era el núcleo de todo. Londres significaba no solo poder, sino también seguridad; pero, principalmente, significaba buena comida y descanso.

Por una vez, Margarita prescindió de consultar públicamente a Somerset. Tan pronto el alba despuntó sobre el campamento, dio la orden de marchar hacia el sur. Con su marido y su hijo junto a ella, sus lores se limitaron a hacer una marcada y respetuosa reverencia, sin dejar de sonreír.

La presencia del rey Enrique era un talismán, según podía apreciar Margarita. Aquellos que parecían cada vez más hoscos o resentidos bajo sus órdenes se comportaban de nuevo con tacto y mostraban una expresión neutra. Otros que habían actuado con excesiva familiaridad en su presencia mantenían ahora una respetuosa distancia. Los tambores tocaban ritmos marciales y los hombres cantaban canciones de marcha con una mano sobre el corazón. El humor general era tan alegre como frágil, con la perspectiva de una recompensa que todavía estaba por ver.

No importaba que Enrique no entendiera nada. El rey y la reina de Inglaterra montaban junto al príncipe de Gales, rumbo a la capital. El pesado cañón que habían capturado en San Albano se iba quedando rezagado a medida que el ejército se estiraba y ocupaba kilómetros del camino a la ciudad.

Los miembros de la familia real montaban uno al lado del otro, con Somerset y el conde Percy ligeramente adelantados. A pesar de la aparente victoria, los oficiales más antiguos sabían que el ejército de Warwick rondaba cerca, en algún lugar. En aquellas circunstancias, la suya no podía ser una marcha triunfal; ni tampoco podían permitir que Margarita y el rey Enrique montaran en las primeras líneas, donde una emboscada de arqueros podía derribarlos en un abrir y cerrar de ojos. Somerset había ubicado a los soldados con mejor armadura formando filas que rodeaban al rey y la reina. No había dado órdenes a los escoceses, pero ellos también estaban allí, caminando a grandes zancadas con las piernas desnudas y portando diversas armas. Aquellos barbudos observaban con desvergonzado interés al pálido rey al que habían rescatado, mientras en su extraña lengua hacían comentarios entre ellos. Reinaba un ánimo distendido, como en una feria de verano, y los hombres avanzaban entre risas y alguna que otra canción, mientras reducían los kilómetros y la distancia que los separaba de Londres.



El ejército que se aproximaba a Londres por el camino elevado casi se había convertido en un desfile o en una corte itinerante. Mercaderes y viajeros se veían obligados a apartar sus carromatos del camino y a hundirse con ellos en los márgenes pantanosos, mientras ante ellos pasaban los caballeros con armadura, cabalgando de cuatro en fondo, con los estandartes ondeando en lo alto de las picas. Los granjeros y los comerciantes, al oír que se trataba del rey y la reina que por fin regresaban, permanecían con la cabeza inclinada y los sombreros apretados contra el pecho. Algunos vitoreaban en medio del viento y el frío, mientras observaban a Enrique y Margarita como si quisieran fijarlos para siempre en su memoria.

Lo cierto era que los estandartes reales estaban ajados y salpicados de barro. Habían permanecido plegados en los cofres durante la mayor parte del año, así que no habían podido orearse convenientemente. Los mismos hombres que los portaban parecían a su vez andrajosos después de tanto tiempo en el camino, pero erguían la cabeza al divisar en lontananza los macizos muros de Londres y oír el estruendo de los cuernos, que sonaban sobre la ciudad para advertir de su llegada. Durante el año previo, Londres había sufrido desórdenes y una invasión; se habían roto los muros de la Torre y disparado cañones en las calles contra el propio pueblo. Durante más de una década, la casa de York había amenazado y conspirado en contra del legítimo rey.

Todo eso ya había quedado atrás. Margarita podía notarlo en la limpieza del aire invernal. Durante los meses de calor, quizá la ciudad oliera a podrido y a cloacas al aire libre, pero el aire que ahora soplaba en su rostro le traía aromas de madera y yeso, de ladrillo y humo y carne en salazón. No pudo evitar recordar la primera vez que había visto la ciudad, recién llegada de Francia. Entonces la habían llevado en una litera que hubo de detenerse en el puente de Londres, mientras la ciudad vitoreaba y jaleaba y los concejales de coloridos ropajes hacían reverencias. Se había sentido abrumada; aquella jovencita de quince años nunca hubiera imaginado que pudiera existir tanta gente en el mundo.

Margarita sintió que el pulso se le aceleraba cuando Somerset se acercó muy despacio con su montura y empezó a cabalgar a su lado. No habían hablado desde el regreso de Enrique, aunque el joven duque estaba siempre cerca, listo para aconsejar o recibir órdenes. Henry Percy, conde de Northumberland, montaba en la fila de detrás de la reina, junto con Eduardo, el príncipe de Gales. Margarita se preguntaba si lord Percy estaría pensando en su padre y en su hermano, a quienes había perdido en aquellos años de batallas y derramamiento de sangre. Tal vez ahora todos tendrían la oportunidad de dejar atrás las tragedias familiares. Después de todo, ella había obtenido la victoria. A pesar de tantas pruebas y tribulaciones, su marido seguía siendo el legítimo rey de Inglaterra, el auténtico, y estaba vivo y de nuevo en sus manos. Sin duda, Margarita había aprendido mucho desde que viera Londres por primera vez.

El camino desde San Albano llevaba directamente a la entrada por Bishop's Gate, en paralelo a otro camino que conducía a la entrada de Moorgate, apenas a unos cientos de metros más allá, siguiendo la muralla. Esa había sido la única contribución del rey Enrique durante el viaje. Cuando Somerset le había preguntado a la reina por dónde debían entrar a la ciudad, alguna chispa había saltado en la memoria del rey y, durante un brevísimo instante, le había hecho levantar la vista.

—Yo entraría por la puerta de mi padre —había dicho tímidamente.

Se refería a Moorgate, la entrada construida en el macizo muro romano antes de que Enrique hubiera nacido, en un momento en el que los caminos del norte se congestionaban con carros y aglomeraciones humanas, algo que empeoraba cada año. Sin decir palabra, Somerset había enviado nuevas órdenes a la vanguardia y las filas delanteras habían cruzado hasta el camino a Moorgate, que se elevaba casi dos metros sobre un terreno tan blando en algunos lugares que un caballo y su jinete podían hundirse en él y quedar atrapados. Pero el camino se había sufragado con los impuestos de Londres y se mantenía en buen estado y seco, incluso en invierno. Por él avanzaron rápidamente hacia Moorgate, visible ya en el horizonte.

Las murallas de Londres estaban custodiadas por soldados pertenecientes a la guarnición de la ciudad. Margarita veía sus oscuros perfiles a casi un kilómetro de distancia. En aquellos años, había partido de Londres y regresado muchas veces, en sus desplazamientos de ida y vuelta al castillo de Kenilworth, su refugio privado en los momentos de mayor desolación. No era capaz de recordar una sola ocasión en la que las puertas hubieran estado cerradas antes del alba, tal como claramente aparecían en ese instante. Se le arrugó el ceño y lanzó una mirada a los lores que la rodeaban, esperando que alguno de ellos reaccionara o dijera algo.

Fue Somerset quien asumió esa responsabilidad; envió a algunos hombres por delante y ordenó que el resto redujera la marcha. Quienes habían de adelantarse marcharon con las imperiosas órdenes todavía en los oídos, furiosos de que algún estúpido hubiera cerrado las puertas de la ciudad y obstaculizado la entrada del rey. Sentada en su montura, Margarita estiró el cuello y vio gesticular a los mensajeros a la sombra del muro. Los hombres de arriba se inclinaban hacia ellos, y la reina pestañeó desconcertada al ver que la mole de hierro y roble se mantenía cerrada. El ejército real no podía aminorar mucho más la marcha. Margarita observó con ira creciente cómo los mensajeros de Somerset regresaban y manifestaban nerviosamente su perplejidad. Tenían el rostro enrojecido, bien lo veía la reina. Y un color similar adquirió la cara de Somerset mientras los escuchaba y hacía girar a su montura para acercarse a la reina. Antes de llegar hasta ella, el duque ordenó a las tropas que se detuvieran.

Apenas un centenar de metros separaban a la fila delantera de los muros de Londres, pero las enormes puertas seguían cerradas.

Eduardo de York se ciñó con más fuerza la capa, sintiéndose ya algo molesto. Se le requería para que de nuevo asumiese sus responsabilidades, pero él las sentía como una soga alrededor del cuello. La primera punzada le había llegado cuando el mayordomo principal de su padre había seguido su rastro hasta Gales y había esperado pacientemente durante tres días, mientras Eduardo maldecía y lo enviaba al infierno. Hugh Poucher, de Lincolnshire, era un hombre de cabellos blancos que seguramente ya no cumpliría los sesenta, aunque no resultaba posible asegurarlo. El nervudo mayordomo mantenía una expresión de profunda irritación, casi de dolor, como si llevara un tiempo con una avispa en las encías y algún día hubiera de escupir aquel bicho ponzoñoso. Poucher había soportado la ira tempestuosa de Eduardo en despreciativo silencio, hasta que por fin el joven gigante había accedido a escucharle.

Heredar el título de su padre le había supuesto a Eduardo docenas de propiedades, además del personal y los arrendatarios correspondientes, que sumaban varios cientos de personas, o incluso millares. Su padre había controlado de cerca aquellas posesiones y los hombres que las gestionaban entendían perfectamente los límites de su propia autoridad, por lo cual, temiendo perder su fuente de sustento, no la sobrepasaban ni un ápice. Aquel era un trabajo que Eduardo ni deseaba ni apreciaba, aunque sí le gustaba la bolsa de nobles de oro que Poucher había traído consigo.

Junto con el hombre de su padre llegaba el deber, y eso le oprimía el pecho y lo constreñía con tantas asfixiantes leyes y normas y razones para mantenerse sobrio. Eduardo podía haber despedido a Poucher, claro está. A punto había estado de hacerlo al enterarse de que aquel hombre había reunido a un grupo de contables de las propiedades más cercanas para que asistieran y educaran a su joven señor. Aquella camarilla de escribanos acompañaba ahora a Eduardo allí donde fuera, todos con los dedos manchados de tinta y cargados de rollos atados con cuero y cera. Siempre había alguna cosa más que Eduardo debía leer, no importaba cuántas veces se marchara de estampida, junto con su mastín y algunos de sus más rudos caballeros, para pasar unos días cazando. Cuando por fin accedía, a medida que leía empezaba invariablemente a pensar en otras cosas, con frecuencia en su padre y su hermano Edmundo.

Eduardo había visto antes cabezas ensartadas, muchas veces. No debía hacer un gran esfuerzo de imaginación para visualizar a su padre, reblandecido y pudriéndose en los muros de York. Él tenía a casi tres mil hombres a su lado, y la ciudad de York quedaba cerca. Algunas veces, sus correrías de caza le habían llevado a poca distancia de la ciudad, y entonces se preguntaba si podría acercarse rápidamente a los muros o si le tendrían preparada una trampa para apresarlos. En sus más íntimos pensamientos, en ocasiones deseaba tener junto a él a Richard Neville. Richard también había perdido a su padre a causa de la venganza de la reina. Warwick sabría qué hacer.

Algunas mañanas, Eduardo se despertaba con la firme determinación de asaltar York y recuperar la cabeza de su padre. Pero cuando había vaciado la vejiga, roto el ayuno nocturno y maldecido a Hugh Poucher por traerle nuevas cuentas para revisar, el temor le invadía de nuevo. Ricardo de York había sido astuto y poderoso. Sin embargo, ahora su cabeza miraba boquiabierta desde los muros de piedra. La muerte de su padre le había robado a Eduardo gran parte de su presuntuosa confianza, a pesar de sus esfuerzos por ocultar aquella pérdida tras las groserías y el mal genio. Sabía que los hombres hablaban con cautela a su alrededor y que su comportamiento nacía de su propio miedo, pese a lo cual solo empeoraba las cosas cada vez que trataba de mostrarse amigable, pues de inmediato empezaban las patadas a las mesas o las peleas de borracho, en las que noqueaba a algún hombre de un solo puñetazo.

El camino a la casa señorial era largo, por lo que los caballeros de Eduardo formaron una sólida columna, con los hombres de tres en fondo. Los terrenos estaban bien cuidados y la vegetación se había cortado convenientemente para el invierno, de modo que cada árbol y arbusto todavía mostraba las marcas blancas de una poda implacable. Volvió entonces a oír la voz de su padre, murmurando el antiguo dicho jardinero: «El crecimiento sigue al cuchillo». Eduardo se preguntó si ella seguiría allí o si se habría ido a otra casa y cerrado esta.

Isabel era otro de los motivos recurrentes en sus divagaciones, sobre todo cuando se hallaba en lugar cálido y tenía los sentidos agradablemente nublados por la bebida. Recordaba aquellos gruesos párpados, mirándole. Cuando rememoraba su primer encuentro, él siempre la recogía en su caída, tanto es así que casi creía haberlo hecho. Resultaba sorprendente que pensara tan a menudo en ello.

La casa tenía vigas de madera y un sólido aspecto; el hogar de un caballero con una familia de buen nombre, pero con una fortuna quizá limitada. Había costado bastante encontrar el lugar, incluso aduciendo el pretexto de que se trataba de devolver un perro a su dueño. Eduardo desmontó mientras hojas largo tiempo muertas revoloteaban por el patio de piedra, frente a la puerta principal. Sus hombres desmontaron con él, o bien se alejaron al trote para reconocer los alrededores. No habían recibido orden de hacerlo, pero para entonces ya conocían de sobra los furiosos arrebatos de Eduardo y trabajaban con diligencia para evitarlos.

La puerta principal conducía a un patio interior, visible a través de una verja. Eduardo hubo de aporrear la madera con el guante de malla antes de que un sirviente acudiera corriendo a responderle, la primera señal de vida que había visto en aquel lugar. El viejo echó una mirada a las rosas blancas de York en los blasones y escudos, y, con súbita urgencia, empezó a llamar a su señora y a batallar con los grandes cerrojos de hierro para abrir la puerta.

Cuando el anciano por fin consiguió abrir, su señora ya estaba allí. No tenía los cabellos desgredados y enmarañados, ni había en ellos hojas enganchadas o telarañas pegadas. El cambio le sentaba muy bien, y Eduardo notó que, efectivamente, había un matiz rojo en el oscuro dorado del pelo. Lo cierto es que este parecía tener más

colores de los que él podría reconocer, y los ojos también mostraban un tono pardo-rojizo. Su figura tenía la carne conveniente y su cintura...

—¿Habéis traído a mi perro? —preguntó, cansada de su silencioso escrutinio—. ¿El que me robasteis?

La puerta se había deslizado hasta quedar abierta, así que ya no había barrera entre ellos. Eduardo se adelantó y con el brazo la enlazó por la cintura. Había planeado aquel momento en sus sueños y fantasías diurnas. La atrajo hacia sí, le plantó la otra mano en los omóplatos e hizo que su espalda se arqueara al tiempo que se inclinaba sobre ella. Isabel permaneció rígida mientras él la besaba, un beso en el que sus dientes chocaron, lo que les arrancó a ambos una mueca de dolor. Tras ellos, en el patio, un niño comenzó a llorar. Cuando Eduardo la liberó, Isabel Grey, ruborizada y estupefacta, se llevó la mano a los labios, como si esperara encontrarlos manchados de sangre.

—Sois... el mayor grosero que he conocido en mi vida —dijo ella.

Eduardo percibió un brillo en los ojos de ella, a pesar de su tono escandalizado. Había sentido cierta blandura en su boca y, con petulante satisfacción, observó que un creciente rubor invadía la piel de Isabel. Esto era algo que los hombres débiles, los hombres de menor talla, nunca conocerían, pensó con regocijo. Sin ese conocimiento, nunca llegarían a entender de verdad a una mujer hermosa. Aquellos perros podrían gimotear y quejarse, o imitar su comportamiento, o incluso decir que él era un canalla o un hijo de Satanás, pero Eduardo había percibido el interés de ella y sabía que era algo real. Se quedó mirándola un largo rato, empapándose en su imagen.

Al ver que Eduardo no contestaba, Isabel miró tras él, hacia donde estaba su perro, al que sujetaban suavemente con una cuerda. Silbó y el animal prácticamente arrastró al hombre que lo sujetaba hasta llegar a ella. Ciertamente, aquel hombre no había tenido elección en el asunto. Eduardo se volvió a mirar los brincos y arremetidas del mastín y entornó los ojos.

—Si tan fácilmente acude a vos, ¿por qué dejasteis que me lo llevara?

—Estaba aturdida por la caída. Había allí un gigantón bruto y maleducado que me dejó caer. Quizá lo recordéis.

—Esperabais verme de nuevo —dijo él sonriendo malévolamente.

Isabel puso los ojos en blanco.

—De ninguna manera. Pensé que si llamaba al perro podríais poneros tan violento como vuestro aspecto parecía presagiar.

Eduardo lanzó un bufido. No hizo el menor esfuerzo por ocultar sus emociones y, con la cándida sinceridad de un niño, dejó que estas le asomaran al rostro.

—Es que soy un hombre violento, milady. Lo he sido y lo seré. Pero no con vos. Cuando pienso en vos, soy más blando.

—De nada me servís entonces, Eduardo de York.

Eduardo parpadeó al oír aquello y, ruborizado, trató confusamente de articular una respuesta.

—¿No os sirvo...? Perdonad, ¿que a vos... qué?

El niño lloró de nuevo y del rostro de Isabel desapareció la sonrisa oblicua y burlona que había esbozado.

—Me llaman, Eduardo.

—Mi nombre está en mis estandartes —dijo él—. Yo también sé el vuestro: Isabel Grey.

—Sí, ese es mi nombre ahora. Esposa de Grey y madre.

Lo miró largo rato, los ojos serenos mientras sin prisa tomaba una decisión. Su marido era un hombre decente, pero con él nunca había sentido un estremecimiento de deseo como el que aquel buey la había hecho sentir con solo un torpe abrazo. Se ruborizó intensamente, consciente de su coqueteo.

—Venid a verme de nuevo, Eduardo. Sin vuestros hombres, quizá.

Antes de que él pudiera hacer otra cosa que mirarla, Isabel, con un revoloteo de faldas, se había dado la vuelta y había desaparecido. El anciano que había abierto la puerta miró con reverente admiración a Eduardo, y después, durante un rato, observó con idéntica fascinación sus botas.

—Esto... ¿Debo... llevarme al perro, milord? Mi señora al final no ha dicho nada.

—¿Cómo? Ah.

Eduardo miró al mastín blanquinegro, que había decidido tumbarse boca arriba y golpear al aire con una pata trasera, sin mostrar el menor síntoma de preocupación. Se dio cuenta de que el perro lo observaba.

Eduardo suspiró. Cuando la puerta se había cerrado tras Isabel, había sentido que dentro de él algo se alteraba, que una tensión hasta entonces desconocida no dejaba de forcejear descontroladamente en su interior. Al principio, las responsabilidades de su padre habían supuesto una carga. Ahora, algo se había sellado o atado en su alma y eso había cambiado. Había cosas que debía hacer y que nadie más podría hacer por él. Eran responsabilidad suya, y se dio cuenta de que no sentía su peso, sino la fuerza necesaria para llevarlas a cabo. Comprendió de pronto que la fuerza provenía justamente de la carga. Era toda una revelación.

Por primera vez podía recordar, y sintió una punzada de culpabilidad por algo que había hecho. No importaba que Isabel hubiera dado claras muestras de que lo aceptaba. Perseguir a una mujer casada se situaba al mismo nivel que emborracharse hasta la inconsciencia, o que pelear con los puños desnudos contra los herreros, hasta herirse de tal modo que ninguno de los contendientes se tuviera en pie. Eduardo emitió un gruñido casi inaudible, irguió la cabeza y respiró profundamente. Se vio a sí mismo como un niño que huía de sus obligaciones, y se sintió avergonzado.

Miró hacia el sur, más allá de la casa y los árboles. Imaginó a la reina Margarita y a todos sus insignes lores levantando copas de vino y felicitándose por las victorias obtenidas. Todavía sentía que dos fuerzas opuestas tiraban de él: una le llamaba al sur para ajustar cuentas, mientras que la otra, la humillación sufrida por su padre, le

retenía en el norte. La primavera se acercaba. ¿Cómo iba a dejar el norte con la cabeza de su padre allí? ¿Y cómo no iba a dejarlo, si sus enemigos seguían vivos?

—Sí. Lleváoslo —le dijo al viejo, que, con ojos muy abiertos, esperaba nervioso por los silencios de aquel hombre enorme—. Voy a ausentarme durante un tiempo, así que debería quedarse con su ama. Dadle una rosada pata de carnero frío. Le gusta.

—Espero que tengamos oportunidad de volver a veros, milord.

Eduardo bajó la vista y sonrió. No es que su aflicción se hubiese desvanecido. Lo que sucedía, simplemente, era que la pena ya no podía hurtarle su vigor y destrozarlo en un abrir y cerrar de ojos. Sabía que su padre lo observaba y que había una deuda que debía saldarse. Sus pensamientos eran claros y ahora respiraba de forma lenta y tranquila.

—Quizá, si sigo vivo. Y si vos vivís. Para quien haya visto tantos inviernos como vos, supongo que cada nuevo día es una bendición.

El anciano parpadeó sin saber muy bien cómo responder, mientras Eduardo daba media vuelta y regresaba altivamente hacia donde le sujetaban el caballo. Sus capitanes, que lo habían visto y oído todo, tenían la sensación de que algo había cambiado, incluso los caballos se agitaban inquietos, deseosos de partir.

—¿Milord? —le abordó uno de ellos.

—Que los hombres levanten el campamento —dijo Eduardo—. Ahora estoy listo. Alzaré mi voz en nombre de York. Y seré escuchado.

Uno de los que estaban cerca de Eduardo se santiguó en un acto reflejo, mientras que a otro un escalofrío le recorrió el espinazo. De nuevo se encaminaban a la guerra. Todos aquellos hombres habían estado presentes en la batalla de Mortimer's Cross, en la que el sol había salido por tres sitios distintos y creado sombras inverosímiles. Habían visto la arrogante figura de Eduardo mientras, con la espada desenvainada, recorría aquel campo de cadáveres, con la cabeza descubierta y la armadura roja, enloquecido por el dolor. Todos sus capitanes y caballeros sabían de lo que era capaz y lo miraban con el ánimo sobrecogido.

No quedaba comida en el campamento de la reina, ni siquiera un trozo de anguila o de perro que pudieran llevarse a la boca aquellos quince mil hombres, sino tan solo unas gotas de agua salobre para humedecerse la garganta. El último resto comestible se había consumido antes del enfrentamiento de San Albano o bien en cuanto habían divisado los muros de Londres. Cuando los hombres miraban hacia la capital, los estómagos tronaban y rugían con solo pensar en los sustanciosos estofados de invierno, las sopas, los púdines y las patas de dorada carne girando lentamente en los espetones de las tabernas, regadas con sus propios jugos.

Durante horas, los hombres que Margarita había traído al sur permanecieron en pie o sobre sus monturas en confusa y susurrante inmovilidad, anonadados por la sola idea de que el rey hubiera de esperar como un mendigo. Margarita no les había ordenado descansar ni que se pusieran cómodos, por lo que no se habían descargado las tiendas de los carros ubicados en la retaguardia, ni tampoco se permitía sentarse a los hombres. Aquellos que decidían hacerlo sin preguntar recibían la furibunda reprimenda de los sargentos, quienes con la cara encendida los arrastraban hasta ponerlos de nuevo en pie.

Mientras el sol tocaba el horizonte y bañaba con luz dorada las murallas, Margarita aceptó las peticiones de los capitanes y permitió que los hombres salieran a cazar, o incluso que cogieran comida de los pueblos más cercanos a la ciudad, hasta una distancia de un día a caballo. La reina dejó bien claro que debían ser partidas pequeñas, de solo una media docena de hombres cada vez, pero lo cierto era que se hallaban en una situación absolutamente desesperada. Si las puertas seguían cerradas, el hambre obligaría al ejército a moverse. Margarita no sabía lo que podía ocurrir después, una vez que se le hubiera negado a la expedición real el acceso al poder y la riqueza de Londres. Nunca había ocurrido semejante cosa.

Derry Brewer había estado ocupado desde su llegada, trabajando con Somerset, pues ambos habían aparcado sus diferencias ante una necesidad mayor. Juntos, habían decidido enviar una delegación formal a las puertas para exigir que se franqueara la entrada al rey. No se había encontrado el sello real, pero Somerset, mostrando claros signos de frustración, redactó una docena de cartas con su propio sello. Derry envió otro tipo de mensajes, escritos o hablados. Decidió confiar en rutas menos conocidas y enviar a varios golfillos a otros puntos de la muralla, allí donde los guardas quizá no se dieran tanta importancia.

No podía aducirse que Londres no hubiese visto al ejército que acampaba fuera de sus muros. Ni Margarita ni sus lores lograban entenderlo. Ellos eran quienes habían vencido a York. Eran los Lancaster, que venían a recobrar su lugar. Sin embargo, no podían poner un pie en Londres, y nerviosos soldados los vigilaban con los arcos en los hombros, como si tuvieran delante una invasión extranjera o de nuevo a los

rebeldes de Jack Cade.

La petición formal de entrada a Londres fue subida con cuerdas y desapareció dentro de la ciudad. Somerset, otra vez en su montura, esperaba en la primera fila, seguro de que las puertas se abrirían. A su derecha, el sol de invierno empezó a desaparecer. Su caballo rascó con una pezuña en el camino, pero sin avanzar. La capital del reino de Enrique no podía dejar que el rey y la reina se congelaran a la intemperie. El joven duque esperaba con sus portaestandartes claramente destacados en el camino, listos para picar espuelas y ser los primeros en cruzar aquellas puertas en el momento en que se abrieran. La luz se difuminó rápidamente y el frío se hizo más áspero a medida que la oscuridad aumentaba y la luna asomaba, baja en el horizonte.

Somerset notó que estaba temblando dentro de la armadura. Empezó a moverse, sacudió la cabeza con un crujido metálico y se encorvó un poco para relajar los doloridos músculos.

—Buscad un lugar para dormir —dijo con crispación a sus hombres—. Esta noche no abrirán las puertas. Mañana será otro día. Así se pudran todos ahí dentro.

Hizo girar al caballo y retrocedió al trote, hacia donde se había formado un campamento improvisado en el camino mismo. El terreno que los rodeaba, blando y pantanoso, tampoco era precisamente el más favorable para la expedición real. Un hombre que permaneciera allí de pie podría ver cómo, en cuestión de minutos, un agua verde se filtraba desde la tierra y le cubría las botas. Estaba claro que sobre aquel cenagal no podían dormir, por lo que se vieron obligados a apiñarse en cada espacio seco del camino y a ocuparlo en una longitud de kilómetros. Resultaba de lo más enojoso, pero nadie había imaginado que pudieran dejarlos fuera de la ciudad.

Tal como Derry había esperado, se le llamó a presencia del rey Enrique tan pronto Somerset renunció a su furiosa espera a las puertas de la ciudad. Derry no estaba del todo seguro de que el rey supiera por qué se habían detenido, pero a Margarita se la llevaban los demonios. La reina no dejaba de caminar arriba y abajo por una estrecha franja de camino, entre dos carros que se habían traído para darle protección. Se había extendido un toldo, bien tirante entre ambos carros y sujetos sobre unos palos, por si acaso comenzaba a llover. También se habían traído antorchas y un brasero de los utilizados por los artilleros, por lo que había allí una tenue luz dorada. Derry se agachó para pasar bajo la cubierta de tela y esperó a que un guardia lo reconociera antes de seguir adelante. Todos estaban un poco nerviosos esa noche, así que no había que exponerse a recibir una cuchillada en las costillas por cruzar sin aviso el puesto de guardia. Derry vio que un niño al que conocía le buscaba y chasqueó la lengua para llamar su atención. Uno de los guardias reaccionó lo bastante rápido como para agarrar al muchacho en su carrera hacia Derry. El jefe de espías se acercó de inmediato.

—Mío —murmuró—. Es uno de los míos. Fuera esas manos.

—Os gustan los muchachos, ¿eh? —replicó el guardia, encrespado.

Veinte años antes, Derry hubiera apaleado al guardia hasta hacerlo hincar la rodilla. Ahora estaba cansado y tenía ya más de cincuenta años; llevaba una larga campaña a sus espaldas y rezumaba ira por aquel bloqueo de última hora. Pero, de pronto, todo eso le trajo sin cuidado. Agarró al guardia y, con una lluvia de porrazos secos y cortos, lo hizo retroceder tambaleándose hacia el sorprendido grupo presente en la tienda de la reina. Durante un instante, Derry actuó como si estuviera solo, lanzando golpes cruzados contra la cabeza bamboleante del hombre y alternando entre estrangulamientos y puñetazos en la nariz y los labios. Nadie le detuvo, y, cuando finalmente soltó al guardia y lo dejó caer, Derry se dio la vuelta y se encontró con la mirada de Clifford y Somerset. Lord Clifford parecía claramente perturbado, mientras que Somerset se reía y negaba con la cabeza, divertido.

El niño mensajero ya abría la boca para regodearse cuando percibió el silencioso escrutinio de la reina Margarita. En aquella tienda improvisada entre dos carros, su marido estaba sentado a un lado, con la cabeza baja, ya fuera porque dormía o porque rezaba. El pilluelo de Londres cerró de golpe la boca y permaneció callado, observando las losas del suelo.

—Fuera, muchacho —dijo Derry, jadeante, dándole un golpecito a su empleado con la mano dolorida.

Los nudillos se hincharían y se pondrían negros a la mañana siguiente, de eso estaba seguro. Pero, Dios, qué bien le había sentado. Sin mirar siquiera al guardia cuando hubo de pasar sobre él, salió medio arrastrando al muchacho a la oscuridad exterior.

—Espero que tengas algo bueno para mí después de lo que ha pasado ahí dentro —dijo Derry inclinándose hacia el joven—. ¿Y bien? ¿Qué has descubierto?

El niño, todavía emocionado por haber presenciado una paliza de verdad, sonrió admirativamente al jefe de espías de la reina.

—He hablado con Jemmy. Él me ha ayudado a entrar.

Derry adelantó el brazo y, con un rápido movimiento, le dio un coscorrón en el cogote. No estaba de humor para historias y sabía perfectamente que había cientos de sitios por los que alguien ágil podía reptar para introducirse en la ciudad. Él mismo había hecho uso de uno o dos de aquellos lugares, cuando era más joven y las rodillas no se le quejaban tanto.

—¿Por qué están cerradas las puertas?

El muchacho, escocado, se frotó el cogote. Su buen humor se había esfumado tan rápidamente como había venido.

—Todos tienen miedo de los perros del norte y los *selvajes* que comen niños.

—Salvajes —dijo Derry.

—Eso. El alcalde y los *concejables*.

—Concejales —murmuró Derry mientras el muchacho proseguía.

—Esos. Había una *muchelumbre* o *conlocatoria*, con muchos mercaderes y gente rica. Le dijeron al alcalde que le sacarían los hígados si tenía en *porpósito* abrir las

puertas. Así que él se quedará allí sentado, sin hacer *ná*.

—¿Has visto al alcalde? —preguntó Derry—. ¿Podría darle unas palmaditas en la espalda?

El muchacho, que sabía que la expresión se refería a matar a un hombre, encogió bruscamente los huesudos hombros.

—Puede ser, pero toda la ciudad tiene miedo de vuestros perros *selvajes*. Hace un mes que todo son cuentos de violaciones y *asesinaciones*. Pues veréis... —El muchacho sabía que Derry no quería oír lo que tenía que decir. Derry lo miró frotarse la nariz y sorber, reuniendo valor para continuar—. Pues veréis... Todos tienen miedo. Cualquiera que se acerque a una puerta se va a ganar un cuchillo en la espalda.

—El propio rey de Inglaterra... —dijo Derry, levantando incrédulo una mano.

El muchacho titubeó.

—Como si fueran Dios y todos sus santos los que estuvieran aquí afuera. Nadie va a entrar. Na-die. No hasta la primavera.

El muchacho vio que el jefe de espías tenía la mirada perdida y extendió la mano. Derry se llevó la suya al bolsillo y contó algunos peniques y diminutos cuartos de penique plateados. Puso unos cuantos entre los ansiosos dedos del muchacho, sin darse cuenta de la creciente sonrisa provocada por las monedas de más.

—Esta es muy rara —dijo el mensajero, sosteniendo la moneda en alto—. Tiene un dibujo diferente.

Derry se fijó y vio que era un penique escocés. El muchacho tenía buen instinto, ya que la moneda solo tenía dos tercios de plata. Se preguntó si los acompañantes escoceses de Margarita la habrían deslizado en las ganancias de otra persona.

—Aquí va otra mejor —dijo con un penique inglés en la mano—. Ahora desaparece. Espero que puedas gastarlo en la ciudad.

—Yo puedo hacerlo si quiero. Pero vuestros caballeros tan importantes no pueden. Ellos tendrán que quedarse aquí.

—Vete —dijo Derry inclinándose ya para regresar al aire viciado por el humo y el sudor y las emanaciones de demasiados cuerpos apretados en tan reducido espacio.

Otro guardia, que había ido a sustituir al anterior, le lanzó una fría mirada. El murmullo de conversaciones se desvaneció al tiempo que los de dentro levantaban la vista, recordando de pronto que quizá Derry Brewer tuviera alguna información. Somerset arqueó las cejas e incluso Clifford se guardó sus pensamientos para sí mismo.

—¿Y bien, Brewer? —dijo Somerset—. ¿Qué noticias hay? ¿Son todos unos traidores, entonces, los que están tras esas puertas? ¿He de traer los cañones que le arrebaté a Warwick y destrozaron los muros de nuestra querida capital?

En respuesta al ácido tono de Somerset, Derry esbozó una sonrisa no menos amarga y negó con la cabeza. Había hablado con media docena de muchachos y leído dos cartas que le habían llegado clandestinamente. Todas las fuentes decían lo

mismo. Pero, en este caso, saber que contaba con la información correcta no le producía ninguna alegría, no si eso significaba que tenían vedada la entrada a Londres.

—Majestad, reina Margarita, milores. Mi opinión es que nos enfrentamos al temor más que a la acción de traidores o aliados de York. Los londinenses tienen miedo a este ejército, miedo a que corra libremente por sus calles. Han oído muchas historias y han visto la *columna nubis*, las columnas de humo, milord Somerset. —Derry hizo una pausa para aumentar el énfasis y Somerset bajó por un instante la mirada—. Lo único que ve el alcalde es otro ejército vociferando para que le dejen entrar, y ya ha oído a demasiadas familias hablar de los norteños salvajes y los escoceses de piernas desnudas. Es un hombre de poco empuje, no cabe duda, pero no creo que sea un traidor que se haya pasado al bando de Warwick.

—¿Entonces se puede confiar en el honor de este alcalde? —preguntó Margarita de pronto. Somerset, que iba a decir algo, bajó la cabeza y cedió el protagonismo a la reina—. ¿Qué sugerís vos, maese Brewer?

—La ciudad teme a nuestros soldados, milady. Yo alejaría al ejército dos o tres kilómetros y dejaría tan solo una pequeña tropa de guardias y lores que acompañaran al rey Enrique. Existe la posibilidad de que el alcalde sí que abra las puertas a...

—¿Ese tendero gordo? —interrumpió lord Clifford—. El alcalde ya ha tenido la desfachatez de desoír las órdenes y la autoridad del rey Enrique. ¡Ha visto perfectamente los estandartes reales! Mi opinión es que llevemos los cañones hasta delante de las puertas. ¡Que vea las consecuencias de su traición!

Un clamor apoyando la propuesta se levantó en aquel pequeño espacio. El mero hecho de haberle negado la entrada al rey todavía resultaba escandaloso para todos. Al menos, había algo satisfactorio en la imagen de la entrada de Moorgate hecha pedazos. Disponían de las armas para llevar a cabo esa acción, las mismas que las fuerzas de Warwick habían abandonado en el campo de la batalla. Sería casi poético.

Derry se aclaró la garganta antes de volver a hablar. Miró al rey Enrique durante una fracción de segundo, para asegurarse de que no intervendría en la discusión. Enrique seguía inmóvil y en silencio, aunque se retorció los dedos contra los muslos.

—Milady, tal vez lord Clifford no ha considerado plenamente cómo el uso de cañones contra los muros de Londres sería juzgado en el resto del país —dijo Derry con rostro tenso y la mirada clavada en la reina—. Con un poco más de reflexión, lord Clifford quizá habría de admitir que eso debilitaría la autoridad del rey Enrique, casi más que cualquier otra cosa imaginable. Podría valer como último recurso, pero esos muros tienen un espesor de tres metros y medio, y además están reforzados con hierro.

Clifford emitió un bufido y Derry prosiguió con rapidez antes de que pudiera interrumpirle de nuevo.

—No quiero decir que no vayan a caer. Solo que llevará tiempo. Si traemos un cañón, los artilleros quedarán expuestos a los arqueros de la muralla, y también a

cualquier cañón que ellos pudieran subir a la pasarela y a los afustes allí emplazados. Después de todo, esos cañones largos proceden de las fundiciones de Londres. Con la altura, pueden igualar nuestro alcance de disparo, e incluso superarlo por mucho.

Derry dejó que la idea calara entre los presentes. Aparentemente, había enfriado un tanto la oleada de ira.

—Por tanto, antes de empezar a aporrear la puerta como borrachos, deberíamos considerar otras posibilidades para entrar. El alcalde temerá algún tipo de traición por nuestra parte, un truco o una trampa, o simplemente algún castigo terrible después de que haya abierto la puerta para dejarnos pasar. Nos dará largas y discutirá y enviará cartas y luego responderá a las nuestras. —Derry inclinó la cabeza en dirección a Margarita—. Sospecho que aceptará vuestra garantía de que no habrá represalias, milady. Por lo que recuerdo del alcalde, milord Clifford lo ha descrito bien. Richard Lee no es un guerrero. Seguramente, en estos momentos está sudando de puro terror. Solo tenemos que mostrarle una salida del atolladero y él la tomará.

Derry no precisaba recordar a los presentes las sombras que se cernían sobre ellos. Habían derrotado a Warwick en una batalla, pero su ejército no había sido destruido, sino solo herido y puesto en fuga. Aquel hombre se hallaba en algún lugar, en los bosques o valles, lamiéndose las heridas como cualquier otro perro salvaje. Derry se frotó los ojos y pensó que ojalá pudiera dormir. Warwick habría supuesto que marcharían directamente a Londres. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el conde descubriera que todavía estaban en el camino, con la familia real entera expuesta a un ataque?

Más allá de esa preocupante perspectiva, lo cierto es que aún había otro ejército más y otro hijo iracundo ahí afuera, en la oscuridad. Derry había esperado que el rey y la reina pudieran hallarse a salvo tras los muros de Londres cuando Eduardo de York se uniera a Warwick. El jefe de espías no se había dejado llevar por la falsa sensación de victoria. Eso no era posible mientras la cuenta con aquellos dos hijos tan poderosos no estuviera saldada. Quedaban dos estacas vacías en la entrada de Micklegate Bar, en los muros de York. Mientras no estuvieran ocupadas, Derry sospechaba que no conocería el verdadero descanso.

La salida del sol trajo nuevos intercambios de cartas y furiosas demandas, todas ellas ignoradas por el alcalde y sus concejales. Como principal magistrado de la ciudad, el alcalde era experto en leyes y tradiciones. Pero ninguna de ellas le daba derecho a denegar la entrada al rey, y Derry sospechaba que el hombre ya se arrepentía de haber dejado que aquella situación imposible siguiera adelante. Tal como estaban las cosas, incluso si las agitadas multitudes de la ciudad se retiraban para que las puertas pudieran abrirse, el destino próximo y definitivo del alcalde sería sin duda la Torre, y su muerte sería cuestión de días. El pueblo de Londres constataría claramente la cólera que habían generado en el ejército y en los lores que esperaban afuera. Pero

ahora, cada hora de espera les hacía imaginar peores represalias, así que mantenían las puertas cerradas.

Por la tarde, heraldos reales cabalgaron hasta las enormes puertas y aporrearon el hierro con bastones, pero hubieron de dar media vuelta al no obtener respuesta. Se había recogido un poco de comida en Chelsea y otros pueblos de la zona, demasiado alejados de Londres como para haber tenido noticia del ejército antes de que los soldados aparecieran y saquearan sus almacenes de invierno. Aun así, con aquellas magras raciones solo podían alimentarse unos cientos de hombres. Para la gran mayoría de los quince mil soldados, aquel era su segundo día sin comer, pero ya antes no eran más que pellejo y huesos. Cuando el sol se puso de nuevo, la situación se había hecho por completo desesperada. Todos se morían de hambre.

Durante la segunda noche, los congregados en torno a la reina no mostraban tanta energía y jactancia como en días anteriores. El hambre les pasaba factura a todos, si bien Clifford parecía haber comido bastante bien, gracias a algún suministro privado que había decidido no compartir. Derry perjuraba que podía ver una mancha de grasa en las mandíbulas del barón y quería estrangularle. Todos tenían el genio desabrido.

Margarita se paseaba adelante y atrás, tres pasos cada vez, mientras calibraba sus opciones. El cabello le rozaba en la tela de la tienda con un sonido similar a una voz susurrante. Por fin había dejado de llover. Esa era la única bendición, aunque allí, en Inglaterra, sin duda la lluvia de invierno no tardaría en presentarse de nuevo.

—Caballeros, milores. Para quienes pasan hambre, las opciones son pocas —dijo Margarita.

Derry advirtió que tenía un puño cerrado bajo la larga manga del vestido. La tela estaba tan manchada y polvorienta como la chaqueta de cualquier soldado, y la reina temblaba; si la causa era el frío o la falta de alimento, Derry no lo sabía.

Margarita se detuvo de pronto y se encaró con todos. Su esposo estaba allí, como símbolo visible del poder que la asistía, pero lo cierto era que Enrique no influía en absoluto en el control que ella ejercía sobre los presentes. Desde el ceñudo y barbado lord escocés Andrew Douglas, bien ceñido en su túnica y manto, hasta Somerset, el conde Percy, Clifford, Derry Brewer y los que se apiñaban afuera en la oscuridad, todos estaban allí porque ella los había traído a aquel campo y a aquella estrecha franja de camino. La decisión le correspondía únicamente a Margarita, y Derry observaba con interés el modo en que la miraban, como hombres que se calentaran las manos al fuego. Su belleza también tenía algo que ver en ello, desde luego. Los hombres siempre se han quedado atontados ante una cara bonita. Con todo, algunos de los presentes habían conocido a Margarita durante la mitad de su vida, y ni un solo año de ese tiempo había transcurrido en paz. La reina se había visto amarrada a una piedra de molino que giraba y giraba, y en ella se había dejado la sangre. La lucha, sin duda, la había endurecido, pero lo mismo había ocurrido con todos los demás a lo largo de aquellos años de guerra.

—Los que cobardemente se amparan tras las puertas de la ciudad son unos

traidores o unos estúpidos —dijo Margarita. Su voz sonaba tenue y suave en aquel reducido espacio. Los lores estiraban el cuello para oírlos—. Sean una cosa o la otra, no podemos quedarnos aquí. Los hombres enferman. Están en los huesos después de tantos esfuerzos, y no hay comida para mantenerlos sanos. Pronto empezarán a morir a nuestro alrededor. O bien Warwick y York descubrirán que estamos aquí, atrapados delante de las murallas, y entonces caerán sobre nosotros con fuego y hierro. Por tanto, las órdenes de mi esposo son que marchemos hacia el norte, a Kenilworth y otras tierras más favorables, pero antes a ciudades en las que podamos hallar alimento y reponer fuerzas.

Nadie discutió la voluntad del rey, expuesta por mediación de su reina. Los ojos de Margarita tenían un brillo antinatural, como si en ellos ardieran la fiebre o las lágrimas. Derry percibía su frustración y su corazón estaba con ella, aunque a él le invadía idéntico sentimiento. ¡Habían ganado! Y ahora, cuando apenas estaban a un paso de hallarse sanos y salvos, los habían dejado allí fuera, en el frío y la oscuridad.

Los días eran todavía cortos en febrero. La cubierta de la tienda se agitaba sobre sus cabezas, y empezaba a oírse de nuevo el repiqueteo de la lluvia, lo que hizo que todos miraran hacia arriba. Derry notaba cómo la luz se iba atenuando a su alrededor, algo muy en consonancia con el ánimo reinante de humillación, agotamiento y desesperanza. Circuló la orden de levantar el campamento y prepararse para marchar al alba, una vez más sin comida con la que comenzar el día.



Warwick le resultaba difícil reconciliar la imagen del Eduardo que él recordaba con la de aquel gigante barbudo que tenía enfrente, vestido con una túnica tachonada de bronce, unas calzas de espesa lana y las botas de la armadura. Con gozosa brusquedad, Eduardo adelantó los brazos y dio a Warwick una palmada en el hombro con su enguantada manaza; cada centímetro de su cuerpo estaba cubierto por una gruesa capa de suciedad y apestaba a caballo y a noches pasadas en el camino.

Había escasos signos de civilización en el joven duque de York mientras frenaba su montura. Warwick, al verlo desmontar con tal facilidad y gracia, no pudo evitar sentirse viejo. En tierra, ambos se abrazaron brevemente, prefiriendo mostrarse reservados antes que arriesgarse a abrir la puerta al dolor. La conciencia de lo sucedido estaba allí, en ambos: la última vez que se habían visto, sus padres estaban vivos.

A su alrededor, el ejército de York, menos numeroso, preparó el campamento para su noble capitán, un papel del que Eduardo parecía disfrutar mientras silbaba o gesticulaba para dar las órdenes. Warwick, al mirar aquella negra barba y los ojos hundidos, pensaba que su dueño podría haber sido perfectamente un bandolero o el jefe de una horda guerrera. Estaba seguro de que Eduardo era capaz de mostrar gran ferocidad. Las historias sobre el hijo guerrero de York habían comenzado ya a circular, contadas y recontadas en los pueblos al calor de millares de chimeneas. Sin duda, los relatos iban adornándose cada vez más, pero, aun así, Warwick no pudo reprimir mirar la espada que Eduardo llevaba en el costado. Los rumores decían que se había partido por la mitad a causa de un espadazo tremendamente violento. Otras historias aseguraban que al romperse había sonado como el tañido de una campana, justo cuando había llegado la noticia de la muerte de su padre.

—Me llena de alegría volver a veros —dijo Warwick con lúgubre satisfacción—. Os doy las gracias por habernos librado de los Tudor.

Warwick, de pie frente a Eduardo, se veía obligado a mirar hacia arriba. Le resultaba extrañamente irritante, pero eso no significaba que hubiera mentido. La desastrosa derrota en San Albano había mermado en cierta medida su confianza. De pronto, su ejército de ocho mil hombres no parecía suficiente para lo que se avecinaba, al menos tras haber pasado por aquello. Sabía que le habían superado en la lucha; peor aún, que le habían superado en la estrategia hasta hacerle parecer un estúpido. Todavía enrojecía al pensarlo, así que su ánimo se sentía reconfortado al ver que aquellos tres mil hombres de Eduardo se unían a los suyos.

En aquel momento, Warwick decidió que no pondría su propia dignidad por encima de todo. Ciertamente, Eduardo era más joven y menos experimentado, aunque su rango fuera mayor. El joven duque no esperaría comandar el grueso de las fuerzas. En justicia, Eduardo se situaba justo detrás del duque de Norfolk en la asunción de tal

honor, pero Warwick se juró no humillarlo. Existían muchas formas en que podría hacerlo, pero Warwick estaba resuelto a incluir al hijo de York en todos los planes futuros, para honrar al padre de Eduardo, pero también para preparar al joven.

El hecho de que los hombres de Eduardo hubiesen ganado su batalla influía en la decisión de Warwick. Esa victoria se hacía patente en el comportamiento y en las despreciativas miradas que los soldados de Eduardo lanzaban a los hombres de Kent. De hecho, entre ellos acababan de producirse algunos altercados a raíz de un intercambio de insultos, a los que había seguido un griterío de indignación y sorpresa. Warwick no mostró reacción alguna cuando sus capitanes, armados con porras, acudieron al trote para intentar poner algo de paz y tranquilidad entre ambas formaciones. Sintiendo observado, volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Eduardo de York.

—No os culpo por lo ocurrido en Sandal —dijo Eduardo. Su voz sonaba extrañamente fuerte, por lo que Warwick parpadeó—. No podíais dar alas a vuestros hombres para que llegaran a tiempo de ayudar, y sé además que compartís mi pérdida. Sé que vuestro padre murió con el mío, por la misma causa y en el mismo campo de batalla. ¿Os informaron de las palabras de mi padre?

—Le dije a la reina que no había obtenido la victoria —replicó Warwick, casi en un suspiro. Había conocido a Eduardo cuando era un niño de trece años que aprendía a beber y luchar con la guarnición inglesa de Calais. Había una intensidad perturbadora en aquel enorme y musculoso guerrero que le miraba con ojos profundamente azules—. Le dije que solo había conseguido echar contra ella a los hijos de York y Salisbury.

—Así es —dijo York—. Eso es lo que dijo, según he oído en boca de una docena de hombres que vinieron a contarme sus últimos momentos. Y estoy seguro de que sabía que yo llegaría a oír esas palabras, mucho después del día de su muerte. Sabía que yo oiría lo que me estaba diciendo. —Eduardo se llenó el pecho con una gran bocanada de aire que luego expulsó por la nariz—. Seamos, pues, esa fuerza desencadenada, Richard. Ante estos hombres que nos siguen, declaremos que no admitiremos ni ronzal ni brida, ningún freno, ninguna mano que sujete nuestro brazo, hasta que hayamos arrebatado todo lo que se nos debe a aquellos que nos lo deben.

Mientras hablaba, Eduardo sintió que su estado vacilaba entre la mayor de las confianzas y un temblor nervioso. Por fin su furia se revelaba limpiamente y podían entenderla en toda su extensión. En las horas de silencio, sin embargo, nunca sabía qué decir ni qué ordenar. En esos momentos, le parecía que sus hombres no podían sino darse cuenta de que seguían al falso soldado de una pintura, a un hombre que se sentía como un niño, vestido más como forajido que como duque. Sumido en sus propios miedos, Eduardo no veía el modo en que lo miraban, el resplandeciente orgullo que sentían por aquel gigante suyo.

Frente a aquella mirada penetrante, Warwick asintió con lentitud. Eduardo respiró aliviado.

—Disponemos de... ¿cuántos hombres? ¿Doce mil entre los dos? —preguntó Warwick mientras se acariciaba las cerdas de la mandíbula—. La reina, Somerset y Percy tienen más bajo su mando, aunque quizá no resulten demasiados.

—Soy el duque de York —dijo Eduardo frunciendo el entrecejo ante la extrañeza que todavía le producía el título—. Igualmente, vos sois ahora el conde de Salisbury. Las ciudades del país están llenas de herreros robustos y musculosos, o de jóvenes tenderos que desean alzar con orgullo la cabeza. Se nos unirán, Richard; si se lo pido en nombre de mi padre. Y si vos se lo pedís en nombre del vuestro. Acudirán para vengarlos. Vendrán, por esas malditas estacas de los muros de York.

Warwick vio que el joven, con los ojos cerrados, se estremecía ante una desagradable visión, antes de volver a abrirlos incluso más llenos de fuego y furia.

—La reina debe de estar en Londres —dijo Warwick.

El cuello empezó a ponerse rojo, pues la conversación parecía encaminarse a la cuestión de aquella batalla perdida. Eduardo no lo notó y cortó el aire con la mano, como si manejara una hachuela de carnicero.

—Entonces allí es donde quiero ir. ¿Veis? Es muy sencillo. Dondequiera que se hallen y duerman nuestros enemigos, allí estaremos nosotros. ¿A cuánto estamos de Londres?

—Como máximo, a unos sesenta y cinco kilómetros. Dos días de marcha, quizá, siempre que los hombres coman y estén en condiciones.

Eduardo rio.

—Los míos no se quedarán atrás. Han caminado o corrido conmigo todo el camino desde Gales, y han traído rebaños de ovejas, cientos de ellas cuando partimos. Hemos comido tanta carne de carnero que no creo que me vuelva a gustar. Con agrado compartiremos con vuestros hombres las pocas docenas que quedan, aunque los animales han adelgazado a medida que nosotros engordábamos.

—Mis hombres os agradecerán el obsequio. Más de lo que pensáis —contestó Warwick. Sintió que la boca se le hacía agua con solo pensarlo.

Eduardo negó con la cabeza, mostrando indiferencia. Cuando habló de nuevo, su voz sonó tan fría como lo era el día.

—Los necesito fuertes, Richard. Vi a mi padre tratar al rey Enrique y a sus aliados con respeto. El resultado fue su cabeza clavada en un hierro afilado. ¿Recordáis que detuvisteis mi mano en la tienda del rey el año pasado, cuando Enrique estaba desarmado e indefenso? Pues si pudiera regresar a aquella mañana, le cortarí el cuello y quizá... —Había ido elevando la voz, hasta que la pena le atenazó la garganta y las palabras quedaron estranguladas. Warwick esperó mientras Eduardo cerraba con fuerza los ojos, sin poder evitar que unas lágrimas se filtraran y desaparecieran en la negra barba de las mejillas—. Quizá así le habría salvado, a mi padre. Quizá ahora viviría si hubiese degollado a ese niño llorón cuando tuve... Ah, así se condenen todos en el infierno. Ya no hay vuelta atrás, Richard. Ahora no debo recordar un solo día del pasado, ni uno solo de los errores que he cometido. Vi cómo

salían tres soles, ¿os lo había dicho? Tan cierto como que estoy aquí ahora, lo juro. En Gales. No podría hacer que ni uno solo de ellos retrocediera y volviera a ocultarse. Ni siquiera por mi padre. Que Dios acoja su alma. Que Cristo la salve.

Warwick contuvo la respiración ante la rabia que percibía en York. El joven desbordaba fuego, como un horno con la puerta medio abierta.

—Tal vez halléis algún consuelo si habláis con mi hermano George —dijo Warwick.

Comprendió que Eduardo no había tenido a su familia con él en Gales, sino solo a quienes obedecían sus órdenes, hombres duros y violentos que habrían despreciado las muestras de debilidad, si él les hubiera dejado ver alguna. Eduardo de York había perdido a un hermano menor al que amaba, además de a un padre al que creía tan fuerte que su caída le resultaba inconcebible. Warwick todavía percibía en él los signos de aquella conmoción.

—No, no necesito hablar —replicó Eduardo—. Lo que necesito es ver a la reina Margarita muerta. No pondré la otra mejilla ante esa arpía de carita blanca, Richard. Quizá eso signifique que no soy un buen hombre; no lo sé. Pero sí seré un buen hijo, y un hijo que luchará contra ella.

El ejército de la reina constituía una fuerza bastante más apagada en su camino al norte que cuando Londres había aparecido ante ellos. Hombres que entonces habían reído y conversado caminaban ahora cabizbajos, flacos como galgos, mirándose las botas de descosidas costuras que, una y otra vez, debían atarse con bramante verde.

Por consejo de los lores de Margarita, el ejército había girado al oeste, lejos de las casas quemadas y las ciudades saqueadas de la ruta previa. Casi desde el principio, había quedado claro cuán diferente era todo con la presencia del rey, el símbolo único y visible de la justicia de su causa. Habían ido al sur para rescatar al soberano ungido por Dios, y allí estaba ahora, montado a lomos de una yegua, asintiendo y sonriendo mientras las multitudes se congregaban para verlo.

Incluso sin disponer del gran sello del rey, las prósperas ciudades comerciales ya no ocultaban sus suministros ni se resistían o les cerraban las puertas. Los prestamistas acudían a ellos para prestarles monedas al peso, más que por número de unidades, y luego se secaban el sudor de la frente al ver cómo su fortuna entera se alejaba con el rey y la reina. Con aquellos fondos y gracias a los maestros artesanos de las ciudades del interior, el ejército pudo alimentarse y reaprovisionarse. El dinero fluía de nuevo, y, aunque hubiera que hacer balance cuando vencieran los correspondientes intereses, no parecía que en ese momento la cuestión preocupara a Margarita. Había enviado a Derry, junto con un centenar de hombres, para negociar el aprovisionamiento. Los resultados se plasmaron en una barahúnda de balidos de oveja y graznidos de ganso, animales que afluían en mayores cantidades de las que la reina hubiera imaginado. Para quien dispusiera de monedas de plata, Inglaterra era

una auténtica despensa, con capacidad para alimentarlos a todos ellos y a un número cien veces mayor. Por primera vez desde hacía meses, los hombres podían llevarse a la boca gruesas lonchas de carne cortadas directamente del espetón, sentir que recobraban las fuerzas a medida que los estómagos se hinchaban y gruñían. Todavía estaban demasiado delgados, pero ya no tenían los ojos mortecinos. Después de unos pocos días de asados y estofados y pescados, habían ganado peso y músculo. Resultaba emocionante comandar a hombres como aquellos.

Cuando llegaron a su propio castillo de Kenilworth, Margarita ordenó detenerse al ejército y dio instrucciones de que trajeran todo lo mejor, carne y pertrechos y cualquier otra cosa que pudieran necesitar. Los hombres, en caóticas filas, fueron pasando para cobrar parte de la paga adeudada en monedas que los sargentos extraían de cofres nuevos de cedro. Las mujeres de los pueblos vecinos se acercaron para ganarse unas monedas de diferentes maneras. Algunas cosían y remendaban.

El ocaso llegó tan rápidamente como lo había hecho en los meses anteriores, nuevamente sin que la tierra helada tuviera tiempo de ablandarse durante las escasas y preciosas horas de débil luz. Era un invierno duro y ningún signo anunciaba la llegada de la primavera. Más bien al contrario, pues el frío era cada vez más intenso. Cada mañana, la hierba centelleaba con una escarcha gris y mate, y en ocasiones la helada persistía durante toda la jornada.

Margarita, de pie frente a una alta ventana, observaba su propia pequeña ciudad congregada en torno a Kenilworth, en ese momento con cientos de fuegos encendidos para cocinar. Algunos hombres cantaban, a pesar del frío. No llegaba a distinguir las palabras, pero la melodía subía y bajaba casi como un zumbido de abejas. Se preguntaba si sentiría la vibración de las voces al tocar el cristal de la ventana.

—A veces, soy casi como una madre para ellos —dijo.

Percibía la presencia de Somerset, como un peso. El duque era varios años más joven que Margarita; y ágil, fuerte y enérgico de un modo en que su esposo nunca lo había sido. Se preguntó si los hombres y las mujeres de más edad encontrarían atractivas las arrugadas carnes del otro, o si ella siempre consideraría que los músculos jóvenes y los hombros fuertes y el color saludable eran algo hermoso. Un mechón de pelo se le había soltado del pasador y Margarita jugueteaba con él, ladeando la cabeza y pensando en cientos de cosas.

Somerset no sabía exactamente cómo reaccionar ante la idea de una Margarita con instinto maternal hacia aquellos escoceses con faldas, o hacia los toscos y malhablados soldados, así que se aclaró la garganta y desanudó el cuero de un atado de cartas.

—Estoy seguro de que... apreciarían vuestra preocupación por ellos, Margarita. ¿Cómo no iban a hacerlo? Veamos, tengo aquí una petición para reclutar hombres. Todavía no tenemos el gran sello, lo cual es un obstáculo y una molestia. Supongo que debe de estar aún en Londres, o quizá entre las pertenencias personales del conde de Warwick. Sin él, me veo obligado a estampar el blasón de mi familia en cera, con

el anillo del rey Enrique y las garantías del respaldo real redactadas en el documento de leva. Aun así, algunos se darán cuenta de la ausencia del sello. Margarita, ¿estáis segura de que el rey Enrique...? —Somerset se detuvo y se pasó la mano desde la frente hasta la barbilla, cansado e incómodo por la situación. Odiaba discutir con la reina los pensamientos y las acciones del rey, como si el hombre fuera un muñeco de madera—. ¿Estáis segura de que firmará los documentos? Si no hay sello, su nombre bastará, siempre que tenga la gentileza de cedérmelo.

—Así lo creo. Enrique, desde luego, se mostró de acuerdo cuando se lo pregunté. —Al decir aquello, su mirada y la de Somerset se cruzaron durante un brevísimo instante. Ambos sabían que Enrique estaría de acuerdo con lo que fuera. Ahí radicaba justamente el núcleo de su debilidad—. Si es necesario, firmaré yo misma con su nombre.

Somerset pareció escandalizarse y Margarita se acercó a él, ondeando la mano.

—¡Vamos, vamos, no pongáis esa expresión de horror, milord! Yo no haría tal cosa, pero solo porque algunos de sus obispos y nobles podrían tener otros escritos con su nombre, documentos muy estimados y muchas veces leídos. No deseo que me descubran en una mentira; de otro modo, firmaría con el nombre de mi esposo y utilizaría su sello para conseguir lo que fuera. —Notó la incomodidad de Somerset y, frustrada, negó con la cabeza—. Solo haría lo que Enrique también haría, si fuera capaz de hacerlo. ¿Comprendéis? Mi hijo es el príncipe de Gales y un día gobernará. ¡El único obstáculo es que la capital del reino de mi esposo le ha cerrado las puertas en las narices y le ha negado la entrada al legítimo rey! ¡La única contrariedad es el comportamiento de Warwick y de York y de un ejército que no se someterá a la legítima autoridad del rey de Inglaterra!

Extendió la mano y tocó a Somerset en la mejilla y la mandíbula con la palma abierta. El otro no se retiró ni desvió la mirada ante aquellos ojos que buscaban en los suyos la fuerza que necesitaban.

—Haría lo que fuera, milord, para retener este trono. ¿Lo entendéis? No he recorrido tan largo camino solo para caer en el último paso. Necesito más hombres de los que rodean este castillo. Necesito quince mil, veinte mil, tantos como se precisen para librar a este país de aquellos que amenazan a mi esposo y a mi hijo... y a mí misma. Eso es lo único que importa ahora. Cualquier cosa que pidáis, la haré.

Somerset enrojeció, consciente del contacto de la reina, mientras esta retiraba la mano y le dejaba en la piel una calidez que fue desvaneciéndose poco a poco.

Las puertas de Londres se habían abierto para el ejército que llegaba bajo los estandartes de York. Eduardo y Warwick cabalgaban juntos a la cabeza de una columna, y cuando cruzaron la entrada de Moorgate no había signos aparentes de temor en la gente congregada para verlos. Ciertamente, la capital se había paralizado cuando corrió por ella la noticia, incluso hasta en los barrios de peor fama. Los

hombres y las mujeres abandonaron sus herramientas, o se levantaron en mitad de la comida, y cogieron los chales y las capas para protegerse de un frío que parecía recrudecerse cada día que pasaba.

Un cielo azul oscuro, claro y glacial, se extendía sobre la ciudad. Se decía que incluso había hielo en el Támesis cuando Eduardo y Warwick cruzaron las atestadas calles trotando con estrépito metálico, con estandartes delante y detrás de su fila. Ambos se habían vestido con la armadura completa para ocasión tan solemne, con las cimbras de sus respectivas casas en los escudos, para que cualquiera que los viera pudiera reconocerlos. Los hombres de Warwick se habían esmerado con la grasa y la pintura, pero, tras los meses de uso, las partes metálicas mostraban arañazos y grietas, y los insertos de cuero se habían endurecido y adoptado la forma de aquello que sujetaban.

Los hombres de Warwick inclinaron el estandarte al pasar por delante de los concejales de la ciudad, deslumbrantes en sus togas azules y escarlata. Junto con el alcalde, habían salido de la casa consistorial para presentar sus respetos al ejército que entraba en Londres. Tenían tal rubor en la cara que parecían haber llegado corriendo, pero no dejaron de hacer una profunda reverencia mientras pasaba el oso y el tronco ebrancado de Warwick, con la rosa blanca de York alzada bien alta sobre ellos.

Warwick sonrió y negó con la cabeza al mirar hacia el pequeño grupo. Aquellos hombres le habían negado la entrada a la casa de Lancaster, al rey y a la reina de Inglaterra. En su momento, habían tomado una decisión y no había posible vuelta atrás. No debía sorprender que ahora interrumpieran su desayuno para salir a bendecir a Eduardo Plantagenet. Habían unido sus destinos y sus vidas a la casa de York.

Al pasar, Warwick miró hacia atrás por encima del hombro. El alcalde estaba hecho un verdadero cerdo, con sus grandes manos rosadas y los rasgos ocultos por los prominentes rollos de grasa. Warwick se sintió hervir de cólera al pensar que un hombre semejante pudiera comer tan bien cuando sus soldados nunca dejaban de estar flacos. Gruñó para sí mismo, sabedor de que entre ambas circunstancias no existía una relación directa. A no ser, por supuesto, que el mismo alcalde sirviera de alimento a sus hombres. En ese caso, los excesos de aquel personaje quedarían compensados. La idea le producía una extraña euforia.

Los caminos que rodeaban su recorrido hacia el río se iban llenando de gente, lo cual le recordaba a Jack Cade y su invasión de la ciudad. Warwick había visto entonces un populacho desatado y horrores inimaginables. Se estremeció y se dijo a sí mismo que debía de ser por el frío. Solo esperaba no haberse equivocado al persuadir a Eduardo para que tomara esta senda. El joven duque de York se había mostrado decidido a efectuar un segundo ataque contra el ejército de la reina. Habían descendido al sur con ese objetivo, pero por el camino les habían llegado más noticias. El rey y la reina se habían visto obligados a abandonar los muros de su propia ciudad, tras haberseles negado la entrada a la capital de Inglaterra. Eso lo

cambiaba todo, y Warwick y York habían discutido la cuestión hasta bien entrada la noche.

Warwick rogaba por que su decisión fuera la correcta. Ahora, el ejército de la reina tendría mermada su confianza, puesto que se había cuestionado que su causa fuera justa. Todos los factores confluían para, por fin, brindarles la oportunidad de hundir una espada en el flanco de Lancaster.

Con todo, en lugar de perseguirlos sin dilación, Warwick había propuesto entrar en la misma ciudad que había rechazado al rey Enrique. En un principio, el joven duque había reaccionado con furia y había manifestado a gritos su desacuerdo, sin importarle que los hombres pudieran oírle. Presa de un violento arrebató de ira, le había recordado a Warwick la ocasión en que este le había frenado, con el rey Enrique por completo a su merced. Eduardo sacaba a relucir aquella batalla junto a Northampton una y otra vez, con el dolor y la aflicción claramente escritos en el rostro. Pero no era un niño. Por más que sus dieciocho años no le permitieran disimular el hercúleo esfuerzo que hacía por controlarse, había escuchado a Warwick. Le había permitido hablar, explicar de qué modo Londres les podría ser útil.

Cuando Eduardo hubo entendido y aceptado el sereno argumento de Warwick, las malhumoradas negativas se convirtieron de pronto en entusiasmo y desenfundadas carcajadas, como si la idea se le hubiese ocurrido a él. Warwick hubo de enjugarse el sudor de la frente después de aguantar aquellos furibundos arrebatos. No había sido un buen augurio para su futuro común. Eduardo se había dejado convencer, sí, pero había dejado claro que de ninguna manera se le podía obligar a hacer nada. Había accedido y, por tanto, seguirían ese camino y no otro.

Con algunos recelos, Warwick había recordado que la única persona a la que Eduardo había mostrado respeto era a su propio padre. Ahora que Ricardo de York ya no estaba, ¿quién sería capaz de mantener a su hijo a raya? Después de resistir durante horas la rabia y grosería de Eduardo solo para convencerle de lo que más le beneficiaba, esa tarea de contención no constituía una grata perspectiva para Warwick, si es que alguna vez le tocaba asumirla.

A pesar del tamaño de Londres, no había posibilidad de que el ejército al completo entrara dentro de sus muros. Ocho o nueve mil hombres todavía seguían a casi dos kilómetros de la ciudad, en terreno seco. Esperaban a que los tres mil que habían acompañado a Warwick y York se instalaran en el interior, para luego traerles a ellos suministros y comida. La proporción habitual de capitanes se había doblado misteriosamente entre las filas que habían entrado en la ciudad, de manera que eran unos ochenta los oficiales veteranos que allí había para supervisar a los hombres. Bajo su mando, los soldados se dispersaron por las calles y pudo mantenerse en calma a la población, mientras los retumbantes pasos de la tropa se oían ante las casas y se detenían en cada tienda o taberna. No era demasiado usual que pudieran conseguir cerveza durante las jornadas de marcha. Algunos hombres no habían bebido nada que no fuera agua desde hacía meses. Los capitanes se humedecían los

labios resquebrajados, ansiosos por llevársela a la boca. Por orden de York, se les había dado la paga, por lo que muchos tenían la bolsa llena y lista para gastar. Entre todos, dejarían la ciudad seca para cuando amaneciera. Al alba serían una chusma desatada y borracha, pero lo cierto es que ya llevaban demasiado tiempo con el ánimo adusto y sombrío, siempre temerosos ante un posible ataque. Por una noche, no les vendría mal ahogar sus preocupaciones en alcohol.

Solo un centenar acompañaban a Richard de Warwick y a Eduardo de York en su recorrido por la ciudad. Warwick no sabía si aquellos hombres se sentían honrados de cumplir con aquella tarea o estaban furiosos por perderse una noche de desenfreno. Montaban con la cabeza erguida, siempre en dirección sur, hacia el río y la gran casa de York en Londres, el castillo de Baynard. Construido en ladrillo rojo, su estructura cuadrada se levantaba a gran altura sobre el río, con los muros tapizados de hiedra hasta lo más alto de las torres. La noticia de su llegada los precedía y las puertas estaban abiertas para la tropa a caballo. Eduardo divisó el patio y picó espuelas. Los demás se vieron entonces obligados a forzar la marcha y cabalgar a una velocidad temeraria, lo que provocaba que los caballos derraparan sobre las resbaladizas piedras.

Por fin se detuvieron, jadeando y sonrientes tras el esfuerzo realizado. Warwick observó al joven, todavía sin tenerlas todas consigo. La suerte ya estaba echada, era consciente de ello. Ya no podrían volver atrás. Cada hora que pasaban en Londres era una hora más que la reina tenía para trazar planes y reunir soldados, o simplemente para alejarse. Sin embargo, ahora ellos desmontaban en aquella fortaleza de York, cuyos muros bañaban el río Támesis. Resultaba extraño hallarse a salvo en aquel lugar, en una ciudad que había rechazado a los Lancaster. Warwick sintió que algunos de sus músculos se aflojaban cuando Eduardo exigió vino, cerveza y un buen fuego. Habían repartido tres mil hombres por la ciudad y los habían alojado en cada taberna y casa grande. Entre los que habían llegado con Warwick y Eduardo estaban el duque de Norfolk y sus más experimentados consejeros, además del obispo George Neville y su cohorte de sirvientes. Por una sola noche, todos los veteranos estarían bajo el mismo techo. Warwick se santiguó al pensar qué podría ocurrir antes de que vieran de nuevo el sol.



oy el heredero al trono —dijo Eduardo dirigiéndose a todos—. Por ley de este Parlamento de Londres, mi padre fue nombrado heredero del rey Enrique, no hace ahora ni un año. —El leve temblor y la rigidez de la voz delataban su nerviosismo. Se aclaró la garganta y prosiguió—: Soy el primogénito de York. Ese honor recae en mi persona.

La sala estaba atestada, y no solo con quienes habían acompañado a Warwick y a Eduardo a la ciudad. A medida que la noche había ido avanzando, Warwick había notado cómo ancianos caballeros se habían deslizado desde las frías calles al interior de aquel salón, para oír hablar a Eduardo. La gran cabeza del alcalde se vislumbraba en un lateral, junto con tres de sus concejales. También habían acudido miembros del Parlamento, para juzgar la situación e informar después a sus colegas. Warwick reconoció la presencia de alguien incluso más importante, pues se divisaba a los cabecillas de dos gremios de mercaderes y al superior del Priorato de la Santísima Trinidad. Aquellos hombres podían proporcionar préstamos de vital importancia, si les gustaba lo que oían.

Aparte de la voz de Eduardo, el único sonido audible era el del fuego. Aquella noche, el gran salón del castillo de Baynard podría haber sido perfectamente el lugar más cálido de Londres. Montones de pequeños troncos no dejaban de alimentar las llamas, tarea de la que se encargaban sirvientes de rostro encendido que luego salían presurosos en busca de más leña. Varios mozos de cocina echaban además trozos de carbón que extraían de cubos de hierro. Las llamas crecían mientras en los maderos chisporroteaba la savia, y el calor se liberaba en vaharadas que hacían que los hombres se aflojaran las chaquetas y se enjugaran el sudor del rostro. Tampoco es que les resultara insoportable, después de pasar tantos meses de invierno con los pies entumecidos. Pese a su intensidad, el fuego era una bendición, así que los hombres se apretaban a su alrededor y solo unos pocos quedaban fuera de la luz y el calor.

Warwick permanecía silencioso, apartado de aquel agitado núcleo arremolinado junto al fuego. No era cosa de poca importancia tener allí a los representantes de la máxima riqueza y autoridad de Londres. Tras su rechazo al rey y la reina, los poderosos de la ciudad casi no tenían más opción que apoyar a York. No existía una tercera facción, no había posible neutralidad. Cerró fuertemente la boca y sintió cómo se le afinaban los labios y se le tensaba la mandíbula. Ciertamente era que Enrique de Lancaster y una docena de poderosos lores todavía se interponían en aquel camino de ambición. Pero esa constatación no parecía preocupar a Eduardo. El joven no había escondido sus intenciones, ni había tratado de mostrarse sutil. El deseo de Eduardo era encontrarse con Lancaster en el campo de batalla y dirimir allí la cuestión, de una vez por todas.

El hijo de York se apoyaba en un macizo contrafuerte de ladrillo, parte de la chimenea que se prolongaba en los aleros del techo. El fuego bufaba y respiraba tras

él, de modo que su figura se recortaba en una sombra ornada de oro, con centelleos de luz cuando se giraba. Warwick observaba a los hombres tan detenidamente como lo hacía con el joven duque, fijándose en su postura, en sus reacciones. En la sangre había poder. La casa de York, por línea masculina, descendía directamente de reyes. Aquel simple hecho le otorgaba a Eduardo autoridad sobre quienes así lo reconocieran; hombres como aquel bloque de hueso que era Norfolk, quien doblaba con creces a Eduardo en edad y experiencia, pero que aun así inclinaba ligeramente la cabeza y lo observaba por debajo de las cejas. Aquello era bueno. Necesitaban a los soldados de Norfolk y la fuerza de sus armas.

Y tampoco venía mal a la causa que Eduardo fuera tan enorme. No se trataba solo de su estatura, aunque Warwick únicamente había conocido a dos hombres tan altos en toda su vida. Ambos habían sido de figura sesgada y bastante peculiar, retorcidas imitaciones de un guerrero. En comparación, Eduardo mostraba unos miembros y una anchura de hombros de tal magnitud que en cualquier estancia su presencia resultaba imponente. Vestido con la armadura, sería una figura terrorífica. Warwick se estremeció de solo pensarlo. Además de su adiestramiento y fuerza descomunal, había que contar con su juventud, que le otorgaba rapidez y una resistencia sin límites. Sería como enfrentarse a un toro acorazado. Si Eduardo hubiera sido hijo de un herrero, por ejemplo, o de un cantero, su tamaño podría haberle convertido en caballero o, más probablemente, en un capitán de gran fama. Con su estirpe y su nombre, no había límite para lo que podía llegar a ser.

—Vi a mi padre luchar contra fuerzas terribles —prosiguió Eduardo con voz resonante—. Fui testigo de cómo el respeto que sentía por el rey de Inglaterra le hacía debatirse, y de cómo ese hombre que era rey le llenaba de desesperanza. Por un lado, mi padre honró al trono e hincó la rodilla ante él. ¡Como era su deber! ¡Y como le obligaba el juramento prestado!

Entre los congregados se elevó un murmullo de aprobación, no exento de nerviosismo. Eduardo los recorrió con la mirada, se detuvo por fin en Warwick y le hizo un gesto de asentimiento.

—Por otro lado, vio que quien se sentaba en el trono era un inocente imberbe, alguien cuyo modo de gobernar deshonraba a Inglaterra. Alguien que perdió Francia; que provocó la escisión de las casas nobles; que permitió que Londres sufriera el asalto del populacho, que cayeran los muros de la Torre y que la discordia y los ejércitos circularan por el país sin ningún control. Con su debilidad, el rey Enrique llevó a Inglaterra y a Gales al borde de un caos sin ley. No creo que jamás haya habido una cabeza más indigna de llevar la corona.

Eduardo hizo una pausa para tomar un sorbo de una copa de vino especiado, lo que permitió que los presentes, con la respiración entrecortada, cogieran algo de aliento. No existía ya duda de que lo que oían era una traición. Ser conscientes de tal cosa provocaba la conmoción general.

Warwick recordaba la época en la que aquel joven se habría bebido de golpe una

docena de grandes jarras de cerveza, para luego pedir todavía más. Ahora, con el rugiente fuego calentándole un costado y el otro en el frío y la oscuridad, Eduardo tomaba un trago y dejaba el cáliz calentándose sobre los ladrillos. No parecía nervioso, al menos por lo que Warwick podía observar. El joven duque, de pie con un auténtico horno a sus espaldas, hablaba a aquellos hombres como si estuviera planeando un día de caza. Ellos esperaban, inmóviles y silenciosos ante la importancia de las palabras allí pronunciadas.

—La casa de Lancaster se elevó sobre la casa de York —dijo Eduardo— por un hijo de distancia: Juan de Gante, aquel gran consejero, prevaleció sobre Edmundo de York, mi antepasado. La casa de Lancaster nos dio dos grandes reyes y, después, uno débil que truncó un linaje fuerte. ¿Cuántas veces hemos visto que a un periodo de buen vino le seguían años de uvas malas? Con la sangre ocurre igual que con el vino, y por ello los miembros del Parlamento juzgaron apropiado hacer a mi padre heredero al trono. Como haría cualquier jardinero prudente, recurrieron a la rama verde y buena, allí donde la viña todavía no se había malogrado, y podaron el brote malo.

Aquellas palabras hicieron reír a algunos de los que rodeaban a Eduardo, mientras que otros susurraron un «sí» apenas audible más allá de sus barbas o inclinaron la cabeza, o incluso golpearon las copas contra algo metálico, de manera que un peculiar campaneó resonó en la sala y se elevó hasta las vigas del techo.

—Yo soy parte de la misma vid —dijo Eduardo.

Warwick estuvo ahora entre los que gritaron «sí» como respuesta.

—Soy el duque de York. Soy el heredero al trono.

—¡Sí! —gritaron de nuevo, esta vez con acompañamiento de risas.

—Yo seré rey —dijo Eduardo con voz más fuerte y enérgica—. Y lo seré esta misma noche.

Las risas y el alboroto menguaron como tras una puerta que se cerrase de pronto. La multitud quedó en silencio, aunque algunos se movieron bruscamente por la picazón del sudor o por un repentino estremecimiento en la espalda. Warwick ya sabía previamente lo que Eduardo iba a decir, pero era uno de los pocos al tanto de sus intenciones. Por esa razón, había podido fijarse en el resto y observar dónde se vislumbraba alguna oposición. Sus ojos se detenían en los más poderosos, pero, para su sorpresa, a medida que barría la sala se dio cuenta de que nadie apartaba la vista del gigante plantado junto al gran fuego. Todos miraban a Eduardo como si de él proviniera la luz.

El momento de estupefacta conmoción pasó. Todos comenzaron a patear y jalear, más y más fuerte, mientras Eduardo se apartaba de la pared hasta colocarse bien erguido ante ellos. De un manotazo, agarró su copa para brindar. Warwick se dio cuenta de que el calor le quemaba la mano, pero Eduardo ignoró el dolor y bebió hasta el fondo de la copa. Los hombres que lo rodeaban hicieron otro tanto con las suyas y luego llamaron a los criados para que las llenaran de nuevo.

—¡Una copa o dos, no más, milores y caballeros! —continuó Eduardo, riendo.

La barba se le había encrespado y puesto marrón por el calor de la copa en los labios. Por encima de la sonrisa, mostraba unos ojos fatigados. Buscó entre la multitud a Warwick y se mantuvo a la espera. Ambos habían convenido que llegado ese momento Richard hablaría, pero Warwick aguardó un instante. Sentía la presión del momento, la sensación de que, una vez que abriera la boca, el futuro les caería encima como una llamarada arrasadora. Inspiró hasta llenarse el pecho y sintió la sacudida del aire frío, como un estremecimiento que le templara la sangre.

—¡Milord York! —gritó Warwick a la concurrencia—. Si habéis de ser rey esta noche, necesitaréis una corona y un juramento, y también un obispo que represente a la santa Iglesia. Ojalá nos asistiera ese hombre de Dios, milord.

Al lado de Warwick estaba su hermano, vestido con sus hábitos, las manos entrelazadas como si rezara. El obispo George Neville sabía lo que se esperaba de él; levantó la cabeza y habló de inmediato, exactamente como habían convenido. En aquel enorme espacio, con el fondo crepitante del fuego, su voz resonó con una fuerza hasta entonces desconocida en él.

—Milord York, el vuestro es un linaje real. Por ley, sois el heredero al trono; nadie puede negarlo. Sin embargo, un hombre se sienta ahora en ese trono. ¿Qué decís a eso, milord?

Más de un centenar de cabezas se volvieron, sumamente complacidas por la pregunta y por la tensión que esta entrañaba. Se giraron para constatar si Eduardo quedaría vencido, como si asistieran al clímax de una farsa teatral. Pero Eduardo estaba preparado para afrontar la cuestión y seguía erguido y confiado. Él mismo había formulado aquella turbadora pregunta la noche anterior. ¿Cómo iba él a ser rey mientras Enrique viviera? Estaba más que dispuesto a enfrentarse a Enrique en el campo de batalla, pero difícilmente podría negarle el trono mientras siguiera sentado en él.

—Durante un tiempo, debe haber dos reyes de Inglaterra —había dicho Warwick en la oscuridad del camino—. Siendo vos el rey Eduardo, sin duda atraeréis a los hombres que precisamos. Caballeros y lores acudirán en manadas a servir a un rey Plantagenet, y con ellos sus hombres de armas. Lo demás no importa; no debéis abandonar Londres sin una corona en la cabeza. Con ella, llegaréis verdaderamente a gobernar. Sin ella, Eduardo, vuestra ambición y vuestra venganza quedarán pisoteadas junto con vuestros estandartes. Debéis alzar la voz y hacer que ocurra. O callar, si os falta valor para ello.

—No, no me falta —había contestado Eduardo—. Tengo valor para afrontar lo que sea. Buscadme una corona. Que me la ciña vuestro hermano. La llevaré sobre mi cabeza, ¡y entonces veréis cómo ha de llevarse una corona!

En el gran salón del castillo de Baynard, en Londres, con el Támesis bajo sus muros, Eduardo habló de nuevo, su voz como un estallido sin asomo de blandura.

—En mi opinión, ilustrísima, el trono de Inglaterra está vacío, aunque en él se siente Enrique de Lancaster. —Las risas recorrieron el salón—. Yo reclamo el trono

por ley, por derecho de sangre, por mi espada y por mi derecho a obtener venganza contra la casa de Lancaster. Lo reclamo esta noche y esta noche seré coronado en Westminster, como tantos otros lo fueron anteriormente. Formaré parte de una fraternidad de reyes antes del alba, caballeros. ¿Quiénes de vosotros me acompañaréis a ese lugar y presenciareis mi proclamación al trono? No perderé más tiempo aquí, en Londres. Tengo asuntos de los que ocuparme, así que será una ceremonia sin refinamientos. ¿Quiénes de vosotros seréis testigos? No volveré a preguntarlo.

Warwick se santiguó y se dio cuenta de que no era el único en hacerlo. Todos sin excepción se hallaban al borde de la blasfemia y el deshonor, pero lo cierto era que el derecho expuesto por Eduardo era legítimo, si no se hilaba demasiado fino con los detalles. Él era el heredero y contaba con el respaldo de un ejército, ahora apostado a las puertas de la ciudad. Warwick pensó que Guillermo de Normandía no había gozado de un derecho mayor que el de Eduardo, y sin embargo había sido coronado en la abadía de Westminster, en la Navidad del año de nuestro Señor de 1066. Por tanto, ya se había hecho antes. Y podía hacerse de nuevo. Todas las leyes podrían después rehacerse por la fuerza de las armas, si la situación lo requería.

La multitud de hombres había sentido la fuerza del huracán y hubo de doblegarse como la hierba alta. Si en ellos hubo indecisión, desconfianza o incluso miedo por desafiar la autoridad de quien era rey por derecho divino, no lo dejaron traslucir en lo más mínimo. En lugar de eso, levantaron las copas y las arrojaron entre los leños y carbones ardientes. Los cálices se ennegrecieron y en ellos se abrieron grietas por las que relumbraban las llamas.

Algunos salmodiaron oraciones; otros recitaron juramentos familiares de fidelidad o fórmulas de honor aprendidas en la infancia. Cuando Eduardo se movió, ellos lo siguieron.

La noche era oscura y el blanco de la helada cubría cada superficie. Pisaron el suelo crujiente del patio entre la animación y el alboroto generales, con Eduardo en el centro. Pero no hubo más que unos cuantos gritos desatados. Después, el frío paralizante y las solitarias calles les hicieron recobrar la sobriedad. Los sirvientes corrían y traían los caballos, pero el entusiasmo se había apagado y el verdadero alcance de lo que estaban a punto de hacer los golpeaba de nuevo. En el silencio, otros criados trajeron los estandartes de York, grandes franjas de oscura tela con la rosa blanca estampada en ellas, o bien con el halcón y el grillete. Al desplegarlos, los estandartes resonaron con un chasquido y esparcieron una estela de polvo, como un haz luminoso que quedó flotando bajo la luna. Eduardo miró atrás, a las docenas de emblemas que ondeaban en la pálida luz. Aquellos eran los símbolos de su noble casa, y ante ellos inclinó la cabeza y susurró una oración por el alma de su padre, antes de levantar de nuevo la voz.

—Algunos de vosotros estuvisteis conmigo en Gales —dijo Eduardo—. Antes de la batalla de Mortimer's Cross, vimos cómo el sol salía por tres sitios y provocaba las

sombras más extrañas que yo haya visto. Tres soles, brillando sobre la casa de York. Honraré a la rosa blanca hasta el día en que muera, pero en mi propio escudo habrá un sol. Un sol que calienta a aquellos a quienes ama, pero que también quema. Vida o destrucción, lo que yo elija.

Eduardo sonrió, disfrutando de su autoridad. Warwick, en cambio, tragó saliva por la profunda cólera que irradiaba el joven duque.

Lo cierto es que no podía haber dos reyes de Inglaterra. Si aquella noche coronaban a otro monarca en Westminster Hall, significaría la guerra, sin tregua, hasta que de nuevo quedara un único rey. Cual abejas furiosas de diferentes colmenas, los seguidores de cada bando no podrían tolerar que el otro sobreviviera. Ese era su rumbo, su brújula. Esa era la senda que él había propuesto y que York había decidido seguir. Los estandartes de la rosa blanca y el halcón blanco ondeaban y restallaban en el viento, mientras los hombres cabalgaban desde el castillo de Baynard hasta el palacio de Westminster, cuya inquietante silueta se dibujaba sobre la oscura corriente del río.

Margarita observaba con expresión benevolente desde un rincón de la lujosa y cálida estancia, aspirando con gusto el aroma a madera pulida y flores secas. Sus lores, de pie, hablaban en murmullos, cohibidos por la presencia del rey Enrique. Resultaba lastimoso que todavía buscaran algo en él, pensó la reina, que esperaran alguna mirada o una chispa de vida, cuando tan solo era capaz de cabecear y sonreír y mostrar aquella vacuidad que los había llevado al borde del desastre. Margarita ya no era capaz de recordar la última vez que le había inspirado lástima. Su debilidad ponía en peligro al hijo de ambos, el príncipe Eduardo. Aquel dulce niño, con tan solo una mirada, podía hacer que a ella se le rompiera el corazón, y entonces volvía a sentir que los ojos extraviados de Enrique y su estúpida sonrisa se le clavaban como espinas.

De haber sido un carpintero quien hubiera perdido el juicio, quizá no habría importado. Pero cada vez que la falta de voluntad de Enrique ponía en peligro no solo a su esposa e hijo, sino también a todos los buenos hombres y mujeres entregados a su causa, en Margarita brotaba una ira amarga de solo pensar en ello.

Los lores Somerset y Percy conversaban, su charla perfectamente audible para Margarita, quien estaba sentada bordando en un bastidor. No prestaba verdadera atención a su labor, por lo que después seguramente debería deshacerla entera, pero de ese modo podía escuchar sin que repararan en ella y enterarse de cualquier cosa que deseara. Tras el regreso de su esposo, aquellas sutilezas se habían hecho necesarias, pues sus lores volvían a ser conscientes del papel que a ella le correspondía.

Margarita sonrió al pensarlo. A los hombres les preocupaba su propia posición, más de lo que ella había podido constatar cuando era niña. Necesitaban saber quién

estaba por encima de ellos y a quién tenían por debajo y podían pisotear sin peligro. No creía que las mujeres invirtieran tanto tiempo en semejantes cálculos. Sonrió con suficiencia durante un instante. Las mujeres pisoteaban a todas sus hermanas, sin demasiadas distinciones. Era el método más seguro. Cada una de ellas sentía el peligro potencial en las otras, de un modo que raramente se ve en los hombres.

Las paredes de la casa del gremio textil de York, de forma bastante previsible, estaban decoradas con primorosos tapices, cada uno de los cuales sin duda habría supuesto años de trabajo. Al mirarlos, Margarita comprendió el deseo de hacer planes para el futuro, de abordar una empresa que no podría acabarse en una sola estación. Ahí radicaba la misma esencia de la civilización y el orden, pensó con una pizca de petulancia. Gracias a sus esfuerzos y su paciencia, habían conseguido humillar a sus enemigos más poderosos. Había costado años, pero la tela que ella había tejido, magnífica y resistente, seguiría mostrando sus colores cuando hubieran pasado mil años, mucho después de que todos hubieran quedado reducidos a polvo.

Al principio la había enfurecido ver cómo Londres rechazaba a su marido. No sabía entonces que aquel acontecimiento sembraría la discordia y provocaría un sentimiento de ultraje a lo largo y ancho del país. Las puertas de la ciudad de York se habían abierto para sus lores, y hombres a caballo habían salido a recibirlos muchas horas antes de su llegada, de modo que quedara perfectamente claro que la expedición real no sería rechazada.

En parte, Margarita sabía que todo había sido obra de Derry Brewer. Derry había comprendido qué historia debían hacer circular entre las gentes, y por ello la había hecho correr en cada taberna y cada casa gremial, desde Portsmouth hasta Carlisle. La reina había encontrado a unos cuantos valientes, había arriesgado la vida para hacer bajar a los escoceses de sus refugios en la montaña. En las salvajes ciudades norteñas, Margarita había conseguido reunir a una tropa de hombres audaces para salvar al rey, y había arrebatado a Enrique de las garras de los traidores, se lo había arrancado a sus captores y había puesto en fuga a sus enemigos. En última instancia, la había traicionado el mismo Londres, una ciudad corrupta de mercaderes y putas, una ciudad enloquecida y que ardía de fiebre. Una ciudad que necesitaba que le aplicaran un hierro candente en la carne.

Los días de desesperación habían dado paso al asombro, a medida que su andrajosa tropa crecía sin cesar. En cada ciudad que cruzaban aparecía una formación de hombres que marchaban para unirse a ellos, como respuesta al ultraje sufrido por el rey. Las noticias se extendieron por cada aldea, pueblo y ciudad, avivadas por los mensajeros de Derry Brewer y la bolsa del rey. Un millar de tabernas habían vendido toda su cerveza, pagada con monedas del rey mientras algún joven sargento contaba la consabida historia para, a la mañana siguiente, salir encabezando a más hombres dispuestos a defender al rey Enrique.

Margarita observaba ahora a los hombres y veía cómo quienes tenían autoridad permanecían quietos, mientras que el resto se movía de un grupo a otro. Al tiempo

que asimilaba sus movimientos, comenzó a preguntarse si no sería al revés, sobre todo porque Derry Brewer era como una abeja que metía el pico en una docena de flores y luego volvía a empezar por la primera. Ella no sabía si las abejas tenían pico. Si lo tenían, debían de parecerse al conde Percy, pensó. Este tenía una nariz tan prominente que resultaba difícil recordar algo más de él una vez que se había ido. Vio al conde Percy con un compañero irlandés cuyo nombre ella desconocía y... Courtenay, conde de Devon. Cuántos nuevos capitanes y caballeros y lores veteranos, como si únicamente hubieran estado esperando una causa apropiada, o la oportunidad de ganar.

Sacudió la cabeza al sentir de pronto un golpe de ira. No habían acudido en su ayuda cuando la casa de York tenía encadenado a su esposo, cuando su causa estaba perdida. Ah, no, estos eran hombres prácticos. Lo comprendió sin dejar de despreciarlos. Todavía debía agradecer que, tras efectuar sus fríos cálculos, los hombres hubieran juzgado que el bando adecuado era el de ella.

Le dolían las manos de tejer los hilos, así que las dejó caer en el regazo, tan engarfiadas después del laborioso trabajo que se vio obligada a utilizar una de ellas para aplanar la palma de la otra. La casa del gremio textil era un espacio imponente, pero allí debía de haber unos trescientos hombres que se arremolinaban ahora en un grupo y luego en otro, comiendo y bebiendo y riendo hasta reventar. Lord Dacre, lord Welles, lord Clifford, lord Roos y lord Courtenay; sus capitanes, que por mucho que echaran atrás la cabeza para reírse seguían siendo lobos, con nombres como Moleyns, Hungerford o Willoughby. Margarita negó con la cabeza y cerró los ojos. No podía sabérselos todos; era imposible. Lo importante es que habían acudido a defender su causa. Lo importante es que con ellos habían traído a millares de hombres, más de los que ella había visto en su vida. Sus quince mil soldados habían sido engullidos por una gran marea de criados y caballeros y portaescudos y bandas guerreras y arqueros y... Una sonrisa soñadora apareció en su rostro. York era ahora un nuevo Londres. No, una nueva Roma, si se consideraba que Warwick y Eduardo Plantagenet iban a caer ante los ejércitos que ahora la rodeaban.

Pensó entonces en las caras ennegrecidas que había ido a ver en Micklegate Bar. Las cabezas de Salisbury y de York no se habían conservado demasiado bien en la lluvia y el frío cortante. Algún guardia local les había pegado pez para protegerlas contra los elementos. Margarita se las representaba perfectamente en la imaginación. Ricardo de York, Richard de Salisbury. La corona de papel de York hacía tiempo que había desaparecido, aunque varios pegotes de pez todavía retenían algún resto. Se frotó un granito de la sien y sintió un creciente dolor, lo que le arrancó un leve quejido, al tiempo que unas luces parpadeantes aparecían en los bordes de su visión. Aquel dolor se había hecho más frecuente en los últimos años. No tenía otra cura que la oscuridad y el sueño. Se puso de pie e instantáneamente se convirtió en el centro de atención de la sala, los sirvientes corrieron a ayudarla y todos los hombres se volvieron para averiguar qué llamaba la atención del resto.

Margarita se ruborizó ante tal escrutinio, complacida de que aún fuera capaz de suscitarlo, si bien en ese momento los miraba a todos con un ojo medio cerrado por el dolor. Su marido la observaba con algo parecido al afecto, según pudo notar. Le hizo una reverencia y abandonó a los allí presentes con sus planes, sabedora de que se enteraría de ellos a su debido tiempo. Qué importaba si los hombres habían acudido por lealtad a ella o a su esposo. O si la consideraban un incordio venido de Francia y que apenas entendía cómo funcionaban las cosas. Todo eso no la preocupaba en lo más mínimo. No habían acudido cuando más los había necesitado, y aun así ella había ganado, salvado a su marido y decapitado a dos de sus más poderosos enemigos. Sonrió al pensar en ello. Rememorarle constituía una fuente de infinito deleite.

Quedaba trabajo por hacer, no cabía duda. Eduardo de York y todos los Neville debían ser arrasados. Profundas heridas seguían abiertas por todo el país, resentimientos y odios se habían acumulado durante los años de guerra. Pero la culpa recaía sin duda en York y en Warwick, y nada importaba cuántos hombres los siguieran, ni la riqueza que hubiesen conseguido reunir: no podrían resistir frente a un país entero. Una vez que esas casas nobles hubieran sido derrotadas y deshonradas; cuando sus castillos hubieran sido quemados, y sus linajes, truncados para siempre, Margarita podría con toda libertad dedicarse a ver crecer a su hijo y dejar a su esposo con sus oraciones. Tal vez incluso sería bendecida con otros hijos, antes de que fuera demasiado tarde para ella.

Los sirvientes cerraron cuando salió; Margarita oyó que tras la puerta las conversaciones se reanudaban. Se inclinó y asió el vestido por el dobladillo, solo lo suficiente para caminar, sin miedo a tropezar con la tela. Al mismo tiempo, irguió la cabeza, aunque mantenía un ojo completamente cerrado, demasiado sensible a la luz del invierno.

Afuera, las nubes corrían sobre la ciudad de York en un cielo de un gris desvaído, similar a una lámina de plomo o a un caballo pálido y macilento.

Todavía faltaban horas para el alba y la oscuridad reinaba en la mañana de invierno. Valiéndose de largas pértigas, varios criados presurosos habían encendido velas. Los congregados en Westminster Hall podían ver su propio aliento en el aire gélido.

Eduardo de York estaba de pie, vestido por encima de la armadura con una túnica azul oscuro y oro ceñida en la cintura, con la larga espada en la cadera, enfundada en su vaina y sujeta con su propio cinto ancho. Mientras Warwick lo miraba, el joven se rascó enérgicamente al sentir algún picor en la barba. Todavía llevaba barro en las botas, según pudo observar Warwick. Se preguntó si Eduardo habría visto la capilla de piedra del rey Enrique V, en la abadía, al otro lado de la calle. El rey guerrero, el «Martillo de los Galos», como reza la leyenda de su tumba, fue esculpido vestido con una túnica; la efigie de un santo, no la del cabecilla de una banda armada.

Eduardo se alzaba sobre el obispo George Neville, con el pelo desordenadamente erizado, sin yelmo que lo pegara a la cabeza. El joven duque de York podía ver toda la extensión de la gran nave iluminada por centenares de velas, en cantidad tal que aquel resonante espacio resplandecía con una luz dorada.

El sillón del rey consistía en un sencillo asiento de mármol que se había dispuesto tras la Mesa Real, tan amplia como dos hombres tumbados. Eduardo permanecía tras la gran superficie de madera, ligeramente inclinado hacia delante, de tal modo que los guanteletes descansaban en el oscuro roble y los hombros quedaban encogidos como las alas de una rapaz.

La noticia se propagaba con rapidez. Los miembros del Parlamento ya habían ocupado su lugar acostumbrado a lo largo de los muros, pero los letrados y *sheriffs* y mercaderes y demás autoridades despertadas de madrugada debían abrirse paso por las grandes puertas. Un gentío aterido se divisaba detrás de ellos, empujándose unos a otros para lograr ver alguna cosa. La nave de Westminster podía albergar a miles de personas, y los hombres y las mujeres de la ciudad entraban arrastrando los pies en busca de algún sitio donde colocarse en silencio, a esperar y observar. Los rumores ya habían corrido por todo Londres, transmitidos por pies veloces y las gargantas de panaderos y niños y monjes y cualquiera que estuviera despierto a esa hora.

Eduardo se sentó en el sillón y posó las manos en la mesa. El obispo George Neville le dio un cetro dorado, una pieza del tesoro de la Torre. La multitud allí reunida dejó escapar un suspiro que se elevó en el aire frío de la nave. No había sido una patraña. La casa de York reclamaba la corona con el rey Enrique de Lancaster todavía vivo.

La mesa estaba hecha para un hombre del tamaño de Eduardo, observó Warwick. Había sido la Mesa Real durante cientos de años, solo superada en importancia por la Silla de la Coronación, en la abadía. El turno de esta llegaría después. Westminster Hall era para la declaración previa. La sonrisa de Eduardo demostraba que estaba

satisfecho. Warwick no podía negar que el papel le cuadraba a la perfección, allí subido en el estrado y por encima del resto, un hombre iluminado en oro bajo un techo perdido en sombras.

Ataviado con las vestiduras propias de su condición y un báculo en la mano derecha, el obispo Neville posó la mano izquierda en el hombro de Eduardo. El mensaje era inequívoco: la Iglesia respaldaría a York. Al tiempo que el joven duque y heredero inclinaba la cabeza, el obispo formuló la bendición y apeló a los santos para que los guiaran a todos por el camino de la sabiduría. Cuando hubo terminado, todos los presentes se santiguaron y levantaron la vista.

La noche anterior, el obispo había explicado cómo debía ser el juramento. Eduardo se había mostrado impaciente con los detalles, aunque entendió bien lo que debía hacer. Necesitaba hombres que lucharan por él, y en gran número. Solo un rey de Inglaterra podía convocar a todo el país. Solo un rey podía conseguir que todos los pueblos de cada condado se vaciasen de arqueros y de jóvenes.

—Milores, caballeros —comenzó Eduardo—. Soy Eduardo Plantagenet, conde de March y duque de York. Por la gracia de Dios, soy el genuino y justo heredero de todos los territorios de Inglaterra, Gales, Francia e Irlanda. Reclamo mi derecho, en este lugar, en esta Mesa Real. Reclamo mi derecho de sangre, por mi padre, Ricardo, duque de York, descendiente del rey Eduardo I y, a través de él, de Guillermo de Normandía. Y por la línea de mi madre, quien descendía de Leonel, duque de Clarence, segundo hijo del rey Eduardo III y hermano mayor de Juan de Gante. Presento estas dos hebras doradas que en mí confluyen, y sostengo que juntas se elevan por encima de cualquier otra pretensión a esta silla y a este trono y a esta tierra. Niego el derecho de Enrique de Lancaster a la herencia que me corresponde. Por lo cual, por la gracia de Dios, reclamo este reino y afirmo que soy el rey Eduardo, el cuarto de ese nombre. No existe línea superior, y no reconozco a ningún otro hombre por delante de mí.

Se detuvo y Warwick vio que le caían gotas de sudor por el rostro. Con su corpulencia y esa gran barba negra, resultaba fácil olvidar que Eduardo había perdido a su padre apenas dos meses antes y que aún tenía dieciocho años. Sin embargo, su voz había resonado enérgica y confiada, asombrosamente fuerte en los espacios vacíos de aquella sala de Westminster.

Warwick miró por encima del hombro para descubrir de dónde provenían los susurros y pasos de los que había hecho caso omiso mientras Eduardo hablaba. Al hacerlo, se quedó helado, consciente de que un mar de rostros miraban hacia él, millares y millares, en cada atestada fila y en cada espacio, de pie en el hueco de cada ventana, en cada repisa. Hombres y mujeres levantaban a sus hijos sobre sus cabezas para que pudieran ver, o sostenían sobre los hombros a niños y niñas que bostezaban soñolientos. La mayoría sonreían, con el resplandor de las velas reflejado en los ojos mientras se estiraban para oír cada palabra y verlo todo.

Al lado de Warwick podía verse la delgada figura del mayordomo de Eduardo,

Hugh Poucher. Warwick esbozó una sonrisa burlona al observar cómo aquel hombre se había quedado con la boca abierta por lo que había presenciado. Se inclinó hacia él para hablarle.

—¿Debo pensar que vuestro señor no compartió sus planes con vos, Poucher?

El hombre de Lincolnshire negó lentamente con la cabeza, cerrando la boca mientras se recomponía. Para sorpresa de Warwick, Poucher se enjugó una lágrima con los nudillos de una mano y sorbió por la nariz, sin dejar de mover la cabeza.

—No, pero yo jamás le fallaré, milord.

Warwick parpadeó, más consciente que nunca de la responsabilidad que había asumido al apoyar el ascenso de Eduardo a la Corona. Todavía debía celebrarse la coronación oficial en la abadía de Westminster, por supuesto, un acontecimiento demasiado importante como para relegarlo a la madrugada de una mañana de invierno. Cuando ese día llegara, la ciudad se paralizaría y se brindaría por Eduardo en cada habitación, en cada calle, en la cubierta de cada barco que navegara por el Támesis hacia el mar. Las campanas repicarían en todas las iglesias del territorio.

—Soy el rey Eduardo Plantagenet —oyó de nuevo Warwick. Echó chispas por los ojos, de pronto temeroso de que todo lo que habían planeado se desbaratara por culpa de aquel bruto incapaz de refrenar su lengua.

—Os preguntaréis cómo puede haber dos reyes de Inglaterra —dijo Eduardo al tiempo que la multitud callaba de nuevo, atenta a sus palabras—. Y yo os digo que eso no es posible. Solo hay uno. Como vuestro rey, llamo a todos los hombres de honor a despedazar los estandartes del usurpador Lancaster, a pelear a mi lado en la guerra contra mi enemigo.

Los ojos de Warwick se abrieron como platos mientras Eduardo se ponía en pie y se tiraba atrás la capa. Extendió el brazo y uno de sus hombres le pasó un yelmo de tintineante acero con un amplio gorjal de malla y un pequeño aro dorado en la frente. Warwick levantó la mano e inspiró una rápida bocanada de aire, pues de repente le asaltó el temor de que Eduardo se coronara a sí mismo e hiciera burla de la Iglesia. Un acto semejante podría hacer que todos acabaran proscritos y condenados.

Fuera lo que fuera lo que intentaba Eduardo, el obispo Neville fue más rápido. Tomó el yelmo de las manos abiertas de Eduardo y este apenas tuvo tiempo de mirar atrás antes de encontrárselo ya encajado en la cabeza, con la cortinilla de anillas metálicas cayéndole sobre los hombros.

Mientras Eduardo se volvía de nuevo hacia la sala, la multitud rugió aprobatoriamente, pues todos eran conscientes de que aquel acontecimiento perduraría para siempre en su recuerdo. Junto con el nacimiento de un hijo y el día de su boda, atesorarían ese instante hasta que apenas fuera un mero destello dorado, cuando la debilidad de la muerte pesara sobre ellos. Habían visto cómo un hombre era coronado rey y habían presenciado el comienzo de una guerra.

Los vítores a Eduardo se elevaron hasta el artesonado del techo, con voces que resonaban a uno y otro lado, multiplicadas hasta convertirse en legión. En respuesta,

la vieja campana de bronce de Westminster empezó a repicar, un sonido secundado por la cercana abadía y luego por otras iglesias, hasta que toda la ciudad resonó con una auténtica batalla de campanas que tañían sin cesar, infatigables, mientras la gente se despertaba para comenzar su día y el sol asomaba por fin en el horizonte.

Warwick observó cómo el rey Eduardo recibía las felicitaciones de una docena de hombres poderosos, entre ellos su propio tío querido, Fauconberg. Recordó entonces una historia que había oído sobre la coronación de Guillermo el Conquistador. Los hombres del Conquistador eran de sangre vikinga y hablaban francés y nórdico antiguo, pues no sabían inglés. Los ingleses, por su parte, no hablaban una palabra de francés. Ambas partes habían voceado sus felicitaciones, cada vez con más fuerza y más enfadados, ya que trataban de hacerse oír por encima del otro bando. Pensando que dentro había comenzado una lucha, los guardias del rey apostados en el exterior de la abadía de Westminster prendieron fuego a las casas del lugar. Su idea, aparentemente, era que el abundante humo pondría fin a lo que fuera que se estuviera tramando en el interior. Pero el terror y la confusión de la gente hicieron que estallaran disturbios por todo Londres.

Warwick tomó aire. Allí no había humo, pero sabía que pronto habría derramamiento de sangre. Eduardo lo deseaba, más que ningún otro hombre. El joven guerrero no tenía miedo de salir al campo de batalla. Solo necesitaba contar con hombres suficientes para acompañarle.

Warwick divisó a su hermano George, quien se abría camino entre el gentío que reía y vitoreaba.

—Buen trabajo, hermano —se vio obligado a gritar, para hacerse oír por encima del ruido.

El obispo asintió, al tiempo que se sumaba al aplauso del resto.

—Espero que hayamos juzgado bien el asunto, Richard. Creo que he roto mi juramento al bendecir a otro hombre como rey.

Warwick escrutó el rostro de su hermano menor y reconoció en él los signos de un dolor auténtico. En su calidad de obispo de la Iglesia, lo sucedido no era precisamente baladí. Al expresar su preocupación en voz alta, dejaba entrever la inmensa aflicción que se disimulaba tras su oblicua sonrisa y su mirar distante.

—George, he sido yo quien os ha empujado a esto —dijo Warwick, inclinándose hasta llegar incluso a tocar con los labios la oreja del obispo—. La responsabilidad, el error, es mía y no vuestra.

Su hermano se hizo hacia atrás y negó con la cabeza.

—No podéis cargar mis pecados sobre vuestros hombros. He roto mi palabra y confesaré y haré penitencia. —Notó la preocupación de Warwick y, para tratar de aligerarla, se obligó a sonreír—. Es cierto que soy obispo, pero sabéis que primero soy un Neville. —Pese a la risa de Warwick, la cara de su hermano adoptó una expresión de frialdad—. Y, hermano, soy hijo de nuestro padre tanto como vos. He de ver cómo sus asesinos son arrastrados sin tardanza hacia su muerte y condenación.

York era la segunda ciudad de Inglaterra. Disponía de altas murallas y de un comercio floreciente que había propiciado un estrato social de mercaderes, todos ellos en perpetua rivalidad por ver quién construía la casa más grande o contrataba a más hombres armados para proteger su fortuna. Cada día que pasaba, crecía el número de tropas que rodeaban la ciudad, aunque todos tenían buen cuidado de evitar el hospital de leprosos ubicado extramuros, para lo cual se habían dispuesto sogas y estacas que marcaran un camino aparte y mantuvieran a los soldados sanos bien alejados de la lenta putrefacción de sus habitantes.

Derry Brewer vació los restos de una pinta de cerveza, jadeó y procedió a secarse los bordes superior e inferior de los labios, donde asomaba una barba incipiente que se estaba dejando crecer. Los pelos que aparecían eran grises, lo cual le fastidiaba bastante. Por otro lado, debía admitir que ya tenía unos cincuenta y tres años, año más, año menos. Le dolían las rodillas y los brazos se le hacían demasiado cortos para leer lo que sostenían las manos, pero aun así su ánimo era más que bueno.

El único hombre que le acompañaba en la habitación estaba encadenado a la pared, aunque de manera más bien leve, ya que sus argollas no tenían púas ni lengüetas de hierro que rasparan o desgarraran la carne. Como hermano de Warwick y noble por derecho propio, lord John Neville de Montagu era demasiado valioso como para magullarlo. Derry se limpiaba las uñas con un cuchillo diminuto que mantenía especialmente afilado para tal cometido. Podía sentir cómo el hermano menor de Warwick le observaba cuando le creía atento a otras cosas. No es que hubiera mucho en que fijarse en aquella pequeña celda ubicada bajo la casa gremial de York. La única iluminación provenía de un hueco al nivel de la calle, el cual daba a un patio privado desde donde no podía verse el interior. Era un lugar tranquilo en el que nadie podía oír o ver lo que sucedía.

Derry miró dentro de la jarra de cerveza y vio que todavía quedaba casi una pinta. Los labios de John Neville estaban agrietados e irritados de tanto chupárselos, y toda la boca presentaba el tono rosado de la piel desollada. En principio, la cerveza era para él, pero a Derry le había entrado sed. Una cerveza bebida nunca era una cerveza desperdiciada, todo el mundo lo sabía.

—¿Estáis despierto, milord? Los guardias han dicho que estabais gritando otra vez, que exigíais vuestro derecho a un sacerdote o algo parecido. El rescate no se ha pagado, John, todavía no. Y hasta que eso no suceda, os mantendremos con vida y razonablemente cómodo, como corresponde a un hombre de vuestra posición. O bien puedo darle este cuchillo a nuestra reina y dejarla a solas con vos, para que os haga cosquillas en vuestras partes. ¿Qué os parece? Usaría ese arrugado escroto vuestro como alfiletero, sin pensárselo dos veces. No creo que rehusara una oportunidad semejante, ¿no os parece?

Arrastrando las cadenas, el prisionero se enderezó y miró a Derry Brewer con la confianza propia de alguien cuyo cuerpo nunca le ha traicionado. Ante aquel noble

desprecio, Derry consideró brevemente la posibilidad de dejarlo cojo. Un tendón del tobillo —solo uno, bien aserrado—, y la familia Neville recordaría el nombre de Derry Brewer hasta el día del juicio final.

—¿O deseáis quizá manifestar vuestro apoyo al rey Enrique? —preguntó al joven lord de los Neville—. Dios está con Lancaster, muchacho. ¡Más obvio no puede ser! Bien me acuerdo de cuando le cortamos a vuestro querido padre la cabeza. Yo dije entonces...

Se detuvo cuando Montagu se abalanzó hacia él lanzando gruñidos que le rajaban aún más los labios y tirando de las cadenas. El joven se debatía como si juzgara posible arrancarlas del muro, pero bajo el frío escrutinio de Derry renunció a su intento, dio un paso atrás y sacudió ondulatoriamente las cadenas, como si fueran una serpiente.

—Vuestro padre fue un estúpido, John —dijo Derry—. Le daba tanta importancia a sus disputas con el conde Percy que por ellas casi hace caer al rey.

—Si lo hubiera logrado, York estaría ahora en el trono —dijo súbitamente Montagu—. Vos sois un hombre a sueldo, Brewer, a pesar de los aires que os dais. No entendéis verdaderamente el honor, ni os importa. Me pregunto incluso si sois leal a aquellos que os ponen las monedas en la mano. ¿Quién sois vos, Brewer? ¿Un criado?

—Ni soy ni dejo de ser —dijo Brewer con un extraño brillo en los ojos.

—¿Y qué significa eso? ¿Significa «no, soy más que un criado»? ¿Que solo sois un criado? ¿O... que ya no sois un criado? ¿Son esos los estúpidos juegos a los que os gusta jugar? Si tuviera saliva, escupiría sobre vuestros juegos y os escupiría a vos.

El lord se dio la vuelta y Derry se acercó hasta ponerse a su alcance. Montagu se giró entonces, pero Derry le descargó una porra en la cabeza, tan certeramente que el joven se desplomó sobre la paja llena de inmundicia. Derry lo miró, jadeante y sorprendido de respirar tan fuerte por un esfuerzo tan pequeño. Añoraba ser joven y fuerte y estar seguro de todo lo que hacía.

Aquella gélida mañana, el verdadero problema de Derry era que Warwick había enviado el rescate por su hermano sin discusión ni demora. El cofre de monedas de oro había llegado a York en un carro, custodiado por una docena de hombres armados. Con el numeroso ejército congregado alrededor de York, casi habían desencadenado una pequeña matanza al ponerse a tiro de las tropas. Aquellos guardias no disponían de la protección de que gozaba lord Montagu, y Derry sabía que ahora los estaban interrogando a hierro y fuego acerca de sus señores. En cualquier caso, él iba a perder a John Neville. Para los lores que rodeaban al rey Enrique y la reina Margarita, se trataba simplemente de una cuestión de autoprotección. Si no liberaban a sus enemigos nobles, tampoco podían esperar que los liberaran a ellos, si el destino los ponía en esa situación. Antes de oscurecer, a Montagu se le daría un caballo y se le dejaría marchar al sur. De acuerdo con la tradición, dispondría de tres días antes de que pudieran capturarlo de nuevo.

Tal como Derry ya había constatado, el jefe de espías del rey no podía ser un noble. En él había un pozo de resentimiento sin fin, al menos así era cuando tenía oportunidad de demostrarlo. Durante quince años, York, Salisbury y los Neville le habían hecho correr, esconderse y sudar. Cierto que él estaba en el bando ganador, pero ese hecho no mitigaba en absoluto la ira largamente incubada.

—¿Maese Brewer?

Una voz que llegaba desde arriba de las escaleras interrumpió sus cavilaciones. Era uno de los hombres del *sheriff* de York, un mozo con pelusa en las mejillas, rígido por el peso de sus nuevas responsabilidades.

—¿Habéis liberado a lord Montagu? Hay aquí cierta cantidad por él... y yo tengo...

La voz se desvaneció y, sin mirar arriba, Derry adivinó que el hombre miraba hacia la habitación y al prisionero despatarrado en el suelo.

—¿Está enfermo? —preguntó el oficial.

—No, se pondrá bien —contestó Derry, todavía pensativo—. Dejadme unos minutos a solas; no hace falta que me echéis el aliento en el cogote. ¿De acuerdo? Me gustaría hablar con él.

Para su sorpresa, el hombre vaciló.

—No parece consciente, maese Brewer. ¿Lo habéis golpeado?

—¿Eso que tenéis en la boca es leche, muchacho? —dijo cortante Derry—. ¿Que si lo he golpeado? Id y esperad junto al caballo. Lord Montagu quizá necesite ayuda para montar. Por todos los demonios.

La cara del joven se encendió. Derry no sabía si a causa de la ira o la humillación. Le pareció incluso sentir cómo el calor retrocedía a medida que el muchacho se retiraba escaleras arriba. Suspiró, pues sabía que el joven iría corriendo a buscar a un superior. Solo disponía de unos momentos y no había tiempo para idear nada.

Tomó la mano abierta de Montagu y la puso con la palma hacia abajo y los dedos doblados formando un puño. Con varios tajos rápidos y profundos, marcó la carne con una «T» de «traidor». Una sangre oscura manó hasta llenar las líneas y derramarse fuera. Montagu abrió los ojos en el momento en que Derry acababa su trabajo y apartó bruscamente la mano. El lord de los Neville seguía fuera de sí y, mientras Derry abría los grilletes, resultaba evidente que no representaba amenaza alguna. Volvió entonces a golpearlo con la porra, y Montagu cayó de cabeza al suelo.

—¿Maese Brewer? —sonó una voz bronca en las escaleras—. Vais a entregarme ahora mismo al prisionero.

El *sheriff* de York no era ningún jovenzuelo. Derry imaginó que a lo largo de su vida aquel viejo zorro de pelo cano habría visto todo lo que un hombre podría hacerle a otro. No pareció sorprenderle que goteara sangre del puño o la nariz de Montagu cuando Derry le quitó las argollas y arrastró al joven lord sobre las losas y la paja. Vio que el *sheriff* examinaba la letra marcada en el puño.

—Un buen trabajo —dijo el viejo sorbiendo por la nariz—. ¿Lo habéis

descalabrado?

—Probablemente no —respondió Derry, complacido por la calma del otro.

Entonces, ante su asombro, el viejo *sheriff* se lanzó repentinamente contra el hombre que Derry sujetaba entre los brazos y le asestó un puñetazo en la parte baja de las costillas. Montagu gimió, con la cabeza colgando.

—Se levantó contra el rey. Merece que le arranquen las pelotas —dijo el *sheriff*.

—Estoy dispuesto si vos lo estáis —replicó Derry inmediatamente.

Vio que el viejo consideraba la propuesta, mientras Montagu peleaba por recuperar el sentido y apenas era consciente de lo que discutían. Derry preparó la porra para silenciar de nuevo a John Neville.

—No, quizá no —dijo el *sheriff*, renuente—. Si accediera, toda la responsabilidad sería mía. Lo ataré al caballo para que no se caiga. Habréis de despabilarlo un poco más para que firme, o no podré dejarlo marchar.

Sintiendo que estaba ante un alma gemela, Derry le dio al viejo unas palmadas en la espalda. Juntos, arrastraron a Montagu escaleras arriba, hacia una luz mortecina y hacia su recobrada libertad. La sangre caía de la bamboleante mano del noble e iba dejando un rastro, del mismo modo que sus heridas le dejarían cicatrices.

Margarita se estremeció mientras el grupo de escoceses la observaba. No es que sintiera miedo. Aquellos barbudos muchachos habían sido leales, si no a ella, sí a su propia reina. Era por el frío, que cada día se hacía más intenso, a pesar de que Margarita llevaba varias capas y, debajo, diversas prendas de lana y lino muy eficaces contra el viento. Marzo había llegado, pero no se vislumbraba signo alguno de la primavera y los campos arados seguían tan yermos como la piedra. La ciudad de York se apretaba alrededor de las hogueras y comía estofados cocinados con un tipo de judías que podían conservarse durante décadas, para recurrir a ellas solo en el caso de que ya no quedara nada más. El invierno significaba muerte, y Margarita apenas podía creer que aquellos jóvenes fueran capaces de caminar con las piernas desnudas, de regreso hacia el norte. Un leve escalofrío le sacudió los hombros al pensar que perdía cuatro mil hombres de su ejército, pero ya les había ofrecido todo lo que tenía. Nada quedaba que pudiera retenerlos allí.

—Milady —dijo lord Andrew Douglas a través de la fronda de su negra barba—, para estos muchachos ha sido un honor ver en acción a otra gran dama. Informaré a nuestra reina de la destrucción de vuestros más poderosos enemigos y de que vuestro esposo ha sido rescatado de las crueles garras de quienes podían hacerle daño.

Douglas asintió con expresión satisfecha y muchos de los jóvenes, a caballo o a pie, imitaron su gesto y sonrieron, orgullosos de lo que habían conseguido.

—Nadie podrá decir que no hemos cumplido nuestra parte del trato, milady. Mis hombres han dejado su sangre en esta tierra; y en compensación vos prometisteis Berwick y a vuestro pequeño Eduardo para una unión matrimonial.

—Podéis evitaros el sermón, Andrew —dijo Margarita bruscamente—. Ya sé lo que he hecho. —Esperó un brevísimo instante a que la turbación coloreara el rostro del lord escocés y luego prosiguió—. Y haré honor a mis promesas. Aún prometería más, milord, si supiera que habéis de quedaros. Vuestros hombres han demostrado su fortaleza y lealtad.

Bien se podría haber mordido la lengua, pues esa lealtad era para con su propia reina, pero sí era cierto que habían cumplido su parte del acuerdo y la habían ayudado a recobrar todo lo que había perdido.

—Mis hombres tienen tierras que plantar en primavera, milady, si bien resulta agradable saber que se nos tiene en alta estima tan al sur.

Margarita parpadeó asombrada ante la idea de que York fuera una ciudad del sur para un escocés.

—Aun así, no nos iríamos si media Inglaterra no estuviera acudiendo aquí para levantarse en armas por vos.

Douglas abarcó con un ademán el extenso campamento ubicado junto a la ciudad, lores y guerreros que habían llegado en tropel desde el norte, el oeste, el sur e incluso los pueblos de la costa, donde los barcos atracaban y más hombres desembarcaban. Poco se había visto de todo ese apoyo mientras Enrique estaba prisionero y a Margarita se la acosaba como a una liebre en primavera. Ahora todo había cambiado. Incluyó la cabeza, en muestra de respeto hacia el lord, quien enrojeció todavía más. Margarita extendió el brazo y tomó su mano.

—Tenéis mis cartas para la reina María. En ellas expreso mi agradecimiento..., y no olvidaré el papel que habéis desempeñado vos, Andrew Douglas. Llegasteis cuando me hallaba perdida y en la oscuridad, sin una sola lámpara que me mostrara el camino. Que las bendiciones divinas os acompañen y os mantengan a salvo en el camino.

El lord levantó la mano y los capitanes que le acompañaban lanzaron vítores y ondearon gorros y lanzas. Margarita se volvió ligeramente cuando Derry Brewer llegó a su lado para verlos marchar.

—Se me llenan los ojos de lágrimas al ver esto... —dijo Derry. Margarita lo miró sorprendida y él arqueó las cejas—. Cuando pienso en todo lo que han robado, milady, y que ahora se llevan con ellos, escondido en esos taparrabos.

Sorprendida, Margarita se tapó la boca con la mano mientras Derry proseguía, sonriente por el placer de conseguir que la reina abriera unos ojos como platos.

—Se oye el ruido del metal mientras caminan, milady. Me parece que ese barbudo lord se lleva la daga de Somerset y las botas de lord Clifford, aunque no son cosas que yo le envidiaría.

—Sois un mal hombre, Derry Brewer. Vinieron en mi ayuda cuando los necesitaba.

—Así es, pero miradnos ahora —dijo levantando la cabeza.

A su alrededor, sus quince mil hombres se habían convertido en el doble, y

todavía seguían llegando más. Ya podía permitirse despedir a los escoceses, y si no lo hubiera hecho, ellos se habrían ido de todos modos, pues servían a otra reina.

En afable silencio, Derry y Margarita observaron cómo la formación en marcha se perdía en la distancia, hasta que la escasa luz y el frío creciente los hicieron tiritar con demasiada violencia como para permanecer a la intemperie.

Sacudido por el repicar de campanas y el clamor de las gentes, Eduardo mostró una gran sonrisa. Afuera, los londinenses afluían en enjambres, una marea que se extendía entre la abadía y el gran palacio de Westminster y llenaba cada centímetro de aquel espacio abierto, hasta llegar incluso a encaramarse a la base de las columnas para ver al nuevo rey. Eduardo sabía que habían rechazado al rey Enrique y a su esposa francesa. Entonces, quizá habían temido que la ciudad fuera saqueada, pero la consecuencia era que se habían decantado por York. En un principio, Eduardo no había estado seguro de que el pueblo de Londres entendiera del todo la nueva realidad. Ahora, sus vítores lo tranquilizaron.

Caminó a grandes pasos por el pasillo central, mientras sus hombres formaban un débil cordón para contener a la multitud. El recorrido se estrechaba tras él, pues los soldados se veían empujados hacia el pasillo. Todo aquel que podía, extendía el brazo para tratar de tocar la túnica o la armadura de Eduardo.

Warwick y su hermano obispo fueron apartados a empujones en medio de aquella masa de hombres y mujeres que presionaba para ver a Eduardo y seguirlo afuera. Las campanas repicaban en las torres y su eco llenaba los espacios abiertos, hasta convertirse en un sonido discordante por su insistencia. Warwick maldijo cuando un voluminoso y sonrosado mercader le raspó la espinilla con la bota y le pisó un pie, en su intento por mirar sobre las cabezas de los demás. De un empujón, Warwick lo hizo caer bruscamente y luego le pasó por encima, aullando a la gente para que se abrieran y dejaran pasar. Norfolk y sus guardias tampoco se mostraban precisamente blandos con la multitud, y los gritos de dolor fueron precediendo el trayecto hasta el exterior.

Todavía veían la cabeza y los hombros de Eduardo, por encima de cualquier otro hombre. El sol había salido y Warwick se detuvo un instante cuando Eduardo salió al aire incluso más frío del exterior y la luz destelló en el aro dorado incrustado en el duro metal. Incluso entonces, pese a la incómoda sensación de que eran demasiados los que presionaba a su alrededor y de que había miles de cosas urgentes por hacer, Warwick se quedó suspenso por un segundo, y luego parpadeó fascinado cuando desde fuera le llegó un clamor todavía más fuerte. Empujó entonces con más violencia para abrirse paso a la fuerza, sin hacer caso ni de las disculpas ni de los gritos airados de aquellos a los que atropellaba o tiraba al suelo.

Cuando por fin llegó al exterior, jadeaba y estaba rojo y sudado, aunque las gotas se le secaban al instante sobre la piel. Eduardo notó su presencia y rio al ver cuán descompuesto llegaba.

—¡Miradlos, Richard! —gritó Eduardo por encima del alboroto—. ¡Parece que hubieran esperado este momento tanto como yo!

Con gesto teatral, Eduardo desenvainó la espada y la sostuvo desnuda en la mano. Con una sonrisa socarrona, Warwick vio que la hoja estaba intacta.

La muchedumbre alzó los brazos y la voz al ver ante ellos a un rey de Inglaterra, y no una figura delgada y piadosa, sino un guerrero de fuerza física y estatura tales que su mismo porte irradiaba majestad. Algunos se arrodillaron sobre la piedra, tan helada que casi al instante les dejó la carne entumecida. Los primeros en hacerlo fueron unos cuantos monjes, pero después los demás los imitaron y el gesto se extendió por toda la plaza, con lo que los miembros del Parlamento quedaron perfectamente visibles, de pie todavía en su sitio y observando la escena.

Eduardo sostuvo la mirada a los hombres del Parlamento, sin flaquear y con toda serenidad, hasta que también ellos se arrodillaron. Aquellos hombres habían hecho heredero a su padre y ejercían lo que podría llamarse *poder*, pero ninguno de los presentes se engañaba con respecto a la verdadera realidad. En aquel momento, Eduardo solo habría tenido que señalarlos con la espada, y la multitud, ansiosa por demostrar su lealtad al nuevo rey, los habría hecho pedazos.

—Londres es una gran fortaleza junto a un gran río —dijo Eduardo de pronto. Su voz, enérgica y clara, resonaba en los muros que los rodeaban. Hablaba como un César.

Mientras lo observaba, Warwick sintió que en su corazón palpitaba la esperanza, por primera vez desde que se había enterado de la muerte de su padre.

—En este día, me he convertido en el rey Eduardo IV, rey de Inglaterra, Gales y Francia y lord de Irlanda por la gracia de Dios, en presencia de esta santa Iglesia, en el nombre de Jesucristo, amén.

Las masas arrodilladas repitieron sus palabras finales y se santiguaron. Ni uno solo se levantó, aunque un viento gélido los hacía tiritar. Eduardo bajó la mirada hacia todos ellos.

—Os convoco ahora, como vuestro lord y señor. Nobles o pueblo llano, os convoco a mi lado. Traed espada, hacha, daga, maza o arco. Soy Eduardo Plantagenet, rey de Inglaterra. Haced correr la noticia. El rey os convoca. Caminad conmigo.



duardo levantó la mitad de un redondo sello de plata y lo sopesó en la mano. Rascó un resto de cera roja con la uña del pulgar y lo esparció por el aire. A su alrededor, se habían dispuesto una docena de largas mesas, todas llenas de órdenes de reclutamiento en las que se convocaba a caballeros y lores. Treinta y dos condados y una docena de ciudades recibirían aquellos documentos de papel vitela en los que se exigía a los hombres mejor armados del país que respondieran al llamamiento real.

Eduardo sonrió mientras los portadores del gran sello real se apresuraban a cumplir su cometido. Los braseros producían calor suficiente para hacerlos sudar a todos. Un hombre removía una gran cuba con cera del color de la sangre, mientras otros dos se ocupaban de recipientes más pequeños con burbujeante agua caliente dispuestos alrededor de jarras de barro. Con la cera ya líquida, cogieron las jarras por las asas envueltas en jirones e inclinaron la cabeza para indicar que ya estaban listos.

Eduardo palmeó el aire, en un gesto dirigido a ellos.

—Adelante —dijo.

—No es necesario que su alteza... Quiero decir que nosotros podemos...

Uno de los hombres se ruborizó y quedó mirándose los pies.

—No, lo haré yo mismo. Mi primer sello real merece mi propia mano.

El oficial tragó saliva y tanto él como su compañero se acercaron al anillo formado por las mesas. Eduardo bajó el sello y ambos hombres se adelantaron rápidamente. Uno vertió la cantidad exacta de cera en el molde de plata, mientras el otro procedía a colocar una cinta dorada y embadurnaba la vitela con un disco de cera para preparar la superficie. Era un trabajo realizado por manos y ojos expertos, y Eduardo estaba fascinado mientras giraba el sello para estamparlo en la cera antes de que esta se endureciera. Esperó entonces, durante un tiempo que le pareció eterno, mientras los portadores del sello se afanaban en torno a la sustancia que gobernaba sus vidas.

Uno de ellos retiró las mitades de plata, lo que reveló una imagen perfecta de Eduardo, en el trono y portando el cetro real. El maestro acuñador de la torre de Londres lo había fundido para él la noche anterior, y Eduardo solo podía maravillarse del resultado mientras observaba cómo el oficial encargado limpiaba el sello y lo metía en un cubo de agua helada para facilitar el proceso.

—Otra vez —dijo Eduardo mirando el círculo de mesas cubiertas de blancos manteles.

—Me llevaré la que está terminada, su alteza, con vuestro permiso —oyó que decía la voz de Warwick a su espalda.

Eduardo se dio la vuelta sonriente y con un gesto indicó al oficial que entregara el documento.

—Resulta extraño ver mi rostro en cera —dijo Eduardo—. Casi no puedo creerlo.

Hemos avanzado muy deprisa.

—Y seguimos avanzando —repuso Warwick—. Tengo a ochenta jinetes esperando, listos para llevar vuestro llamamiento tan lejos como sea posible. Norfolk está fuera, reuniendo caballeros, proclamando que un nuevo rey y la casa de York ocupan el trono.

Eduardo asintió al tiempo que se movía con los portadores del sello y giraba de nuevo el molde plateado. Observó la imagen estampada en la cera y, asombrado, negó con la cabeza.

—Bien. Me parece que es suficiente por ahora, caballeros. Podéis continuar sin mí hasta que todos queden sellados. Cuando estén listos, entregádselos milord Warwick.

Llevándose las jarras y las piezas de plata al pecho, los cuatro oficiales hicieron una profunda reverencia. Para salir del círculo, Eduardo apartó una de las pesadas mesas de madera, para lo cual le bastó una sola mano.

—Anteanoche —dijo— fui declarado rey. El resultado parece haber sido que ahora todo el mundo tiene miles de cosas que hacer, mientras yo me siento aquí y juego con cera. ¿Acaso lo vais a negar?

Warwick rio, pero se interrumpió al percibir que los ojos de Eduardo anunciaban tormenta. Lejos de las antorchas y las mesas, el nuevo rey parecía todavía más alto.

—¿Preferiríais tener que ocuparos de conseguir clavos, podones y pescado en salazón? —preguntó Warwick—. Los hombres están acudiendo, pero necesitamos armas, comida, todos los pertrechos necesarios para salir al campo de batalla. En vuestro nombre, he tomado nada menos que cuatro mil libras hoy, y más han de llegar de las casas de oración.

Eduardo lanzó un tenue silbido y luego se encogió de hombros.

—Aun así, ¿creéis que bastará? Quiero a los mejores arqueros, por supuesto, pero también debe haber ciudadanos corrientes. Los que no sepan usar un arco necesitarán hachas de petos, hocinos, escudos, cotas de malla y dagas.

—La Real Casa de la Moneda es nuestra —dijo Warwick—. Había pensado en tomar prestado lo que necesitáramos, pero, si llega el caso y las consecuencias ya no importan, podríamos coger los lingotes.

Eduardo levantó la mano, cansado ya de tantos detalles.

—Eso solo como último recurso. No me convertiré en un ladrón. Haced cualquier otra cosa que preciséis, milord Warwick. Poned mi nombre como aval para conseguir los ahorros de todos los judíos de Londres, si lo deseáis. Emprendería la marcha hacia el norte hoy mismo, si tuviese los hombres necesarios. Pero siempre insistís en que espere un poco más. Nos retenéis aquí.

Irritado, Warwick cerró los ojos, y Eduardo arrugó el entrecejo al comprender al otro antes de que este pudiera replicar.

—Sí, ya sé. Debo esperar porque mi padre se precipitó al correr al norte con el vuestro. Aquellos dos amigos estaban demasiado ansiosos por hacer caer a sus

enemigos. Sí, lo entiendo.

Durante un breve instante, Eduardo levantó la cabeza, debatiéndose contra la pena que le estremecía el pecho con cada respiración. Viéndose incapaz de dominar la voz, palmeó a Warwick en el hombro con tanta fuerza que lo hizo tambalearse.

—Estas órdenes de reclutamiento son la chispa, Eduardo —dijo Warwick con voz queda—. Las enviamos para dar comienzo a una gran conflagración en todo el país, una hoguera que arda en cada colina y los haga venir a todos. Treinta y dos condados, desde la costa sur hasta el río Trent.

—¿No llegan más lejos?

—¿Más allá de Lincolnshire? No me he molestado en intentarlo. La reina tiene a sus lores del norte. Allí tiene todo su respaldo. Esos lores ya han elegido su bando.

Eduardo negó con la cabeza, pensativo.

—Entonces enviad una orden más, solo una, a Northumberland, exactamente igual a las otras. Mandádsela a los *sheriffs* de allí, como si la familia Percy no hubiera optado por defender a un rey pasmado y enclenque y a su esposa francesa.

—La familia Percy nunca se unirá a nosotros —dijo Warwick.

—No, pero quedarán avisados. Ellos comenzaron esta guerra. Yo la ganaré en el campo de batalla, lo juro por la Santa Cruz. Hagámosles saber que voy hacia allí y que no los temo. —Eduardo se llevó las manos a la espalda, un puño encerrado en el otro mientras se inclinaba para ponerse a la altura de Warwick—. Disponéis de una semana más para reunir un ejército. Después, cabalgaré al norte. Aunque tenga que hacerlo solo. Pero mejor con treinta o cuarenta mil, ¿no os parece? Sí. Mejor disponer de hombres suficientes para acabar con esa loba de una vez por todas. Recuperaré esas cabezas de la entrada de York, Warwick. Las quitaré de Micklegate; y, no lo dudéis: encontraré otras que las sustituyan.

Margarita cabalgaba en una yegua gris al lado de su hijo, quien trotaba sobre un viejo y adormilado caballo de batalla. Las numerosas tropas que apoyaban al rey Enrique se habían diseminado alrededor de la ciudad de York en todas direcciones, y ahora se hallaban acantonadas en cada ciudad y pueblo del lugar. El campamento oficial estaba al sur, allí donde el camino de Londres cruzaba el pueblo de Tadcaster. Ese era su punto de encuentro, el lugar donde hombres a pie o a caballo cruzaban los campos arados para unirse a la casa de Lancaster en la guerra. Secretarios y escribientes registraban los nombres para la correspondiente paga y repartían hachas de petos o sanguinarios hocinos a quien no dispusiera de ellos.

Mientras Margarita guiaba a su hijo por un paisaje de estandartes y tiendas, de arqueros y hacheros, cientos de hombres se arrodillaban hasta que ambos hubieran pasado. Escoltando a madre e hijo, seis caballeros trotaban sobre caballos castrados y equipados con armadura. Los estandartes que el viento desplegabá tras ellos mostraban tres leones reales, además del antílope de Enrique y la roja rosa de

Lancaster. Margarita quería que se vieran aquellos símbolos, deseaba mostrarlos delante de todos.

Cada uno de sus lores se hallaba ocupado en mil tareas, o eso parecía. Habría sido conveniente que su esposo cabalgara junto a ella, para mostrarse ante las tropas congregadas. El padre de Enrique lo habría hecho así, sin duda. Habría entrado a medio galope en cada campamento y hablado con los capitanes y los hombres; les habría pedido que luchasen y muriesen por él. Eso era lo que todos decían. En cambio, su esposo se había retirado en su propio y pacífico mundo de oración y contemplación, lejos de los peligros que ella afrontaba en su nombre. Si tenía un buen día, Enrique encontraba el ánimo suficiente para discutir alguna espinosa cuestión moral con el obispo de Bath y Wells. En ocasiones, con sus conocimientos podía hacer incluso que aquel pobre viejo se pusiera nervioso. Sin embargo, no era capaz de salir a caballo y supervisar a aquel ejército que plantaba tiendas y afilaba armas, preparándose para arriesgar la vida por él.

En el lugar de su marido, Margarita exhibía a su hijo, Eduardo. A sus siete años, constituía una figura demasiado diminuta como para encajarla sobre el ancho lomo de un caballo de batalla. Con todo, el muchacho montaba orgullosamente, con la espalda recta mientras lanzaba una fría mirada sobre los campamentos.

—¡Cuántos hay, madre! —le dijo con un orgullo que a ella le atravesaba el corazón.

Somerset y Derry Brewer coincidían en que, sin duda ninguna, por sus venas corría la sangre del abuelo, el rey guerrero y vencedor de la batalla de Agincourt. Margarita seguía vigilando a su hijo por si en él detectaba el mal de su padre, pero no percibía ningún síntoma. La reina se santiguó y musitó una oración a la Virgen María, una madre que podría entender sobradamente sus temores.

—Han venido para luchar contra los traidores, Eduardo, para castigar a los hombres malvados de Londres.

—¿Los que cerraron las puertas? —preguntó el niño, frunciendo la boca al recordarlo.

—Sí, esos. Vendrán aquí muy furiosos, pero tenemos la hueste más grande que yo haya visto nunca, tal vez el mayor ejército que jamás haya marchado a la batalla.

Con una leve presión de las riendas, detuvo el caballo y se volvió a su hijo.

—Apréndete bien estos estandartes, Eduardo. Estos hombres pelearán a tu lado cuando crezcas. Si se lo pides. Cuando seas rey, por la gracia de Dios.

Su hijo sonrió entusiasmado ante aquella idea y, durante un brevísimo instante, la reina rio con placer exento de toda afectación, alargó el brazo y revolvió la rubia cabellera de Eduardo. Molesto, el niño arrugó el gesto y apartó la mano de Margarita.

—No hagáis eso delante de mis lores, madre —refunfuñó con la cara encendida.

Aquel arrebató dejó a Margarita a medio camino entre el enojo y el deleite, con una mano suspendida cerca de la boca, donde había quedado tras el rechazo de Eduardo.

—Muy bien, Eduardo —dijo, algo triste.

—Les pediré que me sigan, cuando sea mayor —prosiguió él, tratando de mitigar la repentina rigidez de su madre—. No deben verme como un niño.

—Pero es que eres un niño. Eres mi alegría, la dulzura de mi vida, y te podría abrazar hasta ahogarte cuando frunces el ceño; y podría morderte esas orejitas tuyas, Édouard. —Él se quejaba con fingidos gruñidos, casi complacido por el humor impredecible de Margarita, hasta que la oyó pronunciar su nombre en francés, lo que le hizo negar con la cabeza.

—Mamá, ese no es mi nombre. Soy Eduardo de Westminster, príncipe de Gales. Un día seré rey de Inglaterra... y de Francia. Pero soy un niño inglés, y llevo la tierra de estas verdes colinas... y la cerveza en las venas.

Ahora Margarita lo miró con frialdad.

—Oigo tu voz, Eduardo, pero esas son las palabras de Derry Brewer. ¿No es verdad?

Su hijo enrojeció rabiosamente y apartó la mirada. Margarita notó que la expresión de su hijo cambiaba y miró en la misma dirección. No supo muy bien si sentirse aliviada o molesta al ver que el viejo y achacoso penco de Derry Brewer se acercaba al trote, todo pezuñas y huesos. Su dueño era un pésimo jinete.

—¡Maese Brewer! Precisamente mi hijo me estaba diciendo cómo la tierra de las colinas inglesas corre por sus venas.

Derry sonrió complacido al príncipe de Gales.

—Y así es, milady. Amén del agua de los ríos ingleses, que también lleva en la sangre. Hará que todos nos sintamos orgullosos de él, no dudo... —Su voz se apagó al darse cuenta de que a Margarita no le divertía la idea. Derry prefirió encogerse de hombros y no discutir—. Su padre es el rey, milady. Su abuelo fue el más grande rey guerrero que hayamos conocido, o casi. Algunos dirían que fue Eduardo III, pero no, para quienes sabemos distinguir la verdadera valía, Enrique de Agincourt era el hombre al que seguir.

—Ya veo. Y no hay sangre francesa en mi hijo, ¿no es así? —dijo Margarita.

Derry arrancó un trozo de barro de la oreja de su montura antes de contestar.

—Milady, he visto nacer a suficientes niños como para saber que la madre es algo más que un mero recipiente, o un jardín donde sembrar, como dicen algunos. Conozco madres pelirrojas, y todos sus hijos tienen idénticos mechones cobrizos. Yo no dudo que la matriz moldee al niño que lleva dentro. Pero nuestro Eduardo es un príncipe de Inglaterra y, Dios mediante, será rey algún día. Ha crecido con carne inglesa y ha aprendido modales ingleses. Ha bebido cerveza y agua y vino de las uvas de esta tierra. Para algunos, eso tiene algún valor. Para algunos, constituye una bendición que los eleva sobre cualquier otra tribu, milady. Para otros, por supuesto, no es así. Sobre todo, para los franceses.

Sonrió a la reina, pero Margarita, molesta, chasqueó la lengua y desvió la vista hacia el enorme campamento.

—No me estabais buscando para discutir qué significa ser inglés, maese Brewer. Él bajó la cabeza, satisfecho de que la reina abandonara la cuestión.

—Muchachos, ¿podéis llevaros al príncipe y enseñarle los cañones? He oído que el capitán Howard iba a probar dos de ellos, montados sobre ruedas, y cargados con bolas tan grandes como mi mano. No las del capitán Howard...

Se detuvo, consciente de que Margarita ya estaba suficientemente enfadada con él. La reina ondeó una mano para dar su permiso y su hijo se alejó acompañado por dos portaestandartes, su nombre y su sangre proclamados por los leones ingleses cuartelados y la flor de lis francesa.

Mientras lo observaba alejarse, el afecto era evidente en el enrojecido rostro de Derry.

—Es un gran muchacho, milady. No deberíais preocuparos por él. Solo desearía que tuviese una docena de hermanos y hermanas que aseguraran vuestro linaje.

Ahora fue Margarita quien se sonrojó, por lo que enseguida cambió de tema.

—¿Qué noticias hay, maese Brewer?

—No deseaba que vuestro hijo las oyera, milady. Pero vos debéis saberlas. Eduardo de York se ha autoproclamado rey en Londres. Traer la noticia casi le cuesta la vida a uno de mis hombres.

Margarita se giró para mirarlo completamente de frente, la boca abierta por la sacudida sufrida.

—¿Qué queréis decir, Derry? ¿Cómo puede llamarse a sí mismo...? ¡El rey es mi esposo!

Derry hizo una mueca de disgusto, pero se obligó a continuar.

—Su padre fue nombrado heredero oficial al trono, milady. Con más tiempo, habríamos arreglado esa cuestión, pero parece que el hijo se ha aprovechado de ello y le ha sacado el máximo partido. Él ha..., bueno, parece ser que ha conseguido un buen número de seguidores, milady. Londres eligió cuando mantuvo las puertas cerradas. Ahora deben apoyarlo, y eso significa oro y hombres y autoridad, ya provengan de Westminster Hall, de la abadía de Westminster, de los tronos y los cetros o de la Real Casa de la Moneda.

—Pero... Derry, él no es el rey. Es un traidor y un usurpador. ¡Y es solo un niño!

—Mi hombre dice que es un gigante, milady, y ahora lleva una corona y convoca soldados y ordena levadas en nombre del rey.

Vio el rostro demudado de Margarita y que la reina se hundía sobre la silla. Sintió compasión por ella, temiendo que fueran demasiados golpes a la vez.

—La única buena noticia, milady, es que ahora se acabarán los pretextos. No habrá más mentiras. Muchos hombres que quizá se hubieran quedado al margen o hubieran esperado ahora acudirán a vos. Nuestro ejército es ya el más numeroso que nunca haya visto. Y lo será más, cuando los hombres del norte vengan a proteger al verdadero rey contra los traidores.

—¿Y entonces podremos aplastarlos? —preguntó débilmente Margarita.

Derry asintió al tiempo que alargaba hacia ella el brazo y luego apartaba la mano, sin haberla tocado.

—Ya casi tenemos cuarenta mil hombres, milady, y contamos con una sólida base de guerreros y arqueros.

—He visto ejércitos enteros despedazados, maese Brewer —dijo Margarita con voz queda—. No hay nada seguro una vez que suenan los cuernos.

Derry tragó saliva, irritado con ella. Tenía muchas cosas importantes que hacer, y consolar a Margarita no estaba entre ellas. Al mismo tiempo, era consciente de que sentía cierta excitación erótica. En aquella hermosa mujer que ahora lloraba había algo que estimulaba su ánimo. Pensó en cómo sería presionar fuertemente su boca contra la de ella, pero enseguida se sacudió tales pensamientos y se obligó a dirigir la mente por cauces menos peligrosos.

—Milady, hay asuntos de los que debo ocuparme. No puede haber dos reyes. Con su acción, Eduardo nos obliga a enzarzarnos en la lucha hasta que solo quede uno.

Eatorce días después de haberse autoproclamado rey en Westminster Hall, Eduardo partió hacia el norte acompañado por una gran hueste. Los idus de marzo, el punto medio del mes, habían sido tres días antes. Mientras cabalgaba al paso por el camino de Londres y se alejaba de la ciudad, pensaba en los césares. El invierno todavía se hacía notar con crudeza en todo el país, y no habría posibilidad de avituallarse a lo largo de la ruta tomada por Margarita junto con sus norteños y escoceses. Eduardo y sus capitanes pasaban por docenas de casas señoriales quemadas, y los lugareños corrían a los bosques tan pronto avistaban las tropas acercándose.

Para un ejército de tal magnitud, la posibilidad de usar el camino pavimentado quedaba descartada, por mucho que lo lamentaran. Bien que había sufrido Eduardo en las reuniones con Warwick y Fauconberg, quienes le explicaban que, si permanecían en el camino, la comunicación entre los extremos de la tropa tardaría días, de manera que cualquier sección de vanguardia que se topara con el ejército de la reina quedaría aislada y sin posibilidad de ayuda. Así pues, en lugar de formar una columna demasiado larga, debían mantener una formación de gran anchura. Por esa razón, los hombres marchaban ahora en filas transversales de aproximadamente un kilómetro y medio, distribuidos en tres cuadros. Las líneas se abrían camino a través de los bosques, remontando colinas o cruzando ríos, empantanándose en espesa arcilla o en un barro tan pegajoso que parecía tener vida. La ciudad de York quedaba a más de doscientos kilómetros, en el frío norte, y Eduardo se había resignado a perder nueve o diez días de marcha. Al menos, sus hombres estaban bien provistos, gracias al apoyo y la riqueza de Londres. Varios barcos mercantes habían traído por el Támesis la comida que necesitaban, y los prestamistas parecían haber entendido que su futuro estaba unido al del nuevo rey.

Eduardo montaba orgullosamente en las primeras filas de la sección central, rodeado de estandartes con el sol y las llamas, con el halcón de su padre y la rosa blanca de York. Le había asignado el mando del ala derecha al duque de Norfolk, en su calidad de lord más antiguo. A Warwick y Fauconberg les había correspondido el ala izquierda, y si los dos Neville se lo habían tomado como un insulto, no lo habían demostrado. En realidad, con su decisión Eduardo no había pretendido censurar a las tropas dominadas y vencidas en San Albano, aunque estas constituían el grueso de ese cuadro. Si la mitad de los informes que llegaban al sur eran ciertos, el ejército de la reina era al menos tan numeroso como el suyo. Los exploradores y los mercaderes tenían propensión a exagerar, pero Eduardo intuía que no podía demorarse más. Aunque se perdieran batallas, las guerras podían ganarse. Cada día que pasaban en el camino era otro día que daban a la reina y a su alelado esposo para reunir más soldados y lores.

Además, con sus lores ocupados comandando sus propias grandes formaciones,

Eduardo no tenía que hablar con ellos, lo cual le resultaba de lo más conveniente. Desde sus respectivas secciones del ejército ni siquiera alcanzaban a verlo, y Eduardo podía pasar los días acompañado de los capitanes y arqueros galeses, lo que le hacía sentir de nuevo que él estaba hecho para ser jefe de clan, más que para ser rey. Pese a que todavía le faltaba un mes para cumplir los diecinueve años, Eduardo disfrutaba de su fuerza y de la confianza absoluta con que afrontaba sus objetivos. El ejército que le rodeaba era una masa de coloreadas sobrevestes que cubrían armaduras y cotas de malla, un millar de familias diferentes con sus cimbras tejidas o estampadas en la tela y los escudos. Aparte de los soldados profesionales al servicio de caballeros y barones, los hombres del pueblo se le habían unido, hartos de los fracasos de Lancaster y espoleados por el recuerdo de ciertos hechos, como el de lord Scales atacando con fuego griego a la multitud londinense, y todo en nombre del rey Enrique. Ahora estos hombres portaban sus hachas de petos y hocinos como si fueran las púas de un erizo, con las astas de madera de haya apoyadas en los hombros o utilizadas como bastón, todas ellas culminadas por una pieza de hierro. Las hachas de petos eran en parte hachas, en parte estacas y en parte martillos, mientras que en los hocinos lo más relevante era la hoja. Incluso en manos inexpertas, constituían herramientas con gran potencial para herir. Esgrimidas por quienes las conocían a la perfección, podían agujerear las armaduras y permitían que un hombre corriente plantara cara a un caballero protegido con placas de acero.

Eduardo estaba asombrado por la gran cantidad de hoscos muchachos que parecían albergar un resentimiento personal contra la casa de Lancaster. La mitad del contingente de Kent y Sussex invocaba el nombre de Jack Cade como una bendición, y le contaban a cualquiera dispuesto a escuchar cómo la reina había roto una vieja promesa de amnistía. Habían prestado juramento a York impulsados por la ira y el sentimiento de traición. Eduardo no podía sino dar las gracias por cada error que la reina Margarita había cometido.

El frío se hacía más crudo a medida que avanzaban hacia el norte. Al principio, había supuesto un alivio para quienes estaban exhaustos de tanto hundirse en aquel barro que los engullía sin cesar. Los hombres temblaban y se soplaban las entumecidas manos, y la dureza de la tierra era implacable cuando resbalaban y caían, pero aun así caminaban con mayor soltura sobre la escarcha. Los carros de víveres y pertrechos se mantenían al ritmo de los hombres que marchaban por el camino de Londres, y Eduardo leía por las noches el cómputo de suministros añadidos y perdidos, mientras sus sirvientes le preparaban la tienda y la comida. Antes de acostarse, junto con sus caballeros, dedicaba horas a supervisar el adiestramiento con las armas. Al principio, los soldados del pueblo se habían arremolinado en torno al cuadrado de parpadeantes antorchas para ver al gigante que los comandaba. Algo en sus miradas había molestado a Eduardo, quien los había enviado a todos a practicar con la espada. Después de aquello, cada noche resonaban los gritos de los capitanes y el entrecocar de los metales.

Eduardo podía sentir el poder de ser rey en la manera en que otros lo miraban. Lo veía en los caballeros deseosos de batirse y demostrar su valía. No se trataba solo de los favores o incluso los títulos que pudiera otorgar. Los jóvenes caballeros veían una nueva Inglaterra en él, tras años de ruina y confusión.

En ocasiones, obraba un efecto casi mágico. Solo una vez Eduardo le había preguntado sobre ello a Warwick, después de que, de modo desconcertante, se presentara ante él un escudero demasiado rojo y sofocado como para articular una sola palabra en su presencia. Eduardo arrugaba el gesto cada vez que pensaba en ello. Él mismo sentía parte de aquel sobrecogimiento, pero no hasta el punto de quedarse sin habla. Tal vez fuera algo que poseyera de forma innata, o quizá procediera de su padre, que le había enseñado en qué consiste el verdadero poder.

—Estarán pendientes de cada palabra que digáis —le había dicho Warwick en Londres—. Os halagarán, pero también lucharán por vos, y seguirán luchando incluso hasta mucho después de cuando deberían haberse largado, porque vos sois el rey. Atesorarán el recuerdo de unas palabras intercambiadas con vos y quizá considerarán el momento como el más preciado de sus vidas. Si sois un hombre al que merece la pena seguir, la corona agrandará vuestra aura dorada y hará de vos..., digamos, un auténtico gigante, un rey Arturo con armadura de plata. Sin embargo, si forzáis o golpeáis a una mujer o... si mostráis cobardía, incluso si matáis a un perro que ladra o dejáis entrever alguna mezquindad, será como si un espejo se rompiera.

Las palabras habían calado profundamente en él. En aquel momento, Eduardo únicamente se había encogido de hombros, aunque las había grabado en su memoria y había decidido vivir de acuerdo con ellas, con un convencimiento tal que lo sentía hasta en los tuétanos. Incluso había rehusado beber cada noche y, en lugar de hacerlo, se mostraba ante sus hombres sobrio y sudoroso mientras se ejercitaba con las armas. Bebía agua y comía carnero y pescado en salazón, complaciéndose en su salud y juventud, que le permitían dormir cada noche como un tronco y estar de nuevo en pie antes del alba.

Cuatro jornadas después de salir de Londres, se encontraron con John Neville, que descendía hacia el sur. Había recorrido el camino de Londres siguiendo las losas romanas mientras trataba de curarse lo mejor posible, aunque todavía tenía algo de fiebre. Warwick había recibido a su hermano con ruidoso alborozo, hasta darse cuenta de las desvaídas magulladuras y el tajo lleno de pus en el dorso de la mano derecha. Entonces su ánimo se había enfriado y, tras ordenar a los hombres que prosiguieran la marcha, hizo que su hermano volviera sobre sus propias huellas, otra vez hacia el norte.

Por su parte, John Neville estaba encantado y asombrado de ver a tantos miles de hombres. Después de montar un caballo de refresco y comer la primera carne en semanas, en los días siguientes se fue recuperando lo suficiente como para cabalgar hasta los extremos de la tropa, lo cual suponía montar varios kilómetros hacia el este y luego hacia el oeste. Transmitió todo aquello que había podido averiguar, si bien

Derry Brewer le había vendado los ojos cuando había algo que ver. En cualquier caso, Warwick agradecía la liberación de su hermano. A pesar de la causa común que le unía a Eduardo, había algo perturbador en aquel lobo indomable que era el nuevo rey, quien hervía de cólera a la menor provocación. Eduardo no era una compañía fácil, y Warwick había echado de menos la relajada confianza que compartía con su hermano menor, con quien no tenía que vigilar cada palabra que decía.

La hueste del rey Eduardo llevaba nueve días en el camino cuando los exploradores más avanzados se toparon con los primeros signos de un enemigo hostil. El camino de Londres cruzaba por el pueblo de Ferrybridge, donde una excelente construcción de tablas de roble y pino permitía salvar el río Aire. Ahora, sin embargo, las rápidas aguas dejaban atrás unas vigas astilladas y rotas: el puente había sido cortado. Las filas de Eduardo se hallaban a casi dos kilómetros al este del paso, y Eduardo dio orden a los cuadros de Fauconberg y Warwick de que se adelantaran y repararan el puente. Debían talar árboles y construir uno nuevo, para que el ejército pudiera atravesar el río y continuar su avance hacia el norte. La ciudad de York se hallaba tan solo unos treinta kilómetros más adelante, y Eduardo estaba decidido a cruzar sus muros y recuperar los restos de su padre y de su hermano. Cada día perdido suponía un día más de humillación, así que nadie iba a negarle aquel derecho.

Warwick observaba el trabajo de los carpinteros. Bajo la supervisión de un par de sargentos que sabían cómo funcionaban las ensambladuras de madera, se habían puesto a trabajar con ahínco. Sustituir el puente era pan comido para aquellos hombres; un trabajo sólido y experto que efectuaban con la satisfacción de quien disfruta del oficio y del trabajo cumplido. Sonreían mientras partían los troncos de abedul golpeándolos con cuñas en forma de cabeza de hacha, en tanto otros se afanaban con azuelas, hocinos y garlopas.

Por supuesto, los pilotes del puente seguían allí, demasiado hincados en la tierra para poder extraerlos y demasiado mojados para quemarlos. Permanecerían en el agua durante un siglo; todo lo que sus hombres debían hacer era colocar las vigas y planchas sobre ellos. Así pues, se ataron sogas a la cintura y, arriesgándose a caer, llevaron las planchas sobre toda la longitud de los pilotes, para luego clavetearlas con enérgicos golpes de martillo. El resultado era tosco, pero no tenía que durar eternamente; bastaba con que lo hiciese unas semanas.

Fauconberg deambulaba por el lugar, comiendo una manzana arrugada. Warwick lo oyó masticar el corazón de la fruta y se dio la vuelta.

—Tío William —le dijo—, pronto habrán terminado. La mitad del puente ya está en su sitio. Estaremos de nuevo en marcha mañana por la mañana.

—No venía a comprobar qué hacías, muchacho. No, conozco muy bien esta tierra. Tu padre y yo cazábamos a menos de veinte kilómetros de aquí cuando éramos jóvenes.

La sonrisa de Warwick se hizo un tanto forzada. Las historias de su tío a veces le cogían desprevenido, y de repente le sobrevenía un escozor de lágrimas en los ojos y se le entrecortaba la respiración. Aquello le fastidiaba, lo sentía como una debilidad que le obligaban a sacar a la luz.

—Quizá me lo podáis contar en otro momento, tío. Ahora debo leer unos documentos y acabar unas cartas.

Miró al sol y vio que no era más que una mancha luminosa detrás de las nubes grises. El frío era intenso y en su tienda ya estarían las antorchas encendidas.

—Comprendo —dijo Fauconberg—. Ocupaos entonces de vuestro trabajo, Richard. No os retengo más. Vuestro hermano John estaba aquí mismo no hace ni una hora, impaciente por cruzar el río. Los dos me hacéis sentir orgulloso. Sabéis que vuestro padre también lo estaría.

Como respuesta, Warwick sintió una tirantez en el pecho y que le invadía una oleada de cólera. Inclino la cabeza.

—Gracias, tío. Eso espero. —Gesticuló hacia el río, tan crecido que los márgenes se desmoronaban en trozos de arcilla parda que caían al agua—. Los trabajos marchan bastante bien. Seguiremos camino a la salida del sol.

Lord Clifford no estaba precisamente de buen humor. No le había gustado demasiado que le encargaran cortar el camino de Londres hacia el sur, y estaba casi seguro de que el responsable de que le distinguieran con tal cometido había sido Derry Brewer. El trabajo, sin duda, parecía más indicado para un humilde sargento o para un grupo de gañanes. No había ninguna necesidad de que un hombre de alta cuna hubiera de supervisar a doscientos arqueros y otros tantos hombres armados con hocinos de asta larga, todos ellos caminando penosamente y lanzándole furtivas miradas de resentimiento. Somerset y el conde Percy de Northumberland no habrían consentido que les asignaran semejante tarea, de eso no tenía dudas. Aun así, ya estaba hecho. El puente se había partido a hachazos, y los trozos, arrojados al torrente, se habían desvanecido corriente abajo, como si nunca hubiesen existido. Clifford había ordenado a un capitán que arrancara los pilotes del puente. El hombre había contestado con una sonrisa a todas luces insolente, lo cual le había ganado una docena de latigazos. Aparentemente, se trataba de un capitán estimado por los soldados. O, al menos, los hombres parecían haber interpretado que aquel trato les daba derecho a fusilar con la mirada a lord Clifford mientras regresaban con el grueso de las tropas. El barón, decidido a no responder a aquella hostilidad, mantenía siempre la vista al frente.

—¡Milord! ¡Lord Clifford! —gritó una voz.

Clifford se giró con cierta desazón, pues sabía que la ansiedad en la voz del joven explorador no presagiaba exactamente buenas noticias.

—Informad —ordenó. Se mantuvo a la espera mientras el explorador desmontaba

y le hacía una reverencia, tal como Clifford les había enseñado a hacer.

—Hay tropas en el puente, milord. Ya están cortando maderos y clavándolos.

Clifford sintió que el corazón le daba un brinco al anticipar los posibles acontecimientos. El puente seguía destruido y él disponía de arqueros. Si este era el primer avistamiento del ejército yorkista, se le presentaba la oportunidad de causar estragos en sus líneas. Con la ventaja del factor sorpresa, quién sabe si podría incluso atravesar con una flecha el pecho de Warwick o del mismo Eduardo de York, el falso rey cuya mera existencia provocaba la ira divina. Regresaría ante el rey Enrique y la reina Margarita convertido en un héroe...

—¿Milord Clifford? —El explorador tuvo la temeridad de interrumpir las luminosas visiones que desfilaban ante los ojos del barón—. Os ruego que me perdonéis, milord, pero ¿ordenáis alguna cosa? Están usando los pilotes viejos para atravesar el puente y no tardaremos en tenerlos en el camino, tras nosotros.

Clifford dejó a un lado la cólera que le provocaban las preguntas del joven. Ya sabía él que aquellos malditos pilotes serían un problema. Si el corazón del capitán no hubiese reventado durante los latigazos, ahora lo arrastraría al río para que lo entendiera de una vez.

El sol se ponía y Clifford sabía que tan solo habían cabalgado unos kilómetros desde el puente destruido. Miró a los arqueros, detenidos en torno a él, y de pronto comprendió por qué Somerset había insistido en que se los llevara para cumplir con una tarea en apariencia tan vulgar.

—¡Volvemos al río, caballeros! Tomaremos por sorpresa a esos traidores. Les enseñaremos de lo que son capaces los buenos arqueros.

Los hombres que lo rodeaban se dieron media vuelta y, sin decir palabra, emprendieron un trote rápido que engullía los kilómetros hasta el puente, en una carrera contra la menguante luz del sol.

Oscurecía cuando Warwick se terminó los últimos bocados de una buena trucha, pescada justamente en el mismo río que había estado mirando durante todo el día. La temperatura había descendido aún más, por lo que se había echado unas espesas mantas por encima del jubón y las prendas interiores. Se sentía a gusto tan bien tapado, y ya empezaba a adormilarse cuando oyó el cascabeleo de hombres que marchaban. En la negrura de la tienda, Warwick se incorporó sobre los codos y miró a la nada.

Afuera, al otro lado del río, oyó voces que conminaban a los arqueros a prepararse. Warwick apartó las mantas, atravesó la tienda a la carrera e irrumpió en la noche requiriendo a gritos la protección de los escudos.

El campamento no estaba a oscuras, según constató horrorizado. Había dado orden de continuar los trabajos durante la noche, a la luz tenue y amarillenta de unas antorchas. Los trabajadores del río se perfilaban en la luz dorada, ajenos al sonido de

los hombres que se aproximaban mientras ellos martilleaban y serraban.

—¡Los escudos! ¡Protección contra los arqueros! —aulló Warwick.

Podía ver puntos luminosos esparcidos por todo el terreno, las brasas de las hogueras en las que se había cocinado para cada grupo de treinta o cuarenta hombres.

—¡Apagad esos fuegos! —bramó—. ¡Traed agua!

Fue respondido por gritos de confusión y sorpresa, al tiempo que al otro lado del río resonó una orden. Warwick aspiró una helada bocanada de aire al oír que las flechas silbaban atravesando el cielo, un sonido audible incluso por encima del fragor del torrente. Por puro instinto, Warwick se cubrió la cara con la mano e inmediatamente se obligó a bajarla. Sin armadura, de poco le iba a servir aquel gesto, y no deseaba que sus hombres lo vieran acobardado. A su alrededor, oía el golpe de los dardos contra la madera, el metal o la carne, oía cómo desgarraban la tela de las tiendas y arrancaban gritos ahogados a los soldados que dormían. Cada vez caían en mayor número en su parte del río, solo visibles por las blancas plumas.

Casi no había luz, pues la luna apenas había comenzado su cuarto creciente. Warwick veía fugazmente a hombres en camisa o jubón que agarraban escudos, sacos o cualquier otra cosa. Algunos incluso recurrieron a las planchas de abedul para protegerse con ellas la cara, aunque las flechas las atravesaban y les agujereaban las manos. Warwick sudaba, esperando que una flecha se le clavara en cualquier momento en la carne. Cuando su mayordomo lo agarró por el brazo, el sobresalto le hizo maldecir, antes de darle avergonzado las gracias por el escudo protector que le ofrecía.

Se apagaron por fin las brasas y el campamento se sumió en la oscuridad. Las antorchas del río también habían desaparecido, arrojadas al río por los carpinteros. Warwick era consciente de que el pánico lo estaba dominando. Lo habían cogido por sorpresa y el horrible desconcierto le había superado. Pero los arqueros enemigos no podían moverse de la orilla opuesta, a unos sesenta metros de donde ellos estaban. La respuesta adecuada empezó a abrirse paso en su confusa mente.

—¡Retroceded doscientos metros! ¡Atrás! ¡Moveos! —bramó.

Otros hombres repitieron la orden por encima de los alaridos de dolor y los lamentos de quienes morían. Warwick tenía la sensación de que las flechas volaban en arco justo hacia él, pero en ese momento ya tenía su propio escudo y no se atrevía a quedarse allí quieto. La luz del río había desaparecido, con lo que las aguas no eran ahora más que una extensión de impenetrable oscuridad. Al otro lado, no había una sola antorcha, solo los sonidos de los hombres al moverse y los gritos de befa y escarnio dirigidos a un campamento en completo caos.

Warwick retrocedió, presa de un repentino terror por dar la espalda a los arqueros, mientras los dardos no dejaban de silbar a su alrededor. Algunos de sus hombres se habían atado escudos o planchas de madera a la espalda, pero la única protección efectiva era alejarse hasta quedar fuera de tiro. No había sentido del decoro en aquella desbandada en la oscuridad. El propio Warwick hubo de sufrir golpes y empujones

de hombres que no lo conocían. Cayó al suelo, pero se levantó tambaleándose y se abrió paso a empujones, mientras trataba de contener el miedo ante el peligro de una muerte inminente.

Vio que Eduardo se le acercaba iluminado por llameantes antorchas. Incluso en la oscuridad, los estandartes despedían un resplandor plateado por el reflejo de la luz lunar. La presencia del rey actuó sobre quienes huían como si les arrojaran agua helada a la cara. Dejaron de mostrar una expresión despavorida y los ojos desorbitados, y, llenos de una repentina vergüenza, se detuvieron a trompicones.

—¡Que alguien informe! —les gritó Eduardo. Se había encontrado a su ejército huyendo en la oscuridad y la furia lo consumía. Ninguno de los presentes osaba mirarlo—. ¿Y bien? ¿Warwick? ¿Dónde estáis?

—Aquí, vuestra gracia. He sido yo quien ha dado orden de retirarnos para no estar al alcance de los arqueros. Se han apostado al otro lado del río y no pueden obligarnos a retroceder más.

—Pero yo he de atravesar ese río —dijo secamente Eduardo—. ¿Y cómo voy a hacerlo si no hay un puto puente?

Warwick hubo de tragarse la ira por recibir tal reprimenda por parte del joven. Su tío Fauconberg habló antes de que él pudiera responder.

—Existe otro paso, vuestra gracia, unos cinco kilómetros al oeste.

—¿Os referís a Castleford? —replicó Eduardo—. Lo conozco. Cazaba en estas tierras cuando era niño y... más recientemente también.

En su mente aparecía la imagen de una mujer, en una casa no demasiado alejada de aquel lugar. Isabel, así se llamaba. Se preguntaba si alguna vez pensaría en él. Entonces sonrió para sí: claro, claro que lo hacía.

—Muy bien. Lord Fauconberg —dijo apartando de su mente pensamientos más agradables—, llevaos a tres mil muchachos expertos y corred a ese vado. Aseguraos de que entre esos hombres hay también arqueros. ¿Habéis comprendido? La noche todavía durará un poco. Deberíais estar en la otra orilla antes del alba, más o menos. Veamos si podemos sorprender a nuestros bravos atacantes. —Eduardo despidió con un gesto de la mano a Fauconberg y se volvió hacia el sobrino—. Warwick, encargaos de terminar ese maldito puente. Proteged con escudos a los carpinteros, como ya deberíais haber hecho, o haced lo que sea necesario..., pero proporcionadme un paso.

Warwick, algo envarado, inclinó la cabeza.

—Sí, vuestra gracia —contestó.

Al darse media vuelta, Warwick se alegró de que la oscuridad encubriese la hirviente furia que sentía. Había ayudado a hacer rey a Eduardo, a aquel gigantón de dieciocho años que, según parecía, iba a darle órdenes como a un limpiabotas. Al mismo tiempo, se recordó a sí mismo que no importaba que el joven actuase como un bravucón o un insensato. Lo principal era que el rey Enrique y la reina Margarita cayeran, sobre todo la reina, más que su lastimoso marido. Había cabezas clavadas en

Micklegate Bar, en York, y sabía que debía tragarse cualquier humillación o injusticia con tal de quitarlas de allí.

La tenue luz del alba reveló todo lo que lord Clifford habría deseado ver. Con cuidado de no ponerse a tiro de las flechas enemigas, se acercó tanto como osó hacerlo, hasta divisar la orilla contraria. Entonces negó con la cabeza, incrédulo y entusiasmado. Cuatro de sus capitanes cabalgaban junto a él, y todos se dieron mutuas palmadas en la espalda y rieron maravillados al ver la carnicería y la destrucción que habían causado.

—¡Ya veis, caballeros, lo que se consigue con un buen plan y algo de previsión! —sentenció Clifford—. A cambio de un puente y una mañana de duro esfuerzo, hemos conseguido arrancarle el corazón al ejército de un traidor.

Lo que no habían podido ver la noche anterior era la gran cantidad de hombres que habían muerto en su lecho. Se habían tumbado a dormir en tierra, bien apretados y envueltos en mantas, como si fueran capullos de gusano que se protegieran del frío de la noche. Al apagarse las hogueras, se habían arrastrado para acercarse más al fuego, hasta incluso correr el riesgo de quemarse el pelo y la ropa en su intento por no quedarse congelados. Sobre aquella apretada masa habían caído unas tres mil flechas procedentes de doscientos arqueros, cada uno con entre doce y dieciocho dardos que habían sido disparados a ciegas, hasta que incluso sus acostumbrados hombros ardieron por el esfuerzo. Ninguna respuesta se había producido ante aquella lluvia mortífera que habían enviado al otro lado de las aguas. Ahora, bajo el pálido cielo, Clifford únicamente lamentaba que no hubieran sido más.

En ese momento, seguían reuniéndose centenares de cadáveres que luego se disponían en filas, una tarea que no cesó ni siquiera cuando Clifford se acercó a observar. La mayor parte de los cuerpos yacían donde habían recibido el flechazo, diseminados alrededor de la cabecera del puente, bultos oscuros en un campo de saetas blancas. Unos niños corrían de un lado a otro para hacerse con las flechas, al menos las que se habían clavado en terreno pantanoso y podían recuperarse. Se movían presurosos, cargados con haces cuyas puntas les atravesaban los jubones de lana y sobresalían como si fueran aguijones de abeja.

Además de los inquietos niños y los muertos, una oscura línea de jinetes se aproximaba en silencio, cada vez más ancha, con Eduardo en el centro. La sonrisa de Clifford adquirió un matiz malsano cuando los estandartes de York se alzaron a cada lado del hombre que reclamaba el trono de Inglaterra, el hombre que se atrevía a llamarse a sí mismo rey. No había duda de que se trataba del hijo de York. El caballo que montaba era un garañón enorme, sin castrar, y tan agresivo que lanzaba mordiscos a cualquier otra montura que tuviese cerca. El jinete hizo caso omiso de la presencia de Clifford y sus capitanes. Eduardo simplemente mantuvo flojas las riendas en uno de sus guanteletes y esperó, con la mirada fija. Sobre ellos, el cielo

estaba lleno de nubes de un blanco nacarado; el viento se había calmado casi por completo y el frío era cada vez más intenso.

Los cuatro capitanes de lord Clifford se colocaron junto al barón, en todos ellos visible la cimera del dragón rojo, estampada en la sobreveste blanca que cubría la armadura. A pesar de aquel símbolo orgulloso, Clifford tenía la sensación de que parecían un grupo lastimoso comparado con el de la orilla opuesta, con el falso rey y sus caballeros. Alcanzaba a distinguir los estandartes de York y los de Warwick. Pero no había rastro de Fauconberg ni de los colores del duque de Norfolk. El barón sintió que su tropa, mucho más pequeña, era sometida a un escrutinio similar. Se irguió tanto como pudo sobre la silla.

El más viejo de sus capitanes se aclaró la garganta, pensativo, y se inclinó para escupir en el barro. Corben era un tipo oscuro, sardónico, de mejillas hendidas por profundos surcos que descendían alrededor de una boca que algunos calificarían como avinagrada. Era un veterano con veinte años de servicio a la familia Clifford, y había conocido al padre del barón.

—Milord, quizá podríamos lanzar una última oleada de dardos empapados en aceite y encendidos. Ahora que el sol ha salido, volverá a ralentizar los trabajos.

Lord Clifford le lanzó una mirada de conmiseración, recordando por qué nunca había considerado la posibilidad de ascender a aquel hombre y hacerlo caballero.

—No deseamos precisamente que se demoren más, capitán Corben. Estoy seguro de que su majestad el rey Enrique no ha reunido un ejército de tal magnitud solo para esperar a la primavera. No, ya he conseguido lo que me proponía, ¡y mucho más! Me parece que he asestado el primer golpe en esta «guerra de reyes», como quizá se la llame en el futuro.

Clifford sonrió para sí, imaginando las alabanzas que le aguardaban. Su mirada recorría el río como si este le condujera a su propio futuro, de modo que el barón fue uno de los primeros en descubrir lo que se aproximaba. El capitán Corben miró confuso a su señor al ver que se quedaba blanco como la cera.

—¿Milord? —preguntó Corben antes de mirar él mismo hacia atrás y lanzar un juramento.

A la luz del alba, los campos que bordeaban el río parecían haber cobrado vida y de pronto bullían de soldados a la carrera y caballos a medio galope.

—¡Arqueros! —gritó Clifford de inmediato—. ¡Arqueros en esa línea, al frente!

—No tienen flechas, milord —replicó al instante Corben, por más que Clifford ya se hubiera dado cuenta y tomara aliento para dar una contraorden. El barón lanzó una mirada furibunda a su capitán mientras gritaba a las filas de hombres.

—¡Ignorad la orden! Retirada hacia el norte, todas las filas en buen orden. ¡Retiradaaa!

Los capitanes y los sargentos repitieron esta última orden, al tiempo que agarraban a los desorientados arqueros y los empujaban rudamente para que dieran media vuelta y se alejaran de quienes corrían hacia ellos. Ante la incesante presión

del ejército que se acercaba, aquella operación parecía inacabable. La voz de Clifford rasgó el aire en un bramido de nuevo dirigido a todos.

—Capitanes, ¿es que no podéis hacer que se muevan más rápido? ¡Retirada hacia el ejército principal!

Como si trataran de justificar aquella orden, los primeros arqueros que se acercaban bordeando el río se habían detenido y, ubicados en el límite máximo del alcance de sus armas, tensaban los arcos. Las flechas se elevaron en el aire y, aunque se quedaron cortas, resultaron perfectamente visibles a quienes corrían presentándoles la espalda. No hubo ningún herido, pero la oleada causó pánico entre las tropas en retirada, hasta el punto de que los hombres abandonaron toda disciplina para abrirse paso a empujones. Los arqueros de Clifford, sin armadura ni cota de malla que ralentizara su avance, corrían con mayor rapidez que los demás, por lo que comenzaron a atravesar el resto de las filas y a dejar atrás a quienes los seguían. Además de Clifford, no había más de una docena de hombres a caballo, y todos habían estado en pie la noche entera. Formaban un penoso grupo, con sus monturas cascabeleando mientras se alejaban al trote del río y el puente roto. Tras ellos, se oyó el ulular escalofriante de tres mil gargantas; eran sus perseguidores, que gritaban imitando a los búhos o los lobos a medida que acortaban la distancia.

Lord Clifford, esforzándose por contener su creciente temor, llamó a Corben a su lado.

—Enviad un jinete en busca de refuerzos, a alguien rápido. Deberíais haber desplegado exploradores para que me hubieran advertido a tiempo, Corben.

—Sí, milord —respondió Corben, asumiendo la amonestación sin alterar su expresión y manteniendo su habitual mirada rapaz—. Ya he enviado al joven Anson, milord. Es pequeño y su caballo es el más rápido que tenemos.

Por un momento, Clifford consideró la posibilidad de llevarse consigo a Corben. Aquel hombre había servido a su familia durante veinte años, si bien lo había hecho sin distinguirse especialmente.

Clifford miró de nuevo detrás de su capitán y negó con la cabeza, temeroso por la proximidad del enemigo.

—Quizá yo... —Movi6 la boca tratando de articular las palabras adecuadas—. Yo puedo ir más rápido y llegar más lejos que los hombres de a pie, Corben. Quizá...

—Entiendo, milord. Os juré lealtad a vos... y a vuestro padre. No es algo que me tome a la ligera. Si cabalgáis al norte, tras Anson, nosotros podemos contenerlos aquí durante un tiempo.

—Veo que lo entendéis —dijo Clifford asintiendo con firmeza—. Bien. Soy... valioso... para el rey. —Dándose cuenta de que aquellas palabras resultaban insuficientes ante un hombre al que abandonaba a una muerte segura, se mordió la parte interna del labio inferior durante unos valiosos instantes.

Corben se removió en la silla mientras su montura caracoleaba hacia un costado.

—Milord, casi los tenemos encima. Debo ocuparme de los hombres.

—Sí, sí, por supuesto. Solo quería decir... No se le puede pedir más a un servidor, Corben.

—¡Desde luego que no, milord! —respondió Corben en tono cortante.

Clifford lo miró confuso mientras el adusto capitán hacía girar al caballo y se alejaba a medio galope, las pezuñas de su montura levantando gruesos trozos de tierra húmeda. El barón esperó lo suficiente como para ver planear la primera oleada peligrosa de flechas, que cayó sobre las últimas filas en retirada como garras que se hincaran en la carne de los hombres. Los soldados no podían protegerse mientras huían y Clifford se dio cuenta de que muy pocos sobrevivirían. El barón miró más allá de sus propias líneas, hacia los jinetes que se acercaban a medio galope por ambos flancos. Tragó saliva y sintió súbitamente como si le estrujaran el estómago y la vejiga, al tiempo que el corazón se le desbocaba. Aquellos soldados que aullaban eran hombres que la noche anterior habían visto cómo mataban a sus amigos y capitanes, a quienes habían arrebatado la vida con una lluvia de flechas silbantes disparadas en la oscuridad. Ahora no tendrían piedad de ellos, y cada uno de los que huían lo sabía.

Clifford levantó la vista al notar que algo frío le tocaba la cara. Estaba nevando, suavemente, los primeros y leves copos seguidos por más y más, hasta que la blancura parecía caer con ellos y envolver el mundo entero. El barón apenas podía distinguir los oscuros jinetes del otro lado del río, o las filas de hombres que corrían hacia él en ese lado de la corriente. Se limpió el ojo y, picando espuelas, hizo que el sobresaltado caballo se alejara al galope.

Eduardo de York echaba chispas al ver lo que estaba ocurriendo al otro lado del río, apenas a cuatrocientos metros de su posición. Su propio caballo percibía la marejada de sus emociones. El animal resoplaba y cabeceaba con brusquedad, lo que hacía que las escamas metálicas de su peto chocasen entre sí y repiqueteasen. Las otras monturas de la línea respondían con relinchos y bufidos, hasta que Eduardo extendió la mano y, con unas palmadas que arrancaron polvo del cuello del animal, consiguió calmar sus nervios.

Se inclinó hacia delante en la silla para ver mejor hacia la otra orilla y a los carpinteros de Warwick, que estaban a punto de acabar el trabajo. La última carga de madera se había transportado ya sobre la desvencijada línea de planchas, cuya anchura solo permitía pasar un caballo o dos al mismo tiempo. Toda la primera fila del ejército de Eduardo esperaba para atravesar aquel atascadero. Los veteranos encaraban la operación como un problema táctico; preparaban los equipos de piqueros a fin de lanzarse los primeros y establecer una posición segura al otro lado, momento en el que ya podrían aparecer los caballeros sobre sus monturas para perseguir al enemigo que huía. Sería una tarea difícil y peligrosa. Mientras tanto, del blanco cielo no dejaban de caer copos que se fundían en el río Aire con el sonido de

un soplo.

Todos los partidarios del rey percibían el creciente nerviosismo, la tensión que se acumulaba en el aire. Fauconberg hacía sonar cuernos de caza en la orilla opuesta, mientras sus hombres, ululando como rufianes, perseguían a un enemigo sin flechas que los mantuviera alejados. Todo indicaba que se avecinaba una bien justificada matanza, y los soldados de Eduardo deseaban tomar parte en ella, hasta el último de ellos.

Warwick centraba su atención en los hombres que martilleaban y encajaban las clavijas en los agujeros para unir las planchas, que después se claveteaban con clavos como de crucifixión, a fin de asegurarlas a los pivotes del puente. El río bajaba rápido y profundo; si se apresuraban demasiado y el puente cedía, significaría la muerte para quien cayera al agua. Pero todos podían ver cómo el dragón rojo de Clifford se alejaba, con su sinuosa cola parecida a una serpiente. Desde luego, Eduardo sí lo había visto. Aquel hombretón se había estremecido al reconocer al lord que había asesinado a su hermano en el castillo de Sandal. Quería a Clifford a toda costa, por lo que a punto había estado de arrojarle con su caballo al agua para arriesgarse a cruzar.

Warwick emergió de sus cavilaciones cuando Eduardo habló. Al principio, su voz se dirigía solo a quienes le rodeaban, pero luego el joven se detuvo y repitió las mismas palabras gritando a pleno pulmón, para que todos las oyeran.

—Sabéis que la costumbre en la batalla es matar a los hombres del pueblo y perdonar a los nobles que se rinden o demandan ser rescatados. —Negó con la cabeza, mientras una expresión de profunda amargura le retorció la boca—. A mi padre no se le dio esa oportunidad. A su gran amigo, el conde de Salisbury, tampoco. Ni tampoco a mi hermano Edmundo. Por tanto, esto os digo ahora y esto es lo que ordeno: matad a los nobles. Obedeced esta orden mía. —Tomó aliento brevemente, lo que hizo que crujiere su armadura—. No permitáis ningún rescate. No aceptéis rendiciones. Deseo mantener a mi pueblo con vida. Pero no deseo lo mismo para las ponzoñosas casas que se levantan contra mí. Ni Northumberland, ni Somerset, ni Clifford, aunque este ha de ser mío si antes no es víctima de la fatalidad. A menos que se rompa el cuello, lo hundiré en la tumba en este mismo día. —Eduardo hizo otra pausa, complacido de que ni un solo hombre hablara, de que parecieran oírlo sin ni siquiera respirar, mientras el aire se llenaba de una nieve cada vez más espesa—. Esta mañana va a derramarse sangre, un torrente como este que vais a cruzar. Así debe ser, para lavar las viejas heridas antes de que nos maten a todos. Por ellas hemos ardido de fiebre, pero ahora serán sajudas y drenadas aquí, en esta nieve.

Algo más adelante, en el río, los hombres de Warwick levantaron los brazos para indicar que habían acabado la tarea y se apresuraron a cruzar a la otra orilla, donde permanecieron vigilantes. Ni las fuerzas de Clifford ni las de lord Fauconberg estaban a la vista, pero si eso ocurría era, en parte, porque el mundo se había cerrado a su alrededor y los remolinos de nieve les impedían ver a lo lejos. Eduardo miró al otro lado del río y observó los copos que caían con leve rumor en las aguas. Nadie

quedaba allí, ni un enemigo que pudiera amenazar a sus hombres, y eso le hizo perder la paciencia.

—Que me aspen si voy a quedarme quieto —dijo con brusquedad—. ¡Si deseáis mostrarme vuestra lealtad, seguidme ahora!

Se puso el yelmo y, picando espuelas, se lanzó adelante. El gran caballo de batalla pateó a lo largo del improvisado puente, lo que hizo que los nuevos clavos y ensambles retemblaran bajo el peso de jinete y cabalgadura. Los portaestandartes y caballeros se precipitaron tras él, tratando de no perderlo de vista entre la blancura que difuminaba su silueta.

El resto cruzó en una columna presurosa, sin huecos entre los hombres, moviéndose casi pegados unos a otros o presionando contra el siguiente hombre de la fila, mientras que los de delante avanzaban sin pérdida de tiempo para dejar más espacio. Fueron millares los que cruzaron y formaron en cuadro al otro lado, sobre la nieve que se acumulaba en la tierra y cubría los campos de blanco.

Lord Clifford se dio cuenta de que había perdido el camino principal cuando los cascos de su caballo dejaron de sonar con un golpe nítido y empezaron a retumbar sordamente sobre la tierra arada y helada. Pero no se atrevió a detenerse para tratar de encontrarlo de nuevo, pues el mundo entero se había reducido a unos escasos cien metros en cada dirección.

Cabalgaba a gran velocidad por el valle mientras buscaba con la mirada, pero sin ser capaz de ver más que un arco de terreno que desaparecía algo más adelante. Todo lo demás permanecía oculto tras una cortina de espesos copos que flotaban y se arremolinaban, pero sin dejar nunca de caer, hasta obstruir el mismo aire. Su único consuelo era que el muchacho mensajero, Anson, estaría bastante más adelante o incluso ya en el campamento real. Si Anson era tan rápido como Corben había asegurado, tal vez ya hubiese transmitido las noticias, de modo que un contingente de soldados podría estar recorriendo a toda prisa el camino en ese mismo momento, dispuestos a saltar sobre quienes lo perseguían. ¡El cazador cazado! Rio al pensar en ello.

Clifford notó que tiritaba mientras cabalgaba. Tenía que quitarse lágrimas heladas de los ojos, y no dejaba de mirar a cada poco por encima del hombro, en busca de algún signo de persecución. Sin duda, el capitán Corben y los cuatrocientos hombres que le habían acompañado para cortar el puente estaban ahora muy atrás, cumpliendo con el deber de contener a sus perseguidores. Apretando los dientes, Clifford hubo de aceptar que les pasarían por encima y los matarían.

Aquello no sería bien recibido en el campamento del rey. Sacudió la cabeza por lo que le parecía una injusticia. ¡Si hubiera dejado el río mientras todavía era de noche! Entonces todavía no nevaba, los posibles perseguidores nunca lo habrían atrapado, y él habría regresado sano y salvo junto al grueso de las tropas con una gran historia

que contar. Maldijo su mala suerte. Todo lo que Somerset y Percy oirían ahora sería que Clifford había perdido cuatrocientos hombres, entre ellos doscientos valiosos arqueros. Resultaba descorazonador, y todo por haberse quedado a ver la destrucción causada durante la noche.

Su montura tropezó y dio una violenta sacudida. Clifford maldijo al animal mientras tiraba de las riendas y conseguía rehacerse, jadeante por el miedo a caer en una tierra tan dura. Se detuvo un instante y escuchó los gritos y demás sonidos de lucha que se oían en la lejanía. Resultaba casi imposible juzgar la distancia con aquella nevada, pero al menos dentro de su campo visual no había nadie. Si su caballo le fallaba, sabía que quedaría tan desamparado y vulnerable como el más miserable de los soldados de a pie. Apretó las rodillas y el caballo resopló indeciso antes de arrancar al trote. Las manos y el rostro descubiertos de Clifford se iban entumeciendo con rapidez. Bajó la barbilla y parpadeó para protegerse de los copos de nieve, simplemente tratando de resistir.

El campamento principal se hallaba apenas a veinte kilómetros de Ferrybridge, aunque esa distancia parecía un mundo en aquel momento. Además, seguro que Somerset habría desplegado exploradores. No pasaría mucho tiempo antes de que Clifford estuviera caliente otra vez, describiendo el papel fundamental que había desempeñado en la masacre del ejército de York, algo que sin duda los obligaría a retrasar su entrada en combate. Clifford había oído que cierto condado de Kent estaba libre y nadie reclamaba el título. Uno de sus capitanes había estado bebiendo con Derry Brewer y al jefe de espías se le había escapado aquella sabrosa información cuando ya iba bastante cargado. No parecía descabellado que el título fuera a parar al lord que había defendido Ferrybridge contra el ejército entero de York. Las bajas entre los hombres de Clifford, no tan importantes, seguramente se olvidarían ante una noticia de semejante trascendencia.

Derry Brewer detuvo su montura, Retribución, y observó detenidamente al jovencuelo que se debatía entre dos impasibles centinelas, sin la menor posibilidad de librarse de la férrea sujeción a que lo sometían aquellos hombres.

—¡Soltadme, estúpidos! —chilló Anson en un estado absolutamente frenético, como un zorro que hubiera caído en una trampa—. ¡Traigo noticias de vital importancia de parte de lord Clifford!

Se había puesto todo rojo, y Derry se dio cuenta de que no era más que un muchachito rubio, de catorce o quince años a lo sumo, y ni siquiera bien desarrollado.

Derry desmontó con un gruñido, dejó las riendas en manos de uno de los guardias y, junto con el otro, procedió a ocuparse del joven. Vio un caballo gris que descansaba cerca de ellos, con las riendas sueltas mientras escarbaba la nieve en busca de hierba. El mozo seguía sofocado, y un lado de la cara empezaba a hincharse como resultado de algún golpe recibido en la mejilla.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó Derry.

—Nathaniel Anson, señor. Si podéis decirle a estos... hombres que me suelten, soy mensajero y heraldo de milord John Clifford.

—¿Cómo es posible? ¿Clifford? Está en Ferrybridge, entretenido con un asunto. Allí lo encontrarás.

—¡No! ¡Soy yo el que viene de allí, señor! Tengo una información para lord Somerset.

—Somerset es un hombre ocupado, hijo —repuso Derry, picado por la curiosidad—. Puedes contarme a mí lo que te han encargado decir. Yo lo transmitiré a los oídos adecuados.

El mozo Anson se hundió entre los brazos que lo mantenían en pie. Se moría por contar las noticias, pero parecía evidente que no le dejarían ir más allá de los centinelas sin al menos revelar una parte de la información.

—La vanguardia del ejército de York ha alcanzado el río Aire, señor. Algunos de sus hombres han cruzado más abajo del río y amenazan a la tropa menos numerosa de milord Clifford. ¿Comprendéis ahora la urgencia, señor?

—Desde luego —contestó Derry—. Pero no podemos dejar que cualquier jovencuelo exaltado entre hasta el corazón de un campamento armado solo porque pida paso a gritos. ¿Verdad que no, muchacho? Aquí seguimos unas reglas, porque si no ese joven podría encontrarse con una flecha clavada en el pecho, por ejemplo, o con un ojo hinchado. ¿Entendido?

El joven, con el rostro en llamas, farfulló unas palabras de asentimiento.

Derry inclinó repentinamente la cabeza hacia el centinela más próximo.

—Id, Walton. Tomad el caballo del muchacho y transmitid la noticia de York a Somerset y a los capitanes, y a lord Percy si lo encontráis. Deben prepararse para defender el campamento, o bien para salir con las tropas, eso no me concierne.

El centinela saltó sobre el caballo gris de Anson, lo que hizo que el animal cabeceara y al muchacho se le escapara un resoplido de furia. El propio Derry agarró al joven por el jubón, por si acaso se le ocurría correr tras ellos.

—Veamos —dijo cuando el centinela hubo desaparecido en el borroso paisaje de la nevada. Notó que Anson tiritaba violentamente, sin duda por el sudor ahora convertido en hielo, después de tan precipitada cabalgada. Derry se sintió impresionado por la determinación de aquel muchacho, aunque eso no le hizo desviarse de su principal interés—. ¿Dices que amenazan a lord Clifford? —inquirió—. Cuéntame eso.

—Cuando salí de allí, vi que dos mil, puede que tres mil hombres, se acercaban por nuestra orilla. Debían haber encontrado un vado...

—Sí, sí, hay uno en Castleford, a menos de cinco kilómetros al oeste —replicó Derry—. ¿Y a cuántos buenos muchachos tenía lord Clifford con él?

—Unos pocos cientos, señor. ¡Ni siquiera un hombre por cada docena del enemigo! Aquellos soldados se acercaban corriendo como..., bueno, en gran número.

Ahora, por favor, dejadme marchar. Si es que podéis prescindir de algún caballo, aunque ese hermoso animal era mío, un regalo. Debo regresar al lado de mi señor, para caer con él si así ha de ser.

—Vaya, vaya, por Dios bendito —dijo Derry—. Pero si pareces un muchacho educado. ¿Eres su bastardo? ¿O quizá su catamito? Bien es cierto que yo no le tengo en gran estima, pero la verdad es que nunca he oído que se interesara por...

Le sorprendió recibir aquella bofetada, sobre todo por proceder de quien procedía. Anson había levantado el brazo y lo había descargado con toda la fuerza de que era capaz. Derry se dio la vuelta sorprendido, mientras una sonrisa aparecía en su rostro.

—Cómo os atrevéis, señor —comenzó Anson.

Derry se rio de aquella reacción. Levantó el puño y vio que el joven reprimía un gesto de protección, pero que luego se armaba de valor para mantenerse despreciativo ante cualquier golpe que pudiera recibir. Derry abrió la mano que aferraba el jubón y Anson cayó al suelo y retrocedió a gatas.

—Muchacho, si he de salvar a tu señor de su propia estupidez, necesitaré reunir un buen número de hombres duros y violentos, y luego cabalgar hasta allí. Regresa ahora por el camino, antes de que con esta nieve te quedes congelado. ¡Vete! Ya has informado. Soy maese Brewer, ayudante del rey Enrique. No voy a fallarte.

Dijo esto último con ademán teatral. El joven se puso trabajosamente en pie y a todo correr se perdió en la nevada.

Derry aguardó un rato, hasta estar seguro de que el muchacho se había ido. Cuando se hizo el silencio, se volvió al centinela, quien seguía en pie y mirándolo, a la espera de órdenes.

—¿Y bien? —dijo Derry.

El hombre se encogió de hombros y no dijo nada. La falta de respuesta no fue suficiente para Derry, quien se aproximó a aquel guardia más alto que él.

—¿Cómo está vuestra esposa? Se llamaba... Ethel, ¿no es así? Una buena pieza en camisa de noche. Una buena hembra, de cuerpo fuerte.

El guardia se sonrojó y desvió la mirada.

—No, no se llama Ethel. Pero no es necesario que me amenacéis, maese Brewer. Yo no he visto nada, ni he oído nada.

—Así me gusta. Quizá haya también una bolsa para vos, joven. No me gusta amenazar a un buen hombre, aunque es cierto que algunos lo necesitan. ¿Deseáis preguntarme algo sobre lord Clifford?

—No, maese Brewer. No tengo ningún interés.

—Ese es el espíritu, muchacho. El Señor da y el Señor quita. Aseguraos de estar presente cuando dé... y de hallaros en otro lugar cuando quiera quitároslo.

El jefe de espías rio y se frotó la cara, todavía escocido por el bofetón del muchacho. El frío invernal hacía que pelear resultara un auténtico calvario, pues el clima debilitaba a los hombres, las heridas dolían más y las piernas se quedaban rígidas y entumecidas. No en vano las guerras se hacían en primavera y verano;

cualquier cosa era mejor que aquella maldita nieve.

Derry desechó sus recelos. Había tomado una decisión: no haría absolutamente nada. Unos kilómetros al sur, lord Clifford debía de estar sumido en una creciente desesperación, buscando el campamento real en un mundo donde todo había desaparecido en el blanco. Derry rio ruidosamente al pensarlo. No se le ocurría nadie que se lo tuviera más merecido.

Clifford se detuvo de nuevo y escuchó. Era extraordinario cómo todos los ruidos quedaban engullidos por la nevada. Lo único que oía era su propia respiración dentro del yelmo, hasta que decidió quitárselo para girar la cabeza atrás y adelante, con el oído aguzado por si percibía algún sonido. La nieve traía consigo una quietud desmesurada, incluso los pequeños ruidos del caballo y la armadura se magnificaban. Podría perfectamente estar cabalgando por una llanura uniforme, por algún valle inmenso y vacío, sin rastro de ningún otro ser humano. Sabía que, en ese mismo momento, había ejércitos que avanzaban para pelear y morir, pero no percibía el más mínimo indicio de su presencia. De pronto, le asaltó la enloquecedora sensación de que quizá había vuelto atrás inadvertidamente. Hacía mucho que había perdido el camino y las huellas de su caballo desaparecían en el acto. Habría tal vez unos diez centímetros de nieve en la tierra, o quizá el triple; ni lo sabía ni le importaba. Se imaginó cabalgando en círculos hasta tropezar con sus enemigos o, más probablemente, hasta morir congelado. Resultaba exasperante, pero lo único que podía hacer era continuar, seguir buscando algún signo del campamento real. Nunca veinte kilómetros le habían parecido tan largos como esa mañana. El mismo aire se ahogaba en aquel silencio.

Un punto oscuro que apareció a lo lejos, a su izquierda, atrajo su atención. No era más que un borrón, pero llamaba la atención en aquel mundo de absoluta blancura. Hasta los árboles habían perdido su forma oscura bajo la intensa nevada. Clifford estiró el cuello, se quitó bruscamente los copos de la cara y se esforzó por discernir alguna cosa en aquel campo.

A lo lejos veía algo que se movía, y había más de una forma. Oyó sus propios latidos y sintió que la garganta se le secaba. Si aquellos hombres eran guardias del campamento real, entonces estaba a salvo. Si no lo eran, se hallaba en peligro mortal. Presa de la inquietud, enrollaba las manos en las riendas. Tras un instante de reflexión, desenvainó la espada y se la puso delante del pecho, para tapar el dragón rojo. Lo mejor sería prepararse para la lucha, aunque su instinto le empujaba a huir.

—¡Hola, soldados! —llamó—. ¿Qué estandarte?

Quienesquiera que fueran aquellos hombres, caminaban fatigosamente por la nieve. Debían, pues, ser reclutas, hombres del pueblo armados con hocinos de hierro y madera de haya, como los cazadores del bosque. Con aquella nieve, no osarían atacar a un lord a caballo, por si acaso se trataba de uno de los suyos. Clifford dio gracias de que la sobreveste con el dragón rojo fuera de tela blanca. Así podría acercarse antes de que lo identificaran y, si eran hombres de York, emprender la huida al galope. Colocó el yelmo en el cuerno de la silla y, lentamente, avanzó en diagonal hacia la columna, más y más cerca con cada paso, jadeando cada vez más fuerte.

Oyó que le contestaban a gritos, si bien no llegaba a entender lo que decían. Clifford maldijo la ausencia de estandartes en la columna. Algo empezaba ya a

delinearse entre la blancura, oscuras líneas de hombres que aparecían en los bordes de su campo visual. Oyó un retumbar de cascos a poca distancia y le entró pánico, súbitamente consciente de que su montura estaba tan agotada como él mismo y que, por tanto, los otros serían más rápidos que él. Sin embargo, era una locura huir de la seguridad de las tropas reales, así que aguantó allí, con los dientes castañeteando de frío.

—¡Eh, los de ahí delante! ¿Qué estandarte? —volvió a preguntar al tiempo que asía con más fuerza las riendas y la espada. Un asta apareció ante él y entonces empalideció: eran los mismos cuarteles de diamantes rojos y rampantes leones azules que le habían hecho huir del río Aire. Era Fauconberg. Mientras Clifford miraba boquiabierto y horrorizado, comprendió que había dado la vuelta, que había cabalgado al encuentro de quienes lo perseguían. Al instante se dio cuenta de que aquellos hombres eran arqueros, cientos de ellos. Lo habían visto, lo habían oído llamar con gritos amortiguados por la nevada.

El barón empezó a hacer girar al caballo, demasiado tarde y demasiado despacio. Varias docenas de hombres habían oído aquella voz solitaria y tratado de encontrar a su dueño. Al ver a un jinete con armadura, reaccionaron como arqueros: sacaron flechas de las largas aljabas y, como quien respira, fijaron la garganta del culatín, tensaron y, apuntando instintivamente, lanzaron disparos rectos que se perdieron en la blancura, invisibles en el instante mismo en que salieron del arco.

Clifford recibió un fuerte impacto en el costado y otro en la espalda, y jinete y caballo se tambalearon mientras el animal relinchaba y se encabritaba. Otro dardo atravesó entonces la garganta del barón, quien se agitaba presa de un pánico ciego, tratando de separarse del animal antes de que este cayera y lo aplastara. Sir Clifford ya estaba muerto antes de caer desplomado al suelo, donde la armadura crujió con metálicas protestas cuando el caballo rodó por encima de él, pataleando.

Los que habían disparado no podían abandonar su posición en la formación, aunque no por eso dejaron de vitorear y levantar los arcos, para que los demás soldados se dieran por enterados de su pericia. Otra sección de la columna llegó adonde yacía el destrozado cuerpo de Clifford y, con satisfacción, identificó el dragón rojo sobre blanco. Un sargento hizo que tres hombres custodiaran el cuerpo y los mensajeros corrieron a transmitir la noticia a Eduardo. Otro más fue enviado a Warwick y Fauconberg, para que también acudieran a constatar el hecho.

Los comandantes del ejército de York no tardaron demasiado en alcanzar el lugar. Fauconberg, el primero en llegar, observó con expresión lúgubre la descompuesta figura de Clifford. Se había extendido la noticia de que Eduardo no toleraría que se aceptaran rescates, lo cual había causado cierto malestar. Un hombre del pueblo podía ganar una fortuna en el campo de batalla si apresaba al hombre adecuado. Aun así, quienes iban armados con hocinos esperaron con temor reverencial a que Eduardo llegara y, cuando estuvo ante ellos, hincaron la rodilla en la nieve. Warwick y Fauconberg imitaron el gesto, una muestra de homenaje a Eduardo con miles de ojos

como testigos.

Eduardo miraba fijamente el cadáver. Extendió el brazo y agarró a Clifford por el pelo para girarle la cabeza y ver bien aquella cara rígida, ya distorsionada por la superficie contra la que yacía un momento antes.

—¿Este es el cobarde que mató a Edmundo?

Warwick asintió y Eduardo suspiró para sí y dejó que la cabeza cayera con un golpe sordo.

—Ojalá hubiera sido por mi mano, pero lo que importa es que está muerto. Mi hermano puede ahora descansar: este gallo ya no cantará más en su gallinero. Muy bien. Seguimos camino, milores, aunque no vea más allá de donde alcanza un escupitajo. ¿Alguien ha visto a Norfolk? Hace demasiado que no veo sus estandartes. ¿No? Esta nieve es mala cosa para la batalla. Avisad en cuanto veáis al enemigo, o si avistáis el ala que hemos perdido. —Inspiró y espiró fuertemente por la nariz, tratando de controlar su ira y nerviosismo—. Los hombres capturados dicen que el campamento principal está en Tadcaster. Ya no puede quedar lejos. Ahora adelante, y soplad los cuernos en cuanto los veáis temblar y arrojar las armas, aterrorizados ante vosotros.

Los hombres allí congregados rieron al tiempo que se iban alejando.

—Su alteza —lo abordó Fauconberg—, sigo estando por delante de vuestro cuadro central. Sé que es el ala del duque de Norfolk la que primero debería atacar, pero la nieve... me ha hecho pensar en algo. Dispongo de mil arqueros, su alteza. Los podría utilizar como elemento sorpresa para romperles el cráneo a quienes nos están esperando, con vuestro permiso. A menos que el duque de Norfolk lo considere un desaire.

Eduardo se giró, su preocupación oculta bajo una sonrisa. Le había complacido que el tío de Warwick utilizara el tratamiento real con toda normalidad, como si siempre hubiera sido así.

—Tal vez si milord Norfolk estuviese aquí, así lo consideraría, pero parece que mi ala más fuerte se ha alejado más de lo que me gustaría. Sí, tenéis mi permiso, lord Fauconberg. Os enviaré a otros mil arqueros, si avanzáis con calma durante los próximos dos kilómetros.

Observando que Warwick seguía allí, Eduardo sonrió.

—¿Os encargaréis del centro conmigo, Richard? —preguntó.

—Así lo haré, su alteza —contestó Warwick, complacido. En ese momento, solo podía negar con la cabeza, incrédulo y maravillado ante aquel joven rey erigido a partir del barro.

Eduardo se volvió hacia las tropas que lo miraban atentamente, con los ojos brillantes de excitación. Él la percibió y desechó su inquietud por Norfolk y sus ocho mil hombres, desaparecidos en la nieve justo cuando más los necesitaba.

—Adelante, muchachos. Hoy haremos caer a un rey. Este de aquí no era más que su perro.

Todos lo vitorearon y retomaron la marcha, pateando fuerte en el suelo para devolver la sensibilidad a los pies congelados. A su alrededor, la quietud perfecta se desvaneció para dar paso a un fuerte viento que les mordía la cara y las manos desnudas. El inquietante silencio había desaparecido, pero aquel frío era peor. El vendaval parecía propulsarlos hacia delante y les escupía fragmentos de hielo en la ya entumecida carne. Muchos de ellos, al marchar miraban a izquierda y derecha a lo largo de su misma línea, siempre decepcionados por discernir tan poco de la formación. El aire estaba cargado de copos de nieve que los azotaban y se introducían por cada pliegue y costura de las ropas. Ciegos por la nieve y tiritando mientras caminaban, lo único que podían hacer era seguir adelante, con la cabeza agachada.

William Neville, lord Fauconberg, hizo que su gran cuadro de la izquierda se adelantase a la sección central del rey, exhortando a los capitanes para que se adentraran rápidamente en la blancura de los campos. Por delante, sus exploradores se habían esfumado en la nieve, y su único deseo ahora era acercarse a las formaciones de Lancaster lo más rápidamente posible. Él y sus hombres ya habían tenido que luchar ese mismo día, si bien aquello había parecido más bien una matanza, pues habían sido tres mil los que habían caído sobre los cuatrocientos de Clifford, y de estos la mitad iban solo armados con palos de arco y cuchillos. La desigualdad de fuerzas no había preocupado a sus soldados. En todo caso, aquella fácil matanza de enemigos exhaustos los había fortalecido y hecho disfrutar. Una docena de veces, Fauconberg había presenciado cómo uno de sus muchachos apaleaba a algún hombre caído, cómo descargaba cuatro o seis golpes con un hacha de petos hasta machacarle los huesos y sembrar la nieve de gotas rojas. Se mostraban tan crueles como diestros con aquellas herramientas que les habían dado. Eran buenos muchachos, pensó. Cumplirían.

Por el momento, sin embargo, su pensamiento se centraba en los arqueros, quienes seguían avanzando dificultosamente, cargados con aljabas que contenían dos docenas de flechas por cabeza. Fauconberg, montado junto a ellos, levantó la cabeza y sintió el viento ahora más recio que los golpeaba desde el suroeste, con ráfagas que atravesaban la nieve y se convertían en un látigo de hielo. Las rachas se recrudecían e incluso podía ver parches más oscuros en la blancura general, pues los arbustos y árboles solitarios cedían bajo el peso de la nieve y quedaban libres, solo para recibir de nuevo los rumorosos copos.

Algo más adelante, a poca distancia, estaban las tropas del rey Enrique y de la reina Margarita, en su interior no le cabía duda. Los pocos hombres que habían capturado por la mañana habían largado todo lo que sabían, cualquier cosa que les preguntaran, con tal de salvar la vida. Fauconberg no sabía si después se los había perdonado o matado. Lo que le inquietaba era la cercanía del campamento de Lancaster. Sus hombres habían caminado durante media mañana, aunque con ritmo

forzosamente lento a causa de las acumulaciones de nieve. Por un terreno que nunca era llano, habían dejado atrás algunas granjas aisladas y alguna oveja que balaba mientras huía a la carrera. Sin una queja, sus hombres habían salvado colinas y escarpaduras y cruzado valles enteros. No sabía si marchaban por él o quizá por la reciente lealtad al rey Eduardo de York. Lo cierto es que, en su opinión, eso no importaba. Ordenó a los arqueros que se adelantaran y formaran una amplia primera línea, cada hombre con su preciado arco envuelto en cuero engrasado para protegerlo. Sin las largas astas de las picas, serían vulnerables a los jinetes, pero Fauconberg, como su comandante, asumía el riesgo bajo su responsabilidad. El viento, cada vez más fuerte a su espalda, los empujaba hacia las fauces del enemigo. Eso también podría serles de ayuda.

Por fin, cuando descendían una ladera, dos de sus exploradores le salieron al encuentro. Una de sus monturas cojeaba ostensiblemente, tras haberla forzado a cruzar por terreno abrupto. Pero había que asumir ese y otros riesgos si querían sobrevivir; sencillamente era así y no había vuelta de hoja. Fauconberg saludó al joven que desmontó ante él, y luego hizo lo mismo con su compañero, quien tras detener su galope saltó al suelo tambaleándose de pura excitación. Ambos tenían la cara sonrosada y helada mientras señalaban atrás, hacia la ruta por la que habían llegado. Aquella sencilla gesticulación tenía un claro motivo, porque la nieve se había vuelto más impenetrable y el viento la levantaba en remolinos, de modo que el mundo entero se había emborronado en una niebla de copos danzantes.

—Cuatrocientos o quinientos metros, milord —jadeó uno de ellos—. Banderas de Lancaster. Han decidido apostarse allí y esperar.

—He visto picas, milord —terció el otro explorador, que no quería ser menos—. Forman una hueste como... las púas de un erizo. La nieve tapaba a muchos de ellos, pero eché cuerpo a tierra y me arrastré hasta oírlos respirar y ver que nos estaban esperando.

Fauconberg se estremeció. Nadie guerreaba en invierno, lo cual significaba que nadie sabía qué esperar ni cuál era el mejor modo de aprovechar la extraordinaria circunstancia de dos ejércitos que, sin saberlo, estaban prácticamente pisándose las capas unos a otros. Disponía de dos mil arqueros, contando con los refuerzos que le había enviado Eduardo. Sentía la confianza del joven rey como un peso en los hombros, pero no como una carga. Se persignó y besó la cimera familiar de su anillo signatario.

—Bien, muchachos. Todo lo que pretendo hacer depende de vuestra pericia. Calcular correctamente la distancia será la clave. Mientras transmito las órdenes, me gustaría que midierais los pasos hasta allí, cada uno por su lado, y que luego me dierais vuestro cómputo. Acercaos tanto como os atreváis, pero sobre todo que no os vean, o estaremos todos perdidos. Tenemos la ocasión de desparramarles las entrañas sobre esta nieve si hacemos las cosas bien. ¡Adelante!

Los exploradores se alejaron rápidamente, sin sus monturas. Fauconberg llamó

con un silbido a sus capitanes. Los sonidos que estos hacían al acercarse quedaban engullidos en la nevada, por lo que Fauconberg imaginó la sensación que tendría el enemigo mientras esperaba, con los oídos aguzados, sin saber verdaderamente cuán sordos y ciegos se habían quedado.

Fauconberg transmitió las órdenes y aguardó a que regresaran los exploradores, con un miedo terrible a oír un grito repentino y una llamada a las armas, lo que significaría que habían detectado y comunicado su presencia.

Los dos jóvenes retornaron con apenas unos momentos de diferencia.

—Quinientos veinte —dijo el primero.

Su compañero lo miró desdeñosamente.

—Quinientos sesenta —dijo.

—Muy bien, caballeros —terció Fauconberg—. Con eso será suficiente. Montad de nuevo y estad preparados.

Transmitió las órdenes y los expectantes capitanes y sargentos bajaron las picas a la altura de la cintura de sus hombres para cerrarles el paso. Resultaba imposible contener a tantos sin hacer ningún ruido, pero con voces amortiguadas y tenues la consigna se fue transmitiendo por toda la línea, hasta que todos quedaron inmóviles. Los arqueros de Fauconberg avanzaron entonces lenta y silenciosamente, por delante del resto de las tropas. Fueron aumentando la distancia de separación, hasta que toda la sección de dos mil arqueros desapareció en la blancura.

El duque de Somerset recorrió a medio galope la formación, líneas de hombres expectantes hasta donde alcanzaba la vista, resistiendo la nevada. Era un impresionante despliegue. Además de piqueros y arqueros, había una enorme cantidad de hombres armados con hocinos, hachas de petos y espadas. Los hombres aguardaban a pie o bien a caballo, como en el caso de los embarrados escuadrones de caballeros que se ubicaban en cada flanco. Junto con los tambores y aguadores, asistentes de campaña pertenecientes a una docena de oficios distintos se movían entre las líneas, mientras los soldados comprobaban las armas y el equipo, palpando o palmeando faltriqueras y filos.

El rey y la reina se hallaban a salvo en la ciudad de York, a catorce o quince kilómetros de allí. Somerset tenía el mando del ejército, acompañado por el conde Percy en el centro, así como por una docena de barones y gran número de capitanes veteranos. Al enterarse de que se aproximaba un gran ejército, Somerset los había hecho salir del campamento hasta algún lugar entre los pueblos de Towton y Saxton, sobre una tierra helada e inhóspita. Por orden suya, habían llegado hasta una monótona extensión de matorral que algo más adelante, hacia el sur, descendía abruptamente. Somerset negó con la cabeza, asombrado por la magnitud de todo aquello. Apenas seis años antes, Warwick, Salisbury y York habían desafiado al rey en San Albano con solo tres mil hombres, y a punto habían estado de ganar. Ahora,

Somerset tenía ante sí tres cuadros con al menos doce mil hombres cada uno. Había encontrado una buena posición para ellos, con ambos flancos protegidos, en la izquierda por la marisma y en la derecha por el Cock Beck, el río que bajaba rápido y caudaloso por la nieve fundida en sus aguas. A Somerset se le henchía el corazón al ver el fervor y la estoica aceptación de los hombres. Lucharían por el rey Enrique. Eran leales.

Lo que más encolerizaba al joven duque era el clima. Somerset llevaba una armadura de pulidas placas de acero ligadas con correas de cuero o gruesa tela, una protección diseñada para resistir impactos que, de otro modo, matarían a un hombre. Y resultaba igualmente efectiva contra aquel frío glacial, mucho más que las capas de lana y lino engrasado de los piqueros, vestidos con calzas de tela de saco y solo un jubón para protegerse. Ninguno de ellos había luchado antes en invierno, ese era el problema. Ni siquiera los más veteranos capitanes estaban seguros de si era mejor que los hombres esperaran en cuclillas o tumbados, de si tenían mayor probabilidad de morir congelados estando cuerpo a tierra o quietos de pie. Parecía más lógico mantenerlos en movimiento, si bien eso les restaba energías y alteraba las filas y las posiciones. Algún perro viejo decía que el sudor constituía un enemigo sutil; que, si en medio de un frío helador un hombre se acaloraba demasiado, el sudor se le podía quedar congelado en la piel y entonces uno se iba al otro mundo en un santiamén. Mientras esperaban, el viento se había intensificado, y ahora soplaba con tal furia que les fustigaba la cara con punzantes cristales de hielo. Muchos hombres levantaban los brazos para protegerse y entrecerraban los ojos hasta que quedaba apenas una raya por la que mirar.

Somerset sacudió negativamente la cabeza, como en un tic. Allí estaba, esperando con el ejército más grande que nunca había conocido: casi cuarenta mil hombres armados con hocinos, arcos y hachas. Más aún, tenía el favor del rey y la reina, especialmente el de la reina Margarita. Sin embargo, el aire gélido y la nieve le hacían dudar de todo. El frío hacía mella en su confianza, como si la exhalara en el vaho que hacía gotear el interior del casco. Ciertamente, sabía que él sufría menos que los hombres más viejos. Algunas de sus líneas de a pie estaban formadas por rubicundos ciudadanos de cuarenta o cincuenta años. Los hombres que con la sangre caliente se habían presentado voluntarios no imaginaban que esta se les hubiera de congelar en aquel vasto silencio, con el ulular del viento por única compañía.

—¡Alto! —oyó Somerset en algún lugar de aquella absoluta blancura. Levantó la vista alarmado. Su temor se transmitió a su montura, que resbaló y se agitó nerviosamente. Vio que, en las filas delanteras, los hombres se miraban unos a otros y se preguntaban si habían oído la voz.

—¡Arqueros, enflechad y apuntad! —se oyó de nuevo la voz, casi encima de ellos—. ¡Disparad! ¡Disparad! ¡Y enflechad y apuntad! ¡Enflechad y apuntad!

Somerset hizo girar violentamente al caballo para encarar los gritos. Entornó los ojos, tratando de ver entre la nieve, pero resultaba imposible discernir algo.

—¡A cubierto! —gritó a los estupefactos capitanes—. ¡Escudos y a cubierto! ¡Arqueros al frente, aquí! ¡Arqueros! ¡Arqueros para contraatacar!

Ninguno de sus piqueros llevaba escudo. Las largas astas, que tan bien funcionaban contra la caballería, requerían usar las dos manos para equilibrar el peso de la cabeza de hierro. Y los hombres armados con hocinos y hachas también necesitaban ambas manos para manejarlas, como leñadores que cortaran un árbol joven. Ahora todos estaban estupefactos, inmóviles. El terror por la presencia de arqueros se extendió entre ellos y entonces cayeron en una histeria colectiva, llena de gritos y alaridos cada vez más fuertes. La vertiginosa exhalación de las flechas en el aire provocó que los hombres se arrojaran al suelo y se taparan la cabeza con las manos, o que se pusieran en cuclillas, para empequeñecerse lo máximo posible. Los capitanes de Somerset los amenazaban para que volvieran a levantarse, gritándoles que se mantuvieran erguidos, como hombres.

Somerset miró hacia la blancura, ciego, aunque oía perfectamente cómo se acercaban las flechas. Era el momento más aterrador de su vida.

Los dardos se clavaban, demasiado rápidos para verlos venir. Aparecían entre la nieve como un borrón y, de repente, se hacían visibles en la carne o en la dura tierra, vibrando, o bien entre los retorcimientos de agonía de quien los hubiera recibido. Somerset se agachó al sentir el golpeteo de las flechas en los hombros, donde chocaban y salían despedidas. Cada superficie de su armadura se había redondeado y pulido para que las flechas no pudieran hincarse. Dio gracias a Dios de que así fuera, aunque de inmediato sintió un dolor en el muslo. Bajó la vista y se le escapó un grito ahogado al descubrir unas plumas blancas de ganso. Una flecha había penetrado limpiamente a través del hierro y le había clavado la pierna al recio cuero y a la madera de la silla. Con una maldición, agarró el astil y tiró, gruñendo de dolor, hasta que del rojo surgió la negra cabeza, entre salpicaduras de sangre. Era una punta atraviesa-mallas, un punzón afilado hecho para perforar. Respiró aliviado al comprobar que la cabeza no tenía las alas afiladas. Nadie le había oído rabiarse de dolor; resultaba imposible entre los alaridos, berridos y gemidos de los cientos de hombres que veía morir en ese mismo instante, con los cuerpos retorciéndose y los miembros presa de espasmos que se hacían más y más lentos, hasta que por fin quedaban inmóviles.

—¡Retroceded! —bramó Somerset—. ¡Contraataque de arqueros! ¡Que vengan los arqueros!

Los únicos que podían poner fin a aquella tormenta de flechas eran sus propios arqueros. Pero, mientras trataban de abrirse camino, los dardos seguían cayendo en cantidades increíbles, tan incesantes como la propia nevada. La tierra estaba forrada de plumas arrancadas, manchadas de sangre o desmenuzadas sobre el metal. Las primeras líneas huían desordenadamente de una muerte invisible contra la cual no podían protegerse. Retrocedían asustados, llenos de desconcierto y terror por el repentino asalto.

Somerset sabía que tan solo habían transcurrido unos minutos desde la primera oleada de flechas. En ese tiempo, el aire se había inundado de ellas, a cada segundo. No podía durar mucho más; a esa esperanza se aferraba. Las aljabas del enemigo se vaciarían, los dedos buscarían dardos que ya no estarían allí. Cuando eso ocurriera, tendrían la respuesta lloviendo sobre sus cabezas.

Las flechas cesaron como el último estertor de una tormenta de verano, dejando cientos y cientos de hombres que lloraban y rugían de dolor, además de Dios sabía a cuántos más que se iban desangrando hasta quedar inmóviles. Lanzando maldiciones, los arqueros se abrieron paso entre los moribundos y procedieron a tensar los arcos y soltar los hombros. Somerset se regocijó al ver cuántos eran, suficientes para dar la respuesta adecuada. Solo deseaba que York y Warwick recibieran el ataque como él mismo había hecho, mirando a la nada mientras las puntas de hierro caían en picado hacia ellos.

Somerset esperó hasta que se hubo disparado la primera oleada, millares de dardos a los que siguieron más y más. Era una lluvia destructora, seguramente tan numerosa como la que había caído en su propio campamento. Resultaría efectiva. A pesar de que tenía la pierna dormida y la sangre le goteaba por la bota de hierro, Somerset levantó las manos y reclamó la presencia de mensajeros para transmitirles nuevas órdenes. Mientras tanto, observaba cómo los arqueros tensaban los arcos y disparaban al cielo, una y otra vez, proyectiles de trayectoria semicircular que caerían como lanzas sobre el enemigo.

Fauconberg permanecía silencioso, escuchando los gritos en la lejanía. Una sonrisa le atirantó el rostro, aunque temblaba y la falta de sueño le daba un aspecto sombrío. Sus arqueros habían arrojado las armas más poderosas del campo de batalla y después habían retrocedido sin dilación, tal como él les había ordenado, trotando para alejarse unos trescientos metros de las líneas enemigas. Para entonces, ya no tenían flechas, y los carros con más aljabas estaban lejos, en la retaguardia, o bien se habían perdido junto con el ala derecha de Norfolk. Fauconberg los dejaría ir atrás hasta que se reaprovisaran con las flechas necesarias.

Tras un corto tiempo de espera, los arqueros de Lancaster respondieron. La sonrisa de Fauconberg se hizo más amplia, los ojos le brillaron. Aquellos hombres disparaban contra el viento y no a favor, como habían hecho los suyos. Mejor aún: con aquella espesa nevada, no tendrían ni idea de que sus hombres habían retrocedido. Varios millares de flechas caían donde poco antes habían estado sus filas, una marea sibilante de mortíferas púas que casi llegaban hasta ellos, pero que aterrizaban callada y silenciosamente, sin llevarse una sola vida. Los soldados sonrieron, ufanos de su inmunidad, y Fauconberg rio, pues se le había ocurrido otra idea audaz. Esperó hasta que los últimos repiqueteos cesaron. Ellos no habían terminado aún, todavía no.

—¡Arqueros, recoged las flechas! —les gritó.

Aquellos hombres, que solo se sentían seguros con la aljaba llena, ahora se lanzaron hacia delante para arrancar las flechas hincadas en la tierra. Algunas se habían partido o agrietado, pero otras estaban enteras. Compararon la calidad de sus respectivos hallazgos y parecieron satisfechos, mientras se reían por cómo Fauconberg se la había jugado al enemigo.

Una vez que tuvieron las aljabas llenas, Fauconberg dio nuevas órdenes a sus capitanes, y los arqueros, una vez más, tensaron sus armas para enviar las flechas de Lancaster al cuello de quienes las habían previamente disparado.

Eduardo de York emitió un gruñido de satisfacción al ver la formación que marchaba hacia él. Apenas se la distinguía entre la nieve. En la distancia, era poco más que un borrón oscuro y unas picas alzadas. Los cuernos sonaron en ambos bandos, mientras las fuerzas del rey Enrique descendían por la pendiente para ir a su encuentro. Eduardo miró el pálido cielo y pensó que la visibilidad estaba mejorando. Ahora podía ver algo más lejos, aunque el aire seguía lleno de espesos copos y cada pisada hacía crujir la reluciente tierra, que quedaba hecha una masa parda en cuanto las tropas pasaban por ella. En cualquier caso, él no había traído veinte mil hombres durante más de trescientos kilómetros para adoptar el papel de tímido pretendiente. Su propósito era dejar zanjada la cuestión.

—He confesado mis pecados y he ofrecido mi alma a Dios. Creo que estoy listo, milord Warwick —dijo—. Y bien, ¿estaréis a mi lado?

—Sí, estaré a vuestro lado —contestó Warwick.

Eduardo sonrió y ambos desmontaron. Algo más adelante, podían distinguir los estandartes de Somerset y Percy y las tropas acercándose con sonoros pasos, al son de tambores y gaitas y quejumbrosos cuernos que hacían arder la sangre.

Cuando Warwick y el rey Eduardo pusieron pie a tierra, el grito de algún capitán cercano dio el alto al cuadro central, que se detuvo con impresionante disciplina. Miles de ojos miraban alternativamente al joven rey y a aquellas tropas que pretendían destruirlos. Su número parecía infinito.

Warwick palmeó en el cuello a su montura y luego le arrebató un hacha de petos a un perplejo soldado, la hizo girar en círculo por la parte del martillo y la descargó con un crujido terrible en la ancha testuz del caballo. El animal se desplomó al instante, muerto. Los hombres que lo rodeaban lanzaron vítores y Eduardo maldijo, sorprendido y risueño.

—Un hermoso gesto, Richard —gritó para que todos lo oyeran—. Está claro que no saldréis corriendo. Pero si yo hiciera lo mismo, no encontraría otro caballo lo bastante grande como para llevarme.

Complacido, oyó que los hombres más cercanos reían y que luego repetían las palabras a quienes no las habían oído. El enorme garañón de Eduardo fue entonces llevado atrás, conducido entre las líneas de hombres por unos orgullosos muchachos. Otros corrieron al frente para dar de beber agua a quien lo necesitara. Y, en todo ese tiempo, las oscuras líneas enemigas no dejaron de acercarse, más y más hombres que surgían sin cesar por los flancos, entre los remolinos de nieve.

A pie, Eduardo y Warwick se colocaron en la tercera fila. Los estandartes ondeaban altos a su alrededor, declarando su presencia en el campo a aliados y enemigos. Los dos hombres disimulaban su nerviosismo mientras hacían girar los hombros y silbaban a sus capitanes. Todo el cuadro central se puso en movimiento de nuevo, esta vez con un rey entre sus filas. El caballo muerto desapareció entre las

tropas que avanzaban.

El casco de Eduardo le cubría la barbilla y la mandíbula, pero le dejaba los ojos y la nariz al descubierto. Había rehusado el tipo de yelmo que reduce el mundo a una mera ranura, pese al riesgo de que una flecha le alcanzara en la cara. Prefería ver, había dicho. Y ahora miraba con ojos pálidos y crueles a las líneas que tenía delante. Ojos sin asomo de duda.

—¡Acabemos de una vez con estos débiles hombres! —gritó—. ¡Nada de paz! ¡Nada de rendiciones! ¡Nada de rescates! —Su voz era un martillo para quienes se hallaban cerca.

—¡Por el rey Eduardo! —bramó Warwick.

Millares de hombres repitieron el grito con incluso mayor fuerza, hasta quedarse roncos, al tiempo que entrechocaban hachas y largos cuchillos. Eduardo rio con auténtico placer, la espalda en alto a modo de saludo. El clamor rasgó el aire e hizo que algunos de los que se aproximaban titubearan o perdieran el paso. Los soldados de Eduardo no dejaron que aquel sonido se apagara, aunque en ciertos momentos no era más que el rugido incoherente de unos hombres airados, arrastrados a aquel gélido lugar con hierro entre las manos.

Warwick sintió la compresión de la vejiga y que la respiración se volvía más jadeante en su pecho, como si el aire no entrara bien en los pulmones. Llevaba la cimera de su familia en la sobreveste que cubría la armadura, y en la espada y el escudo lucía los mismos colores de Neville. Él había tenido parte en la coronación de Eduardo, y la osadía de afrontar aquella blasfemia ante el rey Enrique y el trono de Lancaster.

—Vuestro tío lo ha hecho extraordinariamente bien, Richard —le dijo Eduardo al oído, interrumpiendo los pensamientos de Warwick—. Ha entendido mejor que nosotros las posibilidades de la nieve, diría yo. Mejor que nadie.

—Es un buen hombre —le gritó Warwick encogiéndose de hombros.

A su alrededor, el ruido había alcanzado el nivel del restallar de los truenos o el rugir de los leones. La tierra parecía temblar y Warwick sentía como si le llevaran en una gran ola, arrastrado dentro de ella con fuerza tal que resultaba imposible resistirse. Su principal centro de atención eran aquellos cuya presencia no parecía notar Eduardo, los sólidos piqueros y hacheros que avanzaban a grandes trancos, con la cara ardiendo de júbilo ante la idea de combatir contra el rey usurpador. Alcanzaban a ver los estandartes con la rosa blanca, y tendrían ese punto como objetivo.

—¿Tenéis noticias de Norfolk? No he sabido nada de él desde el amanecer. —Eduardo agarró el hombro de Warwick, de modo que los yelmos golpeteaban y se arañaban—. Me hace temer lo peor.

Warwick se atrevió a mirarlo de soslayo y, una vez más, se dio cuenta de lo joven que era. Aquel rey acababa de proclamar su ascenso al trono y ahora marchaba contra un ejército inmenso, apenas tres meses después de la muerte de su padre y de su

hermano. Sin embargo, parecía haber en él algo más que el deseo de hablar para calmar los nervios. Cada paso revelaba más y más tropas de Lancaster. Sin Norfolk, Eduardo era consciente de hasta qué punto los sobrepasaban en número. En su mirada había preocupación.

—Podéis confiar en Norfolk, su alteza —gritó Warwick por encima del tumulto. Utilizó deliberadamente el tratamiento para dirigirse a York, para que Eduardo lo oyera y lo tuviera bien presente. El ejército que habían reunido necesitaba que se mostrara audaz y despiadado, y no asaltado por las dudas—. Estoy seguro de que se perdió a causa de la nieve y la oscuridad de la noche. Pero Norfolk es de estas tierras. No puede estar lejos. Aparecerá lleno de furia, más aún después de haberse rezagado.

Eduardo inclinó la cabeza, aunque Warwick podía ver que por sus ojos cruzaban oscuras sombras y que mostraba incluso mayor frialdad. Ya estaban al alcance de los arcos, y Warwick comprendió cuántas vidas había salvado Fauconberg aquella mañana al restarle toda mordiente a los arqueros de Lancaster. Por haber conocido en carne propia el terror de un ataque de flechas, Warwick daba infinitas gracias por ello. No había en el mundo sonido más aterrador que el pitido de las flechas que se aproximan.

Para entonces, no habría ni cien metros de separación entre ambos ejércitos. Al principio, muchos de los hombres habían reído y bromeado, o sacado a colación pensamientos y recuerdos de viejas deudas a medida que se acercaban. A los dueños de esas voces, uno tras otro, se les había ido secando la boca. Los tambores seguían tocando y los capitanes y sargentos exhortaban a sus hombres a atacar primero y a hacerlo con fuerza, pero se habían acabado las risas y las palabras desenvueltas. Los grandes cuadros se perdían más allá de la vista y la nieve seguía cayendo.

Warwick se preparó para la mayor exigencia física que nunca había afrontado. Llevaba toda una vida adiestrándose para ella, desde niño, cuando golpeaba los postes de madera, hasta las docenas de torneos en los que había participado. Estaba tan fuerte y tan en forma como siempre lo había estado. Empezó a respirar rápido, jadeando dentro del casco. Deseaba que el viento cesara y dejara de nevar. Nadie guerreaba en invierno, porque resultaba penoso incluso alcanzar el campo de batalla, antes de que arqueros y formaciones se encontraran siquiera.

En ambos bandos, los capitanes tomaron grandes bocanadas de aire helado y gritaron a sus muchachos la orden de cargar. Sonaron los cuernos a un extremo y otro de las líneas, un trompetazo metálico y desagradable que lanzó a los hombres a una tambaleante carrera. Las formaciones corrían una hacia la otra, el filo de las armas en alto, preparado para ese primer y vigoroso golpe contra cualquier traidor hijo de zorra que los atacara.

Se embistieron sobre una nieve intacta y perfecta, pateada y convertida al instante en una masa parda, tintada luego de oscuras manchas rojas en cuanto salpicó la primera sangre o se vertió o goteó de los tajos de heridos y moribundos.

Derry Brewer salió de la tienda, absorto en sus pensamientos. Un viento gélido ululaba sobre el campo, detrás de las formaciones que combatían. La pérdida del pequeño contingente de Clifford no era nada, pero a Derry aún le costaba creer que tantos hubieran caído por la avalancha de flechas que había surgido de la nevada. Los comandantes ingleses habían conocido el peligro de los arqueros desde antes de la batalla de Crécy, hacía más de un siglo. Los ejércitos sencillamente no podían marchar sin un contingente de arqueros, al menos si esperaban sobrevivir. Pero el enfrentamiento de Somerset se había saldado con unos seis mil hombres muertos o con heridas demasiado graves para volver a luchar. Derry nunca había visto caer a tantos, y todo en un duelo de arqueros de apenas unos minutos. La maldita nieve los había perjudicado tanto como todo lo demás. Muchos de los supervivientes morirían a lo largo del día, desangrados por no tener a nadie que les vendase la herida. Los médicos del rey habían instruido a unos pocos muchachos y criados, pero se trataba de un trabajo atroz y los heridos eran demasiados, a pesar de que la lucha no había hecho más que comenzar.

Derry se estremeció al pensar en los hombres que había visto llorar y gemir en la tienda, con rostros desfigurados por el dolor, todos ellos con heridas terribles. Él ya había sobrevivido a algunas batallas antes... y después se había ido a tomar una opípara comida esa misma noche, pero había algo perturbador en ver al cirujano del rey sacando un globo ocular rajado. Ese tipo de horror era el que le había hecho salir a respirar un aire más fresco.

Tendría que enviarle un mensajero a la reina, desde luego. Estaría desesperada por recibir noticias. Al menos se hallaba segura en la ciudad, junto con su esposo y su hijo. Con más de treinta mil hombres luchando por ella, esperaba una gran victoria que permitiera poner fin a las guerras.

Mientras se alejaba de la tienda y de sus horrores, Derry se vio detenido por una mano en el pecho. La agarró instintivamente, levantó la vista y vio a un tipo de facciones duras, sin afeitar, vestido con calzas y una túnica con tachuelas y ceñidor. Un olor animal de carne sin lavar emanaba de él. Derry retorció aquella mano, aunque percibía que más hombres se le acercaban por detrás. Eran cuatro, todos con la vista clavada en él, mientras el de delante se frotaba la muñeca y le lanzaba una mirada asesina.

Derry sintió un repentino estado de sosiego y una gran fatiga, y de pronto comprendió.

—Ah, muchachos —dijo casi en tono reprobador—. ¿Quién ha sido, pues? ¿Quién ha dado la orden?

—Milord Clifford —contestó uno de ellos orgullosamente—. Un precio por vuestra cabeza... si llegaba la noticia de su muerte. Reclamaremos la bolsa de monedas, maese Brewer, a su correspondiente pagador. Haríais bien en tranquilizaros, aunque de un modo u otro el desenlace será el mismo.

Derry notó en los hombres la tensión de una acometida inminente. Miró detrás de

ellos en busca de alguien, cualquiera que pudiera ayudarle. El problema era que en el campamento solo quedaban putas y heridos. Debería haber habido sirvientes y comerciantes, esposas y costureras, pero, seguramente, en ese momento estaban en el límite del campamento, forzando la vista para discernir algún signo de lucha. Los capitanes y sargentos se hallaban todos en la batalla.

Derry estaba solo. Cerró un instante los ojos, sorprendido por la firmeza de su aceptación. Ya no era un hombre joven, esa era la verdad. No sería capaz de luchar y librarse de las garras de cuatro fornidos soldados, todos ellos dispuestos a deslizarle un cuchillo entre las costillas al primer signo de resistencia. No. Estaba acabado. Lo mejor que podía hacer era irse con dignidad.

—Muy bien, muchachos —dijo en tono tranquilo, mirándolos a todos—. Pero un hombre irá a por vosotros, después. No cejará hasta dar con vosotros y demostraros por qué deberíais haber desobedecido las órdenes de un lord muerto, por qué deberíais haber huido mientras podíais hacerlo.

—Os estáis meando y cagando de miedo, ¿eh? —dijo uno de ellos con una risotada, empujándolo hacia el embarrado camino—. Caminad. —El hombre se dirigió a sus compañeros con un brusco gesto de la cabeza—. Mejor en el bosque, en lugar tranquilo, ¿no? —Dio otro empujón a Derry y este tropezó en la nieve fangosa—. Si os portáis bien, lo haré limpiamente, como con un ganso de Navidad.

Derry negó con la cabeza al tiempo que empezaba a caminar. Seguía nevando. Incluso resultaba difícil discernir las caras a cierta distancia. Sabía que si gritaba pidiendo ayuda, lo acuchillarían allí mismo y saldrían corriendo. No iba a acudir nadie. Los hombres de Clifford habían elegido bien el momento. Derry casi sonrió al pensarlo, pero en ese momento sintió un reflujo ácido que le hizo eructar. No se le había ocurrido que Clifford se la tuviera jurada hasta ese punto, aquel rencoroso hijo de perra.

Lo peor de todo era que le quedaba trabajo por hacer, trabajo que precisaba de las especiales cualidades de Derry Brewer. O eso se decía a sí mismo. Sus hombros se hundieron y dejó de preocuparse. Se sentía más ligero una vez tomada la decisión, y eso le hizo erguir la cabeza. Derry Brewer caminó con los hombres hacia el oeste, fuera del campamento, mientras todos miraban al sur, hacia el prado sangriento próximo al pueblo de Towton. Warwick se preguntaba si le estallaría el corazón. Tal vez fuera a sufrir una apoplejía, un ataque en el campo de batalla que le dejaría sin poder hablar y con la cara como cera fundida. Su respiración excedía con mucho los meros jadeos, y cada exhalación era un bronco resuello, como si escupiera fuego entre los labios de una herida. Respirar dolía. Y dolía caminar. Sabía que no había actividad o trabajo que exigiera más energía que luchar. Lo único que se le acercaba era talar árboles, y por esa razón todos los caballeros, si esperaban luchar en el campo de batalla, debían adiestrarse en el manejo de hachas y espadas durante horas, todos los días. La habilidad innata no valía de nada cuando las armas se esgrimían con debilidad. Un guerrero endurecía sus huesos, y forjaba músculos como troncos de

roble para proteger esos huesos. De ese modo, podría sobrevivir.

Eduardo se mostraba como un auténtico león merodeador. Y no solo por su estatura, sino porque había nacido para aquella tarea. Se movía con gracia y economía, de manera que tardaba más en cansarse que los hombres que lo rodeaban. No malgastaba ningún golpe, ningún giro del arma resultaba desmedido. Había matado a una docena de hombres y su armadura ya estaba rasguñada y abollada y rajada. Los hocinos esgrimidos por quienes los atacaban tenían veinticinco centímetros de duro hierro, y su punta se había diseñado para cortar armaduras, al menos si quien lo manejaba era un hombre robusto y fuerte. Las placas pectorales de Eduardo mostraban tres de aquellos cortes triangulares, de uno de los cuales manaba sangre. Los tres hombres que con sus garfios habían atravesado la guardia de Eduardo habían quedado atrás, pisoteados y yertos.

Warwick no podía sino admirar el avance implacable del rey, siempre equilibrado, siempre infatigable. Ya nadie quería enfrentarse a Eduardo. Había algo salvaje en él, leonino o lobuno. Warwick se estremeció y trató de respirar y seguir adelante. Ya no le cabía ninguna duda de que Eduardo poseía las cualidades necesarias para ser rey. Le correspondía por linaje y además era un Goliat en el campo de batalla. Con menos, se habían construido imperios. Mientras Warwick observaba y respiraba dolorosamente, Eduardo cruzaba la tierra removida en busca de alguien que peleara con él. Frente a aquel enorme guerrero de reluciente armadura, los otros procuraban desviarse de su camino, como si despidiera un fuego abrasador. Él se reía de ellos al verlos resbalar y caer, golpeaba su propio escudo con la espada y los hacía retroceder a gatas.

Warwick se volvió bruscamente al oír que a su izquierda sonaban cuernos. El sonido se mostraba algo caprichoso cuando uno estaba dentro de la armadura, por lo que el conde empezó a girar la cabeza atrás y adelante sin dejar de avanzar junto a Eduardo, a quien protegía de cualquiera que pudiera acometerlo por ese flanco. Precisamente pensaba en esa posibilidad cuando un joven granjero vestido de cuero y lana se acercó lanzando tajos con el hocino, tratando de coger a Eduardo desprevenido. Warwick descargó la espada en el brazo del hombre. El golpe le partió el hueso y le dejó el brazo bamboleándose de un hilo tendinoso. El granjero cayó entre alaridos y agarrándose la herida. Una estocada puso fin a sus gritos, y entonces los cuernos se oyeron de nuevo.

Warwick, esforzándose por descubrir su procedencia, entornó los ojos para mirar a lo lejos. El cuadro central de Eduardo había abierto una honda brecha en las tropas de Lancaster, como si fuera una lanza de punta ancha y plana. Cada paso se había ganado con duro esfuerzo, pero Warwick calculaba que, como poco, habrían conquistado unos cientos de metros sobre los cadáveres de los enemigos. Resultaba imposible saber cómo su tío estaría manejando el ala izquierda, pero la violenta acometida de Eduardo estaba abriendo el centro enemigo; junto a él unos ocho mil hombres cuya actitud y confianza se nutrían de aquel rey acorazado que bramaba

desafiante.

En algún lugar, a su izquierda, Warwick oía caballos donde no debería haberlos. Trató de tragar saliva. Tenía la boca seca y la garganta tan cerrada e irritada que apenas podía graznar un grito de aviso.

—Su alteza... Eduardo. ¡El ala izquierda!

Su tío Fauconberg debía de estar hacia ese lado junto con su hermano John, aunque Warwick no los había visto desde el episodio de las flechas y las alarmas de la mañana. Había llegado a odiar aquella nieve cegadora, más incluso que el frío, a pesar de que este empeoraba las magulladuras y dejaba las manos demasiado entumecidas como para empuñar una espada.

Vio que Eduardo se volvía y miraba donde él apuntaba con el guantelete, hacia la izquierda. Una resolutiva expresión apareció en la boca del joven rey, quien con una fría mirada a su alrededor sopesó a qué hombres podría recurrir.

—Hay jinetes por allí, fuera de los árboles —le gritó a Warwick.

El ruido que siguió fue atroz, un gran estrépito de metales y gritos de dolor que resonaron por el campo de batalla como el estallido de un trueno. Cientos de hombres se giraron para averiguar qué ocurría, un momento de inatención que les costó la vida.

—¿Cuántos son? —gritó a su vez Warwick. En ese instante, deseaba no haber matado a su caballo, pese a las adhesiones que el gesto le había granjeado.

—Demasiados —replicó Eduardo. Hizo bocina con la mano y prosiguió—: Traedme el caballo. Traédmelo.

Se dejó engullir y sobrepasar por la masa humana de las primeras dos filas y se incorporó de nuevo a la tercera fila, en espera del gran garañón capaz de soportar su peso con la armadura. Warwick, al comprender lo que Eduardo pretendía, envió sus mensajeros a cuatro capitanes cercanos para comunicarles que el rey requería su presencia y ayuda inmediatas, y estos comenzaron a aproximarse a la posición de Eduardo.

—Debéis empujar junto con mi sección central, Warwick —gritó Eduardo—. Son mis mejores hombres. No flaquearán.

Para sorpresa de Warwick, Eduardo estaba sonriendo, animado por algún oscuro deleite. Tenía la armadura salpicada de barro y sangre, la sobreveste manchada de rojo por encima de los leones reales. Sin embargo, en ese momento, pese a toda su juventud y aflicción y cólera, Warwick sabía que Eduardo nunca había experimentado una alegría tan pura. Estaba borracho de violencia. El campo de batalla podía quebrar a un hombre; bien lo sabía Warwick. En cambio, a unos pocos los hacía felices, pues descubrían un lugar donde su fuerza, su habilidad y sus rápidas manos contaban de verdad, un lugar donde ninguna otra preocupación los perturbaba.

El júbilo de Eduardo se revelaba en la furia de su mirada, en su crueldad. Apoyó la rodilla en las manos del caballero que le había traído el caballo, se encaramó con facilidad a la silla y en un segundo se convirtió en un jinete guerrero, fundido con su

montura de tal modo que su fuerza y poderío parecían triplicarse. El caballo coceó de repente, a pocos centímetros de uno de los hombres de a pie.

—¡Presionad por el centro! —gritó Eduardo para que lo oyeran todos, aunque se dirigía a Warwick—. Los hombres de Lancaster no son más que niños. No resistirán.

El rey trotó a través de la formación, interrumpiendo a las filas que se detenían a vitorearlo. Sus caballeros hicieron piña a su alrededor, con las astas de los estandartes alzadas. Junto con los cuatro capitanes, cientos de hombres acometieron con él, sonriendo como dementes mientras trotaban tras la estela del rey montado en su caballo de batalla. Se dirigían al tumulto de lucha que se oía en el ala izquierda, para dar respuesta a las desconocidas tropas surgidas de la arboleda.

Fauconberg maldijo al tiempo que apartaba un lanzazo con la empuñadura de la espada. El bosquecillo que tenía a la izquierda le había parecido demasiado pequeño para disimular la cantidad de jinetes que de él habían salido lanzados a la carga. A las filas situadas más a la izquierda las habían sorprendido inmóviles, con la atención en las fauces de la lucha que tenían delante. Apenas a cuarenta metros de donde se hallaba, el frente de sus soldados seguía destrozando huesos y hierro y derramando sangre, mientras capitanes y sargentos de ambos bandos bramaban con cada carga, con cada paso ganado. Tras algunos súbitos arreones y una presión sostenida, Fauconberg habían conseguido ganar algo de terreno, pero a un alto coste. El ala izquierda solía ser la más débil, la última en entrar en combate. Sin embargo, junto con la nieve, la propia magnitud de la batalla estaba reescribiendo las normas. Si el ala derecha de Norfolk hubiera estado allí, se habría lanzado en primer lugar, apoyada por Eduardo y Warwick por el centro; y, por último, si es que llegaba a ocurrir, habrían entrado en acción las tropas de Fauconberg. En lugar de eso, las líneas de batalla habían sido tan amplias que el centro y la izquierda habían chocado al mismo tiempo contra el enemigo... y Norfolk había desaparecido en la nieve.

Sin cesar acudían más y más hombres para alimentar el frente, donde permanecían hasta que estaban exhaustos; entonces caían y eran reemplazados. Fauconberg marchaba en la segunda o tercera fila, desde donde, junto con dos sargentos, lanzaba soldados hacia delante o los hacía retroceder, tratando de dar respiro a los que estaban mortalmente cansados, antes de que les arrancaran la vida. Se enfrentaba al ala más fuerte de Lancaster, en la que los estandartes de Somerset resultaban visibles apenas a un centenar de metros.

En medio de aquel punto muerto, había llegado la emboscada preparada en la arboleda, doscientas unidades de caballería pesada reservadas para atacar su flanco. Portaban lanzas largas o ligeras y ya avanzaban a galope tendido cuando Fauconberg los vio surgir de la nieve, tan solo una mancha y un fragor creciente, hasta que filas enteras de sus hombres empezaron a marchar hacia atrás, como un niño que se quitara apresuradamente del camino de un perro rabioso.

Los jinetes habían desgarrado las formaciones de los sufridos hombres de a pie que, en aquel momento, aguardaban su turno en la linde de la batalla con paciencia y coraje. En lugar de la lucha que esperaban, estos hombres habían sido arrollados, aplastados al instante por aquella caballería acorazada, o ensartados con hierro y madera astillada. Saltaban las esquirlas por toda el ala izquierda mientras esta se encogía, acobardada frente a la carga. Todo el cuadro izquierdo desfalleció y las líneas que marchaban se comprimieron hasta verse forzadas a detenerse, mientras en los bordes de la formación algunos continuaron acometiendo casi de forma insensata. Los hubo que alzaron las picas en filas, tal como les habían enseñado a hacer contra los jinetes. Pero eran demasiado pocos, y Fauconberg tragaba saliva mientras daba órdenes para reforzar las líneas, sacar de allí a los hombres y rehacer la formación. Atrás quedaron bramando los heridos y, ya empezando a enfriarse, los muertos.

Fauconberg se quitó el guantelete para enjugarse el sudor de la cara. El verdadero enemigo era el pánico, como siempre. Doscientos jinetes no podían aniquilar a un ejército, ni siquiera a un ala, al menos a un ala compuesta por ocho mil hombres. Pero mientras los jinetes avanzaban sin oposición y mataban a placer, las filas no hacían sino retroceder, como esperando que algún otro respondiera a aquella amenaza. Fauconberg vio que uno de sus hombres lanzaba la pica como si fuera una lanza y conseguía derribar a uno de los atacantes. Se abalanzó entonces hacia la figura caída boca abajo, pero hubo de retroceder sobre el resbaladizo suelo cuando otros jinetes acudieron al galope. Llevaban las espadas desenvainadas, satisfechos de poder rajar a las filas de a pie. Lleno de cólera y frustración, Fauconberg ordenó a un muchacho que corriera a la retaguardia, donde sus arqueros se esforzaban por avanzar. Unos cientos de flechas pondrían fin a aquella amenaza. Habían utilizado las últimas varias horas antes, pero quizá quedarán algunas. Era una esperanza vana, lo sabía.

Una docena de jinetes volvieron a embestir su flanco. Algunos de sus sargentos reclamaron a gritos la presencia de piqueros y por fin la línea se erizó de púas, pero no antes de que los jinetes hubieran dado media vuelta con las espadas bañadas en sangre fresca. Aullaban y vitoreaban mientras galopaban adelante y atrás, complacidos en su dominio sobre los desdichados que pasaban ante ellos.

Fauconberg miró a la derecha, en busca de ayuda. Su ánimo pareció cobrar nuevo brío cuando vio que se acercaban los estandartes de Eduardo.

—¡Sí! —murmuró Fauconberg—. Buen muchacho. Buen rey.

Se rio de sus propias palabras mientras Eduardo llegaba al galope. Las enormes formaciones ralentizaban la marcha al pasar Eduardo. Algunos incluso se detenían a mirarlo, mientras los oficiales se desgañitaban como posesos para que siguieran adelante. Después de horas de lucha incesante, los soldados de ambos bandos descansaron apenas un instante para ver cómo Eduardo acudía en ayuda de un ala fuertemente dañada.

—¡Abrid paso! —gritó Fauconberg a quienes lo rodeaban—. ¡Abrid paso al rey! —Sonreía como un demente, lo sabía, pero no podía evitar que aquellos estandartes

le infundieran nuevo ánimo: la rosa blanca, el halcón de York, el sol en llamas y los leones reales.

Los jinetes que habían atacado el ala también vieron llegar a Eduardo. Algunos señalaron hacia el bosquecillo que tenían detrás, los partidarios sin duda de protegerse en él. Otros hicieron notar el avance del rey, que iba atravesando sus propias líneas para llegar a ellos. No resultaba difícil imaginar la discusión que mantenían entre ellos. Si conseguían que Eduardo cayera, la victoria se decantaría del lado del rey Enrique.

Fauconberg sintió una rigidez en el pecho, como si la piel se le aferrara a los huesos. El rey Eduardo cruzó a menos de veinte metros, trotando con airosa destreza sobre su gran caballo de batalla. Le acompañaba un grupo de portaestandartes y, a su alrededor, tropas armadas con hocinos y hachas de petos, hombres robustos y en buena forma que corrían al lado del rey.

Eduardo y sus caballeros emergieron por un flanco hacia los jinetes que los aguardaban. En un instante, el rey ya había derribado a los primeros dos hombres que le habían salido al paso. Dos lanzas le alcanzaron, resbalaron por la armadura y salieron despedidas. Le llegó una tercera, arrojada con todas sus fuerzas por un jinete bien plantado en su camino. El proyectil erró su objetivo y Eduardo, lanzado a medio galope contra aquel caballo de menor tamaño, golpeó violentamente al jinete en el hombro y lo hizo caer. El impacto le arrancó a Fauconberg una mueca de dolor. Era como ver a un halcón cayendo sobre una paloma y dejándola destrozada. La velocidad y el peso influían en ello, pero imaginaba también lo difícil que debía de ser mantener la calma cuando Eduardo se te echaba encima. El rey no se desviaba ni frenaba. Cabalgaba directo hacia cualquiera que se cruzara en su camino y acababa con él, lo hería con la espada o lo derribaba de un golpe. Era mucho más diestro y rápido que hombres más veteranos; con una finta los hacía vencerse hacia un lado para después, mientras se daban la vuelta, derribarlos de sus monturas con un fuerte golpe. En la flor de la juventud, hacía que algunos adversarios parecieran niños manoteando desmañadamente.

Alrededor del rey, los hombres armados con hocinos se encontraban en su elemento. Mientras los jinetes enemigos acudían en descontrolado tropel, firmes en su posición, aquellos hombres se lanzaban hacia ellos y le sajan una pata a un caballo, o bien alanceaban a los caballeros desde abajo y los hacían caer escupiendo sangre. Los que más diestramente esgrimían los hocinos eran los carniceros, herreros, curtidores y ladrilleros, muy acostumbrados a su uso.

La pelea no duró mucho más. Eduardo observó el panorama de cadáveres y quejumbrosos caballos que morían a su alrededor. Había sido un esfuerzo atroz, pero ahora se sentía exultante, hasta el punto de preguntarse si debía ocultar aquella emoción, como si fuera algo inmoral. No podía hacerlo. En lugar de eso, levantó la espada y lanzó un grito de victoria. En torno a él, cientos de hombres sonrieron y vitorearon, un clamor que se extendió por toda el ala izquierda y más allá, hacia el

centro, donde Warwick reía sin dejar de luchar. Se trataba de una acción menor, pero con ella Eduardo había demostrado su valía. Casi todos los hombres habían presenciado su cabalgada al frente del ejército. Cualquier duda que pudiera existir, había ahora desaparecido. Luchaban por un rey de Inglaterra y, completamente confiados, todos sintieron que sus fuerzas se renovaban.

La nieve caía incesante y el viento soplaba en ráfagas; esto obligaba a los soldados a entornar los ojos para evitar que les entraran motas de hielo. La escarcha que recubría su piel, cabello y los pliegues de sus ropas se resquebrajaba y desprendía a cada paso que daban y con cada vaivén de la espada. El día continuaba su avance mientras dos ejércitos inmensos permanecían en jaque, ninguno de ellos dispuesto a ceder a menos que fuera por encima de los cadáveres de sus propios hombres. Las picas punzaban cuando los capitanes daban la orden de cargar por un hueco, desgarrando hendeduras en las líneas de soldados. Durante todo el tiempo, hachas de peto y hocinos ascendían y descendían, mientras cortos bracamartes se encargaban de hacer el trabajo más truculento.

Tras las líneas de combate, las filas se comprimían en busca de calor, intentando impedir que el viento soplara por entre ellas y les arrebatara la fuerza. Pateaban con fuerza el suelo y se calentaban las manos con el aliento mientras avanzaban de manera inexorable. No podían batirse en retirada y apenas tenían margen de maniobra cuando la tenue luz empezó a apagarse y las sombras cayeron sobre decenas de miles de hombres que se alzaban sobre la tierra helada con madera y hierro en las manos.

Hubo momentos en que el viento despejó la nieve y el campo de batalla quedó a la vista. Para los lores y hombres de armas que habían viajado al norte con Eduardo, la imagen no resultó alentadora. El ejército de Lancaster seguía siendo una hueste, una mancha oscura que se desplazaba como una bandada de estorninos sobre el níveo suelo. Exhaustos, los sureños se miraban entre sí y sacudían la cabeza. Ahora que la luz se desvanecía, resultaba difícil contemplar tal imagen y no acobardarse, no sentir una punzada de desesperanza, con el cuerpo dolorido y rígido por el frío.

Seguía habiendo niños que corrían entre las líneas portando botas de cuero con agua de cuyo brocal los hombres bebían como si mamaran del pezón de una madre. Los pequeños permitían a los sedientos tomar un sorbo desesperado, si bien los maldecían y empujaban cuando bebían con ansia y se derramaban la valiosa sustancia por la barba. En ningún momento cesaba la batalla, las líneas se arrojaban unas contra otras y los hombres gritaban el nombre de sus amigos y seres queridos, al entender que morirían bajo la penumbra, aullando su último grito o resbalando entre las piernas de quienes avanzaban fatigosamente.

Cuando el sol se puso, se llevó algo vital. Los combatientes más avezados encorvaron los hombros y dejaron caer las cabezas, preparándose para la desalentadora resistencia que tendrían que oponer en la oscuridad. Nadie dio el alto, ni los lores ni los capitanes. Todos parecían entender que habían llegado a aquel lugar al servicio de dos reyes y solo lo abandonarían sirviendo a uno de ellos. Los cuernos y los tambores guardaron silencio y dejaron de asfixiar el rugido de las milicias, que ascendía y disminuía como olas rompiendo contra una playa de guijarros. Y ahora también resultaron audibles las voces de los moribundos, que graznaban cual

gaviotas.

Tras luchar durante horas se habían apoderado de los hombres de armas una extenuación plúmbea y una confusión que no hacían sino aumentar en la negrura. Tropezaban con sus compañeros y, en manos de enemigos menos agotados, caían como el trigo segado. La cifra de víctimas aumentaba sin cesar mientras soldados fuertes se abalanzaban con crueldad sobre otros debilitados, antes de quedar también ellos extenuados y caer a su vez.

Entre las filas de York crecía la desesperación. Incluso en el centro, donde Eduardo permanecía en pie y luchaba como si fuera inagotable, habían visto la magnitud de las líneas de Lancaster. El joven rey no había devuelto su caballo a la retaguardia. Tras saludar a Fauconberg, había cabalgado junto a Warwick, agradeciendo los vítores de los soldados del centro que le daban la bienvenida. Para entonces ya no volaban flechas ni virotes en busca del magnífico blanco que Eduardo les ofrecía. Sin un cañón en el terreno, Eduardo era casi intocable, siempre y cuando conservara las fuerzas. No era difícil derribar a un caballero exhausto, de una cuchillada entre las placas metálicas o un mazazo en el casco. Sin embargo, si un hombre de la envergadura de Eduardo era capaz de continuar luchando, resultaba difícil imaginar cómo detenerlo. Haría falta un espadazo casi perfecto para perforarle la armadura. Mientras intentaban herirlo, Eduardo permanecía en pie, contemplando a quienes le lanzaban golpes y estocadas con una sonrisa salvaje y deteniendo los golpes antes de que le alcanzaran. Había acabado por perder la cuenta de a cuántos hombres había segado la vida.

La oscuridad se cernía sobre ellos cuando Eduardo atisbó movimiento por el flanco derecho. Sin la nieve, no se habría percatado, pero, sobre el fondo blanco, avistó una mancha oscura a la carga que apareció mientras los copos se arremolinaban en el aire. Desde lo alto de su caballo de guerra, Eduardo tenía más posibilidades de dar la alerta que ningún otro soldado, pero se limitó a observar. Los mensajeros ya salían en desbandada hacia él, niños que competían entre sí por recibir sus órdenes, fueran estas las que fueran. Eduardo los detuvo alzando la mano, con los dedos abiertos. Les dijo que aguardaran mientras él aguardaba, con el corazón palpitándole con fuerza, con tanta fuerza que se sintió aturdido y mareado. Si el ejército de la reina había traído refuerzos frescos, estaba contemplando su muerte y la deshonra definitiva de York. Sus hombres habían estado en desventaja numérica desde el principio. Las filas que se aproximaban acabarían con él.

Un auténtico martillo golpeó el flanco izquierdo de Lancaster. Norfolk los había encontrado al fin, en medio de la nieve y la oscuridad, y ahora, convertido en el ala derecha de Eduardo, arremetía contra las filas debilitadas de la reina. Se abalanzaron a la carrera, con un rugido que atronó en todo el campo. Los estandartes de Norfolk ondeaban a la cabeza de la columna y, al divisarlos, Eduardo y Warwick se buscaron con la mirada y aullaron con los demás. El momento no podría haber sido más oportuno. Si apenas doscientos caballeros habían estado a punto de quebrar el ala de

Fauconberg unas horas antes, ahora sus nueve mil guerreros frescos hicieron añicos el ala de Lancaster, desgarraron el ejército y dejaron miles de bajas. Sin duda los hombres de Norfolk estarían agotados tras pasar medio día caminando por la nieve en busca del campo de batalla, pero parecían frescos y llenos de vida, en comparación con las pobres almas medio muertas que habían combatido durante todo ese tiempo.

En la oscuridad, entre las filas de Lancaster reinó una confusión absoluta. Habían recibido un gran ataque y ahora los hombres huían de él corriendo en la dirección opuesta, cegados por el terror y confiados en que la nebrura ocultara su deshonor. A medida que Norfolk presionaba en su avance, Eduardo, Warwick y Fauconberg notaron cómo las líneas cedían repentinamente ante ellos.

Hombres que habrían resistido hasta la eternidad bajo la luz del día se desmoronaban bajo el manto de la noche. Daban media vuelta y salían huyendo, atacados por todos los flancos por hombres vociferantes y el fragor del hierro. Resbalaban, caían y volvían a ponerse en pie, diseminando el pánico a medida que se abrían camino a empujones entre hombres aún ajenos a los acontecimientos, que los agarraban y les formulaban preguntas a gritos mientras ellos se desembarazaban de sus garras y proseguían su avance, tambaleándose. Tras los primeros cientos, miles de soldados dejaron que el miedo se les atragantara y se apoderara de ellos. Se alejaron corriendo colina abajo, en dirección al río, cayendo con la armadura puesta, estrellándose una y otra vez.

A sus espaldas, las filas de Eduardo y Warwick se habían reunido con los hombres de Norfolk que atacaban por el frente. Unidos, emitieron un bramido de júbilo salvaje y se lanzaron a la persecución del enemigo. Apenas unos momentos antes habían contemplado un ejército que, al menos, los igualaba en tamaño. Esa idea permaneció con el ejército de York mientras avanzaba por el campo. Dos o tres hombres se abalanzaban sobre algún desafortunado caballero y lo derribaban asestándole un golpe en las piernas o un hachazo en la espalda que lo hacía tambalearse y caer. Una vez en el suelo, alguien hacía oscilar el mango del hacha describiendo un círculo rápido antes de dejarla caer sobre la cabeza o el cuello. Ni siquiera entonces se detenían, convertidos en salvajes por su propio terror. Asestaban golpe tras golpe, hasta hacer picadillo los huesos y perforar los cuerpos infinidad de veces.

Caballeros y lores nobles imploraban: «¡Paz! ¡Rescate!» cuando caían al suelo bajo la oscuridad, gritando a todo pulmón a hombres que no atinaban a verlos bien sobre el fondo de la nieve. No se les concedió misericordia y el golpe seco de los podones cayó sobre ellos.

La carnicería prosiguió hasta que el sol naciente proyectó una tenue luz en un cielo despejado, con la nieve pisoteada y cubriendo los cuerpos ovillados en todas las direcciones. Miles de hombres con armadura habían perecido en las aguas del Cock

Beck, ahogados o rebanados por quienes los perseguían mientras intentaban cruzar el río. Había cadáveres diseminados en varios kilómetros a la redonda, en todas direcciones, atacados y despedazados por hombres que se habían sentido perdidos durante un tiempo. Al romper el alba no serían capaces de mirarse a los ojos los unos a los otros. La oscuridad había ocultado horrores que los harían retorcerse en sueños sudorosos durante años por venir. Los hombres de York habían triunfado, pero la derrota los había consumido. Estaban exhaustos por la privación de sueño, manchados de sangre y mugre, con los labios amoratados y los ojos cansados.

Bajo un cielo pálido, formaron de nuevo en cuadros, mientras Fauconberg se acercaba a caballo para comprobar si su sobrino y el rey habían sobrevivido. Norfolk había ofrecido su vida por su fracaso, pero Eduardo había desestimado su ofrecimiento con un ademán de la mano. El hombre estaba visiblemente agotado y enfermo, con costras de sangre en los labios y una tos que parecía abrumarlo de dolor. Era cierto que su retraso en la llegada había estado a punto de costarles la batalla, pero, al final, Norfolk había aparecido cuando lo necesitaban. Se había redimido, y tanto Eduardo como Warwick eran conscientes de ello.

Conforme el cielo despejaba el horizonte, los hombres vaciaban sus vejigas, temblaban y pateaban. Para entonces, estaban tan hambrientos que podrían haberse comido a los muertos; tal era el ansia por comer tras el día de ayuno. El campamento del rey Enrique se encontraba a solo tres kilómetros y medio en dirección norte, en Tadcaster. Eduardo sintió cierta satisfacción al anunciar a sus capitanes que comerían allí. Imaginó a los partidarios del rey esperando el regreso de sus hombres y soltó una risotada. En su lugar, verían los estandartes de York ondeando en la carretera, altos y orgullosos.

No había hecho ni un prisionero, ni retenido a ningún lord para exigir un rescate. No jugaría a los juegos que aquellos hombres conocían, ni entonces ni nunca más. Además de lord Clifford, Henry Percy, el conde de Northumberland, había caído en el campo, junto con multitud de lores de menor alcurnia y centenares, sino miles, de caballeros y acaudalados soldados partidarios de la reina. Ello significaba que habría un buen botín entre los muertos. Los capitanes de Eduardo no hallaron dificultades en encontrar voluntarios que permanecieran en el campo recopilando los objetos de valor. Era un trabajo vital y les enviarían algo de comer desde el campamento. Esos hombres se encargarían de contar a los caídos. Los cadáveres de los soldados anónimos descansarían en grandes fosas, aunque cavarlas en la tierra helada resultaría extenuante. Los capitanes indicarían a los criados que elaboraran listas de nombres en la medida de sus posibilidades, a partir de las cimbras en los anillos y sobrevestes y de las cartas llevadas junto a la piel. Otros deambularían por el campo de batalla con hachas, en busca de quienes hubieran quedado inconscientes o se hubieran ocultado con la esperanza de escapar posteriormente a rastras. Un grupo de porteadores trasladaría a sus propios heridos hasta las casas señoriales cercanas, donde serían atendidos o, más probablemente, morirían desangrados. Se tardarían muchos días en

completar tales tareas, pero Eduardo no estaría allí para supervisarlas. Su misión era otra. Viró al norte con los supervivientes ensangrentados, enfrentando un viento brusco que soplaba aún más gélido. El rey Enrique y la reina Margarita descubrirían que el mundo que los rodeaba había cambiado en el transcurso de aquella noche.

A Warwick le habían encontrado un caballo capón sin dueño. Era asustadizo y lo obligaba a describir círculos cerrados cada pocos pasos antes de conseguir que echara a andar de nuevo. Warwick entendía que el animal tuviera los ojos abiertos como platos. Aunque el viento se llevaba el hedor a tripas y sangre, a su alrededor aún se percibía el hálito de la muerte, como un hombre nota el lento movimiento de los insectos bajo el suelo. La nieve ocultaba parte de la escena, pero, allá donde Warwick posara los ojos, estos acababan por discernir, lentamente, una forma que producía espanto.

Refrenó a su caballo y agachó la cabeza al aproximarse a Eduardo y a Norfolk, a Fauconberg y a su hermano John. Warwick fue el último de ellos en llegar, cuatro hombres por cuyas venas corría sangre Neville y un Plantagenet. Estaban todos magullados, pero, al repasarlos con la mirada, Warwick pudo ver que Eduardo, con rostro serio y decidido, se estaba recuperando.

El momento de silencio se extendió a todo su alrededor. Algunos de los hombres habían vomitado débilmente al volver a las filas, pero nadie se había mofado de ellos mientras escupían regueros amarillos. Al menos no les quedaban restos de comida en el estómago que expulsar. Estaban serios, por todo lo que habían hecho y por todo lo que habían visto. Vitorearon al rey, por supuesto, cuando sus capitanes gritaron su nombre. El sonido y la acción devolvieron un poco de vida a las pálidas mejillas y los ojos vidriosos.

Dejando tras de sí a un millar de hombres para ocuparse de los heridos y hacer los recuentos, el extenuado ejército del rey Eduardo puso rumbo al norte.

Margarita contempló la salida del sol desde detrás del vidrio de una estancia elevada de la casa consistorial de York, mientras un buen fuego le caldeaba la espalda. El vaho de su aliento empañaba el cristal y lo limpió con su pálida y delgada mano. Al otro lado de la ventana se divisaba la puerta sur de la ciudad. Le resultaba imposible descansar sabiendo que había un ejército luchando por ella. Su tensión se acrecentaba a cada instante que pasaba, mientras su imaginación fabulaba con horrores infinitos.

En un momento como aquel, le habría gustado solicitarle a Derry Brewer su opinión. Margarita sabía que el jefe de los espías había montado en su viejo rocín hasta el campamento. Sin embargo, se había ausentado durante todo el día, mientras ella permanecía sentada, a la espera, con las manos entrelazadas con tal fuerza que tenía los nudillos enrojecidos y doloridos. Se había estremecido al ver que empezaba a nevar, una nieve que había hecho el mundo más bello, pero también letal, y había decidido permanecer cerca del fuego.

Su hijo, de siete años, se había pasado la mañana armando follón con unos soldaditos de plomo y una pelota, ajeno a cuánto se jugaban aquel día. Al final, Margarita había perdido la paciencia y le había dado un bofetón que le había dejado una marca sonrosada en la mejilla. Él la había mirado furioso y la respuesta de la reina había sido abrazarlo mientras el pequeño se quejaba e intentaba zafarse de ella. Cuando al fin lo había soltado, el niño había salido en desbandada de la estancia y el silencio había regresado. Su esposo cabeceaba junto al fuego; no dormía ni leía, sino que se limitaba a contemplar tranquilamente las llamas mientras se retorcían y titilaban ante sus ojos.

Margarita contuvo el aliento al escuchar unas pezuñas repiqueteando en la calle. Había nieve al otro lado de los cristales y no desapareció cuando los frotó por dentro con la palma de la mano. Apenas atinaba a ver lo que ocurría en el exterior, solo atisbó a unos cuantos caballeros desmontando de sus cabalgaduras. Se volvió hacia la puerta al escuchar unas voces altisonantes y a sus criados responder.

La puerta se abrió de golpe y por ella apareció Somerset, cuyo pecho se inflaba y desinflaba mientras llenaba de frío, nieve y miedo aquella cálida estancia.

—Milady, lo lamento —dijo—. La batalla está perdida.

Margarita se dirigió hacia él emitiendo un tenue gemido, lo agarró de las manos y se estremeció al comprobar cuán cansado estaba. Al observarlo moverse, constató que cojeaba: una de sus piernas apenas se doblaba. Unas gotitas de nieve fundida le salpicaron la piel y la hicieron temblar.

—¿Cómo es posible? —susurró.

Los ojos de Somerset parecían amoratados, con las cuencas ensombrecidas, y aún se apreciaban las marcas rojas que el casco le había dejado en la piel.

—¿Dónde se congregarán los hombres? —le preguntó—. ¿Aquí, en la ciudad? ¿Es por eso por lo que habéis regresado a este lugar?

Somerset dejó caer los hombros mientras buscaba las fuerzas para hablar.

—Hay... muchos muertos, Margarita. —Le dolía herirla, pero el tiempo corría en su contra y habló sin tapujos—: Están todos muertos. El ejército ha sido masacrado, destruido. Es el fin y acudirán aquí con el sol. Hacia el mediodía espero ver al rey Eduardo atravesar a lomos de su caballo la puerta Micklegate Bar de York.

—¿El rey Eduardo? ¿Cómo podéis decir tal cosa? ¿A mí? —gritó Margarita, afligida.

Somerset sacudió la cabeza.

—Porque ahora es la pura verdad. Lo he visto en el campo de batalla, milady. Y le concedo ese honor, aunque me queme por dentro.

El rostro de Margarita se endureció. Los hombres eran demasiado dados a los gestos magnánimos. Cierta era que, en ocasiones, ello desembocaba en sueños de héroes y mesas redondas. Pero también significaba que, cuando encontraban un lobo a quien seguir, eran volubles como una muchacha joven. Margarita alargó la mano para acariciarle la mejilla y se estremeció de nuevo al notar su piel tan fría.

—¿Habéis venido a matarme, entonces?

La vida regresó a los ojos del duque, que se tambaleó. Alzó la mano y la agarró por la muñeca.

—¿Qué? ¡No, milady! He venido a alejaros de este lugar, con vuestro esposo y vuestro hijo. Os ahorraré el fin que York tenga pensado para vosotros. Por mi honor, pensad en un lugar en mente ahora mismo, si es que sigue habiéndolo.

Margarita reflexionó rápidamente, intentando concentrarse mientras el miedo y la ira la corroían por dentro. El día anterior, un inmenso ejército se había alzado en su nombre, un ejército que empequeñecía a las fuerzas de Agincourt o Hastings, a las tropas de cualquier otra ocasión en la que los ingleses hubieran luchado. Y, sin embargo, habían fracasado y caído, y ella estaba perdida...

—¿Margarita? ¿Milady? —dijo Somerset, preocupado por el largo lapso que había permanecido con la mirada perdida.

—Sí. Iremos a Escocia —respondió ella—. Si no queda nada en Inglaterra, debo cabalgar hacia la frontera escocesa. María de Güeldres ocupa el trono en nombre de su hijo y me protegerá, o eso espero. Creo que lo hará.

Somerset se volvió para gritar a través del hueco de la escalera las órdenes a sus hombres, quienes aguardaban en la planta inferior. Se detuvo al notar la mano de ella en el brazo.

—¿Dónde está Derry Brewer? —inquirió Margarita—. ¿Lo habéis visto o habéis tenido noticia de él? Necesito que venga conmigo.

El joven duque negó con la cabeza, con un destello de irritación.

—No lo sé, milady —contestó con un reproche—. Lord Percy y el barón Clifford han sido asesinados. Si vuestro Derry Brewer vive, estoy seguro de que se las apañará para dar con nosotros. Ahora deberíais hacer que vuestros criados empaqueten todo aquello que necesitéis. —Se mordió el labio con un destello de dolor—. Milady, no deberíais esperar regresar. Llevaos oro y... ropas, todo aquello que no soportéis dejar atrás. Tengo caballos de sobra conmigo. Podemos transportarlo todo.

Margarita lo miró con severidad.

—De acuerdo. Ahora, recobrad la compostura, milord Somerset. Os necesito despierto y dudo que hayáis pegado ojo.

Somerset sonrió con remordimiento y pestañeó.

—No es más que polvo, milady. Disculpadme.

—Eso creía. Haced venir a vuestros hombres para ayudarme a recoger las cosas que necesitaré para el viaje. Quiero que permanezcáis a mi lado, milord, para ayudarme con mi esposo y explicarme todo lo ocurrido. —Hizo una pausa un instante, alzando la cabeza para no desesperar—. No acierto a creerlo. ¿Cómo es posible?

Somerset desvió la mirada y fue a llamar a sus hombres, que aguardaban a los pies de la escalera. Cuando regresó, Margarita seguía esperando una respuesta. Solo pudo encogerse de hombros.

—La nieve, milady. La nieve y la suerte bastaron. No sé si Dios o el diablo se pusieron de su bando, pero..., sin duda, uno de los dos lo hizo. El rey Eduardo luchaba en el centro, liderando a hombres que peleaban como fanáticos para impresionarlo. Pero, aun así, no deberían haber ganado, no podían ganar frente a nuestra superioridad numérica. Dios, el diablo o ambos lo ayudaron. Lo desconozco.

Con largos estandartes ondeando en cada flanco, Eduardo entró en el campamento de Lancaster. El humor del rey impedía la conversación, si bien no era exactamente frialdad lo que en él había, sino que parecía tener la conciencia paralizada por tantos acontecimientos ocurridos en tan breve tiempo.

No hallaron resistencia armada cuando cabalgaron hasta el centro del campamento. Los pocos guardias que debían de quedar allí habían huido en cuanto habían divisado los estandartes de York avanzando por la carretera. Atraído por el olor de la comida, Eduardo desmontó para aceptar una escudilla de estofado de carnero, una calidez humeante y maravillosa que sofocó sus retortijones de hambre.

Aquel rey de dieciocho años de edad sorbió el caldo junto a Warwick, Montagu, Norfolk y Fauconberg, todos ellos con la vista clavada en el otro lado del campamento. El único sonido habían sido las toses de Norfolk ahogadas en un pañuelo, una expectoración húmeda que se prolongó y se prolongó hasta que el hombre puso gesto de dolor al ver sangre y escupió en el suelo.

Transcurrido un rato, los capitanes de Eduardo le trajeron unos bloques con recuentos marcados en finas líneas, pero él los desestimó con un gesto de la mano. No le interesaba el trabajo de los escribanos, ni siquiera aún la labor de gobernar. No dudaba de que el hombre de su padre, Poucher, acabaría por encontrarlo, pero antes había cosas mucho más importantes de las que ocuparse.

Los criados de Lancaster se escabullían para traer comida y agua, aterrados y conmocionados, mientras comenzaban a ser conscientes de que un nuevo mundo amanecía sobre los sangrientos campos que se extendían allende las murallas. No habían comido ni les habían pagado sus estipendios cuando sus señores habían sido asesinados. Algunos de ellos lloraban mientras trabajaban, conscientes de que el cabecilla de su casa ya no regresaría. Se hallaron piernas de jamón curado en una despensa y se despiezaron con las mismas cuchillas que habían rebanado carne fresca no hacía demasiado.

Mientras los hombres, exhaustos, se sentaban a comer y descansar, Eduardo volvió a montar, doblándose de dolor al notar los moratones que le corrían desde el brazo y el hombro derecho hasta ambos tobillos. Su armadura había frenado las docenas de golpes recibidos, pero también había extendido el impacto por el cuerpo, de tal modo que este presentaría moratones durante semanas. Las placas de hierro mostraban claros orificios en los puntos por los que había penetrado algún arma. Eduardo contó cuatro triángulos provocados con un podón. Todos se localizaban en el peto, lo cual lo hizo sentir orgulloso. Sus bordes estaban recubiertos de sangre, pero las heridas ya habían cuajado y se habían endurecido bajo las capas de cuero y grueso tejido de lino. Gruñó al estirarse para montar, antes de soltar un grito de enojo al notar las quejas de todas y cada una de sus articulaciones. Depositó el casco en manos de un siervo y cerró los ojos mientras el sudor se le secaba y la brisa le

acariciaba el rostro. No necesitaba la dorada banda orlada de picos para demostrar que era el rey. La verdad radicaba en la batalla que había ganado. Ningún estandarte al viento ni colores de casa importaba siquiera la mitad que eso.

Poco antes de mediodía, los seiscientos caballeros fueron avistados desde las murallas de la ciudad de York. Eduardo se había preguntado si encontrarían las puertas cerradas a su paso, tal como a Margarita y a Enrique les habían vetado la entrada en Londres. Había decidido de antemano hacerse con un cañón y reducir la ciudad a escombros si le denegaban la entrada. Pero su mirada amenazadora se relajó al ver la puerta de Micklegate Bar abierta ante él. No había guardias a la vista, ni un alma en la carretera que conducía a la ciudad. Asíó con fuerza las riendas, aminorando la marcha de su caballo de guerra a un mero trote, y de repente temió lo que pudiera encontrar allí.

Warwick observó con curiosidad al rey, hincó las espuelas y gritó a caballeros y capitanes que lo siguieran. Entraron al galope, con los cascos repiqueteando mientras pasaban bajo la torre de piedra, con la caseta del centinela y las murallas cerniéndose amenazadoramente a ambos lados.

Eduardo los siguió, al paso, con los puños cerrados en sus guanteletes. Refrenó el caballo hasta detenerlo y proyectó la vista por las embarradas calles que se extendían a partir de aquel punto, un batiburrillo de casas apiñadas y chapiteles de iglesias. Fuegos de cocinas habían manchado aquel mismo aire durante miles de años, más incluso. Era una ciudad vetusta, con adoquines antiguos.

Cuando se sintió preparado, Eduardo encaró su montura hacia la puerta de Micklegate Bar y alzó la vista. Entrecerró los ojos y le tembló el pecho con algo parecido a sollozos al contemplar las cabezas de su padre y su hermano Edmundo. La tercera cabeza se había girado en su estaca y estaba torpemente inclinada. Eduardo miró a su alrededor mientras Warwick desmontaba y se dirigía a grandes zancadas hacia las escaleras de hierro talladas a ambos lados de la torre de la puerta.

Eduardo desmontó de su caballo de un salto, y se hallaba apenas uno o dos pasos por detrás del conde cuando ambos empezaron a ascender por ellas. La tormenta de nieve había descargado toda su fuerza el día anterior y por entonces solo una brisa soplaba a aquella altura. El rey de Inglaterra avanzó por una cornisa hasta llegar junto a la cabeza de su hermano Edmundo y se estremeció de horror al contemplar la pez negra con que le habían untado la piel. Le costó reconocer sus rasgos, y dio las gracias por ello.

Las cabezas se habían podrido en los meses transcurridos desde la batalla en el castillo de Sandal. Apenas si estaban sujetas en el hierro y, casi sin mirar, Eduardo las retiró y dejó caer la primera para que Fauconberg la agarrara y la envolviera. Les darían sepultura cristiana; la agonía de la humillación de su hermano se había pagado con la mejor moneda. Eduardo vio que Warwick había desprendido la cabeza de su padre y, emitiendo una lenta exhalación entre los labios fruncidos, hizo lo propio, farfullando oraciones mientras sostenía la mandíbula alquitranada. Sintió un

escalofrío al notar el cabello rozarle el reverso de la mano.

Fauconberg y Montagu permanecían en pie abajo, con los brazos abiertos. Recibieron las cabezas con solemnidad y las entregaron para que las envolvieran en paños limpios. En lo alto, Eduardo Plantagenet y Richard Neville reposaron un momento, con las espaldas apoyadas en la fría piedra.

—Habéis cumplido vuestra parte, Richard —dijo Eduardo—. Vos y vuestros Neville. Puedo proclamar a vuestro tío el nuevo conde de Kent, un buen título, dotado con extensos terrenos y una gran riqueza. Él ha cumplido su parte con creces. ¿Visteis cuántos hombres habían sido derribados por flechas, cuando pasamos junto a ellos? Miles, Richard. Es posible que ganara la batalla en nuestro nombre. —El rey adoptó una expresión pensativa y adusta mientras contemplaba al duque, de mayor edad que él—. En cuanto a vos, Warwick, tenéis tantos castillos y poblaciones como yo mismo, o incluso unos cuantos más. ¿Qué puedo ofrecer, a vos que habéis hecho tanto por hacerme rey?

—No quiero nada —respondió Warwick, con la voz grave y ronca—. Y vos defendisteis el ala izquierda, que bajo el mando de cualquier otro hombre habría sido aplastada. Inspirasteis a los soldados, tanto que incluso ahora puedo verlos en mi imaginación. No lo olvidaré. Sin vos, no tendría la cabeza de mi padre para darle sepultura en suelo sagrado. Y eso no es algo baladí para mí.

—Pero debéis aceptar alguna recompensa de mi mano, Warwick. No aceptaré una negativa, como tampoco permitiré que os retiréis a vuestras fincas. Os necesito a mi lado para restaurar la paz en el reino.

—Entonces nombradme consejero del rey o compañero del rey. Si me concedéis tal honor, permaneceré a vuestro lado hasta la muerte. Como el último rey Eduardo, gobernaréis cincuenta años. —Warwick se obligó a sonreír, aunque los ojos le brillaban—. Quizá incluso recuperaréis Francia.

Eduardo alzó las cejas ante la sugerente idea. El joven rey soltó una carcajada.

—¿Recompensaréis a Norfolk? —preguntó Warwick de repente.

Norfolk se hallaba a menos de cien metros de distancia, a la vista, a la espera de que ambos jóvenes descendieran de nuevo al mundo. El catarro parecía mortificarlo. Mientras Warwick lo contemplaba, Norfolk se dobló hacia delante para toser y tomar aire, jadeante.

El humor de Eduardo se ensombreció y se encogió de hombros.

—Sé que fue definitivo en el final, con ayuda de Dios. Quizá con el tiempo conseguiré elogiarlo. Pero aún no he dormido una noche desde que lo maldecía con el infierno por el hueco que había dejado en mi ejército. Vuestro hermano John luchó bien, a mi parecer. Me inclino por honrar a los Neville, Richard. El lugar de vuestro padre en la Orden de la Jarretera sigue vacante.

Warwick imaginó lo que su padre habría pensado de una oferta como aquella. Frotó una bola de brea pegajosa entre dos dedos.

—El conde Percy se hallaba entre los muertos, su alteza. Si deseáis honrar a la

familia de mi padre y la mía...

Northumberland era un inmenso ducado, con millones de acres silvestres y un título de poder real. Pero a Eduardo no le convenía generar aún más descontento en ese bastión del norte. Warwick lo vio mordisquearse el carrillo por dentro.

—Mi hermano siempre será leal, Eduardo.

El rey agachó la cabeza, con expresión algo más aliviada, ahora que la decisión se había tomado.

—De acuerdo. Le entregaré un escrito con mi sello y veremos cuánto tarda en restaurar el orden en el norte. Me alegra tener a un Neville en Northumberland. Al fin y al cabo, Richard, necesitareé estar rodeado de hombres leales. ¡Hombres con inteligencia y coraje! Tengo un reino que gobernar.

Ambos hombres descendieron, adoptando de nuevo un aire reverente al observar cómo se envolvían las cabezas en paño y cuero, se aseguraban con cinchas y se ataban a las sillas de montar. Norfolk se acercó a Eduardo e hincó una rodilla en la piedra mientras esperaba con la cabeza gacha.

—Alzaos, milord —dijo Eduardo en voz baja.

—Han preguntado a mis hombres en la taberna, su alteza. Las gentes de la ciudad temen que las castigúis por haber dado cobijo al rey Enrique y a la reina Margarita.

—Debería hacerlo —respondió Eduardo, aunque sus palabras no reflejaban sus auténticos sentimientos.

Frente a un ejército como el que había acampado en Tadcaster, la ciudad de York había sido tomada como rehén. Decidió en aquel mismo instante declarar a sus ciudadanos inocentes y no imponerles sanción alguna, ni en oro ni en ejecuciones sangrientas. Su padre solía decir que un hombre demostraba quién era de verdad en función de cómo se conducía cuando ostentaba el poder. Y sus palabras resonaron en el joven rey.

Norfolk agachó aún más la cabeza, plenamente consciente de que todavía se lo culpaba por su retraso y que muchos lo maldecían y alababan en la misma respiración. Había optado por no ofrecer excusas, por más que las horas que había pasado perdido y desesperado en la nieve posiblemente habían sido las más duras de toda su vida. Había llegado a pensar que caminaría fatigosamente por la blanca nada hasta la eternidad y que, a resultas de ello, un reino se perdería. Y también había creído que acabaría muerto, ahogado en la propia sangre que se le atragantaba en la garganta.

—Su alteza, también afirman que la reina Margarita y su esposo abandonaron la ciudad a caballo al amanecer.

—¿Con carretas? ¿En carruajes? —espetó Eduardo, con la mirada endurecida.

Habían transcurrido una o dos horas desde mediodía. Si Margarita había tomado una carreta, avanzaría con dificultad y él aún tendría tiempo de darles alcance.

—Lo han dejado todo atrás, su alteza. Solo tomaron caballos, con alforjas para ropa y monedas. Podría enviar a una docena de mis hombres tras ellos, si así lo

disponéis, milord. Partieron hacia el este, probablemente rumbo a la costa. Todo el mundo parecía convenir en ello en la taberna.

—Enviad a esa docena de hombres —ordenó Eduardo, contento de tomar una decisión rápida—. Traedlos de regreso.

—Sí, su alteza —respondió el duque con una reverencia.

Eduardo observó a Norfolk mientras regresaba a grandes pasos hacia la calle, donde lo aguardaban los jinetes. El joven rey estaba disfrutando del modo en que los hombres acudían a él en busca de favores y respuestas. Era una sensación embriagadora, y lo mejor de todo es que sabía que el espíritu de su padre estaría rugiendo de placer. La casa de York había llegado a gobernar toda Inglaterra. Al margen de adónde huyera Margarita, ello no cambiaría lo que ella y su marido habían perdido en el campo de la muerte que se extendía entre Saxton y Towton, ni tampoco lo que Eduardo había ganado. Era como si hubieran dejado caer una corona y hubiera ido rodando entre la sangre hasta sus manos.

Margarita disimuló su amargura, con la cabeza alta y la más leve de las sonrisas en los labios. Le había quedado claro qué significaba ver cómo una preciada alianza se rompía en mil pedazos y era arrojada al fuego. Lo único que le quedaba era su orgullo, y a eso se aferraba.

Al principio, atravesar la frontera de Escocia había sido como quitarse un peso de encima. La dura cabalgada había alejado a su familia de las garras del rey Eduardo, cosa que la había hecho sentir tal alivio que casi se había mareado y a punto había estado de caerse de la montura. Sin embargo, desde su primer encuentro, la reina María de Güeldres no había ocultado su decepción y enojo, un enojo apreciable en los ceños fruncidos y las miradas desdeñosas de los lores escoceses y en el mismísimo tono de sus voces cuando se dignaban a dirigirse a Margarita.

En el pasado, Margarita había sido una mujer a quien adular. Tras la matanza de Towton, no le quedaba nada que ofrecer. Peor aún, la perseguían, estaba extenuada y se aferraba a su dignidad con uñas y dientes, y con poco más. Al atravesar el puerto bajo la luz de la luna había procurado no dejarles ver cuán mal se sentía.

Maldijo al torcerse el tobillo sobre los adoquines, como si incluso las piedras quisieran expulsarla de allí. Se mordió el labio y extendió un brazo, que Somerset le agarró hasta que recuperó la estabilidad. Aún no había amanecido y lord Douglas había decidido aprovechar la oscuridad para enviar afanosamente a su reducida comitiva hasta el barco que los aguardaba.

El rey Enrique y su hijo caminaban en pleno centro. Aunque no era costumbre, el niño guardaba silencio en medio de aquel apretado grupo de soldados, listos para defender o atacar. Margarita no alcanzaba a ver la expresión de su esposo, pero le rechinaban los dientes solo de oírlo canturrear, completamente ajeno a toda sensación de peligro. No era inconcebible que encontraran a hombres armados esperándolos en los muelles, ya fueran cazadores enviados por Eduardo o simples matones locales a quienes no se había comprado debidamente.

Margarita había escuchado las órdenes que María de Güeldres había dado a lord Andrew Douglas y a sus soldados. Si los detenían o los desafiaban, su respuesta sería derramar sangre fresca sobre aquellos adoquines. De un modo u otro, el barco zarparía antes del amanecer. Margarita sospechaba que lo único que la reina madre escocesa deseaba era deshacerse de su reducida familia. Nadie lo había expresado de viva voz, pero era evidente que la corte escocesa no recibiría Berwick a cambio del ejército que Margarita se había llevado al sur. Y tampoco era de esperar que su hijo desposara a una princesa escocesa. Margarita había perdido todo cuanto había podido prometer, y María de Güeldres tendría que hacer las paces con un nuevo rey de Inglaterra.

Margarita rezaba en la oscuridad porque no la traicionaran. Sabía que dependía del sentido de la compasión de una mujer, y no era un pensamiento agradable. Era

demasiado fácil imaginar que el barco bordease la costa y ascendiera por el Támesis, para ser recibido por una multitud de lores de Eduardo encantados de verlos. Se estremeció solo de pensarlo.

Margarita entrevió la coca mercante bajo la luz de la luna. La embarcación se mecía en el muelle de piedra, atirantando las cuerdas que la amarraban a la orilla. Figuras oscuras se escabullían entre el cordaje y por el astillero, aflojando las jarcias que ataban las velas a las vergas para que ondearan con toda su blancura bajo la oscuridad.

Cuando se aproximaban al borde del embarcadero, Margarita vio una pasarela elevada hasta el combés del barco, lo bastante ancha para que transitara por ella un caballo. Lord Douglas carraspeó y dio el alto a la reducida comitiva mientras seis de sus hombres subían a bordo para inspeccionar las bodegas y los diminutos camarotes. Al regresar, emitieron un tenue silbido; Douglas se relajó entonces y dejó escapar un resuello que sonó en sus pulmones como un crujido. El escocés no era un hombre con buena salud, constató Margarita, pero había concluido la misión que le habían encomendado. No se había contado entre quienes la habían mirado con gesto más ceñudo por todo lo que había perdido, y le estaba agradecida por ello. Formaba parte del mundo que Margarita dejaba atrás, un mundo de hombres leales. La acompañaban cinco criados, dos guardias y tres doncellas para ayudarla con su esposo. Una de ellas era una fornida muchacha escocesa que le había proporcionado la propia María de Güeldres. Bessamy tenía unos antebrazos como unas piernas de jamón y apenas hablaba inglés, pero había sido sumamente útil entreteniéndolo al príncipe de Gales.

Margarita notó cómo su sonrisa se volvía más tensa y falsa ante aquel pensamiento. Cuando zarparan de aquella costa, su hijo pasaría a ser simplemente Eduardo de Westminster, o Eduardo Lancaster. Le habían arrebatado su título, junto con su herencia, pese a que él no entendiera plenamente la pérdida, no todavía.

Los guardias escoceses habían tomado posiciones a lo largo del muelle. Los criados ya habían subido a bordo con las alforjas y los baúles, mientras Bessamy tomaba de la mano a Eduardo y le decía que era un consentido y que se portara bien. Margarita permaneció junto a lord Douglas, Somerset y su esposo, que había dejado de canturrear al ver el barco y la mar.

—Milord Douglas, tenéis mi gratitud por todo lo que habéis hecho —le agradeció Margarita—. ¿Me concedéis un momento para que hable con milord Somerset a solas? Hay cosas que debo decirle.

—Por supuesto, milady —respondió Douglas, dedicándole una reverencia que hizo que le costara respirar de nuevo.

Se alejó a grandes pasos y se llevó hacia el muelle a aquellos de sus hombres que se hallaban más cerca, como un padre que hubiera salido a pasear con sus hijos belicosos.

Margarita se volvió hacia Somerset y tomó su mano entre las suyas, sin importarle quién pudiera ver aquel gesto. Habían transcurrido semanas desde Towton.

La primavera había llegado incluso al norte de la costa este de Escocia. No habrían podido zarpar de no haber sido así, pero, incluso en primavera, la pequeña coca mercante bordearía el litoral hasta que cruzaran a Francia. Le habían asegurado que el viaje no se prolongaría más de tres o cuatro días con vientos favorables. Aparte de eso, Margarita había escrito cartas para anunciar su llegada, recurriendo a nombres y lugares en Francia en los que ni siquiera había pensado durante la mitad de su vida.

Exhaló lentamente, consciente de que se le desbocaba el pensamiento en detalles insignificantes solo por evitar formular en voz alta la decisión que había tomado. No quería ver a Somerset decepcionado con ella.

—Margarita, ¿qué sucede? —quiso saber él—. ¿Os habéis dejado algo atrás? Una vez que estéis segura en Francia, puedo hacer que os envíen cualquier cosa.

—Quiero que os quedéis a mi esposo —respondió Margarita. Se le quebró la voz por los nervios cuando se apresuró a continuar antes de que él tuviera tiempo de responder—. Aún tenéis amistades y partidarios, hombres que ocultarían al verdadero rey de Inglaterra. Yo solo tengo unos cuantos siervos y no puedo cuidar de Enrique en el trayecto. Por favor. Enrique no sabe nada de Francia y es ajeno a todo cuanto acontece en su vida actualmente. Sufriría alejado de las cosas que conoce.

Miró de reojo a Enrique, pero él seguía con la vista clavada en la mar, perdido en el destello de la luz de la luna sobre las profundas aguas.

Somerset apartó con delicadeza las manos de Margarita de la suya.

—Margarita, sin duda estaría más seguro en Francia, donde pueden ocultarlo. El rey Eduardo no invadiría Francia en su búsqueda, o al menos no creo que lo hiciera. Sin embargo, si lo dejáis aquí, siempre existirá la posibilidad de que lo encuentren o lo traicionen. No creo que hayáis considerado bien vuestra posición, milady.

Margarita apretó la mandíbula, tensando tanto los músculos que los dientes le rechinaron. Había soportado demasiado a lo largo de quince años. Inglaterra le había aportado muchas cosas, pero le había arrebatado más de las que se atrevía siquiera a examinar. Pensó en el matrimonio feliz de su hermana y en el matrimonio menos feliz de su madre. El padre de Margarita seguía con vida, de eso tenía constancia. Visitaría al viejo en el castillo de Saumur. Solo de pensarlo sintió una punzada de nostalgia que no había experimentado durante años. Volvió a mirar a su marido, que tenía más de niño que de hombre, más de loco que de rey. Su padre lo desdeñaría y lo humillaría. Si llevaba a Enrique a Francia consigo, lo más probable es que fuera utilizado y vendido a la corte francesa. Limpiarían sus cuchillos en él y lo usarían de perchero. Tal vez Somerset fuera un hombre demasiado decente para saber cómo tratarían al pobre Enrique. Alzó la cabeza, procurando dominarse.

—Os lo ordeno, milord Somerset. Refugiad a mi marido en un lugar seguro, en fincas alejadas de los caminos. Que le proporcionen los libros que solicite y ocupaos de que un sacerdote de confianza escuche sus pecados cada día. Así será feliz. Es todo lo que pido.

—Entendido, milady —contestó Somerset.

Estaba tenso y se sentía herido, tal como ella había anticipado que sucedería. El joven duque lucía la misma expresión mortificada que cuando Margarita le había anunciado que no la acompañaría. Aunque seguramente viviría atormentado y mancillado, Somerset era un hombre con buena reputación y de alta alcurnia. Quizá incluso habría aún quien marcharía en su apoyo. En cualquier caso, a Margarita no le convenía para su nueva vida en Francia.

Una a una, se había desprendido de todas las monedas que le pesaban en las costuras del abrigo. Tenía a su hijo y, si había perdido todo lo demás, al menos lo había perdido con un buen fin. Había entregado la mitad de su vida a Inglaterra. Era suficiente.

—¡Un mensaje! ¡Aprisa! ¡Mensaje! —exclamó una voz desde los edificios del muelle, donde los mercaderes almacenaban sus cargamentos.

Lord Douglas y sus hombres se encresparon de inmediato y, con las espadas y las dagas desenvainadas, regresaron a grandes pasos por los adoquines para interponerse entre Margarita y la posible amenaza. Hasta que el barco hubiera zarpado de puerto, Margarita era responsabilidad suya.

El mensajero era un joven que vestía una elegante capa sobre unos vivos colores que habrían resultado discernibles bajo una luz más favorable, pero Margarita no atinó a desentrañarlos. Douglas ordenó que trajeran lámparas de aceite del barco mientras aquel desconocido guardaba silencio, vigilado. Bajo el resplandor que proyectaban las lámparas, Margarita vio cómo el hombre se encogía de hombros y se desnudaba hasta la cintura tras ladrarle una orden. A la vista quedó un físico tan musculado y marcado como el de un luchador de los bajos fondos de Londres. Si bien los soldados escoceses le retiraron una única y evidente daga en su funda, el aspecto y la cantidad de cicatrices del joven preocupaba a Douglas y Somerset en igual medida.

—Esto me da mala espina, milady —murmuró Somerset—. Este hombre viene vestido de heraldo, pero yo no permitiría que se acercara mucho.

Margarita asintió, perfectamente consciente de que el rey Eduardo podía haber enviado a una docena de asesinos tras ella. Tales hombres eran más comunes en Francia e Italia, pero existían en todas partes, de allí a Catay, y se pasaban la vida entrenando para perpetrar un asesinato perfecto. Se estremeció.

—Pronunciad vuestro mensaje en voz alta —le gritó—. Quienes me rodean son hombres de confianza y os matarán si intentáis hacerme daño.

El joven hizo una reverencia elaborada, sin por ello perder la expresión adusta en el rostro.

—Milady, me han indicado que os diga lo siguiente: «Milady, soy el que sonrío con el cuchillo escondido bajo la capa». Aunque no soy maestro cervecero, os serviré, por mi honor. Mi nombre es Garrick Dyer.

Margarita se notó palidecer, mientras que Somerset y Douglas estallaron de ira y confusión.

—Creo que conozco al maestro Dyer, caballeros —dijo ella—. Lamento mucho no haberlos... reconocido antes.

Fue un momento agrídulce, perfectamente acorde a su humor al abandonar aquel país que había llegado a amar... y odiar. Margarita dio media vuelta, se remangó las faldas y la capa y se dirigió hacia el barco que la aguardaba. Para entonces, todo movimiento había cesado y los marineros permanecían quietos entre los obenques y los cordajes.

Oyó el ruido seco de una ballesta a su espalda, pero no vio cómo la flecha alcanzaba a Garrick Dyer ni cómo este alzaba la mano confuso al ver la punta de hierro que le asomaba entre las costillas. Se desmoronó sobre el empedrado. Margarita se hallaba aún girándose cuando Douglas bramó órdenes y Somerset agarró a la reina por el brazo y la acompañó apresuradamente hasta la pasarela.

—¡Subid a bordo, Margarita! —le gritó el joven duque al oído.

Las lámparas habían salido volando cuando los hombres las habían arrojado para ir en busca de sus espadas, pero la luna alumbraba suficiente. Bajo aquella pálida blancura, de entre los almacenes de cargamento salió una figura arrastrando los pies, con unos andares extrañamente zigzagueantes. Somerset habría apurado a Margarita para que atravesara la plataforma y descendiera a las bodegas, pero ella bregó por zafarse de sus manos, deseosa de contemplar qué sucedía.

—No es más que un hombre —dijo Margarita jadeante—. Un asesino que ha soltado el virote y no vivirá para darme alcance.

Observó mientras los escoceses rodeaban a la umbría figura. Por lo que alcanzaba a ver, el hombre les hablaba y gesticulaba con las manos. Margarita pensó en darse media vuelta para alejarse de nuevo cuando se dispusieran a asesinarlo. Había visto demasiadas muertes en sus treinta y un años de vida. Pero no acabaron con él. Uno de ellos llamó a lord Douglas y Margarita frunció el ceño cuando este se acercó a grandes zancadas para escuchar lo que fuera que aquel hombre tenía que decir. Para su sorpresa, el anciano escocés agarró al tipo firmemente del brazo y lo condujo hacia el muelle, en dirección a ella. Algunos de los hombres de Douglas recogieron las lámparas caídas y fueron alumbrándolas unas con otras, hasta que proyectaron luz sobre el asesino.

Margarita ahogó un grito, cubriéndose la boca con la mano. El rostro de Derry Brewer estaba envuelto en mugrientas tiras de paño, tan densas por la sangre reseca que alteraban la forma de toda su cabeza. Brewer la observó con un ojo reluciente, aunque Margarita pudo ver que caminaba doblado de dolor a causa de una herida profunda que le impedía permanecer erguido. La había seguido renqueando, pese a que ella sabía que lo había abandonado en el campamento de Tadcaster, a unos trescientos kilómetros al sur. En aquel momento, Margarita pudo atisbar la determinación en Derry. Sintió un arrebató de bochorno por la elegante bienvenida y la ayuda que le habían brindado a ella mientras un hombre herido le iba a la zaga.

—Buenas noches, milady —la saludó Derry Brewer—. Yo soy el que más sonrío,

con el cuchillo bajo la capa. No sé quién era ese otro malnacido.

—¡Derry! —exclamó Margarita, tan conmocionada por sus palabras como por su aspecto.

—Lo lamento, milady. —Derry volvió la vista para mirar al cuerpo que yacía sobre el empedrado y sacudió la cabeza—. Era uno de los míos. Lo reclamaré a la hora de mi muerte, milady. Es lo mínimo que puedo hacer por él.

—Si era vuestro hombre, ¿por qué...? —Margarita se interrumpió al ver que el maestro de los espías alzaba la cabeza y la observaba desde debajo de aquel paño parduzco.

Derry se llevó una mano al estómago. Estaba completamente cubierto de sangre y polvo.

—Sin duda me habría recibido debidamente y luego me habría finiquitado con una dosis de veneno, un cuchillo o una caída por la borda. O quizá lo haya juzgado mal. En cualquier caso, la vida me ha enseñado a no lamentar lo que no puede cambiarse. He regresado junto a vos, milady.

Derry se tambaleó ligeramente y habría hincado una rodilla en el suelo si Douglas no lo hubiera sostenido en pie.

—¿Permitiréis que este tipo suba a bordo, milady? —preguntó el escocés con expresión escéptica.

—Por supuesto, milord Douglas. Al margen de lo que haya hecho, Derry Brewer sigue siendo mi leal siervo. Ordenad que lo conduzcan abajo, por favor, que lo laven, alimenten y atiendan en un lugar cálido.

Vio que a Derry le colgaba la cabeza, absolutamente abatido por el cansancio y las heridas sin curar.

Margarita aguardó hasta que los escoceses hubieron puesto a Derry al cuidado de sus sirvientes y descendió al muelle. Se colocó frente a Douglas y Somerset y aceptó sus reverencias antes de volverse hacia su marido y alzarse entre este y la mar.

—Lord Somerset cuidará de vos, Enrique —le dijo.

El rey la miró, sonriendo levemente.

—Como digáis, Margarita —musitó.

Los ojos de Enrique únicamente reflejaban una paz perfecta. Margarita se había preguntado si sentiría ganas de llorar, pero no fue así. Todas las batallas estaban perdidas. La mano había escrito en la pared: «*Mené, Téquel y Perés*», palabras ancestrales en un idioma que nadie conocía.^[1] No cambiaría ni una letra. Sus decisiones eran irrevocables.

Sin mediar más explicación, subió a bordo del barco, agarrándose a un pasamanos mientras los marineros se preparaban para zarpar y saltaban a bordo tras ella, ágiles como simios. El viento y la marea se llevaron de allí a Margarita, rumbo a Francia, hacia la finca de su infancia en Saumur y junto a su padre. No dudaba de que el viejo baboso la despreciaría por sus fracasos, pero había estado muy cerca de triunfar. Había sido reina de Inglaterra y decenas de miles de hombres habían luchado y

muerto en su nombre, en defensa de su honor. Alzó la cabeza con orgullo nuevamente ante tal pensamiento, desterrando la desesperanza a medida que el viento arreciaba.

Su hijo Eduardo empezó a alborotar en cubierta en cuanto notó movimiento, asomado por la borda para observar cómo la espuma partía las oscuras aguas en dos y llamando a su madre, emocionado, para que acudiera a contemplarlo. La primavera se hallaba en camino y Margarita se animó al pensarlo. No volvió la vista para mirar a los hombres que permanecían en pie en la orilla, atrás.

SEGUNDA PARTE



1464

Tres años después de Towton



¿Quién es esa mujer, para atreverse a escribirme con tanta frecuencia y asediarme de tal modo? —preguntó el rey Luis de Francia, abanicándose para despejar el aire quieto y cálido de su palacio.

—Margarita de Anjou es vuestra prima hermana, su majestad —le susurró su canciller, inclinándose hacia delante para hablar al oído al monarca.

Luis se volvió hacia él con menosprecio.

—¡Sé perfectamente quién es, Lalonde! Lo he formulado en voz alta a modo de pregunta *théorique*, o *de rhétorique*, puesto que ninguno de vosotros parecéis capaces de aconsejarme cómo debería proceder.

En la corte corría el rumor de que el canciller Albert Lalonde tenía al menos ochenta años, quizá noventa, nadie lo sabía con certeza. Lalonde se movía y hablaba con lentitud, pero tenía una piel asombrosamente tersa, con arrugas tan finas que resultaban invisibles hasta que fruncía el ceño o notaba las punzadas de las dos únicas muelas que le quedaban. Él aseguraba estar en la sexta década, por más que todos sus compañeros de infancia hiciera ya largo tiempo que habían perecido. Algunas personas en la corte afirmaban que entre los primeros recuerdos del canciller se incluía la visión del Arca de Noé. El rey Luis lo toleraba por las historias acerca de la infancia y juventud de su padre que Lalonde aún recordaba. Desde luego, no lo hacía por la inteligencia del canciller.

El rey francés observaba fascinado cómo el anciano mascaba con su flácida boca, inquieto en medio de aquel calor. Los labios superior e inferior resbalaban el uno sobre el otro con una flojera extraordinaria. Con cierta reticencia, Luis apartó la vista. Lo aguardaban media docena de lores, cuyo patrimonio conjunto sumaba no solo una gran fortuna, sino también un inmenso número de soldados armados, por si le eran precisos. Se rascó la nariz a todo lo largo, puliéndose el bulbo de la punta entre los dedos índice y pulgar mientras reflexionaba.

—Su padre, el duque René, no es ningún necio, pese a sus fracasadas reivindicaciones de Jerusalén y Nápoles. Aun así, no seré yo quien critique a un hombre por ser ambicioso. A su vez, significa que no debo asumir que su hija carece de inteligencia. Sabe perfectamente que preferiría no encontrarle esposa a su hijo, un muchacho sin tierras, sin títulos y sin una sola moneda. No, lo que verdaderamente me preocupa es el verdadero rey de Inglaterra, Eduardo. ¿Por qué debería yo elegir apoyar a un príncipe Lancaster mendigo? ¿Por qué debería enemistarme con Eduardo Plantagenet al principio de su reinado? Le quedan muchos años por delante, Lalonde. Ha enviado a su amigo Warwick a mi corte a solicitar una princesa, ofreciendo agasajos e islas a cambio y adulándome con palabras de cien años de paz tras cien años de guerra. Son todo mentiras, por descontado, pero mentiras de una gran belleza.

El rey se alzó de su trono y empezó a caminar de un lado para otro, abanicándose. Sus lores y siervos se apresuraron a retroceder para no tocarlo por accidente y, quizá,

perder una mano.

—¿Debería enviar a un rey tal a brazos de mis enemigos, Lalonde? No dudo que el duque de Borgoña recibiría con buenos ojos su interés, o milord de Bretaña. Todos mis duques rebeldes tienen hijas o hermanas sin desposar. Y ahí tenemos a Eduardo, rey de Inglaterra y sin un heredero.

Su abanico removía el aire lentamente y el monarca iba enjugándose el sudor de la frente a golpecitos con un paño de seda.

—La prima Margarita es plenamente consciente de todo ello, pero aun así, Lalonde..., ¡aun así lo demanda! Como si... —se llevó un dedo a los labios, presionándolos por el centro—, como si supiera que Eduardo nunca será amigo de esta corte. Como si yo tuviera la obligación de apoyarla y aceptar que no me queda más alternativa. Es todo muy extraño. No lo suplica, aunque nadie le debe ningún favor y no tiene más fondos que unas cuantas rentas exiguas de su padre. Lo único que tiene para ofrecer es a su hijo. —Luis pareció iluminarse repentinamente; una sonrisa le atravesó el rostro—. Es una apuesta, Lalonde. Está diciendo: «Mi pequeño Eduardo es el hijo del rey Enrique de Inglaterra. Encuéntrale una esposa, Luis, y quizá un día serás recompensado por ello». No obstante, hay pocas posibilidades de que ello suceda, ¿no es cierto, Lalonde?

El anciano canciller lo observó con los ojos entrecerrados. Antes de tener tiempo de responder, Luis le hizo un gesto con la mano en el aire para mostrar su frustración.

—Se apuesta su futuro al desagrado que yo pueda sentir por los reyes ingleses. Por supuesto, si yo tuviera una docena de hermanas aún solteras, podría plantearme desposar a una de ellas con su hijo, pero tantas de ellas han muerto..., Lalonde. Bien lo sabéis vos. Las gemelas, la pobre Isabella. ¡Y también he visto morir a tres de mis propios hijos, Lalonde! He agitado los hombros de más cuerpecitos inertes de los que ningún padre debería ver nunca.

El monarca dejó de perorar durante un rato, con la mirada perdida en el fondo del magnífico salón vacío de su palacio. Todos los hombres y mujeres presentes permanecieron inmóviles para no interrumpir el hilo de su razonamiento. Tras lo que se antojó una eternidad, se aclaró la garganta y se encogió de hombros.

—Ya basta de hablar de esto. La mente me atormenta con penas antiguas. Hace demasiado calor. No. Lady Margarita vivirá una decepción. Escríbidle una respuesta expresándole mis disculpas eternas. Ofrecedle una pequeña pensión. Quizá así deje de incordiar-me.

A modo de respuesta, el canciller hizo una reverencia apoyándose en su bastón.

—Por lo que respecta al rey Eduardo Plantagenet, quien le robó la corona a otro de mis primos..., *mon Dieu*, Lalonde. ¿Debería entregar a mi hija Ana a un lobo como ese cuando esté en edad casadera? ¿Debería arrojar a mi querida corderita a un rudo gigante inglés? ¡Cuando mi padre entregó a una hermana a los ingleses, su rey Enrique decidió que era el soberano de Francia! Aún recuerdo cuando los ingleses se pavoneaban por los pueblos y ciudades de Francia, Lalonde, y los reclamaban. Si

honro a este rey Eduardo con mi pequeña niña, ¿cuánto tardarán en sonar los cuernos de nuevo? Y si no lo hago, ¿cuánto tardarán Borgoña y Bretaña en hacer sonar los cuernos de guerra? ¡Menudo fastidio!

Para su sorpresa, el canciller Lalonde respondió:

—Los ingleses se han desangrado, su majestad, en la que denominan la batalla de Bowsworth o Towton. No volverán a amenazar Francia, no mientras yo viva.

Luis observó dubitativo al anciano.

—Desde luego, aunque seremos afortunados si vos sobrevivís a otro invierno, Lalonde. Y ese Eduardo es hijo de York. Recuerdo a su padre, antes de que ese enorme cachorro hubiera nacido siquiera. El duque Ricardo era... impresionante: cruel e inteligente. Mi padre le tenía aprecio, como prácticamente a todo el mundo. No puedo enemistarme con su gigante hijo, que se impuso a treinta mil hombres en el campo de batalla. No, he tomado una decisión. No me quedan hermanas solteras. Mi hija tiene tres años y luego está la recién nacida, si Dios le permite vivir. Podría comprometer a Ana para desposarlo cuando cumpla los catorce años, de aquí a trece años. ¡Dejemos que el rey Eduardo calme su ardor durante una década! Dejemos que demuestre su valía como rey antes de enviar a otra hija de Francia a ultramar.

—Su majestad... —empezó a decir Lalonde.

Luis levantó una mano.

—En efecto. Soy consciente de que Eduardo no aguardará. ¿Sois acaso incapaz de entender una ilusión, canciller Lalonde? ¿Acaso carecéis de sentido del humor? ¿O tal vez se debe a la sordera? Enviaré a una delegación de lores y lindas muchachas para reunirse con el rey Eduardo, junto con espías, escribas y palomas listos para traer de vuelta a mis manos cualquier noticia. Le sugerirán la posibilidad de desposar a mi hija, pero él objetará, la rechazará. ¡Imposible aguardar tanto tiempo sin herederos! Entonces le ofreceremos a mi cuñada enviudada, Bona, o a una de las sobrinas que se congregan en las Navidades y me suplican regalos. Entonces aceptará y quizá habremos evitado que el gigante atravesase con un ejército esa manga de lágrimas que denominan el canal de la Mancha. ¿Lo entendéis ahora, Lalonde? ¿Es preciso que vuelva a explicarlo?

—Con una vez basta... con este calor —respondió el viejo, con los ojos fríos.

El rey Luis soltó una risita.

—¡Humor! ¡En alguien tan anciano! *Incroyable, monsieur*. ¡Bravo! Quizá vos deberíais formar parte de esa delegación. ¿Qué me decís? Para ir a reuniros con el rey en Londres. No, no me deis las gracias, Lalonde. Bastará con que os marchéis y dispongáis vuestras cosas. Inmediatamente.

El verano parecía haber durado toda una vida, como si no lo hubiera precedido un invierno. El país al completo se cocía y languidecía con apática languidez, mientras cada amanecer traía una nueva promesa de calor. Los muros interiores del castillo de

Windsor permanecían algo más fríos, gracias a su grosor de muchos centímetros, que protegía incluso de los días más cálidos. Bajo la mirada de Warwick, el rey Eduardo apoyó la frente en la lisa piedra caliza y cerró los ojos.

—¡Eduardo, hasta que tengáis un heredero no habrá nada escrito en piedra! —exclamó Warwick, exasperado—. Si sufrierais una apoplejía tras uno de vuestros festines o si un tajo se os gangrenara y agriara vuestra sangre... —Reunió el valor para pronunciar las palabras a través de la ventana a aquel hombre colosal y resplandeciente—: Si fallecierais, Eduardo, tal como están las cosas, ¿cuál creéis que sería el resultado? No tenéis hijos y vuestros hermanos son demasiado pequeños para heredar. ¿Cuántos años tiene Jorge? ¿Catorce? Y Ricardo solo tiene once. Tendría que nombrarse a un regente. ¿Cuánto tardarían Margarita, Enrique y su hijo en poner el pie en Inglaterra de nuevo? No ha transcurrido demasiado tiempo desde que todas las familias de este país perdieron a alguien en Towton, Eduardo. ¿Acaso deseáis que regrese el caos?

—¡Todo esto es una insensatez! No voy a morir —exclamó el rey, al tiempo que se daba media vuelta y se alejaba—. A menos, claro está, que el látigo de vuestra lengua sea capaz de matar a un hombre —continuó, medio para sí mismo—. ¿Cómo está Ricardo? ¿Se ha instalado en Middleham?

—¡¿Lo veis?! ¡Sois impredecible! ¡Nunca sé por dónde vais a salir! —replicó Warwick, alzando las manos con un gesto de exasperación—. ¡Sois capaz de borrar de un plumazo todo buen consejo y recordarme que habéis colocado a uno de vuestros hermanos a mi cuidado! Pero, si confiáis en mí, deberíais escucharme.

—Y os escucho —contestó Eduardo—, pero creo que os preocupáis en exceso. ¡No ocurrirá lo peor! En cuanto a mi hermano Ricardo, tiene aproximadamente la edad que tenía yo cuando viajé a Calais junto a vos. Fuisteis un buen maestro para mí; no he olvidado cuánto os admiraba. He considerado enviarlo a la guarnición allí, pero él... digamos que es más delicado de lo que era yo a su edad. Mi madre lo consintió, no me cabe duda de ello. Necesita adiestrarse con la espada y practicar varias horas con el hacha cada día. Vos sabréis qué hacer, tal como hicisteis conmigo.

Warwick suspiró, harto del papel que se veía obligado a desempeñar, una combinación de hermano mayor, padrastro y canciller que significaba que carecía de todo poder real sobre el obstinado joven rey. Al principio, había considerado un gran honor que Eduardo pusiera a su hermano menor a su cuidado. Era habitual permitir que los muchachos jóvenes se hicieran hombres lejos de sus familias. Los endurecía y les brindaba la posibilidad de cometer sus últimos errores infantiles lejos de las personas a quienes podían decepcionar. Y también servía para forjar alianzas, de manera que a Warwick le complació pensar que Eduardo considerara que valía la pena encomendarle a su hermano. Pero nada de ello ocultaba la vacuidad absoluta del papel que Warwick desempeñaba como compañero del rey.

No le había importado demasiado durante los dos o tres primeros años, mientras él y Eduardo sofocaban las rebeliones de los Lancaster en el norte. Había sido un

tiempo emocionante, con batallas de poca acción y cabalgadas por todo el territorio, a la zaga de espías y traidores. A resultas de ello, centenares de grandes casas y títulos permanecían vacantes, con sus propietarios fugados de la justicia, colgados de árboles o empalados en el puente de Londres. Eduardo había experimentado una inmensa satisfacción al deshonar a las casas nobles que habían apoyado a los Lancaster, despojándolas de sus títulos y de la riqueza de sus tierras. Él y Warwick habían sido inmisericordes, no cabía duda, pero les habían dado motivos para ello.

Había sido una labor emocionante y peligrosa mientras la habían llevado a cabo, pero luego la calma se había instalado en el país y no había habido más rebeliones durante todo un verano, ni una sola casa señorial incendiada ni asomo de noticia acerca de un alzamiento en nombre del rey Enrique. Había sido en aquellos días asfixiantes y empapados en sudor cuando Eduardo había empezado a arañar todas las puertas, deseoso de salir a cazar. Siempre se había mostrado más feliz en el frío, donde podía envolverse en pieles. No había alivio para el calor estival, que le arrebatava su inmensa fuerza y lo dejaba débil como Sansón con el cabello esquilado.

Warwick lo observaba, preguntándose cuál sería la causa de su agitación. Le vino una sospecha a la mente y la formuló en voz alta.

—¿Sabéis, Eduardo? Después de Towton, aún no somos lo bastante fuertes para plantearnos atravesar el canal de la Mancha, por mucho que lo deseéis. No tenemos un ejército en condiciones para hacerlo.

—Solo contábamos con seis mil hombres en Agincourt —espetó Eduardo, enojado al percibir que le habían leído el pensamiento—. Y cinco mil de ellos eran arqueros.

—¡Y ese ejército lo encabezaba un rey que ya había engendrado a un hijo y heredero! —exclamó Warwick—. Eduardo, tenéis veintidós años y sois rey de Inglaterra. Hay tiempo para cualquier campaña que deseéis emprender en los años venideros, pero, por favor, primero dejad un heredero. No existe ninguna princesa viva que no os contemplase como pretendiente.

Warwick hizo una pausa momentánea, consciente de que Eduardo tenía la vista clavada al otro lado de la ventana, en los terrenos de Windsor. No dudaba de que el joven monarca se estaba planteando abandonar sus deberes y esfumarse durante una semana o quince días, para aparecer apestando a sudor y sangre, como si no tuviera ninguna otra responsabilidad. Bastaba con un rumor acerca de un animal salvaje que amenazaba un rebaño o una población para que Eduardo reuniera a sus caballeros e hiciera sonar un cuerno de caza.

Warwick notó que había perdido el interés y la atención del rey cuando Eduardo afiló la mirada y se inclinó sobre los cristales de la ventana, que se empañaron con su aliento. Desde la torre se divisaba el Támesis. Eduardo debía de haber visto patos saltando a tierra. El joven rey era un apasionado de la caza con perros y la cetrería. Parecía tener un don para esta última, o eso se decía en las caballerizas reales. Algo en aquellas salvajes aves de rapiña ponía a Eduardo de buen humor y nunca parecía

más feliz que cuando cabalgaba con su gran gerifalte gris moteado posado en el antebrazo o cuando regresaba con varios pares de tórtolas o patos colgando del hombro.

—¿Su alteza? —dijo Warwick con voz queda.

Eduardo apartó la vista del cristal al escuchar la mención de su título. Se habían acostumbrado a llamarse por sus nombres de pila por haber vivido tantas cosas juntos. Eduardo sabía que Warwick únicamente empleaba el tratamiento real para dirigirse a él cuando consideraba que había un asunto verdaderamente importante. Asintió, de pie, con las manos enlazadas a la espalda, preguntándose si debía dar voz a lo que realmente lo atribulaba. Por una vez en su vida, Eduardo se sintió avergonzado.

—Ese rey francés, Luis, es primo hermano de Margarita —prosiguió Warwick, ajeno a la lucha interna del hombre que tenía delante—. En su exilio, Margarita podría haberle solicitado tierras o un título y, sin embargo, recurre a él para que concierte un matrimonio para su hijo. El rey Luis tiene reputación de ser un hombre inteligente, Eduardo. No puedo decir que sintiera ninguna calidez especial por su parte cuando sopesó nuestra solicitud, pero lo que sí sé es que cualquier enlace entre el hijo de Margarita y el trono francés sería un asunto peligroso.

—¡Nada de ello importaría si el lerdo esposo de Margarita no hubiera perdido Francia! —replicó Eduardo.

Warwick se encogió de hombros.

—Eso son cosas del pasado. No obstante, si permitimos que su hijo despose a una princesa francesa, algún día podría proclamarse rey de Francia... y luego reclamar Inglaterra alegando derecho de nacimiento. ¿Veis ahora el problema? ¿Entendéis por qué me he pasado dos años adulando al rey Luis y a la corte francesa y enviando regalos en vuestro nombre? ¿Comprendéis por qué he celebrado banquetes para una docena de sus embajadores y los he entretenido en mis señoríos?

—Por supuesto que lo entiendo, pero vos me lo aclararéis de todos modos —respondió Eduardo, regresando de nuevo junto a la ventana con expresión taciturna.

A Warwick se le tensó la boca al notar un viejo acceso de enojo e impotencia con el que estaba familiarizado. Estaba absolutamente seguro de cuál era el mejor camino y, sin embargo, era completamente incapaz de hacérselo tomar a aquel hombre superior a él tanto en armas como en rango. Eduardo no era estúpido, se recordó Warwick, simplemente era tan terco, despiadado y egoísta como los halcones que hacía volar.

El conde sir John Neville tenía motivos para estar satisfecho con su vida. Después de Towton, el rey Eduardo lo había incluido en la Orden de la Jarretera, convirtiéndolo con ello en miembro de un grupo selecto de caballeros que siempre tenían acceso al rey y a solicitar audiencia. De hecho, había ocupado el puesto que su padre había

dejado vacante en la orden y John había sentido el inmenso orgullo de poder añadir la leyenda de la Jarretera a su cimera: *Honi soit qui mal y pense*, «que la vergüenza caiga sobre aquel que malpiense». Había sido un gran honor, que, no obstante, empalidecía y quedaba reducido a la nada en comparación con el hecho de ser nombrado lord del castillo de Alnwick.

Los condes de Northumberland habían sido otrora uno de los siete reyes, antes de que Athelstan los unificara todos los reinados y formara Inglaterra. Era uno de señoríos más extensos del país y había recaído en la familia de Neville pasando por delante del linaje de los Percy. No existía ningún otro título que pudiera haber significado tanto para un hombre que había luchado contra el patriarca y los hijos Percy. John Neville había sobrevivido a un ataque de los Percy en su propia boda. Había observado al viejo conde Percy fallecer en San Albano. Uno a uno, los lores del norte habían caído. Le producía un júbilo incesante saber que su último heredero languidecía en la torre de Londres, mientras un Neville cabalgaba por las almenas de Alnwick y se aprovechaba de sus doncellas por diversión.

Había sido cruel con sus siervos, era cierto; se había deshecho de aquellos en quienes no confiaba y los había dejado morir de hambre sin trabajo. La sustitución de un viejo linaje por un nuevo lord siempre era dura. Aunque significaba la victoria de una sangre mejor, en su humilde opinión.

A cambio de tal generosidad, el nuevo conde de Northumberland había cabalgado y había trabajado durante tres años para localizar hasta el último reducto de apoyo a los Lancaster. Era directamente responsable de la ejecución de más de un centenar de hombres y había descubierto que disfrutaba con tal labor. Con su tropa de sesenta hombres de armas veteranos, John Neville seguía rumores y la información de confidentes a sueldo, tal como imaginaba que Derry Brewer había hecho antes que él.

Le habría gustado volver a encontrarse cara a cara con aquel hombre. La letra «T» que Brewer le había marcado le había dejado una gruesa cicatriz rosada en el reverso de la mano. El corte había sido tan profundo que a John Neville le costaba agarrar el cuchillo para comer y se le abrían los dedos por completo al más mínimo golpe. Aun así, por mucho que le hubieran arrebatado, su recompensa lo excedía con creces. No tenía en cuenta el precio que había pagado por su buena fortuna.

Lord Somerset había perdido la cabeza sobre el tocón de un árbol, tras ser sacado a rastras del sótano en el cual se había ocultado de los hombres leales a York. John Neville sonrió al recordar la furia del hombre. Era extraordinario cómo los lores y caballeros de Lancaster escarbaban en la tierra para ocultarse de su justo destino. Sir William Tailboys había sido apresado en una mina abierta de carbón y sacado a rastras de ella, tosiendo y negro como el tizón. Docenas de hombres habían sido perseguidos y localizados, o traicionados a cambio de unas monedas o por mera venganza. El trabajo lo consumía y John sabía que lamentaría el día en que tocara a su fin. La paz nunca había aportado a John Neville las satisfacciones y las recompensas de la guerra.

Su único reproche era haber estado tan cerca de atrapar al propio rey Enrique. Estaba seguro de que el monarca seguía en Inglaterra. Corrían rumores de gente que decía que lo había avistado en una docena de sitios distintos en el norte, en concreto en los alrededores de Lancashire. John Neville y sus hombres habían hallado una caperuza con una cimera de Lancaster en un castillo abandonado hacía solo dos semanas. Casi podía notar las huellas cada vez más recientes, y a los hombres que ocultaban al rey, más y más desesperados a medida que él los acechaba, rastreando cada olor y cada susurro. Podría haber delegado tal labor en otros, pero quería estar allí al final. Lo cierto era que disfrutaba más cazando hombres que cazando ciervos, lobos o jabalíes. El espectáculo era más interesante con quienes entendían lo que se jugaban y lo mismo luchaban que intentaban darse a la fuga.

El conde mantenía a raya su excitación mientras avanzaba por el camino accidentado que atravesaba los bosques de Clitheroe. Tenía sentido que el rey Enrique se escondiera en Lancashire, donde estaría más seguro. El apellido de su familia procedía de la antigua fortaleza de Lancaster en el noroeste, uno de los castillos más imponentes de Inglaterra. Lancashire era el feudo de Enrique, quizá más que ningún otro lugar. Y pese a ello, la familia Tempest lo había traicionado, ya fuera por lealtad a York o por la promesa de una recompensa ulterior; John Neville lo desconocía y no tenía interés en averiguarlo.

Cuando había llegado a la casa señorial de Tempest, el rey Enrique se había desvanecido como por arte de magia de sus aposentos. Tres de los ayudantes del soberano habían huido con él: dos capellanes y un escudero. ¿Cuánta distancia podían haber recorrido en un solo día, si los hijos de Tempest habían dicho la verdad? John Neville contaba con rastreadores capaces de seguir el rastro de un hombre, hombres del alguacil acostumbrados a dar caza a los malhechores fugitivos. Ni siquiera en caminos irregulares agostados por el ardiente sol estival les había costado demasiado detectar un rastro por encima de los demás. La comitiva real estaba integrada por un grupo de cuatro personas, de los cuales solo una iba a lomos de un caballo. No habría demasiados grupos de tales características.

El conde de Northumberland alzó la vista. Sombras verdes le veteaban el rostro. No le agradaban las profundidades de los bosques, donde se ocultaban bandoleros y traidores. Prefería los espacios abiertos, donde el viento podía ulular. Le agradaba Northumberland, con su naturaleza, sus valles y sus colinas desnudas que agitaban el alma. No obstante, tenía que seguir las pistas adonde quiera que lo condujeran: era su deber.

En voz baja, ordenó situar a ocho arqueros con ballestas en el frente y a otra media docena, protegidos con buenas armaduras, en formación cerrada a su alrededor, si bien entre las zarzas y los helechos no resultaba fácil avanzar a más velocidad que si hubieran ido a pie. Cuando la claridad se convirtió en lúgubres sombras, John Neville envió a sus dos mejores rastreadores a abrir camino, un par de hermanos de Suffolk que no sabían leer ni escribir y rara vez hablaban, ni siquiera

entre ellos. Olisqueaban el aire como sabuesos y parecían conocer todos los trucos de la caza, por abstrusos y truculentos que fueran. Por la noche, dormían acurrucados uno en brazos de otro y, con el corazón en la mano, su señor sospechaba que entre ellos existía una intimidad nauseabunda. Azotarlos no surtía efecto, pues se limitaban a resistir y mirar con un resentimiento apagado y además quedaban incapacitados para trabajar en los días posteriores.

Los hermanos desaparecieron entre la espesura que había ante ellos, mientras que los cazadores de John se abrían paso entre el follaje a tajos y machetazos. En algunos puntos había sendas de animales, creadas por los ciervos o zorros a lo largo de los años. Pero eran demasiado angostas para que jinetes con armadura transitaran por ellas y el avance era lento y exasperante, como si el propio bosque intentara impedir su progreso. John Neville apretó la mandíbula, enojado. Si tal era el caso, si hasta los árboles deseaban que se marchara, continuaría avanzando hasta cumplir su deber con el rey Eduardo, que lo había encumbrado muy por encima de sus sueños más osados y había respondido a todas sus plegarias.

Se le había enmarañado el pie en una parra espinosa. Blasfemando en voz baja, consiguió zafarse de ella. Por delante de ellos escuchó el ulular de un búho y levantó la cabeza con una sacudida. Los muchachos de Suffolk emitían ese reclamo cuando detectaban algo y no querían que escapara corriendo. John Neville utilizó su daga para liberarse la bota. No podía evitar que las hojas muertas crujieran, pero no estaban cazando ciervos, que para entonces seguramente ya se habrían desvanecido. Sus hombres cortaban y apartaban la maleza más fastidiosa, y él se abrió camino hasta ver a los dos jóvenes sucios tumbados boca abajo y observando la tierra que descendía ante ellos.

El lord Neville podía oír un río más allá, desmontó y avanzó arrastrándose con el máximo sigilo del que fue capaz. Los dos muchachos de Suffolk se volvieron para recibirlo con sendas sonrisas que dejaron a la vista los escasos dientes que contaban entre ambos, todos ellos podridos. John los ignoró y se asomó a través de las hojas de un abedul que, con las raíces medio fuera de la tierra, se aferraba a la ribera del río. El tronco, lo bastante débil como para caer en cualquier momento, tembló cuando John se apoyó en él.

A menos de cuarenta metros de distancia, el rey Enrique de Inglaterra atravesaba el río, saltando de piedra en piedra con un hombre por delante y otro por detrás, con los brazos en cruz para evitar caer. El rey sonreía, deleitado por el centelleo del sol en las aguas y por la vista del ancho río, en cuyo cauce truchas marrones saltaban entre las piedras y se alejaban como flechas. Mientras John Neville observaba la escena asombrado, el rey Enrique señaló con entusiasmo a uno de los peces que pasaba bajo sus pies.

John Neville se puso en pie y salió de entre el follaje. Se dirigió al agua y no dudó en adentrarse en ella y atravesarla a zancadas, salpicando a un lado y a otro. Con el agua del río apenas a la altura de las rodillas, John avanzaba sin apartar la mirada del

rey y sus ayudantes.

Uno de ellos bajó una mano hacia la daga que portaba en el cinturón. Lord Neville lo miró y se llevó la mano a la espada que portaba en la cintura, un gesto con un significado inconfundible. El escudero dejó caer la mano y permaneció en pie como un perro apaleado, abatido y temeroso. John Neville agarró al rey Enrique por el brazo y el monarca soltó un grito de sorpresa y dolor.

—¡Por fin os echo el guante, Enrique de Lancaster! Ahora vendréis conmigo.

Por un instante, John Neville fulminó con la mirada a los dos capellanes, quienes vieron a hombres armados esparcirse por ambas orillas del río y cayeron en la cuenta de que se hallaban a una larga distancia de la carretera y de la ley. Sabían perfectamente que sus vidas no valían nada en aquel momento. Ambos se santiguaron y oraron entre susurros en latín. Permanecieron en pie, con la cabeza gacha, sin atreverse a levantar la mirada.

John Neville emitió un sonido de repugnancia y tiró de Enrique para sacarlo del agua con él, prácticamente arrastrando al rey hasta la orilla.

—Es la tercera vez que sois capturado —dijo el lord Neville, mientras tiraba de Enrique por la ladera cenagosa.

El rey parecía confuso, al borde de las lágrimas. Con un gruñido repentino, su captor le abofeteó en el rostro con fuerza. El rey lo miró consternado y, de repente, se le afiló el ingenio y sus ojos recobraron la vida.

—¿Por qué me habéis golpeado? ¡Criminal! ¿Cómo os atrevéis a...? ¿Dónde está el escudero Evenson? ¿Padre Geoffrey? ¿Padre Elías?

Nadie le respondió, por más que repitió sus nombres una y otra vez, presa del pánico. Uno de los hombres de armas de Neville lo ayudó a montar y luego le ató los pies a los estribos para que Enrique no cayera. Condujeron su caballo de regreso a través del camino que habían abierto en la espesura del bosque, hasta que por fin emergieron de entre los árboles y vieron la carretera que se extendía ante ellos.

Warwick frunció el ceño y sacudió la cabeza mientras miraba a los dos criados que intentaban llamar su atención. Cualquiera de ellos podía fácilmente ponerlo nervioso, motivo por el cual se había mostrado tan rígido en sus instrucciones antes de llevarlos a Londres. Ambos iban vestidos con librea de color granate y blanco, los colores de su casa. El mayor de los dos era Henry Percy, el último descendiente de la estirpe de los condes de Northumberland. El muchacho había perdido en las guerras a su padre, a su abuelo y a su tío, antes de que toda su familia fuera deshonrada, y el título que podía haber heredado, entregado a otra persona. La verdad era que, a su regreso de Towton, Richard Neville no se había visto con ánimo de abandonar a un crío de catorce años lloriqueante en la torre de Londres. El muchacho de los Percy se había mostrado patéticamente agradecido y desde entonces le servía como escudero, siempre dispuesto a acudir a su llamada.

Le había parecido obvio adiestrar al joven junto a Ricardo, el duque de Gloucester, aún demasiado joven para su título. Warwick se descubrió sudando mientras fingía no ver al más bajito de ambos inclinándose hacia delante para llamar su atención. Ambos sofocaban las risas, con los ojos centelleantes. Warwick se debatía entre mostrarse irritado o indulgente ante sus payasadas. Los dos jóvenes alborotadores habían provocado momentos de un caos extraordinario en el castillo de Middleham. Solían despertar a los inquilinos con sus gritos. En una ocasión, incluso habían tenido que convencerlos para que descendieran de la parte más elevada del tejado, donde habían intentado protagonizar un combate de espadachines, y a punto habían estado de romperse la crisma al caer. Tenían un apetito prodigioso y atormentaban a las criadas con zorros capturados y ciervos volantes de los bosques que introducían a hurtadillas en el castillo. Con todo, Warwick no lamentaba el impulso de hacer de tutor de ninguno de ellos. No tenía hijos varones. Cuando estaba en paz en su casa en Middleham y los muchachos interrumpían el sosiego jugando y persiguiéndose, sentía cierto anhelo y también algo de tristeza. En tales ocasiones, si su madre o esposa captaban su estado de ánimo, lo envolvían con la mirada, sin dejar de reír. Entonces interrogaban a los muchachos y amenazaban con una vara al causante de destruir la tranquilidad de aquel día.

Rodeado por la delegación de la corte francesa, Warwick hizo caso omiso de ambos críos, quienes no dejaban de agitarse como si fueran los gorriones de las afueras de la ciudad. Lo que fuera que se llevaran entre manos podía esperar y, seguramente, ya era hora de que aprendieran a tener un poco de paciencia. Les dio la espalda.

Al notar otros ojos posados sobre él, inclinó su copa de vino hacia el cabecilla del grupo, el embajador Lalonde. El anciano se inclinaba sobre un bastón plateado con los hombros encorvados, aunque no era eso lo que tenía fascinado a Warwick. A intervalos, el viejo entregaba su vino a un siervo personal, extraía un frasco con un

ungüento de una faltriquera que llevaba en la cintura, hundía en él un dedo y se untaba una dentadura de color amarillo pálido que le sobresalía demasiado de la boca. Warwick no acertaba a determinar si estaba hecha con dientes reales de hombres muertos, como había oído una vez que sucedía, o tallados en marfil y fijados con alambre en una estructura de madera oscura taladrada. El resultado era extraordinario. Durante todo su discurso, los dientes resbalaban y se le soltaban, de manera que el idioma francés, ya de por sí anticuado, resultaba absolutamente incomprendible.

A Warwick no le quedó más opción que esperar y mirar mientras el anciano engrasaba su dentadura postiza hasta sentirse enteramente satisfecho, de manera que sus labios volvieran a deslizarse con suavidad por su superficie una vez más. Mientras el criado del embajador le devolvía su bebida, Warwick se sobresaltó al notar que alguien le tocaba el hombro. Al volver la vista, encontró allí a Henry Percy, de pie, con el rostro como la grana. Bajo la atenta mirada del destacamento francés, que observaba todos sus movimientos, Warwick se limitó a sonreír, como si hubiera solicitado que lo interrumpieran.

—¿Es importante, verdad?

El muchacho agachó la cabeza, visiblemente nervioso en compañía de los forasteros. Warwick se relajó un poco. Se le ocurrió que sus invitados franceses seguramente no esperarían que un siervo común hablara en su lengua. Pero el heredero de los Percy se había criado con una tutora francesa y hablaba el idioma con fluidez. Warwick sopesó colocar al muchacho cerca del embajador para escuchar a hurtadillas su conversación privada. Pero por el momento entendió que el joven tenía algo importante que comunicarle. Warwick agarró a Percy del brazo y lo condujo hasta un extremo de la estancia. Mientras avanzaba, vio a dos integrantes de la comitiva francesa inclinándose para dirigirse a sus propios siervos, que habían acudido jadeantes, y a un tercero que entraba a toda prisa y hacía una reverencia ante su señor.

Algo sucedía. Warwick no había dudado en ningún momento de que algunos de los criados franceses eran espías o informantes, como tampoco de que debía de haber entre ellos hombres capaces de dibujar esbozos de rostros y el curso de un río. Todas las delegaciones procedentes de Francia seguían el mismo patrón, tal como sucedía cuando Inglaterra enviaba a hombres al otro lado del canal de la Mancha para acudir a eventos formales.

El embajador Lalonde apartó su dentadura para observar el progreso de los criados franceses. Warwick agarró al muchacho con más fuerza del brazo y lo condujo hasta donde Ricardo de Gloucester aguardaba, junto a las puertas abiertas de la sala, lejos de los oídos franceses más próximos.

—¿Qué sucede? —siseó Warwick—. Venga, decídmelo uno de los dos. ¡Rápido!

—Vuestro hermano, milord —dijo Henry Percy—. El conde sir John. Tiene al rey bajo su custodia junto a la catedral de San Pablo, en la puerta de Ludgate.

—¿Qué insensatez es esa? ¿Por qué iba mi hermano a...? Aguardad... ¿Al rey

Enrique?

—Hecho prisionero —respondió Gloucester, con una voz algo más altisonante—. El mensajero de vuestro hermano vino corriendo y le dijimos que os lo comunicaríamos. Os aguarda afuera.

—Ya veo. Entonces ambos habéis obrado bien —respondió Warwick.

Tuvo que esforzarse por mantener una expresión de indiferencia bajo el escrutinio de quienes fingían no observarlo. Volvió la vista hacia el embajador francés y los treinta hombres que habían desembarcado hacía solo dos semanas. Estaba previsto que el rey Eduardo llegara a mediodía para saludarlos y mostrarles cuán educado, saludable y joven era, un hombre sin marcas ni cicatrices que pretendía reinar Inglaterra durante medio siglo. Todo ello llegaría a las orejas rosadas y con forma de concha del rey francés.

—Decidle al mensajero de mi hermano que ahora mismo voy —dijo Warwick, enviando al hermano pequeño de Eduardo con un empujoncito.

El muchacho de los Percy siguió a su compañero de juegos cuando Warwick le dijo que se largara, distraído. Warwick se dio cuenta de que la noticia se propagaba entre la comitiva francesa. No podía hacer nada al respecto, salvo retenerlos a todos en aquel salón.

—Milores, caballeros —anunció, empleando su mejor voz militar. Reinó el silencio y todos se volvieron hacia él, algunos con recelo y otros con fingido desinterés—. Lo lamento, pero he sido convocado. Debo atender a su majestad, el rey Eduardo, durante una hora, quizá menos. —Warwick chasqueó los dedos a los tres criados y les musitó unas instrucciones rápidas antes de alzar la voz de nuevo—. Os ruego que continuéis disfrutando de este refinado clarete y de los fiambres. Os traerán nuevas provisiones. Estos sirvientes tendrán el honor de mostraros la cámara donde se reúne nuestro Parlamento y, quizá... el río...

Se le agotó la inspiración, de manera que hizo una honda reverencia al embajador Lalonde y giró sobre sus talones para salir de allí. Warwick se detuvo una vez más en la puerta para advertir al maestro de armas que no dejara salir a nadie. Mientras se alejaba de allí a toda prisa, escuchó el inicio de una furiosa discusión, cuando los criados franceses descubrieron que no los autorizaban a seguirlo.

El caballo de Warwick aún vestía la fina gualdrapa y los jaeces con los que su personal lo había engalanado para recibir a los franceses, con una testera roja y dorada que le descendía por el cuello y solo le dejaba al descubierto los ojos. Al animal no le gustaba el paramento y resoplaba de continuo, sacudiendo la cabeza irritado mientras lo guiaba por el camino del río hasta la ciudad propiamente dicha. En respuesta, Warwick espoleó la montura y la lanzó al galope, levantando en su estela terrones de estiércol y salpicando a madres y niños en su avance, lo que provocó que a su espalda se elevaran tanto gritos de enojo como exclamaciones de

júbilo.

Para cuando llegó al puente de piedra que salvaba el río Fleet y vio la puerta de Ludgate abierta ante él, Warwick iba completamente salpicado de barro, desde las botas hasta las mejillas. Le complació comprobar que el batallón de cazadores de su hermano, según parecía, había preferido esperarlo antes de entrar en la ciudad.

Desde la distancia, Warwick había reconocido la oscura capa que su hermano John llevaba sobre la armadura plateada, así como la flaca y desgarbada figura que tenía a menos de un brazo de distancia. Warwick detectó también el orgullo que sentía su hermano, inconfundible en el porte de su pecho y sus hombros.

Tras avanzar al paso con su caballo durante el último tramo, Warwick se acercó al escuadrón. Los endurecidos hombres de John Neville se separaron para abrirle paso. Warwick sabía que la reputación de aquellos soldados era merecida, pero, si lo que pretendían era ponerlo nervioso con aquellas gélidas miradas, él solo tenía ojos para el rey.

Saltaba a la vista que no habían tratado bien a Enrique. Los pies del monarca estaban atados a los estribos y la silla de piel estaba oscurecida por los orines. Enrique se balanceaba ligeramente y, al acercarse, Warwick pudo ver su mirada ausente. Uno de los hombres agarraba con una mano las riendas de su caballo, pero el triste rey no estaba en condiciones de escapar, según pudo comprobar Warwick. Enrique estaba prácticamente inconsciente, muy delgado y con aspecto zarrapastroso.

Costaba odiar a un hombre como aquel, pensó Warwick. En cierto sentido, la debilidad de Enrique había conducido a la muerte del padre de Warwick, pero, si había esperado sentir enojo, este se había disipado por completo en los años que habían transcurrido desde Towton. El soberano había sufrido tanto como cualquiera, en el caso de que fuera capaz de entender lo que era el sufrimiento. Warwick suspiró. Se sentía vacío. Su hermano John esperaba ser felicitado y, sin embargo, él no sentía ninguna alegría por aquel arresto. A su modo, Enrique era inocente. Apresar a un hombre como él, pese a tratarse del corazón de la causa de Lancaster, reportaba escasa satisfacción.

—Dejadlo bajo mi custodia, hermano —dijo Warwick—. No huiré de mí. Yo lo conduciré hasta la torre.

Para su sorpresa, su hermano frunció el ceño. John Neville tiró con fuerza de sus riendas, de tal manera que su caballo se revolvió y resopló.

—Es mi prisionero, Richard. No el vuestro. ¿Acaso pretendéis apoderaros de los elogios que me he ganado yo? —Vio a Warwick enrojecer de ira y añadió—: ¡Vos no le habéis dado caza a través de páramos y brezales, Richard! No habéis pagado sobornos y escuchado a docenas de plebeyos informar de su paradero a cambio de unos pocos peniques. ¡Por la memoria de nuestro padre!

Warwick era consciente de que su hermano estaba rodeado de docenas de veteranos que acatarían sus órdenes. No había ni que pensar en tomar a Enrique por la fuerza, si bien Warwick sintió una punzada de furia por la ingratitud y la sospecha

de que él pudiera utilizar algún truco rastrero contra su hermano. Había hecho más que nadie por elevar a John Neville de las filas de la caballería a la nobleza. Su hermano le debía sus títulos y señoríos. Warwick había dado por supuesto que así se entendía y se apreciaba. En lugar de ello, el joven Neville se comportaba como si no existiera ninguna deuda entre ellos. Con todo, no era posible arrebatar a Enrique de sus garras, no con tantos bandoleros con armadura rodeándolos.

—Hermano, no impondré mi rango sobre el vuestro... —empezó a decir Warwick.

—¡No podríais hacerlo! ¿Acaso sois duque? ¿No somos ambos condes? ¡Hermano, jamás pensé que vería tal arrogancia en vos! Os he mandado llamar primero porque esta es una causa de los Neville y...

—Y yo soy el cabecilla de la casa y del clan Neville —replicó Warwick—. Como lo era nuestro padre antes que yo. Y yo soy también el hombre que solicitó que os nombrasen conde de Northumberland cuando el rey Eduardo me preguntó cómo podía recompensar a mi familia. No pongáis a prueba mi buena voluntad, John. No busco ganancia alguna, pero seré yo quien conduzca a Enrique hasta la torre, como hice con el heredero de catorce años de la familia Percy, para que permanezca allí en una celda mientras vos disfrutáis de las tierras que le pertenecían.

Quizá no fuera el momento más oportuno de revelar que había rebautizado al muchacho y lo había mantenido a su servicio. A Warwick no le importaba manipular a su hermano si la necesidad era imperiosa. Como ocurría con el rey Eduardo, si quienes lo rodeaban no eran capaces de ver cuáles eran las mejores elecciones, la labor de Warwick era doblegarlos a su voluntad de un modo u otro. Poco le importaba hacerlo mediante adulaciones o la fuerza de la persuasión, siempre que siguieran el camino trazado por él.

El conde sir John Neville notó cómo se le crispaba un músculo en la comisura del labio mientras miraba frustrado a su hermano mayor. Había adorado a Warwick durante la infancia, cuando ninguno de ellos sabía qué eran los títulos ni los señoríos. De joven, John había cultivado un resentimiento envidioso por el extraordinario matrimonio que había realizado Warwick. De un plumazo, Richard Neville había heredado honor y tierras suficientes para sentarse en las mesas más poderosas de toda Inglaterra. A partir de entonces, Warwick se había convertido en el compañero fiel de su padre y en el aliado vital de York, encauzando la guerra que ambos habían librado juntos. Y mientras tanto, John Neville había sido un mero caballero, ni siquiera un miembro de una gran orden como la de la Jarretera. El deceso de su padre lo había convertido en lord Montagu; Towton y la generosidad del rey lo habían hecho conde. Podía ver que su hermano Richard había madurado con sus títulos y vestía el poder como una vieja y cómoda capa. El conde de Warwick desplegaba una confianza en sí mismo que resultaba intimidante, incluso entonces, rodeado por los hombres de John.

El joven Neville se preguntó si alguna vez sería capaz de llevar la autoridad con tan poco esfuerzo. Hizo una mueca y sacudió la cabeza. Era el conde de

Northumberland y un compañero del rey. Con el tiempo se acostumbraría a ese manto y no tendría nada que demostrar a nadie, y menos aún a su hermano. Incluso así, sintió una punzada al pensar en entregar a Enrique. Por más que John Neville se hubiera dicho que aquel hombre ya no era rey, costaba no contemplarlo con cierto temor reverencial. John aún sentía en la mano el punto exacto con el que había abofeteado la mejilla de Enrique. Al recordarlo se sonrojó todavía más, consciente de cómo reaccionaría Warwick si se enteraba de ello.

Warwick aguardó una eternidad mientras su hermano lo miraba de hito en hito, en silencio. Richard Neville sabía cuándo refrenarse y no discutir. Dejó que su hermano pequeño recordara las deudas que tenía con él. Warwick atisbó destellos de una ira que no comprendía, después de todo lo que había hecho por John. Supuso que la sensación de gratitud constante podía resultar fastidiosa, pero ello no implicaba que fuera inmerecida. La simple y llana verdad era que su hermano no era ni la mitad de hombre que él. Y Warwick esperaba que John Neville fuera consciente de ello.

—De acuerdo —dijo John con voz ronca—. Pongo a Enrique de Lancaster bajo vuestra custodia. Os dejaré a una docena de mis hombres para garantizaros un paso seguro a través de la ciudad hasta la torre. Una vez que lo vean, la muchedumbre se agolpará a vuestro paso.

Warwick inclinó la cabeza, conmovido y complacido al comprobar cuánto había madurado John Neville. Seguía siendo un joven lleno de ira, pero no en vano había estado presente durante la ejecución de docenas de caballeros, capitanes y lores de Lancaster. Quizá toda aquella sangre hubiera enfriado su sed de venganza, al menos un poco. O eso esperaba Warwick.

Enrique no opuso resistencia cuando Warwick asió las riendas del hombre que las sujetaba y condujo el caballo a través de la puerta de Ludgate y por el interior de la ciudad de Londres. La catedral de San Pablo se cernía sobre las calles, enorme y rotunda. De su interior llegaba el canto amortiguado de un coro.

En la penumbra, la torre de Londres era un lugar aterrador. La puerta principal estaba iluminada tan solo por dos braseros colocados sobre sendos varales de hierro. Proyectaban luz dibujando unos ojos amarillos alrededor de la casa del guarda, una luz que se desvanecía en la negrura a lo largo de las paredes del interior. A las personas de alta alcurnia se les permitía tener velas o lámparas en sus estancias, lo que fuera que sus familias estuvieran dispuestas a costear mientras permanecían confinadas. Con todo, gran parte de la antigua fortaleza permanecía a oscuras, sus piedras invisibles recortadas sobre el negro río que discurría junto a ella.

Warwick escuchó la llegada de Eduardo mucho antes de verlo. Tragó saliva nerviosamente, inseguro acerca de lo que presenciaría aquella noche. El rey había enviado a informar de que se dirigía hacia allí y, durante las horas de espera, los guardas de la torre de Londres habían trajinado comprobándolo todo e informando al

alguacil, cuya responsabilidad empezaba y concluía con la presencia del monarca. El complejo cada vez más extenso de torres, edificios, celdas y fosos era propiedad del rey, incluida la Fábrica de Moneda de Inglaterra y la casa de fieras que encerraban aquellas paredes. En ausencia del rey, el alguacil asumía el control de la torre y supervisaba todos los movimientos de los guardias y las llaves.

Se abrió la puerta para franquear el paso a Eduardo y a un grupo de tres figuras con armadura a caballo. El grupo entró cabalgando velozmente, como al rey le gustaba. Tras desmontar, las tres figuras siguieron a Eduardo y al alguacil, quien los condujo hasta las estancias donde Enrique estaba retenido.

Warwick escuchó el repiqueteo del metal acercándose hasta que finalmente apareció Eduardo, con la cabeza descubierta y expresión adusta. Warwick hincó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza. Al joven rey le agradaban las exhibiciones de homenaje, si bien de común era amable y apremiaba a los hombres a ponerse en pie enseguida.

—Alzaos, Richard. Vuestras rodillas deben quejarse sobre estas viejas piedras.

Warwick sonrió con rigidez, por más que a sus treinta y seis años era cierto que notaba una punzada de dolor en la rodilla derecha cuando descargaba en ella todo su peso.

—Ya conocéis a mi hermano Jorge —dijo Eduardo como si tal cosa, proyectando la vista más allá de Warwick, hasta el pasillo de piedra que se extendía tras él.

Warwick sonrió y le hizo una profunda reverencia.

—Por supuesto que sí. Buenas noches, su gracia.

El muchacho de quince años había sido nombrado duque de Clarence tres años antes, durante la coronación formal de Eduardo, elevado de la oscuridad a la riqueza y el poder por su hermano mayor. Solo tres hijos de York habían sobrevivido a los peligros de la infancia y la violencia de la guerra. Warwick pensó que decía mucho de Eduardo que hubiera alzado a sus dos hermanos hasta las filas más altas de la nobleza. Se preguntaba si las espléndidas concesiones y títulos eran una recompensa por la pérdida de su querido padre. En silencio, mientras recorrían el sombrío trayecto que conducía hasta las estancias de Enrique, Warwick volvió a pensar en su hermano John, a quien habían nombrado conde de Northumberland. Su nombramiento no había devuelto la vida a su padre, pero, si el viejo pudiera verlo, Warwick estaba seguro de que se sentiría orgulloso. Y eso era importante. Desde la muerte de su progenitor, Warwick había tenido la sensación de que lo observaban, de que su padre quizá estuviera contemplando y juzgando sus momentos más íntimos. Y por mucho que hubiera querido al viejo, no era una sensación agradable.

Desde luego, Warwick no podía culpar al joven rey por tales actos de generosidad. Eduardo era una persona de gestos magnánimos, capaz de entregar un condado al tiempo que ordenaba el encarcelamiento o la ejecución de un hombre. Era absolutamente voluble, pensaba Warwick, un rey imprevisible. Era mejor tributarle honores y respeto. Eduardo no parecía apreciar las cortesías elaboradas, pero era

perfectamente consciente de cuándo no se le ofrecían.

El rey acompañó a su hermano hasta la puerta exterior de los aposentos de Enrique. Agarraba a Jorge del brazo con gesto paternal y Warwick sonrió, al entender que quizá toda aquella visita solo buscara mostrar a su hermano menor el rostro de un rey caído.

Eduardo golpeó el roble con el puño. Esperó mientras la mirilla se abría y cerraba, y uno de los guardias, que siempre permanecía con Enrique de Lancaster como criado y carcelero, desbloqueaba la puerta. Eduardo ni siquiera dio las gracias al hombre, pues enseguida atisbó a su viejo enemigo a través de otra puerta, arrodillado en la piedra con el rostro encarado hacia una ventana de hierro y vidrio tintado. No había luz en el exterior, pero una pequeña lámpara de aceite en un rincón iluminaba parcialmente el rostro de Enrique. Tenía los ojos cerrados y las manos unidas en posición de rezo. Parecía estar en paz y Eduardo frunció el ceño al verlo, inconscientemente irritado.

Warwick se inquietó al recordar la vez en que él y Eduardo habían hallado al rey Enrique en una carpa y lo habían apresado sin que opusiera resistencia. En más de una ocasión, Eduardo había cavilado sobre cuán distinto habría sido su futuro si hubieran matado a Enrique entonces.

Enrique se hallaba completamente a merced de Eduardo, sin un solo amigo o partidario. Warwick tenía la mirada posada en Eduardo y este lo notó. De repente se volvió para mirarlo, sonriendo. Con un brazo, empujó a su pasmado hermano Jorge hacia delante para que observara al rey arrodillado. Simultáneamente, Eduardo se acercó a Warwick para susurrarle algo al oído.

—No temáis, Richard. No he venido aquí en busca de violencia, esta noche no. Al fin y al cabo, ahora yo soy el rey, bendecido por la Iglesia y consagrado en batalla. Este pobre hombre no puede arrebatarme eso.

Warwick asintió con la cabeza. Para su intenso bochorno, Eduardo alargó la mano y lo agarró por la nuca, casi como si fuera a atraerlo hacia sí en un torpe abrazo. Tal vez pretendiera ser un gesto tranquilizador, pero Warwick tenía treinta y seis años y era un hombre casado y padre de dos hijas. No le agradaba que lo palmearan como a un sabueso predilecto. Permaneció tenso mientras Eduardo le daba dos palmaditas más en el mismo punto antes de apartar el brazo. Eduardo se lo quedó mirando, percibiendo algo parecido a la resistencia, que malinterpretó. Tomó a Warwick del brazo y lo condujo hasta las estancias exteriores, lejos del rey arrodillado bajo la luz de la antorcha.

—Solo siento pena cuando lo miro —aclaró Eduardo con voz queda—. Os lo juro, Richard, no corre peligro. —Soltó una risita teñida de amargura—. A fin de cuentas, mientras Enrique esté vivo, su hijo no podrá reclamar mi trono. Creedme, deseo a ese mentecato cuarenta años de buena salud, para que nunca exista un rey al otro lado del mar. No temáis por Enrique de Lancaster mientras esté a mi cuidado.

Warwick se tranquilizó, por más que estuvo a punto de cometer el error de zafarse

otra vez de Eduardo cuando este lo agarró por el brazo para conducirlo de nuevo al interior. El rey era mucho más proclive al contacto que Warwick, sobre todo debido a la inconsciencia de la juventud. Warwick suspiró en silencio para sus adentros mientras avanzaba entre los caballeros que miraban boquiabiertos a Enrique.

Al menos, el rey arrodillado estaba limpio, pese a que estaba dolorosamente delgado y se le intuía la calavera bajo la piel cedida. No había abierto los ojos ni una sola vez mientras Warwick lo había estado contemplando y sus manos apenas habían temblado un poco debido a la presión con las que las mantenía unidas. No era una pose pacífica, constató Warwick, sino una pose de desesperación y aflicción. Sacudió la cabeza, compadeciéndose de aquel hombre roto y de todo lo que había perdido.

Jorge, el duque de Clarence, se arrodilló un momento junto a Enrique, con la cabeza gacha en gesto de oración. Los caballeros y el rey Eduardo se le sumaron, haciendo cada uno su propio acto de contrición, e imploraron el perdón por sus pecados. Uno a uno, se santiguaron y abandonaron la estancia, hasta que solo quedaron en ella el carcelero y su único inquilino permanente. En el umbral de la puerta, Warwick miró hacia el estrecho camastro que había en el extremo opuesto de la habitación. Había allí una mesa con libros, una botella de vino y dos manzanas pequeñas. No era demasiado para un hombre que había gobernado Inglaterra. Y, sin embargo, era más de lo que podía aspirar a tener.

Fuera, el alguacil de la torre estuvo a punto de caerse a causa de la profunda reverencia que le hizo a Eduardo para agradecerle su presencia. Warwick, acompañado por la pequeña comitiva, salió por la torre de entrada, y respiró hondamente cuando la hubieron atravesado. Era un placer mundano, pero allí podían respirar un aire libre que no circulaba en el interior de aquellas paredes. Warwick sintió que se le aligeraba el pecho al llenarse al máximo los pulmones y dejar atrás la quietud de aquel lugar.

Se acercó en su montura hasta el rey, consciente de que un humor contemplativo había hecho presa en todos ellos.

—Su alteza, no me habéis indicado cómo ha ido la reunión con el embajador francés —dijo Warwick—. Lo veré al amanecer mañana para debatir cuál de las encantadoras princesas francesas será vuestra.

Quedaban por delante semanas o meses de negociaciones, y Warwick pronunció las últimas palabras con una risita entre dientes, pero Eduardo no respondió y, en su lugar, pareció entristecerse más. El joven rey resopló, proyectando la mirada hacia el Támesis, que discurría ante ellos.

—¿Eduardo? —preguntó Warwick—. ¿Qué sucede? ¿Hay algo que yo debiera saber?

Había conocido al joven durante gran parte de la vida de Eduardo y nunca antes había visto aquel gesto de vergüenza en su rostro. Warwick vio que el hermano de Eduardo, Jorge, desviaba la mirada y la clavaba deliberadamente en el río. El joven tenía el rostro como la grana. Sabía algo.

—Su alteza, si debo servirlos en este asunto, debo...

—Estoy casado, Richard —espetó Eduardo de repente. Inhaló una enorme cantidad de aire y luego la expulsó—. Ya está. Ya lo he dicho. ¡Qué alivio! No encontraba el modo de exponerlo ante el Consejo de los Lores mientras vos negociabais con los franceses. Entonces los franceses vinieron a Londres y consideré que debía confesaros la verdad; este asunto ha llegado demasiado lejos...

El rey balbuceaba, mientras Warwick no podía más que mirarlo atónito, pasmado, absolutamente inmóvil. Cayó en la cuenta de que se le había abierto la boca por el asombro y la cerró con cuidado, notando que se le reseca por efecto del aire nocturno.

—No... Eduardo, ¿quién es ella? ¿Estáis casado? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Por el amor de Dios! No, ¿quién es...? Eso es lo que más importa.

—Isabel Grey, Richard. O Isabel Woodville, según su apellido de soltera. — Eduardo aguardó a que Warwick asimilara sus palabras, pero al ver que este únicamente podía mirarlo de hito en hito, prosiguió—: Su marido falleció en el campo en la segunda batalla de San Albano. Era un caballero, sir John Grey, que luchó por la reina Margarita y el rey Enrique. —Eduardo se arriesgó entonces a esbozar una sonrisa de cordero—. Vuestra defensa trajo la muerte al hombre que se interponía en mi felicidad. ¿No resulta curioso pensar en ello? Nuestras vidas están entrelazadas como...

—¿Su familia no tiene sangre real? —preguntó Warwick, asombrado.

Vio el color de Eduardo intensificarse, afectado por la rabia que palpitaba siempre a escasa distancia de la superficie. No aceptaba que lo interrumpieran.

—No, no la tiene, aunque su padre es el barón Rivers. Además, Isabel tiene dos hijos de su primer marido. Ambos son buenos muchachos.

—Por supuesto. Dos hijos. Y ahora debo regresar junto a la delegación francesa y decirles que vuelvan a subir a un barco y regresen con las manos vacías junto al rey Luis, como si nos hubiéramos burlado de ellos por mera diversión.

—Lo lamento de veras, Richard, creedme. He querido explicároslo antes, pero sabía que sería difícil.

—¿Difícil?! —preguntó Warwick—. Jamás ha existido un rey de Inglaterra que haya desposado a una persona que no pertenece a la realeza. Desde Athelstan. Nunca. Deberé consultarlo con los archiveros de la Torre Blanca, pero no creo que nunca antes se haya hecho algo parecido..., y nunca con alguien en segundas nupcias ¡y con dos bebés de su anterior matrimonio!

Eduardo asintió y luego aclaró.

—En realidad no son bebés. El mayor tiene diez años.

—¿Qué? ¿Qué edad tiene la madre? —quiso saber Warwick.

—Veintiocho, creo, quizá treinta. No quiere decírmelo.

—Por supuesto, es mayor que vos. Supongo que debería haberlo anticipado. Casada anteriormente, sin sangre real, madre y mayor que vos. ¿Algo más? Supongo

que el embajador me lo preguntará cuando intente explicarle que el rey de Inglaterra contrajo matrimonio en secreto, sin decírselo ni a un alma. ¿Quiénes fueron vuestros testigos, Eduardo? ¿Dónde tuvo lugar el servicio?

—En la capilla de su familia, en Northamptonshire..., y me estoy hartando de tanta pregunta, Richard. No soy un escolar a quien habéis convocado ante vuestra presencia. Ya lo he explicado todo. Y ahora, como consejero mío que sois, podéis decirles a los franceses que regresen a su tierra. ¡Ya he tenido bastante de vuestro asombro! Jorge, acompañadme.

Eduardo hincó los talones y su caballo de guerra avanzó a medio galope por la calle adoquinada. Sus dos caballeros lo flanquearon sin volver la vista atrás. Jorge, el duque de Clarence, miró con deleite a Warwick, sonriendo por todo lo que había escuchado, y luego cabalgó tras su hermano mayor, agitando las riendas adelante y atrás para ganar velocidad.

Warwick se quedó a solas en medio de la oscuridad, incapaz de imaginar qué iba a explicar a la delegación francesa cuando el sol brillara de nuevo.

Los músicos, sosteniendo en alto los instrumentos, salieron en compacto grupo, sonrojados de orgullo por los vítores de la compañía reunida. No había ido mal para la apreciación de su actuación que el vino y la cerveza hubieran fluido como un río durante toda la velada, en la que ninguna copa había quedado vacía. Más allá de las velas de la mesa, docenas de figuras oscuras entraban y salían, rellenando jarras y sustituyendo las bandejas vacías por otras llenas. Los bulliciosos cuarenta invitados de la magnífica mesa del rey Eduardo se hallaban de un humor excelente. Escucharon deleitados cómo cada uno de los presentes relataba una anécdota de algún momento en el que hubiera demostrado su valentía... y otro en el que hubiera huido como un cobarde. Los primeros relatos se recibían con brindis solemnes y murmullos de alabanza por el mérito de la acción; los segundos resultaban divertidos. La mayoría de los hombres presentes habían combatido en batallas o justas. Entre ellos, tenían un millar de historias que contar, hasta que los invitados borrachos empezaron a gruñir y a restregarse los ojos.

Con una servilleta, el rey Eduardo se quitó un pedacito de transparente grasa de pollo de los labios, mientras les sonreía satisfecho desde la cabecera de la mesa. Su esposa estaba sentada a su derecha y le acarició la mano cuando Eduardo la apoyó en la mesa, un momento de intimidad que demostraba que pensaba en él en medio de todas aquellas groserías y carcajadas.

—¿Ya es mi turno, entonces? —preguntó el padre de Isabel a los comensales, agitando la copa de vino y derramando unas cuantas gotas rojas—. Ah, debo decir que estoy desconcertado. ¡Yo no he huido nunca de ningún hombre! ¡Lo juro! —El barón Rivers, con la voz convertida en un bramido, se puso en pie para empezar su discurso, que fue recibido con brindis y entrechocar de copas.

Isabel ocultó la cabeza en el brazo, ruborizada a partes iguales por la risa y la vergüenza ajena. El empaque de su padre para la bebida estaba alcanzando su límite. Se balanceaba mientras permanecía en pie y pestañeaba mientras intentaba recordar que quería decir.

—¡Ah, sí! ¡Ningún hombre! Pero una vez sí que hui de la esposa de un pescador, una casquivana con unos antebrazos tan anchos como los míos. Aquella mujer me había pillado con su hija, fornicando como conejos, he de decir, bajo un barco en la playa. Ah, juventud. El olor del pescado era tan...

—¡Padre! —exclamó Isabel.

El barón Rivers se detuvo para mirarla, con el rostro hinchado y los ojos extraviados.

—¿Me he excedido? Tengo una hija delicada, para ser madre de dos muchachos... Un brindis por mis nietos. Por que conozcan mujeres... ágiles como anguilas.

Todos estallaron en risotadas e Isabel enterró de nuevo la cabeza en el recodo de

su brazo. Sus dos hijos se mostraron encantados de que su abuelo los mencionara y aceptaron las jarras de cerveza que les pusieron en las manos. Intercambiaron una mirada compungida, pues ya habían salido en una ocasión para vomitar en el jardín. Aun así, estaban sentados con el rey de Inglaterra y no podían negarse a brindar con él cuando este alzó una copa en su dirección.

Warwick hizo cuanto estuvo en su mano para sonreír con los demás. Los esporádicos instantes de comunicación tácita con su hermano John le resultaron de cierta ayuda. La nueva reina había traído a Londres prácticamente a toda una corte de su propia familia en el momento en el que la noticia de su matrimonio se había hecho pública. En cuestión de un mes, no menos de catorce Woodville se habían mudado a los aposentos y magníficas casas de la capital, desde el castillo de Baynard hasta la torre de Londres y el propio palacio de Westminster. Habían llegado cual ratas famélicas que acabaran de descubrir un perro muerto, por lo que Warwick había visto; si bien nunca habría confesado tal cosa, ni siquiera a su propio hermano.

Warwick repasó con la mirada a los hermanos y hermanas de la nueva reina. La mitad de ellos ya ocupaban cargos en las casas reales, todos los cuales comportaban una cantidad nada despreciable de monedas. La propia hermana de Isabel se había convertido en su doncella, con unos estipendios de cuarenta libras anuales.

Según la opinión más benévola de que Warwick era capaz, se trataba de gente de campo, con rudos modales y pocas sutilezas. Sin embargo, del mismo modo que el verano de aquel año había traído grandes excedentes de fruta y cosechas, así había hecho brillar también el linaje de los Woodville, aunque fuera a modo de pálido reflejo de Eduardo. El rey no le negaba nada a Isabel, hacía realidad todos sus designios, sin importarle la transparencia con la que beneficiaban a la familia de su esposa. Había contribuido a su causa que Isabel se hubiera quedado embarazada enseguida. La curva del embarazo se apreciaba ya claramente bajo los nuevos vestidos hechos a medida. Eduardo, por supuesto, se mostraba orgulloso como un gallito y la consentía. Warwick no podía más que sonreír y guardar silencio mientras se entregaban títulos valiosos, uno a uno, a hombres y mujeres que antes no habían sido más que granjeros arrendatarios de fincas sin un nombre reputado.

Eduardo tenía su enorme cabeza apoyada en los brazos, doblado de la risa por algo que Isabel le había susurrado. El cabello de ella estaba desparramado sobre la mesa, un cabello pelirrojo con destellos dorados, un color de lo más extraordinario. Mientras Warwick los observaba, el joven rey alargó la mano y jugueteó con un mechón, mientras musitaba alguna palabra de cariño que hizo sonrojar a la reina, quien le dio una palmadita en la mano. Warwick había creído que eran ajenos a su escrutinio, pero Isabel sí había notado su atención. Cuando Eduardo se volvió hacia un criado para pedir que le sirvieran más vino, Warwick se descubrió siendo objeto de la sosegada e impasible mirada de la reina.

Se ruborizó como si lo hubieran sorprendido haciendo algo malo, en lugar de simplemente mirando. Poco a poco, alzó la copa hacia ella. Creyó apreciar que la

expresión de la reina se volvía más fría ante su gesto, pero luego Isabel sonrió y Warwick recordó su extraordinaria belleza. Tenía una tez pálida y ligeramente marcada por los diminutos círculos de viejas cicatrices de la varicela en la mejilla. La boca era algo fina, pero con unos labios tan rojos que parecía que se los hubiera mordisqueado. Sin embargo, eran sus ojos lo que cautivaba la atención de Warwick, con sus párpados caídos y su expresión adormilada, siempre al borde del bostezo. Había algo pícaro en aquellos ojos y Warwick no pudo evitar pensar en la alcoba cuando ella alzó su copa e inclinó su cabeza hacia él, como si saludara a un adversario antes de una justa. Warwick dio un trago largo y vio que ella hacía lo propio, de tal modo que el vino manchó aún más sus labios.

Warwick miró a Eduardo casi con nerviosismo, por la intimidad que había percibido en su intercambio con Isabel. El rey había echado la cabeza hacia atrás, había lanzado al aire un bocado de comida e intentaba que le aterrizara en la boca abierta. Warwick se rio por la chiquillería. Al margen del bullicio y los juegos beodos, Eduardo había escogido a una mujer que no le reportaba ninguna ventaja. En un hombre mayor que él, habría podido ser un gesto admirable, la meditada elección de un amor por encima de las alianzas o la riqueza. Pero Warwick no confiaba en la juventud de Eduardo.

Tal como Eduardo se había lanzado a la batalla de Towton y, en efecto, la había ganado, así se había arrojado también a un matrimonio con una mujer a quien apenas conocía. El mero número de parientes de los Woodville que infestaban los palacios reales parecía haber sorprendido a Eduardo tanto como a cualquiera, aunque él se había limitado a sacudir la cabeza en gesto indulgente y se había retirado a sus aposentos privados para que su esposa, más experimentada, lo mantuviera entretenido.

Warwick se tambaleó y derramó el vino mientras un joven gesticulaba, cantaba o aullaba y, con movimientos salvajes, lanzaba un jamón, que fue rodando y aterrizó con un estrépito de vajilla rota. Warwick maldijo por lo bajo, consciente de que Isabel seguía observándolo. Se había mostrado desconcertada por el papel que Warwick desempeñaba en la vida de su esposo, pues no entendía el motivo de que Eduardo mantuviera reuniones privadas con Warwick y otros pocos hombres. El Consejo Privado no había sido desmantelado, pero, en los tres meses previos, bajo la influencia de Isabel, Eduardo solo había asistido a él en una ocasión. Si algún asunto de leyes o usos o costumbres requerían su atención, debía ser llevado ante él en persona y, en tales ocasiones, Isabel solía estar presente, echaba un vistazo a los documentos y solicitaba a su marido que se los explicara.

Warwick bregaba por extraerse un oscuro clavo de olor que se le había quedado atrapado entre dos dientes. Por supuesto, Eduardo no entendía completamente el Parlamento ni los proyectos de ley, de manera que recaía en manos de abogados y lores resumirlos para la reina, que escuchaba con los ojos abiertos como platos y el escote astutamente expuesto. Gran parte de los hombres de edad avanzada se

aturullaban y sonrojaban ante una atención tan completa y perfecta.

Warwick bajó su copa de vino y observó cómo la rellenaban. Cayó en la cuenta de que aquella mujer le desagradaba profundamente y, por desgracia, al mismo tiempo la deseaba. Se encontraba en una tesitura frustrante y presentía que no hallaría satisfacción en ninguna de las dos vertientes. Isabel había sido coronada reina consorte. Era claramente de la opinión de que su magnífico y torpe esposo no necesitaba más consejo que el suyo, al menos en lo que concernía a los Woodville.

—¡Cantad para nosotros, Ricardo! —escuchó Warwick gritar a Isabel.

Warwick, creyendo que se refería a él, se atragantó con un poco de vino y estalló en una tos salvaje mientras la mesa lo animaba jaleándolo y pateando el suelo. Pero fue el hermano de Eduardo el que se puso en pie e hizo una reverencia, sonrió tímidamente a su cuñada y dio unos sorbitos a una copa de vino para aclararse la garganta.

Warwick esperaba que Ricardo de Gloucester no se convirtiera en un hazmerreír. Para entonces lo conocía lo suficiente como para sentirse orgulloso de sus logros. Pero a Warwick le resultaba aún más extraño recordar el orgullo que había sentido su padre cuando había nacido. Aquello había ocurrido hacía solo doce años, o quizá media docena de vidas antes, cuando el mundo era un lugar mejor, cuando su padre aún estaba vivo y había querido obligar a Enrique a ser un buen rey... Warwick notó la mirada de John y puso los ojos en blanco burlándose amargamente de sí mismo. Nunca había un camino de vuelta. No existía la posibilidad de deshacer los deslices del pasado. Un hombre no tenía más remedio que continuar adelante o dejar que el peso de sus errores lo aplastara.

El hermano del rey entonó con una voz dulce y cristalina una elegante canción de amor. Warwick se dejó embriagar por la melodía, mientras recordaba a un jardinero de la finca de Middleham que había conocido en el pasado. El hombre había trabajado para su padre durante treinta años y tenía la tez marrón como el cuero a causa de una vida transcurrida al aire libre. En retrospectiva, Warwick cayó en la cuenta de que Charlie era un poco simplón. La mujer con la que vivía, en una casa ubicada dentro de la heredad, era su madre, no su esposa, tal como había creído Warwick de niño. Charlie nunca había logrado acordarse de su nombre y lo había saludado con un «Ricitos» cada vez que se habían encontrado, pese a que Warwick tenía el pelo liso. Warwick dirigió su mirada nublada a la copa de vino, preguntándose por qué el recuerdo de aquel hombre le había asaltado precisamente en aquel lugar. Recordaba que, de niño, una carreta le había chafado la pierna a Charlie y se la había dejado retorcida, además de con un dolor constante, incesante.

—Yo me he hecho tajos y he padecido fiebres —le había dicho el joven Warwick con toda la inocencia de su juventud—. Y también se me pudrió un diente que me tuvo lloriqueando como un crío hasta que me lo arrancaron. ¿Cómo es posible que soportéis el mordisco de vuestra pierna, tal como vos mismo lo habéis descrito, día y noche, en la vigilia y en el sueño, un dolor que no cesa nunca? Charlie, ¿cómo es

posible que no os parta en dos?

—¿Y creéis que no lo hace? —le había respondido Charlie en un murmullo, con la vista clavada en la negrura—. Dejadme que os diga que me he partido en dos un millar de veces y que he quedado reducido a un niño indefenso y lloriqueante. Pero no muero, Ricitos. El sol vuelve a salir y debo levantarme y trabajar otro día más. Sin embargo, nunca me oiréis decir que estoy entero, pequeño. Me rompo cada día.

Warwick sacudió la cabeza, frotándose con la palma de la mano la cuenca del ojo. El maldito vino lo había puesto sensiblero... y en aquella compañía, con tantas miradas de soslayo y crueles sonrisas, se sentía como si estuviera acorralado por una manada de lobos.

La canción concluyó y el joven cantante se sonrojó cuando los elogios le llegaron de uno a otro extremo de la mesa. En calidad de duque de Gloucester, Ricardo Plantagenet había recibido vastas fincas, todas ellas gestionadas por administradores, a la espera de que él se ocupara de ellas. De la mano del rey Eduardo, la generosidad fluía sin escatimar nada ni pensar en las consecuencias.

Tal vez Eduardo notara la intensa mirada de Warwick posada en él. Sus ojos tropezaron con los de Warwick y se puso en pie, balanceándose ligeramente, tanto que se inclinó hacia delante y tuvo que frenarse apoyando el brazo entre las jarras. Su hermano Ricardo se sentó y las risas y las conversaciones se desvanecieron mientras todos esperaban a que el joven rey de Inglaterra hablara.

—Os concedo todos los honores esta noche, pero quiero alzar una copa por la persona que me vio convertido en rey antes incluso de que yo lo hiciera. El conde Warwick, Richard Neville, cuyo padre se alzó junto al mío... y pereció junto al mío, cuyo tío y hermano combatieron conmigo en Towton, cuando caía la nieve y no veíamos nada... Creedme si digo que no me hallaría hoy aquí sin su ayuda. Brindo por vos. Por Warwick.

El resto, entre crujidos y ruido de sillas arrastradas, se pusieron en pie y repitieron a coro sus palabras. Warwick fue el único que permaneció sentado, intentando ignorar a uno de los hermanos de Isabel, que susurraba y reía. Eran hombres y mujeres de baja calaña, de un linaje vulgar. Warwick inclinó la cabeza hacia Eduardo en ademán de agradecimiento.

Cuando el ebrio rey volvió a desplomarse en su silla, Warwick oyó a Isabel formularle una pregunta. Se había tapado a medias la boca con la mano, pero el momento y el volumen estaban perfectamente calculados para que la pregunta llegara hasta oídos de Warwick.

—Sin embargo, él no habría ganado sin vos, amor mío. ¿No fue eso lo que dijisteis?

Eduardo no pareció darse cuenta de que todos los presentes habían oído las palabras de su esposa. El rey se limitó a reírse entre dientes y sacudir la cabeza. Un sirviente sirvió una bandeja de riñones chisporroteantes en la ancha mesa, cerca de Eduardo, cuyos ojos se abrieron con un interés renovado. El rey alargó la mano con

un cuchillo para pinchar unos cuantos riñones antes de dar tiempo a que le sirvieran. El joven monarca estaba demasiado ebrio para darse cuenta de que el volumen de las conversaciones y las risas de los comensales había descendido a meros susurros y murmullos. La mitad de los Woodville aguardaban con deleite su respuesta, imbuidos de la seguridad que les transmitía Isabel, con las bocas ocultas tras las servilletas e intercambiando miradas fugaces unos con otros.

—En San Albano, ¿Eduardo? —continuó Isabel, presionándolo—. Dijisteis que no habría ganado de no haber estado vos allí. Tuvisteis que liderar la batalla en Towton. Mi hermano Anthony luchó en el bando opuesto... ¡Oh, seguramente ya lo habréis perdonado por ello, amor mío! Anthony asegura que fuisteis un coloso, un león, un Hércules en el campo de batalla.

Isabel buscó con la mirada a su hermano, sentado en el extremo opuesto de la mesa, un hombre con aspecto de buey cuyos velludos antebrazos reposaban sobre un charco de cerveza y salsa de carne derramada, sin que se percatara siquiera.

—¿Visteis a milord Warwick en el campo de Towton, Anthony? Dicen que luchó en el centro.

—No lo vi —respondió su hermano, sonriendo en dirección a Warwick.

El hombre había parecido bastante agudo con anterioridad. Quizá pensara que su hermana bromeaba, que disfrutaba de un pequeño juego sucio o se mofaba de Warwick. Al parecer de este, la reina hablaba con una seriedad letal, intentando hallar un punto débil en él. Warwick sonrió, alzó su copa y agachó la cabeza en su honor.

Para deleite de Warwick, Ricardo de Gloucester respondió desde el otro extremo de la mesa, alzando la copa a su vez y sonriéndole de oreja a oreja. Warwick lo encontró realmente divertido y se preguntó si el muchacho entendía que había quitado hierro a un momento desagradable o si había sido pura casualidad y un error causado por su bondad. El joven era bastante inteligente, todos sus tutores convenían en ello, pero seguía siendo muy niño. Para su sorpresa, Ricardo le guiñó el ojo, sin advertencia previa, y Warwick se lo quedó mirando, divertido. Era difícil no sentir simpatía por aquel pequeño diablo.

El castillo de Windsor era tanto una fortaleza antigua como un hogar familiar, pero la calidez nunca había sido uno de sus atributos. Cuando el país volvió a sumirse en días breves y gélidos, los recuerdos de Towton regresaron a quienes habían luchado allí, como sucedía cada invierno, en sueños de nieve y sangre.

Warwick sintió un estremecimiento al apoyarse contra la pared de piedra desnuda con su hermano George. El arzobispo de York había engordado a ojos vistas durante el año previo, si bien seguía entrenándose con sus hermanos cuando tenían oportunidad de hacerlo. Las horas de ocio se habían reducido ligeramente desde la llegada de los Woodville a la corte.

—Es curioso —dijo George—. En verano me quejaba del calor. Recuerdo que me

resultaba insoportable, pero ese recuerdo ahora me parece irreal. Con el suelo cubierto de blanco y la escarcha en el aire, me convenzo de que lo daría todo por sudar una vez más y, si lo hiciera, no dudo de que anhelaría regresar a este frío. El hombre es un ser voluble, Richard. Si no toda la especie, al menos sí los obispos.

Warwick rio entre dientes, mirando a su hermano con afecto. Como arzobispo, George se había convertido en un hombre con poder e influencia. Solo los cardenales en Roma lo sobrepasaban verdaderamente en rango, aunque George era todavía joven, y la sonrisa que ahora dedicaba a su hermano dejaba traslucir un humor travieso. La razón de sus escalofríos era que no se había encendido ningún fuego en los salones contiguos a la cámara de audiencias del rey.

Warwick llevaba esperando una hora, aunque parecían seis. Mientras su hermano evocaba con anhelo el verano, Warwick recordó los días en los que se podía acercar a Eduardo sin previo aviso, sin que lo dejaran relegado en salas de espera como a un criado cualquiera.

El motivo de tal cambio no era ningún misterio. Había tardado cierto tiempo, pero finalmente Warwick había corroborado que sus temores no eran errados. Isabel Woodville había constatado la influencia de los Neville en su esposo y había decidido entorpecerles el camino. No existía ninguna otra explicación para el modo en que había organizado a su familia, como piezas en un tablero. Transcurrido menos de un año desde su llegada a la corte, su padre se había convertido en el conde Rivers y en el tesorero real. Dos de sus hermanas habían sido desposadas con familias de poder, seleccionadas con esmero. Warwick imaginaba que la reina invertía su tiempo en los archivos de la Torre, investigando a las familias que podrían otorgar otro título más a su estirpe. Sus hermanas heredarían casas y tierras que de otro modo habrían revertido en la Corona o, en un caso concreto, en un primo de los Neville. Warwick puso gesto de dolor al recordarlo, aunque sabía que era justo lo que él mismo habría hecho. Isabel contaba con la atención de su marido, y Eduardo era un poco libertino en lo que respecta a los juegos de cama. Warwick y los Neville tendrían que resistir; no quedaba más remedio.

—¿Cómo les va a vuestros tutelados? —quiso saber su hermano, interrumpiéndole el pensamiento—. ¿Aún haciendo fortuna?

Warwick gimió al recordar el día en que Ricardo de Gloucester y Henry Percy habían sido descubiertos en el mercado de Middleham, vendiendo una selección de jamones y botellas de vino de las bodegas del propio Warwick. Uno de los vendedores del mercado había enviado un mensajero al castillo y los muchachos habían sido capturados y traídos de vuelta. El recuerdo aún hacía a Warwick sonrojarse por el bochorno.

—Lamento decir que ahora han descubierto las apuestas. Algunos muchachos de la ciudad se muestran más que dispuestos a aceptar sus monedas, por supuesto..., y luego pelean y llaman a madre o a mi esposa para que pongan orden en un conjunto de injusticias enteramente nuevo.

El hermano de Warwick se acercó más a él, divertido por el afecto que percibía.

—Lamento que no hayáis tenido hijos varones —dijo—. Veo que los habríais disfrutado.

Warwick asintió, entrecerrando los ojos.

—Atesoro tantos recuerdos de vos, de John y de mí, con los primos, con aquellos barcos que construíamos y que se hundían. ¿Los recordáis? ¿O del caballo que atrapamos y que arrastró a John durante casi un kilómetro, y aun así él se negaba a soltarlo? ¿Os acordáis de eso? Dios sabe que adoro a mis hijas, pero no es lo mismo. Middleham permaneció demasiado en silencio durante un tiempo, sin nosotros.

—¿Milord Warwick? —lo requirió un criado.

Warwick le guiñó el ojo a su hermano y se despegó de la pared. El arzobispo le dio una palmadita en el hombro y Warwick se dirigió a las grandes puertas que conducían ante la presencia real de Eduardo, que se abrieron ante él.

Los días de estancias vacías y sirvientes silenciosos y escurridizos se habían desvanecido en el pasado. Docenas de escribas permanecían sentados en pequeñas mesas dispuestas en todo el perímetro del largo salón, copiando documentos. Otros formaban grupitos de pie y debatían sus asuntos como mercaderes regateando un precio. La corte parecía atareada, rebosante de trajín y de seria determinación.

Warwick recordó súbitamente haber hallado al rey a solas en aquella misma estancia hacía en torno a un año. Eduardo llevaba la armadura integral puesta, salvo el casco, y por algún motivo, solo se había calzado una bota, de manera que por la otra pernera le asomaba el pie desnudo. El rey había estado deambulando por el castillo con una inmensa jarra de vino en una mano y un pollo asado en la otra. Aquellos días habían caído en el olvido, al parecer, por influencia de Isabel. Por primera vez, Eduardo contaba con personal para cargar con el peso de regentar un reino. Warwick había acabado por apreciar a su factótum, Hugh Poucher, un hombre al que era fácil acercarse y que siempre se mostraba dispuesto a escuchar. Lo buscó con la mirada, pero no lo vio por ninguna parte.

Warwick se encontró siguiendo a un criado a través de una antesala y por una larga galería de caliza de tono claro. A medida que se aproximaban, escuchó el sonido de una flecha cortar el aire. Warwick se encogió por instinto, tras haber afrontado tantas saetas en batalla. El sonido reverberaba extrañamente entre cuatro paredes, incluso en aquel amplio salón. El sirviente detectó su reacción de conmoción, según percibió Warwick algo irritado. Al llegar a la galería, el hombre lo anunció y se esfumó, alejándose corriendo como si tuviera una docena de tareas adicionales de las que ocuparse.

Eduardo se hallaba en pie, con un arco tensado y una cesta inmensa de flechas. En el extremo opuesto de la galería enclaustrada, a unos cien pasos de distancia, habían colocado una diana de paja y paño tan alta como un hombre. Habría sido una distancia fácil para un verdadero arquero, pero, al menos hasta donde Warwick sabía, Eduardo nunca antes había disparado con arco. La mayoría de los hombres ni siquiera

eran capaces de tensar uno, pero el rey parecía tener fuerza suficiente con el brazo con el que manejaba la espada. Eduardo ni siquiera se había molestado en volver la mirada, completamente absorto en sostener su arco firme. La diana estaba apoyada en paneles de roble y dos flechas ni siquiera habían impactado en el círculo de paja. Con la punta de su rosada lengua asomando por la comisura de los labios, Eduardo era la viva imagen de la concentración. Abrió la mano y la flecha rasgó el aire demasiado velozmente como para verla, hasta hundirse en las plumas del borde exterior de la diana. Eduardo sonrió de felicidad.

—Ah, Richard —lo saludó el rey—. Ya me he anotado cien dianas con sir Anthony, aquí presente. ¿Queréis probar?

Warwick miró al hombre con gruesos brazos que lo observaba con atención. Cuatro de los varones Woodville se habían sumado a las filas de la Orden de la Jarretera, lo cual les otorgaba derecho a estar en presencia del rey como sus acompañantes más leales. Warwick sabía que, seguramente, habría uno o dos de ellos presentes. Se preguntaba si Eduardo era siquiera consciente de que pasaba muy pocas horas de vigilia sin estar en compañía de un Woodville y, por supuesto, las noches las pasaba con Isabel. A Warwick le inquietaba que la familia hubiera enredado al rey de forma tan absoluta. Se había planteado aconsejarle en más de una ocasión, pero criticar a la esposa de un hombre era sumamente peligroso. Le había costado esfuerzos, pero había guardado silencio pese a todos los comentarios críticos y las espinas que le bullían bajo la piel.

Posiblemente, Anthony fuera el varón Woodville por el que Eduardo sentía predilección. El corpulento caballero, diez años mayor que el rey, parecía disfrutar de sus prácticas de adiestramiento, y quizá fuera el único Woodville capaz de durar más de unos instantes en el barullo de un torneo. Ciertamente, el hombre se erizó cuando Warwick lo tuvo a la vista, como si pretendiera erigirse en una amenaza o hubiera decidido de antemano que Warwick era su enemigo.

—Su alteza, si permitís a sir Anthony regresar a sus quehaceres, probaré a lanzar una o dos flechas con vos. Tengo algunos asuntos del Consejo Privado que comentaros.

Eduardo se rascó un lado de la cara, consciente de su deber, aunque reacio a ocuparse de él.

—De acuerdo. Anthony, quizá podríais recoger las flechas. Quedan pendientes con vos esas cien dianas. Estoy convencido de que milord Warwick no me robará demasiado tiempo.

Warwick ocultó su consternación e inclinó la cabeza. Notó la mirada de Anthony Woodville posada en él e hizo caso omiso del hombre hasta que este estuvo lo bastante lejos como para oírlos.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó Eduardo antes de darle tiempo a hablar.

—Bastante feliz en estos momentos —respondió Warwick, dejando entrever parte del afecto que había mostrado fuera.

Eduardo lo miró atentamente.

—Bien. Hacha y espada... y quizá también el arco, para fortalecerle los hombros. Estaba muy débil antes del adiestramiento. Si os causa problemas, hacédmelo saber.

—Por supuesto. Sus tutores aseguran que aprende rápido.

—Pero eso no le servirá de nada si es demasiado blando como para mantenerse en pie con la cota de malla mientras otro hombre intenta aplastarle el rostro —replicó Eduardo—. Yo era blando como el cuero húmedo cuando llegué junto a vos a Calais. Tres años con la guarnición me convirtieron en el hombre que soy hoy... bajo vuestra tutela. Obrad lo mismo con él, os lo ruego. Es el benjamín de la casa y ha sido un niño durante demasiado tiempo.

Warwick observó a Anthony Woodville, en el otro extremo del salón, intentado evaluar de cuánto tiempo disponía. El hombre gruñía al tiempo que intentaba arrancar por la fuerza una flecha que se había clavado en un panel de madera. Eduardo vio a Warwick mirarlo y refunfuñó para sus adentros.

—Está bien. Decidme lo que hayáis venido a decir.

—Concierne a este último matrimonio, Eduardo —dijo Warwick—. John Woodville solo tiene diecinueve años. La madre de Norfolk tiene casi setenta. Si Mowbray siguiera con vida, exigiría justicia, y lo sabéis. Su alteza, entiendo que los Woodville codicien títulos, pero un matrimonio con edades tan dispares es ir un paso demasiado lejos.

Eduardo se había quedado muy quieto mientras Warwick hablaba, sin rastro ya de indiferencia. Warwick sabía que se encontraba exactamente en la peligrosa posición que había intentado eludir durante un año. Norfolk apenas había sobrevivido a la batalla de Towton, pocos meses después de la cual había fallecido a causa de alguna pestilencia en los pulmones, cosa que no sorprendió a nadie que lo hubiera visto aquel día. Era un milagro que hubiera sobrevivido para ver la primavera.

—Mowbray era un hombre decente, su alteza, y os fue leal cuando el mundo afirmaba que debería haber marchado con los Lancaster. La madre de Norfolk es una Neville, Eduardo, motivo por el cual me enorgullezco de su lealtad. ¿Permitiréis a un Woodville imberbe que se siente en su hogar y bese la mejilla arrugada de esa madre? Creo que vos y yo debemos algo más de dignidad a su familia.

—Andaos con cuidado... —le advirtió Eduardo con voz queda.

Sostenía el arco como si fuera el mango de un hacha, casi tan ancho como esta en la parte central. Warwick tuvo el presentimiento repentino de que podía golpearle con él, un juego casi imperceptible de los músculos que lo hizo querer escabullirse del peligro. Había visto a Eduardo en el campo de batalla y sabía perfectamente de lo que era capaz. Sin embargo, reunió el valor para mantenerse quieto y devolverle una mirada sosegada.

—No disputo el derecho de vuestra esposa a encontrar un buen partido para sus hermanas, hermanos o hijos. Pero esto es... una parodia. ¡Los separa medio siglo de distancia! Cuando la vieja muera, el título recaerá en él. ¿Creéis que esa anciana no

llorará cuando un extraño la llame «mujer» y se apodere de todo lo que pertenecía a su hijo? ¡Sería más digno que ese cachorro Woodville comprara el título, Eduardo! Robarlo de este modo... es diabólico.

—Vuestro propio matrimonio os reportó grandes fincas, Richard, ¿no es cierto? —respondió Eduardo.

—Un matrimonio con una mujer joven, fruto del cual nacieron mis dos bellas hijas. Tal como habríais hecho vos, Eduardo. Este enlace sin amor entre Norfolk y Woodville es demasiado evidente, demasiado cruel. Solo causará descontento.

Transcurrido menos de un año desde su llegada a la corte, la nueva reina había dado vida a una hija, a quien habían bautizado como Isabel de York. La esposa de Eduardo, fértil como una yegua joven, volvía a estar embarazada. Warwick había accedido a ser el padrino de la primogénita, creyendo que la oferta serviría de rama de olivo entre ellos. Sin embargo, durante el bautismo, la reina se había inclinado hacia él y había murmurado que pretendía dar al rey una docena de hijos varones sanos. Su expresión divertida le había amargado el día a Warwick y lo había atribulado desde entonces.

Lo peor de todo era que los Neville habían actuado de igual modo en tiempos de su abuelo, cuando habían introducido a una docena de hermanos y hermanas en las familias de la nobleza inglesa. Warwick había considerado que el matrimonio de la duquesa Dowager de Norfolk podría ser un punto débil, pero la expresión en el rostro de Eduardo le dejó claro que se equivocaba. Cayó en la cuenta de que el joven rey estaba enamorado hasta la médula, cegado y ensordecido por las faldas de su esposa. El rostro de Eduardo reflejaba auténtico enojo ante la más mínima crítica velada hacia Isabel. Warwick no lo había visto tan furioso desde que Eduardo se había alzado entre la sangre de otros hombres en Towton, cinco años atrás. No pudo evitar estremecerse al notar la violencia que rezumaba aquel gigante que lo miraba con crudeza.

—Me habéis comunicado vuestras inquietudes —dijo Eduardo—. Sois mi consejero y es vuestro deber hacerlo. Las tendré en cuenta, pero debéis saber que creo que John Woodville es un buen hombre. Viste un cilicio bajo las sedas, ¿sabéis? Lo vi cuando se desnudó para darse un baño en el río mientras nos encontrábamos de caza. Tiene la piel en carne viva y no se queja por ello. Es diestro con las jaurías de perros... y es el hermano de mi esposa. Ella desea elevarlo de posición. Y a mí me complace complacerla.

Anthony Woodville se hallaba de regreso, tras haber cortado las últimas flechas del maderaje con su cuchillo. Recorrió a grandes zancadas la estancia, con intención de escuchar los coletazos de la conversación. Warwick retrocedió un paso e hizo una reverencia antes de concederle tal satisfacción. Dicho aquello, supuso que los labios de Eduardo repetirían sus palabras a Isabel aquella noche. Carecía de sentido solicitar que el rey las mantuviera al margen de su propia esposa. Esperó a que Eduardo lo dispensara y se marchó de allí, notando los ojos de Woodville clavados en la espalda

mientras lo hacía.

Había que sacar treinta caballos de sus compartimentos en las hediondas bodegas uno por uno y ello requería tiempo. Warwick aguardaba en los muelles de Calais, de pie y con expresión ceñuda. Los muelles en sí eran de sillería y bloques de hierro; las pasarelas, en cambio, estaban fabricadas con tablones de madera y se extendían hasta los hacinados almacenes y tabernas emplazados en primera línea, donde el espacio siempre era insuficiente. Warwick albergaba recuerdos tanto buenos como malos de la fortaleza portuaria. Otrora había sido la puerta de entrada a la Normandía inglesa, el lugar donde era posible comprar y vender cualquier cosa, desde simios hasta marfil, lavanda, rubíes y lana. La debilidad del rey Enrique lo había puesto todo en jaque.

El puerto era tan bullicioso y hedía con tanta contundencia como él recordaba. Una docena de embarcaciones se mecían ancladas, fuera de las aguas resguardadas, todas ellas a la espera de que el esquife de la autoridad portuaria remara hasta allí, mientras sus capitanes se insultaban a voces. Nadie podía entrar en Calais sin autorización, no con el cañón apuntado hacia el mar para hacer añicos a cualquiera que osara hacerlo. Las gaviotas graznaban con fuerza sobre sus cabezas y descendían en picado sobre las aguas para disputarse cualquier mancha de escamas o entrañas de pescado.

En los largos embarcaderos, las tripulaciones de ocho barcos mercantes sacaban a rastras pacas y barricas de sus bodegas tan rápidamente como podían, esforzándose al máximo por distraer y confundir a los contables que intentaban llevar un registro de los impuestos que se adeudaban y de un abanico desconcertante de sellos aduaneros, falsificados o reales. Barcos pesqueros se mecían entre ellos y a su alrededor, mientras sus capitanes sostenían en alto buenos ejemplares de su pesca. Warwick recordaba la vida y el cacareo de aquel lugar, pero percibía que había adquirido una energía espasmódica y febril desde sus años mozos. A la sazón no era más que un puerto entre otros treinta, con todas las costas y dos tercios de Francia floreciendo bajo control inglés. Sacudió la cabeza con pesar.

Calais seguía aportando miles de libras anuales a la Corona, tanto en impuestos como en beneficios, por más que ni un metro de paño, ni un clavo de hierro o eglefino que atravesara la aduana fuera estrictamente legal, pues ambos países no habían declarado nunca una paz formal. Hombres en ambos lados habían prosperado en medio de la incertidumbre y habían utilizado Calais como el punto de entrada a toda Francia y Borgoña, e incluso a tierras más al sur, como Sicilia y el norte de África, mediante el pago de sobornos cuantiosos.

Warwick observó cómo abrían un cajón de naranjas a la fuerza, su mirada atraída por el estallido de color sobre los muelles de madera blanqueada. El mercader inglés que las observaba de repente hundió el pulgar en el corazón de una de las frutas, lamió el zumo y asintió con la cabeza. Fruta en invierno, procedente de tierras

meridionales, donde los limones y las naranjas seguían creciendo. Azúcar de Chipre o el Levante, incluso armaduras integrales forjadas en Italia, donde un maestro herrero podía solicitar fortunas por su trabajo. Warwick poseía una de aquellas armaduras, hecha a medida para que le encajara a la perfección, una armadura que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Silbó y el mercader alzó la vista, pero sus recelos se despejaron al ver la cimera de la sobreveste del conde. Warwick esperó mientras el criado del hombre acudía corriendo hasta él con tres grandes naranjas, por las que Warwick le entregó un penique de plata. Calais seguía siendo un lugar donde quienes tenían ojo podían forjarse una fortuna. Sin embargo, ya no era el puerto de antaño.

Los últimos caballos fueron descargados y ensillados, y sus hombres formaron en una falange nítida de armadura y caballería para atravesar el puerto. Warwick hizo un gesto con el brazo, dio la vuelta a su caballo y se alejó del mar internándose por la calle principal, en dirección a las murallas que encerraban la ciudad portuaria. Se cernían sobre todos los vivos que albergaban en su interior, cual recordatorio de que aquel era un puerto en tierra hostil, con murallas de tres metros y medio de grosor para hacer frente a asedios. El rey Eduardo mantenía a sueldo a centenares de hombres para que protegieran dichas murallas, muchos de ellos casados con mujeres y padres de hijos que nunca habían visto Inglaterra. Calais era una suerte de micromundo, con callejones, comercios, herreros, ladrones y mujeres de mala vida cuyos maridos habían fallecido en las garras de la enfermedad o se habían ahogado.

Warwick cabalgó hasta la puerta interior y presentó sus documentos con el sello del rey Eduardo al capitán que halló allí. A su espalda, treinta hombres con armadura conversaban lo mínimo, presintiendo que el conde estaba de un humor aciago. El único que no podía parar de mirar a su alrededor, asombrado y feliz, era Jorge, duque de Clarence. Para aquel joven, los muelles estaban especiados con sabores y aromas exóticos que obnubilaban todos sus sentidos. Cuando la puerta se abrió, Warwick le lanzó una naranja y Jorge la cogió al vuelo con una sonrisa, presionando la extraña fruta contra su nariz y embriagándose con su perfume.

En cierto sentido, contemplar a Jorge de Clarence tan lleno de vida alivió la pesadumbre de Warwick. Calais era la piedra pasadera situada al otro lado del canal de la Mancha que abría las puertas a un continente, era perfectamente consciente de ello. También era un mal lugar para desembarcar si el destino era París, como era su caso. Era mucho mejor tomar un barco hasta Honfleur, por más que el puerto ya no fuera posesión de Inglaterra.

Warwick notó como su caballo se estiraba y echaba a cabalgar a un galope sostenido, dejó que el caballo llevara la delantera, tras pasar tanto tiempo confinado y con anteojeras en una bodega pestilente. Los caballos no vomitaban y una travesía por mar podía hacerlos sufrir espantosamente, cada vez más mareados pero incapaces de vaciar sus estómagos. Les sentaba bien correr un poco, y el camino por delante se despejó con celeridad ante la visión de caballeros que avanzaban por él con

estruendo.

Warwick escuchó a Clarence soltar un grito cuando le dio alcance. Se inclinó hacia delante sobre el cuello de su caballo, lanzándolo al galope, dejándose invadir por el placer de la velocidad y el peligro. Una caída podía matarlos, pero el aire era frío y dulce y la promesa de la primavera rebosaba en las verdes márgenes.

Warwick se descubrió ahogando una risa mientras cabalgaba, casi jadeante. Él también había permanecido confinado demasiado tiempo, tras dos, casi tres años de contemplar cómo los Woodville se encumbraban a cada puesto y posición que comportaban un salario en Inglaterra y Gales. Era agradable dejar aquello tras de sí, en todos los sentidos.

Era lo bastante mayor como para recordar los tiempos en que los lores ingleses navegaban hasta Honfleur y, desde allí, río arriba, hasta Ruan, donde tomaban una embarcación más pequeña a lo largo del Sena para adentrarse en el corazón de París. Pero sus magníficos caballos de guerra no podían transportarse en frágiles embarcaciones de río. Cierto era que llegaría cubierto de polvo, sudor y mugre hasta el último centímetro. Él y sus hombres necesitarían otro día para hallar aposentos y darse un baño. No obstante, es posible que incluso así se sintiera revitalizado. Escuchó a Clarence reír mientras las monturas retumbaban en una buena carretera a una velocidad temeraria.

Warwick volvió la vista para observar al joven. Clarence se parecía a su hermano mayor en algunos aspectos, si bien no era tan alto como aquel y era infinitamente más afable. Al principio, Warwick, que había sido testigo de cómo Eduardo se convertía en hombre, había tenido sus recelos con respecto a formar a otro hijo de York y había aceptado su presencia a regañadientes. Suponía que probablemente el hermano de Eduardo informara de los eventos más interesantes al monarca y a su esposa. Cuando el joven Ricardo se había alojado en Middleham, Warwick no había conseguido zafarse de la sensación de que alguien tenía la vista posada en él. En cambio, Jorge de Clarence tenía un rostro franco, sin rastro de astucias o miradas sospechosas. Warwick sintió una punzada de tristeza al constatar que sentía aprecio por todos los hijos de York. De no haber sido por Isabel Woodville, estaba convencido de que los Plantagenet y los Neville habrían podido forjar una alianza irrompible.

De haber cabalgado monturas de menos categoría, las habrían sustituido en casas de postas a lo largo de la carretera a París, que discurría a unos doscientos sesenta kilómetros de la costa. Como la mayoría de las vías antiguas en Inglaterra, presentaba un pavimento despejado y amplio, revestido de buena piedra romana, que recorría lo que antaño había sido el confín de la Galia del César.

Los mercaderes se apiñaban en todo su recorrido, si bien se apresuraban a apartar sus carros y a sus familias cuando veían a los caballeros de Warwick acercarse volando.

Antes del final de la primera mañana, Warwick había recibido el alto dos veces por parte de capitanes franceses, si bien en ambas ocasiones le habían dado vía libre

en cuanto había presentado sus documentos, todos ellos contrasellados por el mayordomo mayor del rey Luis en París. A partir de entonces, los soldados se habían mostrado asombrosamente educados y de gran ayuda, pues les habían recomendado las mejores posadas para descansar en su ruta hasta la capital. Warwick y sus hombres buscaban tabernas antes del atardecer y, aunque la mayoría de ellos tuvieran que dormir entre los caballos en los establos o acunados entre los socarrenes de un desván, no les resultaba una adversidad intolerable.

En la cuarta noche, Warwick y Clarence compartieron una mesa con aceitunas, pan y una botella de vino lo bastante fuerte como para hacer que la cabeza les diera vueltas. Los posaderos parecían encantados de hospedar a lores ingleses en su casa, si bien ello no había sido óbice para que Warwick enviara a uno de sus hombres a supervisar cómo se preparaba la comida. Su excusa había sido evitar envenenamientos, pero lo cierto es que su hombre era un magnífico cocinero y le encantaba aprender nuevos sabores y aromas, cosa que lo llevaba a inquirir por todas las especias y polvos necesarios para conseguir un sabor concreto. Para cuando regresara a Inglaterra, Warwick sabía que conocería una docena de recetas rurales francesas nuevas que paladear.

Warwick y Clarence se sentaron junto a un fuego en una chimenea de hierro y disfrutaron de una velada sin el ruido metálico de la armadura, pues ambos habían descendido de sus habitaciones en su jubón y medias. Tras haber dado cuenta del primer plato y haberse limpiado los dedos, Warwick alzó una copa hacia el joven y le deseó buena fortuna en todo lo que hiciera. Clarence le resultaba una compañía sorprendentemente agradable, un joven nada charlatán para su edad, sino más bien dado a los silencios cómodos. El brindis de Warwick daba pie a otro y Clarence respondió como debía, con el rostro ya resplandeciente por la bebida.

—Por vos, el gran amigo de mi hermano. ¡Y por mi hermano Eduardo, el hombre más importante de Inglaterra! —exclamó.

El recio vino estaba afectando al joven, que arrastraba las palabras. Warwick rio entre dientes, se bebió la copa y se la rellenó con la botella antes de que la doncella de la taberna tuviera tiempo de dar más de un paso en su dirección. La muchacha retrocedió, sonrojada, con las manos enlazadas en la cintura. No estaba acostumbrada a los apetitos ni a los modales de los ingleses. La primera bandeja, con dos capones cocinados con hinojo y setas, había quedado reducida a huesos en un santiamén, sin apenas interrumpir la conversación de ambos hombres.

—Eduardo ha encontrado una buena esposa, ¿no es cierto? —terció Jorge de repente. Tenía la vista clavada en el fuego y no vio la expresión de Warwick tensarse—. Ya es padre de dos hijas y no me cabe duda de que llegarán uno o dos niños también. Isabel está embarazada por tercera vez: rezaré porque dé a luz a un hijo y heredero. Sin embargo, yo..., bueno, yo...

Warwick volvió la vista hacia él con brusquedad y el joven le lanzó una mirada fugaz. Sus mejillas enrojecieron de tal modo que daba la sensación de que se

estuviera ahogando. El joven duque estaba visiblemente nervioso y sudaba más de lo que habría justificado el calor de un pequeño fuego.

—Esto..., eh..., yo solicité acompañaros a París en parte porque no había visto la ciudad y pensé que sería un viaje agradable, con nuevas vistas panorámicas y, quizá, podría descubrir uno o dos libros para ofrecer como re-regalo...

Warwick lo observó alarmado. El silencio sosegado de sus últimos días se había esfumado. Empezó a preguntarse si Jorge de Clarence iba a tener una apoplejía, por cómo temblaba y farfullaba.

—Bebed algo, Jorge. ¡Ya está aquí la carne! Permitidme que os corte una loncha. Quizá así consigáis desembuchar lo que sea que os tiene echando espuma por la boca.

Warwick se dispuso a trinchar el cuarto trasero de cerdo que habían depositado en la mesa y fue colocando las lonchas en las bandejas de madera dispuestas ante ellos. Sacó su propio cuchillo y cortó las piezas que pudo arponear mientras hablaba y luego rellenó de nuevo ambas copas de vino. No cabía duda de que el día comenzaría tarde la mañana siguiente, pero tal pensamiento no lo atribuló. La mejor manera de pasar algunas noches era con vino y en buena compañía.

Jorge, el duque de Clarence, masticaba miserablemente, con la boca demasiado llena para intentar siquiera hablar. Forcejeó con una tira de la mejor corteza de cerdo que había probado en su vida, tirando de ella adelante y atrás, hasta convencerse de que no cedería y tragársela con valentía. La carne pareció serenar sus alborotados sentidos lo bastante como para permitirle volver a hablar, cosa que hizo atropelladamente, antes de que el corazón le estallara en el pecho.

—Había pensado, sir, milord, pediros la mano de vuestra hija Isabel en matrimonio.

Ya estaba dicho. El joven se hundió en su silla y remató su copa de vino mientras Warwick lo miraba boquiabierto, con el pensamiento arremolinado. Era un partido mucho mejor de lo que podía haber esperado, sobre todo en unos tiempos en los que los hombres y mujeres Woodville acaparaban todos los títulos del país en cuanto quedaban vacantes.

—¿Le habéis mencionado vuestro deseo a mi hija? —quiso saber.

Jorge farfulló con la boca llena de vino y respondió tartamudeando.

—¡No he hablado con ella de deseo, señor! ¡No habría osado hacerlo hasta haber hablado con su padre! ¡Hasta nuestra noche de bodas, milord, señor!

—Respirad —dijo Warwick—. Otra vez. Bien. Me refiero a vuestro deseo de desposarla, únicamente. ¿Habéis..., no sé, hablado con Isabel de amor? De ser así, me sorprendería un tanto que hubierais sido capaz de pronunciar alguna palabra comprensible entre ese torrente de balbuceos.

—He hablado con ella en tres ocasiones, milord, en casta compañía, dos en Londres y una en vuestra finca en Middleham, el verano pasado.

—Sí, ya me acuerdo —dijo Warwick, invocando un vago recuerdo de ver a su hija, que por entonces tenía dieciséis años, hablando con un muchacho sudoroso.

Se preguntó si Jorge, el duque de Clarence, estaba interesado en su hija por su belleza o por las tierras que heredaría. Warwick no tenía hijos varones y quienquiera que desposara a Isabel acabaría por convertirse con el tiempo en el hombre más rico de Inglaterra, pues heredaría los inmensos señoríos tanto de Warwick como de Salisbury. De hecho, Isabel podría haberse casado ya, de no ser por el extraordinario influjo que ostentaban los Woodville cuando había alcanzado la edad casadera.

Warwick frunció el ceño, contemplando con otros ojos al duque de dieciocho años que podía convertirse en su yerno. Una cosa era considerar a Jorge como un hermano medio decente del rey y otra muy distinta pensar en él como el padre de sus nietos. Detectó en el joven un hondo nerviosismo, pero también cierta valentía cuando alzó los ojos y le sostuvo la mirada, entendiendo de manera instintiva el escrutinio.

—Sospecho que querréis considerar mi oferta, señor. No volveré a mencionarla, ahora que os la he expuesto. Solo deseo aclarar una cosa, milord: la amo de verdad, os doy mi palabra de honor. Isabel es una joven maravillosa. Cuando la he hecho sonreír, he sentido ganas de reír o llorar de pura alegría.

Warwick alzó la mano.

—Permitidme digerir la noticia con esta suculenta cena. Creo que me gustaría tomar otra botella de este vino tinto, para asentar el estómago. —Vio al joven tragar saliva y palidecer, decidido a no presionarlo. En lugar de ello, bostezó—. O quizá sería mejor irse a dormir y levantarse temprano. Nos aguarda un largo día de camino, y París al día siguiente. Debemos mantener la mente afilada.

—¿Tendré vuestra respuesta para entonces, milord? —preguntó Jorge, con ojos de desesperación.

—Sí, la tendréis —respondió Warwick.

No tenía deseo alguno de torturar al muchacho. Por instinto, se mostraba favorable a la unión, sobre todo porque su esposa ni siquiera se habría atrevido a soñar con que su hija desposara a un duque. Y tampoco era razón baladí que aquel matrimonio enfurecería a Isabel Woodville, si bien eso sería un placer que disfrutaría en privado.

Un pensamiento lo hizo detenerse de súbito cuando se alzaba de la mesa.

—Sabéis que, aunque yo esté dispuesto a aceptar vuestra oferta, el rey debe dar su consentimiento, como sucede en todos los matrimonios entre familias nobles, ¿no es cierto?

—Qué afortunado soy, entonces, por el hecho de que el rey Eduardo sea mi hermano —respondió Jorge sonriendo—. Me concederá todo cuanto esté en su poder.

El entusiasmo del joven era contagioso y Warwick sonrió con él. Jorge de Clarence era aún un hombre por hacer, en la senda de lo que sería. Aun así, Warwick se descubrió albergando la esperanza de que el hermano del rey conociera el éxito.

Charing Cross era una dura encrucijada situada entre las cámaras del Parlamento y las murallas de la ciudad de Londres, que se extendía junto al río, a cierta distancia. En el meandro del Támesis, era conocida principalmente por la enorme cruz erigida por el primer rey Eduardo tras la muerte de su esposa. Si bien se había construido hacía ciento ochenta años, la cruz seguía siendo un monumento emblemático a la pérdida y el pesar de un hombre.

Eduardo inclinó la cabeza y alzó la mano para acariciar el mármol pulido. Pudo ver la marca donde centenares de personas antes que él la habían tocado en busca de buena fortuna y rezó una oración por una reina desaparecida largo tiempo atrás. Quizá tuviera más peso viniendo de una persona que compartía la altura, la sangre y el nombre del viejo Longshank. Eduardo se sintió próximo al rey que los hombres habían apodado el Martillo de los Escoceses.

Allende la cruz y la curva, la amplia carretera se extendía hacia el este, hasta Chelsea, la gran parada de diligencias y los establos donde los viajeros tenían oportunidad de darse un baño y comer antes de internarse en la naturaleza. El río estaba cerca y Eduardo pudo oler su acre contaminación verde, que le ensanchó los pulmones. Se aclaró la garganta, conteniendo su desagrado por el denso barro, la humedad y la desolación que lo rodeaban, así como por la labor que lo aguardaba.

Había que hacerlo. Isabel le había abierto los ojos a la influencia de la familia Neville en la corte inglesa y a cómo se habían infiltrado en cada grieta y escondrijo. Asombraba la frecuencia con la que cargos lucrativos correspondían a hombres y mujeres comunes y corrientes por el mero hecho de tener padres o abuelos Neville. Isabel lo describía como «la podredumbre», si bien la intrigaba saber cómo lo habían conseguido.

Eduardo soltó una repentina risita entre dientes que hizo que los hombres que lo acompañaban alzaran la vista desde donde lo aguardaban con paciencia. Su mujer era una maravilla, una alegría personal que procedía de la adoración que le profesaba y de su deleite con cada una de sus partes. Reían por cualquier nadería y, si sus lores consideraban que lo tenía atrapado por sus muslos, no podía estar enteramente en desacuerdo con ellos. Sin embargo, Eduardo sabía también que Isabel haría cualquier cosa por protegerlo; no había nadie en el mundo cuyos intereses se correspondieran tanto con los suyos propios. Así se lo había reiterado ella miles de veces. Nadie más merecía su confianza absoluta, pues todo el mundo tenía motivos, pasiones y amistades aparte de él. Isabel estaba consagrada al rey, su amante y esposo, a sus hijos y a la Corona.

Eduardo alzó la vista hacia la puerta abierta de la posada Charing Cross, que ocupaba un lugar privilegiado en la ruta de las diligencias hacia el oeste y era célebre por su comida. El posadero había sido advertido de que recibiría al rey y lo aguardaba haciendo una reverencia, incapaz de enderezarse.

Eduardo desmontó despacio, con su esposa aún en el pensamiento. Isabel tenía razón, por supuesto. Si un jardinero descubría que una vid había invadido todos sus parterres, había atravesado todos sus setos, arbustos y plantas florales, no podía ignorarla. La cortarían de raíz, la irían podando, nudo a nudo retorcido, y la arrojarían al fuego. Eso era lo que Isabel quería.

Contar con tantos Neville en los grandes despachos del reino comportaba que Eduardo gobernaba exclusivamente con su apoyo. Lo había discutido hasta la saciedad con Isabel, hasta que por fin había entendido que la vid se aferraba a todos los señoríos y familias nobles, desde la costa sur hasta la frontera con Escocia.

El pobre rey Enrique no se había percatado de cuánto habían prosperado, de cuán enrevesada y robusta se había hecho la vid. ¡Era evidente! Eduardo también había estado ciego ante el alcance de la influencia de hombres como Warwick y el conde sir John Neville de Northumberland; de Fauconberg, el conde de Kent; del duque de Norfolk y su madre, una Neville, y de George Neville, el arzobispo de York. El rey Eduardo apretó la mandíbula mientras alzaba la vista hacia las ventanas de la posada en la encrucijada. Isabel le había pintado una imagen espantosa. ¿Acaso reinaría solamente si no contravenía los intereses de los Neville? Eduardo no permitiría tal cosa, al menos no ahora que era consciente de ello. Incluso si se refrenaba de alimentar la hoguera que Isabel ansiaba contemplar, no haría ningún daño podar algunas ramas de esa siniestra enredadera.

El arzobispo George Neville salió por las puertas de la taberna, atraído por la noticia que reverberaba en todas las habitaciones, según la cual el propio rey se hallaba fuera de la posada. Todo movimiento a centenares de metros a la redonda se había detenido, a medida que los transeúntes aguardaban paralizados a ver al joven hombre que gobernaba Inglaterra.

El arzobispo se había arrodillado ante el regente, en la coronación de Eduardo. Vestía una capa elegante por encima de las sotanas, pero, al constatar que el rey se hallaba verdaderamente allí, no dudó en acercarse a Eduardo e hincar una rodilla. Los caballeros que rodeaban al rey contemplaban la escena como lobos. Más de uno se había llevado la mano a la empuñadura de la espada al ver al arzobispo aproximarse. George Neville mantuvo la cabeza gacha hasta que Eduardo le murmuró que se alzara.

—¡Cuántos hombres y caballos! —exclamó el arzobispo en voz baja—. Soy vuestro siervo, su alteza. ¿Qué solicitáis de mí?

Aunque George Neville era una cabeza más bajo que el rey y un eclesiástico, era tan ancho de espaldas como cualquiera de los caballeros allí presentes. Allí de pie, no mostraba indicios de culpabilidad o miedo, sino que se limitaba a devolverles la mirada con total parsimonia.

—He venido a recuperar el Gran Sello, ilustrísima —anunció Eduardo—. Podéis entregárselo a Robert Kirkham, supremo archivero del Estado. Él lo mantendrá a buen recaudo.

George Neville palideció y abrió los ojos como platos por el asombro.

—¿Significa eso que me destituís como vuestro canciller, su alteza? ¿Os he ofendido en algo? ¿He incumplido acaso mis obligaciones?

Pudo ver que Eduardo se incomodaba cada vez más y cómo una mancha moteada de enojo se le extendía por el rostro y el cuello.

—En absoluto, ilustrísima. Sencillamente he decidido entregar el Gran Sello a otra persona.

—¿Quién asignará entonces jueces y tribunales a los casos que se han expuesto ante mí? ¿A quién debo indicar a los penitentes que se dirijan, su alteza? No... No comprendo... —George Neville miró a su alrededor, a los caballeros que lo observaban de manera amenazante—. ¿Hombres armados? ¿Acaso creía su alteza que opondría resistencia? ¡Pronuncié un juramento de vasallaje en vuestra coronación!

Eduardo se ruborizó aún más. Había imaginado que George Neville respondería con furia y argucias, no con la sensación de herida y dolor que observaba en el arzobispo. El rey apretó la mandíbula y guardó silencio, observando cómo la indignación se desvanecía y los hombros de George Neville se hundían.

—¡Marren! —gritó el arzobispo—. Id en busca del sello real y traédmelo. Lo encontraréis en la cartera de cuero marcada con una cimera de oro. Mejor aún, traed la cartera también, si es que han de llevárselo.

Su criado regresó corriendo al interior de la posada, causando estrépito al subir las escaleras y desaparecer en sus aposentos. En la calle, George Neville había recobrado la dignidad. El rey seguía en pie, en un silencio lúgubre, a la espera. A su alrededor se había congregado una muchedumbre de rostros curiosos, hombres, mujeres y niños, todos ellos deleitados o sobrecogidos.

—No disputo vuestro derecho a tener el canciller que os plazca —apuntó el arzobispo en un murmullo—. No obstante, sospecho que os han informado mal. —Señaló con una mano a los caballeros armados que permanecían en pie, cual una amenaza fría a todo su alrededor—. Soy un hombre de Dios y un súbdito fiel. Hasta este momento era también el canciller de Inglaterra. Sigo siendo leal y un hombre de Dios. Eso no ha cambiado.

Eduardo inclinó la cabeza, aceptando su apunte, al que no obstante no respondió. El criado del arzobispo regresó derrapando por el camino enlodado, portando una cartera con una ancha correa sobre el hombro. Eduardo se la pasó al archivero del Estado, que estaba tan avergonzado que solo pudo emitir un gruñido a modo de afirmación tras verificar el contenido.

Con movimientos rápidos y erráticos, el rey y sus caballeros volvieron a montar. La multitud se abrió apresuradamente al caer en la cuenta de que Eduardo se marchaba. El arzobispo permaneció allí, observándolos, mientras daban la vuelta a sus monturas y se encaminaban a galope sostenido hacia el este, en dirección a Ludgate y a la ciudad de Londres, llevándose consigo el Gran Sello.



l palacio del Louvre era tan impresionante como pretendía, con un tamaño que triplicaba el de la torre de Londres, y eso sin contar sus inmensos jardines. Durante la ocupación inglesa de París, el Louvre había quedado prácticamente vacío y solo una pequeña parte se había utilizado como establos y residencia del lugarteniente y gobernador del rey.

Pero todo eso formaba parte del pasado, pensó Warwick con resentimiento, y seguramente él no viviría para ver el regreso de aquellos días. Había resultado casi sobrecogedor cabalgar a través de una campiña que perfectamente podría haber sido la de Kent, Sussex o Cornualles. Normandía y Picardía se asemejaban tanto al sur de Inglaterra que no sorprendía que reyes ingleses las hubieran hecho suyas en una o dos ocasiones. Warwick sonrió a su propio reflejo en la ventana, mientras contemplaba los ornamentados setos que se extendían en lo que parecían kilómetros a lo largo de las orillas del Sena. Tales pensamientos estaban fuera de lugar, con todo lo que se esperaba de él.

La presencia del joven duque de Clarence no había venido en absoluto mal a su causa, debía admitirlo. Desde el momento en que se había anunciado formalmente su llegada a la capital francesa, el rey Luis y sus cortesanos más ilustres no habían escatimado en gastos ni elogios hacia los representantes del rey Eduardo. La mera presencia del hermano del propio Eduardo se recibió con un sonrojo de deleite, como si enviar a Clarence fuera una prueba de que un nuevo rey inglés pretendía sellar la paz y legalizar el comercio. También ayudaba que el joven duque hablara un francés impecable, si bien, por insistencia de Warwick, Clarence se limitó a emitir cumplidos relativos al palacio y a la ciudad.

Al parecer, el rey Luis era un hombre madrugador. Para rendirle la cortesía de esperar su presencia real, Warwick tenía que despertarse mucho antes del alba y recorrer al trote las calles nebulosas de París en el momento en el que la vetusta ciudad empezaba a cobrar vida. Había adoptado la costumbre de detenerse en una panadería en una calle no muy alejada de la casa en la que se hospedaba e ir desprendiendo trozos de pan recién horneado de una hogaza mientras cabalgaba. La mayoría de sus caballeros se alojaban en los arrabales de la ciudad, de manera que Warwick solo contaba con dos veteranos, el duque de Clarence y dos criados que lo acompañaran al palacio real cada mañana. En otros tiempos, Warwick sabía que lo habrían podido obligar a aguardar durante días enteros, pero, milagrosamente, se había acostumbrado a apenas un pequeño retraso mientras el rey desayunaba, era bañado y perfumado, y aparecía con el cabello aceitado y sus terciopelos cepillados. Warwick se había sentido halagado por la afable atención del monarca, que lo saludaba cada mañana como si fueran amigos.

Las puertas situadas en el extremo del vestíbulo se abrieron con estrépito, señal que indicaba a todos los guardias y criados que debían ponerse firmes. El herald

comenzó a recitar los múltiples títulos y honores del rey Luis, y Warwick y Clarence descendieron sobre una rodilla, cual dos cortesanos ingleses de una elegancia intachable.

Entre ambos heraldos apareció el monarca francés, con su magnífica túnica roja de Estado portada por multitud de niñitos diminutos vestidos con trajes a conjunto en azul y blanco. A su alrededor, una docena de escribas de rostro delgado anotaban todas las palabras que pronunciaba, garabateando con sus plumas en un lenguaje de su propia cosecha para adecuarse a la velocidad de su parlamento. Warwick había estado presente cuando uno de ellos se había desmayado, dos días atrás. Aquel hombre no se encontraba allí; sin duda habría sido sustituido por otro capaz de mantener el ritmo de sus disertaciones. El rey Luis hablaba por los codos, pero su plática nunca era vacua. Warwick consideraba que vertía palabras como un pescador con un cebo, constantemente a la espera de comprobar si emergía algo de las profundidades.

—Alzaos, queridos lores ingleses que os habéis levantado antes que el sol para venir a saludarme esta mañana. ¿Habéis saciado vuestro apetito, caballeros? ¿Habéis apaciguado vuestra sed?

No se esperaba una respuesta sincera, de manera que Warwick y Clarence se limitaron a asentir e inclinar la cabeza cuando el rey pasó rápidamente junto a ellos. Permanecieron en un silencio sepulcral mientras la corte se congregaba alrededor de su corazón, apareciendo por puertas laterales al tiempo que el propio Luis se acomodaba a la cabeza de la mesa de mármol negro. Aquella mesa tenía algún significado, según había averiguado Warwick, aunque desconocía cuál era. Se había percatado de que prácticamente nadie pasaba junto a ella sin alargar la mano para tocar la piedra, pero no había inquirido si era para atraer la suerte o simplemente por acariciar tal antigüedad.

Trajeron fruta y más sillas, mientras ocho o nueve extraños aparecieron para susurrar algo a oídos del rey. Podría haber sido una pantomima para impresionar a los huéspedes, pero Warwick tenía la sensación de que se estaban debatiendo asuntos serios delante de él, que se traía información al monarca y él susurraba sus respuestas tapándose la boca con manos vigilantes.

Transcurrió toda una hora, posiblemente dos, sin que ni Warwick ni Clarence dieran muestra del más mínimo signo de fatiga o aburrimiento. Una vez que Warwick había declarado aquello un desafío personal, se había convertido en un juego entre ellos, de tal modo que eran capaces de topar con la mirada del otro con tan solo un leve interés y un humor disimulado, al margen de cuánto tiempo los hicieran esperar.

—¡Caballeros! Acercaos, por favor. Venid, venid. Lamento sinceramente haberos hecho esperar una eternidad. El canciller Lalonde estará presente para asesorarme, por supuesto. —El rey miró al anciano como retándolo a responder. El canciller le devolvió la mirada, encorvado sobre su bastón—. Como bien sabéis, caballeros, cada mañana me despierto con el conocimiento de que un día Lalonde se ausentará, que no

volverá a los tribunales. Lloro por ese día de antemano, si es que podéis entenderme, imaginando la pena que seguramente me afligirá, como si pudiera reducir de alguna manera mi aflicción experimentándola por anticipado.

—Sospecho que su pérdida os dolerá incluso así, su majestad —dijo Warwick—. He aprendido que el tiempo puede paliar el escozor del corte, pero apenas afecta a la herida más profunda.

El rey Luis miró primero a Warwick y luego a Clarence durante lo que se antojó un lapso prolongado, guardando extrañamente silencio. Alzó un solo dedo y lo agitó atrás y adelante antes de presionarse los labios con él.

—Ah. Vuestro padre, el conde Salisbury. Y por supuesto, milord, ese gran hombre y amigo de esta casa, el duque de York. Ambos habéis sido templados por el dolor y por la pérdida. ¿Usáis esa palabra en inglés, «templar»? Reforzados, como el metal en una forja. Ya sabéis, cuando mi padre dejó este mundo, él y yo no estábamos... reconciliados, supongo que sabéis a lo que me refiero. Parecía ver en mí una amenaza, un juicio erróneo impropio de él. Opinaba que desperdiciaba mis talentos. Mas, aun así, lo añoro.

Sin advertencia previa, los ojos del rey refulgieron por las lágrimas y se atragantó, atendido al instante por criados que le trajeron agua, paños de seda y vino. Al cabo de un instante, los signos de aflicción se habían desvanecido y su mirada volvía a ser fría y afilada como una espuela.

Warwick solo pudo inclinar la cabeza en respuesta, sobrecogido una vez más por la inquietante sensación de que aquel hombre era capaz de verlo por dentro, como si sus ojos fueran de un vidrio coloreado opaco y su cadena de pensamientos y palabras tuvieran por fin ocultar al verdadero rey que escondían en su interior y que asomaba por ellos.

—Aprecié en vos, milord Warwick, a un hombre sensible desde el primer momento. Un hombre, si me permitís el elogio, que merecía mi tiempo y recompensaría mi confianza. Acudisteis a mí sin astucias ni juegucitos, para declarar vuestro deseo de paz y relaciones comerciales con esa franqueza maravillosa de los ingleses, exponiéndolo todo como habichuelas sobre un tambor, para ser contadas y recogidas, o rechazadas. Mi padre os detestaba a todos, como estoy seguro de que entenderéis, habida cuenta que zopencos y campesinos ingleses paseaban por sus calles como si les pertenecieran.

Warwick sonrió, a la espera de la pregunta o el argumento que a aquellas alturas sabía que seguiría.

—Ahora afronto un dilema, milord Warwick, relativo a vuestro carácter, un dilema que me causa desazón. Debo decidir, antes de que abandonéis mi presencia aquí hoy, si sois un insensato y un incauto, o si participáis de las maquinaciones y estrategias de la corte de vuestro país.

Para asombro de Warwick, el rey se puso en pie y lo señaló con el dedo, con la cara oscureciéndose por lo que a todas luces se antojaba un arrebató de ira. El hombre

de sedas y cavilaciones filosóficas se había sumido en una furia que lo hacía disparar motas de saliva.

Fue todo tan espantosamente repentino que Warwick tuvo que esforzarse con todos los nervios y músculos de su cuerpo para no reírse. Había algo magníficamente cómico en aquella vejiga real hinchada que tenía ante los ojos, por más que la vida de Warwick pendiera de un hilo.

El deseo salvaje de destruirse se desvaneció, y se sintió débil y tembloroso.

—Su majestad, no comprendo...

—¿Entonces sois un ingenuo? Bien sabéis que esa no es la reputación que os precede, Richard Neville, un hombre que ha acompañado a un rey caído hasta su celda en esa torre de Londres vuestra. ¿Acaso cree vuestro rey Eduardo que puede intimidarme con vuestra presencia? ¿Pretende que interprete vuestra presencia aquí como una suerte de amenaza?

Warwick tragó saliva incómodo.

—Esa no es en absoluto su intención, os lo juro. Si hubierais conocido al rey Eduardo, su majestad, creo que entenderíais que no es un hombre a quien le guste jugar a esos juegos ni pretenda adentrarse por un laberinto tal. Por mi nombre y por mi honor...

El rey Luis alzó una mano, limpia y blanca.

—Os he agasajado enviándoos copas de oro y plata, milord. He exigido a los mercaderes de París que no cobren a nadie de vuestra comitiva, a nadie, que incluso las prostitutas se ofrezcan a vuestros hombres sin cobrar ni una sola moneda a cambio. He ordenado a los modistos, tejedores y tintoreros más habilidosos de Francia que tomen medidas a hasta el último hombre que cabalgó con vos desde la costa. ¿Por qué no, milord? Regresarán a su hogar vestidos con mejores ropas de las que trajeron de Inglaterra. Mis maestros sastres mostrarán así sus mercancías a familias inglesas lo bastante ricas como para encargarse de otras nuevas. ¿Entendéis? El comercio es el hilo que nos une, no la guerra. Los ingleses piden a gritos mejor vino que el que dan vuestros pobres viñedos, mejores ropas, mejor queso. A cambio, quién sabe, debe haber algo que tengáis que nosotros podamos querer, ¿no es cierto?

—¿Arqueros? —replicó Jorge, el duque de Clarence.

Warwick desconocía si su intención era defenderlo de aquella invectiva o una mera reacción provocada por la insolencia y la sensibilidad al insulto. Agarró brevemente al joven del brazo, con la velocidad de un pensamiento, para aquietarlo.

—Su majestad, no comprendo la causa de vuestra ira —añadió Warwick apresuradamente—. Sospecho que ha habido alguna confusión, quizá algún mensaje malinterpretado o algún enemigo con rencor en los labios...

El rey Luis lo miró entrecerrando los ojos, clavando su mirada en la suya, y suspiró.

—Dudo que os lo hayan comunicado, Richard. Por eso estoy enojado, en parte en vuestro nombre. ¿Qué haréis ahora? ¿Ahora que vuestro rey os ha vuelto a dejar en

evidencia por segunda vez? Os pide que negociéis su matrimonio con una princesa francesa y, con un chasquido de dedos, os lo arrebatara todo confesándoos: «Ya estoy casado». Y ahora, milord, os envía de nuevo junto a mí, para plantearme un tratado propio de..., bueno, es lo de menos. Y, mientras estáis en Francia, él firma su propio tratado con el duque de Borgoña, un tratado que no se limita a lo comercial, milord, sino que contempla más aspectos. ¡Más! Por la información de que dispongo, ¡ha cerrado un pacto con milord el duque de Borgoña, el querido Philip! ¡Un pacto de protección mutua contra Francia! Tamaña traición..., y, sin embargo, temo por vos, milord. ¡Qué hay peor que ser traicionado por vuestro propio rey! ¡Infame! ¿Creéis entonces que estallará la guerra entre nosotros? ¿Creéis que es tal la intención del rey Eduardo?

Warwick había permanecido muy quieto, apenas consciente del joven que tenía a su lado y que, boquiabierto, no dejaba de removerse. No tenía motivo para pensar que el rey francés le estuviera mintiendo. Aquella noticia era demasiado esperpéntica, demasiado atroz como para sospechar que no fuera cierta. Y así lo reflejaba su rostro.

—Ah, veo que, como sospechaba, sois un ingenuo —prosiguió Luis casi con tristeza—. Eso creía, a pesar de vuestra reputación. Vuestro rey Eduardo se arriesga mucho ofendiéndome por segunda vez, pero quizá menos que con vosotros.

—Mi hermano habrá tenido alguna razón... —comenzó a decir Clarence.

Warwick se volvió hacia él y le ordenó que guardara silencio con tal ímpetu que el joven se tragó el resto de sus palabras.

—Milord Clarence —dijo Luis, con los ojos llenos de compasión—. Por supuesto que vuestro hermano tenía un motivo, todos los hombres lo tienen. Borgoña sabrá que estáis en París, negociando conmigo. No dudo que los espías informarán incluso de esta conversación, tal como hicieron ayer y anteayer. Hay palomas sobrevolando París, toda Francia. Vuestro hermano habrá conseguido unos términos excelentes para el comercio y la protección de su país, estoy convencido de ello. Pero el hecho es que Borgoña y yo no hemos disfrutado de una amistad pacífica en años recientes. Quizá haya sido yo quien lo ha empujado a los brazos de Inglaterra. Lo desconozco. Vuestro rey Eduardo ha obtenido una ruta comercial a todo el continente y, a cambio, se ha arriesgado a enemistarse con Francia y quizá con Warwick y Clarence, ¿no es cierto? ¿Quién sabe? Los reyes aprietan y ahogan, y luego vuelven a apretar, como niños, hasta que descubren que ya no les quedan fuerzas. Es ley de vida.

El rey miró momentáneamente a Warwick, evaluando la destrucción absoluta que transmitía su expresión, el rostro distendido y los ojos perdidos en pensamientos introspectivos. Luis asintió con la cabeza para sí mismo, confirmando sus sospechas. Warwick no estaba al corriente.

—Podéis quedaros vuestros regalos, milores. ¿Acaso no seguimos siendo amigos? Estoy desolado, por vos y por la confianza que notaba que estaba surgiendo entre nosotros. Anticipaba glorias futuras y ahora lo único que nos aguarda es la jungla. Lo lamento de veras.

Warwick entendía que lo estaban despachando, pero no era capaz de dar con palabras ni con ninguna línea argumental para continuar adelante. Respiró despacio, con la boca tensa. Mientras él y Clarence hacían una reverencia, el rey Luis volvió a alzar un dedo admonitorio.

—Pensaba que... No. Milores, mi intención era hacerle un último regalo a este excelente joven, una armadura integral forjada por el mejor maestro de París. El maestro Auguste ha traído sus mejores diseños. Desearía tomaros las medidas y luego... ¡qué más da! No, ¡todo esto es un inmenso desperdicio! Quizá podría hacer que os la enviaran, como muestra de mi respeto y amistad.

El humor taciturno que ensombrecía la frente de Clarence se despejó por completo al escuchar tal noticia. Lanzó una mirada rápida a Warwick, para comprobar si podía atreverse a aceptar la oferta.

—Si milord Warwick me autoriza a ello, me complacería inmensamente verlos. Ayer mismo estaba describiendo la armadura que había visto en vuestros campos de adiestramiento. Sentía envidia... Su majestad, es un ofrecimiento muy noble por vuestra parte. ¡Me abrumáis!

Luis sonrió al comprobar lo complacido que estaba el joven.

—Adelante, entonces, id antes de que cambie de opinión o calcule el coste. Seguid a este caballero de aquí; él os conducirá hasta el maestro Auguste. No os decepcionará.

Warwick asintió ligeramente cuando Clarence se volvió para mirarlo con expresión interrogante.

—No os preocupéis —dijo Warwick—. Averiguaré dónde está el malentendido en todo este asunto.

Warwick se sorprendió sonriendo mientras hablaba. El entusiasmo del joven era contagioso, y el regalo, un obsequio de una nobleza auténtica.

Cuando la puerta se cerró tras salir por ella el duque de Clarence, Luis se acomodó de nuevo en la silla de alto respaldo. Warwick se volvió hacia él con una ceja enarcada y el monarca rio entre dientes.

—Veréis, milord, he considerado que sería más oportuno distraer a nuestro joven amigo durante la próxima hora. ¡Por descontado que tendrá su armadura, y, sin duda, el maestro Auguste es un genio! Pero el problema aquí no es que vuestro rey haya hecho un uso tan nefasto de vos solo para conseguir unas mejores condiciones. Hay otro asunto en juego, y quería presenciarlo con mis propios ojos.

Mientras Warwick fruncía el ceño, confuso, el rey Luis hizo una señal al canciller Lalonde, quien a su vez hizo un ademán en dirección a otras puertas situadas en el extremo opuesto del salón. Warwick tuvo la sofocante sensación de hallarse en el corazón de una colmena, en la que cada puerta abría a lo que fuera que Luis quisiera mostrar o se cerraba para ocultar aquello que deseara mantener en privado. Pese a la benevolencia del monarca, Warwick había comprobado que también era un hombre iracundo y con una aguda inteligencia. No lo trataría a la ligera...

A Warwick se le heló la sangre. Se llevó por instinto la mano hacia la cadera, al lugar donde normalmente descansaba la empuñadura de su espada. Se la habían quitado al entrar en el salón, por supuesto, por mera cortesía en una corte extranjera. Sus dedos se retorcían anhelantes, pero entonces recordó la fina daga que llevaba oculta bajo la axila. En caso necesario, un momento le bastaría para extraerla.

Derry Brewer atravesó renqueante aquellas puertas. Caminaba con ayuda de un grueso bastón que se convertía en una monstruosidad bajo sus manos apretadas y recordaba más a una maza que al cayado de un tullido. Warwick se notó algo más distendido al percibir que el hombre arrastraba una pierna y se había quedado tuerto. Intentó no mostrarse incómodo mientras la figura recorría a trompicones aquella estancia de suelo pulido hasta llegar junto a él. El jefe de los espías vestía un abrigo de piel marrón sobre un jubón y unas calzas de color crema confeccionadas en una lana buena y gruesa, para proteger sus huesos del frío.

Warwick se enderezó de manera inconsciente, decidido a no mostrar temor ni a dejarse intimidar. Pero cayó en la cuenta de que, por más que intentara ocultarlo, tenía miedo. Aquel hombre era su enemigo, y Warwick notó la mirada abrasadora del monarca francés en un lado de su rostro, observando el encuentro con una fascinación que no se molestaba en ocultar.

—Buenos días, milord Warwick —lo saludó Derry—. Excusadme si no me inclino, con esta pierna mía... Fue a causa de una paliza. Hace ya unos años, pero las cicatrices siguen tirantes.

—¿Qué queréis, Brewer? ¿Qué creéis que podéis tener que decirme?

—El rey Luis ha sido muy amable, Richard. Le pedí reunirme con vos yo primero, por si sacabais esa pequeña daga que lleváis junto a las costillas y empezabais a blandirla en el aire. Antes de poner en riesgo a mi señora trayéndola ante vos, como bien entenderéis.

Warwick se quedó inmóvil, frío, sobrecogido. Notaba el puñal contra la piel bajo su brazo, su funda de cuero húmeda por el sudor.

—¿A la reina Margarita? —preguntó, asignándole el título de antaño, cosa que hizo sonreír a Derry.

—No creo que vayáis a salir despavorido, ¿verdad, Richard? Lo único que desea es inquiriros por su esposo. ¿Es eso acaso demasiado? Se rumorea que vos acompañasteis a Enrique hasta su celda y que lo habéis visitado en ella. ¿Permitiréis que la esposa de un hombre os pregunte por él, milord?

Warwick era consciente de que Derry era capaz de leer hasta el último de sus pensamientos más enrevesados. Margarita había sido la responsable de la muerte de su padre. Había estado presente durante la ejecución de York y Salisbury, y, después, cuando habían clavado sus cabezas en estacas a las murallas de la ciudad. Si accedía a hablar con ella, miraría a los ojos que habían visto la cabeza de su padre decapitada rodar por el suelo. Era una petición peliaguda.

—Me honraría que lo hicierais, milord Warwick —dijo el rey Luis a su espalda.

Warwick giró ligeramente el cuerpo, sin perder de vista a Derry Brewer—. Margarita es mi prima —continuó el rey francés— y, bueno, vos estáis en París. Por supuesto, ella está bajo mi protección. Se antojaba grosero no satisfacer su petición, supongo que lo entendéis.

Warwick no dejaba de formularse preguntas internamente. Ser informado de otra humillación por parte del rey Eduardo... y reunirse con el enemigo apenas unos momentos después. Se preguntó cuántas horas de planificación se había perdido para encontrarse en aquel lugar precisamente en aquel momento. Respondió a Derry Brewer con un encogimiento de hombros.

—Hacedla pasar entonces. Podéis quedaros con mi daga, si lo deseáis. Yo no me vengo con las mujeres, maestro Brewer, aunque sí estaría dispuesto a arrebatáros ese bastón que lleváis y haceros otros cuantos chichones con él.

—Estaré encantado, milord Warwick, si deseáis probarlo —replicó Derry con una sonrisa que reveló que había perdido también la mitad de la dentadura.

Era evidente que le habían golpeado con una violencia extraordinaria. Pese a ello, parecía fuerte; en la mano con la que aferraba su bastón se le marcaban aún todas las venas. Solo la pierna torcida y el ojo vaciado mostraban cuánto había sufrido.

Margarita entró sin fanfarria ni sirvientes, irrumpiendo en el salón con un vestido azul oscuro cuya cola arrastraba por el suelo. No era la figura frágil que Warwick había imaginado, sino que caminaba muy recta y tenía la mirada luminosa. La mayor sorpresa, no obstante, era el joven que caminaba junto a ella, de cabello oscuro, cintura esbelta y anchas espaldas. Eduardo de Westminster alzó la cabeza a modo de saludo y Warwick calculó que el hijo de la reina tendría unos catorce o quince años. El muchacho ya superaba en altura a su madre y lucía el porte de un espadachín. Warwick se descubrió sintiéndose fascinado.

—Gracias por aceptar, Richard —dijo Margarita.

—Ha sido por cortesía a mi anfitrión, exclusivamente —replicó Warwick.

Sin querer, hizo una ligera inclinación ante Margarita, cosa que la hizo sonreír.

—Lamento la pérdida de vuestro padre, Richard. Os doy mi palabra. Me alcé contra York y contra su amigo, pero nunca fui enemiga de vuestra casa.

—Me es imposible creerlo, milady.

Para su sorpresa, Margarita volvió la cabeza, zaherida.

—Aún recuerdo cuando vos y yo luchamos en el mismo bando, Richard, contra Jack Cade y sus rebeldes. ¿Os acordáis? Hemos estado al servicio de enemigos, es cierto. Pero no creo que vos y yo debamos ser enemigos para siempre.

—¡Ah, caballeros, milady! —los interrumpió el rey Luis, al tiempo que se ponía en pie—. Mi administrador, que me está haciendo señas como un niño, ha preparado un pequeño almuerzo. —El monarca se dirigió hacia el otro lado del salón, pasándolos de largo—. Si sois valiente, sospecho que podemos encontrar algún plato para complacer incluso a esa maravilla del mundo: el paladar inglés. ¡Seguidme!

—¿Dónde estaría yo sin vos? —murmuró Eduardo, y acto seguido enterró el rostro entre los pechos de su esposa—. ¡Y sin estas!

El aliento caliente de él le hizo cosquillas e Isabel soltó un gritito, apartándolo de la curva redonda de su barriga.

—Haría una hora que estaríais vestido —respondió ella.

Isabel se dio la vuelta en la cama y ahogó un grito al ver a su mastín aguardando pacientemente; el regio perro blanco y negro, tan alto que toda la cabeza sobresalía por encima de la cama, la miraba fijamente.

—¿Cuánto hace que estás ahí, Tigre? Venga, vete, fuera.

Se volvió hacia su esposo, mientras este se sentaba en el borde de la cama, lo agarró por el hombro y se enroscó a su alrededor.

—Sin mí no habríais visto que los Neville os tenían entre sus garras. Yo lo vi desde el primer momento, porque mi mirada era fresca. Se habían infiltrado en cada casa, en todos y cada uno de los linajes nobles.

—Tal como vos habéis colocado a vuestros Woodville —bromeó Eduardo.

Isabel bufó, emitiendo un sonido ronco que hizo a Eduardo soltar una risita.

—Hemos podado la vid antes de que os ahogara, ¡eso es todo! Y en todo caso, no es equiparable. ¡Mi familia son personas de campo, rectas, no como esos taimados rateros y conspiradores! Nosotros conocemos el ganado y conocemos a las personas, mientras que los Neville, bueno, son incluso más arteros de lo que percibí al principio. Sospecho que, con el tiempo, os habrían cercado como a un toro en un redil, incapaz de ver más allá del prado adyacente.

Isabel le acarició los anchos hombros con ambas manos, maravillándose de nuevo con su fortaleza, tras toda una vida blandiendo la espada y la maza. Los músculos se retorcían cuando Eduardo se movía, cada uno de ellos cambiando bajo su mano hasta que finalmente él se zafó de sus atenciones y agarró su camisa.

—No estoy seguro con respecto a John Neville, Isabel. No me ha hecho daño y es una bajeza arrebatarse lo que más valora en el mundo.

Isabel se sentó recta, tapándose los pechos con una mano mientras recogía las rodillas.

—No se trata de daño, Eduardo, sino de equilibrio, tal como ya hemos debatido. Los Neville siguen siendo demasiado fuertes, hasta tal punto que las políticas del trono corresponden siempre a lo que los beneficia a ellos, más que a vos mismo o a Inglaterra. Yo no pedí que designarais canciller vuestro a un Woodville, sino que le negarais tal función vital al arzobispo, quien debe lealtad a su familia y a Roma.

—No opuso resistencia, al contrario de lo que vos habíais anticipado —susurró Eduardo—. Se mostró dócil como un cordero.

—Estoy convencida de que fue porque ibais acompañado de hombres fuertes y lo encontrasteis solo con unos pocos sirvientes. ¿Qué alternativa le quedaba, Eduardo, más que entregaros mansamente vuestro sello? No, habéis hecho lo correcto, una rectificación. Vos sois la estirpe de York. Si los podáis ahora, vuestras hijas e hijos no

tendrán que afrontar otra guerra en treinta años, ni vuestros nietos después de ellos. Hallaremos de nuevo el equilibrio, sin una sola familia demasiado fuerte frente a todo el resto... ¡a menos que sea la vuestra!

—La familia Percy apoyó al rey Enrique, como bien sabéis. Si sacara a su heredero de la Torre y lo colocara en Northumberland, me enemistaría con John Neville por nada.

—¿El «Rey del Norte»? Así es como lo llaman. Desde Northumberland, ese Neville controla todo el norte, con su hermano George, el arzobispo de York, desde la frontera de Escocia hasta el río Trent. ¿Lo entendéis ahora? ¡No podéis gobernar solamente la mitad de un país, Eduardo! Los Percy y los Neville lucharon durante una generación. Hay quien dice que toda esta guerra la causó su enemistad. Y vos entregasteis ni más ni menos que Northumberland a los Neville. Amor mío, tenéis un gran corazón. Sois generoso y confiado, más de lo que un hombre debería serlo, más de lo que un rey debería serlo. Northumberland es un premio excesivo.

—Quizá podría nombrarlo marqués —dijo Eduardo, sumido en sus pensamientos—. No es un título usado con frecuencia, pero sí de categoría. Sería una pequeña recompensa por la pérdida de Northumberland.

—Inglaterra no puede tener dos reyes —zanjó Isabel—. De entre todos los hombres, vos deberíais sentirlo en vuestro fuero interno. Temo por el futuro si permitís que el árbol de los Neville arraigue en el norte.

Eduardo agitó una mano en el aire, cansado de escuchar los argumentos de Isabel.

—Basta, basta. Lo sopesaré, aunque solo sea para estar en paz con vos. Es que... los Neville siempre me han sido serviciales.

—Han servido a su propia causa —murmuró Isabel. Su embarazo la hizo gruñir al apartarse de él rodando sobre la cama—. ¡Uf! Esta noche tendréis que usar a las doncellas, amor mío. Peso demasiado para moverme con esta criatura dentro.

Eduardo asintió, sumido en sus pensamientos, con la barbilla apoyada en la mano.



¿Qué queréis que haga, hermano? —preguntó Warwick—. ¿Exigirle al rey Eduardo que deje de conceder permisos matrimoniales a los Woodville? ¿Que nos reintegre los honores perdidos? ¡Eduardo no ha recibido tantos golpes en la cabeza como para anteponer mi buena fe a la de su esposa!

El verano había envejecido en un nuevo otoño. Hacía dos meses que Warwick había regresado de Francia. Desde las ventanas del castillo de Middleham, él y John contemplaban cómo los dorados campos de trigo caían bajo la guadaña, golpe tras golpe, cómo se empacaba la mies y cómo centenares de lugareños y lugareñas la recogían, pueblos enteros venidos para recolectar la cosecha y celebrarla con bebida, música, fogatas y besos robados en los campos de rastrojos.

John Neville volvía a ser lord Montagu, si bien lo habían nombrado marqués, tras asegurarle que se trataba de un título a medio camino entre un conde y un duque. Durante un tiempo, tal hecho lo había encolerizado, si bien había mantenido su ira en privado, para sus hermanos, y por suerte se había abstenido de expresarla donde pudiera llegar a oídos de quienes pudieran desearle mal. Warwick entendía el enojo de su hermano, lógicamente. A John le habían concedido el mayor de sus deseos y luego se lo habían arrebatado. Un Percy volvía a regentar Northumberland, como había sucedido durante tantas generaciones antes de John. Había sido un poco raro devolver a Henry Percy a la torre de Londres para que pudieran volverlo a sacar de ella, pero el rey Eduardo se había mostrado complacido al encontrar al joven con buena salud, cosa que podría no haber sucedido tras años de cautiverio en una celda. Warwick sabía que Henry Percy le debía lealtad por el trato que le había propinado. Su despedida no había sido muy distinta de la de un padre y un hijo. Middleham se había vuelto mucho más tranquilo con el hermano del rey bajo su tutela. Ricardo de Gloucester seguía padeciendo cierto dolor debido a un retorcimiento en la espalda, pero lo habían sometido a tantas horas con el hacha y la espada que había sido preciso forjarle nuevas armaduras íntegras para su recién moldeado cuerpo, esbelto y robusto. Al menos, Warwick ya no se enfrentaba a él en los campos de adiestramiento. El tiempo lo había vuelto demasiado lento, mientras que el joven Ricardo era rápido y seguro.

John Neville, el marqués de Montagu, no había contestado a sus preguntas; en lugar de ello, había preferido arrancar un muslo del pollo que había servido en la mesa y aceptar una copa de vino. Al notar la mirada de Warwick aún posada en él, hizo un ademán de irritación. John Neville había ejecutado personalmente a una docena de hombres en nombre del rey Eduardo. Su lealtad había sido absoluta, incuestionable. Y su recompensa por ello había sido que le arrebataran el título y se lo entregaran al hijo de un Percy. Cuando se obsesionaba demasiado con aquella injusticia, no se atrevía a expresar sus pensamientos en voz alta, ni siquiera a Warwick. Su hermano Richard parecía dispuesto a sufrir cualquier humillación en

lugar de hacer lo que todos sabían que tendrían que hacer, con el tiempo.

Eduardo y su esposa los arrojarían a los cerdos y gansos antes de acabar con ellos, John estaba seguro de ello. Le hervía la sangre también por sus dos hermanos, horrorizado por el injusto trato que estaban recibiendo. Warwick enviado a Francia, para luego ser humillado y usado como un simple peón. George despojado del Gran Sello, a punta de espada, y el valioso título de John robado y entregado a un niño. Era una campaña, más allá de todo resentimiento. La arquitecta era Isabel Woodville, esa era la única certeza. Era una lástima que Warwick hubiera conocido a dos mujeres dispuestas a llegar al fin del mundo con el mero propósito de dañar a su familia. Si sus intereses hubieran coincidido en algún momento, John sospechaba que un Neville podría haber ocupado el trono de Inglaterra.

George Neville entró en la estancia, solo, y la atravesó para dar la mano a sus dos hermanos.

—El tío Fauconberg ha llegado —les anunció—. ¿Lo hago pasar?

—No ha avisado de su venida —respondió Warwick, frunciendo el ceño. Miró a sus hermanos, primero a uno y luego al otro—. Decidme, ¿de qué se trata?

—Madre —respondió George—. Ha creído que quizá fuera inteligente reunir a todos los Neville en un mismo lugar. Dios sabe bien que no somos lo que fuimos antaño. Seis primos aguardan a vuestra disposición, Richard. Una cantidad irrisoria, si bien entre todos ellos poseen buenas tierras. Estamos mermados. Somos harapos de lo que otrora fueron elegantes estandartes, pero vos seguís siendo el cabecilla de la familia.

—Madre creyó que al menos debíamos conversar acerca de los años por venir —añadió John Neville—, quizá antes de que el rey Eduardo sea padre de un hijo y heredero. Por el momento tiene tres hijas, pero esa jaca fértil tuvo dos hijos varones antes. Y seguramente llegará otro. ¿Crees que los hombres Neville serán desterrados por entero entonces? No creo que podamos sobrevivir otra estación más a la animadversión de esa mujer.

No era necesario explicitar a quién se refería, no en tal compañía.

—No hablaré de traición con vosotros —siseó Warwick, enfurecido, a sus hermanos—. Me complacería ver a mis primos y al tío Fauconberg, pero no para conspirar o hacer algo que pueda brindar al rey Eduardo un motivo para poner en tela de juicio nuestra lealtad. ¿Me solicitaríais que le prendiera fuego a esta casa? Tal es el riesgo que corréis. ¡Por el amor de Dios! ¡El hermano del rey vive aquí!

—No soy ningún insensato, Richard —dijo John Neville sin reservas—. Ha sido enviado al mercado a comprar brandy, hace ya horas. Si espicara para el rey, no tendrá oportunidad de hacerlo hasta esta noche o mañana. En cualquier caso, ya no es ningún niño. Yo lo enviaría a casa junto a su madre. Habéis cumplido con creces vuestras obligaciones. —Sacudió la cabeza, hirviendo de rabia—. No comprendo por qué calláis ahora, después de lo que hemos sufrido.

—Aguarda a que se resuelva su solicitud —intercedió George Neville.

—Por supuesto —replicó John Neville con amargura—. Tenéis derecho a ello. Nuestro hermano aún espera que se lo concedan, que su Isabel despose a un Plantagenet. Permitidme que os diga algo: ella nunca lo permitirá... y el rey Eduardo ha demostrado que valora más sus palabras que las de todo su Consejo de Lores, quienes tan fielmente lo han servido. Esa mujer lo ha vuelto un enclenque mediante sus artes en la cama, esa es la pura verdad.

—Sí, en efecto, espero que mi hija despose a Jorge, el duque de Clarence —señaló Warwick—. A Isabel le complace su pretendiente, quien solo tiene un año más que ella y... hacen buena pareja. Ella será duquesa y Clarence obtendrá las fincas de mi hija, a su debido tiempo.

—¿Cuánto ha pasado desde que se lo solicitasteis al rey? —farfulló John.

Warwick negó con la cabeza.

—No, no conseguiréis preocuparme. Han transcurrido unos pocos meses; ¿qué hay de malo en ello? Tal unión de estirpes no se decide a capricho, sino con tiempo y detenimiento, con cuidado y un ojo puesto en cada posible cambio de vientos.

John miró a su hermano mayor, sabiendo que Warwick estaba ciego, o prefería no ver. Se encogió de hombros.

—Sois el cabeza de la familia, Richard. Aguardad hasta el invierno entonces, o hasta la primavera próxima si lo deseáis. No habrá ninguna diferencia, no mientras Isabel Woodville guíe la mano del rey. Ella querrá vuestras fincas para sus hijos.

Eduardo observó a su hijita bebé succionar el pecho de Isabel. El fuego crepitaba, con suficientes leños apilados como para hacer sudar a un hombre en aquella estancia de Westminster. El mastín, Tigre, yacía sobre las losas, frente al fuego, tan cerca que Eduardo tuvo que obligarlo a retroceder con un suave puntapié para evitar que el viejo chuchó se chamuscara. Aparte del crepitar de las llamas y del berrinche de la niña cuando se soltaba del pecho y había que volverla a agarrar, no se oía ningún otro sonido, una vez excusados incluso los criados personales.

Isabel notó la mirada de su esposo, alzó la vista y le sonrió, percibiendo su alegría.

—No imaginaba esto la primera vez que os vi —dijo él—, toda cubierta de hojas y tierra, descendiendo a gatas para salvar a vuestro perro de los lobos.

—¡Y cayendo! ¡Pues yo sí me acuerdo de un zoquete enorme que no me agarró!

Eduardo le sonrió. Con el paso de los años, aquellas palabras se habían convertido en una suerte de recitado entre ellos, sin verdadera malicia. Eduardo disfrutaba de la cercanía que parecían reportarle tales cosas, repescar recuerdos compartidos y volver a comprobar que Isabel disfrutaba de su compañía.

—¿Sabéis algo? He visto a muchos hombres que tienen que exigir respeto a sus esposas.

—Pero eso no es en absoluto extraño, esposo, pues incluso Eva se concibió como

ayudante de Adán. Es el orden natural del mundo, tal como las borregas siguen a los carneros.

—Sí, pero... —Eduardo se pellizcó en un punto entre los ojos mientras buscaba las palabras correctas—. Los hombres necesitan sentirse adorados, Isabel. Incluso los débiles, los pusilánimes, los cobardes y los locos. Pero hay hombres patéticos, cuyas esposas les chillan y despotrican contra ellos. No son los amos de sus hogares.

—Algunas mujeres no tienen ni idea de cómo tratar a sus maridos —respondió Isabel, satisfecha de sí misma—. Lo único que provocan con sus quejas es resentimiento y su propia infelicidad. Son unas insensatas.

—Vos no sois así —dijo Eduardo con una sonrisa—. Vos me tratáis como si hubierais encontrado una maravilla del mundo. Y yo quiero ser merecedor de ello, ¿sabéis? Quiero que se me considere el amo de mi hogar, pero solo porque realmente lo soy, no porque las leyes del hombre o de Dios así lo estipulen, sino porque tengo madera de líder.

—Madera para ser mi rey —añadió Isabel con voz suave.

Alzó la cabeza para solicitarle un beso y Eduardo atravesó la estancia de tres grandes zancadas para presionar sus labios contra los de ella. La niña empezó a agitarse y husmear, tras haberse soltado del pezón.

—Me gustaría llamarla Cecilia, en honor a vuestra madre —anunció Isabel, conmovida por la felicidad que percibía en él—. Si vive, hará que os sintáis orgulloso de ella.

—Mi madre se alegrará, aunque confieso que me habría hecho más feliz tener un hijo varón, Isabel.

—Necesitaréis hijas que os adoren cuando seáis anciano, y para desposarlas con el fin de mantener un reinado fuerte y conseguir aliados. En los años venideros no lamentaréis haber tenido a estas preciosas niñas, a ninguna de ellas.

—Lo sé, lo sé. Pero, si fuera un niño, podría enseñarle a cazar palomas y conejos con un halcón, a cazar un jabalí sin más ayuda que unos perros y un puñal y a hacerse fuerte para luchar con una armadura. —Se encogió de hombros—. Yo... he sido un niño. Recuerdo esos años con cariño. Lo nombraría escudero de un caballero, quizá de uno de vuestros hermanos, para que aprendiera cuánto esfuerzo supone mantener a un hombre en el servicio real.

—Nada me gustaría más —contestó ella—. Seréis un magnífico maestro para un hijo, Eduardo. El siguiente será varón, os lo prometo. Pero espero que vuestro adiestramiento le brinde suficiente protección, si algún hijo de vuestro hermano desafía a vuestro heredero.

Eduardo se alejó un paso de ella, silbando.

—¿Otra vez con esas? No estoy siendo impulsivo, tal como ya os he explicado. Lo he considerado durante meses, le he dedicado tiempo y paciencia, y no veo dónde está el error en incorporar todos los señoríos y la riqueza de Warwick a mi propia familia, ¡bajo mi propio techo!

—Eduardo, esto es importante. Ojalá no lo fuera. Si permitís que Jorge despose a esa Isabel Neville, heredará centenares de fincas y señoríos, no docenas de ellos. Castillos, aldeas, pueblos. Warwick y Salisbury están unidos ahora, y esa herencia es la mayor fortuna de toda Inglaterra.

—¡Y yo se la cedería a mi hermano! Él e Isabel tienen la misma edad. Incluso se aman, según él mismo afirma. ¿Quién soy yo para negarle a un hermano su amor, cuando además le reportará la mitad de Inglaterra como dote?

Isabel frunció los labios, hallando dificultad en contener su genio. Se cubrió el pecho, llamó a una criada y le entregó a la niña, ajena a sus llantos. Una nodriza continuaría alimentándola en las cocinas. Cuando volvieron a encontrarse a solas, Isabel se inclinó hacia delante en su silla y enlazó las manos en el regazo.

—Esposo mío, sabéis que os adoro, y sois el amo en nuestro hogar, así como allá donde nos encontremos. Si me dais vuestra última palabra en este asunto, la aceptaré, os lo juro. Pero tened en cuenta una única cosa: la vuestra no es la estirpe real. —Alzó la mano al ver que Eduardo se volvía para mirarla, con un enojo creciente—. Por favor. Vuestro bisabuelo fue Edmundo de York, el cuarto hijo de un rey. La corona que vos portáis ahora no estaba a su alcance, pero era un hombre rico. Forjó un buen matrimonio y su hijo y su nieto fueron ambos inteligentes y fuertes. Construyeron grandes señoríos y acumularon títulos mediante matrimonios y honores, hasta que vuestro padre fue lo bastante fuerte como para reclamar el trono.

—Entiendo —dijo Eduardo.

Por la tensión de su mandíbula, Isabel sospechaba que lo hacía, pero, aun así, decidió formular las palabras, para asegurarse de que las escuchara.

—Vuestro hermano Jorge de Clarence también es hijo de vuestro padre, Eduardo. Tiene su misma inteligencia y fuerza. Si le permitís que se case con las inmensas fortunas de Warwick, podrá desafiaros en vida, o lo harán sus hijos o nietos. Estaríais acumulando problemas para el futuro, u otra guerra entre primos y hermanos. Os lo ruego. Por mucho que pueda dolerle a Jorge, debéis denegar esa solicitud de alianza por el bien de vuestros propios hijos.

—No puedo darle ese motivo —contestó Eduardo—. No puedo decirle, simple y llanamente: «Jorge, no quiero que tú y los tuyos prosperéis, por si en algún momento tus hijos amenazan a los míos». Es la respuesta de un cobarde, Isabel. ¿Queréis que me preocupe por mis propios hermanos? ¿Por Jorge y Ricardo? Mi madre Cecilia no crio a hombres débiles, pero tampoco crio a chaqueteros. No los temo a ellos... ni a sus hijos.

—No, pero os criasteis perteneciendo a un linaje inferior. Ahora sois rey, Eduardo. Deberíais mirar hacia el futuro, a mil años vista, empezando por las pequeñas a quienes he alimentado en mi regazo. Jorge de Clarence ha sido proclamado duque por obra vuestra. Dejad que se contente con eso. Le encontraré otra esposa y, si más adelante decide convertir a Isabel Neville en su querida, será cosa suya, por descontado. Estas son elecciones y decisiones que un rey debe tomar,

Eduardo. Vuestro hermano lo comprenderá.

—¿Y cuando me pregunte el motivo? —inquirió Eduardo.

Isabel le sonrió.

—Decidle que no confiáis en el hombre que sería su suegro, si es preciso. O que la muchacha Neville es estéril o que la luna estaba oscura cuando conocisteis sus intenciones. No importa. Él juró por su alma inmortal obedeceros en todo. Si os pregunta, recordádselo.

Warwick se descubrió resollando, aunque apenas había recorrido a pie unos ocho o diez kilómetros bajo el frío. El invierno había traído la calma a la finca de Middleham. La mitad de la enorme casa se había cerrado bajo llave y el paso a ella había quedado barrado; todas las ventanas se habían tapiado para impedir que hibernaran en ellas murciélagos y pájaros. Aun así, alguna lechuza o algún gorrión lograrían colarse por entre las rendijas. Siempre lo hacían, de tal modo que la primera tarea primaveral consistía en retirar sus pequeños cadáveres, invariablemente más ligeros de lo que parecían a simple vista.

—Podríamos descansar aquí un momento —propuso—. Más por ti, Isabel, que por mí, obviamente. Yo podría caminar todo el día.

—No lo dudo, padre —respondió su hija, completamente ajena al hecho de que su padre estaba notando una punzada en el costado y estaba cansado.

De habérselo confesado, no lo habría creído, de todos modos. Warwick se apoyó en un poste de madera y contempló la colina de oscura tierra acariciada por las primeras heladas, que se extendía por todo el valle. En medio de aquel frío, la mitad de las aves habían desaparecido. Durante un tiempo, el único sonido en todo el mundo fue su propia respiración, que se le antojó sorprendentemente sonora en cuanto fue consciente de ella.

Su hija era una mujer bella, a Warwick no le cabía duda de ello, de cuello largo, mejillas sonrojadas y dientes blancos y parejos, afilados por las manzanas que tanto le gustaban. Se había criado en Middleham, al igual que él mismo, si bien ella pasaba la mayor parte del año en compañía de la madre de Warwick y de la suya propia, tres mujeres alborotando por la finca juntas y, para gratitud imperecedera de Warwick, congeniando casi como hermanas o amigas. Su hermano John había hecho un comentario acerca de las tres edades de las mujeres que había acabado lamentando, pero Isabel era en todos los aspectos la virgen, tal como su esposa Anne era la madre, y la madre de Warwick, Alice, se había convertido en la vieja arpía, marchitada por la muerte de su padre, como si el viejo se hubiera llevado una parte vital de ella a la tumba.

Cada mañana, al despertar, Isabel preguntaba si había llegado alguna carta durante la noche. Y cada mañana a Warwick se le partía el alma al ver su decepción cuando comprobaba que no había ninguna. Ya había resultado bastante duro cuando

Warwick había pasado sus días en Londres con el rey. Al menos entonces sus regresos habían estado acompañados por noticias y dulces y obsequios curiosos adquiridos en la ciudad.

Hacía tres meses que Warwick no se ausentaba de Middleham, desde el otoño. El sol tardío les había dado tanta fruta que avispas ebrias infestaban la casa, revoloteando por el interior de cada ventana durante semanas. En todo aquel tiempo, Warwick había recorrido a pie los terrenos de la finca, perdiéndose en largos paseos de los cuales regresaba cada vez más ceñudo. Llegaba correspondencia dirigida a él desde Londres, alguna con el sello privado del rey Eduardo. Sin embargo, ninguna de aquellas cartas había contenido el permiso del rey para que Isabel desposara a Clarence, ni mención alguna al tema.

Pese a que Warwick lo desconocía, Isabel lo observaba con atención, juzgando su humor y su infelicidad. Lo había escuchado enfurecerse por el hecho de que su hermano hubiera perdido el Gran Sello y aún más porque hubieran despojado a su tío John de su título. En privado, Warwick se desahogaba con su esposa de toda la indignación y decepción que sentía, ajeno o quizá indiferente a que sus hijas lo escucharan.

Lucía un límpido cielo azul, sin rastro de lluvia. Un velo helado cubría el mundo y la frialdad del aire hizo que padre e hija fueran conscientes de su respiración y de cómo el invierno penetraba en su interior. Isabel escogió aquel momento para hablar.

—¿Creéis que el rey responderá alguna vez a su hermano? —preguntó—. Jorge no ha vuelto a visitarme aquí desde la cosecha y en sus cartas no alude a la petición, como si no existiera posibilidad alguna. Hace ya tanto tiempo que confieso que estoy perdiendo la esperanza.

Su padre descendió la vista hacia ella y vio cómo le temblaban los labios, por más que intentara ocultar cuánto le importaba su respuesta. Apretó el puño sobre la madera gélida del poste, con tal fuerza que los nudillos se le quedaron blancos.

—No, Isabel, lo lamento. He esperado durante seis meses, más incluso. Ninguna de mis cartas ha recibido respuesta. No creo que el rey Eduardo otorgue su permiso, no ahora.

—Pero os ha convocado, ¿no es cierto? ¿Quién era ese mensajero al que vi? Quizá el rey Eduardo haya accedido al matrimonio y lo único que hace falta es que acudáis a Londres.

—Isabel, cada vez que me hallo en su presencia, encuentra algún modo de arrebatarme algo que aprecio. Es como si estuviera resentido conmigo. Un resentimiento que no merezco en modo alguno, lo juro. No sé si ese tarugo tiene celos de mí, me teme o simplemente se ha convertido en el juguete de su esposa, pero estos últimos años han sido una dura prueba. Es... mejor para mí permanecer en mis señoríos, ocuparme de ellos y de sus habitantes, y mantenerme alejado de las intrigas de la corte. —Respiró hondo, llenándose los pulmones de aire—. ¡Esto! Esto es lo que necesito, no murmullos y mentiras.

Se le nubló el semblante al percibir el pesar de su hija y se acercó a ella para rodearla con sus brazos.

—Lo lamento —le dijo—. Sé que esto es más duro para ti que para mí. Yo he perdido la confianza de un rey, mientras que tú has perdido a tu primer pretendiente.

—A mi primer amor —corrigió ella, con la voz amortiguada—. No habrá otro.

—¡Oh, Isabel! —exclamó Warwick apenado, hundiendo la boca en el cabello de su hija.

—¿Volveréis a interceder por mí? —inquirió Isabel—. Sé que es Jorge quien tiene que hablar con el rey, pero desconozco si lo ha hecho. Si vos preguntáis, tendré una respuesta..., aunque, si es negativa, no sé..., no podré... —Entre sollozos, ocultó la cabeza en el abrigo de su padre.

Warwick tomó una decisión, incapaz de seguir resistiéndose a sus súplicas.

—Por supuesto que preguntaré. Puedo acudir allí y regresar dentro de una semana. Tal como dices, es mejor estar seguros.

Le acarició el cabello mientras permanecía apoyada en él. Las Navidades se aproximaban y un viaje a Londres convertiría su celebración en Middleham en una ocasión más festiva, con jamones con clavo de especia y gansos adquiridos en el mercado asados en vivas fogatas.

Warwick cabalgó hasta Londres con Ricardo de Gloucester a un lado y los temores y esperanzas de Isabel como un lastre. El joven duque solía acompañarlo a la capital, sobre todo ahora que ambos empezaban a ser conscientes de que su estancia en Middleham se aproximaba a su fin. Vestían abrigos de piel sobre cota de malla y calzas gruesas, con las espadas en las caderas y suficiente polvo adherido en la carretera como para que parecieran llevar máscaras.

El primer día camino al sur transcurrió casi en silencio, mientras Warwick anticipaba con desaliento lo que encontraría en Londres. Warwick cenó un guiso insípido en una taberna junto al camino y farfulló un buenas noches a su tutelado cuando se dirigieron a sus habitaciones. Ambos echaban en falta el ánimo alegre y la cháchara de Henry Percy, que hacía que las conversaciones fluyeran fácilmente entre ellos. Sin Henry, tanto a Warwick como a Ricardo el silencio se les antojaba opresivo.

A la mañana siguiente, Warwick se despertó con dolor de cabeza, pese a que la víspera solo había bebido una copa de vino. Se dedicó a refunfuñar y gruñir mientras daba cuenta de un cuenco de gachas calientes con miel, hablando mal al personal de la taberna y cada vez más enojado por su propia falta de control. Vio que Ricardo había ensillado su caballo y había cepillado al animal, que resplandecía de nuevo. Warwick subió a la banqueta para montar y pasó la pierna por encima del caballo.

—Gracias, muchacho —dijo—. Hoy tengo muchas cosas en qué pensar. Me temo que soy mala compañía.

—Lo entiendo, señor. Teméis que mi hermano deniegue vuestra petición.

Warwick alzó la vista, entre sorprendido y preocupado.

—¿Qué sabéis de esta situación?

Ricardo sonrió tímidamente, notando el enojo en el hombre a quien quería impresionar.

—Isabel apenas ha hablado de otra cosa en estos últimos meses. Y Jorge es mi hermano, señor. Me escribe.

Warwick pestañeó y tuvo que morderse la lengua para no preguntarle qué opinaba. No serviría de nada. En su lugar, tiró de las riendas y obligó a su caballo a girar, de manera que quedara encarado hacia el patio de la posada, junto al cual transitaba la carretera hacia Londres, a unos treinta metros de distancia.

—Espero que el rey autorice la petición, señor. Me gustaría que Isabel fuera feliz.

—Y a mí —musitó Warwick.

Movió la cabeza adelante y atrás para crujirse el cuello y salió a la carretera al trote. Ricardo lo siguió, deseando poder devolverle algo al hombre que tan bueno había sido con él.

El rey concedió una audiencia a Warwick sin dilación. Este cabalgó desde unos alojamientos privados en el palacio de Westminster, bordeando el río. Ricardo de Gloucester permaneció junto a él hasta llegar a las puertas de los aposentos del monarca. Allí aguardaron de pie, el uno junto al otro, a la espera de que les franquearan el paso. Warwick dedicó un instante a revisar al joven y le cepilló el polvo del abrigo. El gesto hizo sonreír al hermano del rey mientras las puertas se abrían de par en par y entraban en la estancia.

A Warwick se le tensó la expresión al ver a Eduardo e Isabel sentados juntos, rodeados de sus hijas. Era una escena familiar íntima y había en ella una nota disonante. Warwick quería que Eduardo considerara su petición como rey, no como padre y esposo. En aquel lugar, con una esposa cariñosa y sus hijas pequeñas gorjeando a sus pies, no podían ser ambas cosas.

Tanto Warwick como Gloucester hincaron una rodilla ante la familia real y se pusieron en pie cuando Eduardo echó a andar para recibirlos. Abrazó a su hermano tan fuerte que le hizo ahogar un grito.

—¡Qué fuerte os habéis hecho! —exclamó Eduardo, alargando la mano para apretarle el brazo derecho a su hermano como si fuera un ternero de feria—. Debo agradeceróslo —añadió, asintiendo con la cabeza en dirección a Warwick.

Warwick negó con la cabeza, aún tenso.

—Ha trabajado duramente, su alteza. Espada, lanza y hacha de petos, monta, latín, francés... —dejó que su voz se apagara.

El hermano de Eduardo aprovechó para intervenir:

—Y derecho y estrategia también, Eduardo. Es mi deseo seros útil.

—Lo seréis, no me cabe duda alguna —respondió Eduardo—. Mi madre pregunta

por mi hermano, Warwick. ¿Lo liberaréis como tutelado vuestro para que permanezca junto a mí?

Warwick parpadeó y se aclaró la garganta para ganar tiempo.

—Su alteza, no tenía pensado... No tenía previsto excusarlo de sus deberes hoy.

—Aun así, me complace lo que veo en él. Tenéis mi gratitud. Los pupilajes tienen un fin, Warwick, y habéis hecho un buen trabajo.

Avergonzados bajo las miradas del rey y la reina, Warwick y Gloucester se dieron la mano y se abrazaron torpe y brevemente. Warwick abrió la boca para pronunciar algo celebratorio relativo a aquellos años, pero el joven le hizo una reverencia tensa al rey, giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

Warwick se dio media vuelta, consciente de las miradas que había posadas en él. Solo las niñas, a quienes una niñera reunía cuando se alejaban demasiado caminando, parecían indiferentes. Le tembló el aire en el pecho al constatar que había llegado el momento y que no podría aplazarse más.

—Su alteza, han transcurrido muchos meses desde que os solicité permiso para desposar a mi hija con vuestro hermano, Jorge de Clarence. Dada la amistad que existe entre nosotros, ¿podría conocer la respuesta?

—He reflexionado mucho sobre ello, Richard —respondió Eduardo—. Mi hermano Jorge solo tiene diecinueve años. No dudo que crea estar enamorado, pero seré yo quien elija una esposa para él dentro de unos cuantos años. Mi respuesta a vuestra petición es no.

Warwick permaneció inmóvil. Si bien su semblante apenas cambió, su indignación estaba escrita con la misma claridad que su control. A espaldas de Eduardo, Isabel, sentada, se inclinó un poco hacia delante, fascinada. Las comisuras de su boca, ligeramente entreabierta, se elevaron como si disfrutara con el desasosiego de Warwick.

—Gracias, Eduardo. Su alteza —respondió Warwick con una cortesía impecable—. Prefería saberlo, y sentirme decepcionado, a desconocer vuestra resolución. Ahora, si me excusáis, me gustaría visitar las ferias de Londres y comprar gansos para celebrar las Navidades en Middleham.

—Por supuesto. Lo lamento, Richard —añadió Eduardo.

Por toda respuesta, Warwick inclinó la cabeza, con los ojos tensos por el dolor.

Isabel esperaba a Warwick en el camino, en el mismo lugar cada mañana y cada tarde, donde permanecía durante horas, desesperada por conocer las noticias. Cuando lo vio, antes de que su padre pronunciara ni una sola palabra, leyó en su rostro la respuesta. Se encerró en su dormitorio durante tres días, donde lloró por el joven a quien amaba y a quien nunca podría tener.

Warwick pasó aquel tiempo conversando en privado con una serie de visitantes, todos los cuales acudieron a caballo a Middleham para presentar sus respetos al

cabecilla del clan de los Neville. Durante una eternidad, los Neville habían sufrido revés tras revés. Habían perdido tierras, fortunas, títulos y una influencia vital. Y durante todo aquel tiempo, Warwick había insistido en resistir y guardar silencio, sin emitir ni un solo grito o murmullo en contra del rey. Pero había cambiado de opinión. Mientras enero se abría paso en medio de la oscuridad y el frío, decidió darles voz.



l invierno era época de oscuridad y muerte. En cualquier casa, una bonita y gélida mañana podía revelar el cadáver tieso de un anciano o de un niño demasiado pequeño para sobrevivir a una fiebre. La estación glacial era sinónimo de sangre frita y copos de avena y del gusto a tierra de las hortalizas viejas, recolectadas hacía meses o años. Zanahorias, cebollas, nabos y patatas viejas iban a parar a caldos junto con queso azul duro y manteca cuajada con el fin de mantener el frío a raya. A base de pan, huevos y cerveza, los súbditos del rey resistían al tiempo, despertándose en medio de la noche para hablar o remendar, y luego se volvían a dormir hasta que el sol traía el día de vuelta.

La primavera representaba mucho más que brotes verdes y campanillas de invierno en los setos vivos. El renacimiento se reflejaba también en la sensación de destino, en el despertar de la hibernación con vida renovada en las venas. Entre risas, los últimos alimentos en conserva podrían devorarse ahora que otro invierno tocaba a su fin. En los mercados de la ciudad volvieron a aparecer carne y hortalizas frescas. Se cavaron tumbas en el suelo reblandecido, pequeñas y grandes, y se transportaron los cadáveres desde donde habían yacido, en graneros y frías bodegas. Mujeres y hombres deseosos de encontrar un marido o una esposa recibían la estación con ropa limpia y un buen baño. Volvían a sudar en su jornada laboral, elaborando artículos para la venta o preparando la tierra para la primera siembra.

Eduardo Plantagenet notó la savia ascender con la primera luz del alba. La primavera significaba la primera cacería desde la monta de Año Nuevo, sangre caliente, cabalgar sin aliento y una parranda ebria lejos de aldeas y pueblos. La caza hacía aflorar la furia y el miedo, revelaba al auténtico hombre. Eduardo sonrió para sus adentros mientras observaba cómo ensillaban su caballo en los establos reales de Windsor. Por más que le hubieran cepillado el pelo, su montura de caza lucía un aspecto greñudo a causa del pelaje invernal. Le dio unas palmaditas en un flanco y sonrió al ver la nube de pelo y polvo que se elevaba en el aire.

A su alrededor, los establos eran todo ruido y trajín, con los escuderos apresurándose a preparar a sus señores para la cacería real. Treinta caballeros y un número igual de sirvientes cabalgarían para espantar a animales que acabarían en las garras de los perros y las aves rapaces. Eduardo sonrió al contemplar toda aquella energía, mientras le rascaba el cuello a su caballo y el gran semental resoplaba y le golpeaba con la cola.

En el transcurso de sus años de reinado había congregado a un grupo de incondicionales que lo acompañaban en tales días, cuando el sol calentaba ligeramente el ambiente y el cielo estaba despejado. Eran hombres como Anthony y John Woodville, equiparables a él en temeridad, aunque no en la pericia del rey con su halcón.

La magnífica ave de Eduardo permanecía encapuchada en un posadero

ornamentado, girando la cabeza ante el menor sonido. Eduardo la escuchó gorjear y alargó la mano para acariciarle las oscuras alas, más para su propio placer que por la creencia de que el pájaro disfrutara de sus caricias. Los gerifaltes eran asesinos despiadados que se deleitaban en su capacidad de dominar y aterrorizar a patos, urogallos y liebres; descendían en picado sobre ellos desde trescientos metros de altura, golpeaban a la huidiza presa a una velocidad pasmosa y luego le desgarraban la carne con su afilado pico. Eduardo saludó al halcón con un murmullo. Hacía seis años que cazaban juntos y el ave volvió la cabeza al instante al reconocer su voz. A Eduardo le divertía que fuera capaz de girarse para encararlo dondequiera que estuviera, incluso con la capucha puesta. Mientras lo observaba, el pájaro gorjeó y emitió un sonido interrogante. El halcón estaba hambriento y Eduardo notó cómo se le aceleraba el corazón al pensar en echarlo a volar.

Alzó la vista al escuchar el repiqueteo de las pezuñas de un caballo que avanzaba piafando por los establos, sostenido con las riendas firmes, pero aun así trotando casi de lado con los ojos en blanco. Algo había sobresaltado al animal y había hecho que los otros relincharan y patearan, al recordarles a los depredadores que atacaban el rebaño.

Eduardo miró irritado al enjuto muchacho que había inquietado tanto al caballo capón. No lo conocía, por más que era imposible que un extraño llegara a los establos y ante la persona del rey sin haber sido interrogado. A Eduardo le gustaba fingir que no prestaba atención al cuidado que ponían sus guardas, pero, mientras lo observaba, le complació saber que habían registrado a aquel hombre. Lo observó, con expresión ceñuda, mientras el desconocido desmontaba e hincaba una sola rodilla en el suelo. Iba vestido con cota de malla y un tabardo sobre cuero y lana, prendas raídas y casi tan polvorientas como los caballos. Eduardo supuso que había recorrido un largo trecho y no se sorprendió al oír hablar al nombre con el acento vibrante del norte.

—Su alteza real, mi señor, sir James Strangeways, *sheriff* de York, me envía ante vos. He venido a informaros de un alzamiento entre los tejedores de las poblaciones que rodean la ciudad, con disturbios y clamor, milord, demasiado numerosos como para que los hombres del *sheriff* puedan aplacarlos. Sir James solicita que varias decenas de hombres, sesenta u ochenta, no más, cabalguen al norte. En el nombre del rey, mi señor recordará a los tejedores que no son ellos quienes deciden qué impuestos pagan y qué leyes obedecen.

Eduardo arqueó las cejas y se frotó el rastrojo que le cubría la mandíbula. Se había afeitado la barba para la primavera. Había permanecido enjaulado en Windsor y Westminster durante los meses de frío y oscuridad, comiendo y bebiendo demasiado, y había engordado como un lirón. Se dio unos golpecitos en la barriga al pensar en ello, mientras el mensajero aguardaba.

—Id a las cocinas y decidles que he ordenado que os alimenten bien —dijo al hombre.

Mientras este le hacía una reverencia y se escabullía a toda prisa, Eduardo miró

hacia la luz del sol, allende los caballos, los hombres y el ruido. Tomó una decisión, riéndose entre dientes. En el país reinaba la paz. El invierno había dado paso a la primavera, con todas las promesas que ello conllevaba.

—Creo que iré a York —musitó Eduardo para sí mismo con una sonrisa.

Imaginó los rostros de los tejedores rebeldes cuando vieran ni más ni menos que al rey de Inglaterra en persona cabalgando hacia ellos con sus hombres. Es posible que tuviera que colgar a los cabecillas o azotar a unos cuantos de ellos. Así solía ocurrir. Pondría a prueba a su halcón frente al nuevo azor que los hermanos Woodville habían criado desde que no era más que un polluelo. Eduardo sabía que disfrutaría mostrando a los hermanos de su esposa lo rápido que podía volar un halcón real, una vez los tejedores se hubieran escabullido de nuevo a sus hogares.

—¡Anthony! —gritó.

El caballero alzó la vista desde el lugar en el que se hallaba en pie, a escasa distancia, tras haber visto al mensajero llegar y partir. Los hombres Woodville siempre respondían con celeridad a la llamada de Eduardo.

—Sí, su alteza —respondió Anthony Woodville, deteniéndose y haciéndole una reverencia.

Tenía la mano y el antebrazo derechos entablillados y vendados con tal fuerza que sus dedos aparecían gruesos y enrojecidos.

—¿Cómo está vuestra mano? —preguntó Eduardo.

—Aún rota, su alteza. Creo que se curará bastante bien. Quizá entonces se me conceda la oportunidad de redimir mi honor.

—Si tal es vuestro deseo —respondió Eduardo con una sonrisa. Puesto que él era quien le había roto la muñeca practicando para un torneo, aceptar su propuesta se antojaba de justicia—. Aunque lamento que no podáis acompañarnos hoy. Vuestro hermano puede hacer volar vuestro halcón; a fin de cuentas, no habrá diferencia. —Sonrió al ver que su cuñado ponía los ojos en blanco con una frustración fingida—. Creo que ampliaré el coto de caza un poco más de lo que tenía previsto. —Eduardo miró a su alrededor, haciendo un recuento para sus adentros—. Necesitaré a todos estos excelentes hombres de aquí, y a otros cuarenta caballeros montados..., además de un centenar de arqueros aproximadamente.

—Apenas hay unos cuantos arqueros maestros en estas barracas, milord —respondió sir Anthony—. Puedo encontrar a otra docena en las tierras de Baynard, en la escuela de arquería... —Se interrumpió al ver el gesto de impaciencia de Eduardo—. Entendido, su alteza, los reuniré de inmediato.

Se alejó repiqueteando, mientras Eduardo invitaba al gerifalte a ir volando desde la percha hasta su antebrazo. Notó las garras del ave aferrarse a su brazo, incluso a través de las gruesas capas de piel.

Era un placer contemplar todos aquellos matorrales y aquella vegetación a su alrededor. Eduardo dejaría atrás Windsor y la humedad y el frío del invierno para cazar, perseguir y castigar, según considerara oportuno. Aquella sensación

embriagadora se apoderó también del halcón, que ahuecó las alas y emitió un chillido de caza.

En torno a mediodía, toda la población de Windsor sabía que el rey había salido a caballo. Anthony Woodville había dejado sin resuello a los sirvientes del rey, que habían peinado cielo y tierra en busca de arqueros entre las poblaciones de los alrededores de Windsor y Londres. Habían cabalgado hasta donde se habían atrevido y habían regresado con tres o cuatro hombres, que fueron sumándose a los arqueros del rey, hasta reunir por fin a unos doscientos con los arcos y carcajes a punto y el rostro radiante por la idea de vivir una aventura. Era un honor acompañar al rey, a quien se divisaba en el patio del establo, bromeando alegremente con sus caballeros y escuderos. Eduardo cazaría como un rey de Inglaterra, con su halcón en el antebrazo. En el último minuto, había decidido ponerse una coraza más pesada y había cambiado su capón de caza por su gran caballo de guerra, que, con dieciséis años de edad, estaba en su mejor momento.

Tal como se había duplicado el número de arqueros, su partida de caza había atraído a todo hombre que aspirara a medrar bajo la mirada del rey. Al menos un centenar de ellos deambulaban por allí, refrenando sus cabalgaduras, mientras un número parecido de perros se perseguían entre sí y ladraban. Todo eran gritos y risas, un gran jolgorio, con Eduardo en pleno meollo, feliz de sacudirse de encima las telarañas.

«¡Agarraos bien!», oyó gritar Eduardo, quien, describiendo media vuelta sobre su caballo, fue testigo de cómo el padre de su esposa aparecía trotando sobre una buena yegua, envuelto en abrigos y capas, con una lanza para verracos en alto. Eduardo rio entre dientes, divertido por la imagen que ofrecía el conde Rivers. Había acabado por encariñarse con el viejo, aunque lo recibió con una sacudida de cabeza en ademán de advertencia.

—La edad no frenará a estos valientes muchachos, milord Rivers. Una vez que suenen los cuernos, la juventud prevalecerá.

—Su alteza, me contento con volver a salir a cabalgar. Después de un invierno como el que hemos tenido, me alegra volver a notar la caricia del sol en el rostro. Si no puedo permanecer con el grupo principal, me rezagaré y dejaré que mis criados me atiendan. No temáis por mí, muchacho.

Eduardo rio al escuchar que el padre de su esposa lo llamaba «muchacho», si bien era cierto que el hombre tenía ya sesenta y cuatro años de edad y que una vida castigada por el vino y la cerveza le había dejado el rostro y los ojos enrojecidos. Con todo, era buena compañía cuando la bebida y las anécdotas descabelladas empezaban a fluir.

El hecho de que el conde mencionara a los criados hizo a Eduardo fruncir el ceño y proyectar la vista por encima de los hombres allí congregados, que trajinaban a su

alrededor. Su plan original de reforzar su partida de caza había aumentado tanto de tamaño que resultaba irreconocible. Entre siervos, caballeros y arqueros había a su alrededor en torno a cuatrocientos hombres. Vio a Anthony Woodville absolutamente desolado por lo que iba a perderse. En medio de aquella barahúnda ruidosa y alegre, Eduardo cayó en la cuenta de que la comitiva seguiría incrementando si no partían sin más dilación. Volvió a notar el poder de un rey: los hombres querían seguirlo.

Eduardo alzó el cuerno de caza que colgaba de la cuerda que llevaba alrededor del cuello y tocó una larga nota. Para cuando se detuvo, los hombres guardaban silencio, si bien los perros seguían aullando y ladrando de emoción.

—Me han informado de altercados en los alrededores de la ciudad de York —explicó con voz estentórea para hacerse oír—. ¡Los tejedores, caballeros! Han olvidado que me deben la vida. Les recordaremos cuál es su deber. ¡Partamos! ¡Ahora! ¡Hacia el norte! ¡A la caza!

Los aullidos de los sabuesos aumentaron de intensidad, hasta convertirse en una suerte de lamento constante. Sonaron los cuernos y centenares de hombres se pusieron en marcha, al trote, entre risas, mientras se despedían con la mano de sus seres queridos y de quienes dejaban atrás. La primavera había llegado.

Warwick atravesó a grandes zancadas el gran salón del castillo de Baynard, a orillas del Támesis, en Londres. La última vez que había pasado frente a aquella chimenea había sido la noche en que Eduardo se había autoproclamado rey en el Salón de Westminster. Sacudió la cabeza al recordar tales recuerdos, sin arrepentimiento. Había sido la manera correcta de proceder entonces, sin ningún género de dudas. Eduardo no habría podido triunfar en Towton sin su peculiar aura de realeza. Pese a su innegable talento, Eduardo no podría haber atraído a suficientes hombres sin la corona, no en el tiempo en el que lo había hecho. Esa había sido la gran aportación de Warwick.

Y su recompensa por ello se había materializado en una serie de asaltos contra las propiedades de su familia y contra su honor. Eduardo parecía dispuesto a utilizar la Corona para actuar al margen de la ley, sin tener en cuenta las consecuencias. Warwick apretó la mandíbula mientras caminaba. ¡Que así sea! Habría soportado todas las decepciones si hubieran venido del propio Eduardo, pero tenía claro que, por segunda vez en su vida, el resentimiento de una reina se hallaba tras el revés que sufría su suerte. Margarita de Anjou ya había sido bastante mala. ¡Era demasiado esperar de él que encajara algo así otra vez!

Jorge, el duque de Clarence, entró en el salón, enjugándose el rostro con un paño humeante, pues lo habían llamado e interrumpido cuando estaba a punto de afeitarse. Miró asombrado a Richard Neville, que se le aproximaba.

—¿Milord Warwick? ¿Qué sucede, para que vengáis a buscarme aquí? —El joven palideció al instante—. ¿Se trata de Isabel? Milord, ¿está enferma?

Warwick se detuvo e hizo una inclinación al joven, que lo excedía en rango.

—Isabel está conmigo, Jorge. Nos aguarda fuera, llena de vida.

—No entiendo —respondió Clarence mientras se secaba el cuello con la toalla, que arrojó a un mayordomo para que la atrapara al vuelo—. ¿Deseáis que acuda con vos a verla? Señor, me tenéis confundido.

Warwick miró al criado y recordó que no estaban solos. Señaló hacia una puerta que sabía que conducía a las escaleras que ascendían a la techumbre de hierro del castillo, donde se había construido un observatorio. Allí reinaría la calma y estarían a salvo de los oídos de quienes pudieran informar al rey de sus palabras.

—Lo que tengo que deciros os concierne solo a vos, milord Clarence. Acompañadme, por favor. No me andaré con rodeos.

El joven duque lo siguió de inmediato, sin rastro de sospecha en el rostro mientras ascendían los tramos de escaleras de hierro y abría de un empujón la escotilla que conducía al raso. Si alguien se atrevía a subir tras ellos lo oirían, y Warwick respiró con más facilidad de lo que había hecho desde hacía días, embriagándose del olor del río y de la ciudad mientras las gaviotas descendían en picado y graznaban sobre sus cabezas.

—¿Confiáis en mí, Jorge? —preguntó Warwick al joven cuando se situó junto a él.

—Por supuesto, señor. Sé que respaldasteis mi petición ante el rey. Sé que discutisteis por mi causa y os estoy agradecido, más de lo que imagináis. Lo único que lamento es que al final no sirviera para nada. ¿Está bien Isabel, señor? No he osado escribirle estos últimos meses. ¿Podría verla en el carruaje cuando os marchéis?

—Eso será decisión vuestra, Jorge —respondió Warwick, con una enigmática sonrisa dibujada en los labios—. He venido a llevaros hasta la costa, si deseáis acompañarme. Tengo un barco esperándonos, una pequeña y magnífica coca que nos llevará hasta la fortaleza de Calais. Una vez allí, poseo documentos que nos permitirán atravesar las puertas de Francia.

Clarence sacudió la cabeza.

—¿Con Isabel, señor? No comprendo qué queréis decir.

Warwick respiró hondo. Habían llegado al fondo de la cuestión, parte de lo que había planeado durante los meses de invierno.

—Vuestro hermano no puede anular vuestro matrimonio después de producirse el enlace, Jorge. Si desposáis a mi hija, Eduardo no podrá hacer nada por impedirlo, no entonces. Sois su propio hermano y tengo el presentimiento de que entenderá que es lo mejor para vosotros.

Jorge de Clarence se lo quedó mirando de hito en hito, con el viento, a aquella altura, agitándole el cabello sobre la frente y sus ojos como platos.

—¿Me permitiríais desposar a Isabel? ¿En Francia?

—Milord Clarence, estará hecho antes del atardecer de hoy mismo si ponéis en

orden vuestros pensamientos a tiempo. Lo tengo todo dispuesto para vosotros. La cuestión radica en si deseáis verdaderamente este matrimonio y estáis dispuesto a arriesgaros a suscitar la cólera de vuestro hermano.

—¿Casarme con Isabel? ¡Mil veces si es preciso! —exclamó el joven, agarrando a su futuro suegro por el brazo lo bastante fuerte como para hacer que Warwick pusiera gesto de dolor—. ¡Desde luego, milord! Os lo agradezco. ¡Gracias! Sí, iré a Francia y, sí, desposaré a vuestra hija y la protegeré y le entregaré mi honor como su escudo.

El joven contempló los barcos que navegaban por el Támesis, con una mezcla de asombro y aturdimiento. De súbito, su mirada se ensombreció y volvió la vista.

—¿Qué será de vos, señor? Mi hermano me perdonará, de eso no me cabe duda. Y, por descontado, perdonará a mi esposa. ¿Acaso no se casó él mismo por amor? Eduardo enfurecerá y romperá jarrones, pero no me lo tendrá en cuenta, creo yo. Sin embargo, contra vos su ira será... —No concluyó la frase, consciente de que no quería disuadir a Warwick de continuar adelante con sus planes.

—Yo soy su conde de mayor grado y miembro de su consejo —contestó Warwick con afabilidad—. Me nombró su compañero después de Towton y mi familia ha apoyado tanto a Eduardo como a vuestro padre desde el principio. Puede enfurecer, Jorge, y sí, estoy convencido de que así será, pero él y yo somos amigos y las tormentas acaban amainando.

Warwick hablaba con serenidad, aunque ya no confiaba en sus palabras. Fuera por el veneno que Isabel Woodville había inoculado en los oídos de Eduardo o por la sensación de traición y el temperamento infantil del propio monarca, Warwick tenía una idea muy nítida de la ruptura que seguiría. Había pasado muchas noches en vela anticipándola.

Jorge de Clarence había oído todo cuanto quería oír: que la boda podía seguir adelante y que con el paso del tiempo las aguas volverían a su cauce. Abrazó a Warwick, para sorpresa de este, antes de descender por las escaleras con tal celeridad que Warwick pensó que se caería y se rompería la crisma.

Warwick no lograba seguirle el ritmo en su galope por los salones. Llegó a las puertas exteriores del castillo de Baynard justo a tiempo para ver a Clarence subir de un salto al lateral del carruaje sin capota. El duque abrazó a una Isabel Neville sollozante, escandalizando a los cocheros, a los dos guardias que los acompañaban y a los transeúntes que se pasaban por allí. Warwick se sorprendió sonrojándose por el bochorno y carraspeó sonoramente al acercarse, cosa que hizo que la pareja se separara sobresaltada, con expresión de pasión culpable escrita en el rostro.

Richard, el conde Warwick, subió al carruaje, se sentó deliberadamente entre ambos y mantuvo la vista al frente, impassible, mientras el duque y su hija intentaban esquivarlo para mirarse a los ojos.

—¡Adelante, cochero! —gritó Warwick, cubriéndose las rodillas con pieles de animal.

El hombre azotó con el látigo al par de caballos negros, que partieron al trote a través de las fangosas calles. Warwick divisó a varias personas deteniéndose para señalar con el dedo la extraña imagen que ofrecían, pero las noticias no viajaban tan velozmente como ellos. Para cuando todo el mundo entendiera lo que se traían entre manos, el matrimonio estaría consumado y el hermano del rey sería su yerno.

Atravesaron a toda prisa el puente de Londres, del cual se había descendido la cabeza empalada de Jack Cade hacía ya años. Warwick se estremeció al ver allí la hilera de estacas de hierro y recordar días más tétricos y el destino de su propio padre. Un hombre podía llegar demasiado lejos. Dios sabía bien que era absurdo negarlo. Warwick apretó el puño oculto en su regazo. Había sufrido demasiado sin reaccionar. Había tenido más paciencia que un santo, pero se le había agotado. El molde estaba fundido, el plan había dado comienzo. Ni el rey Eduardo ni Isabel Woodville podrían detenerlo, ya no. Alargó la mano y tocó el lateral de madera del carruaje para invocar la buena suerte mientras se internaban en la carretera antigua que conducía hacia la costa austral, a unos cien kilómetros de distancia. Durante el trayecto, el sol seguía ascendiendo sobre la capital.



El tiempo había aguantado, sin lluvia y con un sol apacible, cosa que había permitido al séquito real disfrutar de un cielo casi perfecto para la caza. Y lo que era igual de importante: el halcón del rey Eduardo había hecho que el azor de los Woodville pareciera lento. Sir John Woodville hizo volar el ave de su hermano con bastante destreza, pero no era un hombre con olfato para la caza. El azor chillaba de rabia cuando no podía perseguir a una presa, dando muestras de una emoción tan clara como la que sentían los propios hombres. Por su parte, al halcón del rey parecía complacerle demostrar su superioridad: dibujaba círculos cerrados y descendía en picado justo ante la cara del caballero Woodville, consiguiendo con ello que el azor acabara dando tumbos en el aire revuelto de su estela.

Había presas para ambos, agitadas por los perros entre la maleza, que hacían que las liebres escaparan corriendo o que los urogallos aletearan como locos en el aire, mientras los escuderos gritaban y señalaban con el dedo en su dirección. Los arqueros competían entre sí para derribar aves en pleno vuelo. En un momento dado, incluso lo hicieron para pescar una trucha en un río, con plata apostada por parte de quienes afirmaban que tal cosa era imposible. Entre todos, el grupo conseguía cazar lo suficiente para alimentarse cada noche, mientras que los criados se dedicaban a preparar asadores y hoyos para las hogueras. Quienes erraban el tiro pasaban hambre durante varios días ocasionalmente, hasta que sus amistades se compadecían de ellos. Ayudaba haber traído los caballos cargados solo con frascos y ánforas de vino. Por las noches, la bebida fluía y los hombres se daban empujones y rivalizaban por entretener al joven rey.

Eduardo estaba contento. Habría preferido presas que supusieran un mayor desafío, pero no había rastro de lobos ni ciervos tan cerca de la carretera. Los animales estaban demasiado acostumbrados a los sonidos de los hombres y sabían cuándo echar a correr y no detenerse. Recordó con cariño sus cacerías en las profundidades de los bosques y los terrenos indómitos de Gales, donde los animales no estaban tan acostumbrados al olor humano.

No se habían apresurado en llegar al norte para imponer la justicia regia sobre los tejedores sublevados. Eduardo y sus caballeros habían disfrutado de la hospitalidad y los festines que habían dispuesto para ellos en demasiadas casas solariegas y poblaciones con mercados ambulantes. Había habido días en los que habían tenido una resaca tan espantosa a causa de la bebida que apenas habían recorrido ocho kilómetros. El conde Rivers había padecido un terrible ataque de flojera intestinal durante dos días con sus dos noches, tan lastimero que Eduardo pensó que tendrían que dejarlo atrás o, en su defecto, conseguirle un nuevo caballo.

El joven rey rio al recordar las expresiones mortificadas del viejo. Su suegro cabalgaba un poco por detrás y alzó la mirada con sospecha, pues no encontraba la gracia a aquello que había hecho llorar de la risa a algunos caballeros.

Ante ellos se extendía la ciudad de York y, al ver aquellas murallas y el hilillo del río Ouse, a Eduardo se le pasaron las ganas de sonreír. Había demasiados recuerdos brutales ligados a las piedras de aquel lugar como para llamarlo hogar. Lo peor de todo era la maldita puerta de Micklegate Bar, que abría al sur. Pensó en ordenar derribar aquellas torres y murallas, o en reconstruirlas, a fin de que no lo sobrecogieran cada vez que las contemplaba.

Eduardo cabalgaba mirando al frente cuando vio una línea oscura perfilarse en el horizonte, alrededor de la ciudad. Entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante, escudriñándola con la mirada. No había enviado exploradores ante sí y, por un instante, notó que se le encogía el estómago, antes de que su beligerancia natural se reafirmara. No temería a unos sublevados.

—¡Sir John! —gritó, volviendo la vista atrás—. Adelantaos en la montura e investigad por mí. ¿Quiénes son esos hombres de allí?

El hermano pequeño de su esposa clavó espuelas y su caballo se encorvó y se lanzó al galope, en una elegante exhibición perpetrada por un hombre con un halcón demasiado lento. Eduardo lo observó alejarse y, por primera vez, contempló a los hombres que lo acompañaban como una fuerza armada en lugar de como una inmensa partida de caza. Habiendo conocido, como era su caso, las filas disciplinadas de Towton, lo que vio no lo complació. Los caballeros y hombres de armas que habían acompañado al rey al norte parecían un poco cansados por la experiencia. Los arqueros, en cambio, mantenían el entusiasmo.

—Demos gracias a Dios por ello —murmuró.

Con un silbido, llamó a un capitán para que acudiera a su lado y le transmitió una retahíla de órdenes para otorgar a aquel grupo dispar algo parecido a una estructura.

Sir John Woodville regresó a caballo poco después y observó con interés las filas aprestadas de caballeros, con arqueros en los flancos, que se habían formado alrededor del rey, quien ocupaba la posición central. Pese a todos sus defectos, Eduardo Plantagenet habría sido un magnífico capitán, de eso nunca había habido duda.

Sir John empezó a desmontar y Eduardo alzó la mano, con una irritación visible.

—Permaneced en la montura. ¿Qué habéis podido ver?

Para entonces se apreciaba claramente que la oscura línea alrededor de la ciudad estaba integrada por personas. No se parecían a los alborotadores que Eduardo había visto en el pasado, ni a trabajadores, fueran tejedores o de otro oficio.

—Dos mil hombres, quizá tres mil, su alteza. Un centenar aproximadamente a caballo y ochocientos arqueros. Avanzan hacia aquí, ahora que nos han divisado.

—¿Estandartes? ¿Quién los comanda?

—No he visto ninguno, aunque formaban como soldados. Podrían ser rebeldes Lancaster.

—¿Cuáles? No queda ninguno.

A Eduardo lo asaltó el terrible pensamiento de que el conde Percy, a quien había

restaurado en su señorío, se hubiera alzado contra él. La idea lo asqueó, sobre todo porque sabía cómo lo miraría Warwick cuando llegara a sus oídos.

—Quienquiera que los comande, estamos en una desventaja numérica clamorosa, milord —apuntó el conde Rivers, que se había aproximado en su montura hasta situarse al lado de Eduardo.

El patriarca de los Woodville intercambió una mirada de preocupación con su benjamín, en quien detectó tensión. Ambos veían al joven gigante toqueteando la empuñadura de su espada con la vista clavada en el horizonte. Si había un hombre en Inglaterra capaz de transformar una trampa en una victoria, ese era Eduardo, pero el conde Rivers sabía que sus vidas, que la vida de su hijo, pendían de aquella decisión.

—Tengo entendido que vuestro padre se enfrentó a las fuerzas de los Lancaster, su alteza —musitó el conde Rivers—. Tenéis ejércitos que lucharían por vos.

—Tengo a doscientos arqueros aquí conmigo, en este preciso momento —replicó Eduardo—. Y he visto lo que los arqueros son capaces de hacer. Por lo que sabemos, esos de ahí son falsos arqueros cuyo fin es atemorizarnos y hacernos huir. Hombres con hachas y torzales, milord. Mis doscientos hombres podrían despedazarlos por su insolencia y su argucia.

—Es cierto, su alteza. Pero también podría tratarse de una conspiración para asesinaros y volver a colocar a un Lancaster en el trono de Inglaterra. Vos vencisteis en Towton, milord, pero entonces os acompañaba un ejército. Os lo ruego.

Eduardo miró de reojo al padre de su esposa y de nuevo hacia atrás, a los hombres que había llevado al norte. Eran la mejor partida de caza que había visto nunca, pero no componían un ejército. Parecían asustados al ver cómo las líneas se ensanchaban ante ellos.

—De acuerdo, Rivers. Aunque me parte el corazón, voy a anteponer el sentido común y la precaución a una acción precipitada de devolver a esos malnacidos golpe por golpe. ¡Hacia el sur, caballeros! ¡Conmigo! ¡A vuestro mejor galope! ¡Ahora!

A Eduardo no se le escapaba que estaban a mucha distancia de las fuerzas que precisaba para responder a aquella amenaza, ni tampoco que los cazadores se habían convertido en la presa. Los cuernos sonaron a sus espaldas y el rey sintió un escalofrío.

La primavera había llegado a Francia, donde los campos, de un verde intenso y vívido, se extendían hasta donde el ojo alcanzaba a ver. Los documentos de Warwick eran permisos antiguos para desembarcar en los que se habían borrado las fechas con arena y se habían escrito otras nuevas con tinta. El capitán del puerto que había navegado en un bote de remos hasta ellos y, posteriormente, el capitán de la fortaleza, apenas habían comprobado la vitela y los sellos. Ambos recordaban a Warwick y Clarence de su visita previa y se mostraron visiblemente atribulados en presencia de una bella joven, radiante de felicidad.

Warwick había llevado consigo solo a su cochera y dos guardias, pues había antepuesto la velocidad a una auténtica exhibición de fuerza. El reducido grupo había tomado prestados caballos de un desconcertado capitán del rey, a quien habían prometido devolverlos antes de la mañana siguiente. Los oficiales ingleses sospechaban que ante ellos se estaba desarrollando alguna escena romántica, pero se guardaron mucho de formular sus preguntas de viva voz.

El reducido grupo no cabalgó lejos de Calais, apenas unos cuantos kilómetros rumbo al sur por la carretera que conducía hasta la población de Ardres. Allí, Warwick saludó a un sacerdote rural con el cabello cano y le explicó lo que precisaba en un francés fluido. El sacerdote les sonrió, visiblemente deleitado por su mera presencia en su humilde parroquia, si bien Warwick también le entregó una faltriquera llena de monedas de plata.

Por su parte, Jorge de Clarence no podía más que permanecer en pie, con los ojos como platos y agarrando a Isabel por la mano, sin dar crédito aún a que aquello que habían deseado durante tan largo tiempo estuviera sucediendo allí, en aquel momento. Los hombres de Warwick se habían alisado el cabello y se habían cepillado las chaquetas con agua del pozo. Iban a ejercer de testigos en el enlace y estaban pletóricos de orgullo.

Warwick alzó la mano al escuchar unos caballos aproximarse. Su hija lo miró alarmada, pero él le guiñó el ojo. Nadie los había seguido desde la costa, estaba seguro de ello. Solo una persona podía haber acudido, a solicitud suya.

—Isabel, Jorge. Si hacéis el favor de aguardar un instante... —les dijo, volviendo la vista hacia ellos mientras recorría la larga nave en dirección a las puertas de madera.

Se abrieron antes de que tuviera tiempo de llegar y por ellas entraron dos guardias con armadura y las espadas en alto. Tras ellos entró el rey Luis de Francia, con la cabeza al descubierto y la indumentaria más sencilla que Warwick le había visto lucir nunca.

—Su majestad, me hacéis un inmenso honor —lo saludó Warwick.

Luis sonrió, mirando a su alrededor, al estupefacto cura y a los dos jóvenes amantes que esperaban a ser unidos en matrimonio.

—¡Bueno! Parece que no llego demasiado tarde. Un lugar difícil de encontrar, este pequeño Ardres. Adelante, adelante. Indiqué a lord Warwick que asistiría si podía. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, ¿qué puede ser mejor que una boda en Francia?

El rey aceptó la reverencia de los hombres de Warwick y del clérigo, quien se enjugó la frente y pareció haber olvidado el servicio que había preparado.

Mientras el sol se ponía en el exterior, el párroco leyó los votos en latín y Warwick los tradujo al inglés y al francés para que Isabel y Jorge de Clarence se los pronunciaran mutuamente. En la pequeña y polvorienta iglesia reinaba el silencio, pero había lucido un día cálido y la primavera era época de amor y vida renovada. En el lugar se respiraban aires de felicidad, que incluso percibieron el rey Luis y sus

guardias personales, quienes sonrieron y contemplaron con ojos titilantes a la novia y al novio cuando se dieron media vuelta con las manos fuertemente enlazadas. Warwick prorrumpió en vítores y todos los presentes se hicieron eco de ellos en aquella parroquia vacía donde el reducido grupo se congregó para felicitar a los novios y besarlos en las mejillas.

—Milord Clarence, tengo un regalo de bodas para vos —anunció el rey Luis, con el pecho henchido—. La armadura que os prometí, obra del maestro Auguste de París, quien asegura que nunca ha hecho una pieza más elegante. Está elaborada con acuerdo a vuestras medidas, algo holgada en la zona de hombros y pecho para que nunca necesitéis otra, con la fortaleza que os pueda dar el paso del tiempo.

Jorge de Clarence se sentía abrumado, por Isabel, por la ceremonia y por la presencia del monarca francés en aquel curioso decorado. Rio cuando el sacerdote le entregó un retal de paño tosco para que se enjugara el sudor de la frente y luego los siguió a todos al exterior.

Warwick se situó unos pasos por detrás de la pareja de desposados, al lado del rey Luis, con quien intercambió sonrisas de hombres con más mundo.

—Vuestra hija es exquisita —observó el rey Luis—. Supongo que su madre también será una criatura extraordinaria.

Warwick sonrió.

—No hay otra explicación posible, su majestad. Gracias por acudir. Pese a lo insignificante de la ceremonia, ellos recordarán durante el resto de sus vidas que estuvisteis presente.

—Somos amigos, ¿no es cierto? —respondió el rey Luis—. Vos y yo nos entendemos, a mi parecer. La paz no importa: el hombre siempre luchará y derramará sangre. Mis lores se rebelan e irritan bajo mis leyes. Incluso el honor conoce un final. Pero ¿el amor? Ah, Richard. Sin amor, ¿qué sentido tiene nada?

—No podría haberlo expresado mejor, su majestad —respondió Warwick, con una reverencia—. Me habéis hecho un gran honor con vuestra presencia hoy aquí. No lo olvidaré.

—¡Espero que no, milord! —exclamó Luis sonriendo.

Avanzó rápidamente hacia la puerta, agachándose para esquivar el bajo dintel.

En la calle, Isabel permanecía en pie ruborizada y resplandeciente. Jorge de Clarence se emocionó al ver la espada que había desenvainado, una hoja decorada con figuras finamente labradas. El resto del regalo del rey Luis se encontraba en las alforjas que portaban dos mulas.

—Ya casi ha anochecido. ¿Regresaréis a caballo hasta vuestra fortaleza de Calais, milord? —quiso saber el rey Luis—. ¿Os escabulliréis como ratoncitos?

Los ojos del monarca francés habían centelleado de alegría al ver a Isabel de nuevo, con su larga melena morena hasta la cintura sujetada con una pinza de plata.

Warwick lanzó una mirada rápida al soberano, preguntándose, no por primera vez, en qué medida entendía lo que estaba sucediendo. No era algo que quisiera

formular en voz alta, pero era importante que la joven pareja consumara el matrimonio. Pernoctarían en una posada cerca de la fortaleza de Calais, donde la pareja ocuparía una habitación para ellos solos. Después de aquello, ningún hombre, ni siquiera un rey, podría anular el enlace.

—Aunque está solo a unas millas de distancia, su majestad, ha sido un día muy largo. Probablemente pasaremos la noche cómodamente. ¡Y pensar que esta mañana estaba en Londres! La velocidad a la que se mueve el mundo es extraordinaria.

—Entonces, os daré mi *adieu*, milord. ¡Buen viaje y buena suerte! Volveremos a encontrarnos como amigos, no me cabe la menor duda.

El rey Luis aguardó cortésmente a que el reducido grupo montara y se preparara para partir, y permaneció en el patio de la iglesia hasta que se hubieron desvanecido en la noche, a salvo en el camino de regreso. Aún no sabía si prosperarían o fracasarían, pero había aposentado piedras buenas, sólidas, invisibles, mas presentes. El rey suspiró para sus adentros. Aquella muchacha tan bella estaba tan enamorada que solo tenía ojos para el joven duque que se alzaba a su lado.

—¡Ah, la juventud! —exclamó para sí mismo—. ¡Qué sencilla es entonces la vida!

—¿Su majestad? —preguntó con cautela uno de sus hombres, acostumbrado a los murmullos del rey.

—Nada, Alain. Conducidme adonde pueda cobijarme. Llevadme a un lugar cálido y con buen vino tinto.

Eduardo continuó avanzando, pese a que la luna era apenas una lágrima y costaba ver las piedras en el camino. Escuchaba al ejército marchando tras él, acortando distancias a cada kilómetro y en cada paso tintineante. Seguían sin distinguirse estandartes, pero tampoco habría habido rastro de ellos de haber habido luz suficiente para divisarlos. Eduardo hacía muecas, optando por guardar silencio a especular. Poco importaba quiénes fueran; lo único que importaba era que se habían atrevido a atacar a su comitiva real y que eran tantos que corría un riesgo certero de ser apresado. Sus caballeros eran incapaces de cabalgar ciento cincuenta kilómetros sin detenerse. Era imposible, tanto para los hombres como para los caballos. Habían cabalgado ya todo un día cuando habían avistado por primera vez la ciudad de York, entre cuyas paredes Eduardo tenía intención de descansar. En su lugar, se había visto obligado a dar media vuelta y escapar. Los caballos resoplaban y los hombres estaban exhaustos. Tras ellos acudían filas frescas, a pie y a caballo, que avanzaban tan rápidamente como podían para cerrar la brecha, extendiéndose un kilómetro y medio por la carretera, en un número muy superior al que podía dar crédito. ¡Aquellos no eran tejedores! Aquello era una insurrección armada contra su autoridad real, sus enemigos en campo abierto.

Mientras las estrellas giraban sobre sus cabezas, los hombres de Eduardo lo instaron a seguir cabalgando solo. Si su montura hubiera estado fresca, tal vez lo habría hecho, pero el animal cabeceaba. Sus esperanzas se avinagraron. El ejército que avanzaba tras él no estaba contento de perseguirlo cual rebaño hacia el sur. Cabalgaban tan rápido como podían, acercándose cada vez más a ellos. Eduardo y sus hombres veían las oscuras líneas caminando fatigosamente y empañando el horizonte natural. Había miles de hombres en su estela.

La carretera de Londres se desviaba hacia el sudoeste durante un tramo y condujo a Eduardo y a sus hombres junto a los ondulantes valles donde el rey había luchado la batalla de Towton. Quienes la recordaban se santiguaron y rezaron una oración por los difuntos. Nunca nadie hacía noche allí, no con tantos fantasmas y tanta sangre empapada por el barro.

La idea de ser apresado en tal lugar espoleó a Eduardo a continuar. Pidió a sus hombres que fueran fuertes y aguardaran al amanecer, sin dejar de pensar con furia adónde podía huir y a quién podía recurrir a tiempo para que lo ayudara.

Para cuando el sol proyectó los primeros rayos de luz, Eduardo había aceptado con desánimo la situación. No contaba ni con un cuarto de los hombres que lo acechaban, y sus hombres y caballos estaban agotados, sin energía alguna. Los arqueros, pálidos, avanzaban a trompicones bajo la luz del alba y se detuvieron de inmediato al ver a Eduardo refrenar.

Eduardo encaró su caballo de guerra hacia quienes avanzaban por la carretera. Con órdenes claras, sus caballeros desplegaron a los arqueros formando una amplia línea por si se desencadenaba una batalla. Doscientos arqueros podían infligir un daño terrible, aunque quienes iban a caballo no sobrevivirían a un intercambio de flechas. Al principio, la luz era demasiado tenue para ver allende las hileras de arqueros que se desplegaban en el bando opuesto, en una réplica de su propio movimiento. Eduardo sacudió la cabeza con irritación. Era el rey de Inglaterra y, más allá de la cólera que sentía en su interior, su principal emoción era la curiosidad. No había demasiados enemigos que tuvieran el arrojo de tenderle una trampa como aquella. También sintió una punzada de miedo que le hizo acordarse del destino de su padre. Se desembarazó de él con cierto esfuerzo, decidido a mostrar solo desprecio. Un reducido grupo de hombres con armadura se aproximó en sus monturas, con un heraldo en primer término para invocar la paz. Eduardo se volvió hacia sus hombres y palmeó varias veces el aire con su guantelete de malla.

—No desenvainéis las espadas —les ordenó—. No podéis defenderos frente a esta hueste y no permitiré que desperdiciéis vuestras vidas.

Se vivió una sensación palpable de alivio en su bando, en las líneas de batalla. Sus cuatrocientos hombres se enfrentaban a muchos más entre bostezos de sueño y la debilidad del hambre. No habrían salido bien parados si el joven rey les hubiera ordenado luchar hasta perder la vida.

—Entregaos a mi custodia, Eduardo. Seréis tratado con justicia, por mi honor.

La voz procedía del centro de los hombres con armadura y Eduardo observó a quien le hablaba de cerca. Se le abrieron los ojos ligeramente bajo la tenue luz cuando atinó a distinguir los rasgos de George Neville, el arzobispo de York. Vestido con armadura, en lugar de con sotana, el Neville era tan corpulento como cualquier guerrero.

—¿Es esto acaso un acto de felonía? —preguntó Eduardo, esforzándose aún por entender lo que sucedía.

Junto al arzobispo vio a John Neville, o el marqués de Montagu, a quien él mismo había concedido tal título. La confusión de Eduardo se disipó y asintió para sí mismo con la cabeza. Viendo al rey resignado a su destino, el arzobispo rio entre dientes y se acercó a él en su caballo. Para asombro de Eduardo, el hombre lo apuntó con una espada, sin temblarle el pulso.

—Rendíos, su alteza. Pronunciad vuestra rendición u os entregaré a mi hermano y él os arrebatará la cabeza, tal como vos le arrebatasteis su título.

Eduardo lo miró fijamente durante una eternidad, con expresión viperina.

—De modo que los Neville se han alzado en mi contra —murmuró.

Pese a la anchura de espaldas del arzobispo, no era un auténtico guerrero. Eduardo sintió ganas de apartar aquella espada de un golpe y caer sobre él con toda su furia. Pero sabía que, de hacerlo, sería el final de sus días. Apretó el puño y luego desenvainó su espada y la entregó, sin apartar la mirada de ella mientras la ponían fuera de su alcance. Se sentía más débil sin el arma, mermado.

—¿Warwick también? —inquirió Eduardo de repente—. ¡Ah! ¿Todo esto es por el matrimonio de su hija?

—Nos habéis dado motivos, su alteza —respondió el arzobispo—. Os lo preguntaré por última vez.

—Sí, de acuerdo. Me rindo —espetó Eduardo. Vio la tensión desvanecerse en algunos de los hombres que tenía frente a él y añadió con desdén—: ¡Qué gesto de valentía ocultar vuestros estandartes! ¿O tal vez se debe a que sabéis que yo, entre todos los hombres, no perdono a mis enemigos? Entiendo vuestro temor, muchachos. De estar yo en vuestra piel, también tendría miedo, un miedo cruel.

Observó con menosprecio cómo se desplegaban a su alrededor arqueros, con las flechas tensadas en las cuerdas, listos para disparar a la menor provocación.

—Su alteza —dijo el arzobispo—, debo maniataros. No quiero que sintáis la tentación de salir huyendo. Prefiero no tener que veros herido.

Eduardo resolló con fuerza mientras un caballero desconocido se le acercaba para atarle las muñecas con cordel y sintió una leve satisfacción al ver la expresión de encogimiento en el rostro del hombre cuando sus ojos se toparon. La mirada de Eduardo reflejaba una promesa de castigo divino que no resultaba agradable de contemplar.

—Ya está, su alteza. Os aguarda una larga cabalgada hasta el lugar que os hemos preparado. No temáis por vuestros hombres. Ya no son vuestra preocupación y mi

hermano John se encargará de cribarlos.

Los ojos de Eduardo se encontraron con los de su suegro. El anciano lo miró encogiéndose de hombros, consciente de que no había nada que hacer. Eduardo tensó la mandíbula y permitió que asieran las riendas de su caballo. La carretera conducía hacia el sur. Unos sesenta soldados cabalgaron con él. Vio que sus hombres prácticamente habían sido engullidos, rodeados. Se obligó a volver la mirada y pensar en su propio destino.

—¿Está vuestro hermano Warwick al corriente de esto? ¿Forma él parte de esta conspiración para traicionarme? —preguntó Eduardo de nuevo.

—Él es el cabecilla de la familia, su alteza. Si nos hacéis daño a uno de nosotros, también se lo hacéis a él. Quizá acudirá a veros al castillo de Warwick. ¿No os resulta curioso pensar que mi hermano tiene a dos reyes de Inglaterra en su custodia: a Enrique en la Torre y ahora a vos? —El arzobispo chasqueó la lengua impresionado ante tal idea.

Eduardo sacudió la cabeza.

—Sois un insensato por decirme algo así. ¡A mí! No lo olvidaré, como tampoco olvidaré nada de lo ocurrido. Y solo hay un rey.

Warwick sonrió mientras se llenaba los pulmones con el suave aire matinal. En los muelles de Dover, la primera pesca del día se ponía ya a la venta para los mercaderes, que después cobrarían precios más elevados tierra adentro. Al conde siempre le habían gustado los barcos y la mar; disfrutaba más del azote de la espuma y de las olas de cresta blanca que de una mañana perfecta de primavera. Sin embargo, su carruaje y su cocheró avanzaban con dificultad por los muelles de madera en dirección a él, y su hija y el esposo de esta caminaban agarrados del brazo, susurrándose al oído. Warwick tuvo que silbar para captar su atención y hacerlos regresar a su lado mientras subía al carruaje. Tras pensárselo dos veces, tomó asiento en un extremo, de manera que la pareja de recién casados pudieran sentarse juntos.

Su hija Isabel se sonrojaba y encontraba siempre un modo de rozar a Jorge de Clarence con una mano o una rodilla. Alzó la vista hacia su esposo con adoración y Warwick infirió que el joven obviamente había sido cuidadoso con ella la noche anterior. Mientras el carruaje sin capote echaba a andar con un azote a los caballos, Warwick detectó que su yerno estaba pensativo.

—¿Os encontráis bien, Jorge? —preguntó Warwick.

—Nunca he estado mejor, señor, aunque confieso que no puedo evitar pensar en la reacción de mi hermano cuando conozca la noticia. Lo único que deseo es que acepte lo inevitable y que no volvamos a hablar de ello. Tal y como vos dijisteis, señor, Isabel y yo estamos ahora casados. Y eso no puede cambiarlo nadie. ¿Creéis que Eduardo lo aceptará?

Warwick volvió la cabeza y clavó la vista en la polvorienta carretera, que se

perdía en la distancia.

—Estoy seguro de que lo hará —respondió—. Debemos aceptar lo que no podemos cambiar. No me preocupa, Jorge. No me preocupa en absoluto.



hora marchaos a casa —dijo John Neville—. Mis hombres dispensarán justicia aquí.

Lanzó una mirada asesina a los zarrapastrosos restos de la partida de caza real, retándolos a que se negaran. Una vez que se habían llevado al rey Eduardo de allí, los hombres de armas de los Neville se habían adentrado entre el grupo y habían empleado los mangos de sus hachas para imponer la voluntad de sus señores. Habían confiscado arcos, espadas y cualquier pieza valiosa de metal. También se habían incautado de unas cuantas fruslerías y monederos abultados, una acción acometida a mamporros. Una vez que se vieron rodeados, no tenía sentido resistirse: los caballeros del rey soportaron el tosco trato con una indiferencia estoica. Los arqueros apenas tenían nada de valor, más allá de sus arcos, que se dedicaron a arrojar a una pila, como si no significaran nada. Fue un gesto elegante, traicionado solo por cómo sus ojos miraban los arcos cuando los discordaban y envolvían. Los más valientes de entre la comitiva real profirieron gritos de protesta cuando apartaron a los Woodville. Al conde Rivers y a su hijo los obligaron a desmontar y los maniataron, y luego fueron separados del resto de los caballeros y acompañantes de Eduardo. Ante los gritos y quejas continuados de estos últimos, John Neville se crispó. Con un gesto inequívoco, envió a sus hombres con garrotes a que los acallaran. Pese a su brevedad, la refriega dejó dos muertos y cuatro hombres inconscientes y ensangrentados.

El resto de los cazadores fueron puestos de regreso en la carretera a empujones y puntapiés, mientras arrastraban a sus muertos y heridos con ellos. John Neville los observó alejarse con mirada asesina; pocos osaron volver la vista atrás. Cuando los últimos integrantes de la partida de caza se desvanecieron entre los árboles y los campos, John Neville ordenó que se instalara un campamento, a escasa distancia de la carretera. Envío a algunos de los caballeros que quedaban a la población más cercana con el fin de solicitar si podían utilizar su tribunal y su patíbulo.

—No tenéis autoridad para ello —gritó el conde Rivers. Para entonces, el viejo de pelo cano hablaba completamente en serio, consciente de que había caído en las garras del enemigo—. Nos hemos rendido, señor, con la expectativa de recibir un trato justo. Que no se pierdan más vidas. Solicitad el rescate que deseáis, según lo acostumbrado. No habléis de tribunales y patíbulos para amenazarme. Sois un hombre de honor, ¿no es cierto?

—Soy muchas cosas, milord —respondió John Neville con una sonrisa torcida—. Y he sido muchas más de las que soy ahora. Me apodaban el perro de Eduardo cuando mataba lores sin contemplaciones a su servicio. Somerset fue uno de ellos, un duque a quien coloqué sobre un tocón y cuya cabeza corté. —Asintió con satisfacción, pasándose la lengua por un diente roto mientras el conde Rivers palidecía—. Y también fui el conde de Northumberland durante un tiempo. Pero a

vuestra hija no le gustaba, ¿verdad? Pidió a su esposo que me arrebatara mis tierras y mi hogar.

—Y a cambio habéis roto vuestro juramento de lealtad, una traición por la que arderéis en las llamas hasta la eternidad.

John Neville soltó una carcajada ante aquella amenaza, un ruido sombrío que sonó casi como un sollozo.

—Deberíais haberle dicho eso a mi hermano, milord. Es a él a quien le atormenta la mente. Pero ¿a mí? Yo me confesaré y quedaré limpio como un bebé. Sin embargo, antes clamaré venganza sobre vos. Y mis hombres serán testigos de ello.

El joven Woodville se acercó entonces, caminando con libertad, pese a tener los brazos atados a la espalda.

—No habrá vuelta atrás para vosotros, señor, no si matáis a la familia de la propia reina. ¿Lo entendéis? No habrá redención ni paz, nunca más. Si nos liberáis ahora, podemos transmitir vuestros requerimientos a mi hermana. ¿Es Northumberland lo que deseáis? Puede volver a ser vuestro, con documentos y sellos tales que nunca pueda seros arrebatado de nuevo.

—¡Por Dios santo, muchacho, ¿acaso sois abogado?! —respondió John Neville con los ojos centelleantes—. No sabía que pudierais hacerme una oferta tan tentadora. Confiaría en vuestra palabra, por supuesto, ¡si no fuera porque ya me lo han arrebatado una vez! —Con un gruñido, propinó una patada en las piernas al joven caballero y lo observó caer de bruces—. Ahora soy el «marqués» Montagu, aunque temo que solo me quedan los despojos, es todo lo que tengo. —Alzó la vista a los rostros desconcertados que lo rodeaban—. Traedme un hacha... y a unos cuantos hombres más como testigos. —Mientras el terror se apoderaba de padre e hijo, John Neville clamó al cielo—. ¿Qué mejor tribunal que los verdes pastos de Dios sobre suelo inglés? ¿Hay acaso más justicia en el roble? ¿En los barrotes de hierro? No, muchachos. Quienes estamos aquí somos hombres honrados. No necesito a más juez que Dios por encima de mí y a mi propia conciencia, y declaro inaugurada la sesión en este tribunal.

Sus hombres se congregaron a su alrededor y John Neville obligó al conde Rivers a arrodillarse junto a su hijo, presionándolo con fuerza sobre la tierra húmeda.

—Vosotros dos, Woodville, de bajo linaje, sois acusados de ser malos consejeros del rey de Inglaterra y de construir vuestros nidos entre delicados terciopelos y pieles de animal mientras menospreciabais a una familia de más alta alcurnia y sangre más noble.

A su alrededor, los hombres cerraron más el cerco, mientras observaban la escena de pie, en silencio. John Neville se agachó hacia el conde Rivers.

—Sois cómplice de robar los títulos de un buen hombre y medrar para ocupar su lugar. ¡Tesorero! ¡Conde!

Hizo que aquellos títulos sonaran a acusaciones vertidas con desprecio. De un empujón, John Neville tumbó al viejo sobre su espalda. El hijo gritó de terror cuando

su atormentador se situó ante él. El joven miró a su alrededor, a los rostros endurecidos que lo rodeaban por todos los flancos, albergando aún la esperanza de que todo aquello fuera un deporte cruel.

—Y vos, vos desposasteis a una duquesa anciana solo para arrebatarle el título. En mis tiempos, un caballero era un hombre de honor. Debería daros vergüenza, hijo.

También a él lo tumbó bocabajo de un empujón.

John Neville hizo un gesto y uno de sus hombres avanzó a grandes pasos sin demora, con un podón al hombro. Con esfuerzo, los Woodville volvieron a colocarse de rodillas, sin atreverse a ponerse en pie. Padre e hijo miraron la pesada cuchilla con expresión de terror y desdén a partes iguales.

—Os declaro culpables a ambos de deshonorar vuestros títulos y de prácticas taimadas —sentenció John Neville—. Os condeno a muerte. Supongo que no es adecuado que sea el juez quien os ejecute, de manera que me limitaré a ser testigo de vuestra ejecución. Comunicaré vuestra muerte a vuestras familias, no temáis. Tengo buena mano para redactar cartas a los familiares.

John Neville asintió con la cabeza a la multitud.

—Uno de vos, corred tras el otro muchacho al pueblo. No necesitaremos el tribunal, ya no. Y traed pan recién horneado y un jamón. Se me ha abierto el apetito. —Hizo un gesto hacia el hombre fornido que había dado un paso al frente—. Haced vuestro trabajo, hijo. Que se haga justicia. En cuanto a vosotros dos, que Dios tenga misericordia de vuestras tenebrosas almas Woodville.

Si bien el castillo de Warwick le daba el nombre que utilizaba con más frecuencia, no era uno de los hogares predilectos de Richard Neville. Edificado en plena orilla del río Avon, era un lugar frío y húmedo por las mañanas y una estructura colosal que se extendía alrededor de un patio interior demasiado inabarcable para la escala humana. A diferencia de algunas de sus otras fincas, el inmenso castillo era a todas luces una fortaleza, más construida para la guerra que para aportar comodidad.

El rey Eduardo estaba confinado en una estancia en lo alto de la torre oeste, custodiado por dos hombres en la puerta y otro par a los pies de la escalera. No existía riesgo de que huyera, por más que su enorme corpulencia y su fortaleza lo convertían en una amenaza para cualquier hombre a su alcance. El rey había dado su palabra de que no escaparía, pero no la cumpliría si sus captores no intentaban negociar con él o si exigían el pago de un rescate. Al menos, con respecto a este último aspecto, Warwick sabía que el rey no creería ni una palabra. Warwick no tenía necesidad alguna de solicitar un rescate por el rey.

Dos guardas se alzaban a escasa distancia tras la espalda de Eduardo, concediéndole un gran honor por el modo como vigilaban que no arremetiera contra Warwick. Era difícil relajarse bajo aquellas miradas imperturbables, pero Eduardo parecía hacerlo, recostado en su butaca, con los pies cruzados a la altura de los

tobillos. Warwick buscó algún indicio de incomodidad en su cautiverio, pero no halló ninguno.

—¿No tenéis quejas, entonces? —preguntó—. ¿Os han tratado mis hombres con cortesía?

—Más allá de retener al rey de Inglaterra prisionero, sí —respondió Eduardo con un encogimiento de hombros—. Vuestro orondo hermano, el arzobispo, alardeó de que teníais a dos reyes en celdas. Le aclaré que solo había un rey. Imagino que ya estáis descubriendo que existe cierta diferencia entre hacer reo a Enrique de Lancaster y apresarme a mí.

Eduardo lo observaba con detenimiento y Warwick puso expresión de indiferencia, si bien tuvo que esforzarse mucho por no revelar su frustración. Le irritaba ver a Eduardo recostado una vez más y sonreír como si hubiera detectado algo de lo que tomar nota.

—Los días transcurren lentamente aquí, con solo una Biblia como lectura. ¿Cuánto ha pasado ya? ¿Dos meses? ¿Un poco más? Me he perdido una bella primavera, pues no puedo abandonar esta torre. Es difícil perdonar a un hombre por eso, Warwick, por hacer que me pierda una primavera como esta. ¿Cuánto más transcurrirá antes de que me liberéis, según vuestros cálculos?

—¿Qué os hace pensar que os liberaré? —preguntó Warwick—. Vuestro hermano Jorge es mi yerno. Podría colocarlo a él en el trono en vuestro lugar, si quisiera, y continuar a partir de ahí.

Para su irritación, Eduardo rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—¿Creéis que Jorge confiaría en vos si lo hicierais? Lo conozco mejor que vos, Richard. Es un insensato, desde luego, y partidario vuestro hasta la médula, qué duda cabe, pero no será rey mientras yo viva... y, si muero, no os lo perdonará. Creo que lo sabéis tan bien como yo, motivo por el cual debo soportar largos días aquí confinado mientras vos intentáis solventar el terrible error que habéis cometido.

—No he cometido ningún error —contestó Warwick, malhumorado.

—¿No? Si me matáis, no volveréis a dormir tranquilo por temor a mis hermanos. Antes o después, alguno de sus partidarios ofrecerá a uno de ellos vuestra cabeza. A estas alturas, el país al completo sabe que habéis hecho rehén al rey de Inglaterra. Rumores, Richard, extendidos a lo ancho y largo del país. ¿Creíais acaso que sucedería como con Enrique? ¡Apuesto a que sí! ¿Un pusilánime débil y endeble a quien nadie había visto desde hacía muchos años? A los lores y a los comunes no les importó que Enrique fuera capturado. Fue su esposa quien los espoleó a luchar en su defensa. De lo contrario, se habrían contentado con patear unas cuantas piedras, mirar hacia otro lado y quedarse de brazos cruzados.

La mirada de Eduardo se endureció tanto que Warwick pudo notar la irritación arrojando bajo la superficie. El cabello le había crecido tanto que parecía una densa melena de león. Ciertamente, había algo leonino en él, en su forma de sentarse, insolente y fuerte.

—Yo no soy Enrique —dijo Eduardo—. Supongo que habréis descubierto que retenerme a mí es algo más complicado de lo que esperabais. ¡Puedo verlo en vuestro rostro! ¿Cuántos condados se han sublevado ya, exigiendo vuestra cabeza? ¿Cuántos *sheriffs* han sido asesinados? ¿Cuántos jueces, alguaciles u hombres de ley? ¿Cuántos miembros del Parlamento han sido perseguidos por las calles por turbas enfurecidas? ¡Soy el rey de Inglaterra, Richard! Ahora tengo lazos de sangre y aliados en la mitad de las familias nobles de Inglaterra... y huelo humo en el aire.

Warwick no podía más que mirarlo de hito en hito, mientras el joven resollaba, con la mirada imperturbable, respirando hondo.

—Ahí lo tenéis, Richard —continuó—. Inglaterra arde en llamas. De manera que... ¿cuánto tardaréis en liberarme? Decidme.

A Warwick le irritaba que Eduardo se equivocara solo en la magnitud de sus figuraciones. El joven rey no las había exagerado lo suficiente, esa era la espantosa verdad. La reacción a la captura del rey por parte de Warwick había desencadenado disturbios y descontento en todo el país. Una turba había perseguido a su hermano, el arzobispo, quien había tenido que atrincherarse en el interior de una abadía, pues, de otro modo, habrían acabado con él. Una docena de casas solariegas de los Neville habían quedado reducidas a cenizas y poblaciones enteras se habían amotinado, habían colgado a sus funcionarios jurídicos y lo habían saqueado todo, pero siempre las fincas de los Neville en primer lugar.

La mano que los guiaba se apreciaba en la precisión de los ataques, pero Warwick creía que habían superado incluso las mejores expectativas de Isabel, como un incendio queda fuera de control y salta de un bosque a otro. En los años transcurridos desde su matrimonio, era evidente que Isabel había seducido o adulado a todos los hombres influyentes al servicio del rey Eduardo. Su llamamiento había hallado eco en miles de gargantas y se duplicaba cada día que transcurría, propagándose de señorío en señorío, de población en población, desde los puertos del sur hasta Gales y la frontera con Escocia. Y lo peor de todo era que la captura de su esposo por parte de Warwick encajaba a la perfección con lo que la reina se había dedicado a murmurar en el pasado. Los Neville eran traidores declarados, tal como Isabel Woodville había proclamado. Nadie podía negarlo ahora que habían capturado a Eduardo en la propia carretera real y lo habían apresado.

Margarita de Anjou no había contado en ningún momento ni con una décima parte del apoyo que Isabel había recabado en apenas unos meses, pensó Warwick. Dicho esto, tampoco había sido nunca la esposa de Eduardo. Todo lo que había vaticinado el rey era cierto... y mucho más. Enrique nunca había ganado una batalla, mientras que la mitad de los hombres de armas del país habían visto a Eduardo combatir en Towton, dirigiendo a sus tropas desde el frente. Quienes habían luchado aquel día en defensa de York continuaban con vida. Recordaban la salvaje cabalgada de Eduardo para aplastar el ataque por el flanco. Habían visto al rey acudir en su ayuda a lomos de su montura y, a cambio, estaban dando la cara por él, dando caza y

quemando a lores Neville.

Enrique de Lancaster se había ocultado en prioratos y abadías, mientras que Eduardo salía de caza y recorría los tribunales y los pueblos, disfrutando como el joven que era y comprando dadivosos obsequios para su familia. El pobre Enrique nunca había tenido el buen juicio de encandilar a hombres que habrían estado más que dispuestos a seguirlo. No todo se reducía a la enorme corpulencia de Eduardo ni a su habilidad con la cetrería y la caza. Era un rey tosco, pero, aun así, se asemejaba mucho más a la idea de un soberano de lo que había hecho nunca Enrique.

Warwick contempló la expresión de autosatisfacción del joven y quiso aguijonear su seguridad. Sacudió la cabeza y sonrió, como si estuviera reprobando a un niño, consciente de que ello enfurecería a Eduardo.

—Podría sacar a Enrique de la Torre. Su esposa y su hijo están a salvo, en Francia. Toda una estirpe; mejor dicho: la verdadera estirpe, el auténtico rey restaurado. He escuchado decir que Eduardo de Westminster es un joven estupendo, hecho y derecho ya.

Eduardo se inclinó hacia delante al escuchar tales palabras, con todo rastro de sorna desvanecido.

—Vos... no, no haríais tal cosa. —Volvió a hablar, antes de que Warwick tuviera tiempo de responder—. Oh, estoy seguro de que colocaríais a Enrique en mi trono, si pudierais hacerlo. Pero atended a mi razonamiento, Richard. He tenido mucho tiempo para reflexionar aquí. Habéis tenido la oportunidad de matar a ese pálido santurrón. Y no lo habéis hecho. No me quejo, Richard. Yo también vivo, ¡y estoy agradecido por ello! Sin embargo, la verdad es que vos no sois un asesino sin escrúpulos. Y tendríais que serlo para volver a colocar una corona en la cabeza de Enrique. ¿Lo entendéis? Sospecho que sí o, de lo contrario, ya habríais actuado. Tendríais que vadear entre sangre para hacerlo, acabar con todos los Woodville, incluidas mis propias hijas. Pero no haréis tal cosa. No el hombre al que he conocido y respetado desde que era un niño. No está en vuestra forma de ser.

Warwick lo miró con detenimiento el tiempo suficiente para detectar el rastro de preocupación tras las bravuconerías del joven. Lo entendía, pues él también tenía dos hijas. Los niños eran rehenes de la fortuna, vulnerables a los enemigos. Por el mero hecho de existir, podían debilitar a un hombre fuerte, quien, de lo contrario, habría desdeñado su propia muerte.

—No, es cierto —respondió. Eduardo gruñó con un alivio mal disimulado y volvió a recostarse mientras Warwick proseguía—. Es cierto que no bañaría mis manos en tanta sangre. Sin embargo, tengo un hermano que sí lo haría: John Neville. ¿A cuántos ejecutó él por orden vuestra, en los años posteriores a Towton?

Eduardo agachó la cabeza, mientras se frotaba con una mano la barba. Era consciente de la verdad que encerraban aquellas palabras e intentó no mostrar miedo. Warwick asintió con la cabeza en su dirección, casi con pesar.

—El conde Rivers yace frío bajo tierra. Su hijo John está muerto. Por la ira de mi

hermano, Eduardo. ¿Creísteis que podíais arrebatarle el título sin consecuencias? Incluso un perro leal muerde si le apartáis un hueso demasiadas veces. —Warwick sacudió la cabeza apenado—. ¿Creísteis acaso que yo podía contener todos los cuchillos? Si debo escoger entre un camino u otro, ¡no dejaré a mis enemigos vivos! ¡No, si yo fuera vos, rezaría porque los malditos disturbios estén bajo control antes de que tenga que adoptar una decisión acerca de vuestro destino!

Warwick se puso en pie, enojado consigo mismo por haber permitido que se le escapara aquella información ante el rey, quien permanecía sentado boquiabierto. Hasta entonces todo habían sido conjeturas y suposiciones, pero ahora Eduardo sabía que realmente existía descontento por su captura.

—¡Liberadme, Richard! —gritó, alzando los puños cerrados.

—¡No puedo! —espetó Warwick, y se dispuso a abandonar la estancia.

Eduardo se puso en pie de súbito, pero encontró el camino bloqueado por los dos soldados, que lo fulminaron con la mirada y lo frenaron poniéndole las manos en el pecho. Por un instante, Eduardo se planteó quitárselos de encima de un golpe, pero llevaban porras de hierro para dejarlo inconsciente si lo intentaba... y había más guardias a los pies de la torre.

—¡Soy el rey! —bramó Eduardo, a tal volumen que ambos custodios se estremecieron—. ¡Liberadme!

Warwick lo dejó rugiendo mientras emergía a la luz del sol y montaba en su caballo para regresar a Londres, con el rostro sombrío como el invierno.

El núcleo de la torre de Londres era su parte más antigua, una torre de piedra de Caen más alta que las murallas exteriores, desde la cual se disfrutaba de vistas panorámicas de la ciudad y del Támesis, que discurría a través de esta. Por la noche, Isabel había trepado a través de una diminuta trampilla y había salido a un tejado de azulejos antiguos, nidos de aves y líquenes. El viento azotaba su cabello y sus ropas mientras contemplaba la ciudad a oscuras. La luna confería el más tibio de los reflejos a algunas de las casas y al propio río, pero las otras únicas luces procedían de las antorchas de los sublevados, quienes marchaban durante toda la noche. Ella misma había escuchado su caminar pesado incluso en sus agitados sueños. Rugían clamando sangre Neville y daban caza a hombres Neville, eso era lo más satisfactorio, y también lo más aterrador.

Ya sabía que su marido era un rey amado y contemplado con un temor reverencial. Isabel había vislumbrado que los mercaderes, caballeros y lores nobles de Inglaterra se habían congratulado cuando Eduardo se había proclamado vencedor, había desterrado al rey erudito a una celda y había permitido que su esposa francesa huyera a su hogar, junto a su padre. Sin embargo, entonces no había apreciado plenamente el grado de la lealtad que le debían, la magnitud de la indignación que habían sentido por su captura.

La noticia se había difundido mediante discursos embravecidos en las asambleas en los pueblos, cosa que había desembocado en gritos, derribos de puertas de las instalaciones oficiales, saqueo de los objetos más valiosos y, posteriormente, incendios para ocultar los delitos. A medida que la noticia llegaba a cada nueva aldea o población, se enviaban informadores a la siguiente, y a la siguiente, hasta que se congregaron grandes marchas de diez mil personas portando antorchas y podones. Oradores y capitanes que se habían alzado en Towton tildaron a los Neville de traidores e instaron a darles caza.

Isabel sonrió, aunque era más una expresión de dolor que de satisfacción. El viento la llenaba y la hacía sentir ligera como el gélido aire. El único puente que salvaba el río no estaba demasiado lejos de la Torre. Desde donde ella se encontraba, divisó una línea de antorchas avanzando desde Southwark, hombres alegres y violentos regresando a sus hogares, y, en la distancia, más allá del río, un tenue resplandor se recortaba contra la oscuridad, mientras alguna casa señorial ardía en sus terrenos.

Isabel había convocado a los lores leales y había clamado venganza, con los ojos encendidos por la ira y vacíos de lágrimas. Los Neville habían prendido los fuegos y ahora arderían en una conflagración que los consumiría a todos. Jadeó en el viento, notando su contacto como unas manos frías presionadas sobre la piel.

Desde el principio había intuido que los Neville habían ido abriéndose camino en el país, como gusanos en una manzana. Había encontrado más y más pruebas de ello a medida que buscaba. Su amado y confiado marido había estado ciego a todo. Había sido mero sentido común intentar zafarse de la garra de los Neville antes de que lo arruinaran.

—Yo tenía razón —musitó, reconfortada de que sus palabras se las llevara el viento en cuanto las pronunció—. Lo vi venir, pero eran más fuertes de lo que pensé, y más crueles.

Sus lágrimas se estrellaban contra su cabello a medida que el viento aumentaba y gemía, como si pudiera sentir su mismo dolor desgarrador. Los Neville habían asesinado a su padre y a su hermano. No habría misericordia para ellos. Habían trazado una línea con sangre de su familia y no descansaría hasta que no fueran más que manchas de ceniza.

Había habido quien la había llamado bruja durante los primeros años de su matrimonio, por cómo había seducido a su esposo y a la corte. Pero no era más que la malicia de hombres femeninos y de mujeres masculinas. Sin embargo, en medio de aquel vendaval, deseó que fuera verdad. En aquel momento habría entregado su alma inmortal a cambio del poder de localizar a sus enemigos y machacarles la cabeza contra la piedra. Su padre no merecía el destino que había conocido. Ella lo había llevado a la corte y eso le había costado la vida. Apretó los puños, notando cómo se le clavaban las uñas en las palmas de las manos.

—Que mueran todos —susurró—. Que los Neville sufran como yo he sufrido,

como merecen. Si Dios y los santos no me responden, ¡oh, espíritus de las tinieblas!, escuchad vosotros mis palabras. Hacedlos caer. Devolvedme a mi esposo y que ardan todos hasta consumirse.

Aparecían después del atardecer, avanzando por senderos forestales, campo a través, en fila india. Se presentaban en tabernas para lavarse el polvo acumulado a lo largo de los kilómetros de camino, dándose a conocer a aquellos en quienes confiaban. Cuando caía la noche, se cubrían los rostros con trapos y portaban aceite y faroles oscuros, apagados por el viento.

En ocasiones, los criados salían corriendo y se les permitía escapar. Otros preferían permanecer y alertar a los señores a quienes fielmente habían servido durante años. Entonces no se dejaba a nadie con vida, ni entre las familias ni entre el servicio. El fuego los consumía a todos.

Se hacían llamar «los incendiarios» y su oscura misión se reflejaba en su piel. Tenían siempre el rostro enrojecido y manchado de hollín viejo, y unos ojos inflamados que los hacían temibles incluso a la mirada. Prendían sus antorchas y liberaban a los caballos antes de incendiar los establos. Cuando quienes estaban dentro salían a toda prisa, encontraban un cerco de hombres armados con garrotes y podones y con los rostros cubiertos para no ser identificados. Reducían a palos a cualquier hombre que osara salir y algunos de quienes lo habían intentado habían acabado con la crisma rota, sin remedio. Entonces procedían a incendiar, edificio a edificio, granero a granero, hasta que todo el campo quedaba iluminado por un parpadeo dorado y rojizo y el frío aire se transformaba en una cálida brisa que transportaba el olor a carbón y destrucción. Para cuando los granjeros y alguaciles lugareños acudían en sus caballos, los fuegos eran ya imposibles de controlar. Casas solariegas ancestrales quedaban reducidas a maderas carbonizadas que ardían durante días y noches. Entonces, a unos sesenta o cien kilómetros de distancia, los incendiarios volvían a aparecer de la nada en plena noche, formando su anillo con las antorchas crepitantes.

Se habían producido revueltas con anterioridad, de mayor y menor escala, contra un trato cruel o por un centenar de motivos diversos. Al pueblo inglés siempre le había costado sublevarse, en parte por temor a lo que sentían en su fuero interno. Habían soportado crueldades y pobreza con una indignación tácita, bebiendo en grandes cantidades y canalizando su resentimiento a través de deportes sangrientos o el boxeo. Habían padecido a recaudadores de impuestos que se quedaban con sus monedas, por más que Cristo sabía que ellos eran los más bajos de entre los pecadores. Habían sentido el azote de leyes que los habían dejado meciéndose en la brisa, y quienes los amaban habían salido ahora a prender fuego y a asesinar para vengarlos. A algunos siempre los atrapaban y los ahorcaban, en cada generación, como advertencia a quien pudiera pensar en morder la mano del amo. Era la forma habitual de proceder en el pasado y el entorno rural más profundo era en ciertos aspectos más tétrico que las calles de las ciudades. Algunas poblaciones eran lugares de silencio y pecado, con una rabia que hervía a fuego lento entre el ganado y la paz.

Una vida dura engendraba a mujeres y hombres toscos, capaces de blandir una antorcha o una espada cuando surgía la necesidad de hacerlo. Al fin y al cabo, acuchillaban, asesinaban y se dejaban la piel trabajando solo para sobrevivir.

Pero aquel año era distinto. Los incendiarios llegaron a lugares que desconocían su existencia. Y se volvieron más crueles a medida que transcurrían los meses en que los traidores mantenían cautivo al rey Eduardo. Casas solariegas ardían en llamas con las puertas cerradas a cal y canto con grandes clavos. Se hacía oídos sordos a los gritos. Los propios criados prendían fuego a castillos de piedra, y en ellos morían familias nobles, asesinadas por siervos que les habían sido fieles durante toda la vida... hasta que habían dejado de serlo.

Hubo excepciones, poblaciones anteriores a Cristo que aprovecharon el descontento para saldar viejas rencillas. En cada calle y en cada plaza de pueblo aparecían nuevos cadáveres, algunos de ellos asesinados por rencor o a resultas de una borrachera, mientras los hombres de la ley temblaban en sus hogares, a la espera de escuchar un golpe fuerte llamando a sus puertas. Aun así, la mayor proporción de la destrucción se dirigió contra un único clan, una familia y, en concreto, contra las posesiones de un hombre. Los rebaños de los Neville fueron masacrados. Las minas de carbón del condado de Warwickshire fueron pasto de las llamas. Los barcos de los Neville ardieron en sus atracaderos y las grandes casas de Richard Neville quedaron reducidas a ascuas y amargo carbón, con cuerpos chamuscados hasta los huesos.

Conforme fueron transcurriendo los meses sin noticias de la liberación del rey Eduardo, los ataques y los incendios se volvieron más flagrantes. Los hombres derribaban a puntapiés las puertas de las posadas de Warwickshire e interrogaban a gritos a los lugareños y, cuando las respuestas no les satisfacían, arrojaban en su interior latas de aceite y antorchas prendidas, mientras aguardaban fuera con horcas, para impedir que saliera nadie. Los incendiarios tenían a sus propios cabecillas, tres asesinos que operaban por separado, todos ellos conocidos como Robin de Redesdale. Entre los tres daban voz a los soldados que habían luchado en Towton. Eran la voz del rey cautivo, en cuyo nombre gritaban.

Mientras el verano huía, la cosecha a duras penas se recolectaba, por temor a que los graneros llenos atrajeran a los incendiarios, y también porque los labriegos preferían mantenerse alejados de las fincas de los Neville para evitar ser apaleados de regreso a sus hogares. Los cultivos se pudrían en los campos y rebaños enteros desaparecieron o, peor aún, fueron hallados degollados. Ante la imposibilidad de sofocar los incendios, el humo emanaba de las minas de carbón como una pira funeraria en el aire, visible desde la otra punta del condado, una pira que podía prender hasta el fin de los tiempos, con llamas que penetraban hasta el esqueleto de la tierra para dar rienda suelta a su furia, ocultas.

Fauconberg se hincó dos dedos con fuerza en el estómago y gruñó del dolor. Estaba

sentado en las cocinas del castillo de Middleham, tras haber destituido a todo su personal para evitar que contemplara su humillación. Warwick había ordenado que le llevaran una silla acolchada y suave, pero al anciano conde le costaba encontrar una postura cómoda.

—Cada vez me duele más, Richard —dijo, mientras depositaba una jofaina en la que nadaban volutas de vómito lechoso—. Apenas como ya nada y, cuando lo hago, lo devuelvo todo. No creo que me quede demasiado tiempo.

Warwick se apoyó en una inmensa mesa de madera con unas patas más gruesas que sus propias piernas. Intentó no mostrar su conmoción al ver cuánto peso había perdido su tío. Fauconberg había sido un hombre corpulento, pero ahora se le apreciaban claramente los huesos en los planos oscuros del rostro, y tenía las piernas y los brazos enclenques.

Incluso le clareaba el cabello, que le colgaba en mechones alrededor de los hombros. Algo se lo estaba comiendo por dentro y Warwick concordaba en su predicción, aunque no lo pronunciara en voz alta.

—¿Quién me asesorará cuando vos no estéis? ¿Eh, tío? Venga, viejo, os necesito. La verdad es que últimamente no he demostrado mucha sabiduría o astucia en mis decisiones.

Fauconberg intentó reír, pero sintió una punzada de dolor que le cortó la respiración. Mientras depositaba de nuevo la jofaina con su repugnante contenido, volvió a presionarse en el costado, hallando en sus manos cierto alivio.

—Encontraréis el camino, Richard, por la familia. Dios sabe que hemos combatido espinos en el pasado y nos hemos zafado de ellos. —Incluso afligido por el dolor, Fauconberg alzó la vista hacia su sobrino, preguntándose cómo podía convencerlo—. Sospecho que ya sabéis cuál es la mejor opción, incluso ahora, si vuestro orgullo os permite formularla en voz alta.

—¿Me aconsejaríais que liberara a Eduardo? —preguntó Warwick con aire taciturno—. Si pudiera retroceder en el tiempo y tomar otra decisión, os confieso que lo haría. Entonces no supe anticipar qué sucedería si metía al rey entre barrotes. — Warwick hizo una mueca mientras evocaba aquel recuerdo amargo—. ¿Sabéis algo, tío? Él mismo llegó a decírmelo. Eduardo, cuando lo visité. Me dijo que yo había sido testigo de la captura de Enrique y no había entendido que no era alguien querido, que era un rey débil. Y tenía razón, por mucho que me reconcoma por dentro. Creí que podía moverlos cual piezas en un tablero. No preví que toda la partida podía saltar por los aires si tocaba al rey incorrecto.

Fauconberg no respondió. Sus propios señoríos se encontraban al norte de la ciudad de York e incluso él había sufrido incendios de graneros y el asesinato de un juez local, lejos de las ciudades y de los disturbios. Con cada mes que transcurría llegaban noticias peores y el fuego parecía seguirse propagando. Consideraba que su sobrino solo tenía una alternativa, pero sabía que no viviría para verla hecha realidad. En su estómago crecía alguna asquerosidad rugosa, una suerte de criatura que se

alimentaba de él. Había visto cosas parecidas en matanzas de ganado realizadas en el pasado, cosas que habían sido llevadas ante él a modo de curiosidades. Fuera lo que fuese, le había cuajado la sangre. Sus venas principales se habían oscurecido con los venenos de aquella cosa y sabía que no sobreviviría. Su única esperanza era que Warwick mantuviera la familia a salvo. Costaba no decirle lo que tenía que hacer.

—¿Qué era lo que verdaderamente esperabais, Richard? Yo estuve presente mientras lo planeamos, pero de lo único que hablamos fue de cómo conseguir atraer a Eduardo al norte acompañado de unos pocos hombres o de cómo podíais viajar vos a Francia con su hermano y vuestra hija. Estabais tan ocupado con la emoción de un millar de detalles pequeños que apenas conversamos acerca de lo que sucedería después.

—Deberíamos haberlo hecho más —admitió Warwick—. Pero estaba tan enojado que solo podía pensar en demostrarle a Eduardo lo mal que había tratado a sus hombres más leales. Seguía contemplándolo como el muchacho al que había ayudado a adiestrar en Calais. No como a un rey, tío, no de verdad. De todos los hombres del país, fui el único que no supo ver en qué se había convertido. Fui el único que no supo entenderlo.

Fauconberg se encogió de hombros.

—No fuisteis el único. Vuestros hermanos compartían vuestra opinión, si no recuerdo mal.

—Todos veíamos a aquel muchacho caprichoso y tozudo, pese a que yo luché a su lado en Towton. Veíamos al hombre, no al rey. En cualquier caso, la decisión fue mía. Podría haberles dicho a John y George que aguantaran y se mantuvieran cruzados de brazos.

—¿John? Tiene tanta ira dentro que podría estallar. A estas alturas posiblemente ya lo habrían ahorcado o habría perdido la cabeza por algún acto temerario.

Warwick suspiró, mientras alargaba la mano para agarrar una jarra de vino y servir dos copas.

—¿Podéis retener el vino? —preguntó.

—Si me acercáis la palangana, lo probaré —respondió Fauconberg.

Disimulando su asco, Warwick vació la jofaina con los vómitos en un balde con restos y la frotó con un paño limpio antes de entregársela a su tío junto con una copa de clarete. Con una expresión irónica, Fauconberg alzó la copa a modo de brindis.

—Porque solo presenciemos esto una vez —dijo, antes de beber y secarse los labios con la mano—. Además, creo que la familia de su esposa desempeñó un papel importante en el alzamiento del país. Algunos de nuestros problemas los han traído las monedas de la reina, Richard. Esos malditos «incendiarios». Apuesto a que el monedero de Isabel tintinea tras cada establo y casa en llamas.

—Había pensado en ofrecerle el trono a Clarence. Os lo comento siendo consciente de que os llevaréis mis palabras a la tumba, tío. Sin embargo, para hacerlo, Eduardo tendría que estar muerto, no solo cautivo. Ni siquiera estoy seguro de poder

mantenerlo preso durante mucho más tiempo. Demasiadas personas exigen su liberación y, si escapara... —No acabó la frase, imaginando al gran lobo enfurecido y libre. Warwick se encogió de hombros—. Él es el rey, tío. Eso es lo más extraño. Ahora lo veo y temo por el hecho de haber cometido el error de capturarlo. Lo único que deseo es hallar un modo de volverlo a colocar en el trono que no implique la destrucción inmediata y la proscripción y confiscación de todas las propiedades de los Neville.

—Eso deberíais haberlo pensado antes de que John ejecutara al padre y al hermano de la reina —croó Fauconberg.

Le palpitaba la garganta y, mientras Warwick lo observaba, se llevó la palangana a la boca y vomitó un hilillo de algo rojo y lechoso en ella. Warwick prefirió apartar la mirada a ser testigo de su incomodidad. Aguardó a que cesaran los ruidos y, al volver la vista, vio a su tío pálido y con todo el rostro sudado.

—No es una visión agradable —susurró Fauconberg—. Puesto que estoy a punto de morir, quizá debería ser yo quien pusiera un hacha en el cuello del rey como último acto. Podríais acusarme de estar detrás de esta conspiración y recuperar parte del honor con Clarence.

—¿Y ver vuestro nombre pisoteado en el barro? —dijo Warwick—. No, tío. Él vaticinó que me abstendría de perpetrar asesinatos, y estaba en lo cierto. Su asesinato llevaría a otro asesinato, y luego a una docena. No quiero bañarme en sangre de ese modo. No. Además, tal como están las cosas, no sobreviviríamos a los incendios provocados por la muerte de Eduardo.

—No hay otra alternativa —replicó Fauconberg, con la voz endurecida—. Ni siquiera los hermanos del rey confiarían en el hombre que mató a Eduardo. Si colocáis a Clarence o Gloucester en el trono, estaréis poniendo vuestra propia cabeza en el tocón. No, debéis hacer las paces con el rey. Es la única solución posible.

—Lo he pensado. ¿Acaso creíais que no lo haría? No habéis acudido a verlo, tío. Está loco de la ira. Tres meses en una celda y ya ha roto la puerta a golpes dos veces y ha asesinado a uno de los guardias. Tuve que hacer reparar las puertas mientras él permanecía en pie y se lanzaba contra espadas desenvainadas, retándome a matarlo. Otros días se sienta y come y me explica tranquilamente qué debería estar haciendo en el reino. Está aburrido y enojado, y tiene sed de venganza, ¿y queréis que lo libere? Ojalá pudiera hacerlo.

—Si no fuera por los Woodville asesinados, os recomendaría que lo hicierais, en efecto. Podríais liberarlo. Jamás he visto a Eduardo romper un juramento, ni una sola vez. Tiene un código ético, heredado de su padre o quizá de vos, no lo sé. No dejáis de decir que ya no es el muchacho a quien conocisteis, que es un rey. ¡Confiad en eso! Haced que Eduardo firme una amnistía por todos vuestros crímenes, una protección de la ley y de toda retribución, jurada por su alma inmortal, por las vidas de sus hijas, ¡por lo que queráis pedirle!

—¿Creéis que puedo confiar en su palabra? ¿De verdad? —preguntó Warwick

con la desesperación reflejada en la tensión de su rostro.

—Creo que, aunque el resto del mundo se consumiera en llamas, podríais confiar en su palabra, sí.

—¡El resto del mundo se está consumiendo en llamas! ¿Y qué hay del título de John? —inquirió Warwick.

Fauconberg denegó con la cabeza.

—Yo no llegaría tan lejos, Richard. Fue un obsequio de Eduardo y él se lo arrebató. Si se os ocurre otra solución, soy todo oídos..., a ser posible antes de que el dolor se me agudice mucho más.

—Lo siento, tío —dijo Warwick, desplomado por la derrota—. De acuerdo, Eduardo es el rey. Haré que firme una amnistía y perdones. Ya no es el muchacho enojado a quien conocí, ya no. Tengo que creer en su juramento. No me queda más remedio.

Richard Neville tiró de las riendas al llegar a la imponente casa del guarda del castillo de Warwick. Portaba una lanza sobre su cabeza, con su estandarte de un oso y un báculo bordado en el paño que colgaba de ella. Una ligera llovizna empañaba aún más su ánimo y lo hacía sentir frío y agotado. Estaba a solo tres días de distancia de Londres, pero bien podría haber sido otro país. Hacía un día aciago en la parte central de Inglaterra y el lugar se antojaba tan deprimente y lúgubre como había anticipado.

Al menos los incendiarios no habían propagado sus rumores hasta allí. Conforme los ataques se habían recrudecido en número y salvajismo por todo el país, Warwick había ordenado el cierre hermético de su bastión más vital, imponiendo órdenes de turnos y asedio. Nadie entraba ni salía de allí y no podía haber ningún tipo de contacto con la población lugareña. Warwick había dado órdenes explícitas de mostrar las ballestas a cualquier hombre o mujer que se aproximara a aquellas murallas y de disparar a cualquiera que no se batiera en retirada.

Ello implicaría que los cazadores furtivos del lugar saquearían sus bosques de venados y urogallos, por supuesto, pero era un mal necesario. Con el país al borde de la insurrección y del caos más absolutos, no podía permitir que se difundiera la noticia de que el rey Eduardo estaba allí, hecho rehén.

Los guardias de las pasarelas elevadas bajaron la mirada impávidos aun cuando Warwick les mostró la señal. El tabardo en una lanza era lo bastante explícito y Warwick dejó de ondearlo cuando empezaron a dolerle los brazos, a la espera de que sus ballesteros llamaran a un sargento. Abrir la puerta principal cuando se tenían órdenes de asedio era una decisión seria. Warwick aguardó mientras la lluvia arreciaba y empezaba a empapararlo. Su caballo temblaba; su magnífico cuello y sus flancos se encogían por efecto del frío. Para cuando la primera rendija de luz apareció en el interior, tenía ya los labios amoratados y apenas pudo hacer un asentimiento con la cabeza en dirección a los guardias cuando estos lo reconocieron y se apartaron para franquearle el paso. Las puertas se cerraron y enrejaron tras él. La compuerta de rejas encajó con un estrépito metálico en los orificios. Warwick se sacudió la lluvia del rostro y el cabello mientras conducía a su caballo por la ruta asesina, tirando de una larga rienda. Aquel camino apenas medía unos cuarenta pasos de distancia, pero estaba dominado por salientes y pasarelas que podrían haber estado repletas de arqueros. Al llegar al final, cerró los ojos un instante y olfateó el olor a piedra húmeda y a frío. El castillo quedó aislado de nuevo. Gracias al río que transitaba junto a él, disponían de una provisión infinita de agua limpia y de suficiente carne salada y cereales para hornear pan durante años. El mundo, con todos sus problemas y pesares, se había convertido en un lugar que quedaba fuera de aquellas murallas.

Warwick notó que se relajaba. Entregó su caballo a un mozo y atravesó la puerta interior, que conducía hasta el gran patio. No pudo evitar alzar los ojos hacia el

torreón que albergaba la celda de Eduardo. Oyó al mayordomo del castillo hablarle sin parar de una parte de la finca o de las rentas, pero no se molestó en escucharlo. En su lugar, se limitó a mirar al lugar al cual se dirigía. El mayordomo se quedó en blanco cuando Warwick le dio las gracias, claramente con la atención puesta en otra parte. El hombre se colocó tras él mientras Warwick atravesaba el inmenso patio interior rodeado por ventanas de la magnífica casa, que empezaban a refulgir en dorado a medida que se encendían las lámparas para dar la bienvenida a casa al señor. Mientras caminaba, le dio unas palmaditas al portafolios que llevaba echado a un hombro y notó el peso de los documentos que contenía.

Eduardo no había cambiado demasiado durante el verano que había pasado en cautividad. Warwick había oído decir que dedicaba horas a andar por la habitación, a levantar sillas y su cama y a empujarse arriba y abajo en posiciones extrañas. Le habían denegado tener una espada o un arma de adiestramiento, ni siquiera roma, por temor a lo que pudiera hacer con ella. También le habían negado disponer de una cuchilla, a resultas de lo cual le había crecido una larga barba negra que le daba el aspecto de un ermitaño asilvestrado.

Puesto que todavía estaba en la veintena, al menos la forma física del rey no habría sufrido en exceso, pensó Warwick con una punzada de envidia. Le llegó el olor a sudor de Eduardo en cuanto entró en la habitación, un olor rancio y almizclado no del todo desagradable, como orina en las patas de un perro.

Eduardo vestía la misma camisa que llevaba el día de su captura, si bien Warwick pudo apreciar que la habían limpiado e incluso le habían cosido una costura descosida. El mayordomo y el personal no tenían motivos para maltratarlo y habrían sido unos insensatos si hubieran decidido hacerlo.

Sin mediar palabra, Warwick señaló con un gesto una gran butaca acolchada, creyendo que aquel peliagudo encuentro podía salir algo mejor si no permitía que Eduardo lo mirara por encima del hombro. El rey disfrutaba de ser más alto que otros hombres. Siempre lo había hecho.

Con una media sonrisa, Eduardo se desplomó en la butaca. No estaba relajado. Hasta el último de sus músculos estaba en tensión y parecía listo para saltar a la menor provocación.

—Veamos, ¿a qué habéis venido, precisamente ahora? —quiso saber Eduardo.

Warwick abrió la boca para contestar, pero el rey prosiguió antes de que tuviera tiempo de hacerlo.

—Pueden explicaros que me encuentro bien en una nota, enviada mediante paloma mensajera o un jinete. De manera que intuyo que estáis aquí por uno de dos motivos.

Eduardo se había inclinado hacia delante mientras hablaba y agarraba con las manos los brazos de la butaca. Warwick fue consciente de la amenaza que suponía aquel hombre más joven que él. Se puso en pie y colocó su propio asiento entre ellos, una acción que no tuvo nada de inconsciente. Los ojos de Eduardo evaluaban los

acontecimientos con frialdad, era un hombre al borde de perder la paciencia. Quizá fuera por la pestilencia del sudor, pero Warwick tuvo la sensación de que era a él a quien estaban acosando. Volvió la vista hacia los dos guardias custodios, que observaban al prisionero para detectar el más mínimo indicio de que fuera a lanzarse al ataque. Portaban buenas mazas de hierro, robustas, para aporrear con ellas la cabeza y los hombros de Eduardo. Warwick fingió estirar la espalda y se sentó de nuevo frente al joven gigante que hacía que la butaca se antojara pequeña con relación a su cuerpo.

Eduardo le sonrió de manera exasperante, percibiendo su nerviosismo.

—Entiendo que no habéis venido a matarme, o ya habríais dado la orden a mis custodios. —Su mirada se posó en la cartera que llevaba Warwick, con la piel marrón rayada y brillante por su uso prolongado. Eduardo enarcó las cejas—. ¿Qué lleváis ahí, Richard?

—En todo el tiempo que os he conocido, jamás os he visto incumplir un juramento. ¿Recordáis cuando hablamos de ello? Antes de Westminster, ¿cuando me preguntasteis qué querían de un rey? Yo os contesté que a un hombre que mantuviera su palabra.

—No a vos, entonces —murmuró Eduardo—. Vos habéis quebrantado vuestro juramento hacia mí. Podríais haber condenado vuestra alma, Richard, y ¿a cambio de qué?

—Si pudiera deshacer lo que he hecho, lo haría. Tenéis mi palabra, si es que aún tiene algún valor.

A Eduardo le sorprendió la intensidad con la que le hablaba el hombre al cual tenía delante. Lo miró fijamente y luego asintió con la cabeza.

—Creo que habláis de corazón. Implorad mi perdón, conde Warwick. Quién sabe, tal vez os sea concedido.

—Lo haré —replicó Warwick.

Se sentía como un suplicante, en lugar de como la parte que imponía las condiciones. La presencia del rey tenía algo de imponente, como si hubiera nacido para portar la corona. Warwick lo notó como una marea y tuvo ganas de arrodillarse. El destino de sus hermanos lo mantuvo firme, anclado.

—Solicitaré una amnistía y un perdón por todos los crímenes, pecados y juramentos rotos. Para mí y para mi familia. Confío en vuestra palabra, Eduardo. Os conozco desde que teníais trece años y os batíais con soldados en Calais. No tengo noticia de que jamás hayáis perjurado y aceptaré vuestro sello en los documentos que mis escribas han redactado.

Sin apartar la mirada de Eduardo, Warwick agarró la cartera y buscó a tientas las mitades de plata del gran sello del rey. Eduardo descendió la mirada al oír cómo encajaban con un ruido metálico.

—Un perdón por retenerme prisionero —dijo Eduardo—. Por romper vuestro juramento hacia mí. Para vuestros hermanos George y John Neville, por sus perjurios.

Warwick se sonrojó. La herida podría limpiarse, si le clavaban una hoja caliente hasta la raíz y dejaban que manara todo el veneno.

—Por todo, majestad. Por todos los errores, pecados y equivocaciones pasados. —Warwick respiró hondo por la nariz—. Por todas las muertes de hombres leales. Por la ejecución del conde Rivers y de sir John Woodville. Por el matrimonio de vuestro hermano Jorge, duque de Clarence, con mi hija Isabel. Amnistía por todo, milord. Desharía casi la mitad de esas cosas si pudiera, pero no puedo. En su lugar, debo convertirlo en el precio de vuestra libertad.

Eduardo había entrecerrado los ojos y despedía una sensación de peligro que irradiaba como una ola de calor.

—¿Me obligaréis a perdonar a los hombres que asesinaron al padre de mi esposa?

—Vos sois el rey, Eduardo. Os he indicado qué debe suceder. No me retracto de ninguna palabra. Si pudiera regresar a la mañana de Towton cuando encontramos el puente derribado, antes de que empezara a nevar, lo haría. Y volvería a alzarme de vuestro bando. Pero ahora ruego vuestro perdón, para mí y para mi familia.

—Y si me niego a concedérselo, me dejaréis aquí —observó Eduardo.

Warwick se ruborizó al sentirse escudriñado por el rey.

—Vuestro sello y vuestro nombre deben figurar en los perdones y las amnistías, su alteza. No hay otro modo. Sé que los honraréis, aunque sean el precio de vuestra libertad. Aunque vuestra esposa se enfurezca cuando escuche que habéis concedido el perdón a los hombres que ha odiado desde que llegó a la corte.

—No mentéis a mi esposa —lo cortó Eduardo de súbito, con voz ronca y dura.

Warwick inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Tengo tinta y lacre. Tengo una pluma y vuestro sello. Ruego vuestro perdón.

Warwick le entregó la cartera con el contenido, sintiendo una punzada de vergüenza al ver cómo a Eduardo le temblaba la mano: al joven rey aún le costaba creer que fueran a dejarlo en libertad, en lugar de asesinarlo. Warwick se preparó para mantenerse inmóvil, casi conteniendo el aliento. Vio a Eduardo desenvolver el fajo de hojas de vitela, agarrar el morral y buscar la pluma y la botella metálica que contenía tinta de calamar negra. Sin leerlas, Eduardo garabateó «Eduardo Plantagenet Rex» en cada página y luego lanzó la pluma por encima de su hombro.

—Tenéis mi sello. Finalizad el resto vos mismo. —Se puso en pie al mismo tiempo que Warwick y depositó los documentos en sus brazos—. Aquí está. Ya tenéis lo que queríais. Veamos ahora si sois capaces de redimir una parte de vuestro honor, de vuestra palabra. ¿Me está permitido abandonar este castillo?

Warwick tragó saliva. Lo angustiaba el temor de haber liberado a su propia destrucción en el mundo. Lo atribulaba sobremanera que Eduardo no hubiera leído las páginas que había firmado. El rey había puesto su honor a prueba a la fuerza, localizando por puro instinto su punto crucial. ¿Importaba algo la precisión con la que Warwick hubiera redactado los documentos que debían ser rubricados y sellados?

Lo más importante era la palabra de Eduardo. Warwick solo fue capaz de hacer un gesto a los guardias para que despejaran la puerta. Por primera vez en siete meses, la puerta permaneció abierta.

Eduardo atravesó la estancia en tres grandes zancadas, con tal premura que los guardias se tensaron e intercambiaron miradas. En el umbral, el rey dudó, mientras contemplaba los oscuros escalones descendentes.

—Opino que deberíais bajar conmigo, Richard, ¿no creéis? No quiero que vuestros guardias me atravesen el pecho con una flecha por accidente. Preferiría que me facilitarais un caballo, aunque caminaré si tengo que hacerlo.

—Por supuesto —respondió Warwick, súbitamente tan cansado que le costaba pensar.

Dios sabía bien que había cometido errores en el pasado. Eduardo le había obligado a entender que todo se reducía a una cuestión de confianza. Se dirigió hacia las escaleras y Eduardo se volvió para mirarlo.

—Creo que, después de esto, no volveré a convocaros en la corte, Richard. Aunque esté atado por amnistías y perdones, no puedo decir que seamos amigos, ya no. Y creo que sería más seguro para vos no cruzaros en el camino de mi esposa por un tiempo. ¿Dónde reposa ahora Isabel? Me gustaría volver a verla, y a mis hijas.

Warwick agachó la cabeza, invadido por una sensación de bochorno y de pérdida.

—En la Torre Blanca, juro que por elección propia. No se la ha maltratado. No la he visto ni he tenido noticia de ella desde hace meses.

Eduardo asintió, con el ceño fruncido y echando chispas por los ojos.

Warwick lo acompañó hasta los establos, donde el maestro de las caballerías seleccionó un buen caballo capón de ancas anchas para el rey. Warwick ofreció una capa a Eduardo, pero este la rechazó, impaciente por abandonar el lugar donde había estado confinado.

Bajo el manto de la oscuridad, las enormes puertas volvieron a abrirse y el rey Eduardo salió a la noche al galope sostenido, con la espalda erguida.

El jinete estaba cubierto de polvo del camino, y su barba, áspera a causa de este. La mugre recorría cada arruga de su rostro y ropas, aunque no llevaba capa y tenía los brazos negros hasta el codo, como un herrero. Su mera corpulencia hacía que quienes lo encontraban en el camino lo observaran estupefactos. Una de cada mil personas había visto al rey en persona, cuando Eduardo se había alzado en la escalinata del Salón de Westminster y los había convocado para que marcharan rumbo al norte. Entonces resplandecía, con una capa y vestimentas con marcas de oro. Iba bien afeitado y tenía el cabello más corto, no la despeinada masa de polvo y nudos que aquel jinete se había recogido en una coleta en la nuca con una tira de tela desgarrada de su jubón.

Eduardo cabalgó en el caballo capón a paso lento, la cabeza del caballo cayendo junto con la de su jinete. Las noches eran largas y la luz era pálida mientras, uno a uno, hombres y mujeres salían a las calles a su paso, conjeturando entre susurros,

formulando preguntas en voz alta y atreviéndose a creer lo que veían.

Un joven monje se acercó corriendo junto al exhausto jinete y apoyó una mano en el denso barro acumulado sobre el estribo. Alzó la vista hacia él, jadeante, corriendo, bregando por entreverlo a través de la barba y la suciedad.

—¿Sois el rey? —inquirió.

Eduardo abrió un ojo y lo miró fijamente.

—Lo soy —respondió—. He regresado a casa.

El monje retrocedió al escuchar tales palabras y permaneció en la carretera en pie, inmóvil y boquiabierto, hasta que una muchedumbre lo rodeó.

—¿Qué ha dicho? ¿Es el rey Eduardo?

—¿Quién, si no, podría ser? ¡Ya habéis visto su tamaño!

El monje asintió, mientras una sonrisa de incredulidad asomaba por la comisura de su boca.

—En efecto, es él. El rey Eduardo. Ha dicho que había regresado a casa.

Al oír aquello, prorrumpieron en vítores y alzaron las manos al aire. Unidos, como uno solo, los londinenses empezaron a correr tras el jinete solitario que seguía abriéndose camino hacia la Torre Blanca, sumando a más y más personas en cada calle, comercio y casa que dejaban atrás. Para cuando Eduardo llegó a la casa del guarda de la torre de Londres, un millar de sus súbditos se alzaban a su espalda, y otros más acudían en masa tras estos. Algunos de ellos incluso portaban armas, dispuestos a que los comandaran en la misión que fuera.

Eduardo sabía que había cabalgado con la suficiente premura para aventajar a cualquier mensajero. Había conducido su caballo a un agotamiento penoso. A resultas de ello, no estaba seguro de si los guardias de la caseta tendrían conocimiento de su puesta en libertad. Apretó la mandíbula. Era el rey y su pueblo se alzaba a su espalda. Poco importaba si se lo habían notificado. Haciendo acopio de su seguridad en sí mismo, avanzó a grandes pasos, golpeó con el puño en la madera y aguardó, invadido por la sensación de que unos ojos lo escrutaban.

—¿Quién anda ahí abajo? —gritó una voz.

—El rey Eduardo de Inglaterra, Gales y Francia, lord de Irlanda, conde de March y duque de York. Abrid la puerta.

Eduardo vio destellos de movimiento mientras los hombres se asomaban por encima de la alta muralla. No levantó la vista hacia ellos, sino que se limitó a aguardar impasiblemente. Al otro lado se oyeron pernos y cadenas, y luego el tintineo de una verja de hierro al ser alzada. Eduardo se volvió para contemplar el mar de rostros que aguardaban a su alrededor.

—Me hicieron cautivo, pero ahora soy libre. Ha sido vuestra lealtad lo que me ha liberado. Que eso os aliente.

En cuanto hubo espacio suficiente bajo las púas que ascendían, Eduardo se agachó y las atravesó, alejándose de la multitud, que alargaba la mano para acariciarlo. Avanzó a grandes pasos por el gran patio de piedra interior en dirección a

la Torre Blanca y a su esposa, Isabel.



duardo observaba a sus hijas jugar, la mayor tentaba a la pequeña blandiendo en el aire un trozo de manzana que quedaba fuera de su alcance. Los dos hijos varones del primer matrimonio de Isabel competían por llevar a cuestas a las niñas por la mitad de una docena de estancias en Windsor, entrando y saliendo a la carga por puertas abiertas con ululatos similares a reclamos de caza. Eduardo no sentía un afecto particular por aquellos niños. Había designado a maestros espadachines y tutores para que los instruyeran, por supuesto, con el fin de evitar que lo avergonzaran. Al fin y al cabo, no sentía por ellos más interés del que sentiría por un desconocido.

En cuanto a las tres niñas, Eduardo había descubierto que las adoraba cuando no se encontraban en su presencia, como si la idea de su existencia le proporcionara más alegría que la realidad de sus chillidos y demandas de atención constantes. Cuando más las quería era cuando estaban ausentes.

Isabel miró de soslayo a su esposo, sonriendo, capaz de leer sus pensamientos con la misma facilidad con la que interpretaba los suyos propios. En cuanto Eduardo empezó a fruncir el ceño, espantó a todos los niños de su presencia, ahuyentando así gritos y relinchos, y cerró la puerta para alejar el ruido.

Cuando el alboroto se desvaneció, Eduardo pestañeó aliviado, alzó la vista y lo entendió todo al ver la sonrisa de ella. Isabel era solícita en los cuidados que le prodigaba, si bien no de un modo que lo debilitara, o eso esperaba Eduardo. Sonrió ante aquel pensamiento, pero ella lo miraba con expresión seria. Cuando la observó, Isabel se mordía el labio inferior por la parte central.

—No he querido atosigaros con esto, tal como me solicitasteis —dijo Isabel—, pero ya ha transcurrido un mes.

Él gruñó al oír aquellas palabras, cuyo significado no se le escapaba. Pese a que su esposa afirmaba haber guardado silencio con respecto a aquel tema, Eduardo había percibido en sus ojos una reprobación tácita cada día.

—¡Y os lo agradezco! —exclamó—. Gobernaos en este asunto, Isabel. Se convertirá en una rencilla entre nosotros si no sois capaz de olvidaros de ello. He otorgado mi perdón por todos los crímenes cometidos. Amnistía por todas las felonías. No habrá proscripción ni confiscación, ni ejecuciones, ni castigos ni represalias.

—Entonces —dijo Isabel, con los labios convertidos en una fina línea pálida—, dejaréis que la mala hierba crezca de nuevo. ¡No haréis nada mientras las vides prosperan para estrangular a vuestros propios hijos!

Mientras hablaba, se pasó una mano por el vientre, en un gesto protector. Aún no se apreciaba ninguna hinchazón, pero ella conocía bien los síntomas. Había empezado a vomitar por las mañanas, esta vez con tal violencia que le había provocado algunas venillas rotas en las mejillas. Tenía la esperanza de albergar a un

hijo varón en su seno.

Eduardo sacudió la cabeza, ajeno a los pensamientos de ella y mostrando únicamente un enojo obstinado ante sus presiones.

—He emitido mi veredicto, Isabel. Ya os lo he dicho. Y ahora escuchadme bien. Esto se interpondrá entre nosotros si no dejáis de insistir. No puedo cambiar el pasado. Mi hermano está casado con Isabel Neville y esperan a su primer hijo. ¿Puedo desplantar esa semilla? Vuestro padre y vuestro hermano John están muertos —dijo Eduardo frunciendo los labios—. ¡No puedo devolverles la vida, Isabel! Vuestro hermano Anthony es el conde Rivers ahora. ¿Querriáis que le arrebatara el título? Esa senda solo conduce a la locura. Daos por satisfecha con que haya prohibido la entrada a la corte real a los hombres Neville. No tenéis que verlos, mientras lloráis vuestras pérdidas. ¡El resto..., el resto es cosa del pasado y no continuaré hurgando y hurgando en ello hasta que vuelva a manar sangre!

Fue consciente del volumen que había cobrado su voz a causa del enfado y apartó la mirada, con el rostro enrojecido, avergonzado.

—Creo que habéis pasado demasiado tiempo deprimiándoos y suspirando por los palacios de Londres, Eduardo —dijo su esposa, suavizando el tono y acariciándole el brazo—. Necesitáis salir a cabalgar. Quizá podríais llevar la justicia del rey a aquellos lugares donde el *sheriff* y los alguaciles aún no han sido reemplazados. Muchas poblaciones lo reclaman. Mi hermano Anthony me habló de uno de esos lugares, situado a menos de treinta kilómetros al norte. Se acusa a tres hombres de asesinato; los sorprendieron con cuchillos ensangrentados encima... y con las joyas que robaron de una casa señorial. Han dejado tras ellos a un padre y a una hija muertos. Y, sin embargo, duermen a pierna suelta en sus celdas y se ríen de las milicias locales. Los lugareños no cuentan con funcionarios reales. Hace unos meses se produjeron unos disturbios con derramamiento de sangre y tienen miedo. No se atreven a juzgar a esos canallas sin un juez presente.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —replicó Eduardo—. ¿Queréis que juzgue a todos los ladrones y bandoleros del territorio? ¿Para qué tengo entonces a jueces, *sheriffs* y alguaciles? ¿Es esto una crítica al trato que he dispensado a los Neville, Isabel? Si lo es, estáis siendo demasiado sutil para mí. No comprendo adónde queréis llegar.

Su esposa alzó la vista hacia él, estirándose tanto como podía, con ambas palmas apoyadas en el pecho de Eduardo. Le habló despacio y con una intensidad que a él le resultó escalofriante.

—Quizá necesitáis olvidaros de vuestras divagaciones frívolas, cabalgar con dureza y desgarrar las telarañas que os han convertido en una persona lenta y meditabunda. Volveréis a ver, Eduardo, cuando habléis con los hombres y les impongáis vuestro juicio como su señor feudal. Comprobaréis cómo os miran esos aldeanos, como el rey que sois. Anthony conoce el paradero de ese lugar. Él os conducirá hasta allí.

—No —respondió Eduardo—. No lo entiendo, pero no saldré corriendo solo porque hayáis tramado algo con vuestro hermano. Estoy harto de conspiraciones y rumores, Isabel. Decidme de qué se trata o no me moveré de este lugar, y esos hombres pueden pudrirse en una celda hasta que se designe a nuevos jueces y se los someta a juicio.

Isabel dudó, con los ojos abiertos como platos. Eduardo notó el temblor de sus manos a través de su camisa.

—Los asesinatos se produjeron hace solo dos semanas —explicó—. Esos hombres afirman que Richard Neville es su señor: el conde de Warwick, en traición contra vuestros despachos.

—¡Santo Dios, Beth! ¿Acaso no me habéis oído antes? Los he perdonado.

—Acusan a Warwick... y a Clarence también, ¡Eduardo! Mi hermano Anthony los interrogó, a hierro y fuego. No cabe duda de ello. Hablan de una conspiración ideada por Warwick para asesinaros y colocar a Clarence en el trono. Son crímenes nuevos, Eduardo, crímenes que no cubren la amnistía ni los perdones. ¿No lo entendéis? Mi padre no descansa en paz, su muerte no se ha vengado. ¿Lo entendéis, Eduardo?

El rey contempló a su esposa y detectó las arrugas que el odio y el dolor habían añadido a su rostro, privándolo de sus últimos rastros de rubor juvenil. Hasta entonces, nunca le había parecido demasiado vieja para él.

—Oh, Isabel, ¿qué habéis hecho? —le preguntó con voz queda.

—Nada en absoluto. Esos hombres mentaron a dos de vuestros lores más prominentes como traidores y conspiradores en vuestra contra. Anthony ordenó interrogarlos y, bajo el fuego y el hierro, confesaron. No mienten.

—¿No me explicaréis la verdad, ni siquiera ahora?

Isabel apretó la mandíbula, con fuego en los ojos.

—Son crímenes nuevos, Eduardo —respondió—. No habéis jurado en falso. Vuestra preciada amnistía era por los delitos cometidos con anterioridad. Continúa intacta.

Eduardo apartó la vista, entristecido.

—De acuerdo. Cabalgaré hasta ellos, Isabel. Escucharé sus acusaciones contra Warwick y mi propio hermano. —Tomó una respiración profunda e Isabel retrocedió, alejándose de su enojo—. Pero, más allá de eso, no os prometo nada.

—Eso me basta —dijo ella, súbitamente desesperada por cerrar la brecha que se había abierto entre ellos. Llenó de lágrimas y besos su boca—. Cuando escuchéis lo que tienen que decir, podréis arrestar a los traidores. Y quizá entonces conozcan el fin que merecen.

Eduardo soportó los besos, pese a notar la frialdad entre ambos. Ella no había confiado en él y a Eduardo le costaba recordar cómo la miraba antes de su encarcelamiento. Recordó la época en que dejaba un perro tras de sí y regresaba meses después. El animal parecía el mismo, pero ligeramente distinto, tanto en su

olor como en el tacto de su pelo. Tardaba un tiempo en volver a reconocerlo como el perro de antaño; siempre le parecía un animal distinto. No era el tipo de asunto que podía hablar con Isabel, pero la sensación era muy parecida. La muerte de su padre la había endurecido o le había arrebatado parte de la dulzura que él había dado siempre por supuesta.

La dejó con los ojos refulgiendo por las lágrimas, si bien le costaba determinar si eran lágrimas de alivio o de tristeza. Eduardo descendió a los establos y frunció el ceño al encontrar al hermano de Isabel, Anthony, esperándolo con su caballo de guerra listo para cabalgar. Hacía meses que a Anthony se le había curado la muñeca rota. Como le ocurría con Isabel, Eduardo no había recuperado aún su facilidad de trato con el caballero Woodville, y creía que la causa podía ser la misma. Anthony había enloquecido temporalmente tras el asesinato de su padre. Quizá no fuera ninguna sorpresa que los Woodville se hubieran hecho más duros y se les hubiera agriado el carácter tras la pérdida de sus seres queridos.

Eduardo subió en el escalón de montar y montó, notando cómo recuperaba su antigua fortaleza. Alargó la mano para que le entregaran la espada y se la ciñó a la altura de la cintura, sobre los faldones de la chaqueta. La última vez que había salido a caballo de aquel lugar había sido para encaminarse a su propia captura. Sacudió la cabeza para ahuyentar aquel recuerdo, como si una avispa le hubiera acariciado la piel. No tendría miedo. No se lo permitiría.

—Conducidme hasta ese pueblo —le gritó a Anthony Woodville, mientras este atravesaba el patio y montaba en su propio caballo.

El hermano de Isabel agachó la cabeza y salió a medio galope con Eduardo, bajo el sol, atravesando las puertas que se abrieron para franquearles el paso.

Warwick se hallaba en el patio de armas del castillo de Middleham, sudando mientras practicaba con la espada y disfrutaba del sol y de la idea de comer mermeladas y pasteles de frutas durante todo el otoño, caprichos melosos de manzana, ciruela, claudias, fresas y un sinfín de frutos maduros. No era posible guardarlos todos en conserva, salmuera o vinagre, motivo por el cual los aldeanos lugareños se atiborraban de ellos hasta hartarse y luego almacenaban los restos en bodegas frías y los enviaban a los mercados, donde solicitaban altos precios por ellos. Era, quizá, la época favorita del año de Warwick y volvió a pensar en la corte de Londres que había dejado atrás como si formara parte de sueño febril. A sus cuarenta y tantos, Warwick podía considerar que los años de intrigas y guerras habían quedado ya tras él, para siempre. Eso esperaba. No volvería a vivir otro Towton en su vida, pero aun así tocó el marco de madera de una ventana y se santiguó solo de pensarlo. Hombres mayores que él habían librado batallas. Aún recordaba al primer conde Percy, bien entrada en la sesentena cuando había caído en San Albano.

Warwick se sorprendió tiritando, como si la sombra de una nube hubiera tapado el

sol. Su tío Fauconberg había muerto; lo habían hallado frío en su lecho apenas unos días después de que Warwick hablara por última vez con él. Le había sorprendido lo dura que le había resultado aquella muerte. Warwick había pasado tanto tiempo considerando al hermano de su padre una molestia que no se había percatado del estrecho lazo que se había forjado entre ellos al final de sus días. O quizá fuera solo que la muerte de su padre lo había dejado hueco por dentro.

Vio dos jinetes acercarse por el camino principal, levantando en su estela una nube de polvo que emborronaba el aire tras ellos y atrajo su atención. Los miró con atención y observó con cierta tensión cómo las oscuras figuras se acercaban con premura. Tal velocidad y urgencia nunca habían sido heraldos de buenas noticias. Sintió ganas de regresar al interior y cerrar las puertas. Podría ser el hacha que caía al fin, el golpe en la nuca que tanto había temido y esperado desde que Eduardo había regresado a Londres.

Había transcurrido todo un mes sin que se oyera ni una sola palabra de revueltas, aunque ello no había sido óbice para que Warwick destacara a criados e informadores en todas las casas de la capital para advertirle si el rey salía a la carretera acompañado de una fuerza armada.

Tragó saliva, incómodo. A su espalda escuchó a hombres y mujeres gritar alarmados al divisar a los jinetes. Sus guardias ya estarían reuniendo su material y caballos, aprestándose para protegerlo o para salir a caballo en cuanto diera la orden. Warwick se alzaba solo delante de la casa señorial, con los ojos entrecerrados. Tenía una espada corta y vieja en la cadera, si bien era más una herramienta que un arma, un cuchillo de carnicero atado a una correa de cuero que colgaba de su cinturón. Lo utilizaba en los jardines para machetear la leña vieja, pero empuñarlo lo reconfortó. Por impulso, se desprendió de aquella espada y la apoyó contra un banco que había cerca, donde pudiera agarrarla rápidamente.

Su preocupación dio paso al pánico cuando vio que uno de los jinetes era su hermano George y el otro Richard de Gloucester, por entonces ya mucho más ducho en la monta que el propio arzobispo. El hermano de Warwick rebotaba y se aferraba al caballo como si le fuera la vida en ello, contento de no haber caído.

Warwick notó que el corazón le latía con fuerza cuando George Neville y el hermano del rey se detuvieron y desmontaron en medio de una polvareda de color ocre que se levantó a todo su alrededor. Warwick ahogó la tos en la mano y notó un retortijón en el estómago al ver sus expresiones.

—¿Es el rey? —preguntó.

El obispo George Neville asintió.

—O su esposa. Sea como fuere, han encontrado a hombres dispuestos a acusaros de traición. Creo que nos hemos adelantado a su orden de arresto contra vos, pero no les sacaremos más que unas pocas horas de ventaja. Lo lamento, Richard.

—También han denunciado a Jorge Clarence —espetó Gloucester, con la voz quebrada—. Mi hermano. ¿Podéis comunicárselo?

Warwick miró al joven que había sido su pupilo. Ricardo de Gloucester, que ya no era ningún niño, tenía una expresión adusta y estaba pálido, con la camisa polvorienta.

—¿Cómo puedo confiar en vos, Ricardo —preguntó Warwick con voz queda—, ahora que la mano de vuestro hermano se ha alzado contra mí?

—Ha sido él quien me ha traído la noticia —respondió el obispo—. De no ser por Ricardo, los hombres del rey habrían sido los primeros en llegar.

Warwick se limpió el sudor del rostro mientras adoptaba una decisión rápida. Se había preparado para el desastre, incluso antes de liberar al rey Eduardo de su cautiverio. Había enviado barcos y baúles de monedas a las tierras que poseía en Francia, sin que lo supiera ni un alma a este lado del canal de la Mancha, todo a punto para escapar cuando llegara el momento. No había previsto que la acusación incluyera al esposo de su hija.

Mientras su hermano y Ricardo de Gloucester lo miraban, expectantes, Warwick se obligó a respirar y pensar, inmóvil. El trayecto a caballo hasta la costa era de dos días de duración. Allí llegarían a un buen barco de sesenta pies de eslora que lo esperaba, con una tripulación de cuatro hombres listos para zarpar en cualquier momento. Su hija y su esposo se encontraban en una bonita casa solariega a unos cincuenta kilómetros al sur, esperando a que la reclusión de Isabel concluyera y naciera su primer hijo.

—¿Clarence aún no lo sabe? —preguntó.

Su hermano negó con la cabeza.

—De acuerdo. Iremos a buscarlos a él y a Isabel y los traeremos aquí. Isabel querrá que su madre esté presente, con el bebé tan cerca. No se encuentran demasiado lejos y hay más de un camino. Si el rey ha enviado a un ejército, avanzarán con lentitud. Y si ha enviado a un pequeño destacamento, nos abriremos paso entre ellos luchando. —Alzó una mano para detener al obispo antes de que respondiera—. No, no dejaré ni a mi esposa ni a mi hija a la merced de Isabel Woodville. ¿Habéis enviado un mensaje a John?

—Así es —replicó su hermano—, y no pretendía sugerir que dejéis atrás a Isabel ni a Anne. Enviad a un jinete a avisar a Clarence ahora mismo, a lomos de un caballo fresco. Esta montura me ha destrozado y no puedo cabalgar cincuenta kilómetros más. ¿Un día en la carretera y otro de regreso ahora? Dios, Richard, los hombres de Eduardo estarán ya aquí cuando regresemos.

Warwick maldijo, intentando pensar.

—El camino más rápido sería navegar bordeando la costa hacia el sur y luego cabalgar para ir a recogerlos. Enviaré a un mensajero en un caballo veloz, de todos modos, para advertirles con unas horas de adelanto antes de llegar allí para llevármelos. ¿Qué hay de vos, George? ¿Vos también venís?

Su hermano miró al joven duque de Gloucester y se encogió de hombros.

—No nos han mencionado ni a Richard ni a mí. Mi amnistía sigue vigente. No

creo que a Eduardo yo le preocupe demasiado, aunque me atrevería a decir que su mujer sí debe sentir cierto interés en mí. Es Eva en este jardín inglés, Richard. Debéis andaros con cuidado con ella.

—He tenido a lobas intentando morderme el pescuezo toda mi vida —replicó Warwick—. Buena suerte entonces, George. Os agradecería que cuidarais de madre. Está casi ciega y no sé cuánto entiende todavía. Apreciaré vuestra amabilidad, estoy convencido de ello.

Los dos hermanos se miraron fijamente, conscientes de que una vez que se movieran podrían no verse durante años, si es que volvían a verse alguna vez. George abrió los brazos y se abrazaron con fuerza. Warwick dio un respingo al notar la barba de su hermano en la mejilla.

Ricardo, el duque de Gloucester, permanecía en pie nerviosamente, con las mejillas como la grana. Warwick alargó la mano y lo agarró del brazo.

—Os agradezco que hayáis venido a advertirme. No lo olvidaré.

—Sé que sois un buen hombre —respondió Gloucester, con la mirada clavada en los pies.

Warwick lanzó un suspiro sonoro.

—No lo suficientemente bueno, creo. —Sonrió al obispo por última vez—. Vuestras oraciones serán más que bienvenidas, hermano.

George Neville dibujó la señal de la cruz en el aire y Warwick agachó la cabeza y salió corriendo hacia la casa solariega.

Pese a la infinidad de horas que había invertido planificando la catástrofe de que Eduardo les diera caza, el resultado no fue tan como la seda como Warwick había imaginado. La tripulación de su barco se había ausentado misteriosamente de la embarcación y tuvieron que sacarlos de una taberna local, ebrios y avergonzados. Al parecer, tantas semanas de preparación sin deberes reales había puesto a prueba su disciplina.

Una vez que se hallaron en la mar, Warwick se sosegó un poco. Nadie sabía dónde estaba y lo único que necesitaba era llegar a su barco, el *Trinity*, que se hallaba amarrado en el atracadero de Southampton, para contar con una tripulación, soldados, provisiones y monedas. No le resultó difícil recoger a su hija y a su esposo y pasar dos días en el mar, con un clima que acompañaba.

Isabel y Clarence los aguardaban en los muelles cuando la embarcación echó el ancla. Warwick se quedó boquiabierto al ver lo colosal que estaba Isabel cuando la ayudaron a subir desde un bote de remos por unos de los flancos del barco. Su esposa hizo un hueco a su hija en la banca al aire libre, aunque no había sombra ni protección de la espuma del mar. Isabel agarró las manos de su madre y miró a su alrededor con unos ojos sombríos y amoratados, claramente aterrorizada por el hecho de embarcarse en aquel bote. Presa del pánico, su esposo había llevado consigo dos

grandes bolsas y ni a un solo sirviente. El joven duque de Clarence extendió mantas alrededor de su esposa y de su suegra, hasta conseguir que Isabel estuviera tan cómoda como fuera posible, con el término del embarazo tan próximo.

Los cuatro tripulantes aún se sentían avergonzados por no haber estado al pie del timón. Aparejaron las velas, que se hincharon con el viento en un abrir y cerrar de ojos. La pequeña embarcación dejó atrás la orilla de nuevo y fue bordeando la costa. Estaban en la mar, seguros, con las gaviotas graznando sobre sus cabezas e Isabel refugiada de la brisa y la espuma, con el rostro pálido. Warwick intentó relajarse, pero se sorprendió con la vista clavada en el frente mientras la tripulación hacía turnos para dormir. El sol se ocultó tras las montañas a la derecha y contempló la luna alzarse y las estrellas girar durante un largo rato. Lo había planeado todo y, sin embargo, según se desarrollaban los acontecimientos, no osaba permitirse sentir la desesperanza y la ira que comportaba. Tanto si la culpa era suya como del rey Eduardo, de los Woodville o del rencor de su hermano John, significaba una ruptura. Significaba un fin. Sucediera lo que sucediese, había perdido más de lo que se atrevía a pensar.

No había permanecido quieto desde que le había llegado la primera noticia. Pero en aquel barco no había ningún sitio adonde ir ni nada que hacer, salvo esperar a que el sol saliera de nuevo. Escuchó a alguien asomándose por la popa y vomitando sin remedio. Bajo el manto de la oscuridad, sin que nadie lo viera, Warwick cerró los ojos y notó cómo se le anegaban de lágrimas.

Por la mañana, la pequeña embarcación bordeó el extremo oriental de Inglaterra y, con los vientos del oeste en contra y resiguiendo la costa, puso rumbo hacia el sur, en dirección a Southampton, al que tal vez fuera el mejor puerto del mundo para grandes barcos. El trajín en el canal de la Mancha empezaba en cuanto había luz suficiente para ver, con cocas mercantes que atravesaban el continente, procedentes de lugares tan remotos como las costas africanas. Para poder entrar a los puertos profundos, tenían que negociarse escollos terribles que requerían los servicios de un capitán experto. Pequeños veleros acudían junto a cada coca mercante, listos para guiarlas hasta los mercados de Inglaterra.

Warwick notó cómo se le levantaba el ánimo al contemplar los grupos de velas blancas, triángulos y cuadrados tensados en mil embarcaciones distintas. Su propio velero, de pequeñas dimensiones, seguramente pasaría desapercibido entre tantos barcos y esperaba que la tripulación se desviara una vez pasada la isla de Wight.

El más experimentado de sus hombres regresó trepando junto a Warwick, moviéndose con facilidad pese al vaivén del barco mientras el viento refrescaba. El marinero tenía acento de Cornualles: pertenecía a una raza que sabía moverse mejor por el mar que por la tierra. Alzó la voz para hacerse oír, inclinándose hacia Warwick y señalando a una masa de agua entre la isla y la península.

—Conozco esos barcos anclados allí, señor. El negro es el *Vanguard* y el otro es el *Norfolk*.

A Warwick se le cayó el alma a los pies. Había oído aquellos nombres con anterioridad.

—¿Estáis seguro? —preguntó.

El marinero asintió con la cabeza.

—Lo estoy, señor. Antes de esta excursión, estuve en el *Trinity*, en Southampton, durante seis meses. Conozco a todos los barcos de esta costa, y esos dos los comanda Anthony Woodville, el almirante del rey.

—¿Podemos pasar junto a ellos y dejarlos atrás? Este velero navega más rápido.

—¿Veis esos botes en el agua, milord? Tienen todo el Solent bloqueado en ese punto. Tengo el presentimiento de que saben que queremos entrar. No nos han detectado entre tantas embarcaciones, no todavía. Pero creo que tienen a hombres apostados en los astilleros, observadores, milord.

Warwick tragó saliva, con la boca seca. No hacía falta demasiada imaginación para saber que Anthony Woodville removería cielo y tierra para capturarlos. Con un mayor entendimiento de la situación, Warwick vio entonces cómo los barcos más pequeños navegaban a remo o vela a lo ancho de la desembocadura del Solent. Nada a flote podría pasar a través del puerto de Southampton sin que le dieran el alto, para luego ser abordado.

Mientras permanecía allí, con una mano en el mástil y la vista proyectada en el

gran azul, Isabel emitió un grito sonoro. Warwick se dio media vuelta, pero su esposa se le adelantó, llevó un vaso de agua a los labios de su hija y apoyó una mano en su abultada barriga, bajo la ropa. Mientras Warwick contempló la escena consternado y vio a su esposa hacer un aspaviento con la mano, como si algo la hubiera mordido.

—¿Qué ha pasado? ¿Una patada del niño? —inquirió Warwick.

Su esposa Anne se había puesto cenicienta y sacudió la cabeza.

—No, un calambre —dijo.

Isabel gruñó y abrió los ojos.

—¿Es el niño? ¿Ya viene? —preguntó lastimeramente.

Warwick se obligó a soltar una risotada.

—¡Claro que no! A veces se producen punzadas mucho antes del nacimiento. Recuerdo que a tu madre le pasó exactamente lo mismo. ¿Verdad, Anne? Durante semanas antes del nacimiento.

—Sssssí, sí, desde luego —respondió la madre de Isabel.

Presionó su palma contra la frente de Isabel y se volvió para mirar a Warwick, sin que su hija pudiera verla, con los ojos como platos por la alarma.

Warwick alejó al tripulante tanto como pudo, justo hasta el bauprés, desde donde se veían las aguas espumosas pasando a toda velocidad.

—Necesito llegar a un puerto seguro —murmuró Warwick con los dientes apretados.

—Aquí no, señor. Los hombres del almirante nos darán caza en cuanto sepan quiénes somos.

Warwick volvió la vista, mirando por encima de su hombro. El cielo estaba despejado, pero la costa de Francia se hallaba aún demasiado lejos para avistarse.

—Sopla un viento fresco. ¿Podrías llegar a Calais?

Como si pretendiera espolearlos, Isabel gritó de nuevo, con la voz transformada en un chillido similar al de las gaviotas que sobrevolaban por encima de sus cabezas. Pareció ayudar al marinero a decidirse.

—Si el viento de poniente se mantiene, os llevaré hasta allí, milord. Doce horas, nada más.

—¡Doce! —exclamó Warwick, lo bastante alto como para que su esposa y Clarence alzarán la vista hacia él con gesto interrogante. Bajó la voz, acercándose mucho al marinero—. Para entonces el niño podría haber nacido ya.

El marinero sacudió la cabeza con pesar.

—A nuestra mejor velocidad, seríamos el barco más rápido sobre la mar, pero no puedo navegar a toda vela con ella en ese estado. Doce horas será una travesía agradable, milord, y eso si sopla un viento constante. Si puedo mejorarlo, lo haré.

—¿Regresamos a tierra, Richard? —preguntó la esposa de Warwick, gritando—. Isabel necesita un lugar cálido y seguro.

—¡No lo hay, no en Inglaterra, no ahora, no con la mano del rey alzada contra nosotros! —espetó Warwick, superado por las exigencias que lo atosigaban—.

Navegaremos rumbo a Calais.

La tripulación presionó con fuerza el timón de espadilla y las velas se agitaron cuando la proa se balanceó, hasta que volvieron a hincharse de nuevo, en dirección al nuevo rumbo.

Warwick cubrió un turno al timón, sintiendo que la vida en la embarcación se tensaba bajo su mano. Los gritos de Isabel se habían vuelto más lastimeros a cada hora que pasaba y el esfuerzo de las contracciones la estaba extenuando. Ya no quedaba duda de qué los aguardaba. El bebé estaba en camino y la costa verde de Francia se avecinaba en el frente. La tripulación había permanecido ocupada todo el día, tensando jarcias y ajustando las velas gemelas la más mínima fracción para ganar un poco más de velocidad. Lanzaban miradas nerviosas a la mujer de rostro enrojecido al pasar junto a ella, pues nunca habían visto nada parecido.

Ante él, Warwick vio la oscura masa que conocía tan bien como sus propios señoríos. De hecho, Calais había sido su hogar durante años en el pasado, cuando el rey Eduardo no era más que un niño. Contempló aquella fortaleza y la ciudad con algo parecido a la nostalgia. El día se había mantenido despejado y el canal de la Mancha se había estrechado cuando se habían desviado hacia el norte por la costa de Southampton, de tal modo que había podido contemplar los acantilados blancos de Dover a un lado y Francia y la libertad al otro. Cada momento que transcurría lo acercaba más a la seguridad y, sin embargo, lo alejaba de todo cuanto amaba y valoraba.

Lo sacó de sus ensoñaciones su hija, con un grito más agudo que los anteriores, y más prolongado. Los marineros se esforzaron por no mirarla de hito en hito, pero ciertamente no había ningún lugar privado en aquel velero abierto. Isabel estaba sentada en los tablones, con las piernas abiertas, jadeando y agarrada con una mano a su madre, a un lado, y a su esposo al otro. Estaba aterrorizada.

—Ya no tardará mucho —dijo Warwick—. Acercaos tanto como os atreváis y echad el ancla. Alzad mi estandarte en el mástil, para que no nos retrasen.

—Esta embarcación no tiene una quilla profunda, milord —respondió el de Cornualles—. Podría conducirla hasta los muelles.

Warwick miró hacia las aguas infestadas, desesperado. Tras ellas, se erguía la fortaleza, con sus murallas de piedra. Conocía el número exacto y el peso de las bolas de cañón que podían disparar. La fortaleza no podía asediarse desde tierra, porque podía aprovisionarse por mar. Y tampoco podía atacarse por mar, porque contaba con aquel gran cañón. Calais era la posesión inglesa mejor fortificada del mundo y cualquier embarcación que osara menospreciar sus defensas sería hecha astillas. Aun así, sopesó si podrían camuflar su acercamiento tras otros navíos y luego avanzar como una flecha hasta los muelles antes de que nadie adivinara su intención.

—¿Veis esas volutas de humo? —preguntó con amargura—. Disparan hierro que

calientan al rojo vivo en braseros, listo para ser lanzado con pinzas y arrojado por el cañón hasta un tope húmedo. Pueden llegar a un kilómetro y medio mar adentro y prenden en llamas aquello en lo que impactan. Debemos esperar al capitán del puerto.

Mientras hablaba, unos de los tripulantes izó sus colores. El viento arreciaba y el estandarte ondeaba mientras las crestas de las olas se teñían de espuma. El velero se mecía y se hundía, desdeñando la pequeña ancla y tirando violentamente de todos. Warwick se agarró a una cuerda firme como una barra de hierro y se mantuvo en pie junto al barandal, agitando un brazo adelante y atrás en dirección a la orilla para transmitir la urgencia del momento. Tras él, Isabel lloraba y gritaba, mordiéndose el labio hasta hacerse sangre, con las mejillas moteadas por venitas rotas bajo la piel.

—¡El niño está en camino, Richard! —gritó su esposa—. ¿No podemos desembarcar? Que Dios todopoderoso y María nos asistan. ¿No podéis llevarnos hasta puerto?

—¡Ya vienen! ¡Aguanta, Isabel! El capitán puede hacer señas a los cañones de la fortaleza y el viento sigue soplando en la dirección correcta. Solicitaré un médico para que os asista...

Se volvió para dar nuevas órdenes a la tripulación, pero ya estaban listos para cortar la cuerda del ancla y descender las velas una vez más. Sería un trabajo arduo, pero estaban preparados para responder a su señal.

El velero dio un gran bandazo y el viento aulló, arreciando a cada momento que pasaba y bañándolos a todos en espuma. Nubarrones oscuros se desplazaban rápidamente por encima de sus cabezas e Isabel gritó. Warwick bajó la vista hacia las piernas desnudas de su hija, completamente abiertas. Atisbó un destello de la coronilla del bebé y tragó saliva. Su esposa había abandonado toda pretensión de intimidad y se arrodilló sobre los tablones, temblando por la espuma del mar que la empapaba, pero decidida y lista para agarrar a aquella vida diminuta en sus manos.

Warwick vio el bote del capitán del puerto abriéndose camino lentamente hacia él. Imaginó que les llegaban los gritos de Isabel, aunque no parecían tener ninguna prisa. Sin duda alguna, el ruido viajaba por el agua. A oídos de Warwick, los alaridos de Isabel sonaban tan desgarradores que creyó que toda la guarnición sabría a aquellas alturas que había un bebé a punto de nacer.

Cuando el bote del capitán del puerto estuvo a una distancia donde pudiera alcanzar la voz, Warwick gritó tan fuerte como pudo. Señaló hacia el oso y el báculo en la punta del mástil y luego, ahuecando las manos alrededor de la boca, pidió un médico para asistir un parto. Una vez que lo hubo hecho, se desplomó, entre jadeos y viendo motitas blancas parpadearle delante de los ojos a causa del esfuerzo. El viento soplaba en rachas, embravecido; hacía temblar las jarcias y hacía que el velero anclado diera bandazos, con tal virulencia que el horizonte parecía sumergirse y alzarse de nuevo de manera espeluznante.

Warwick se mostró confuso cuando el esquife del capitán del puerto continuó avanzando, sin ninguna bandera alzada para los oteadores de la fortaleza. Volvió a

gritar, señalando y haciendo gestos con la mano, mientras el pequeño bote avanzaba con un pedazo de vela, con el agua salada rompiendo en láminas sobre su proa. Warwick vio a un hombre en pie, igual que él, agarrado a una cuerda y balanceándose peligrosamente mientras le hacía gestos. El viento había arreciado aún más y Warwick no entendía lo que decía. En lugar de esperar, volvió a solicitar un médico, repitiendo una y otra vez que era Warwick y que había un niño a punto de nacer. En medio de su ira, oyó un gemido agudo, un tartamudeo y un chillido. El viento amainó un instante, por suerte, y volvió a rachear. Volvió la vista atrás y vio a uno de los marineros de pie, avergonzado, sosteniendo un cuchillo con mango de asta para que la madre de Isabel cortara el cordón y lanzara la placenta al mar.

Warwick permaneció en pie, balanceándose, con la boca abierta y la mente en blanco. Había sangre en cubierta, sangre que se extendía con la espuma que los martilleaba y se infiltraba por las grietas de la madera vieja y corría por los tablones. Habían vuelto a tapar con mantas a Isabel. Observó a Anne empujar a la diminuta criatura bajo la camisa de Isabel, no para que la amamantara, sino simplemente para que notara su calor corporal y para protegerla del viento penetrante y del aire húmedo.

—¡Es una niña, Richard! —le gritó su esposa—. ¡Una hija!

Fue un momento mágico y, cuando volvió a mirar hacia el puerto, divisó el esquife del capitán peligrosamente cerca. Solo había cuatro hombres a bordo y reconoció al tipo que había dado la bienvenida a Clarence e Isabel en la ocasión anterior, cuando habían acudido a desposarse. El hombre había sido todo sonrisas y risas amables entonces. Bajo el frío, su mirada era dura.

Aun así, Warwick le gritó, ahora que estaban lo bastante cerca como para hacerse oír por encima del viento.

—Ha nacido una criatura, señor. Necesitaré un médico que asista a mi hija. Y una posada con un buen fuego y vino caliente con especias.

—Lo lamento, milord. Tengo órdenes del nuevo capitán de Calais, sir Anthony Woodville. No podéis desembarcar, milord. De ser por mí, os lo permitiría, pero las órdenes portaban el sello del rey Eduardo. No puedo contravenirlas.

—¿Dónde queréis que desembarque? —preguntó Warwick, desesperado. Fuera donde fuese, el hermano de la reina parecía haberse adelantado. Warwick estaba lo bastante cerca como para ver al hombre de Calais encogerse de hombros ante el dolor que transmitía su voz. Se llenó los pulmones y volvió a aullar por encima de las olas y la espuma—. ¡Escuchadme! ¡Hay un bebé a bordo, nacido hace menos de diez minutos! ¡Mi nieta! No, ¡la sobrina del rey Eduardo! Nacida en el mar. ¡Al cuerno vuestras órdenes, señor! Vamos a puerto. ¡Cortad esa maldita ancla!

Sus marineros rebanaron la cuerda y el velero se giró de inmediato, pasando de ser un resto flotante que oscilaba sobre la cuerda de un ancla a convertirse en una criatura viva en el mismo momento en el que zarpó. Warwick vio al capitán del puerto braceando, haciéndole gestos para que no lo hiciera, pero asintió en dirección

a sus hombres e izaron lo suficiente las velas para ponerlas en rumbo. El movimiento del velero se serenó mientras partía las aguas.

De la oscura masa de la fortaleza en la orilla llegó un doble crujido, como de un cuervo agachado sobre un cadáver. Warwick no atinaba a ver la trayectoria de las bolas candentes, pero sí vio dónde caían. Ambas impactaron en el mar a su alrededor, sin duda apuntadas adonde habían estado anclados, convertidos en una diana perfecta. Sabía que los operarios de los cañones practicaban con armatostes viejos anclados. Él mismo había supervisado aquellas operaciones.

La segunda bola impactó lo bastante cerca como para que Anne chillara y Clarence aferrara contra sí a su pálida esposa, presa del terror. La bola erró el tiro, pero escucharon el furioso burbujeo del metal candente en contacto con las frías aguas. A su alrededor ascendió un potente olor a hierro caliente, que se elevaba de las profundidades.

—¡Richard! —gritó su esposa—. ¡Sacadnos de aquí, por favor! No nos dejarán desembarcar. No podemos abrirnos camino hasta el muelle. ¡Por favor!

Warwick miró fijamente hacia delante, consciente de que los siguientes tiros podían despedazar el velero y matar a todo el mundo a bordo. Seguía sin creer que hubieran disparado contra él, con su estandarte ondeando en el mástil. Sus hombres esperaban su palabra, con los ojos como platos. Alzó la mano y actuaron; el velero dio media vuelta y las velas quedaron flojas. Aquel viraje seguramente los salvó. Justo entonces el cañón sonó de nuevo, con un rumor que pareció agrietar los mares. Las bolas rojo candente no les daban alcance; sus volutas de vapor se elevaban en el aire. La tripulación de Warwick volvió a izar las velas y el velero se estabilizó una vez más.

—¿Qué rumbo, milord? —gritó el marinero de Cornualles.

Warwick recorrió el bote en toda su eslora, volviendo la vista atrás mientras la fortaleza empezaba a mermar a sus espaldas.

—Parece que ya no queda lealtad en Inglaterra —dijo con amargura—. Bordead la costa hasta Honfleur y luego encauzaos por el río hasta París. Creo que tengo uno o dos amigos allí que podrían ayudarnos en este momento de necesidad.

Se sobresaltó cuando Isabel emitió un lamento, un sonido de pena tal que le recordó más al gemido de un animal herido que a nada que hubiera escuchado antes. Warwick se dirigió hasta ella y vio que se había abierto la blusa para contemplar al diminuto bebé que tenía dentro. No se movía y tenía la piel arrugada ligeramente azulada. Isabel había notado cómo se quedaba fría contra su cuerpo e intentaba introducir su pecho en una boca quieta. Echó la cabeza hacia atrás y aulló de pena hasta que Jorge de Clarence la acercó a su hombro y abrazó tanto a la madre como a su hija muerta, jadeante, derramando lágrimas.

EPÍLOGO

Warwick podía oler la ciudad de París mientras esperaba en el pasillo. A diferencia del palacio de Westminster, construido a orillas del río de Londres para poderse beneficiar de las suaves brisas, el Louvre se alzaba en pleno corazón de la capital francesa. A resultas de ello, prácticamente no podía utilizarse durante los meses estivales, cuando miasmas venenosos se elevaban de las calles hacinadas y toda la corte francesa hacía el equipaje y se trasladaba al campo. Aún reinaba cierto caos en los centenares de estancias por las que había pasado, mientras los criados sacaban lustre, barrían y abrían las ventanas para dejar entrar la luz y el aire inundaba de nuevo los claustros cerrados.

Se sentó en un banco en una pequeña alcoba y apoyó la cabeza contra una estatua mucho más antigua que Jesucristo, obra de algún griego con una barba muy rizada. Su hija se había encerrado en sí misma y apenas hablaba, ni siquiera con su esposo Clarence. Ambos habían llorado sin consuelo el día que habían dado sepultura a su diminuta criatura en un campo francés, una sobrina de un rey inglés. Habían marcado el lugar donde se encontraba la tumba y Warwick había jurado llevar de regreso el ataúd a Inglaterra en cuanto fueran libres para hacerlo, para darle un sepelio y una misa como eran debidos. Era todo cuanto había podido ofrecerles.

Se abrió una puerta que interrumpió sus pensamientos y lo hizo sentarse enderezado, antes de ponerse en pie al ver al rey Luis entrar por ella, buscándolo. Warwick se arrodilló mientras el monarca francés se limpiaba las manos con un trapo. El rey tenía los dedos oscuros a causa de la tinta y se los miró con aire dubitativo al agarrar a Warwick del brazo.

—Richard, he sabido de vuestras tragedias. He dejado mi trabajo con las nuevas prensas, esas máquinas de imprimir que reemplazan a una docena de monjes con solo tres hombres y un cachivache. Lo lamento enormemente, tanto por vos y vuestro yerno como por vuestra hija. ¿Dio nombre a la niña?

—Anne —respondió Warwick en un susurro.

—Es algo terrible. Yo mismo lo he experimentado de demasiadas maneras, con excesiva frecuencia como para resultar tolerable. ¡Niños muertos que ni siquiera pueden ir al cielo por no estar bautizados! Es una crueldad insoportable. ¡Y vuestro rey Eduardo! ¡Permitir que se pronuncien tales acusaciones contra su conde y su propio hermano! Es increíble. Os ofrezco mi hospitalidad y toda mi compasión, por supuesto, cualquier cosa que necesitéis.

—Gracias, su majestad. Significa mucho para mí. Tengo dinero y algunas pequeñas propiedades...

—¡Olvidaos de eso! Firmaré mil libros para vos por vuestros gastos. Vos y vuestros acompañantes sois mis invitados, considerados amigos en esta casa. En este palacio hay plantas enteras sin utilizar, milord. Hay lugares peores para llorar por las pérdidas que París, creo yo. La decisión es vuestra, por supuesto. Es una mera oferta,

mi consejo.

A Warwick le conmovió verdaderamente el gesto e hizo una nueva reverencia para mostrar su gratitud por un trato tan generoso. El rey agachó a su vez la cabeza, con aire solemne.

—Espero que os instaléis en este lugar, Richard. No estaréis solo. —El rey hizo una pausa, llevándose un dedo a los labios—. Debería decíroslo, quizá. Eráis un caballero antes, cuando fui tan grosero como para aprovecharme de vuestros buenos modales. Estuvo mal por mi parte forzaros a hallaros en presencia de una persona que podía haceros sentir incómodo.

—¿La reina Margarita, su majestad? —preguntó Warwick, encontrando cierta dificultad para seguir el hilo a sus palabras.

—Por supuesto, Margarita, con ese bandolero al que llama Derry Brewer, quien afirma no hablar francés, pero escucha con suma atención cuanto se dice en su presencia.

—No os entiendo, su majestad —dijo Warwick.

El rey Luis le habló sin tapujos.

—Milady Margarita de Anjou vuelve a ser mi invitada, Richard. No me gustaría que os sintierais incomodado, por más que ella habló bien de vos tras vuestro encuentro aquí. Su hijo también la acompaña. Quizá podáis explicarle una o dos historias acerca de su padre. —El rey miró a los ojos a Warwick, como si fuera capaz de asomarse al alma que había tras ellos—. Si no es posible, lo entiendo. Habéis sufrido más que ningún hombre. Traicionado por vuestro propio rey y viendo morir a vuestra nieta en la mar, ante vuestros ojos. ¿Habría vivido la pequeña si no os hubieran obligado a huir? Por supuesto, por supuesto. Es demasiado cruel pensarlo. —El rey Luis se enjugó los ojos, aunque Warwick no había detectado rastro de lágrimas en ellos—. ¿Queréis saber algo, Richard? Existen ciertas personas que nunca aceptaron verdaderamente a Eduardo de York como rey. Un rey debe liderar, desde luego, pero no solo en el campo de batalla, ¿entendéis? Es su misión alentar a sus lores a crear una marea creciente que eleve todos los barcos, no solo los suyos. Quizá debería organizar otro almuerzo para que expliquéis a Margarita y a su hijo todo lo acontecido. ¿Os parecería bien, milord? A mí me complacería. El rey Enrique sigue con vida en la Torre, ¿no es cierto? ¿Sigue bien?

—Sigue igual —respondió Warwick.

Sintió una punzada de ira por la manipulación, pero la ahuyentó con un encogimiento de hombros. Lo habían desterrado de Inglaterra, lo habían dejado pudrirse como a Margarita de Anjou antes de él. ¿Había algún camino de retorno?

—Me complace saberlo —respondió el rey Luis—. Su esposa me ha explicado que es un hombre sin voluntad, pobrecillo. ¡Qué tragedia! Pero debéis conocer a su hijo. ¡Parece un tártaro! Si accedéis a volver a ver al muchacho, apuesto a que os sorprenderá lo mucho que ha crecido en cuestión de pocos años. Tiene un porte más regio, si entendéis lo que quiero decir. Sin embargo, solo será así si dais vuestro

consentimiento, Richard.

Warwick inclinó la cabeza por tercera vez. Margarita era la responsable de la ejecución de su padre. Había fabulado con su muerte un millar de veces, aunque menos en los últimos años, en los que la antigua reina se había alejado de sus pensamientos. Asintió con la cabeza, notando que las ascuas se habían enfriado y que por fin podía dejar de lado la ira de antaño. Ahora había descubierto otra nueva.

Se había sentido desesperanzado al enterrar el cuerpo de su nieta. Las palabras del rey francés llevaron una luz a esa oscuridad profunda e interna, insuflándole nuevas esperanzas.

—Por supuesto que me reuniré con la reina Margarita y su hijo —dijo Warwick—. Sería un gran honor.

Luis lo observaba con atención y, fuera lo que fuese lo que vio, hizo refulgir sus ojos.

—¿Quién puede soportar una vida sin desafíos, sin peligros, Richard? ¡Yo no! Y presiento que a vos os sucede lo mismo. ¿Por qué no vivir mientras somos jóvenes? Como aves de rapiña, sin lamentos y sin demasiados temores hacia lo que el futuro nos pueda deparar. Oídme bien si os digo que prefiero luchar y caer a sentarme y soñar. ¿No os ocurre lo mismo a vos?

Warwick sonrió, notando cómo la negritud de su depresión empezaba a aclararse, afectado por la sensación de deleite en el mundo de aquel hombre.

—Así es, su majestad —respondió.

NOTA HISTÓRICA

Gens Boreae, gens perfidiae, gens prompta rapinae.
«Gente del norte, gente traicionera, gente dispuesta a rapiñar».

El abad de Whethamstede, recurriendo a un latinismo para describir el ejército de Margarita.

Tras la batalla en el castillo de Sandal, en diciembre de 1460, hoy conocida como la batalla de Wakefield, se empalaron cuatro cabezas en las murallas de la ciudad de York. La del duque de York era una de ellas, tocada con una corona de papel para ilustrar su vacua ambición. La segunda correspondía al conde de Salisbury, padre de Warwick. La tercera cabeza pertenecía al hijo de York, Edmundo, conde de Rutland, de solo diecisiete años de edad. Finalmente, en una simetría espantosa, la cuarta cabeza pertenecía al hijo de Salisbury, sir Thomas Neville. Sir Thomas también tenía dieciséis años, pero, en pro del argumento, decidí no incluir a otro joven Neville en la misma batalla. El peligro de esta época siempre recae en que hay demasiados primos, hijas, hijos y tíos para permitir que la trama avance por una línea clara. Algunos de ellos, que no desempeñan un papel relevante, deben descartarse. Sin embargo, conviene tener presente cuántos de los lores que lucharon en Towton tenían motivos muy personales para buscar venganza.

Los dos títulos principales de Salisbury pasaron a sus hijos: Salisbury a Warwick y Montagu a John Neville. John Neville fue declarado conde de Northumberland durante un tiempo, pero posteriormente Eduardo IV lo obligó a reintegrar dicho título al heredero de Percy. El título de Montagu se aumentó a la categoría de marqués para compensar a John Neville, aunque sospecho que nada podía compensarlo realmente. El rango de marqués, a medio camino entre un conde y un duque, es una creación poco habitual y poco conocida en Inglaterra, con excepciones notables y famosas, como el marqués de Queensberry, que codificó el boxeo, y el actual marqués de Bath, propietario de la casa solariega de Longleat, Cheddar Gorge y en torno a cuatro mil hectáreas.

John Neville fue, en efecto, cautivado por las tropas de la reina Margarita durante un tiempo, pero seguía preso en York hasta que Eduardo entró en la ciudad tras Towton, de manera que no luchó en dicha batalla.

Con respecto al extraordinario acontecimiento de 1461, cuando Londres denegó la entrada a la reina, el rey y el príncipe de Gales, la clave parece hallarse en el temor a los norteños. Ciertamente, el ejército de Margarita había robado, masacrado e incendiado el país a sus anchas mientras avanzaban hacia el sur, puesto que, sin paga, no había cadenas. A la sazón, los norteños hablaban un dialecto abstruso que debía de resultar casi indistinguible a oídos de los londinenses. (El abad Whethamstede dijo de él que sonaba a ladridos de perros). Y los londinenses debieron de temer incluso más a los escoceses que formaban parte del ejército de Margarita, auténticos «salvajes» procedentes de lo que por entonces era un país inimaginablemente lejano y desconocido. Hoy en día resulta difícil asimilar la idea de un invasor extranjero, pero contar con escoceses entre sus tropas no hizo ningún favor a Margarita ante la opinión pública.

Sir Henry Lovelace desempeñó un papel destacado en el período previo a la segunda batalla de San Albano. Warwick creó las defensas más floridas, todas encaradas al norte, pero el ejército de la reina se desplazó hacia el oeste, hasta Dunstable, desde donde atacó al ejército de Warwick por el cuadrado izquierdo posterior y se abrió camino hacia las tropas centrales. Y aunque, una vez más, Derry Brewer es un personaje ficticio, sin duda debió de existir alguien como él que recabara este tipo de información útil. Es posible que a Lovelace le prometieran un condado por filtrar los detalles. Lo cierto es que formaba parte del séquito más cercano a Warwick. Cambió su nombre por el de sir Arthur Lovelace porque ya había un Henry en el conde de Percy, otro en Henry Beaufort, duque de Somerset, y, por descontado, el propio rey Enrique. Con todos los Richard y Ricardos y unos cuantos Eduardos, en ocasiones da la sensación de que la nobleza de la Inglaterra medieval escogía sus nombres de entre media docena de papeles introducidos en un sombrero.

Tras la segunda batalla de San Albano, en 1461, aquella derrota desastrosa, el bando yorkista había perdido su control sobre el rey Enrique y, con él, gran parte de su autoridad y de su proyección ante la población. Necesitaban otro rey y Eduardo Plantagenet tenía el talante adecuado para reclamar la corona. Como suele ocurrir con las decisiones militares osadas históricas, su proclamación marcó un punto de inflexión para las fortunas de York. Conllevó una gestión ligeramente más esmerada que la que he descrito, a cargo del obispo George Neville, quien se convirtió en un actor vital por el apoyo recibido por parte de la Iglesia. Fue el obispo Neville quien proclamó el derecho de Eduardo a gobernar en Londres, el 1 de marzo. Capitanes emocionados recorrieron la ciudad portando la noticia de que Eduardo de York iba a ser proclamado rey. Un gran consejo ligeramente más formal se reunió en el castillo de Baynard, a orillas del Támesis, el 3 de marzo. El proceso en su conjunto se

organizó con una celeridad pasmosa y debe su éxito a la mera audacia..., así como al rechazo manifestado por Londres hacia la casa de Lancaster. La ciudad se había posicionado al negar la entrada al rey Enrique. No le quedaba más remedio que respaldar a York.

El 4 de marzo de 1461, Eduardo pronunció su juramento de coronación en el Salón de Westminster. A partir de ese momento, el flujo de partidarios y una financiación vital fueron constantes. Los banqueros londinenses le prestaron 4048 libras esterlinas, sumadas a 4666 libras y un marco anteriores. También se efectuaron préstamos personales, tanto procedentes de personas privadas como de casas religiosas de la ciudad. Había que pagar, alimentar y equipar a los soldados. El 6 de marzo, Eduardo envió proclamas a los *sheriffs* de treinta y tres condados ingleses, así como a grandes ciudades como Bristol y Coventry. Lores y plebeyos acudieron a luchar en nombre de Eduardo Plantagenet mientras cifras aún superiores de soldados y veintiocho lores se unían al rey Enrique y a la casa de Lancaster en el norte. Ello explica mejor que nada por qué Eduardo se autoproclamó rey. A partir de ese día, asumió el poder y la autoridad de la Corona sobre los señores feudales y sus partidarios.

La celeridad con la que se congregaron ejércitos tan inmensos es impresionante, incluso lo sería hoy. Juzgada por el estándar medieval, mucho más lento, fue una colosal y frenética estampida hacia la batalla. El ejército de Eduardo debió de tardar unos ocho o nueve días en recorrer los casi trescientos kilómetros que lo separaban de Towton. La primera escaramuza tuvo lugar los días 27 y 28 de marzo, en Ferrybridge, y en ella participaron Eduardo, Fauconberg y Warwick. Se saldó con la muerte de Clifford, quien, mientras intentaba alcanzar a la fuerza principal en busca de seguridad, fue derribado y murió atravesado por una flecha en el cuello.

El 29 de marzo de 1461, el Domingo de Palma, en medio de una asoladora tormenta de nieve, ambos bandos se enfrentaron en la batalla de Towton. Lo que siguió es, sin duda, la batalla más sangrienta acaecida nunca sobre suelo inglés. Las cifras históricas sitúan el número de víctimas mortales en hasta veintiocho mil soldados, tal como informó George Neville, obispo y canciller, en una carta redactada nueve días después de la contienda. Dicha cifra es en torno a ocho mil veces superior a la del primer día de la batalla del Somme, en 1916. Cabe destacar, asimismo, que, durante la Primera Guerra Mundial, existían armas modernas, como ametralladoras pesadas. En Towton, todos los hombres que fallecieron lo hicieron alcanzados por una flecha, una espada, una maza, un podón o un hacha. El cauce del río discurrió en color rojo durante los tres días posteriores.

Los informes acerca de la cifra de soldados que batallaron varían sobremanera, desde los cálculos más probables, que los sitúan en unos sesenta mil, hasta varios centenares de miles. El número de muertos fue en torno a un uno por ciento de una población de solo tres millones de personas. Así pues, en cuanto a impacto en la

sociedad, sería equivalente a una batalla con entre seiscientos y setecientos mil muertos en la actualidad. En toda la extraordinaria complejidad de la historia inglesa y, posteriormente, británica, Towton es un episodio sobresaliente.

El nombre de Towton procede de la población cercana homónima. La antigua carretera que conducía a Londres atravesaba dicha población y era más conocida que Saxton, si bien la batalla se libró entre ambas, en un lugar hoy conocido como «la Pradera Sangrienta». Recomiendo visitarlo. Es un lugar inhóspito. Las escarpadas faldas del monte Cock Beck resultan desalentadoras por sí solas. Bajo la nieve, para los hombres con armadura de Lancaster que intentaban batirse en retirada, debieron de suponer un obstáculo insalvable. Towton se ha convertido en el nombre establecido para aquella terrible matanza, si bien en el pasado se la conoció como la batalla del Campo de York, de Sherburn-ib-Elmet (una población al sur), de Cockbridge y del Campo del Domingo de Palma.

Nota sobre las armas: podones, hachas de petos y espadas. El término «sable» no se empleaba en el siglo xv. Apareció mucho más tarde para diferenciar las espadas medievales de las que se utilizaban en los siglos xviii y xix para batirse en duelo. Al ser todas las armas de fabricación artesanal y, en muchos casos, exclusiva, por tratarse de una pieza clave del equipamiento de los caballeros, prácticamente existían tantos nombres descriptivos como espadas.

Un arma medieval de uso común era el bracamarte, una espada de un solo filo muy parecida a un machete actual, con hoja ancha y encorvada cerca de la punta. Los obreros no adiestrados reclutados mediante conscripciones y comisiones de movilización se defendían mejor con armas buenas y sólidas de este tipo.

El podón y el hacha de petos son similares en muchos aspectos, si bien la cuchilla principal de un podón solía contar con una única punta para perforar la armadura, mientras que el hacha de petos constaba de una hoja de hacha con forma de media luna y, por lo general, con un martillo por el lado opuesto. Ambas solían estar dotadas de picas al estilo de las bayonetas y son similares en el sentido de que estaban formadas por piezas de acero afilado de entre uno y dos kilos y medio sujetadas a un mango parecido al de un hacha o de una longitud superior, como el de las picas. Bien equilibradas, podían resultar devastadoras en manos de labriegos y plebeyos no adiestrados, hombres que, sin embargo, estaban perfectamente acostumbrados a usar herramientas de corte. En Inglaterra, el podón era más frecuente que el hacha de petos, si bien ambos llegaron a manos de los ejércitos de Towton. Algunos de los cráneos aplastados y rotos hallados en fosas de enterramiento de la zona solo pudieron ocasionarlos múltiples golpes rabiosos, entre seis y diez de ellos propinados con un hacha de petos, por ejemplo, a un cadáver ya frío. El grado de salvajismo es comparable al de un apuñalamiento enloquecido. Claramente, una vez que da comienzo, un asesinato violento es difícil de detener.

Espero haber descrito los principales acontecimientos de Towton con precisión. El contacto de lord Fauconberg con las líneas de Lancaster es un ejemplo de cómo un buen comandante debe reaccionar a factores como un clima y un terreno cambiantes. Bajo las órdenes de Fauconberg, los arqueros dispararon miles de flechas y retrocedieron inmediatamente para quedar fuera del alcance del enemigo. En medio de la densa nieve, con una visibilidad prácticamente nula, las líneas de Lancaster respondieron a ciegas, desperdiciando saetas vitales. Los soldados de Fauconberg las recogieron alegremente y las devolvieron por aire. Las líneas lancasterianas sufrieron unas pérdidas atroces solamente en aquella acción; sin duda, se contaron por miles. Se las aguijoneó para atacar y ambos ejércitos colisionaron.

Fauconberg utilizó tanto el viento como la pésima visibilidad para aniquilar posiciones del enemigo, incluso antes de que las tropas principales se enzarzaran en combate. Su nombre es prácticamente desconocido, en comparación con el de su sobrino Warwick, pero no es exagerado afirmar que Fauconberg probablemente fuera el mejor estratega. Sobrevivió poco a la batalla de Towton, pero he preferido prolongarle la vida ligeramente para que llegara a la segunda parte, tanto para que sirviera de consejero a Warwick como porque es un personaje que me despierta simpatía.

Como suele ocurrir con frecuencia en los puntos de inflexión de la historia, la suerte y el tiempo desempeñaron un papel fundamental. En el caso de Towton, la fortuna sonrió a Eduardo de York. El hecho de que el ala derecha de Norfolk se perdiera y rezagara resultó ser un factor clave para desmoronar los ánimos del ejército de Lancaster. Norfolk nunca afirmó haber planificado la acción, de manera que debemos asumir que fue tal como parecía: un completo desastre que acabó en una llegada tardía tan decisiva como la aparición de Blücher en Waterloo. La aparición de unos ocho o nueve mil soldados frescos en un flanco debió de resultar desmoralizante para quienes creían que estaban aguantando bien. En medio de la nieve y la oscuridad, quebró a las fuerzas de Lancaster, y los soldados que salieron en desbandada, o bien fallecieron ahogados, o fueron masacrados mientras intentaban escapar, aplastados y golpeados.

La ficción histórica suele comportar una lucha entre el deseo de narrar la historia principal y el de revelar historias paralelas extraordinarias, al menos en mi experiencia. Suele ocurrirme que descubro alguna escena que, sencillamente, no puedo encajar en la trama. Una novela no debe resultar farragosa. La segunda parte de esta empieza en 1464, motivo por el cual omito el intento de Margarita de retomar

el reinado en 1462, acontecimiento que daría material para escribir todo un libro. A cambio de prestamos en Calais, Margarita cerró un trato con el rey francés para que le prestara cuarenta y tres barcos y ochocientos soldados que acudieran en apoyo de las tropas leales que aún quedaban en Inglaterra. Recogió al rey Enrique en Escocia, protagonizó un desembarco armado y retomó castillos como el de Alnwick en Northumberland. Actuando con rapidez, Margarita regresó con su flota al mar, donde naufragó a causa de una tempestad repentina. El barco de Margarita consiguió llegar renqueando hasta Berwick, desde donde la reina volvió a huir a Francia. Su padre, René de Anjou, le permitió alojarse en una pequeña heredad en el ducado de Bar, donde la reina convivió con unos doscientos partidarios en medio de la pobreza: un patético recordatorio de la corte de Lancaster. Margarita nunca perdió las esperanzas, pese a que un contratiempo de tal calibre habría desmoralizado a cualquiera.

Tras ser traicionado, Enrique fue capturado finalmente en 1465 y trasladado a la torre de Londres por el propio Warwick. No existen registros de que escribiera cartas, poesía ni nada por el estilo. Sospecho que Enrique era un hombre roto en aquel entonces, un recipiente vacío. Cinco miembros del hogar de Eduardo IV recibían buenos estipendios por atender al rey Enrique, y a ellos se sumaron más custodios según fue necesario. El sacerdote William Kymberley oficiaba una misa diaria para él en su encierro. Como siempre, Enrique halló solaz en la fe y la oración.

No se tiene tampoco noticia de que fuera maltratado. Un texto posterior sugería que el rey fue torturado, en un intento de beatificar a Enrique. No obstante, no existen pruebas de que así sucediera y, sin embargo, sí las hay de la provisión de nuevos ropajes y del envío de vino desde las bodegas reales. En una fase posterior, se sugiere que Enrique se volvió desaliñado, sucio incluso, pero probablemente se debiera a que, para entonces, ya estaba gravemente enfermo de la cabeza y fuera incapaz de cuidar de sí mismo, o se mostrara descuidado en su aseo. Cómo pudo afectar eso a la decisión de Margarita de dejarlo atrás es tema de debate. En los siglos que nos separan, algunos se han posicionado en contra de la reina. Es solo mi opinión, pero yo prefiero no juzgarla con excesiva dureza por no amar a un hombre que le ocasionó tanto dolor y que nunca fue un verdadero marido para ella.

Isabel Woodville llegó a la corte en 1465, con cinco hermanos, dos hijos y siete hermanas solteras. Mayor que Eduardo, procedente de una casa sin linaje y viuda con dos hijos de su anterior matrimonio, es cierto que Eduardo la desposó en secreto y solo se lo confesó a Warwick cuando este se hallaba ya en negociaciones para procurarle una esposa francesa.

Como los Neville antes que ella, Isabel Woodville se dispuso a introducir a su familia en todas las casas nobles de Inglaterra, forjando así y reforzando los apoyos

entre las familias más poderosas del reino. El matrimonio de John Woodville (de diecinueve años) con la duquesa Dowager de Norfolk (de sesenta y cinco) fue un intento descarado de hacerse con el título, parte de los siete grandes matrimonios orquestados por Isabel Woodville en los dos años posteriores a su coronación como reina consorte. El duque de Norfolk, que había luchado en Towton, había fallecido en 1461. Dejó un hijo, que seguía con vida cuando se produjo aquel «matrimonio diabólico». Sin embargo, dicho duque falleció repentinamente, dejando solo a una hija, de manera que el título cayó en desuso. Si John Woodville hubiera sobrevivido a la guerra de las Rosas, bien podría haber acabado siendo nombrado duque de Norfolk y haber quedado libre para volver a contraer matrimonio.

Aparte de los siete grandes matrimonios, el rey Eduardo concedió por mera generosidad varios títulos a la familia de su esposa. El hermano de esta, Anthony Woodville, desposó a la hija del barón Scales, el hombre que había vertido bolas de fuego sobre las multitudes de Londres. Al hacerlo, Anthony Woodville heredó el título. Bajo Eduardo, también fue nombrado caballero de la Orden de la Jarretera, lord de la isla de Wight, lugarteniente de Calais y capitán de la Armada Real, por mencionar solo unos cuantos títulos. El padre de Isabel Woodville fue nombrado tesorero del rey y conde Rivers.

El rey Eduardo era un hombre propenso a los gestos magnánimos y de una generosidad extraordinaria. Había nombrado a John Neville conde de Northumberland, pero, como parte de la poda de la vid de los Neville, perdonó y restituyó el título al heredero de Percy, tras liberar al joven Henry Percy de la Torre y devolverlo a las heredades de su familia. La idea de que Henry Percy pudiera haber pasado parte del tiempo intermedio con Warwick es invención mía. Ricardo de Gloucester, sin embargo, el posterior rey Ricardo III, sí se crio durante varios años en Middleham, donde, al parecer, fue feliz.

Es interesante destacar que la recuperación del Gran Sello de manos del arzobispo George Neville sucedió tal como he descrito, con el rey y un séquito de hombres armados cabalgando hasta una posada en Charing Cross para exigirlo. Es poco probable que el rey Eduardo anticipara una respuesta armada, pero sí demuestra en qué medida el ascendiente de su esposa lo había vuelto en contra de la familia Neville. El nombre «Charing Cross» podría ser una corrupción de Cruz de la «Chère Reine» («Querida Reina»), en honor a las cruces conmemorativas erigidas allí por Eduardo I tras la muerte de su amada esposa Leonor. O tal vez esa historia pudo combinarse con *cierring*, término anglosajón para describir un meandro o una curva en un río o camino. Ciertamente, la historia es una compilación de historias más pequeñas y, en ocasiones, una mezcla de hechos reales y ficción.

También es cierto que Eduardo envió a Warwick a Francia y, en ausencia de este, cerró un trato comercial y de apoyo militar mutuo con Borgoña, a la sazón un ducado autónomo. Es imposible saber si Eduardo habría aceptado al rey Luis XI como su aliado. Desde el principio, el monarca inglés pareció inclinarse por los duques de

Borgoña y Bretaña, cualquiera, de hecho, dispuesto a desairar a la corte francesa. Es mera especulación, pero Eduardo se había impuesto en los campos de batalla de Gales y Towton, y no resulta inverosímil que el rey guerrero de Inglaterra soñara con otro Agincourt y con recuperar territorios perdidos en fechas tan recientes.

Una delegación de Borgoña viajó a Inglaterra, donde fue recibida con elogios y agasajos. Anthony Woodville se enfrentó en una célebre y violenta justa de exhibición de dos días de duración con el campeón de dicha delegación, un hombre con el espléndido sobrenombre de «el Bastardo de Borgoña». En París, Warwick fue humillado nuevamente y, lo que es más importante, el rey Luis menospreciado. El monarca, apodado con razón «la Araña Universal», empezó a analizar el problema de Eduardo y a maquinarse cómo resolverlo.

Es cierto que Margarita de Anjou pasó algún tiempo en París durante esta época, pero se desconoce si ella y Warwick tuvieron contacto en esta fase.

Para Warwick, los años de matrimonio de Eduardo con Isabel Woodville habían derivado en una retahíla de humillaciones personales y públicas. La gota que colmó el vaso fue que el rey Eduardo prohibiera a Jorge, duque de Clarence, desposar a Isabel Neville. Desde el punto de vista de Warwick, era un enlace perfecto, un ascenso social que compensaba la extraordinaria riqueza de la herencia de su hija. Para el rey Eduardo, aquel enlace podía haber engendrado hijos que supusieran una amenaza para sus herederos. La casa de York se había impuesto en el trono frente a una estirpe más antigua, de manera que no podía permitir que Jorge, duque de Clarence, creara otro linaje real, más rico incluso que el suyo propio.

Además, es razonable imaginar que Isabel habría preferido encontrar a un Woodville para Isabel Neville, quizá uno de sus hijos. Claramente, la diferencia de edad no era un impedimento e Isabel no podía consentir que la fortuna de Warwick cayera en otras manos. La única opción que le quedó a Warwick fue que Clarence e Isabel desafiaran al rey Eduardo. Los tres viajaron a Calais, donde la hija de Warwick contrajo matrimonio con Jorge de Clarence en 1469, en contra de los designios y las órdenes expresas de Eduardo.

En los dos primeros libros, he intentado reflejar el temor reverencial que muchos sentían en la presencia del rey de Inglaterra. Es lo único que explica que el rey Enrique permaneciera con vida pese a haber sido capturado por York y haber sido hecho rehén durante meses en varias ocasiones. Sin embargo, es algo innato a la naturaleza humana que ese «temor reverencial» no se produzca cuando uno ha sido testigo de cómo un niño se convertía en hombre y luego se proclamaba rey. Ningún

hombre es profeta en su propia tierra, y Warwick estaba lo bastante exasperado con Eduardo y su esposa como para lanzarlo todo por la borda y disponer la captura y el encarcelamiento de Eduardo. La historia es ligeramente más compleja, si bien la esencia es que incitaron y alentaron una rebelión en el norte para atraer a Eduardo y le tendieron una emboscada. George Neville, el arzobispo de York, sin duda participó en aquella captura, como también lo hizo John Neville, el marqués Montagu. Es cierto que el padre de Isabel Woodville, el conde Rivers, y su hermano, sir John Woodville, fueron ejecutados tras una burda farsa de juicio. La familia Neville había sido víctima de expolios y ataques diversos, y su venganza fue tan espectacular como despiadada.

Se desconoce cuánto tiempo permaneció exactamente cautivo Eduardo IV, pero, durante el verano de 1469, Richard Neville, el conde Warwick, tuvo a dos reyes de Inglaterra bajo su custodia. Enrique de Lancaster se hallaba en la torre de Londres, y Eduardo de York, de manera alterna en los castillos de Warwick y de Middleham. Esta situación impensable fue lo que valió a Richard Neville, conde de Warwick, el apodo de «el Hacedor de Reyes», por encima de todo lo demás. Warwick debió de suponer que se beneficiaría de retener a Eduardo, si bien jamás conoceremos sus verdaderas intenciones. ¿Pretendía colocar a Jorge de Clarence en el trono? ¿Restaurar acaso al rey Enrique? Había varias opciones, pero Warwick no se decantó por ninguna de ellas porque el país ardió en llamas. Tras toda una vida contemplando cómo Enrique quedaba reducido a un peón inútil y no querido, no resulta tan sorprendente, pero Warwick se equivocó por completo al calibrar la respuesta del pueblo inglés.

Rebeliones, asesinatos, incendios provocados y malestar civil se propagaron por todo el país a una velocidad extraordinaria. Isabel Woodville tuvo algo que ver en ello, sin lugar a dudas, pero también había decenas de miles de soldados que habían luchado con Eduardo en Towton. Apenas nueve años después, seguían vivos y no encajaron bien que Eduardo fuera hecho prisionero.

Warwick se había extralimitado sobremanera. En septiembre de 1469, acudió a Eduardo y le ofreció su liberación a cambio de una absolución y una amnistía absolutas por todo lo ocurrido previamente. Eduardo siempre había sido un hombre de palabra y es evidente que Warwick confiaba en él y creyó que mantendría su pacto. Al lector actual puede sorprenderle que creyera honestamente que así sería, o quizá no le quedara más alternativa.

Sospecho que ni Warwick ni ninguna otra persona pudo anticipar el grado de malestar contra los Neville. Es posible que Warwick estuviera desesperado, se encontrara en un punto muerto y temiera por su vida. Por una vez, su vasto número

de señoríos demostró ser una carga, imposible de proteger frente a ataques organizados y vulnerable a los incendios nocturnos y la agitación local. Imagino que a Warwick no le quedaban demasiadas alternativas cuando decidió confiar en la palabra de Eduardo y liberar al rey.

Cabe destacar, en crédito de Eduardo, que no rompió ni la absolución ni la amnistía concedidas. Cinco siglos después, es imposible saber si lo que ocurrió a continuación fue un plan por hallar un resquicio en aquel perdón o algo nuevo. Tras varios meses de paz, al parecer rebeldes de Lancaster tildaron de traidores a Warwick y a Jorge de Clarence, si bien nunca sabremos si dichas acusaciones tenían una base cierta. El país aún bullía de descontento y se produjeron decenas de pequeñas sublevaciones. Aquella información era nueva y, en potencia, no se trataba de un delito cubierto por la amnistía que Eduardo había concedido, de manera que el rey ordenó capturar a ambos hombres, y estos optaron por huir rumbo a la costa con Isabel, que a la sazón se hallaba en las últimas fases de su embarazo. El plan inicial de Warwick era llegar al gran buque *Trinity*, atracado en Southampton. Sin embargo, Anthony Woodville, por entonces almirante de Eduardo de York, le impidió acceder a él. Warwick, su esposa, Anne, Jorge, el duque de Clarence, e Isabel, la duquesa de Clarence, se embarcaron en un barco más pequeño rumbo a Francia. Pero Eduardo ya había enviado orden a los comandantes de los territorios más alejados para que denegaran toda ayuda a Warwick y Clarence, misivas vitales que se enviaron tanto a Irlanda como a la fortaleza de Calais.

La guarnición de Calais les prohibió desembarcar en el puerto de la fortaleza. Los cuatro quedaron varados, atrapados en el mar, con el paso a Inglaterra y Francia barrado. Isabel dio a luz a bordo y es cierto que su hijita, o bien nació muerta, o bien falleció en medio del rocío y el frío. Era la primera nieta de Warwick. Su reacción y su cólera por dichos acontecimientos lo harían caer en brazos de Margarita de Anjou y sacudir los mismísimos cimientos de Inglaterra.

CONN IGGULDEN
Londres, 2015

AGRADECIMIENTOS

El fallecimiento de mi padre en septiembre de 2014 fue un golpe terrible. Dado que tenía noventa y un años, no debería haber sido inesperado, pero lo fue. Los árboles de la infancia no caen así como así, hasta que lo hacen y el mundo ya no los contiene.

Sin el apoyo de varias personas importantes, este libro de seguro nunca hubiese sido finalizado. Con su sustento, creo que podría ser lo mejor que he escrito, habiendo ayudado el hecho de escribir acerca de Eduardo de York y Ricardo, conde de Warwick, justamente cuando ellos perdieron a sus padres, hace quinientos años.

De esta manera, agradezco a mi agente, Victoria Hobbs; a mi hermano, David Iggulden; a mi amigo Clive Room y a la jefa de todo, mi esposa Ella.

CONN IGGULDEN

Notas

[1] «Escritura en la pared» es una expresión muy extendida en otros ámbitos lingüísticos, aunque poco común en el mundo hispanohablante, con la que se advierte sobre una desgracia inminente, por alusión al pasaje bíblico del libro de Daniel en el cual se relata la caída de Babilonia. «Lo que está escrito es: *Mené, Téquel y Perés*. Y esta es su interpretación: *Mené*: Dios ha contado los días de tu reinado y les ha puesto fin; *Téquel*: has sido pesado en la balanza y te falta peso; *Perés*: tu reino se ha dividido y ha sido entregado a medos y persas». Daniel 5:25-28. *Biblia de Jerusalén*. Edición de Desclée De Brouwer. (*N. de los T.*) <<